JUAN ANTONIO
DE YBARRA E YBARRA

EL VUELO DE LOS HALCONES

Amor, intrigas y muerte en la Corte del rey don Pedro I de Castilla.
La lucha por el señorío de Vizcaya

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81

Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Epílogo
Nota del autor
Notas
Créditos

A la memoria de mi querido padre Javier de Ybarra y Bergé
por el legado que nos dejó sobre la historia del señorío
de Vizcaya con sus publicaciones.
A mi mujer Blanca Elío y de Gaztelu.
A mis hijas Victoria y Blanca.
A mis yernos Tulio O'Neill y Gaytán de Ayala
y a Esteban Crespí de Valldaura y Cardenal,
marqués de la Vega de Boecillo.
A mis nietos Tulio y Blanca Micaela O'Neill e Ybarra.
A Juan, Mariana, Inés, Luisa, Blanca, Eugenia
y Rafaela Crespí de Valldaura e Ybarra.

1

Zigor, el halconero mayor, había iniciado los preparativos al amanecer. Cuando atravesaba el patio de armas del castillo y se dirigía a inspeccionar las rapaces, recibió la fragancia de la mañana en su rostro. Miró al cielo y sintió gran alegría. «Hoy no lloverá. Tendremos un buen día», pensó. Lo único que le preocupaba en ese momento era saber si las aves se encontraban en buenas condiciones para cazar. Las fue examinando una por una en la halconera mientras alzaban sus alas y se desperezaban sobre la alcándara.[1]

Zigor advirtió que una de las rapaces no había hecho la plumada.[2] Le tocó el buche y se dio cuenta de que lo tenía duro.

Más tarde llegaron los otros halconeros y se pusieron a revisar los aparejos.

—Las pihuelas[3] están en malas condiciones. Las rapaces llevan mucho tiempo con ellas. Se van a herir si no las cambiamos —dijo Zigor a los halconeros.

Zigor había preparado unas nuevas pihuelas de piel de perro mejor curtidas. Las hizo más cortas y finas para evitarles molestias en sus tarsos al volar.

—Las tengo dentro de esa talega, sobre la mesa, junto a la ventana. Traedlas —ordenó.

Luego repasaron las lonjas.[4] Zigor vio que se encontraban algo desgastadas y dijo a los halconeros:

—Cambiad también las lonjas por unas nuevas de cuero de buey, que encontraréis en mi talega.

Después pusieron a las rapaces un cascabel en cada zanco. Uno prima y otro bordón. Al sonar los cascabeles, se escuchaba una buena melodía.

• • •

El castillo comenzaba a recuperar su habitual ritmo de vida con los primeros rayos del sol. Enseguida se escucharon las voces de la guardia dando la novedad desde la torre del homenaje. Los sirvientes iban apagando las antorchas, las candelas y las lámparas de aceite, que iluminaron durante la noche las antecámaras y los corredores. En las cocinas atizaban el fuego, calentaban el agua y aderezaban los alimentos del día. Los escuderos ayudaban a organizar los cambios de guardia. Desde las dependencias del castillo se oía relinchar a los caballos, ladrar a los perros, los gritos

que daban las aves a gran altura y el bullicio de la gente que se encontraba en los patios. Los guardias de la entrada del castillo vigilaban atentos el portón principal y el puente levadizo. Las campanas de la abadía anunciaban que la misa iba a comenzar.

Poco después volvieron a repicar las campanas. El infante don Pedro de Castilla apareció por la puerta de la torre del homenaje. Vestía un manto con bordados y franjas de color. Era casi circular y sin mangas. Grande y largo. Le llegaba casi hasta los pies. Para sujetarlo se había hecho un nudo sobre el hombro con el paño que le sobraba de los extremos. Entre los pliegues del manto se veían las sesgaduras de un pellote,[5] que le caía por encima de las pantorrillas. Llevaba un birrete y unos borceguíes que le cubrían los tobillos.

El abad acompañó al infante hasta un sitial que colocaron junto al altar. Desde aquel lugar podía observar a los fieles en el interior del templo. Su mirada se fijó en los señores de Ayala y en sus hijos. Mientras los contemplaba se percató de que aquella sí era una verdadera familia. «Don Fernán tiene de su esposa diez hijos legítimos, no como doña Leonor de Guzmán que ha dado diez bastardos a mi padre el rey. ¡Malditos sean esos bastardos!», pensaba lleno de cólera. No podía quitarse de la cabeza la vida perra que el rey dio a su madre la reina doña María. Durante la lectura del Evangelio, el infante se pasó todo el tiempo maldiciendo a sus hermanos y a la favorita de su padre.

—Confortaos en Nuestro Señor Dios y en la fuerza de su poder. Revestíos de su armadura para que podáis resistir a las insidias del diablo —empezó el abad su sermón.

El infante don Pedro estaba haciendo un verdadero esfuerzo para seguir aquella plática, porque esa familia de los Ayala, tan diferente a la suya, había influido de tal manera en su ánimo que su pensamiento se transportó, como por arte de magia, a una situación que le hacía enloquecer de ira y de melancolía. Se recreaba en su imaginación con sus padres unidos y unos hermanos legítimos, no como aquellos a los que él tanto aborrecía. Estaba exultante por lo feliz que se sentía en el calor de una familia bien avenida. Por un instante creyó que aquello no era un sueño, sino una realidad. Pero muy pronto volvió en sí y recordó las vejaciones que pasaba a sus quince años de edad. No podía tolerar la presencia prepotente de sus hermanos en la Corte ni tampoco que asumieran unas funciones que él nunca les reconocería. «¿Por qué mi padre el rey consiente a esos bastardos todo lo que se les antoja?», se preguntaba furioso consigo mismo. En ese momento buscaba la manera de revivir algún recuerdo de afecto que recibió del rey. «Mi padre el rey me ha

enviado aquí, lejos de la horrible peste que diezma a la gente del reino. No quiere que me exponga a esa epidemia», pensó y se quedó más tranquilo al comprender que en aquella ocasión su padre se había preocupado por él.

Después de la misa, el infante don Pedro estuvo observando la construcción de aquella fortaleza. Le parecía distinta de las que él solía visitar. En lo más alto de la torre del homenaje, vio que ondeaba su pendón. «Don Fernán cuida de los detalles». Recordó haber oído al rey que don Fernán se educó en la casa de la infanta doña Leonor de Castilla, y entonces comprendió por qué sabía comportarse como un esmerado caballero.

El infante había llegado la noche anterior a Quejana. La fortaleza se encontraba envuelta en la niebla y no la pudo ver, a pesar de las antorchas que iluminaban su recinto amurallado. Por eso, al salir de la abadía, se había quedado contemplando el castillo desde el patio de armas.

—¿Quién construyó esta fortaleza? —preguntó el infante a don Fernán.

—Don Sancho García de Salcedo, *el Cabezudo*, mi sexto abuelo. A don Sancho le debió de gustar este lugar porque edificó el castillo alrededor del monasterio que construyó su padre durante la primera mitad del siglo XII.

—¡*El Cabezudo*! ¿Por qué llamáis así a vuestro antepasado?

—Don Sancho dedicó gran parte de su vida a las letras. Le gustaba leer. Reunió una importante biblioteca. También escribió un libro sobre nuestro linaje. Recibió ese apodo porque decían que era una persona muy inteligente.

—Pero aquí hay construcciones más recientes.

—He venido realizando algunas mejoras desde que me hice cargo del señorío. Derribé la antigua torre del homenaje y construí esta que veis —don Fernán la señaló con la mano—. Reparé el palacio, las otras tres torres y las murallas. También levanté esas nuevas barreras alrededor del castillo.

—Tengo mucho interés que me habléis de vuestra familia. Sabréis que el rey os tiene en gran estima.

—Lo sé, gracias, señor.

—Me gustaría ir a cazar y conocer vuestros estados.

—Ordené a Zigor, nuestro halconero mayor, que hiciera los preparativos para salir a cazar esta mañana.

• • •

Esa mañana hacía mucho frío. Don Fernán vestía aljuba,[6] con un cinturón para prender la espada, y redondel.[7] En la aljuba lucían

pintadas sus armas en pequeños escudetes, formando hileras desde arriba hasta abajo, por delante y por detrás, incluidas las mangas. Doña Elvira, su mujer, llevaba un brial[8] azul, plegado por delante y por detrás, con un cinturón que le marcaba el talle. Sobre sus hombros portaba un manto con finísimas pieles en su interior.

En la gran sala del palacio, frente a una enorme chimenea encendida, habían preparado una mesa cubierta con un mantel blanco que caía hasta el suelo. Tres artísticos conjuntos de loza dorada de Manises y varios centros de muérdago y acebo formaban parte de su decoración. Sobre la mesa pusieron unas fuentes de plata llenas de patas de pollo y de cordero. En otras, los quesos y los frutos secos. En unos tarros, la miel y las jaleas. El pan, recién sacado del horno, lo distribuyeron en pequeñas cestas. Cuatro grandes saleros, repartidos por la mesa. En unas jarras de finísimo vidrio, traídas desde Venecia, había leche, vino y chacolí. Allí, en torno a aquella mesa, sentados en sillones de madera, cubiertos de pieles y de ricas telas, departía en animada conversación el infante don Pedro con don Fernán, don Pedro Suárez de Toledo, sus mujeres y sus hijos.

—Tenéis un buen castillo —dijo el infante al señor de Ayala.

—Os lo agradezco, señor. El castillo ha estado siempre habitado. Mis antepasados lo han ido adaptando al uso de cada época. Como el clima es muy húmedo, hemos cubierto los muros con tapices y telas para abrigar un poco más las estancias.

Suárez de Toledo miraba los tapices que colgaban de las paredes de la sala.

—Son magníficos. ¿De dónde proceden? —preguntó.

—Seguro que los habrán traído de París —intervino el infante.

—Proceden de los talleres de París y de Arrás. Los trajimos en nuestras galeras desde Calais, antes de que aquel puerto cayera en poder del rey de Inglaterra —respondió don Fernán.

—¿Tenéis galeras? —le preguntó sorprendido el infante.

—Las utilizamos para llevar la lana desde nuestro puerto de Galindo a Flandes.

—No sabía que enviarais lana a los reinos del norte. ¿Compráis la lana?

—En el señorío de Ayala tenemos muchos rebaños. Aquí no hay problemas con los pastos. Llueve mucho durante el año, quizá demasiado. Por eso hay buenas praderas —le explicó don Fernán.

«Don Fernán debe de ser un hombre riquísimo», pensó el infante. Recordó que le habían contado que pagó doscientos mil maravedíes para recuperar unas tierras que fueron del señorío, y se

imaginó que sus arcas estarían repletas de oro.

—Me gustaría conocer vuestro puerto. ¿Qué os parece si un día de estos nos acercamos a la costa, embarcamos en una de vuestras naves y nos hacemos a la mar? —le sugirió el infante.

—Habrá que avisar al puerto para que preparen la *Virgen Santa María* —dijo don Fernán a su hijo Pedro.

Don Fernán se quedó mirando a sus hijas, y les dijo:

—Iremos todos con el infante don Pedro.

—¿Eso quiere decir que también vamos a ir nosotras? —preguntó Aldonza a su padre.

—Iremos todos —insistió riéndose don Fernán.

—¡Qué divertido hacer una travesía! —exclamaron las doncellas.

—Pedro, tendrás que enviar un mensajero al monasterio de San Vicente de Abando para que preparen nuestros aposentos —volvió a advertir don Fernán a su hijo.

—Quisiera conocer vuestro parecer sobre el comercio de la lana. Hace poco el rey me habló de esa guerra entre Inglaterra y Francia que empezó hace años y que nunca se acaba. ¿Creéis que nuestra alianza con Francia podría tener alguna repercusión en el comercio de la lana? —preguntó el infante a don Fernán.

—Todos estamos preocupados de que nuestras galeras puedan ser interceptadas por la armada inglesa.

—Sí, eso lo sé, pero no habéis contestado a mis preguntas.

—Es cierto que esa guerra pudiera arruinar nuestro comercio de la lana. Las últimas victorias del rey Eduardo de Inglaterra han reforzado sus posiciones en el estrecho de Dover. La armada inglesa representa una amenaza para nuestro comercio marítimo.

«Don Fernán no quiere comprometerse. Es demasiado astuto», pensó el infante.

—Creo que estamos aburriendo a las damas con nuestra conversación —dijo el infante al ver que no conseguía sacar una palabra más a don Fernán—. Anoche, cuando conocí a vuestra familia, vi que tenéis diez hijos. La reina doña María me dijo que murió una de vuestras hijas.

—Elvira murió siendo muy pequeña —respondió don Fernán.

—Lo lamento —dijo el infante, dirigiéndose a doña Elvira, la señora de Ayala.

—Os agradezco de corazón vuestras palabras, señor. Dios nos ha recompensado dándonos estos buenos hijos. En recuerdo de aquella hija que murió, hemos puesto su nombre a la menor —contestó doña Elvira.

—¡Ea! ¿Por qué no nos ponemos en marcha? —dijo el infante.

2

Los mozos de cuadra habían llevado al patio de armas los caballos que se iban a utilizar en la cacería. Allí, en torno a las caballerías, se encontraban los halconeros y la tropa mientras los escuderos desplegaban los pendones de sus señores. De repente, el infante don Pedro se quitó su manto, echó a correr por el patio de armas, pegó un salto por encima de la grupa de su corcel y cayó sobre la montura. Todos irrumpieron en cerrados vítores para reconocer su destreza. Diego y Juan intentaron saltar por encima de sus caballos. Como no lo consiguieron, tuvieron que desistir.

El infante se sintió satisfecho de que no hubieran superado sus habilidades y les dio una palmada sobre los hombros.

—Otra vez será. Si deseáis competir os reto a pelear en un torneo o en unas justas.

—Nada nos podría satisfacer tanto como medir nuestras lanzas en unas justas, señor. Sería un gran honor para nosotros —contestó Diego.

—Don Fernán, ¿habéis oído? Vuestros hijos han aceptado mi reto. Enviad vuestros mensajeros a Castilla, a Navarra y a Vizcaya para que anuncien que el infante don Pedro de Castilla, el hijo primogénito y heredero del rey, participará en las justas que se celebrarán en vuestro señorío. Deberéis fijar día y hora para esas jornadas.

El infante comenzaba a inquietarse. Estaba impaciente por emprender la marcha. No dejaba de mirar a su alrededor. Hizo girar a su corcel en todas las direcciones, como si tratara de encontrar a alguien.

—¿Dónde está mi halconero? —gritó.

—Aquí estoy, mi señor. Soy yo, Amín. Esmeralda no hizo la plumada. Le di unas piedrecillas para ver si hacía la digestión y sanaba. Los otros halcones los tengo preparados conmigo.

—¿En dónde te habías metido, Amín? ¡Vamos, vamos, coge los halcones y vámonos ya! —volvió a chillar el infante.

Don Fernán comprendió que el infante quería partir. Hizo una seña con su brazo al cuerpo de guardia para que les dejaran paso libre. Luego se oyó el crujido del portón, el chirrío de las cadenas y la golpeadura que daba el puente en el suelo al quedar abierto. Cuando subieron el rastrillo, el último obstáculo que impedía salir al exterior, el infante espoleó a su corcel y empezó a trotar. Un escudero, que llevaba su pendón, y los jinetes de su escolta se

pusieron junto a él. Cruzaron a galope el puente levadizo, tendido sobre el río Menoio, y salieron a campo traviesa.

El infante se sentía feliz de poder montar en aquel bellísimo y misterioso valle, rodeado de innumerables montañas, de bosques y de verdes praderas. «Comprendo que al amanecer me quedara admirando las vistas que tenía desde mis aposentos. Este valle es distinto de los que veo en Castilla y en Andalucía. Tiene un especial hechizo. Ahora entiendo por qué tenía esa necesidad de salir al campo».

Los demás seguían al infante de cerca. Se reunieron con él en una campa, frente al castillo, junto a un enorme robledal. Al detenerse la comitiva, los pendones permanecían desplegados. El viento los agitaba de un lado a otro en el aire. Los colores de sus blasones se fundían con los vistosos atuendos que llevaban los caballeros y las jóvenes damas, los halconeros y los hombres de armas. La viveza de aquel colorido contrastaba con los tonos verdes de las praderas y los ocres del robledal. La luz de aquella mañana resaltaba aún más la vistosidad de la comitiva.

Formando un círculo en medio de la campa, mientras los caballos relinchaban y los podencos jugueteaban, don Fernán indicó el camino que iban a tomar.

—Nos dirigimos a Respaldiza. Allí cazaremos. Aquella zona está más despejada y reúne mejores condiciones para soltar a los halcones.

Camino de Respaldiza, el infante don Pedro hizo una seña a Amín para que se acercara.

—¿Qué ha pasado con Esmeralda? ¿Has matado al halcón por lo que te hizo el otro día? —le preguntó riéndose.

—Jamás haría una cosa así, a pesar de que pude perder un ojo por su culpa.

—Eso te ocurre por tratar mal a mis halcones.

—No digáis eso de mí. Sabéis que cuido vuestros halcones como si fueran mis hijos —se lamentó Amín.

—¡Qué dices, si tú no tienes hijos! ¿No es así, Amín?

—Tenéis razón.

—Amín, no has respondido a mi pregunta. Sabes que no me gustan las evasivas. ¿Qué has hecho a Esmeralda? —y el infante frunció el ceño con aire burlón.

Cuando Amín se proponía contar lo ocurrido con Esmeralda, el infante tiró de las riendas, hizo girar a su corcel y marchó en busca de Aldonza, que cabalgaba con sus hermanos y los hijos de los Suárez de Toledo.

—Aldonza, ¿quieres acompañarme? —le preguntó el infante.

—Os acompañaré encantada, señor.

—Llamaremos a Amín para que nos cuente lo que ha hecho con Esmeralda, mi mejor halcón. ¿Te parece bien?

—Muy bien, mi señor.

—Aldonza, puedes llamarme por mi nombre.

—Como quieras, mi señor —respondió riéndose.

—Aldonza, que no te oiga más decir señor —y también el infante rio a carcajadas.

—¡Eh, Amín, ven aquí! —le llamó el infante—. ¿Qué es esa historia que ibas a contar de Esmeralda?

—Durante el viaje, en una de las últimas jornadas que hicimos desde Sevilla, olvidé lavar con agua tibia el alimento que di a Esmeralda. Ya veis lo que pasó. Esmeralda no hizo la plumada y enfermó.

—Amín, eres un animal. ¿Cuántas veces debo decirte que sigas los consejos que nos dieron los halconeros de Brabante? Los de Brabante son los que más saben sobre los alimentos que hay que dar a esos halcones que nos trajeron de Noruega. Desde ahora cumplirás sus consejos. ¿Has entendido, Amín?

—Lo haré como decís.

—Me parece extraño que Esmeralda no haya hecho la plumada por ese motivo. ¿No estarás mintiendo? —le preguntó el infante.

—¿Por qué hay que lavar los alimentos antes de dárselos a los halcones? —intervino Aldonza.

—En Castilla no hay esta costumbre de lavar los alimentos. En cambio, en otras tierras, donde cazan con el neblí o con cualquier otro halcón, pasan la comida por agua fría, si comen ave viva; y si la carne es fría, la pasan por agua tibia. Esto que hacen es bueno porque así las rapaces se mantienen sanas y tranquilas. Siempre es conveniente que los halcones tomen la comida templada. ¿A que lo has entendido, Aldonza? —le preguntó el infante.

—Habéis hablado con claridad.

—Amín, espero que desde ahora no tengas más dudas.

—Ahora sí que lo entendí, mi señor.

—Tratas de insinuar que no te lo había explicado —contestó el infante con un gesto simulado de enfado.

—Antes de que me lo volváis a preguntar otra vez, porque sé que lo haréis, debo deciros que ahora recuerdo el verdadero motivo del mal de Esmeralda —afirmó Amín.

—¿Qué pasó?

—Con el ajetreo de este viaje, creo que le di de comer varios

días seguidos sin su ración de plumas y huesos —explicó Amín.

—Ese sí es un motivo para que Esmeralda enfermara —advirtió el infante.

—Muchas veces oí hablar de la plumada que hacen los halcones —volvió a intervenir Aldonza—. La verdad, nunca he sabido muy bien en qué consiste.

—Los halcones salvajes tragan a diario plumas, huesos y córneas para hacer la digestión de los alimentos. Después los expulsan por la boca con los ácidos. A los halcones adiestrados hay que darles todos los días su ración de plumas y huesos para que hagan bien la digestión. La plumada tiene mucha importancia para que las rapaces no enfermen —le explicó el infante.

—Ahora lo entiendo. ¿Y cómo se sabe si un halcón ha hecho su plumada?

—Es muy sencillo —contestó el infante—. La respuesta estará en el suelo. Si está sucio con plumas y otras porquerías, el halcón habrá hecho su plumada. El suelo, bajo la alcándara, tiene que estar siempre limpio para hacer esa comprobación.

—Estoy aprendiendo mucho sobre los halcones —dijo Aldonza y se echó a reír.

—Mi señor —interrumpió Amín—, como os dije, al amanecer hice tragar a Esmeralda unas piedrecillas del tamaño de unos garbanzos y la dejé sin comer.

—Pues muy mal. Debiste esperar un día antes de suministrarle las piedras guijas para ver si hacía la plumada.

—¿Y si no hace la plumada?

—Amín, ¿qué clase de halconero eres que me haces esa pregunta? ¿Para qué crees que te he dado ese oficio? ¿Para que cuides de mis halcones o para que yo tenga que cuidar de ti?

—Si el halcón no hace la plumada después de darle las piedrecillas, sé que hay que dejarlo sin comer otros dos días. Si persiste sin hacer la plumada, pasada la segunda noche, se le da tártago, la planta herbácea que se usa como purgante.

—Si lo sabes, ¿para qué lo preguntas?

—¿Es tan grave para un halcón que no haga la plumada? —intervino Aldonza.

—El halcón muere si se le da de comer con dos o tres plumadas sobrepuestas en el buche —le explicó el infante.

—Amín, puedes ir a preparar los halcones —le ordenó el infante.

Amín se marchó en busca de los otros halconeros. Iba temeroso de encontrarse con alguna otra desagradable sorpresa. Tenía que inspeccionar a sus halcones y comprobar si se encontraban bien.

«Este viaje que hemos hecho desde Sevilla va a acabar con los halcones del infante y conmigo. No sé qué será de mí si les pasa algo».

—Debemos de estar llegando. Veo a los adalides reconociendo el terreno. No comprendo qué hacen allí. A no ser que estén buscando a un cochino entre los matorrales —dijo el infante a Aldonza, y se echó a reír.

—Los cochinos están en las cochiqueras, Pedro —respondió Aldonza.

Cuando el infante oyó pronunciar su nombre con tanta dulzura como ella lo hizo, sintió una atracción que antes nunca había experimentado con otra mujer. Su fascinación por Aldonza le hizo reaccionar y detuvo su corcel para estar a solas con ella sin que nadie los molestara.

—¡Qué cosas dices, Aldonza! Llamamos cochinos a los jabalíes —y el infante rio.

—Me parecía muy extraño que un cochino se escapara de su cochiquera —y también ella se rio.

El infante hizo girar a su corcel por detrás del palafrén que montaba Aldonza. Se situó cerca de ella con la intención de verla mejor. Los dos se miraron sin decirse una palabra. Él se quedó embelesado contemplando sus recortados labios, sus marcados pómulos, los ojos verdes rasgados en su rostro y el rubio cabello peinado con artísticas trenzas alrededor de su cabeza. Aldonza era muy alta, tan alta como el infante. Su figura bien formada se mantenía erguida sobre la montura, con sus piernas en los estribos. Gustaba cabalgar a horcajadas, como los hombres. Por eso, el infante podía percibir, bajo los pliegues de sus faldas, la bellísima silueta de su hermoso cuerpo.

Aldonza se sentía cautivada por el infante. Le gustaban sus facciones varoniles, su tez blanca y su rubia cabellera. Le divertía su manera de cecear un poco al hablar y su manera desenvuelta de comportarse. De su vestimenta, le hacían gracia los galones de oro y de plata que llevaba sobre su pellote. Durante unos instantes le miró por encima de su faldón. Estaba observando sus robustas piernas cubiertas por unas calzas carmesíes de lana tricotada.

Al cabo de un rato se dieron cuenta de que eran los últimos en llegar a la campa. Volvieron a mirarse con una sonrisa en sus labios y reanudaron la marcha sin demostrar ninguna prisa.

—Este lugar parece un buen cazadero —comentó el infante al llegar a las campas de Respaldiza.

El infante se quedó mirando la impresionante escarpadura de la

Sierra Salvada en la lejanía. Y en el abismo, entre las montañas, vio el castillo de Quejana rodeado por los ríos y los frondosos robledales.

• • •

Pedro López de Ayala estaba supervisando los últimos detalles para que se iniciara la cacería.

—Tenéis que inspeccionar el terreno y espantar a los ánades de las proximidades. No vaya a ser que los halcones comiencen a perseguirlos y nos estropeen esta jornada. Hoy solo cazaremos perdices —dijo a los halconeros.

Los halconeros sacaron de unas grandes cestas las rapaces con las pihuelas, las lonjas, los cascabeles y los capirotes. Zigor les ordenó que las pusieran allí, delante de él, y las fueron colocando sobre unas bancas que trajeron del castillo. Los podenqueros colocaron las traíllas a Bizkor y a Gorri. Los hombres de armas se dirigieron hacia el bosque para no molestar a los cazadores.

El cielo se mantenía despejado, aunque había ráfagas de viento.

—Aldonza, ¿qué es eso que se ve allí? —le preguntó el infante.

—El monasterio de Santa María y la casa fuerte de Respaldiza. El conde don Vela, un antepasado nuestro, lo mandó construir. Allí están enterrados el conde don Vela y un hijo suyo.

Pedro López de Ayala explicó al infante el plan de vuelos que pensaba seguir con los halcones durante la cacería y poco después le advirtió:

—Preparaos, señor. Los podencos acaban de salir tras un bando de perdices.

Los cazadores volvieron a montar. Zigor y Amín les entregaron los halcones y estuvieron esperando las órdenes de Pedro para iniciar la cacería.

El infante llevaba a Turquesa, un halcón neblí. Sus potentes garras eran amarillas. Atenazaban el guantelete que protegía la mano del infante. En cada uno de sus zancos traía un cascabel. Sus puntiagudas alas eran de color pardo azulado con barras oscuras. La cola, corta y parda, bordeada de blanco. La pechuga, de un color blanco y rubio. Su plumaje estaba bien perfilado. Su cabeza, pequeña y firme, se encontraba cubierta con el capirote.

Aldonza tenía un halcón niego. Un neblí muy joven. Una de esas rapaces que trajeron los halconeros de Brabante. El infante quería adiestrarla para la caza de altanería. Pretendía que aprendiera a remontarse con Turquesa.

—Aldonza, llamaremos Doncella a tu halcón —le dijo el infante.

—Conviene que preparéis vuestro halcón —advirtió de nuevo

Pedro al infante—. Los podencos están haciendo la muestra desde hace un rato.

El infante se puso a cabalgar con Turquesa. Antes de llegar al lugar donde se encontraban los podencos, comenzó a soltar el aparejo de la rapaz. Le quitó la lonja. La sujetó por las pihuelas. Mordió un extremo de la correa del capirote y, mientras tiraba del otro extremo con la mano, descubrió su cabeza. Se situó con su corcel mirando al poniente, para evitar que se deslumbrara con el sol al iniciar el vuelo. La levantó sobre su puño. Turquesa comenzó a batir sus alas con suavidad, dando gritos, y la dejó volar. La rapaz ascendió en cerrados círculos. Se quedó volando a gran altura, en la vertical de los cazadores, justo encima de donde Bizkor y Gorri hacían la muestra.

—¡Soltad a los podencos de las traíllas! —ordenó Pedro a los perreros.

Bizkor y Gorri avanzaron despacio. Pronto se pararon. Las perdices se encontraban delante de los podencos. No se movían por la presencia del halcón que volaba sobre ellas. Gorri se arrancó con fuerza. Las perdices ajearon y comenzaron a correr entre los matorrales.

—¡Podéis lanzar a Rubí! —advirtieron a Suárez de Toledo.

Enseguida se elevó Rubí y alcanzó la altura de Turquesa. Los dos halcones peregrinos estuvieron volando a la vela en grandes círculos hasta que los podencos consiguieron levantar a las perdices. Cuando los halcones vieron remontar a sus presas, descendieron a gran velocidad con las alas recogidas en un perfecto picado, casi en vertical. Durante la caída hacían un ruido vibrante, como el de un cuerpo metálico. Turquesa desplegó las alas, sacó sus patas, haciendo sonar los cascabeles, y acuchilló con sus garras a una perdiz. Intentó volver al lugar donde se encontraban los cazadores, pero el viento que se levantó le hizo descender con su presa y se posó con ella en unas lombas, cerca de una zona de cultivo. Turquesa dejó que la perdiz rodara por el suelo, envuelta en una nube de polvo y de plumas. Saltó sobre ella, la volvió a sujetar con sus garras y le quebró el cuello. En cambio, Rubí no pudo acuchillar a su perdiz. Se le escapó. Fracasado el lance, inició una nueva subida en vertical, montado sobre la cola, y con la cabeza vuelta buscaba a su presa. En lo alto del cielo, Rubí volaba en perfectos círculos, esperando que los podencos levantaran las perdices.

—Amín, vamos a por Turquesa —le dijo el infante.

La encontraron dando picotazos a la perdiz. El infante descabalgó, le quitó la presa de entre las garras, le puso el puño

para que saltara sobre su guantelete y, en premio a su captura, le dio de comer el corazón de una gallina que Amín llevaba en su talega.

—Rubí se posará si se da cuenta de que estamos dando de comer a Turquesa. Deberíamos volver para que se reanude cuanto antes la cacería —sugirió Amín.

Mientras los podencos daban con el rastro de las perdices, Rubí seguía volando en círculos.

—Ahora soltaré a Turquesa —dijo el infante a Aldonza—. Deja a Doncella que vuele. Verás como asciende detrás de Turquesa.

Turquesa y Doncella se elevaron con rapidez y se situaron sobre los podencos. Los cazadores soltaron sus halcones. Los gerifaltes, mayores por su tamaño que los neblíes, tenían dificultades para remontarse. Iban más despacio y algo rezagados, aunque no necesitaban hacer tantos giros como los neblíes para ascender. Muy pronto cogieron velocidad y pudieron volar con mayor agilidad. Los gerifaltes y los neblíes se reunieron con Rubí, Turquesa y Doncella en un vuelo majestuoso.

Bizkor y Gorri consiguieron que las perdices salieran en desbandada. Se levantaron en distintas direcciones para sortear el peligro que las acechaba. Los halcones empezaron a batir sus alas y tomaron posiciones para el ataque. Dos gerifaltes se lanzaron en picado sobre sus presas. Al llegar junto a ellas, las acuchillaron con sus garras y les partieron el cuello con el pico en pleno vuelo. Los neblíes fueron en persecución de dos perdices. Las atacaron y se posaron con ellas en el suelo dando gritos.

Esta vez Rubí capturó una enorme perdiz con gran precisión. La tenía entre sus garras y la zarandeaba con su pico hasta quebrarle el cuello. Turquesa volvió a cobrar otra presa mientras Doncella volaba a su lado. Durante el resto de la mañana, los halcones más jóvenes repetían los lances una y otra vez hasta que lograban sus capturas, haciendo las delicias de cazadores y halconeros.

3

El infante volvió a fijarse en el monasterio de Respaldiza y en la casa fuerte que construyó el conde don Vela. Sus maestros le habían hablado de la figura de ese magnate vasco. Por eso sentía la curiosidad por conocer aquel lugar.

—Me gustaría ir al monasterio para visitar las tumbas de tus antepasados —dijo el infante a Aldonza.

En el interior de la iglesia del monasterio de Santa María de Respaldiza, el infante don Pedro pudo contemplar dos sepulcros cubiertos por unas inmensas losas, muy bastas, labradas en forma de prismas, sin armas ni otra inscripción.

—Señor, estas son las sepulturas del conde don Vela y la de su hijo don Vela Velázquez —dijo don Fernán al infante, señalando las tumbas con un gesto de mano.

—Oí hablar de don Vela, pero ¿quién fue en realidad? —le preguntó el infante.

—Un infante de Aragón, buen mancebo, que marchó a la Corte de su tío el rey don Alfonso VI de Castilla. Se dice que asistió a su coronación. Esto es lo que nos cuenta la tradición recogida por mis antepasados.

—¿Qué más sabéis sobre él?

—En los relatos que encontré sobre la casa de Ayala, se afirma que don Vela fue el hijo menor del rey don Sancho Ramírez de Aragón y el primero de ellos en morir, aunque tengo serias dudas de la veracidad de estas noticias.

—¿Dudas? ¿Por qué tenéis dudas?

—Según los relatos de nuestros antepasados, don Vela tuvo que nacer alrededor de 1077, y su muerte habría que fijarla antes de 1104.

—De modo que don Vela vivió veintisiete años.

—Sí, pero se sabe que murió anciano. Además, si tenemos en cuenta las noticias que nos dejaron nuestros antepasados, don Vela no pudo asistir a la coronación del rey don Alfonso, porque aún no habría nacido.

—Entonces, ¿quién fue don Vela?

—Las noticias sobre el origen de don Vela están envueltas en oscuras leyendas. Otros piensan que procede de los primeros condes de Álava y de Castilla. Se sabe que él repobló este señorío con vascongados y latinos. En vascuence le llamaban jaun Belakoa; y en romance, don Belaco.

—Queréis decir que el conde don Vela pudo estar emparentado con aquellos Vela de la epopeya castellana, que protagonizaron la muerte del conde de Castilla.

—En los documentos que consulté de aquella época, pude comprobar que la intervención de los Vela en ese crimen no solo responde a la creación literaria de los juglares. Beltrán, mi yerno, tendrá algo que decir acerca de este asunto. También él desciende de los Vela.

—Don Fernán tiene razón —intervino Beltrán, que seguía con atención aquella conversación—. No se trató de una leyenda inventada por los juglares. Digo esto porque en nuestra casa de Guevara nunca se ha negado la participación de nuestros antepasados en la muerte del conde de Castilla.

—Desconocía lo que decís —comentó el infante.

—Lamento la muerte del infante García, aunque también comprenda que mis antepasados le mataran —insistió Beltrán.

—¡Qué moral es esa que justifica un asesinato! —exclamó don Fernán—. Quiero que sepas que desapruebo esa manera de pensar.

—Siento que no estéis de acuerdo conmigo, don Fernán. No olvidéis que pocos años después de la muerte del infante García, Castilla dejó de ser un condado para convertirse en un reino.

—Eso es cierto —dijo el infante mientras cogía el manto que le caía por delante y se lo echaba por encima de su hombro.

—Por muchos motivos que tuvieran los Vela para desencadenar su furia contra la familia de los condes de Castilla, nunca se puede justificar un asesinato —sentenció don Fernán.

—Lamento la muerte del infante García, aunque comprenda que le mataran por lo que hicieron sus antepasados a los míos. Yo no hubiera tenido el menor reparo en matarle —replicó Beltrán.

—No dudo de lo que dices. Estoy convencido de que habrías intentado matar al mismísimo conde Fernán González. Los Guevara sois buenos caballeros, grandes y aguerridos, pero dados a las algaradas y a las correrías —le dijo don Fernán.

El infante don Pedro sabía que, mediado el siglo X, Fernán González arrebató a los Vela el condado de Álava, y que muchos miembros de esta familia de los Vela se pasaron a los árabes para satisfacer sus ansias de venganza. Por este motivo, tenía curiosidad por conocer la relación familiar que tuvieron esos Vela con el enigmático conde don Vela.

—¿Qué parentesco existió entre los Vela de la epopeya y el conde don Vela, vuestro antepasado? —preguntó el infante a don Fernán.

—Es difícil saberlo, señor. En mi opinión hay motivos para pensar que don Vela pudo descender de esos magnates que dominaron estas tierras de Ayala, a pesar de que hay otros testimonios que vienen a ensombrecer esta posibilidad.

—¿De qué testimonios habláis?

—En Donvela, un pueblo cerca de Toledo, y en Salamanca pude encontrar pruebas de que don Vela fue un infante de Aragón. Los donvelanos le consideran su fundador. Los salmantinos, su repoblador. Ambos quisieron perpetuar su nombre y adoptaron como suyas las armas heráldicas que él utilizó. Además, tanto los salmantinos como los donvelanos mantienen que don Vela fue hijo del rey don Sancho Ramírez —explicó don Fernán.

—Después de estos hallazgos que habéis hecho sobre don Vela, no podéis dudar de que fuera un hijo del rey de Aragón —afirmó el infante.

A pesar de esas evidencias que don Fernán había descubierto en torno a don Vela, no estaba convencido de haber resuelto los secretos que rodeaban a la figura de su antepasado. La fecha de su nacimiento y la de su muerte eran para don Fernán unos misterios sin resolver. Necesitaba encontrar una explicación más convincente para satisfacer su impenitente curiosidad. «¿Cómo pueden ser ciertas estas noticias que nos legaron nuestros antepasados sobre don Vela?», se preguntaba ante la tumba de su antepasado en el monasterio de Santa María de Respaldiza.

—¿Es verdad que le llamaban el santo conde don Vela? —volvió a preguntar el infante con la intención de conocer más detalles sobre su personalidad.

—Los más viejos del valle relatan que obraba maravillas. Aseguran haber visto su cuerpo incorrupto. Dicen que solían abrir su sepultura durante las tempestades y las calamidades. Según cuenta la tradición, un hombre natural del valle se quiso burlar de él en una de esas ocasiones en las que abrieron su tumba y le quitó un diente con un dardo. Ese mismo día, de vuelta a su casa, murió por el camino con síntomas de rabia. Los que vivieron en su época le consideraron un santo por sus excepcionales virtudes.

El infante se quedó mirando el sepulcro de don Vela. Un extraño presentimiento embargó sus sentidos. Durante unos instantes permaneció sumido entre la confusión y el temor, sin saber qué era lo que le había sucedido.

—¡Aquí hace un frío horrible! —exclamó el infante.

—¿Queréis rezar un responso por el conde don Vela y su hijo? —dijo el infante al padre prior antes de abandonar el monasterio.

• • •

En el exterior lucía el sol. El infante caminaba por los alrededores del monasterio. Mientras contemplaba las vistas del valle de Ayala, no podía olvidarse de lo que le contaron sobre ese enigmático santo conde don Vela. «Estos Ayala serían malos enemigos si se pusieran del lado de mis hermanos bastardos», pensaba sobresaltado. Se había apoderado del infante una mezcla de admiración y desconfianza por los miembros de esa antigua y poderosa familia. «Don Fernán es un hombre cuerdo y jamás tomará partido en favor de esos bastardos», continuó reflexionando. No quería que nadie se diera cuenta de su turbación y se puso a hablar con don Fernán.

—¿Es cierto que el conde don Vela estuvo en Jerusalén?

—En el verano del año 1099, entró con las huestes cristianas en los Santos Lugares. Por su participación en aquella conquista, orló su escudo heráldico con ocho cruces de Jerusalén.

—También me contaron que le llamaban el señor de la Costa. ¿Es verdad?

—En un ejemplar del *Mio Cid*, que tengo en mi biblioteca, aparece don Vela citado como el señor de Costa. Así fue como algunos le conocieron.

—¿Tenéis una biblioteca en el castillo, don Fernán?

—Paso muchas horas entre mis libros. Hay veces que me quedo leyendo hasta el alba.

—¿Y cuántos libros tenéis?

—Alrededor de cuatrocientos volúmenes.

—Entonces, vuestra biblioteca es una de las mayores del reino.

—No os extrañéis por el número de los libros que hay en la biblioteca de Quejana. Muchos los heredé de mis antepasados, otros los encontré en el castillo. Yo también he adquirido bastantes desde hace años y mi hijo Pedro ha traído gran cantidad de libros de Aviñón.

—Me gustaría conocer vuestra biblioteca, don Fernán.

—Podéis visitarla siempre que lo deseéis, señor —contestó complacido don Fernán por el interés que le había mostrado por los libros.

Un criado se acercó para anunciarles que la comida estaba servida. Don Fernán indicó al infante, con un gesto de mano, el lugar por donde tenían que volver para ir al pabellón de caza.

4

Varios hombres de armas de Quejana habían llegado al amanecer a Respaldiza para levantar un pabellón de caza. En una campa, cerca del monasterio de Santa María, prepararon una mesa con varios tableros sobre unos borriquetes y unos bancos corridos, que sacaron del monasterio. A mediodía, los criados cubrieron la mesa con un mantel de lino amarillento y colocaron las escudillas, las cucharas, los cuchillos, las copas y los saleros que trajeron del castillo. Poco después, la comida estaba lista en la cocina del monasterio. Los criados esperaban para servirla.

El infante y su séquito entraron en el pabellón. Se dirigieron a la mesa de los aguamaniles antes de sentarse a comer. Enseguida les sirvieron un caldo de gallina; después, las merluzas y los besugos del mar de Vizcaya; y a continuación les llenaron sus copas. Mientras, los cocineros asaban los corzos a fuego lento en el exterior del pabellón.

—Has demostrado ser un maestro. ¿En dónde aprendiste a cazar de ese modo con los halcones? —preguntó el infante a Pedro López de Ayala.

—Mi padre y Zigor, nuestro halconero mayor, me iniciaron en las artes de la caza. También aprendí muchos secretos de los halconeros del papa Clemente VI.

—Sabía que habías vivido en Aviñón. ¿Por qué dejaste los estudios del sacerdocio? —le preguntó el infante, lleno de curiosidad.

—Fueron varias las causas. La más importante fue darme cuenta de que no tenía vocación.

—Pedro, te diste cuenta de que no tenías vocación o de que la perdiste —intervino Beltrán, su cuñado.

—No entiendo lo que tratas de decirme —contestó Pedro, molesto por el tono que había empleado su cuñado—. ¿Acaso pretendes insinuar algo que yo desconozca?

—No te enfades conmigo. Tan solo pretendía justificar tu marcha de Aviñón.

—No necesito que nadie justifique mis decisiones. Además, te diré que estoy muy agradecido de haber pasado esos años en la Corte del papa en Aviñón. Allí adquirí una formación que nunca hubiera logrado en otro lugar.

—Lamento que interpretes mal mis palabras. El mundo entero sabe que el papa Clemente VI es un mujeriego y que vive enfangado

en la lujuria. Este papa se parece más a un príncipe mundano que a un Sumo Pontífice. Trataba de decir que allí, en aquel ambiente de la curia pontificia de Aviñón, incluso hasta un santo perdería su vocación —contestó Beltrán.

Todos escuchaban aquella conversación con mucho interés alrededor de la mesa. Nadie quería perderse una sola palabra de cuanto decía Pedro. Era la primera vez que hablaba en público sobre los motivos que le hicieron abandonar Aviñón. En su familia siempre se había respetado su intimidad hasta ese momento.

Mencía, la hermana de Pedro, empezaba a sentirse incómoda con los comentarios de Beltrán, su marido. Sentía un enorme cariño por su hermano y le admiraba. Le consideraba una persona muy inteligente, de buenas maneras, cortés y con un razonamiento muy sutil para sus dieciocho años de edad. Mencía estuvo a punto de saltar y zanjar aquella conversación, pero Pedro se percató de sus intenciones y le hizo un gesto con la cabeza para que no interviniera.

—No me parece bien hablar del papa con esas palabras tan duras, Beltrán —dijo don Fernán a su yerno—. En un ambiente de mal ejemplo, como el que acabas de describir, es difícil que una persona pueda perseverar en su vocación y en sus compromisos espirituales. Me preocupan esas noticias que corren por ahí sobre la vida del papa. Nadie desconoce esos problemas. Es triste saber que la vida espiritual de los sacerdotes y de los religiosos haya decaído tanto en la Corte de Aviñón. Pero a pesar de lo que se dice, nosotros no debemos juzgar al papa. No podemos hacerlo. Solo Dios le puede juzgar, como lo hará con nosotros el día que tengamos que rendir nuestras vidas ante Él.

—Estoy de acuerdo con tus palabras, padre —intervino Pedro—. El papa tiene buenas cualidades. Llama la atención por su vasta cultura y sus dotes de orador. Siempre le ha gustado predicar. Es muy elocuente.

—Sí, pero dicen que la amistad del papa con el rey de Francia le ha servido para conseguir los puestos destacados que siempre ha tenido dentro de la Iglesia —manifestó Beltrán.

—Si ha llegado a ser papa no es por la decisión del rey de Francia, sino por la voluntad de Dios que le ha permitido ocupar la Sede de San Pedro —contestó Pedro.

—¡Estás hablando en serio! ¿Crees que Dios ha elegido a los papas? A mí me contaron que Felipe IV de Francia prometió al papa Clemente V la tiara pontificia bajo una serie de condiciones —aseguró Beltrán.

—Eso no es cierto. Mi tío abuelo el cardenal don Pedro Gómez Barroso me explicó que resultó ser falso lo que se dijo sobre una supuesta conversación que mantuvieron el arzobispo Bertrán de Got y el rey Felipe IV, pocos días antes del cónclave, para negociar su elección como papa.

—¿Y cómo supo tu tío abuelo que no fueron ciertas esas conversaciones?

—Porque averiguó que no se vieron antes del cónclave, como se dijo. El rey de Francia y el arzobispo Bertrán de Got estuvieron recorriendo distintos itinerarios durante el mes de mayo de 1305.

—¿Y qué hubo, entonces, de las promesas que el arzobispo hizo al rey antes de que le eligieran papa?

—Te he dicho que esas promesas no fueron ciertas. No hubo ningún pacto simoníaco como se dijo. Aunque más tarde el rey logró algunas concesiones, como la designación de nueve cardenales de su propia familia.

—Y si no hubo ese pacto entre el papa y el rey, ¿por qué Clemente V se quedó en Aviñón?

—No se fue a Roma porque tenía problemas de salud. Prefirió el clima de su tierra. También pensó que con su presencia en Francia podría contribuir a pacificar las relaciones entre los reyes de Francia y de Inglaterra. Además, los cardenales franceses ejercieron su influencia para que no regresara a Roma. Le decían que los Estados Pontificios estaban sumidos en la más pura anarquía. Le hicieron ver que no existían las condiciones necesarias para su traslado a Roma.

—Lo que te he dicho sobre el papa lo oí comentar en Guevara. No olvides que mi bisabuela doña Inés de Got, la señora de Oñate, era sobrina carnal del papa Clemente V —advirtió Beltrán.

—Pues a pesar de tu parentesco con el papa Clemente V, estás equivocado si crees lo que te han contado sobre ese pacto que nunca existió —afirmó Pedro.

—Oí decir que el palacio de los papas de Aviñón es una gran fortaleza —comentó el infante con la intención de cambiar el tono de aquella conversación.

—Es un castillo con amplias salas para audiencias y consistorios. Es una mezcla de palacio y de monasterio. Su construcción respondía a la austeridad de Benedicto XII. El papa Clemente VI ha levantado una torre más y una grandiosa sala para sus audiencias —explicó Pedro al recordar los años que pasó entre aquellos muros.

—Pedro, esa austeridad del papa Benedicto que acabas de mencionar —intervino Beltrán—, se disipó con la llegada de

Clemente VI. La Corte de Aviñón ha alcanzado su apogeo de esplendor con este papa. En Europa no hay una Corte más fabulosa, amiga de fiestas y de banquetes, con ostentación de oro y de plata, que la de Aviñón. Se dice que el papa tiene tantos trajes y capas de armiño que utiliza una de las torres de la fortaleza como guardarropa.

—Mi padre el rey don Alfonso —interrumpió el infante—, me contó que después de la batalla del Salado, envió una embajada al papa Benedicto XII con escudos, cimitarras morunas y su propio caballo, cargado con joyas preciosas y estandartes arrebatados al enemigo durante la batalla. Con ese motivo se celebraron solemnes fiestas, las más pomposas y espléndidas que se conocieron en Aviñón. ¿Qué culpa tuvo el papa Benedicto si el rey le envió una embajada a su Corte con el anuncio de la victoria del Salado? Si el papa no hubiera atendido a los embajadores del rey de Castilla, como lo hizo y era su obligación, ¿qué crees que habría pensado el rey del papa? El papa Benedicto actuó como debía. ¿No ocurrirá ahora lo mismo con el papa Clemente VI, que se le acusa de fabulosa ostentación, cuando es posible que esté actuando como debe?

—Es posible que tengáis razón, señor. Pero el papa es muy dado al lujo y a la suntuosidad hasta el despilfarro —replicó Beltrán.

—Al papa Clemente VI se debe que Aviñón pasara al dominio de la Santa Sede. Pagó ochenta mil florines por la ciudad a la reina de Nápoles. Después de su compra, consiguió una importante transformación de la ciudad. Antes de declararse la peste, Aviñón había alcanzado una población de unos cuarenta mil habitantes. Cuando los papas se instalaron allí, la ciudad apenas tenía seis mil almas —explicó Pedro.

—¿Qué piensas de nuestro papa Clemente VI, Pedro? —le preguntó el infante.

—Todos coinciden en opinar que es una persona generosa, afable, cortés y de gran bondad.

—Pródigo con sus parientes y con sus paisanos de Limosín, que van a visitarle —añadió Beltrán.

—No solo van a Aviñón sus parientes y paisanos, como tú dices, Beltrán. También van los magnates, los príncipes y muchos artistas. Además, el papa siempre se ha mostrado misericordioso con los pobres. Él decía que eligió el nombre de Clemente porque se había desposado con la clemencia —insistió Pedro.

—Hace poco tiempo me contaron que el papa se reserva el dinero que se recibe de las abadías, de las prelaturas y de las

canonjías. Con ese dinero atiende las peticiones de los clérigos y de la gente que acuden a visitarle. Alguien le debió decir que en otros pontificados no se hicieron esas cosas. Que los papas no se quedaban con el dinero de la Iglesia. ¿A que no sabes qué contestó? —le preguntó Beltrán.

—No, no lo sé —respondió Pedro.

—Pues que sus predecesores no supieron ser papas —y Beltrán se echó a reír.

—Ya basta, Beltrán —intervino furiosa Mencía, su mujer—. ¿Quieres dejar en paz a Pedro?

—Beltrán, hay que darse cuenta de que el papa vive una época difícil. La peste que se declaró hace dos años ha causado la muerte de una tercera parte de la población de Europa. El papa sufre mucho por las terribles consecuencias que ha tenido esta epidemia para la Iglesia —respondió Pedro a su cuñado, porque no quería que aquella conversación quedara interrumpida por el enfado de su hermana Mencía.

—También nosotros estamos padeciendo la peste en el reino, Pedro —intervino el infante—. Esa epidemia ha matado a tanta gente en el campamento de Gibraltar que el rey ha querido que viniera aquí para evitar que me contagiara.

—Es cierto lo que decís —replicó Pedro—, aunque debéis tener en cuenta que esa epidemia ha provocado graves problemas sin precedentes en las comunidades religiosas. La mayor parte de los conventos y monasterios han quedado vacíos por la muerte de casi todos sus frailes. En algunos cenobios se han salvado dos o tres monjes. En Aviñón hubo días que morían unas cuatrocientas personas. Durante el mes de abril de 1348, se enterraron alrededor de once mil cadáveres en un cementerio que el papa tuvo que comprar para darles sepultura.

—El papa se ocupó en persona de enterrar a muchos de los suyos. Entre las víctimas que murieron por la peste el día 14 de julio de ese año, se encontraba mi tío el cardenal de España don Pedro Gómez Barroso, el hermano de mi madre —intervino don Fernán con la voz entrecortada por la emoción que le producían aquellos recuerdos—. Cuando me anunciaron su muerte, acudí a Aviñón. Allí me esperaba mi hijo Pedro. Asistimos a los funerales. La ceremonia la ofició el papa. Después enterramos al cardenal en el monasterio de España.

—No sabía que vuestro tío el cardenal hubiera muerto —le dijo el infante.

—No me sorprende que no lo supierais, señor —afirmó don

Fernán—, el cardenal pasaba largas temporadas junto al papa en Aviñón.

—Lo lamento, don Fernán. ¿Estabais muy unidos?

—El cardenal me inició en el mundo de las letras. De él aprendí a conocer y a valorar la Historia, la Filosofía, la Teología y las otras ciencias del saber. Estábamos muy unidos, lo mismo que mi hijo Pedro.

—Ahora conocéis otro de los motivos por los que abandoné la Corte de Aviñón. Al morir el cardenal, me encontré sin la ayuda que recibí durante aquellos años. Mis estudios y mi vida espiritual estuvieron siempre bajo su dirección. Con su muerte me faltaron fuerzas para seguir solo ese camino —le explicó Pedro.

—Agradezco que me cuentes todo esto, Pedro. Comprendo que la muerte del cardenal haya representado para ti una gran pérdida. Lo lamento. Sé que él prestó grandes servicios a la Corona de Castilla —respondió el infante.

Aquella conversación les dejó a todos pensativos. Parecía como si estuvieran reflexionando sobre lo que oyeron contar a don Fernán y a su hijo Pedro, pero pronto se pusieron a hablar en la mesa.

—Nunca había conocido a una persona tan hábil con la gente como tú lo has demostrado —dijo Leonor, la hija de los Suárez de Toledo, a Pedro López de Ayala.

—No seas exagerada. He expuesto las cosas como entendí que debía hacerlo. Conozco al papa y el ambiente de la Corte de Aviñón. Mi experiencia me dice que hay que ser prudente con los juicios que se hacen sobre la Iglesia y sus dignatarios —contestó Pedro.

—Sí, sí, a eso me refería. Dime, Pedro, ¿volverías a Aviñón para seguir los estudios del sacerdocio?

—No, Leonor. Ahora deseo estar junto a mis padres.

Unos criados iban pasando los aguamaniles por la mesa. Otros servían el vino y el chacolí. Mientras, los cocineros trinchaban los corzos.

—Espero que estos vinos sean de vuestro agrado. ¿Qué os ha parecido el chacolí? ¿Lo habíais probado antes? —preguntó don Fernán al infante.

—Lo encuentro fresco, aromático y un poco ácido —respondió el infante—. ¿Qué tipo de vino es este, don Fernán?

—Es un vino de estas tierras de Ayala, Vizcaya y Guipúzcoa. Se viene cultivando en las laderas y en los declives por donde pasaron los cauces de los ríos hace siglos. La conservación del chacolí es difícil. Si se vuelve dorado pierde sus propiedades —explicó don

Fernán.

—Brindemos por Aldonza, por los señores de Ayala y su familia. Deseo que sepáis que me encuentro feliz con vosotros —dijo el infante, levantando su copa.

Muy pronto surgieron los cuchicheos. El infante se ha enamorado de Aldonza, decían unos. Esto puede acabar en boda, auguraban otros. Todos levantaron sus copas, las apuraron y aplaudieron al infante don Pedro.

Don Fernán hizo un gesto a los criados para que llenasen las copas.

—Señor —se dirigió don Fernán al infante—, esta familia os agradece vuestras palabras de afecto. Es un honor para nosotros teneros en el señorío de Ayala. Me alegra saber que estéis disfrutando de las bondades de estas tierras que os han acogido con su proverbial hospitalidad. ¡Viva el infante don Pedro! ¡Viva el rey don Alfonso! ¡Larga vida dé Dios al rey y al infante don Pedro! —los aclamó don Fernán con su copa levantada.

El infante se acercó a Aldonza y le cogió la mano por debajo de la mesa. Mientras la acariciaba iba subiendo sus faldas. Aldonza se estremeció al sentir la mano del infante. Pensó que su rostro podría dar alguna muestra de rubor. Se sentía incómoda. Hizo un ligero movimiento con sus caderas y apartó de entre sus piernas la mano del infante.

—Al rey le hubiera gustado mucho este corzo. Le entusiasma la caza bien asada. ¿Cómo lo hacéis? —preguntó el infante a don Fernán.

—No creo que exista ningún secreto en nuestros asados —respondió don Fernán—. Maceran la caza durante varios días con aceites, vinos, especies y hierbas. Asan la carne a fuego lento, la embadurnan de manteca y vinagre. De este modo, se evita que se chamusque y pierda su sabor. Me parece que esto es lo que hacen nuestros cocineros.

—No tengáis duda de que el éxito de vuestros asados está en la preparación que hacéis de la caza y en esa mezcla que le echan —afirmó el infante.

Los criados colocaron unas bandejas con mazapanes sobre la mesa y rellenaron las copas de los comensales.

—El rey se encuentra luchando en Gibraltar, rodeado de calamidades. No sé, no me parece bien que aquí estemos organizando festejos. El infante desea que envíe mensajeros a Castilla, Navarra y Vizcaya para anunciar las justas. Me preocupa que se interprete mal esta celebración —dijo don Fernán a Suárez

de Toledo, mientras cogía unos mazapanes.

—No es necesario que se hagan públicas las justas, don Fernán. Podéis enviar vuestros mensajeros a las familias que tengan hijos de la edad del infante —sugirió Suárez de Toledo con aire despreocupado.

Don Fernán se dio cuenta de lo tarde que se estaba haciendo y advirtió al infante:

—Si deseáis conocer esta parte del señorío tendríamos que partir ahora mismo. Si no, la noche se nos echará encima.

—En cuanto termine estos mazapanes nos pondremos en marcha —le respondió.

Pedro López de Ayala salió del pabellón para explicar a los adalides el trayecto que iban a hacer para regresar a Quejana.

—Te he visto que hablabas con los adalides. ¿Tienen ellos tantas cualidades como se dice? —preguntó Leonor a Pedro, y le miró con ternura a sus ojos.

—Saben interpretar las noticias y las palabras que oyen. Descifran las señales y adivinan, por el vuelo de las aves y la presencia de las fieras, si ha de suceder algo bueno o malo.

—También cumplen misiones importantes en las guerras. ¿No, Pedro?

—Así es. En las batallas deben conocer los caminos por donde tienen que pasar las tropas —respondió Pedro a Leonor, pero en ese preciso momento se levantó el infante de la mesa y todos salieron detrás de él.

5

—Aquí tenéis vuestros vestidos, niñas. ¡Arriba, arriba! ¡Levantaos, que ha amanecido! Hoy también hará bueno. Vuestros hermanos andan por ahí desde hace rato. ¡Arriba, dormilonas! Vuestro padre me ha dicho que os diera prisa. A ver si vais a hacer esperar al infante —dijo el aña Marcelina a las hijas de don Fernán.

Aldonza saltó de la cama. Abrió la ventana y no pudo ver más que una espesa bruma.

—¡Si no se ve nada! —exclamó.

—¡Niña, la niebla se levantará y saldrá el sol! ¡Qué impaciente es esta juventud! —murmuró el aña Marcelina.

Después de asistir a misa, los señores de Ayala con sus hijos mayores y sus invitados partieron de Quejana en dirección al valle de Okondo.

—Aquí cayó muerto mi tío Sancho, el hermano de mi padre —dijo Pedro al infante mientras bajaban por la cuesta de Respaldiza.

—¿Murió aquí un hermano vuestro? —preguntó el infante, dirigiéndose a don Fernán.

—Después de la muerte de don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala, hubo muchos enfrentamientos armados para sucederle en el señorío. Mi hermano Sancho fue una de las víctimas de esas luchas.

—¿Y qué fue lo que sucedió?

—En mayo de 1332, Sancho y yo fuimos a Burgos para asistir a la coronación de vuestro padre el rey don Alfonso. Con ese motivo también acudieron allí nuestros parientes, el señor de Ayala y el señor de Oñate. Pero la víspera de la coronación murió de repente el señor de Ayala. Entonces decidimos enviar mensajeros a nuestra familia para que fuera al castillo de Quejana. Mi hermano se proponía tomar posesión del señorío. Al día siguiente, después de la coronación del rey, partimos hacia el señorío de Ayala.

—¿Y comenzaron vuestros enfrentamientos? —interrumpió el infante.

—Cuando llegamos con el cadáver del señor de Ayala al castillo de Quejana, el señor de Oñate anunció que tenía más derechos que mi hermano sobre el señorío. Se produjeron tremendas discusiones entre nuestras dos familias y desenvainamos las espadas.

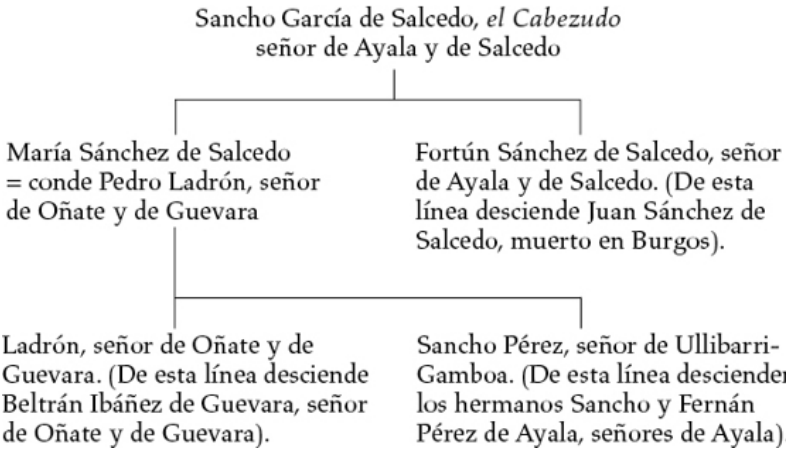
—Pero ¿cuál fue el origen de vuestras hostilidades?

—Don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala que murió en Burgos, dejó solo un hijo natural que se llamaba Juan Sánchez

Chicubín. Según la costumbre de la casa de Ayala, un bastardo no podía suceder en el señorío. Por eso, los Ayala y los Guevara nos disputamos la sucesión del señorío. Así empezaron nuestras hostilidades.

—Entonces, al morir sin descendencia legítima el señor de Ayala, los derechos sobre el señorío pasaron a vuestra familia —añadió el infante.

—Don Sancho García de Salcedo, *el Cabezudo*, el señor de Ayala que construyó el castillo de Quejana, tuvo dos hijos: doña María y don Fortún. Los Ayala y los Guevara descendemos de doña María. Don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala, procedía de don Fortún.



—¿Y por qué el señor de Oñate os disputó la posesión del señorío de Ayala?

—Don Beltrán Ibáñez de Guevara, el señor de Oñate, decía descender del hijo primogénito de doña María, la hija de don Sancho —precisó don Fernán.

—Si vuestro tío don Beltrán descendía del hijo mayor de doña María, ¿por qué vuestro hermano tomó posesión del señorío de Ayala?

—Don Sancho García de Salcedo pensó que no volvería a tener más descendencia después de la boda de su hija doña María con el conde don Pedro Ladrón, el señor de Oñate. Entonces estableció la condición de que el nieto suyo que sucediera en los señoríos de Oñate y de Guevara, no podría heredar el señorío de Ayala. No quería que Ayala se uniera con esos otros señoríos en el futuro. Mi hermano exigió que se cumplieran esas obligaciones que puso don Sancho para heredar el señorío de Ayala —explicó don Fernán.

—Ahora lo comprendo. ¿Y cómo se resolvió ese pleito?

—Pedimos al rey don Alfonso que mediara en nuestras disputas.

Los jueces que nombró decidieron que la voluntad expresada en su día por don Sancho era la clave de la cuestión en litigio. Por ese motivo, dieron la razón a mi hermano.

—¿Y por qué mataron a vuestro hermano en esa cuesta que acabamos de bajar?

—García de Murga, el hijo de Juan Sánchez Chicubín, no aceptó la sentencia de los hombres justos nombrados por el rey don Alfonso. Quiso reivindicar con las armas sus pretensiones sobre el señorío. Se presentó en Quejana con muchas tropas y durante la lucha mi hermano le mató.

—Y los Murga vengaron su muerte. Supongo que eso fue lo que ocurrió —comentó el infante.

—Los parientes de García de Murga y doscientos ballesteros de los Salcedo pusieron una trampa a mi hermano en los montes de Llanteno. Él iba acompañado de poca gente. Desconocía lo que tramaban contra él. Al darse cuenta de la emboscada, salió a galope. Estaba tan gordo que su caballo reventó subiendo la cuesta de Respaldiza. Hizo tal esfuerzo corriendo, para escapar de sus perseguidores, que cayó muerto —explicó don Fernán.

Don Fernán sabía que los Guevara hostigaron a los Murga para que mataran a su hermano, y por eso no quiso seguir hablando de aquellos sucesos delante de Beltrán, porque su yerno era el actual señor de Guevara.

—Mi padre no se dejó llevar por el rencor ni por la ira. No quiso vengar la muerte de su hermano por temor de Dios —intervino Pedro López de Ayala, porque deseaba que el infante supiera lo sucedido.

—Es cierto. Don Fernán nunca quiso vengar la muerte de su hermano —comentó Beltrán mientras cabalgaban por la orilla del río Izalde—. A pesar de las disputas y de los enfrentamientos armados que hubo entre nuestras dos familias, don Fernán trató de restablecer las buenas relaciones que existieron entre los Guevara y los Ayala. Esas buenas relaciones que tenemos ahora se lograron a partir de la celebración de nuestro matrimonio. Los Guevara siempre hemos apreciado el gran afecto que don Fernán demostró por mi abuela paterna.

—¡Cómo no iba a interesarme por mi tía Elvira, la hermana de mi padre! —exclamó don Fernán.

—Estamos entrando en el valle de Okondo —advirtió Pedro al infante.

—Me dijeron que comprasteis estas tierras hace poco —dijo el infante a don Fernán, mientras miraba las vistas de aquel valle que

tenía ante sí.

—El valle de Okondo siempre formó parte del señorío de Ayala hasta que los albaceas testamentarios del señor de Ayala lo vendieron a doña Leonor de Guzmán, con el valle de Orozko y otras tierras del señorío. Los albaceas no supieron defender los estados del señorío —aclaró don Fernán.

—Sabía que estas tierras habían sido del señorío de Ayala —rectificó el infante—. ¿Las recuperasteis todas?

—El pasado mes de diciembre compré a doña Leonor de Guzmán los territorios que pertenecieron al señorío. Además, adquirí el valle de Llodio, que don Lope de Mendoza había enajenado a doña Leonor de Guzmán. Al día siguiente, después de firmar los documentos de compra, vuestro padre el rey confirmó esos documentos en su campamento de Gibraltar.

—Por lo que contáis, los albaceas del señor de Ayala vendieron extensas zonas del señorío.

—Lo encontré deshecho. Conseguí recuperar todo lo que se vendió, excepto el castillo de Aranguti de mis antepasados los Salcedo. Don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala que murió en Burgos, se lo dejó en el testamento a su sobrino y albacea don Lope García de Salazar. Desde ese momento quedó segregado el castillo de Aranguti de los estados del señorío de Ayala —explicó don Fernán.

Uno de los adalides, que inspeccionaba el camino, regresó a la comitiva, detuvo con brusquedad su caballo delante del infante y le dijo:

—Señor, no entréis en Okondo. Hemos visto un grupo de caballeros armados que se dirige hacia nosotros. Sería más prudente que permanecierais aquí hasta que sepamos qué intenciones traen.

La escolta formó un círculo alrededor del infante para protegerle. Varios jinetes se prepararon para salir al encuentro de la gente que se aproximaba.

—¡Todos a pie! ¡Fuera del camino! ¡Desplegaos entre los árboles! ¡Deprisa, deprisa! —ordenó don Fernán a los jinetes.

Don Fernán seguía preocupado. Se dirigió a un grupo de hombres de su confianza y les dijo:

—Ocupaos de proteger a las señoras.

—Vosotros —ordenó de nuevo don Fernán con un gesto de mano a varios de sus hombres—, subid a esa lomba. A ver si estamos rodeados.

—¿Qué pasa? —preguntó el infante, sorprendido por aquel despliegue de la tropa.

—No os preocupéis. Esta es la única manera de garantizar vuestra seguridad. Si esos caballeros nos atacan, podremos defendernos sin ninguna dificultad —contestó don Fernán para tranquilizarle.

Durante unos instantes se produjo una gran tensión en el séquito del infante.

—Ahora podéis montar y salir al encuentro de esos caballeros. A ver quiénes son. ¡Vamos, vamos, moveos! —volvió a ordenar don Fernán a los jinetes, al comprobar que no existía ningún peligro.

Los hombres de Quejana salieron a su encuentro. Al verlos por el camino, que bordea el río, desenvainaron las espadas.

—¡Alto! ¿Quiénes sois? ¿Adónde vais? —les gritaron.

—Somos vizcaínos —respondieron ellos—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Estas tierras son del señor de Ayala. ¿Por qué venís tan armados?

—Perseguimos a unos bandidos que han matado a nuestras familias. Vamos tras ellos. Su rastro nos ha traído hasta aquí. No hace mucho tiempo que han debido de pasar por estos caminos.

—Tendréis que acompañarnos. Si os negáis, sabed que este lugar está defendido por nuestra gente —les advirtieron los hombres de Quejana.

Los vizcaínos traían unas túnicas de vivos colores. Eran muy amplias, abiertas por delante y por detrás, ajustadas a la cintura con una correa. Al llegar ante don Fernán, uno de esos caballeros se dio a conocer y le explicó el motivo de su presencia en aquel lugar.

—¿Quiénes mataron a vuestras familias? —le preguntó don Fernán.

—Fueron unos extranjeros. Dijeron que eran bretones. Nuestras familias les dieron hospedaje. Durante la noche asesinaron a nuestras mujeres y a nuestros hijos, a la guardia y a los sirvientes. No tuvieron piedad ni de la más joven de nuestras hijas.

—Es horrible lo que contáis. ¿Se puede saber dónde os encontrabais cuando asesinaron a vuestras familias?

—Estábamos en Flandes. Llegamos hace dos noches de una larga travesía por la mar. Acababan de matar a la última de nuestras familias. Enterramos a los nuestros. Esta mañana nos hemos puesto en marcha para capturar a los asesinos.

—¿Y cómo os enterasteis de todos esos detalles? —insistió asombrado don Fernán.

—Un hermano de mi mujer estaba en nuestra torre en el momento que llegaron esos extranjeros. Él no sospechó nada de esa

gente. Si hubiera observado algo extraño, no les habría permitido franquear la entrada. Cenó con ellos y después se marchó de allí. Según nos relató, aquellos hombres parecían mercenarios —le explicó el señor de Goñi.

—Lamento lo sucedido. Si podemos hacer algo por vosotros no tenéis más que decirlo —respondió don Fernán.

—Agradecemos vuestro ofrecimiento. Debemos seguir nuestro camino. Tenemos que dar con esos bandidos para vengar las muertes de nuestras familias.

—Es monstruoso que unos hombres hayan podido hacer una cosa así —comentó el infante una vez desaparecieron los vizcaínos.

En Okondo visitaron la casa fuerte. Don Fernán dejó allí una guarnición de hombres para garantizar la seguridad de aquella parte del señorío y se dirigió con sus invitados al monasterio de San Román.

—*Egun on,*[9] infante don Pedro. *Ongi etorri, jauna*[10] —dijo el prior del monasterio con voz ronca.

El infante se imaginó que el prior le daba la bienvenida en vascuence. Con gesto indiferente besó su mano.

—Padre Eneko, ¿cómo sabéis que es el infante don Pedro, si esta es la primera vez que le veis? —le preguntó don Fernán, sorprendido de que le hubiera reconocido.

—¡Hijo mío, no es necesario que nadie tenga que presentarme al infante! Le esperaba —contestó el prior mientras señalaba el cielo con la cachava y se sujetaba la cadera con la otra mano.

—No entiendo lo que decís, padre prior —insistió desconcertado don Fernán—. ¡Alguien os habrá comunicado que venía el infante! ¿Tal vez algún adalid?

—No, no. Estáis equivocado, don Fernán. Nadie me ha anunciado su llegada.

—Entonces, decid, ¿cómo lo habéis sabido?

—La sabiduría de Dios es infinita, don Fernán. ¡La oración, hijo mío, la oración! Sabéis que por medio de la oración Dios puede dar a conocer muchas cosas —contestó sonriendo el padre prior.

«¿Habrá tenido alguna otra nueva inspiración divina? ¿Dios le habrá vuelto a revelar algo? ¿O se tratará de una simple premonición?», se preguntaba don Fernán, después de escuchar las últimas palabras del padre Eneko.

El prior les enseñó el monasterio durante un corto recorrido que hicieron por su interior. En la iglesia se detuvieron unos momentos para orar ante el sagrario.

—Tengo algo que comunicaros, señor —dijo el prior al infante

en el claustro.

—¿De qué se trata? —le preguntó el infante.

El prior dio unos pasos hacia delante con la intención de separar al infante de su comitiva.

—Dios, Nuestro Señor Todopoderoso, os manda que obréis con justicia. Si no obedecéis, la ira del Señor caerá sobre vuestra persona —le anunció y luego le susurró algo al oído para que nadie pudiera escuchar lo que le decía.

El infante giró sobre sus talones. Se le quedó mirando de frente a sus ojos y le preguntó airado:

—¿Me estáis amenazando, padre prior?

—Esto es cuanto tenía que deciros —insistió el prior.

El infante don Pedro se indignó tanto al escuchar las palabras del prior que no sabía qué responderle. Se volvió dándole la espalda. «¡Qué se ha creído este fraile! ¡Cómo se atreve a hablarme de ese modo!». Salió del monasterio sin despedirse y se dirigió hacia su corcel.

Don Fernán se dio cuenta de que el padre Eneko había dicho algo que no agradó al infante, pero no quiso preguntar lo que había sucedido.

—Deberíamos volver a Quejana —dijo el infante a don Fernán.

El infante iba pensando por el camino en la conversación que tuvo con el prior del monasterio de San Román. Cabalgaba junto a Aldonza, pero apenas hablaron entre ellos durante la primera legua.

Aldonza percibió que algo le ocurría al infante.

—¿Te encuentras bien, Pedro?

—No me pasa nada.

El infante seguía dando vueltas a las palabras del padre Eneko. «No puede ser que Dios le hable y le diga semejantes cosas. En cualquier caso debo estar preparado. No tiene que cogerme desprevenido. Tendré que decidir qué he de hacer con doña Leonor de Guzmán y con sus hijos, con esos bastardos. También debo pensar en las personas en las que pueda confiar». Mientras cabalgaba se iba tranquilizando. Muy pronto comenzó a sentir curiosidad por la personalidad del padre Eneko y preguntó a Aldonza:

—¿Conoces bien al prior de Okondo?

—Viene mucho por Quejana. Mis padres le consideran un místico excéntrico.

—¡Un místico excéntrico!

—Dicen que se queda rezando noches enteras en la iglesia del monasterio. ¡Imagínate de noche en aquella iglesia, en pleno

invierno! ¡El frío tan terrible que cualquier persona tendría que pasar! Muchos le preguntan si no pasa frío y él contesta que prefiere el frío del monasterio a las llamas del infierno.

—Aldonza, cuéntame más cosa de él —insistió el infante.

—Pues la verdad, no sé qué contarte. ¡Ah, sí, verás! —exclamó Aldonza—. Hace dos años pasó una cosa extraña. El padre prior conocía a mi tío abuelo el cardenal don Pedro Gómez Barroso. Eran amigos. Cuando murió el cardenal, el prior le anunció su muerte a mi padre.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Una tarde de verano —empezó diciendo Aldonza—, mientras paseaba con mis padres por la orilla del río, junto al castillo, vimos llegar al padre Eneko sobre una mula vieja, tan vieja como él. Nos dijo que había visto al cardenal. Mi padre le preguntó sorprendido dónde le había visto y él respondió, como la cosa más natural, que en el cielo. Esas fueron sus palabras. Sí, ahora recuerdo que después nos pidió beber agua.

—¡Qué estás diciendo! —exclamó muy alterado el infante—. ¿Cómo es posible que el prior viera al cardenal en el cielo? ¿Y tu padre no le interrogó sobre lo que le dijo?

—Por supuesto que lo hizo. Delante de nosotros, bebiendo agua como un loco, el padre Eneko nos contó que tenían un acuerdo entre ellos. El primero en morir tenía que enviar una señal al otro desde el cielo o desde el infierno.

—¡Aldonza, eso es imposible! —volvió a exclamar el infante.

—Así nos pareció. Mi padre no lo podía creer. Marchó a Aviñón para ver al cardenal y le encontró muerto dentro de una caja de pino.

—¿Por qué hicieron ese acuerdo?

—El padre Eneko nos dijo que pasaron por momentos difíciles después de su ordenación sacerdotal. ¿Cómo se dice eso? ¡Ah, sí! Tuvieron una crisis, una crisis de fe. Al parecer, entonces hicieron ese acuerdo y el cardenal cumplió con su promesa.

—¿Y qué más sabes sobre el padre Eneko? —insistió el infante.

—Los que le conocen opinan que es un hombre santo. Mucha gente viene desde lejos para verle. También dicen que ha obrado milagros. Curaciones y cosas así.

6

Con un grupo de hombres armados, don Fernán y su hijo Pedro se adelantaron al trote ligero del resto de la comitiva. Enseguida llegaron al valle de Ayala. Mientras don Fernán miraba hacia Quejana, Pedro pudo leer un gesto de crispación en el rostro de su padre.

—¿Para qué hemos venido hasta aquí? No acabo de entender lo que ocurre. Porque ocurre algo. ¿No, padre? —le preguntó Pedro.

—Tenemos problemas, graves problemas, hijo —fue lo único que le contestó don Fernán, porque en ese momento vieron que se acercaba el séquito del infante y salieron a su encuentro.

Don Fernán levantó el brazo para que se detuvieran.

—¿Qué sucede? —le preguntó el infante.

—Los bandidos que asesinaron a las familias de los vizcaínos se encuentran en el castillo —respondió don Fernán.

—¡Cómo! ¿Qué decís? —le preguntaron todos.

—Explicaos mejor, don Fernán. No entiendo lo que decís. ¿Quién os ha comunicado que los bretones están en Quejana? ¿Acaso tenéis los misteriosos poderes del padre Eneko para adivinar las cosas? —le preguntó el infante.

—Señor, no creo que sea este el momento más apropiado para hacer bromas —dijo don Fernán en un tono que delataba su malestar por el comentario que hizo el infante—. Después de nuestro encuentro con los vizcaínos ordené a dos de mis adalides que fueran al castillo con instrucciones concretas. Si hallaban todo en orden, tenían que haber salido en nuestra búsqueda. Si los bretones se encontraban allí, debían quedarse para no alertarlos. ¿Comprendéis ahora la gravedad de la situación?

—Tendremos que hacer algo. Esperemos que nuestras mujeres y vuestras hijas pequeñas se encuentren a salvo —dijo Suárez de Toledo a don Fernán.

—Los vizcaínos nos dijeron que los bandidos cometieron sus crímenes durante la noche. Por ahora debemos permanecer tranquilos. Además, en Quejana hay mucha gente armada. No podrán atacar a nadie —replicó don Fernán.

—Sí, eso es cierto, pero habrá que hacer algo —objetó el infante con visibles muestras de nerviosismo.

—Entraremos en el castillo sin la tropa para que se confíen —les anunció don Fernán.

—¿Y por qué no vamos con nuestros hombres, cogemos a los

bretones y los matamos? —intervino el infante.

—Don Fernán tiene razón. Es más conveniente dejar la tropa fuera del castillo. Será más fácil interceptarlos si tratan de huir —respondió Suárez de Toledo.

—Ese será el plan que seguiremos —afirmó don Fernán—. La tropa se dirigirá a Quejana, dando un rodeo, y se internará en el bosque. El grueso de la tropa se encuentra en el interior del castillo. Allí hay muchos hombres para controlar a esos bandidos. No se atreverán a hacer nada que ponga en peligro a nuestras familias. Llegaremos de noche. Será imposible que puedan darse cuenta de nuestras intenciones.

—También las familias de los vizcaínos pensaron que los bretones no les harían nada. Les franquearon la entrada y ya sabemos lo que les sucedió —murmuró Suárez de Toledo.

—No os preocupéis, don Pedro —replicó don Fernán para tranquilizarle—. En Quejana es bien recibido todo el que llega, aunque siempre se toman ciertas precauciones para que los forasteros no tengan acceso a nuestros aposentos. Estoy seguro de que doña María y doña Elvira estarán a salvo. No os inquietéis —insistió.

Mientras se iban acercando a Quejana, Pedro observó algo extraño en el castillo. No comprendía qué era lo que le llamaba tanto la atención. De pronto se dio cuenta de lo que ocurría. «Es la silueta del castillo. Sí, la silueta del castillo está sumida en la oscuridad. Tengo que advertir de lo que está sucediendo». Tiró de las riendas de su caballo, levantó su brazo para que se detuviera la comitiva y dijo gritando:

—Algo grave ocurre en el castillo. No han encendido las antorchas en los pasos de ronda ni en el puente levadizo. El castillo no está iluminado. Los bretones han debido de atacar.

—Ordené a los adalides que no iluminaran el castillo si los bandidos cometían alguna acción hostil —respondió don Fernán.

• • •

En la campa, frente al castillo y junto al bosque, donde estuvieron reunidos la víspera antes de ir a cazar, formaron un círculo en torno a don Fernán y a su hijo Pedro. Apenas se podían percibir las expresiones de sus severos rostros por la oscuridad de la noche. El silencio era tan profundo que solo se escuchaban el resoplido de los caballos y los manotazos que daban al golpear con sus cascos en el suelo.

—Nos encontramos ante una grave situación. No sabemos lo que pasa en el castillo, pero algo ha ocurrido —dijo don Fernán

mientras se erguía sobre su montura—. Don Pedro y su hijo Diego se internarán en el bosque con el infante don Pedro y con nuestras hijas. Allí estarán a salvo con la tropa. Mis tres hijos, mi yerno Beltrán y yo iremos al castillo. Pronto sabremos lo que ha sucedido y enviaremos noticias.

—Un infante de Castilla no se esconde de unos bandidos en el bosque, don Fernán —respondió molesto el infante—. Si deseáis que las doncellas se queden con la tropa en el bosque, será vuestra la decisión.

Don Fernán pretendía que el infante no corriera ningún riesgo, aunque sabía que no aceptaría sus planes.

Don Pedro Suárez de Toledo se alegró de la decisión que había tomado el infante, porque también él deseaba acompañar a don Fernán.

Todos querían saber lo que ocurría en el interior de Quejana y se pusieron en marcha.

Al llegar al castillo, encontraron el puente tendido y el rastrillo levantado. Atravesaron el portón. En el patio de armas, los recibió el alcaide con el capitán y varios hombres armados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó don Fernán antes de desmontar.

—Llegaron ocho frailes esta mañana, poco después de vuestra marcha.

—¡Cómo, ocho frailes! ¡Si son unos bandidos! ¿Dónde, dónde están ahora? —le interrumpió don Fernán mientras echaba pie a tierra.

—Con las señoras, don Fernán.

—¿Están con las señoras? ¿Quién los autorizó a entrar en nuestros aposentos? —le volvió a preguntar enfurecido don Fernán.

—Fue doña Elvira. Los mandó llamar al enterarse de que llegaron unos frailes.

—¿Les ha pasado algo a las señoras? ¡Hablad ya! —gritó don Fernán.

—Tienen como rehenes a doña Elvira y a doña María.

—¿Han tomado a nuestras mujeres como rehenes? ¡Qué canallas! —exclamó Suárez de Toledo, llevándose las manos a su rostro.

—También retienen al abad. ¿Quién iba a pensar que fueran unos bandidos disfrazados de frailes? —se lamentó el alcaide.

—¡Retienen al padre abad! —exclamó don Fernán.

—Cuando me dijeron que habían llegado unos frailes, no sospeché nada. Ordené que avisaran al padre abad. Me pareció que él debía recibirlos. Estuvieron en la abadía y desde allí fueron al

palacio. ¡Por todos los santos! De haberlo sabido, os aseguro que esto no hubiera sucedido —seguía lamentándose el alcaide.

Todos se sentían consternados con aquellas explicaciones del alcaide. Sus rostros empezaban a reflejar signos de abatimiento.

Don Fernán hizo un esfuerzo para sobreponerse y volvió a interrogar al alcaide:

—¿Y qué más? ¿Ha pasado algo que todavía no sepamos? ¿En dónde están mis hijas, las pequeñas?

—Están a salvo. Gracias a Dios que jugaban fuera del palacio y los bandidos no pudieron dar con ellas.

—¿Trataron de buscarlas?

—Revisaron las salas y las cámaras del palacio con la intención de encontrarlas. Por lo visto, doña Elvira les habló de ellas.

—¿Estáis diciendo que anduvieron registrando nuestros aposentos? ¿En dónde estaba la guardia para impedirlo?

—Los frailes, quiero decir, los bandidos mataron a los centinelas. Creí que os lo había dicho —se disculpó el alcaide.

—¿Han asesinado a la guardia del palacio? ¿Cuántos han muerto?

—Murieron todos. Un centinela nos pudo alertar antes de que le mataran. A los otros los asesinaron por sorpresa. Los degollaron. No debieron sospechar que unos frailes los pudieran atacar.

—No entiendo lo que pretenden. ¿Habéis hablado con ellos? —le preguntó compungido don Fernán.

—Nos dijeron que matarían a sus rehenes si no los dejábamos salir.

—¿Dijeron que matarían a nuestras mujeres? —preguntó muy alterado Suárez de Toledo.

—Eso es lo que me contestaron, don Pedro —le dijo el alcaide.

—Es increíble que se les pasara por la cabeza la idea de tomar el castillo. ¿No vieron a la tropa? —preguntó don Fernán.

—Creo que solo pudieron ver al portero —respondió el alcaide.

—¿En dónde estaba la guarnición y el grueso de la tropa? —insistió don Fernán, dirigiéndose al capitán de Quejana.

—Ordené a los hombres que fueran a dormir. La pasada noche hicieron largas guardias y durmieron pocas horas. Esta noche tenían que volver a sus puestos. Pensé que deberían descansar —respondió el capitán.

—Ahora lo comprendo. Los bandidos tuvieron que vernos salir esta mañana. Debieron creer que el castillo quedaba desguarnecido. Por eso intentaron tomarlo —comentó don Fernán.

La tensión iba creciendo por momentos. Todos se manifestaban

indignados y llenos de rabia por lo ocurrido.

—Tendremos que tomar por asalto el palacio. ¿Dónde retienen a las señoras y al padre abad? —preguntó Beltrán al capitán.

—En la segunda planta. En la gran sala, don Beltrán —le dijo el capitán y le explicó las distintas posibilidades que existían para asaltar aquel lugar.

El capitán hizo unos trazos sobre la tierra para que comprendiera mejor sus planes. A pesar de la oscuridad de la noche, que dificultaba ver con detalle lo que había dibujado en el suelo, todos los que le rodeaban se dieron perfecta cuenta de lo que pretendía hacer.

—Primero intentaremos parlamentar con ellos. Si no aceptan nuestras condiciones, asaltaremos el palacio. Debéis tener todo dispuesto para actuar —ordenó don Fernán al capitán.

Pedro López de Ayala acompañó a las doncellas a una sala de la torre del homenaje. Después subió a las almenas para hablar con los centinelas. Más tarde se reunió con Beltrán y con el capitán. Inspeccionaron la guardia y la tropa del castillo. En los pasos de ronda, hicieron los preparativos para liberar a las señoras y al padre abad.

Don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo se dirigieron a la torre de poniente. Les habían dicho que desde allí podrían ver a sus mujeres. Al atravesar el patio de armas, advirtieron el resplandor que salía por los ventanales de la gran sala. Los bandidos habían encendido las candelas y las lámparas de aceite de aquella sala, la única iluminada del castillo. Don Fernán y don Pedro subieron por la torre a la segunda planta. Por una ventana vieron a doña Elvira y a doña María maniatadas a unos sillones, y a los bandidos bebiendo alrededor de la mesa.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó don Pedro a don Fernán, con lágrimas en sus ojos.

Don Fernán tuvo que contener su respiración antes de contestarle. También él se sentía desolado.

—Paciencia, don Pedro. El capitán ejecutará el plan que hemos trazado.

De repente, la guardia tocó varios redobles de tambor y la tropa salió al patio de armas. En la gran sala del palacio se oyeron gritos. Se produjo un revuelo. Los bandidos se precipitaron a los ventanales para ver lo que estaba sucediendo en el exterior. El capitán dio la orden para que encendieran las antorchas y el castillo quedó iluminado. Los bretones se aterraron al contemplar aquel panorama que tenían ante sí. No podían imaginarse que dentro del castillo

hubiera tanta gente armada. Dos de ellos sacaron sus dagas. Se dirigieron hacia las señoras, pero los ballesteros, que los vigilaban desde un paso de ronda, dispararon sus saetas y los acribillaron. Malheridos, soltaron las dagas y cayeron dando tumbos.

Don Fernán y don Pedro no podían creer lo que estaban viendo.

—Esto no es lo que acordamos con el capitán —murmuró don Fernán.

«¿Qué va a ser ahora de nuestras mujeres? Seguro que las matan», pensó don Fernán mientras veía a doña Elvira y a doña María, mirando hacia la pared para no contemplar aquella escena que tenían ante sí, con los bandidos muertos a sus pies.

—Si os movéis de donde estáis, daré orden de que os disparen y moriréis. Quedaos ahí quietos. No tenéis más salida que rendiros —gritó el capitán a los bandidos que se asomaban por los ventanales.

Pedro López de Ayala con sus dos hermanos, su cuñado Beltrán y Diego Suárez de Toledo derribaron con un ariete la puerta de la gran sala. Entraron con las espadas desenvainadas y las ballestas dispuestas para disparar. Un bretón, que se encontraba en uno de los ventanales, se volvió para ver lo que sucedía en el interior. Beltrán se abalanzó sobre él y le atravesó el corazón con su espada. Los otros bretones trataron de reaccionar para defenderse, pero no lograron coger sus espadas y los detuvieron sin apenas ofrecer resistencia.

Pedro liberó a su madre, a doña María y al padre abad de sus ataduras. Doña Elvira abrazó a sus tres hijos. Doña María se echó en los brazos de su hijo Diego. Las dos señoras no dejaban de llorar. En el momento que entraron don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo con sus hijas y el infante, se oyó una ovación en la sala. Doña Elvira y doña María corrieron al encuentro de sus maridos. Se arrojaron a sus brazos entre sollozos y muestras de cariño. El abad se puso a rezar ante los cuerpos sin vida de aquellos tres desdichados.

—¡Padre abad! ¿Qué hacéis? No debéis rezar por esos hijos de Satanás —le dijo el infante.

—Señor, nunca se sabe lo que pasa por la mente de un ser humano en los últimos momentos de su vida. Dios ha podido concederles una oportunidad para arrepentirse del mal que han hecho. ¿Acaso no son también hijos de Dios? —le preguntó el abad.

Don Fernán se acercó al padre abad, se abrazaron, y luego le preguntó:

—¿Cómo pudieron engañaros estos bandidos?

—Al verlos, me di cuenta de que no eran unos frailes. Entraron en la abadía como si estuvieran en una taberna. Advirtieron que los

descubrí y me amenazaron con matarme si los delataba. Al poco rato, doña Elvira nos llamó y fuimos al palacio. Los bandidos saludaban por el camino a los centinelas y los degollaban por la espalda. ¡Fue horrible verlos morir así, sin poder defenderse! —exclamó el abad con lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué me habéis ocultado lo que pensabais hacer? —preguntó don Fernán a sus hijos y a su yerno Beltrán.

—No quisimos darte más preocupaciones de las que tenías —le respondió su hijo Pedro.

—¿Qué hacen todavía esos aquí? ¡Vamos, vamos, a las mazmorras con ellos! —ordenó Beltrán al capitán, señalando a los cinco bretones que detuvieron.

Los guardias se los llevaron a empujones. Durante el camino les iban dando todos los golpes que podían y la gente que los veía pasar gritaba insultándolos.

Cuando los ánimos se serenaron, don Fernán contó a las señoras y al padre abad lo que sucedió desde el encuentro con los vizcaínos.

—¿Y cómo os imaginasteis que los bretones estarían en Quejana? —le preguntó el abad.

—Supimos por los vizcaínos que los bandidos habían pasado por Okondo. Era lógico que intentaran alguna otra fechoría por esta zona.

Desde el interior de aquella estancia se escucharon varios toques de un cuerno y las señoras se sobresaltaron.

—No pasa nada. Están llamando a la tropa que se encuentra en el bosque para que regrese —les dijo Pedro para tranquilizarlas.

Don Fernán pidió a su familia y a sus invitados que le acompañaran a su capilla privada. Quería dar gracias a la Virgen por el feliz desenlace de aquel secuestro.

—En el retablo hay un pequeño tabernáculo con una imagen de la Virgen María. En su cabeza tiene un cabello que según la tradición perteneció a la Madre de Dios. El relicario fue de mi tío el cardenal don Pedro Gómez Barroso. Me lo dejó en su testamento —les iba explicando don Fernán camino de la capilla.

En el interior, el infante se quedó mirando la imagen de la Virgen.

—El tabernáculo es de buena plata. Los esmaltes son magníficos y la imagen es de oro. Es una verdadera joya. ¿Es del cardenal el escudo? —preguntó el infante, señalando la base del relicario.

—El cardenal me contó que fue idea de los orfebres de Aviñón poner su escudo. Grabaron sus armas para dejar testimonio de que le perteneció el relicario —respondió don Fernán.

De rodillas y ante la Virgen del Cabello, el padre abad, emocionado, se puso a cantar.

—*Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo et spes nostra, salve*.

Los Ayala y sus invitados se sumaron al canto.

—*Ad te clamamus, exules filii Evae*. *Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrimarum valle*...

7

De madrugada se desencadenó una tempestad en la mar. Enseguida se comenzaron a oír los truenos en Quejana. Los centinelas veían caer los rayos en la lejanía mientras los guardias de las mazmorras escuchaban el ruido que hacían los bandidos al arrastrar las cadenas. Una manada de lobos aullaba frente al castillo. Las lechuzas volaban en busca de un refugio en la oscuridad de la noche. El temporal se aproximaba a Quejana. Poco después, el valle quedaba iluminado por los rayos que se precipitaban sin cesar. Las esclavinas de lana, impregnadas de grasa y cerradas por el cuello con un gran capuchón, protegían a los centinelas de aquella lluvia torrencial. Muy pronto creció tanto el caudal del Menoio que cundió la alarma en el castillo.

—¡Atención a las compuertas del foso! ¡El río baja muy rápido! ¡Hay peligro de que se desborde! —se oyó una voz de alerta desde el cuerpo de guardia del puente levadizo.

Esa madrugada salieron dos destacamentos de hombres armados. Pedro López de Ayala iba al mando de uno de ellos. Tenía que ir en busca de los cuatro alcaldes del valle. El otro destacamento debía encontrar a los vizcaínos que perseguían a los asesinos de sus familias.

Pedro regresó con los alcaldes a Quejana esa misma mañana.

Don Fernán los recibió en la gran sala de la torre del homenaje y les dijo:

—Señores alcaldes, es un alto honor para nosotros que el infante don Pedro haya aceptado nuestra invitación y asista a esta Junta del valle de Ayala. Como estamos padeciendo este fuerte temporal, os he convocado aquí, en Quejana, para iniciar el juicio contra los hombres que detuvimos ayer. Os agradezco que hayáis acudido a mi llamada en estas condiciones tan adversas.

—Que traigan a los prisioneros —ordenó el abad de Quejana, que a su vez era el alcalde mayor del valle de Ayala.

Los cinco acusados entraron a empujones en la sala. Los guardias los trataban con la mayor dureza. Los bretones iban encadenados de pies y manos. Olían tan mal que don Fernán hizo un gesto para que abrieran uno de los ventanales.

—Se os acusa de asesinar a los centinelas del palacio, del secuestro de las señoras y del padre abad. También se os acusa de entrar por la fuerza en este castillo —anunció el alcalde de Amurrio los cargos que pesaban sobre ellos.

Pedro López de Ayala tuvo que traducir cuanto se iba diciendo. Los cuatro alcaldes del valle no hablaban el francés y los bretones se expresaban con dificultad en castellano.

—¿Qué tenéis que decir ante estas acusaciones que se os hacen? —preguntó don Fernán a los detenidos.

—Nosotros no matamos a los centinelas. Nosotros no lo hicimos —respondieron.

Las miradas se dirigieron al padre abad. Él había sido víctima de aquel secuestro y su testimonio iba a ser decisivo en aquel juicio.

El alcalde de Amurrio se volvió hacia el padre abad, y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dicen los acusados?

—Los asesinos de los centinelas murieron durante el asalto al palacio —respondió el abad.

—¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis en estas tierras? —los interrogó don Fernán.

—Somos de Bretaña. Hemos estado luchando en Francia al servicio del rey Eduardo de Inglaterra —dijo uno de los acusados.

—¿Por qué estáis aquí? —insistió don Fernán.

—La peste ha matado a muchos hombres. Ahora no están en guerra los reyes de Inglaterra y de Francia. Venimos en busca de un nuevo señor para servirle —respondió otro de los acusados.

—De modo que asesináis a familias enteras, asaltáis castillos, secuestráis y matáis en estas tierras; y decís venir en busca de un nuevo señor —afirmó el alcalde de Respaldiza mientras miraba el artesonado de la sala.

—No sabemos de qué habláis. Nosotros no hemos asesinado a ninguna familia —contestó otro de los acusados.

—¿Negáis también haber intentado asaltar Quejana? —les preguntó don Fernán.

—Los otros, los que murieron aquí, nos obligaron. Nosotros no queríamos hacer daño a nadie —replicó uno de ellos.

El infante se estaba irritando con aquel interrogatorio. Tenía muchas ganas de pedir que les dieran un escarmiento, aunque comprendía que se encontraba allí como invitado y decidió no hacerlo. Sin embargo, no podía admitir que esos extranjeros se salieran con la suya y dijo al alcalde de Amurrio:

—¡Eh, alcalde! Que les den tormento para que confiesen sus crímenes. Veréis como dicen la verdad —se lo dijo en voz baja por detrás del abad, que estaba sentado a su lado.

Un guardia se acercó a don Fernán. Le susurró algo al oído y le entregó un trozo de pergamino. Don Fernán lo miró y se lo pasó al

padre abad.

—¿Pertenecen estos objetos a los bretones? —preguntó el abad a don Fernán.

—Como habéis visto, me acaban de entregar ahora esa relación. Anoche pedí que revisaran la recua de estos hombres para saber qué era lo que traían.

—Son objetos de gran valor.

—Habrá que averiguar si les pertenecen o los han robado.

—No nos convencen los motivos que dais para justificar vuestra presencia en estas tierras. Como vemos que no queréis decir la verdad, tendremos que entregaros a los verdugos para que os den tormento —amenazó el alcalde de Amurrio a los prisioneros.

Las palabras del alcalde disgustaron a don Fernán, pero consideró que ese no era el momento para mostrar su discrepancia con él.

—Ya hemos escuchado bastante a estos hombres —dijo don Fernán y ordenó al alguacil que los llevaran a las mazmorras.

A los guardias les daba igual que aquellos bretones no fueran los asesinos de los centinelas del palacio. Para ellos eran tan responsables de cuanto ocurrió en el castillo como los que mataron a sus compañeros. Por eso aprovecharon el recorrido que tenían que hacer hasta las mazmorras para hostigarlos todo lo que podían. Los iban estrellando contra las paredes de los corredores por donde pasaban. Los hacían rodar por las escaleras y les daban toda suerte de golpes.

Hacía mucho frío en la sala. Se notaba la humedad, que había entrado durante el interrogatorio, y cerraron el ventanal. Don Fernán y el infante don Pedro se sentaron en unos poyetes de piedra junto a unos de los ventanales. Desde allí estuvieron viendo llover. Varios criados entraron con unos cestos llenos de leña y de carbón. Los iban echando en los enormes braseros que había en el centro de la sala. Después cargaron la chimenea de gruesos troncos. Cuando prendieron, los alcaldes se acercaron al fuego para sacudirse el frío que habían pasado aquella mañana.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó el alcalde de Amurrio.

—Paciencia, alcalde, paciencia —respondió don Fernán.

—¿Por qué no damos tormento a los prisioneros para que hablen y terminamos con este asunto de una vez? —volvió a preguntar el alcalde de Amurrio.

—Alcalde, no insistáis más. Aquí no se da tormento a nadie. En Quejana no existe cámara de tortura ni instrumentos ni personas para esas prácticas. Los bretones recibirán la pena que se les

imponga —replicó don Fernán.

—¿Qué sentido tiene estar aquí sin hacer nada? —preguntó esta vez el alcalde de Respaldiza a don Fernán.

—Hace unas horas han llegado noticias. Los hombres que salieron esta madrugada en busca de los vizcaínos los han encontrado. Han enviado una paloma mensajera para que lo supiéramos. Pronto estarán aquí —le explicó don Fernán.

—Esa sí que es una buena noticia —comentó el infante.

8

Mientras los alcaldes del valle de Ayala esperaban a los vizcaínos, don Fernán ordenó servir la comida en la gran sala del palacio. El infante percibió el disgusto que les produjo a los alcaldes comprobar que en la mesa no había vino para comer el estofado de jabalí.

—Al parecer, ayer los bandidos acabaron con la bodega de Quejana —dijo bromeando el infante y se echó a reír.

—Me parece muy bien que durante un juicio no se beba en las comidas. Esta decisión de don Fernán debería formar parte de nuestros buenos hábitos para el futuro. Sería una medida útil para incorporarla a nuestras costumbres —dijo riéndose el abad.

—Padre abad, no es la primera vez que se toman estas precauciones en el señorío. Los alcaldes del valle tienen prohibido beber en las comidas durante los juicios —contestó don Fernán.

—¿Estarán escritas vuestras costumbres? —intervino el infante.

—No hay escribanos en nuestras Juntas. No está permitida su asistencia. Tampoco hay demandas escritas, salvo que el señor de Ayala entienda que no hay buen Fuero para algún caso —le explicó don Fernán.

—¿Qué rey otorgó vuestros Fueros? —le volvió a preguntar el infante.

—Los Fueros de estas tierras no los concedió ningún rey, señor —respondió don Fernán, sorprendido por aquella pregunta que le hacía.

—¿Qué es eso de que ningún rey concedió Fueros a estas tierras? Entonces, ¿quién os concedió esos Fueros que tenéis? —insistió desconcertado el infante por la respuesta de don Fernán.

—Nuestros Fueros los otorgaron los primeros pobladores de estas tierras. Con ellos se han venido gobernando sus habitantes de generación en generación, desde épocas inmemoriales hasta nuestros días —precisó don Fernán.

—Pero la autoridad del rey habrá estado por encima de esos Fueros —intervino Suárez de Toledo.

—Los habitantes de estas tierras no podían apelar ante el rey porque Ayala nunca perteneció a ningún reino —puntualizó don Fernán.

—¿Acaso este señorío no pertenece a Castilla? —objetó el infante.

—El señorío de Ayala no pertenece a Castilla. Se incorporó a la

Corona mediante un pacto a principios de 1334. Estando el rey don Alfonso en la villa de Orduña, haciendo los preparativos para invadir el señorío de Vizcaya, fui con mis alcaldes para pedirle la incorporación voluntaria de nuestros territorios a la Corona de Castilla —le explicó don Fernán.

—Sí, es cierto. El rey me lo contó. También me explicó que gracias a vuestra intervención, Álava se incorporó con sus territorios a Castilla dos años antes —volvió a intervenir el infante.

—Yo preparé las condiciones de la incorporación. El éxito de las negociaciones se debió a los Guevara, a los Mendoza, a otros ricoshombres, infanzones y señores solariegos de Álava que estuvieron de acuerdo en pactar con la Corona —replicó don Fernán.

—Recuerdo que los alaveses renunciaron a sus Fueros y disolvieron la Cofradía de Arriaga el día que se incorporaron sus territorios a Castilla —comentó don Pedro Suárez de Toledo.

—Pero hicieron unos pactos que los reyes tendrán que respetar —advirtió don Fernán—. En cambio, en el señorío de Ayala se siguió un camino distinto. Nosotros hicimos un pacto con la Corona, sin renunciar a nuestros Fueros. Aunque desde ese momento, la autoridad del rey quedó por encima de la autoridad del señor de Ayala.

—¿Por qué Ayala no se incorporó con Álava a Castilla en 1332? —preguntó el infante a don Fernán.

—El señorío de Ayala no pertenecía a Álava. Prueba de ello fue que don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala que murió en Burgos, no participó en la incorporación de Álava.

—¿Y por qué intervinisteis en la incorporación de Álava? —preguntó Diego, el hijo de don Pedro Suárez de Toledo.

—Al morir mi padre, heredé el señorío de Unzá y el castillo de Torremayor de la villa de Morillas en Álava. Me trasladé a Torremayor con mi familia. Desde allí inicié las conversaciones con los alaveses para preparar la incorporación de sus territorios a la Corona de Castilla.

—Yo os contaré por qué don Fernán intervino en la incorporación de Álava —dijo el infante—. Don Fernán se educó en la casa de mi tía la reina doña Leonor, siendo infanta de Castilla. El rey le conocía bien. Siempre le tuvo en gran estima y le pidió que iniciara conversaciones con los alaveses para hacer esos pactos. Sabía que podría conseguir la incorporación de Álava. Esto fue lo que el rey me contó de don Fernán.

—Así sucedió. Además, intervine en la incorporación de Álava

porque consideré que era bueno que otros territorios se vincularan a la Corona de Castilla —añadió don Fernán.

—Pero en los reinos de Castilla y León no han existido otros territorios como el señorío de Oñate y el señorío de Ayala. Estos territorios nunca fueron del rey ni tampoco ahora le pertenecen, después de su incorporación voluntaria a la Corona de Castilla —intervino Beltrán, el señor de Oñate y de Guevara.

—El señorío de Ayala fue como el señorío de Vizcaya. Eran territorios hermanos, aunque hoy sean distintos —estaba diciendo don Fernán en el mismo momento que los vigías hicieron sonar los cuernos.

—¡Mirad, ahí llegan! Son los vizcaínos con los que estuvimos en Okondo —dijo Diego López de Ayala desde uno de los ventanales por donde se había asomado.

El capitán de Quejana condujo a los vizcaínos hasta la entrada de la gran sala de la torre del homenaje. Dos guardias les abrieron las puertas de roble, reforzadas con láminas de hierro. Don Fernán, el infante, el padre abad y los cuatro alcaldes se habían sentado frente a una mesa sobre un estrado, delante de un enorme tapiz con los lobos negros de los Ayala.

Los vizcaínos saludaron al infante con una pequeña inclinación, y uno de ellos le dijo:

—Lamentamos no haberos reconocido ayer en Okondo, señor.

—Hemos sabido que habéis capturado a los bretones y que varios de ellos han muerto —dijo el señor de Goñi a don Fernán.

—Cinco de ellos están detenidos aquí, don Sancho. Los otros tres murieron durante el asalto al palacio —respondió don Fernán.

—¿Qué os proponéis hacer con ellos? —le preguntó el señor de Goñi.

—Los estamos juzgando, pero antes de emitir nuestra sentencia necesitamos saber qué objetos os robaron en vuestras torres —le dijo don Fernán.

—Os daremos esa relación que necesitáis —respondió el señor de Goñi.

—Uno de nuestros escribanos os ayudará a hacer la lista de esos objetos —le dijo don Fernán.

Los vizcaínos describieron los objetos que les robaron. Cuando tuvieron la lista se la entregaron a don Fernán. Mientras don Fernán la leía y la comparaba con la otra que él tenía, los vizcaínos no dejaban de observarle.

—Los objetos que habéis descrito coinciden con los que encontramos en la recua de los bretones. Es evidente que esos

extranjeros asaltaron vuestras torres —anunció don Fernán a los vizcaínos.

—Que traigan a los detenidos —ordenó el padre abad.

Los guardias empujaron con tanta fuerza a los prisioneros, al atravesar las puertas de la gran sala, que cayeron al suelo uno encima del otro.

Don Fernán reprendió a los guardias por su comportamiento y luego les ordenó:

—Levantad a los prisioneros.

Los vizcaínos no podían contener la rabia al ver allí a los asesinos de sus familias.

—Tenemos que matarlos —dijo uno de los vizcaínos en voz baja para que nadie le pudiera oír.

El abad se dio cuenta de la impresión que había producido a los vizcaínos encontrarse frente a los hombres que mataron a sus familias y les dirigió una mirada de afecto.

Al cabo de un rato, unos sirvientes entraron en la gran sala y dejaron unos bultos sobre la mesa del estrado.

—¿Qué tenéis que decir de estos objetos que encontramos en vuestra recua? —preguntó el abad a los bretones, mientras los iba sacando de los bultos.

—Es nuestro botín de guerra. Lo conseguimos luchando con el rey de Inglaterra.

—Estos objetos pertenecen a las cinco familias que fueron asesinadas en el señorío de Vizcaya. Aquí, delante de vosotros, están los señores de las torres donde se cometieron esos brutales crímenes —les advirtió el abad.

Los bretones se quedaron paralizados al ver a los vizcaínos mirándolos. Sabían que si no reaccionaban deprisa no tendrían ninguna posibilidad de escapar de una muerte segura.

—¡Cómo podéis decir que estos objetos no nos pertenecen! —exclamó uno de los bretones.

—Estos señores describieron con detalle los objetos que les robaron en sus torres. Y esos objetos son los que encontramos en vuestra recua —les volvió a advertir don Fernán.

Don Sancho de Goñi se acercó al estrado. Estuvo mirando los objetos que había sobre la mesa.

—Esas dos dagas con piedras preciosas en sus empuñaduras, los candeleros, el cáliz de plata y varias de estas joyas pertenecen a mi familia —dijo el señor de Goñi mientras los iba examinando—. Ese cáliz tiene una inscripción con mis armas que dice: *Este cáliz mandó facer don Sancho de Goñi para su capilla de la torre de Goñi de Guecho.*

Rueguen a Dios por él. Acabose año de 1343. Las armas aparecen grabadas en la base del cáliz. Una cruz con cinco panelas.

—Es cierto lo que dice don Sancho. Este cáliz tiene la inscripción y las armas que nos ha descrito. Además, esas armas coinciden con las que él lleva sobre su túnica —afirmó don Fernán, mostrando el cáliz en su mano levantada para que todos lo pudieran ver.

—Entregadnos a estos hombres para que los juzguemos en Vizcaya —dijo el señor de Goñi—. Deben recibir el castigo que merecen. Asesinaron a nuestras familias y a nuestros servidores. Violaron a nuestras mujeres y a nuestras hijas antes de matarlas. Sus cuerpos los encontramos con señales de haber sido forzados. Hasta la pequeña fue violada por estos salvajes.

Estas palabras del señor de Goñi impresionaron a los jueces.

—Se acaban de formular graves acusaciones contra vosotros. Esta es la última oportunidad que tenéis para defenderos. Si no decís la verdad ahora, os entregaremos a los vizcaínos para que ellos os juzguen —increpó don Fernán a los bretones.

Los acusados empezaron a hablar en bretón para que nadie pudiera entender lo que decían. Se sentían perdidos y decidieron confesar lo sucedido para salvar sus vidas.

—Es cierto que estuvimos en las torres de estos señores. Fue terrible lo que allí ocurrió —dijo uno de ellos.

—¿Estáis confesando que cometisteis esos crímenes? —preguntó el abad.

—Nosotros no asesinamos a nadie —respondió otro de los bretones—. Fueron ellos, los tres que murieron aquí, los que lo hicieron. Bebían mucho y siempre se emborrachaban. Eran muy violentos. Nos amenazaron con matarnos si defendíamos a esa gente que ellos asesinaron.

—Explicaos con más claridad. ¿Cómo es posible que tres personas mataran a tanta gente sin vuestra ayuda? —les preguntó el alcalde de Amurrio.

—Mientras todos dormían, mataban a los centinelas. Entraban en las alcobas, asesinaban a los hombres y a los muchachos. A las mujeres las ataban para violarlas. Al amanecer, antes de partir, las degollaban.

—¿Y por qué mataron a las niñas? —los interrogó indignado el abad.

—Nosotros nunca vimos algo parecido. Intentamos salvar sus vidas. Peleamos contra ellos. A mí me hirieron. No pudimos hacer nada por ellas. Las violaron y después las degollaron.

—A ver, enseñad esa herida de la que habláis —ordenó don

Fernán al bretón.

—Es reciente. Un corte limpio de espada. Dudo de que se lo haya podido hace él mismo —afirmó el alcalde de Respaldiza mientras examinaba el hombro de aquel individuo.

—¿Y cómo no alertasteis a las familias del peligro que corrían? —objetó el alcalde de Amurrio.

—Apenas podemos hablar vuestra lengua. Ya lo intentamos. Les dijimos que cerraran bien las puertas durante la noche. Se rieron de nosotros. No entendieron lo que les decíamos. Quizá pensaron que estábamos bromeando. Además, nosotros sabíamos que nos matarían si nos enfrentábamos a ellos. En varias ocasiones quisimos desviarnos del camino de las otras fortalezas, pero no lo conseguimos.

—¿Cómo supisteis que estos señores no se encontraban en sus tierras? —preguntó don Fernán al bretón, señalando a los vizcaínos.

—En la primera fortaleza donde estuvimos nos dijeron que se habían marchado a Flandes.

—¿Y quién os dijo dónde vivían las otras familias? —insistió don Fernán.

—Uno de los sirvientes nos explicó como podíamos llegar hasta las otras fortalezas.

Los jueces del valle se quedaron desconcertados al escuchar aquellos relatos de los bretones. Tenían que ponerse de acuerdo sobre la sentencia que debían imponerles y ordenaron al alguacil que los llevaran a las mazmorras. Pero antes de tomar ninguna decisión sobre la sentencia, querían conocer la opinión de los vizcaínos.

—¿Qué pensáis sobre lo que habéis escuchado? —les preguntó el abad.

—¿Será cierto lo que dicen los bretones o estarán mintiendo? Estamos confundidos —respondió el señor de Goñi.

Don Fernán Pérez de Ayala y los alcaldes permanecieron hablando con los vizcaínos para encontrar una solución que esclareciera la inocencia o culpabilidad de aquellos hombres. Nadie deseaba cometer una injusticia ante la posibilidad de que pudieran ser inocentes y decidieron ponerlos a prueba. Creían que si su plan resultaba, sabrían si decían la verdad.

El infante don Pedro se quedó perplejo. No podía entender esa manera tan peculiar de hacer justicia. «Lo fácil que sería hacerles hablar si se les diera tormento». Estaba harto de esos bretones. Llevaba todo el día encerrado en aquella sala sin ver a Aldonza. No estaba dispuesto a permanecer allí ni un solo instante más. Como

había escampado, dijo que se iba a pasear y se marchó sin dar más explicaciones.

El infante y Aldonza salieron del palacio y cruzaron el puente levadizo. Se detuvieron sobre el río Menoio para ver correr, bajo sus pies, las aguas crecidas por las lluvias.

—¡Mira, mira! ¡Qué cantidad de truchas! —exclamó Aldonza.

—¡Fíjate en esa! —respondió el infante.

Los dos iban con unas capas impermeables y unas botas altas. Aldonza llevaba su pelo recogido dentro de un gorro. El infante no dejaba de mirarla. Caminaban por el sendero, junto al río.

—¡Estás preciosa, Aldonza!

—Desde ayer por la tarde no hemos podido estar solos, Pedro.

El infante agarró a Aldonza por la cintura y la llevó bajo un roble. Mientras la acariciaba, ella se dejaba llevar por sus fantasías. El infante introdujo las manos por dentro de la capa de Aldonza, las fue deslizando por su espalda hasta que la sujetó por las caderas. Metió su pierna entre las de ella y se besaron con pasión.

En el castillo comenzaron a encender las antorchas y enseguida quedó iluminado. Después se escuchó el estruendo de la chalaparta. En una de las torres golpeaban unos tablones con dos cilindros de haya. Estaban anunciando a las aldeas del valle los sucesos que tuvieron lugar en Quejana. Luego sonaron las campanas de la abadía y se oyeron las voces de la guardia dando la novedad desde la torre del homenaje.

• • •

Con los primeros rayos del sol se levantaron las nieblas de la mañana y los vizcaínos atravesaron el valle de Ayala, camino de Vizcaya. Se iban con la esperanza de que pronto podrían saber si aquellos cinco bretones eran culpables o inocentes de los horribles crímenes que se cometieron en sus torres. Antes de abandonar el valle, escucharon las bocinas de Saraube. Estaban llamando a los ayaleses para que acudieran a la Junta.

Poco antes del mediodía, don Fernán con sus hijos varones y los alcaldes del valle cabalgaban hacia Saraube. Los hombres de la escolta llevaban desplegados los pendones del señorío. Detrás iban los presos encadenados a un carro, rodeados de hombres armados. Don Fernán y los alcaldes cruzaron las campas de Saraube entre la multitud allí congregada. Se dirigieron a los bancos de piedra. A poca distancia entraron los bretones con sus guardianes y la gente se puso a proferir gritos contra ellos.

Don Fernán explicó a los ayaleses lo que ocurrió en Quejana. Durante una pausa que hizo en su parlamento, varios ayaleses

tomaron la palabra para protestar.

—¡Queremos que se haga justicia con esos hombres!

—¡Han asesinado! ¡Han ultrajado a las señoras y al padre abad, nuestro alcalde mayor!

—¡No se puede permitir que unos extranjeros hayan intentado tomar por la fuerza el castillo!

—¡Estos hombres deben morir por los crímenes que han cometido! ¡Esa es la costumbre en nuestra tierra!

—Los bretones que asesinaron a nuestros centinelas —siguió diciéndoles don Fernán—, recibieron su castigo. Los matamos en Quejana. Aún debéis saber algo más. El testimonio de nuestro alcalde mayor y abad de Quejana libera a estos hombres de los cargos de asesinato. No podemos condenarlos por algo que no cometieron. Estos extranjeros no mataron a nuestros centinelas. Por lo tanto, esta Junta del valle de Ayala no los encuentra culpables y los declara inocentes.

La decepción fue tremenda en las campas de Saraube. Nadie podía creer que aquellos hombres iban a quedar en libertad. Los parientes de los centinelas asesinados querían lincharlos. La guardia de Quejana tuvo que intervenir para protegerlos.

—¡Qué clase de justicia es esta que imparten nuestro señor y los alcaldes del valle! —gritaban enfurecidos los ayaleses.

9

Una noche, después de cenar, los señores de Ayala con su familia, el padre abad y sus invitados acudieron a la biblioteca en la tercera planta de la torre del homenaje. Junto a la puerta, los esperaba uno de los escribanos de Quejana. Al entrar, sintieron el olor que desprendían los braseros situados en el centro de aquella sala. Frente a uno de los ventanales que daban al valle, vieron un enorme escritorio lleno de pergaminos, papeles, libros abiertos y varios candelabros con sus velas encendidas. Entre los ventanales, apoyados contra los muros, se encontraban los armarios repletos de libros tumbados, unos encima de otros, sobre los anaqueles. Las lámparas de aceite, colgadas de las paredes, iluminaban el resto de la biblioteca. En aquel ambiente, rodeados de libros, todos experimentaron una sensación de agradable tranquilidad y de misterio.

Don Fernán iba mostrando al infante y a los Suárez de Toledo sus lecturas preferidas. Luego les enseñó un arca donde guardaba los escritos de sus antepasados sobre la historia de la casa de Ayala.

Mientras revolvían los pergaminos y los libros en el arca, don Pedro Suárez de Toledo se quedó mirando una inscripción que había encontrado en uno de los muros de aquella sala, pero no podía entender nada de lo que allí grabaron.

—¿Qué significa esta inscripción que hay sobre el sillar? —preguntó Suárez de Toledo a don Fernán.

—El sillar lo encontré en la biblioteca de la torre que mandé derribar. Al construir esta torre, lo colocamos en el mismo lugar donde estuvo antes. Supuse que algún antepasado mío perteneció a la Orden de San Juan de Jerusalén. Por eso quise conservar el sillar.

—Pero ¡si son letras, letras puestas al revés! —exclamó Suárez de Toledo sin dejar de mirar el sillar—. Podría tratarse de un enigma.

—¡Un enigma! —exclamó sorprendido don Fernán.

—Las letras están muy borrosas. Con un espejo podríamos intentar leerlas —dijo Suárez de Toledo.

El infante se dirigió hacia el muro para ver aquella inscripción.

—Parece muy antigua.

Don Pedro Suárez de Toledo seguía mirando aquella extraña inscripción con la intención de buscar una respuesta. Enseguida llegó el escribano con un espejo. Suárez de Toledo necesitó de varios intentos para leerla.

—¡Mirad, ya la veo! —exclamó.

—Un momento. Voy a escribirla —respondió don Fernán, se sentó en el escritorio y cogió un trozo de pergamino.

Suárez de Toledo volvió a coger el espejo.

—Aquí puedo leer:

ESTE INFANT
SEIENDO EL MAS PEQUEÑO
DE SUS HERMANOS
FINO ENDE EL PRIMERO

—¡Qué estáis diciendo! —exclamó don Fernán—. Eso es lo que varios de mis antepasados escribieron sobre don Vela. ¡Y pensar que yo creía que eso no podía ser cierto! No lo entiendo. Cada vez me encuentro más confundido con la figura de don Vela. ¿Cómo pudo vivir tan solo veintisiete años, si se sabe que murió siendo un anciano?

—¡Esperad, esperad! Aquí parece que hay algo más —advirtió Suárez de Toledo.

—¿De qué se trata? —le preguntó impaciente don Fernán.

—Un momento —contestó Suárez de Toledo—. Observo que en las puntas de la cruz hay unos números algo confusos, como la leyenda que acabamos de leer.

—Dejadme que lo vea —le dijo don Fernán y cogió el espejo.

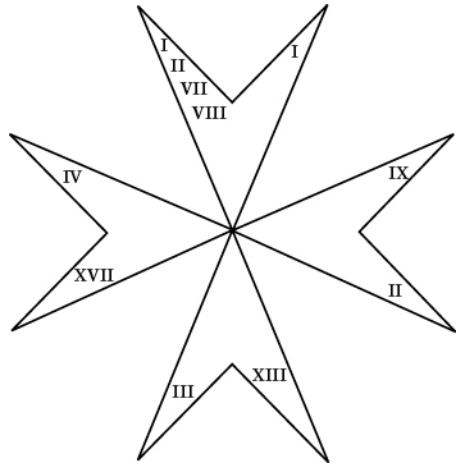
Muy pronto don Fernán se habituó a leer de esa extraña manera.

—En las dos puntas de cada brazo hay unos números. ¿Por qué no dibujáis la cruz y vais tomando nota de lo que os diga?

Don Pedro Suárez de Toledo empezó a dibujarla sobre otro trozo de pergamino.

—Adelante, la cruz ya está.

—En la primera punta del brazo superior, veo: el I, el II, el VII y el VIII. En la segunda punta: un I —iba diciendo don Fernán mientras don Pedro ponía los números sobre la cruz que había dibujado—. En la primera punta del brazo derecho: un IX. En la segunda punta: un II. En la primera punta del brazo inferior: el XIII. En la segunda punta: el III. En la primera punta del brazo izquierdo: el XVII. Y en la segunda punta: el IV.



—Ahora habrá que desvelar el significado de estos misteriosos números —advirtió el abad de Quejana.

Sobre el gran escritorio de la biblioteca, don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo trataban de encontrar una respuesta haciendo mil y una cábalas acerca del significado de esos números.

—Vamos a ver —volvió a intervenir el abad al comprobar que no conseguían ninguna solución convincente—. Aquí tiene que existir alguna relación entre las letras del texto y los números de la cruz.

—¿Y cuál es esa relación? —le preguntó el infante—. Porque todavía no hemos conseguido averiguar nada.

—¿Os habéis fijado que los cuatro brazos de la cruz están enumerados de modo correlativo? —preguntó Pedro López de Ayala —. Hay que suponer que quien mandó numerarlos de ese modo quiso llamar la atención sobre el orden de los brazos. ¿No estáis de acuerdo?

—Sí, parece evidente —respondieron todos.

—Además, en cada brazo hay otros números que pueden representar alguna clave. Como dice el padre abad, tiene que existir alguna relación entre los números de la cruz y las letras del texto — insistió Pedro.

—Es lógico lo que dice mi hijo —comentó don Fernán.

Pedro cogió los dos trozos de pergamino, donde habían copiado el texto de la inscripción y pintado la cruz, y se sentó en el escritorio, convencido de que encontraría alguna respuesta. Haciendo distintas combinaciones, intentaba averiguar la relación que existía entre las letras del texto y los números de la cruz.

—Creo que los números correlativos, grabados en los cuatro brazos, señalan el orden que hay que seguir para relacionar los otros números de la cruz con las letras del texto —dijo Pedro al

cabo de un rato.

—¡A ver! ¿Cómo es eso? —preguntó el infante.

—Es muy sencillo, señor. La cruz tiene cuatro brazos y el texto de la inscripción, cuatro líneas. Siguiendo el orden correlativo de los brazos de la cruz, tendremos que relacionar esos números de cada brazo con las letras de cada una de las líneas de la inscripción.

—Esto me parece muy complicado —advirtió Suárez de Toledo.

—Veréis como no tiene ninguna complicación. El número I del primer brazo de la cruz corresponde a la primera letra de la primera línea de la inscripción: la E. El número II corresponde a la segunda letra: la S. El número VII corresponde a la séptima letra: la F. El número VIII corresponde a la octava letra: la A. Lo vais viendo —decía Pedro—. El número IX del segundo brazo de la cruz corresponde a la novena letra de la segunda línea de la inscripción: la L. El número XIII del tercer brazo de la cruz corresponde a la decimotercera letra de la tercera línea de la inscripción: la S. El número XVII del cuarto brazo de la cruz corresponde a la decimoséptima letra de la cuarta línea de la inscripción: la O. De modo que si unimos estas siete letras el resultado será: ESFALSO. ¡Es falso! ¡La inscripción es falsa! —exclamó Pedro y miró a su padre.

—¡Que es falso! Entonces, ¿qué sentido tiene esta inscripción sobre la cruz? Sigo sin entenderlo —comentó don Fernán.

Don Fernán comenzaba a pensar que si desvelaba aquel enigma podría descubrir el misterio que rodeaba la figura del conde don Vela.

—Ahora deberíais examinar el sillar —dijo Suárez de Toledo a don Fernán.

—¿Qué estáis sugiriendo, don Pedro?

—Convendría examinar a fondo el sillar.

—¿Acaso pretendéis sacarlo del muro?

—Yo en vuestro lugar ordenaría que lo sacaran. Con la empuñadura de mi daga estuve golpeando el sillar. No pude apreciar ninguna diferencia de sonido. No parece que esté hueco. De todos modos, yo mandaría sacarlo. Quizá se pueda encontrar alguna respuesta —respondió Suárez de Toledo.

—Don Fernán, ¿no dijisteis que este sillar estuvo en la torre del homenaje que mandasteis derribar? —le preguntó el abad.

—Don Sancho García de Salcedo, *el Cabezudo*, debió de colocarlo en la antigua torre del homenaje que yo mandé derribar.

—Padre, deberíamos llamar al cantero para que saque el sillar —insistió su hijo Pedro.

El primer interesado en desvelar aquel secreto era don Fernán. Además, no quería prolongar por más tiempo la incertidumbre que se había creado con aquel sillar y decidió llamar al cantero.

—A ver qué encuentra el cantero. ¡Qué divertido! —exclamó Aldonza y dirigió una sonrisa al infante.

El infante pasó su mano por la cintura de Aldonza, la acercó junto a él, sin que nadie se diera cuenta, y le dijo:

—Quiero que sepas que te amo. Te deseo, Aldonza.

—Pedro, ¡ten cuidado, te van a oír! Yo también te amo.

Cuando llegó el cantero, miró con indiferencia el sillar. Le parecía absurdo el trabajo que tenía que realizar y comentó:

—¡Qué! ¿Es esto lo que hay que sacar?

—A ver si lo haces con mucho cuidado —le advirtió don Fernán.

El cantero cogió un punzón y un martillo de su cesta. Quitó la argamasa que rodeaba el sillar. Después lo fue moviendo de su sitio con unas palancas hasta dejarlo suelto.

—¿Aguantará esa mesa si lo pones encima? —le preguntó don Fernán.

—Mejor el suelo. Esto tiene que pesar mucho, señor.

—¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que llame a más gente?

—Me valgo yo solo.

—Pues, adelante —contestó don Fernán.

El cantero agarró con las dos manos la faja negra, que cubría su cintura, y se subió las calzas. Escupió entre las palmas de sus manos, las levantó a la altura del pecho y comenzó a tirar del sillar.

—¡Lo que pesa esta condenada piedra! —exclamó el cantero en voz baja y la puso en el suelo.

Todos aplaudieron al cantero por su demostración de fuerza y se acercaron al sillar para examinarlo.

—Aquí parece que no hay nada —advirtió don Fernán.

—¿Qué buscáis? —preguntó sorprendido el cantero por la impaciencia de don Fernán.

—Alguna señal. No sé, algo que nos llame la atención.

—Primero habrá que limpiar la piedra. ¡Vaya, digo yo!

Mientras don Fernán pensaba en lo que podría aparecer en aquel sillar rojizo, lleno de arrugas, el cantero terminaba de limpiar la piedra.

—Aquí hay un agujero —comentó el cantero al romper los últimos trozos de argamasa pegados al sillar.

—¡Qué! ¿Has encontrado algo? —le preguntó don Fernán.

—Parece que han perforado la piedra.

—¿Cómo es la marca? —intervino el abad.

—¿Cómo va a ser, padre abad? Un taco de madera cubierto de plomo. Esto sí que tiene años. ¿Lo rompo? —preguntó el cantero a don Fernán.

—¡Por Dios, no lo rompas! Ten mucho cuidado.

El cantero apalancó el taco con el punzón y lo sacó sin ninguna dificultad.

—¿Qué es lo que hay dentro? —preguntó el infante.

—Un pergamino —contestó el cantero y lo extrajo del agujero.

Don Fernán cogió el pergamino y el taco, y se dirigió al escritorio. Al desenrollarlo, encontró dos documentos. Durante largo rato los estuvo leyendo con avidez. Nadie quería interrumpirle. Esperaban con impaciencia conocer su contenido.

—Aquí hay más información de la que podía imaginar. Es extraordinario. Se lo debemos a don Pedro que se fijó en el sillar —dijo emocionado don Fernán.

—¿Qué dicen los pergaminos? —le preguntó el infante.

—Tenía yo razón al pensar que don Vela era un infante del reino de Aragón y que podía descender de los Velas, de los primeros condes de Álava y de Castilla.

—Me alegra que por fin queden despejadas vuestras dudas sobre los orígenes de don Vela —le respondió el infante.

—Con esta información no hay duda de quién fue don Vela —afirmó don Fernán.

—Padre —dijo su hijo Pedro—, nos damos cuenta de la emoción que te han producido esos documentos, pero también nosotros queremos conocer lo que dicen. Explícanos qué dicen. ¿De quién son los pergaminos?

—Uno es del infante don Vela. El otro, de don Sancho García de Salcedo, *el Cabezudo*.

Un murmullo de sorpresa se oyó en la biblioteca.

—Dinos qué más has averiguado, padre —volvió a insistir Pedro.

—Don Vela cuenta que él fue el mayor de los hijos del rey don Sancho Ramírez.

—Si don Vela fue el mayor de los hijos del rey, ¿por qué no reinó en Aragón? —le interrumpió el infante.

—La madre de don Vela murió en el parto. Años más tarde, don Sancho Ramírez, siendo rey de Aragón, se volvió a casar y tuvo otros hijos. Entonces, la reina consiguió apartar a don Vela de la sucesión del reino —explicó don Fernán.

—No comprendo cómo admitió don Vela que su madrastra le excluyera de la sucesión del reino. Ni tampoco que no luchara por sus derechos —replicó el infante.

—Deseó evitar una guerra con sus hermanos. Por eso vino al señorío de Ayala y se casó aquí. Cuando sus hijos crecieron, decidió ocultarles lo sucedido para que no reclamaran la Corona de Aragón —aclaró don Fernán mientras consultaba el pergamino.

—¿Y por qué vino don Vela a estas tierras? —preguntó Pedro a su padre.

—Su madre fue doña Mayor Velázquez, la hija del señor de Ayala.

—¡La hija del señor de Ayala! —exclamó sorprendido Pedro.

—Así es —insistió don Fernán—. Pero todavía hay algo más —y siguió leyendo el pergamino.

—¿De qué se trata, don Fernán? —le preguntó el infante.

—Ahora comprendo por qué está grabada la cruz de la Orden de San Juan en ese sillar —dijo don Fernán.

—Padre, no nos tengas en vilo. Cuéntanos lo que has descubierto —volvió a insistir su hijo Pedro.

—Don Vela ordenó que se grabara la cruz en el sillar porque él perteneció a la Orden de San Juan. Ingresó en esa Orden después de morir su última mujer. ¡Mirad! Aquí están su firma y su sello.

—Es el escudo con los palos del reino de Aragón —dijo el infante mientras miraba el sello de cera que colgaba del pergamino.

—Aquí también están grabados esos palos —dijo Suárez de Toledo y les mostró el sello de plomo que sacaron del sillar.

Don Fernán se entusiasmó tanto con los escudos de armas que no hacía más que mirarlos.

—¿Y qué hay del otro pergamino, el de don Sancho? —le preguntó el padre abad.

—Antes de iniciar las obras de Quejana, cuenta don Sancho que estuvo inspeccionando la casa fuerte que construyó don Vela en Respaldiza. En la capilla de su palacio, encontró el sillar con la cruz de la Orden de San Juan. Le llamó tanto la atención que lo mandó traer aquí. Al limpiarlo, apareció el taco con el plomo y el pergamino.

—¿Queréis decir que él no descubrió el significado de la inscripción y que fue una casualidad que hallara el documento? —le preguntó el infante.

—¡No, no! Él también lo descubrió. En su libro sobre la casa de Ayala recoge de manera legible el texto que don Vela mandó grabar al revés en el sillar. Don Sancho no deseó revelar el contenido del pergamino. Quiso respetar la voluntad de don Vela y mandó guardarlo en el agujero donde él lo encontró.

Por fin, don Fernán se había liberado de su obsesiva curiosidad

con estos hallazgos sobre los orígenes de don Vela y los motivos por los que vino al señorío de Ayala. Sin embargo, aún le quedaba por averiguar el significado de esa cruz.

—¿Por qué tiene la cruz de la Orden de los caballeros de San Juan de Jerusalén esta forma? —preguntó don Fernán al abad.

—Las puntas de esa cruz representan las ocho Bienaventuranzas que practican los caballeros sanjuanistas.

—*Spirituale gaudium sustinere. Honeste vivere. Vestra peccata lugere. Iniurias humilliter pati. Iustitiam diligere. Misericordiam exhibere. Mundi et simplices corde esse. Denique, patienter persecutiones sustinere.*

10

Durante las noches, Leonor, la hija de los Suárez de Toledo, no dejaba de pensar en Pedro López de Ayala. Deseaba que llegara el día para verle. Pedro era alto y de aspecto estilizado. Tenía grandes ojos, una nariz recta, finos labios, pronunciadas mandíbulas y un mentón prominente, aunque nada exagerado. A Leonor le parecía una persona interesante porque, además, era algo misterioso.

Una mañana, Leonor pidió a Pedro que le enseñara lo que hacían los artesanos de Quejana.

—Ahora mismo vas a ver como trabajan. Los verás en plena faena. Están muy ocupados.

Atravesaron el patio de armas. Por un portón entraron en un patio interior del castillo. En un cobertizo encontraron al candelero fabricando las velas, y a un aprendiz disolviendo la cera y el sebo hasta licuarlos en una caldera.

—Buenos días —saludó Pedro al candelero.

—Aquí andamos. Trabajando un poco.

—¿Hacéis muchas velas? —intervino Leonor.

—Se queman cientos de velas todas las noches en el castillo, señora.

El candelero quiso enseñarle como las fabricaba. Rellenó de cera los cilindros de madera con el pabilo en su eje. De otros cilindros solidificados sacó las velas para que las viera hechas.

Después, Leonor y Pedro fueron a las dependencias de los sastres. Allí examinaron la ropa que confeccionaban para los hombres de armas. También visitaron a las mujeres que trabajaban con la lana en la rueca y en el telar. Bajo una tejavana, en una esquina del patio, saludaron al tintorero y a las mujeres que hervían unas telas en una enorme cuba.

—¿Qué es lo que hacéis? —preguntó Leonor a las mujeres.

—Dando color a estos paños para unos pendones.

—¿Y para qué son esas telas que están ahí tendidas? —insistió Leonor.

Pedro explicó a Leonor que aquella gente trabajaba en los preparativos de las justas que se iban a celebrar en Quejana.

—Mi padre ha ordenado hacer unos pendones con las armas del infante. Son para la liza, para las torres y los alrededores del castillo.

—¿Vas a participar en las justas, Pedro? —le preguntó Leonor.

—Sí, claro que sí. Mira, ahora mismo iremos a ver a los armeros.

Espero que hayan preparado lo que les encargué.

—¿Qué? ¿Está listo lo mío? —preguntó Pedro a los armeros.

—El yelmo está a punto. Ahora estamos reforzando las placas de hierro de la loriga y pondremos eso. ¿Cómo se llama? —le preguntó uno de los armeros.

—¡Ah, sí! El ristre —dijo Pedro.

—Sí, el *riste* —respondió el armero.

—*Riste* no. Se llama ristre —volvió a decir Pedro.

—Ristre, ristre, ristre —repetía una y otra vez el armero para no olvidarse del nombre de aquel artilugio.

—¡Eh, de esto ni una palabra a nadie! —le advirtió Pedro.

—¡Por todos los santos! —exclamó el armero—. No se lo diría ni a vuestro señor padre.

Mientras Pedro seguía hablando con el armero, Leonor vio a un aprendiz bombear con un fuelle el aire en la fragua, y a otro armero introduciendo una lámina de hierro entre los trozos de un carbón chisporroteante. Luego se quedó mirando como martillaban la lámina sobre el yunque y le daban forma a la hoja.

—¡Qué maravilla, Pedro! He visto forjar una espada.

—Nuestros herreros hacen buenas espadas, aunque esas no son las que ellos suelen forjar.

—¡No entiendo qué quieres decir! ¿Qué les sucede a esas espadas?

—Es un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto —insistió Pedro riéndose.

—Veo que te gustan los misterios —y también Leonor se echó a reír.

Antes de abandonar las dependencias de los artesanos, Leonor y Pedro fueron a la carpintería. Encontraron a los ebanistas preparando las lanzas para las justas, con larguísimas varas de fresno y de manzano. Después salieron del castillo y se cruzaron por el camino con varios carpinteros que llevaban dos carros llenos de tablones. Iban a levantar una tribuna. Al llegar a la campa, vieron a Diego y a Juan practicando con las lanzas ante la mirada atenta del infante que los observaba desde sus aposentos.

—¡Oye, Diego! —gritó Pedro—. Sube tu escudo y baja más la lanza. Así podrás derribar a tu adversario al embestirle.

—¡Y tú, Juan! ¡Esas rodillas! Tienes que apretarlas más contra la montura —chilló Pedro a su otro hermano.

• • •

Hacía un día espléndido. Pedro propuso a Leonor ir a cabalgar. Se

marcharon a ver los rebaños de ovejas. Querían disfrutar de aquella mañana y, aunque el camino resultaba algo más largo, prefirieron ir por las campas, bajo el sol, que cruzar el sombrío robledal.

Betri los vio llegar. Retiró del fuego el tocino que asaba y salió a recibirlos. También los perros corrieron a su encuentro. Pedro acostumbraba a jugar con ellos. Por eso, daban brincos a su alrededor.

—*Egun on*. ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás, Betri? —le saludó Pedro.

—*Bai eta zuri ere*[11] —respondió Betri.

—Mira, Leonor. Este es el mejor pastor de Quejana. Le conozco desde que yo era un niño —le explicó Pedro.

—Y el más viejo, señora —replicó Betri.

—¡Qué! ¿Preparando el *hamaiketako*? —le preguntó Pedro.

—¡Hamai… qué! ¿Qué es eso? —interrumpió Leonor.

—Es el tentempié de las once de la mañana en vascuence —aclaró Pedro.

Junto al fuego, Betri les ofreció unos trozos de tocino con pan y la bota de vino.

Mientras tomaban el *hamaiketako*, Pedro estaba observando a Leonor y advirtió en ella algo que hasta ese momento no había sido capaz de definir. «¿Cómo es posible que no me haya fijado en lo hermosa que es?», se preguntaba. El carácter resuelto de Leonor, la dulzura y la esbeltez de su cuerpo, además del interés que ponía en las cosas que estaban relacionadas con él, hicieron que se sintiera cautivado por ella.

De regreso al castillo, Leonor percibió que Pedro no dejaba de mirarla.

—¡A que llego a Quejana antes que tú! —le dijo Leonor para ocultar su emoción y se puso a galopar.

—¡A que no! —le contestó Pedro y fue tras ella.

A Leonor le divertía la idea de llegar al castillo antes que Pedro. Deseaba tanto ganarle aquella carrera que decidió ir por el atajo. Se internó a galope por el bosque que antes habían rodeado. Pedro se aterró al comprobar que cabalgaba de esa manera por el robledal. La llamó varias veces para que se detuviera. El entrechocar de los cascos de su caballo impidió que le oyera. Leonor estaba llegando a la zona del bosque donde las ramas cubrían el sendero. Pedro hizo un intento desesperado por alcanzarla. Cuando estaba a punto de conseguirlo, Leonor se golpeó con una de las ramas que invadían el camino y salió despedida de su montura. Pedro se quedó consternado. Desmontó para acudir en su auxilio. Sobre una extensa

franja de musgo, donde Leonor había caído, encontró su cuerpo inmóvil, tendido boca arriba con su cabello revuelto. Al verla en ese estado, pensó que se había matado. La miró sin saber qué hacer y se echó a llorar. La abrazó y se sentó con ella en el suelo, apoyándose contra un árbol. Así permaneció sollozando hasta que de repente la vio moverse.

—¡Está viva! —exclamó.

Lo primero que se le ocurrió fue abrigarla. Extendió por encima de ella su gruesa capa de paño, que él llevaba sobre los hombros, y la tapó lo mejor que pudo. Leonor enseguida volvió en sí. Al darse cuenta de que Pedro la tenía entre sus brazos, sintió enloquecer de amor, aunque no comprendía qué era lo que había sucedido.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien, Leonor?

—Estoy mareada. No sé lo que me ha pasado. ¿Qué ha ocurrido, Pedro? —le preguntó desconcertada y, dirigiéndole una mirada llena de ternura, apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Te caíste del caballo al chocar con las ramas de un árbol. Ahora debemos ir cuanto antes a Quejana para que puedas descansar allí.

—No, no. Quiero quedarme aquí contigo hasta que me encuentre mejor. Si volvemos ahora y mis padres me ven así, me meterán en la cama. No me dejarán salir de mi alcoba y no podré verte, Pedro.

—No sé si hacemos bien quedándonos aquí. Tus padres se van a preocupar si no llegamos pronto.

—Les envié un recado con el mozo que nos trajo los caballos. Saben que hemos salido a cabalgar. No nos esperan. Aquí estamos muy bien. ¿No te parece, Pedro?

—No sé si debes esconder a tus padres que perdiste el sentido al caer del caballo.

—Me encuentro mucho mejor —insistió Leonor.

Los rayos del sol comenzaron a penetrar en el bosque a través de las ramas. Cientos de petirrojos cantaban sobre el río que atravesaba el robledal.

Leonor volvió a recostar su cabeza sobre el pecho de Pedro.

—¡Qué bien se está aquí! ¡Qué calorcito! ¡Qué bien estoy contigo, Pedro! —exclamó, estrechándole con fuerza entre sus brazos.

Pedro estaba haciendo verdaderos esfuerzos para controlar sus ardientes deseos de poseerla. Leonor se dio cuenta de que la deseaba y le rozó la cara con sus labios. Él quiso corresponder a aquella muestra de cariño y comenzó a acariciar su cuerpo mientras

la besaba.

11

Pocos días después, los vigías de Quejana anunciaron la llegada de los donceles que venían a las justas y los hombres de armas salieron a su encuentro para conducirlos al campamento. Mientras les montaban sus tiendas, los donceles acudieron al castillo para saludar al infante y a los señores de Ayala. Al atardecer, las tiendas quedaron instaladas. Muy pronto las antorchas iluminaron el campamento y los alrededores del castillo.

En el valle nadie quería perderse las justas. Llegaban familias enteras a Quejana. Les asombraba ver los arneses, los yelmos y las espadas. Pero lo que más les llamaba la atención eran las lanzas que se encontraban sobre unas empalizadas, junto a los escudos de los donceles, en las entradas de las tiendas. Era la primera vez que iban a presenciar unas justas y no podían creer lo que veían. Las jovencitas disfrutaban tanto con todo aquello que convencieron a sus padres para pasar allí la noche, a la intemperie.

Por la noche, los señores de Ayala y sus hijos recibieron a los donceles en la entrada del palacio. Al cabo de un rato se escuchó la voz de un criado anunciando la cena. La gran sala se encontraba muy iluminada. Los comensales se iban sentando en unos bancos corridos alrededor de una mesa en forma de herradura cubierta con un mantel. Sobre la mesa habían colocado artísticos saleros y unos enormes candelabros. Los músicos tocaban el laúd y la flauta. Los juglares recitaban canciones. Los titiriteros daban volatines delante de la mesa. Las doncellas vestían escotados briales de llamativos colores con corpiños muy ajustados y puntiagudas mangas que llegaban hasta el suelo. Las hijas de los señores de Ayala lucían bordados de oro en sus trajes y unos bonetes de terciopelo oscuro con un pequeño velo que cubría parte de sus rostros. Aquellas jóvenes deslumbraban con su belleza a los donceles.

Pedro González de Mendoza se sintió atraído por Aldonza, pero al ver que el infante la cortejaba, apartó su mirada de ella. En cambio, varios de los otros donceles no dejaban de observarla sin el menor recato. El infante se enfureció. No parecía dispuesto a que nadie la mirase de ese modo. Para disimular su ira, cogió del respaldo de su sillón a Esmeralda, su halcón, y se puso a acariciarlo mientras llamaba al bufón, que andaba por allí cerca.

—¡Eh, Kusko! ¿Te das cuenta de cómo miran esos a las doncellas? Parece que no han visto a una doncella en su vida. Son muy osados, ¿no te parece? ¡Cómo se atreven a mirarlas con tanto

descaro! —le dijo el infante en voz alta con el propósito de que todos le oyeran.

—La belleza de una doncella es digna de ser admirada por todo varón bien nacido. Las miradas de los donceles son limpias, tan limpias como las aguas que corren por los ríos de este valle. No hay descaro, sino fascinación por la belleza, mi señor —contestó Kusko.

El infante hizo una seña al bufón para que se acercara, le habló al oído, observando con gesto desafiante a los donceles, y Kusko desapareció de aquella sala.

—El bufón dice bien al afirmar que es admiración y no solo curiosidad lo que sentimos por estas doncellas —intervino Pedro González de Mendoza.

—A ver si tú, que has mostrado más mesura, les enseñas buenos modales a esos —respondió el infante.

Para que se terminaran aquellos comentarios, don Fernán ordenó a los músicos que tocaran más alto, porque se sentía molesto con aquella conversación.

Después, el infante se mostró afable con los donceles. Bromeó con ellos. Aldonza se sorprendió del cambio de humor del infante. Pensó que algo tramaba.

—Supongo que si deseáis ingresar en la Orden de caballería os esforzaréis con las armas —dijo el infante a los donceles.

—Nosotros participamos en las justas y en los torneos que se organizan en nuestras casas. El rey don Carlos nos exige que seamos diestros en la lucha antes de armarnos caballeros. Nuestros padres también nos someten a duros entrenamientos —contestó Charles de Artieda, uno de los navarros.

—Eso está muy bien. Pero decid, ¿en qué consiste vuestro adiestramiento? —insistió el infante.

—Por las mañanas practicamos varias horas con la espada, el hacha y la maza. Pasamos mucho tiempo ejercitándonos con el estafermo[12] —respondió Ferrando de Ayanz.

—De modo que tenéis buenos maestros. ¿Quién os adiestra? —el infante volvió a preguntar a los navarros.

—Recibimos instrucción de caballeros expertos en la Corte del rey. En nuestras casas también nos adiestran. Un normando, que se encuentra en el castillo de Ayanz, me ha enseñado muchos secretos —le explicó Ferrando de Ayanz.

—¿Y qué enseñanzas son esas que os imparten vuestros maestros?

—¿Qué pasa? ¿Desea que le digamos como puede derribarnos? —se preguntaron los navarros entre sí.

—No pretenderéis que os contemos nuestros secretos para que mañana nos derribéis —objetó Martín Enríquez de Lacarra, el hijo del señor de Ablitas, riéndose a carcajadas.

—Tan solo deseo conocer como justáis en Navarra —y también el infante se echó a reír.

—Mañana podréis comprobar si nuestras artes en la lucha merecen vuestra aprobación, señor —intervino Tristán de Subiza.

—¡Eh, vosotros! —dijo el infante a los vizcaínos—. No estaréis pensando que mañana os podré derribar si habláis de las enseñanzas que os imparten vuestros maestros.

—Nosotros no tenemos nada que ocultar. Yo aprendí a justar luchando en las fiestas de Lekeitio. Nosotros luchamos hasta vencer a nuestro adversario. Si es necesario lo matamos. Luchamos a muerte —respondió Rodrigo de Zubieta.

—¡Vaya, vaya! ¿Lucháis a ultranza? ¿A cuántos de tus adversarios has dado muerte? —le preguntó el infante.

—Pues veréis, a unos cinco o seis. Quizá maté a más, no lo recuerdo bien. A varios de ellos los atravesé con la lanza. A otros les clavé la espada. Al resto los maté en el suelo, les traspasé el corazón —contestó Rodrigo de Zubieta.

—¡Cómo pudiste atravesar con la espada a tu adversario! —exclamó indignado el infante—. ¿No sabes que las leyes de la buena caballería prohíben herir a tu adversario con la punta de la espada en unas justas?

—Luchar o morir. Nosotros no entendemos de leyes de caballería. O mato, o me matan —replicó Rodrigo de Zubieta.

El infante no quería continuar aquella conversación con Rodrigo de Zubieta y le hizo un gesto despectivo con la mano, mostrando su desacuerdo con lo que había dicho.

—Mañana veremos lo que son capaces de hacer estos arrogantes —dijo el infante a Aldonza, mientras seguía comiendo los confites de azúcar sin preocuparse más de los donceles.

Después de cenar, los donceles se marcharon al campamento. Se encontraron con el bufón rodeado de doncellas.

—Kusko, ¿qué haces aquí en tan buena compañía? —le preguntaron, sorprendidos de verle allí.

—Vine a comprobar si necesitabais algo. Os he traído un poco de vino para que sigáis con vuestra diversión. ¡Ah! Encontré a estas bellas doncellas que querían conoceros —respondió Kusko.

—¡Eso no es cierto! —protestaron ellas—. Él nos llamó y nos dijo que vosotros queríais conocernos.

—¡Oye, Kusko! ¿Crees que no sabemos quién te envía para que

nos emborrachemos con ese vino? Lárgate de aquí con ese pellejo si no quieres que te azotemos.

El bufón salió corriendo en dirección al castillo con el pellejo de vino al hombro. «En qué enredos me mete este infante», pensaba mientras caminaba jadeando.

Los donceles deseaban atender la curiosidad de las jóvenes ayalesas y les enseñaron los arneses que iban a utilizar en las justas. Después se fueron a dormir. Sabían que debían descansar para estar en condiciones de luchar pocas horas más tarde. Como no podían conciliar el sueño por el aullido de los lobos, salieron de las tiendas. En los alrededores del campamento vieron a familias enteras durmiendo bajo los carros, cerca de las enormes hogueras que la guardia había encendido para ahuyentar a las fieras; y en el bosque, resguardándose del relente, encontraron a mucha gente dormida. Antes de volver a sus tiendas, reconocieron la liza, bajo la luz de la luna y el resplandor de las hogueras.

• • •

Al amanecer, los donceles comenzaron a vestirse. Se ajustaron unas calzas de malla de hierro por encima de las de lana tricotada, que siempre llevaban. Después se colocaron el gambax,[13] que les servía para soportar con más comodidad las prendas defensivas. Sobre el gambax se pusieron la loriga,[14] que les cubría el cuerpo y los brazos, abierta por delante y por detrás con el fin de facilitarles los movimientos al montar. Los hombros, los costados y el pecho estaban reforzados con placas de hierro, cosidas con alambres sobre la malla metálica. Por encima de la loriga se colocaron el perpunte[15] para amortiguar los golpes. Por último, se pusieron una sobrevesta[16] con las armas heráldicas de sus casas, pintadas sobre el pecho, y se ciñeron la espada en el costado del cinturón.

Mientras terminaban de vestirse, los mozos de cuadra les bajaron los caballos de los establos. En las coberturas que llevaban los caballos, estaban pintadas las mismas armas que traían cada uno de los donceles en las sobrevestas, en los escudos y en los pendones de sus casas.

• • •

Hacía rato que había salido el sol. Los veinte donceles cabalgaban en dirección al castillo. Al llegar junto a la muralla oyeron el tañido de las campanas de la abadía y la voz de uno de los vigías, que alertaba a la guardia para que les franquearan la entrada. En el patio de armas encontraron a Pedro López de Ayala con sus hermanos.

—¿Por qué llevas esa banda? —preguntó Rodrigo de Zubieta a Pedro.

—Es un trofeo que gané en unas justas en Francia.

—¿Qué orden se va a seguir para justar? —preguntó el hijo del señor de Butrón.

—Nos enfrentaremos de cinco en cinco —respondió Pedro.

—Pero ¿quiénes serán los primeros en luchar?

—Si os parece bien, los vizcaínos podéis enfrentaros a los castellanos, y los alaveses lucharéis con los navarros. Si no estáis de acuerdo lo echaremos a suertes.

—No será necesario —afirmó Pedro González de Mendoza—. Queremos saber quiénes lucharán contra el infante y contra vosotros.

—Los que triunfen en vuestras justas lucharán contra nosotros.

—Estaréis en ventaja al enfrentaros con nosotros. Nos encontraremos muy fatigados y con posibles heridas para volver a luchar —replicó Pedro González de Mendoza.

—Estas justas han sido convocadas porque el infante retó a Diego y a Juan —les dijo Pedro López de Ayala, señalando con la mano a sus hermanos—. El infante será el primero en luchar contra ellos. Así se abrirán estos combates. No os preocupéis, todos nos enfrentaremos el mismo número de veces en la liza.

Las campanas volvieron a repicar y los donceles se dirigieron a la abadía. En el interior del templo, se podía oír el ruido que hacían los arneses cuando se movían los donceles.

El padre abad celebraba la misa bajo un crucifijo colgado en el ábside. Durante el sermón aprovechó aquella ocasión para dirigirse a los donceles.

—Vosotros que amáis la Orden de caballería y aspiráis a ingresar en ella, debéis saber que Nuestro Señor Dios creó a los hombres para que le amasen. Muy pronto se olvidaron de la caridad, de la justicia y de la verdad. Entonces nació el error. Pero a pesar de la ingratitud de los hombres, Dios quiso que su pueblo recobrara la justicia por medio del temor. Eligió a los hombres más sabios y más fuertes, con espíritu más noble, mayor instrucción y mejor crianza que los demás, para que sometieran con la fuerza de sus armas a los infieles. Porque los infieles buscan la destrucción de la Iglesia. Nuestro Señor quiso que esos hombres más sabios y más fuertes fueran los caballeros. Recordad que Dios creó la Orden de caballería y el oficio del caballero para defensa de nuestra religión. Hijos míos —insistía el padre abad—, siempre debéis tener presente que el amor y el temor han de prevalecer sobre el desamor y el

menosprecio.

Mientras el padre abad seguía hablando sobre la Orden de caballería, las hijas de los Ayala y las hijas de los Suárez de Toledo estaban pendientes de los donceles. Ellas se encontraban impacientes por verlos en la liza. Querían comprobar su valor y su destreza con las armas. Los donceles sabían que eran los protagonistas de aquellas jornadas y se sentían observados en el interior del templo.

Al terminar la misa, los señores de Ayala ofrecieron un desayuno a sus invitados. En la gran sala se empezaba a notar cierto nerviosismo entre los donceles. Todos hablaban al mismo tiempo. Pasaban de una conversación a otra sin escuchar lo que se decían.

—Dentro de poco se iniciarán las justas —les dijo don Fernán—. Ninguno de los participantes deberá combatir con su espada. En estas justas no se luchará a ultranza. Se va a justar con lanzas emboladas y espadas sin filo ni punta. Un heraldo leerá en la liza las reglas para estas justas. En el campamento se os entregarán las armas para que podáis combatir sin riesgos innecesarios.

Entre los donceles se escucharon manifestaciones de protesta. Querían utilizar sus armas.

—Tendréis tiempo de justar a punta sangrienta el día que os armen caballeros —les volvió a decir don Fernán.

12

En la torre del homenaje ondeaban los pendones del infante y de don Fernán. De las otras tres torres caían estrechas colgaduras con los colores del señorío de Ayala y del reino de Castilla. También habían colocado pendones alrededor del castillo y por el camino que iba a la liza. En las tiendas de los donceles se podían ver las insignias de sus casas, flameando al viento. Delante de la tribuna se encontraban los trompeteros. En los extremos de la liza, sobre unas pequeñas empalizadas, estaban las lanzas que se iban a utilizar durante las primeras justas.

Los señores de Ayala se dirigieron a la tribuna con sus hijas, su yerno Beltrán, los Suárez de Toledo, el padre abad, los cuatro alcaldes del valle y el alcaide de Quejana.

La muchedumbre, apiñada a lo largo del palenque, esperaba impaciente la llegada de los donceles. Al verlos descender por el camino que conducía al campamento, los vitorearon.

Sonaron las trompetas. Un heraldo a caballo anunció que sería expulsado de Quejana cualquier hombre o mujer que se atreviera a hablar, toser o hacer alguna señal durante las justas, y advirtió a los donceles que deberían cumplir las leyes de la caballería.

—En estas justas se utilizarán lanzas emboladas y espadas sin filo ni punta. Para derribar a vuestro adversario deberéis descargar los golpes sobre el rostro y el cuerpo. Queda prohibido golpear al caballo del rival. Los jueces eliminarán de estas justas a quien no cumpla estas reglas —añadió el heraldo.

Volvieron a sonar las seis trompetas. El infante entró al trote ligero en la liza. Llevaba una corona sobre su yelmo y la visera echada. En la sobrevesta y en el escudo, que cubría su brazo, traía pintadas las armas de Castilla y León. Con el otro brazo mantenía erguida la lanza y la apoyaba sobre el estribo.

—Vengo a cumplir con un desafío —dijo el infante al heraldo.

—¿Quién sois?

—El infante don Pedro, el hijo primogénito y heredero del rey don Alfonso de Castilla.

—Elegid a vuestro adversario con un golpe de lanza sobre su escudo —respondió el heraldo.

El infante se dirigió a las tiendas de los donceles. Con su lanza derribó los escudos de Diego y de Juan, y regresó a la liza. Allí esperó a que se presentara uno de sus adversarios. El infante se encontraba impaciente por combatir. Con la mano se tocaba su

yelmo, como si tratara de liberarse del peso que tenía que soportar sobre sus hombros. Enseguida apareció Diego en la otra punta de la tela. Un escudero le puso el yelmo con un gran penacho negro y dos pronunciados lambrequines plateados que le caían por la espalda, le dio la lanza y el escudo pintado con las armas de los Ayala, y Diego se bajó la visera. El infante y Diego lanzaron sus caballos a la lucha. Antes de cruzarse en la tela, se cubrieron los cuerpos con los escudos, apuntaron sus lanzas por encima de la cruz del caballo y se embistieron. Después se escuchó un chasquido mientras las lanzas saltaban en pedazos por los aires.

En la tribuna se pusieron en pie. En el palenque se quedaron sin aliento. Pero los donceles, que esperaban su turno para luchar, no se inmutaron por lo sucedido. El infante y Diego miraron hacia atrás para comprobar si habían derribado a su adversario y regresaron al palenque. Allí les dieron otras lanzas y se dirigieron a la tribuna. Cabalgaron al trote hasta que se encontraron frente a las doncellas. El infante bajó su lanza ante Aldonza, la hija de los Ayala; y Diego rindió la suya ante Teresa, la hija de los Suárez de Toledo. Las doncellas se quitaron unos velos de sus vestidos y los anudaron en la punta de las lanzas. Ellos se los pusieron alrededor del brazo y volvieron al palenque.

Desde los extremos de la liza se reanudó el combate. Diego caló su lanza, se apoyó sobre ella con todas sus fuerzas, y al cruzarse con el infante le embistió. El infante consiguió desviar el impacto de su adversario, con un rápido movimiento que hizo con el escudo, y con su lanza alcanzó a Diego. «Si no llego a emplear esta táctica, me hace rodar por la liza», pensó el infante, satisfecho por su destreza. Diego estuvo a punto de perder el equilibrio por aquel inesperado golpe que había recibido. Sin embargo, recobró el control y evitó caerse. Después fueron al palenque en busca de las espadas para continuar peleando en el centro de la liza. Los golpes de sus aceros se oyeron retumbar por toda la liza. Permanecieron luchando hasta que empezaron a dar muestras de estar exhaustos y los jueces ordenaron a los trompeteros que tocaran el final del combate.

—Declaro que no hay vencedor ni vencido en esta justa —anunció uno de los jueces con su espada levantada por debajo de la cruz.

El infante se enfureció al oír las palabras del juez y se dirigió a la tribuna para protestar ante el señor de Ayala.

—Don Fernán, ¿qué clase de justas son estas, que no se nos permite terminar el combate con honor?

—Señor, no soy quién para tomar estas decisiones, sino los

jueces que así lo han considerado. Recordad que estas son justas de cortesía —respondió don Fernán.

—¡Cómo vamos a permitir que el infante corra ningún riesgo! ¿Qué pensaría el rey de nosotros si le ocurriera alguna desgracia? —comentó don Fernán a Suárez de Toledo, que estaba sentado a su lado.

El infante hizo girar a su corcel y marchó trotando hacia la salida de la liza. La muchedumbre ovacionó desde el palenque a los dos contrincantes.

—¡Lo veis! —dijo Diego al infante—, la gente no considera un deshonor el final de nuestro combate.

—Has sido muy valiente luchando, Diego —respondió el infante.

—Vuestra maestría supera mi valor —contestó Diego.

Cuando el infante y Diego salieron de la liza, también los donceles los aclamaron. El infante apenas tuvo tiempo para descansar. Mientras se refrescaba bebiendo, sonaron las trompetas. Juan apareció montado sobre un magnífico caballo al otro lado de la liza, dispuesto a aceptar el desafío del infante.

—Veamos si es tan diestro con las armas como ha sido Diego —dijo el infante.

El infante montó sobre su corcel, un escudero le ayudó a colocarse el yelmo y el escudo, y él cogió la lanza.

El infante y Juan salieron galopando desde el palenque, calaron sus lanzas y se embistieron. Entre la muchedumbre se oyeron manifestaciones de desaliento. El infante volvió la cabeza y comprobó que su adversario se iba cayendo del caballo. Al verle en el suelo, se dirigió a la tribuna.

—Don Fernán, podéis estar orgulloso de vuestros dos hijos. Han luchado con valor y destreza —le dijo el infante.

—Para ellos ha sido un honor medir sus lanzas con la vuestra, señor —contestó don Fernán.

Durante el resto de la mañana siguieron los combates. Los vizcaínos demostraron tener mucho coraje, y los navarros gran destreza en el manejo de la lanza.

Pedro López de Ayala se encontraba ansioso por salir a la liza. Deseaba aprovechar aquella ocasión para impresionar a Leonor con una victoria que creía segura frente a cualquier adversario. Dudó a cuál de los donceles iba a retar. «Al infante le gustará ver como recibe una lección uno de esos que miraron con descaro a mi hermana Aldonza, anoche, durante la cena». En el palenque, un escudero le colocó el yelmo con una cabeza de lobo como cimera y varios lambrequines colorados. Le dio el escudo y una de las lanzas

que los armeros habían preparado para que encajara en el ristre. Al entrar en la liza, volvieron a sonar las seis trompetas. El heraldo hizo las preguntas de rigor. Le dijo que eligiera a su adversario con un golpe de lanza sobre su escudo. De nuevo en la liza, Pedro esperó a su contrincante. Cuando le vio en el otro extremo de la tela, se quitó la banda que cubría el ristre y picó espuelas. Su caballo se puso de manos, dio un brinco hacia delante y comenzó a galopar. Mientras se dirigía al centro de la tela encajó la manija de su lanza en el ristre, y al cruzarse con su adversario le embistió. El encontronazo resultó brutal. Su contrincante salió despedido de la montura como si le hubiesen catapultado. El estruendo de aquella embestida hizo que en la tribuna se pusieran todos en pie. La gente pensó que aquel desdichado doncel habría muerto. Nadie comprendía cómo era posible derribar a un adversario de ese modo, con una lanza embolada. Pedro se dio cuenta del desconcierto que había producido su victoria y se dirigió a la tribuna para ofrecer aquel triunfo a Leonor. Al pasar por delante del infante, oyó que le llamaba y se volvió.

—¿Queréis algo de mí, señor? —respondió Pedro.

—¡Cómo que si quiero algo de ti! —exclamó el infante— ¿Qué ha sido eso que hemos visto? ¡Acaso has puesto pólvora en la punta de tu lanza!

Pero al verle más de cerca, el infante le volvió a llamar.

—¡Eh! ¿Qué llevas sobre tu arnés?

—El ristre, es el ristre.

—¿Qué es eso del ristre?

—Es para sujetar la lanza durante la embestida.

—¿Y de dónde ha salido ese invento?

—De un amigo mío de Francia.

—De manera que también justabais en Aviñón.

—Fue en París donde conocí este invento.

En la tribuna se quedaron sorprendidos con aquel artilugio que Pedro llevaba prendido de su arnés. Nadie podía imaginar que él se hubiera interesado tanto por el arte de justar hasta que comprobaron su destreza en aquel combate. Leonor se sentía feliz al ver que Pedro cabalgaba con su lanza tendida hacia ella.

—Observo que nuestros hijos han simpatizado entre ellos —comentó Suárez de Toledo a don Fernán.

—Sí, así lo vemos también doña Elvira y yo —respondió complacido don Fernán.

En la liza recogieron sin sentido al infortunado doncel que se había enfrentado a Pedro López de Ayala y se lo llevaron a su

tienda para que le examinaran los físicos de Quejana.

El infante y los siete donceles, que iban a combatir en las próximas justas, se situaron en las salidas del palenque. Allí sus escuderos los ayudaron a armarse. Don Fernán ordenó que se iniciara el combate y sonaron las trompetas. Los ocho jinetes se lanzaron a galope. Calaron las lanzas, apuntando a sus adversarios, y se cubrieron con los escudos para embestirse. En la tribuna y en los alrededores del palenque había una gran expectación. Esperaban la derrota de los forasteros, pero contra todos los pronósticos, el infante salió despedido de su montura antes de que pudiera acertar con su lanza a Ferrando de Ayanz. Pedro López de Ayala rompió su lanza al golpear a Charles de Artieda, pero el navarro consiguió alcanzar al ayalés y le derribó. Diego Suárez de Toledo fue derrotado por Pedro González de Mendoza, y Diego López de Ayala tampoco pudo soportar la brutal embestida de Rodrigo de Zubieta.

Las doncellas se sentían descorazonadas por aquella derrota. No comprendían cómo pudieron vencer a sus favoritos.

También los ayaleses se quedaron sorprendidos.

—Tantos preparativos para que los nuestros salgan por los aires —dijeron entre ellos.

El infante estaba tan indignado por su derrota que fue al encuentro de Pedro López de Ayala.

—Esto no puede quedar así. Voy a volver a retar al navarro.

—De acuerdo con las leyes de caballería nos han derrotado. Ferrando de Ayanz estará en su derecho si se niega a aceptar otro desafío —le contestó Pedro.

—Vamos a ver si es capaz de hacerlo —replicó el infante.

Cuando el infante se disponía a montar, se escucharon las trompetas. Los cuatro donceles que vencieron en las justas marchaban al trote por la liza. Iban hacia la tribuna para que el señor de Ayala los proclamase paladines de aquellas jornadas. El infante se sentía humillado. Desde el palenque estaba observando como les ponían unas coronas de laurel en las puntas de sus lanzas. «Espero que ahora no se atrevan rendir sus lanzas ante las doncellas», pensó el infante, contrariado por aquella derrota. Pero al verlos regresar por la liza se tranquilizó.

Ferrando de Ayanz sabía que el infante podía estar resentido con él por su victoria. Como no deseaba que le guardara ningún rencor, atravesó el palenque, fue a su encuentro y le dijo:

—Señor, la suerte me ha favorecido en estas justas, pero todos nosotros hemos podido comprobar que sois muy hábil luchando.

Esas palabras del navarro aplacaron la ira del infante. Los

donceles se pusieron a hablar entre ellos. Discutieron sobre las tácticas que habían empleado en los combates, pero lo que más les interesaba era el ristre que llevaba Pedro López de Ayala. Querían conocer los detalles de cómo hicieron aquel artilugio y Pedro les explicó lo que deseaban saber. El infante había recobrado la serenidad. Parecía más distendido y se fue a comer al pabellón que instalaron junto al campamento.

Suárez de Toledo se alegró de ver al infante con los donceles. «Espero que esta experiencia haya servido para forjar su carácter», pensó él.

13

Por la noche, los señores de Ayala ofrecieron una cena en honor de los campeones de las justas.

Kusko, el bufón, se acercó bromeando al infante.

—¿Os habéis fijado en vuestros adversarios? Se sienten tristes, mi señor. Las doncellas no les han dirigido la palabra desde que llegaron al castillo —y se fue hacia un extremo de la mesa.

El infante hizo un gesto con la mano al bufón para que volviera.

—Te encomendé una misión y fracasaste. Por tu culpa nos han vencido estos forasteros. ¡Venga, lárgate de aquí! —le increpó.

—Yo no tuve la culpa, mi señor. Las circunstancias adversas no favorecieron vuestros planes —se disculpó Kusko.

El infante levantó su brazo con aire displicente para que el bufón se marchara y continuó conversando con Aldonza.

Mientras comían los dulces, oyeron sonar los cuernos. Los vigías habían avistado a un grupo de jinetes que cabalgaba con varias antorchas encendidas para iluminar el camino.

Pedro López de Ayala comprendió el significado de aquellos toques y dijo a los comensales:

—Un destacamento de nuestros hombres vuelve a Quejana. Ahora sabremos si los bretones cometieron esos crímenes en el señorío de Vizcaya.

Mientras Pedro sequía contando a los donceles lo que había sucedido con los bretones, un escudero entró en la sala y habló al oído a don Fernán.

—Malas noticias. Tendremos que llamar a los vizcaínos para que vuelvan —dijo don Fernán al padre abad.

—¿Qué es lo que sucede, don Fernán? —le preguntó el abad.

—Me acaban de comunicar que nuestros hombres traen a tres de los bretones que dejamos en libertad. Pronto tendremos más noticias —anunció don Fernán a sus invitados.

La expectación fue enorme. Los donceles tenían curiosidad por conocer la suerte que iban a correr aquellos hombres. Los alcaldes del valle ardían de rabia por haber creído en su inocencia. Pero aquella noticia no sorprendió al infante.

—Si les hubieran dado tormento, habrían hablado —dijo el infante a Aldonza.

—Sí, pero ya sabes como piensa mi padre. Además, aquí no hay cámara de tortura.

—Eso lo hubiera resuelto cualquiera de mis hombres. Con unas

buenas palizas habrían hablado. No lo dudes, Aldonza —insistió el infante.

Un hombre de armas informó a don Fernán de que el destacamento se encontraba a punto de entrar en el castillo. Don Fernán salió con sus invitados al patio de armas. Allí escucharon la voz de uno de los vigías anunciando la llegada del destacamento. Bajo la luz de las antorchas, esperaban impacientes a que aparecieran aquellos hombres. Enseguida oyeron acercarse los caballos por el pasadizo que conducía al patio de armas. Los primeros en llegar fueron dos jinetes. Detrás venían los bretones encadenados. Traían sus brazos atados a la espalda y sus cuerpos ensangrentados.

—A estos sí que los han azotado sin piedad —comentó el infante.

Don Fernán hizo un gesto con la cabeza para que se los llevaran a las mazmorras y salió al encuentro del sargento para preguntarle:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué habéis tardado tantos días en regresar? ¿En dónde se encuentran los otros dos bretones que estuvieron aquí?

—Los seguimos durante varios días sin sospechar nada de ellos. Cuando llegamos a Vitoria y nos disponíamos a volver, los bretones entraron en el monasterio de los padres predicadores. Esperamos en los alrededores hasta que los vimos salir con unos bultos bajo el brazo. Entonces decidimos seguirlos para saber qué se proponían hacer.

—¿Y qué pasó en el monasterio? —intervino el padre abad.

—Los frailes les dieron de comer.

—¿Y no les preguntaron lo que hacían allí unos extranjeros? —los interrumpió el infante.

—Al parecer buscaban un nuevo señor para servirle. Los frailes les dijeron que el señor de la casa de Mendoza vivía cerca de Vitoria —respondió el sargento.

—¿Habláis del señor de Mendoza? —preguntó sobresaltado Pedro González de Mendoza al sargento.

El sargento no se había dado cuenta de que el hijo de los Mendoza se encontraba en Quejana hasta que le vio allí delante interrogándole. No sabía qué contestarle y empezó a balbucear.

—¿Queréis terminar de contar lo que pasó con los bandidos? —ordenó el alcalde de Amurrio al sargento.

El sargento hizo como si no oyera que le hablaban y se dirigió a uno de sus hombres para que se llevara su caballo al establo. Todos se dieron cuenta de que ocultaba algún suceso relacionado con la

familia Mendoza.

Pedro González de Mendoza también sospechó que algo grave había sucedido en su casa, pero en ese momento le irritó la actitud del sargento y se quejó a don Fernán:

—¿Cómo permitís que vuestro sargento nos dé la espalda y se marche mientras se le está hablando?

Don Fernán no deseaba permanecer en el patio de armas, bajo las miradas indiscretas de la gente que andaba por allí. Pidió a sus invitados que le acompañaran al interior del palacio y ordenó llamar al sargento.

—¿Qué es lo que sucedió en Mendoza? ¡Vamos, hablad de una vez! —espetó Pedro González de Mendoza al sargento.

—Los bandidos se internaron en un bosque con unos bultos y salieron vestidos con los hábitos de la Orden de Santo Domingo. En ese instante me di cuenta de que habían robado en Vitoria los hábitos que llevaban y recordé lo que sucedió en Quejana con los bandidos. Por eso envié a varios de mis hombres a Mendoza. Les ordené que advirtieran a vuestros padres del peligro que corrían si franqueaban la entrada a esos hombres disfrazados de frailes.

—¿Y qué pasó con los otros dos bretones que estuvieron aquí? ¿En dónde se encuentran? —insistió de nuevo don Fernán.

—Murieron, señor. Los mataron en Mendoza.

—¿Queréis decir de una vez qué sucedió en Mendoza? —le volvió a interrogar Pedro González de Mendoza.

—Violaron a vuestras hermanas pequeñas. Lo lamento —respondió compungido el sargento.

Pedro González de Mendoza se llevó las manos a su rostro.

—Siéntate conmigo, Pedro —le dijo Aldonza—. Aquí estarás más tranquilo.

Los donceles sintieron tanta rabia después de conocer estos sucesos que varios de ellos propusieron matar a los tres bandidos, pero don Fernán les prohibió acercarse a las mazmorras.

—Olvidaba daros esta carta de los señores de Mendoza —dijo el sargento a don Fernán, y se la entregó.

Mientras don Fernán la leía, se emocionó. Después se sentó junto a su sobrino y le leyó la carta para que supiera cuanto decían sus padres.

Queridísimos primos don Fernán y doña Elvira:

Nuestro Señor Dios ha permitido que unos bandidos, vistiendo unos hábitos de la Iglesia, nos hayan sorprendido en nuestra buena fe al darles asilo en Mendoza. Agredieron con brutalidad a dos de nuestras hijas. Las deshonraron. Cuando los apresamos, íbamos a ejecutarlos, pero vuestro sargento nos informó de los crímenes que cometieron en Vizcaya y en Ayala. Al conocer lo que hicieron, decidimos ajusticiar a los violadores de nuestras

hijas. A los otros tres os los enviamos para que los entreguéis a los vizcaínos. Nuestros corazones están desgarrados por tanta iniquidad causada a nuestra familia. Un lamentable descuido fue la causa de tan gran deshonor. Por ello nos sentimos culpables. No debimos abandonar la sala donde cenábamos. Uno de nuestros centinelas nos avisó del peligro que corríamos. Mientras hablábamos con él en otra sala, los bandidos atrancaron las puertas. Persiguieron a las doncellas y a las damas. Nuestras hijas pequeñas, por ser las más débiles, no pudieron defenderse y fueron víctimas de la barbarie de esos malvados. Al conseguir derribar una de las puertas encontramos a aquellas desdichadas mujeres luchando con los cuchillos que habían cogido de la mesa.

Os pedimos que confortéis a nuestro hijo Pedro cuando se entere de lo ocurrido. Os lo rogamos de corazón que así lo hagáis.

Nos alegra saber que os encontráis bien después de los sucesos que protagonizaron estos bandidos en Quejana.

Que Dios os bendiga.

Gonzalo Ibáñez de Mendoza y Juana de Orozco,
señores de Mendoza

Pedro González de Mendoza se conmovió al escuchar esas palabras de resignación y de afecto de sus padres. Pero como deseaba conocer más detalles de aquellos sucesos, no se dejó abatir y preguntó al sargento:

—No comprendo cómo esos asesinos entraron en nuestra casa. ¿No enviasteis a vuestros hombres a Mendoza para que llegaran antes que los bandidos?

—No pudieron adelantarlos. Si lo hubieran intentado, los bandidos los habrían descubierto.

—No trates de buscar respuestas a lo ocurrido en Mendoza. No conseguirás lograrlo —dijo don Fernán a su sobrino—. Cuanto más esfuerces tu imaginación en los detalles escabrosos, compadeciendo a tus hermanas, mayor será el daño que te hagas a ti mismo.

—Tampoco entiendo por qué atacaron a mis hermanas, tío Fernán.

Nadie quiso responderle.

—¿Por qué lo hicieron? Tuvieron que suponer que los detendrían si hacían una cosa así —volvió a interrogar Pedro González de Mendoza al sargento.

—No hubieran atacado en ese momento si no llegan a sospechar que los habían descubierto. Al llegar con el destacamento frente a Mendoza, nos escondimos para que nadie nos viera. Al anochecer, con varios de mis hombres escalamos por el muro y redujimos a uno de los centinelas. Le amordazamos para que no diera la voz de alerta y le expliqué lo que sucedía. Al darse cuenta del peligro que corrían vuestros padres, se puso muy nervioso. Me dijo que cenaban con unos frailes. Nadie sabía que fueran unos bandidos. Intenté

retenerle para explicarle como tenía que prevenirlos sin llamar la atención, pero no quiso escucharme. Salió corriendo. Creo que el centinela se delató ante los bandidos por la manera que avisó a vuestros padres —le explicó el sargento.

—Entonces, mis padres no tienen por qué sentirse culpables de lo que pasó en Mendoza —comentó Pedro González de Mendoza.

Don Fernán se quedó muy pensativo al escuchar las palabras de su sobrino. «Es posible que el alcalde de Amurrio tuviera razón. Si le hubiera hecho caso, ahora no pesarían sobre mi conciencia los crímenes que cometieron esos bandidos», reflexionaba lleno de remordimientos.

• • •

En una de las torres del castillo, comenzó a sonar la chalaparta. Una vez terminaron de golpear los tablones de haya, se escuchó en la lejanía como iban repitiendo el mismo mensaje de una a otra chalaparta, a través de los montes y de los valles, hasta que lo consiguieron escuchar en la margen izquierda de la ría de Bilbao. Desde allí, con otra chalaparta, que utilizaban para orientar las naves que volvían con niebla de la mar, se comunicaron con los vizcaínos en la otra orilla y les pidieron que acudieran a Quejana.

Esa noche, doña Elvira intentaba aliviar a su marido de los remordimientos que le agobiaban. Pero don Fernán no podía justificarse ante sí por las atrocidades que cometieron aquellos bandidos y se dirigió a su capilla. Allí permaneció ante la Virgen del Cabello, buscando la paz interior, hasta altas horas de la madrugada.

14

Al día siguiente, Pedro López de Ayala y sus dos hermanos salieron de Quejana con un destacamento en busca de los vizcaínos. Por el camino se encontraron con varios hombres armados de la casa fuerte de Okondo y los acompañaron al monasterio de San Román. Al entrar en el claustro, vieron al padre Eneko subido en una escalera de mano, apoyada en uno de sus muros.

—*Egun on*, padre Eneko —le saludaron.

—¿Qué se os ha perdido por ahí arriba? —le preguntó Pedro.

—*Bai eta zuri ere*, hijos míos. Aquí estoy tratando de arreglar el cierre de mi ventana. Por las noches sopla el viento y no puedo dormir. Hablando de dormir, menuda nochecita la que hemos pasado.

—¿Qué os ha ocurrido, padre Eneko? —le preguntó Diego.

—¡Las chalapartas! ¡Hijos míos! ¡Las chalapartas! Podríais enviar vuestros mensajes a otras horas —iba diciendo el padre Eneko mientras bajaba tambaleándose por la escalera.

—¿Sabéis lo que sucedió en Quejana con los bandidos? —le preguntó Pedro.

—Sí, sé lo que os pasó el día que estuvisteis aquí. Sois muy afortunados, porque vosotros estáis bien, que es de lo que se trata. ¿No es así? —respondió el padre Eneko.

—Ahora vamos en busca de los vizcaínos. ¿Os habéis enterado de que capturamos a los bandidos? —le preguntó Juan.

—Para mi desgracia siendo muy joven aprendí a manejar la chalaparta.

—¿Por qué os lamentáis de saber manejarla? —le preguntó Diego.

—Los años no pasan en balde. El oído no funciona como antes —contestó—. Muerte segura es la que les espera a esos malhechores por hacer lo que no deben. Rezaré por ellos para que Dios se apiade de sus almas.

Pedro sospechó que el padre Eneko pudo haber tenido alguna de esas inspiraciones tan frecuentes en él.

—¿Acaso conocéis lo que han hecho esta vez los bandidos? —le preguntó muy intrigado.

—Algo malo han debido de hacer para que llaméis a los vizcaínos.

—¿Habláis de los bandidos como si los hubierais visto? —le volvió a preguntar Pedro, convencido de sus sospechas.

—Pues claro que los vi. Estuvieron aquí el día anterior a vuestra visita.

Los Ayala se miraron entre sí. No podían creer lo que acaban de escuchar.

—¿Por qué no lo dijisteis el otro día, cuando estuvimos aquí? —preguntó Diego al padre prior.

—Nadie me lo preguntó.

—¿No os disteis cuenta de que eran unos bandidos?

—Claro que sí, hijo mío. Comprendí que algo tramaban.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Quisieron robar en el monasterio. Imaginaos si se llevan las casullas bordadas en oro que trajo vuestro padre de Inglaterra y de Francia, y nos roban los cálices que tenemos aquí. Hubiera sido una gran pérdida para el monasterio.

—¿Y cómo conseguisteis que no os robaran? —intervino Juan.

—Cuando intentaron forzar la entrada del monasterio, los maldije en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. En ese momento, gracias a Dios, comenzaron a sonar las campanas de nuestra iglesia. Los bandidos debieron pensar que la gente de la comarca acudiría en nuestra ayuda al oír el tañido y salieron galopando —le explicó el padre Eneko, riéndose a carcajadas.

—¡Ah, qué buena idea que alguien tocara las campanas! —exclamó Juan.

—Sí, fue muy oportuno que comenzaran a sonar en aquel momento las campanas —insistió el padre Eneko mientras se agarraba las caderas con sus manos.

Un fraile, que paseaba rezando por el claustro, oyó que hablaban del incidente con los bandidos y comentó levantando la voz:

—¡Las campanas, las campanas! ¡Gracias a Dios que sonaron las campanas!

—Ya veis que todos damos gracias a Dios por habernos salvado de los bandidos —volvió a insistir el padre Eneko.

«Si las campanas los salvaron de los bandidos, ¿por qué dan tantas gracias a Dios?», pensaron Diego y Juan. No comprendían nada de cuanto decían los frailes. En cambio, Pedro percibió algo extraño en las palabras de aquellos frailes. Se imaginó que pudo existir algún prodigio que hubiera hecho sonar las campanas y no quiso insistir más. El padre Eneko miró sonriendo a Pedro, porque se dio cuenta de que había captado lo que sus hermanos fueron incapaces de entender.

Los Ayala continuaron la marcha hacia el puerto de Galindo. Pedro iba pensando en los horribles crímenes que cometieron

aquellos bandidos. No podía olvidarse de los vizcaínos que perdieron a sus familias ni de los guardias que murieron asesinados en Quejana. Sin embargo, lo que más le afectó fue que violaran a sus primas las Mendoza, a las que tenía gran cariño. Pedro estaba irritado a causa de estos sucesos. No dejaba de pensar en ello. Durante gran parte del trayecto permaneció en silencio. No quería conversar con nadie. Trataba de buscar una explicación de lo ocurrido. Su desasosiego cada vez era mayor. Empezaba a preguntarse por qué Dios, si era Bueno y Justo, como le enseñaron, permitía que cayera sobre esas familias tanta desgracia e ignominia y, en cambio, protegía a esos viejos frailes de la barbarie de aquellos asesinos. «¿Qué mal han hecho esas familias para merecer esos terribles castigos que han recibido?», se interrogaba lleno de ira. A medida que se acercaba al puerto, Pedro se iba serenando. Recordó que su tío abuelo el cardenal le había dicho en más de una ocasión que Dios intervenía con acciones directas en el devenir del mundo, pero que dejaba al hombre en libertad. Y que esa aparente paradoja o contradicción, que podía existir entre la intervención de Dios en la Historia y la libertad del hombre, era la gran incógnita a la que jamás nadie podría enfrentarse, porque entrañaba un misterio que nunca encontraría una respuesta y quedaría sin desvelarse hasta el fin de los tiempos.

—Muchos de los sufrimientos tienen su origen en la perversión de la libertad y en el mal uso que hace el hombre de la libertad. El sufrimiento y las tribulaciones deben servir para nuestra conversión y la purificación de nuestras almas, y no para la rebeldía contra Dios —solía decirle el cardenal.

Pero, a pesar de las razones que le dio su tío abuelo sobre el sufrimiento, no se resignaba a aceptar que pudieran ocurrir cosas así. «No debimos permitir que los bandidos quedaran en libertad sin antes haberles dado tormento para que contaran la verdad. No debimos fiarnos de ellos», pensaba Pedro, indignado por las violaciones de sus primas.

Al llegar al puerto de Galindo, los Ayala escucharon la llamada de un cuerno que procedía de la margen derecha de la ría de Bilbao. Eran los vizcaínos que pedían una barcaza para cruzar la ría con sus hombres de armas, sus caballerías y un carro tirado por varias mulas.

—Los bretones que dejamos en libertad cometieron nuevos crímenes. Violaron a dos de nuestras primas en Mendoza. No mataron a toda la familia gracias a que los redujeron a tiempo —dijo Pedro a los vizcaínos, al desembarcar en el puerto de Galindo.

—Lamentamos que también vuestras primas fueran víctimas de esos asesinos. Venimos con este carro para traer a los bandidos —respondió el señor de Goñi.

—Esos asesinos tienen que recibir la peor muerte que podáis darles —le dijo Pedro.

En las proximidades del valle de Ayala, oyeron la chalaparta de Quejana. Estaban anunciando a los ayaleses que al día siguiente se celebraría la Junta en las campas de Saraube.

Había anochecido. La niebla comenzaba a cubrir la silueta del castillo mientras los Ayala y los vizcaínos avanzaban con varias antorchas de alquitrán atadas al carro para iluminar el camino.

Los vigías de Quejana los vieron acercarse y tocaron los cuernos para anunciar su llegada. En el patio de armas del castillo, don Fernán los recibió. Los donceles de Vizcaya los acogieron con muestras de gran afecto. Después se dirigieron al palacio y en la gran sala les sirvieron la cena.

—Estaréis convencidos de que los bretones son unos asesinos. ¿Qué castigo les espera? —preguntó el infante a los vizcaínos durante la cena.

—No os preocupéis. Pagarán por lo que han hecho —respondió uno de ellos.

Don Fernán pensó que había llegado el momento que esperaba para anunciar todo cuanto estuvo meditando la noche anterior ante la Virgen del Cabello.

—He reflexionado sobre mi resistencia a torturar a los bretones —comenzó diciendo—. Los sucesos de Mendoza me han demostrado que estaba equivocado. Me siento culpable de las atrocidades que han cometido esos hombres al dejarlos en libertad. Tengo que admitir que el alcalde de Amurrio tenía razón al pedir que les diéramos tormento para que hablaran. Si le hubiera hecho caso, esos salvajes no habrían violado a mis sobrinas. El Fuero de Ayala y nuestras costumbres no prohíben torturar a los extranjeros, como ocurre con los hijosdalgo del señorío que deben ser juzgados antes de recibir ningún castigo. Para evitar que en adelante vuelvan a ocurrir sucesos como los que han tenido lugar en Quejana y en Mendoza, estoy considerando la posibilidad de permitir que se les dé tormento a los extranjeros sospechosos de cometer delito antes de juzgarlos.

El padre abad se quedó impresionado al escuchar las palabras del señor de Ayala. «Qué remordimientos más tremendos debe de tener don Fernán para hacer semejante confesión ante esta gente». Pero como le conocía bien, comprendió que quisiera reconocer su

equivocación con un acto de tanta humildad. Los demás no podían sospechar que un señor como él aceptara su error de aquella manera.

Pedro González de Mendoza se sintió conmovido por aquellas palabras de su tío.

—No tenéis por qué culparos de lo sucedido con mis hermanas, tío Fernán. Esos asesinos son los únicos responsables de esas atrocidades que se cometieron. Comprendo que nadie quisiera responsabilizarse de la muerte de unas personas que pudieron haber sido inocentes. Pienso que se actuó con buena intención al dejarlos libres. Nadie tuvo la culpa de que fracasaran los planes que hicisteis para vigilarlos.

—Agradezco tus palabras, sobrino. Pero esto es lo que tenía que decir —replicó entristecido don Fernán.

«Don Fernán tiene demasiados escrúpulos, demasiada teología, demasiadas lecturas, piensa demasiado. Es hombre de pensamiento más que de acción. No sería bueno que un caballero como él ocupara cargos en el reino». Pero el infante no debía de estar convencido de sus reflexiones porque siguió recapacitando. «Un hombre con tantos escrúpulos, que solo se dedica a pensar, no crea una fortuna ni rehace un señorío ni él hubiera hecho los extraordinarios servicios que ha prestado a la Corona. Por algo será que mi padre el rey aprecie tanto a don Fernán». El infante se sentía desconcertado con la personalidad de don Fernán.

Pedro se encontraba orgulloso de su padre. «Al admitir su equivocación como lo ha hecho, sin importarle lo que puedan pensar de él, ha demostrado tener una gran estima de su propia dignidad».

Poco después se escuchó a un guardia, dando la novedad y anunciando la medianoche.

• • •

De madrugada sonaron las bocinas de Saraube. Estaban convocando a los ayaleses a la Junta. Mientras, en el castillo se hacían los preparativos para trasladar a los bretones ante los jueces del valle. Los ayaleses se dirigían a las campas de Saraube, indignados por las fechorías que habían cometido los bandidos.

—Si esos extranjeros no reciben un escarmiento delante de nosotros, protestaremos ante el señor de Ayala. No queremos que se repitan los sucesos de la vez anterior —gritaban los ayaleses.

Los bretones entraron en las campas de Saraube poco antes del mediodía. Iban encadenados en un carro. Los ayaleses se aterraron al verlos todos ensangrentados, pero enseguida reaccionaron y les

gritaron insultándolos. Los querían linchar. La guardia de Quejana tuvo que intervenir para impedirlo.

Al cabo de un rato apareció el señor de Ayala con sus tres hijos, los alcaldes del valle y los vizcaínos.

La muchedumbre comenzó a pedir justicia.

—Unos extranjeros llegan a nuestras tierras, asaltan el castillo, secuestran y matan a nuestra gente.

—Violan a vuestras sobrinas.

—Y nada, ¡aquí no pasa nada!

—¡Exigimos justicia!

—Nuestras hijas tienen miedo.

—A ellas les puede suceder lo mismo que a vuestras sobrinas.

—Nuestras hijas no están seguras en los caseríos.

—Si no reciben un escarmiento, llegarán otros bandidos y violarán a nuestras hijas.

—¡Justicia, justicia, queremos justicia! —clamaban enfurecidos los ayaleses.

Don Fernán no quería interrumpir aquellas protestas. Pensaba que tenían derecho a desahogarse. Cuando callaron, se levantó para explicarles por qué habían dejado libres a aquellos hombres y les contó lo ocurrido en Mendoza.

—Para evitar que se repitan más sucesos como estos, he ordenado que se instale una cámara de tortura en el castillo, y vosotros no tenéis por qué preocuparos por la seguridad de vuestras hijas —les advirtió.

—El señor de Mendoza ha declarado culpables a estos hombres. Los ha enviado aquí para que los entreguemos a los vizcaínos por los horribles crímenes que cometieron en sus torres. En el señorío de Vizcaya serán juzgados y allí recibirán el castigo que se merecen —anunció el padre abad a los ayaleses.

Entre la muchedumbre se oyó un murmullo que pronto se convirtió en una nueva protesta.

—Queremos que reciban aquí el escarmiento que se merecen por lo que hicieron en Quejana.

—¡Justicia, justicia!

—¡Exigimos justicia! —gritaron indignados los ayaleses.

—Padre abad, debemos atender estas peticiones que hacen —le dijo el alcalde de Amurrio—. Estos bandidos no pueden salir del señorío sin recibir un castigo ejemplar. Se burlaron de nosotros. Nos hicieron creer que no participaron en los crímenes que se cometieron en Vizcaya. Nos dijeron que los obligaron a entrar en Quejana. Nos mintieron. ¡Son unos criminales!

Los alcaldes hablaron con don Fernán y tomaron la decisión de azotarlos.

—¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa? —preguntó el padre abad a los bretones antes de ordenar el castigo que les iban a imponer.

Los bandidos se sentían perdidos. Les parecía inútil defenderse y callaron.

—Este tribunal os condena a recibir cien latigazos por haber participado en el asalto del castillo de Quejana. Después os entregaremos a los vizcaínos para que os juzguen por los asesinatos que se cometieron en sus torres —anunció a los acusados el padre abad, que era el alcalde mayor de la Junta del valle.

El padre abad hizo un gesto con la mano para que se llevaran a los bretones de las campas de Saraube.

En el camino que conduce a Amurrio ataron a los bretones a unos árboles. La gente se congregó alrededor de aquel paraje para ver como los iban a flagelar.

Los verdugos comenzaron a azotarlos con unos látigos de púas. Los primeros latigazos los aguantaron en silencio hasta que se pusieron a chillar de dolor. A través de la poca ropa que les quedaba, se podían ver sus espaldas abiertas y ensangrentadas. Los alaridos iban apagándose. Los verdugos advirtieron que habían perdido el sentido. Pidieron que les echaran agua para reanimarlos y continuaron flagelándolos.

—¡Ya basta, los vais a matar! ¡Aún tenemos que llegar a Vizcaya! —gritó un vizcaíno a los verdugos.

—Nosotros cumplimos las órdenes que recibimos de la Junta. Lo lamentamos, señor —respondió uno de los verdugos y siguieron contando los latigazos.

Cuando terminaron de azotarlos, los hombres de armas que venían con los vizcaínos recogieron a los bretones, los metieron en el carro que trajeron y se los llevaron al señorío de Vizcaya.

Nadie de los que estuvieron en las campas de Saraube y en la flagelación dudaba de la suerte que iban a correr aquellos hombres al llegar a Vizcaya.

De regreso a Quejana, don Fernán ordenó a su capitán que redoblaran la vigilancia en las aldeas para tranquilizar a las mujeres del valle.

15

Habían transcurrido varias semanas desde el juicio de Saraube. En Quejana se hacían los preparativos para que el infante pudiera embarcar en una galera del señorío de Ayala.

Una mañana, cuando iban a iniciar la marcha hacia la costa, un jinete de las patrullas se presentó en las barreras del castillo y anunció a los centinelas:

—Los hombres del rey han entrado en el señorío por el valle de Orduña. Los vi por última vez bajando el puerto. De un momento a otro estarán aquí.

Los vigías no tardaron en divisar el destacamento del rey. Ocho jinetes con el pendón de Castilla cruzaron a galope el puente levadizo del castillo. Se presentaron ante el infante, besaron su mano y uno de ellos le dijo:

—Señor, venimos para traeros una carta de vuestro padre el rey.

—¿Cómo se encuentra el rey? —les preguntó el infante mientras abría la carta.

—En el campamento de Gibraltar están muy preocupados por la suerte que pueda correr. Cada día muere más gente por esa epidemia. Esto es lo que el señor de Alburquerque nos ordenó que os dijéramos.

—¿Y vosotros no nos traeréis aquí la peste? —preguntó Suárez de Toledo a aquellos hombres.

—Venimos de Sevilla. Don Juan Alfonso de Alburquerque tomó esta precaución para evitar contagiaros —respondió el jinete.

Don Pedro Suárez de Toledo no podía entender que esos hombres del rey hubieran llegado a Quejana con una misión de Alburquerque. «Algo sucede en la Corte. Es extraño que Alburquerque esté dando estas órdenes».

—Podéis descansar aquí unos días antes de partir —les dijo Suárez de Toledo con la intención de averiguar si traían alguna otra misión.

—Tenemos que volver lo antes posible a Gibraltar para llevar noticias del infante al señor de Alburquerque —advirtió el jinete.

—Don Juan Alfonso de Alburquerque nos ordenó que regresáramos en cuanto estuviéramos con el infante —intervino otro de los jinetes.

Suárez de Toledo no estaba dispuesto a obedecer otra orden que no viniera del rey y ordenó a los jinetes:

—Permaneceréis sin moveros en el castillo hasta que volvamos.

A nuestro regreso, el infante os entregará una carta que llevaréis al rey.

—Me dice el rey que le aconsejan levantar el sitio de Gibraltar. Recuerda con dolor la pérdida de aquella plaza en 1333. Ahora está decidido a recuperarla —comentó el infante a don Fernán y a Suárez de Toledo, mientras seguía leyendo la carta de su padre.

—La vida del rey vale más que cualquier plaza —respondió don Fernán.

—Si el rey ha tomado la decisión de seguir poniendo sitio a Gibraltar, nadie conseguirá que levante el cerco. Siempre ha deseado echar a los moros —advirtió don Pedro Suárez de Toledo.

—Estoy de acuerdo con lo que decís, don Pedro —afirmó el infante—. Pero debo procurar que el rey abandone su campamento para evitar que contraiga la peste. Ha transcurrido demasiado tiempo desde que llegué aquí. Es hora de que vuelva. Tengo que visitar a mi padre.

—El rey no aprobará que vayáis a su campamento. Me dio instrucciones precisas para que no os expusierais a un posible contagio. Su deseo fue que permanecierais aquí —le contestó Suárez de Toledo.

—Cuando volvamos de la costa, regresaremos a Sevilla. Desde allí enviaré un mensajero a mi padre para que conozca mi deseo de verle —replicó el infante.

En el patio de armas del castillo, los hombres y las doncellas montaron en sus caballerías. Las señoras subieron a una carreta cubierta con sus hijas pequeñas. La comitiva se puso en marcha hacia Amurrio. Iban a tomar el camino que bordea el río Nervión en dirección a San Vicente de Abando.

Durante el trayecto, el infante no dejaba de observar a Aldonza. Ella sabía que al infante le gustaba verla montar a horcajadas, erguida sobre la montura con las piernas en los estribos. Como hacía calor, se quitó la capa que envolvía su cuerpo. El infante se dio cuenta de que Aldonza estaba exhibiéndose ante él y fue a su lado. La ondulada silueta de su cuerpo, que él podía percibir bajo la túnica, y sus pechos, agitándose entre los pliegues del corpiño, provocaron aún más sus deseos de amarla. «Si regreso a Sevilla no la veré en mucho tiempo», pensaba mientras seguía observándola con la intención de adivinar la desnudez de su hermoso cuerpo. Las pasiones que el infante sentía por Aldonza le hacían contemplar la idea de seducirla. «Debo hacerla mía y marcharme a Sevilla con su recuerdo», volvía a pensar fascinado por su belleza.

Antes de llegar a Orozko, la patrulla que vigilaba aquella parte

del señorío salió al encuentro de la comitiva y se unió a la tropa. Al pasar frente al monasterio de San Román, don Fernán explicó al infante que aquel monasterio lo fundó el padre de don Sancho García de Salcedo, *el Cabezudo*.

—De modo que vuestro antepasado también fundó este monasterio —comentó el infante.

—Ahora nos dirigimos a otro de los monasterios que fundó el padre de *el Cabezudo*. Allí pasaremos la noche —le explicó don Fernán.

En Llodio despidieron a la patrulla que se les había unido en Orozko, y continuaron la marcha hacia Abando.

A la altura de Arrigorriaga, don Fernán detuvo su caballo.

—Eso es Vizcaya. El señorío de Vizcaya está en la otra orilla del río —dijo, señalando con su mano la margen derecha del Nervión.

16

En la puerta del monasterio de San Vicente de Abando esperaban los frailes. El infante saludó al prior. No quería hablar con él. Le recordaba al padre Eneko, el prior de Okondo. «Pájaro de mal agüero. A ver si tú también me vas a presagiar más calamidades».

Las señoras y sus hijas se quedaron en el monasterio. El infante fue a pasear por los alrededores. Desde una campa vio Bilbao, en la otra margen de la ría, y permaneció contemplando la villa en silencio.

—¿Es Bilbao? —preguntó el infante a don Fernán y se puso en jarras.

—Así es.

—Cuando nos anunciaron en Quejana la llegada de los vizcaínos, estabais hablando de Vizcaya y de Ayala. Dijisteis que eran territorios hermanos, aunque distintos. ¿Qué quisisteis decir?

—Ayala y Vizcaya han sido territorios hermanos porque eran señoríos iguales. Se mantuvieron independientes de reyes y de otros señores que no fueran los suyos. Ahora son territorios distintos porque el señorío de Ayala se ha incorporado a la Corona de Castilla.

—¿Y por qué el señorío de Vizcaya no se ha incorporado a Castilla como lo hicieron Álava y Ayala?

—Los vizcaínos no lo desean.

—No lo comprendo. ¿Por qué no quieren incorporarse a Castilla?

—Los vizcaínos no desean incorporarse a la Corona de Castilla por los intentos que se hicieron para dominarlos. Los reyes visigodos del reino de Toledo y los reyes astures pretendieron someter a los vizcaínos. Más tarde también lo intentaron, aunque sin ningún éxito, los reyes de Pamplona y los de Castilla. Esas tentativas de ocupación provocaron el rechazo de los vizcaínos. Por estos motivos, siempre se han negado a vincularse a ningún reino.

—Sé que mi padre el rey tuvo que entrar con sus tropas en el señorío de Vizcaya.

—El rey don Alfonso no entró en el señorío de Vizcaya, lo ocupó el año 1334. Pero no pudo conquistar sus castillos. Los vizcaínos se mantuvieron fieles a sus legítimos señores. Al año siguiente, vuestro padre tuvo que hacer la paz con los vizcaínos, retiró sus tropas y dejó de utilizar el título de señor de Vizcaya.

—Me informaron de que el rey compró el señorío a la señora de

Vizcaya. Los vizcaínos no le quisieron reconocer como señor y tuvo que ocupar el señorío.

—No hubo tal compra. Se trató de una simulación, de un engaño que hicieron en nombre del rey en el monasterio de Perales de Palencia el año 1331. Ese engaño se llevó a cabo aprovechando que doña María Díaz de Haro, la señora de Vizcaya, había ingresado como religiosa en ese monasterio el año 1327. Además, de haberse celebrado esa compra, no habría servido de nada. No olvidéis que el señorío no es de los señores de Vizcaya.

—Entonces, ¿de quién es? —preguntó sorprendido el infante.

—Las tierras del señorío han sido y siguen siendo de los vizcaínos, a diferencia de las tierras de Castilla y de otros reinos, que son de los reyes. El señorío de Vizcaya ha sido siempre, desde tiempo inmemorial, solar de nobles linajes, porque jamás debieron su condición de nobles originarios y de hombres libres a ningún rey ni señor —respondió don Fernán.

—Los vizcaínos no se olvidan de que vuestro padre el rey don Alfonso ordenó matar al señor de Vizcaya, a don Juan Díaz de Haro, *el Tuerto*. Por eso no quieren hablar de incorporaciones —dijo Beltrán de Guevara.

—El rey ordenó la muerte del señor de Vizcaya por intrigante y por traidor. Don Juan, *el Tuerto*, solía decir que era más importante ser heredero de Vizcaya que pertenecer a la casa real de Castilla. Estaba tan convencido de ello que abandonó el apellido de su padre el infante don Juan de Castilla para tomar el apellido de su madre la señora de Vizcaya —respondió el infante, disgustado por los comentarios de Beltrán, y se le quedó mirando.

Era comprensible que don Fernán no quisiera seguir hablando de estos asuntos en presencia del infante y, para evitar más comentarios, les anunció que les esperaban para cenar.

—El infante se ha molestado contigo —dijo Diego a su cuñado Beltrán mientras caminaban hacia el monasterio.

—Se ha molestado porque le he recordado que su padre el rey don Alfonso odiaba al señor de Vizcaya. Don Juan, *el Tuerto*, se granjeó muchas enemistades durante el tiempo que desempeñó la administración de Castilla, en la minoría de edad del rey don Alfonso. Cuentan que el rey don Alfonso le llegó a considerar un peligro para el reino. Por eso decidió matarle —explicó Beltrán a sus cuñados.

—Al rey don Alfonso le tuvo que desagradar que su tío don Juan, *el Tuerto*, renunciara al apellido de Castilla —dijo Pedro, su cuñado.

—Lo que desagradó al rey don Alfonso fue no poder anexionar Vizcaya a Castilla; y como no lo consiguió, intentó aquella disparatada compra del señorío.

—¿Y cómo murió el señor de Vizcaya? —le volvió a preguntar Diego.

—El rey don Alfonso le hizo ir a Toro con engaños. Estando comiendo juntos, mandó que le mataran delante de él. Después levantaron un trono cubierto con paños negros y ordenó que le sentaran en él. Le declaró traidor y le confiscó más de ochenta castillos que tenía en Castilla. Así murió el día de Todos los Santos de 1327.

—¿Cuántos años tenía el rey don Alfonso cuando ordenó la muerte del señor de Vizcaya?

—Dieciséis años.

—Entonces tuvieron que ser sus consejeros los que le hicieron actuar de ese modo —dijo Diego.

—Muchas veces los reyes suelen echar las culpas de sus errores a sus privados —le advirtió con ironía Beltrán.

17

Camino del monasterio, el infante iba dándole vueltas a la posibilidad de iniciar conversaciones con los vizcaínos. Quería lograr la anexión del señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla. «Sería magnífico que pudiera conseguir con los vizcaínos lo que don Fernán hizo con los alaveses. El rey se sentiría orgulloso de mí», pensaba entusiasmado.

—Quiero aprovechar mi estancia aquí para conocer si los vizcaínos desean anexionarse a Castilla ¿En dónde están la señora de Vizcaya y sus hijos? —preguntó el infante a Suárez de Toledo—. Necesito verlos —insistió.

—Deberíais saber que la señora de Vizcaya murió el año pasado. No es prudente que veáis a sus hijas —contestó Suárez de Toledo.

—¿Por qué me aconsejáis que no las vea?

—Sus padres nunca fueron partidarios de la anexión de Vizcaya a Castilla. Sus hijas estarán en contra de esos acuerdos que buscáis.

—El rey hizo la paz con el señor de Vizcaya. Le nombró su alférez mayor. Ahora los dos se encuentran juntos en el cerco de Gibraltar. Sus relaciones son muy buenas. No sé por qué me dais estos consejos.

—Don Juan Núñez de Lara, después de su boda con la señora de Vizcaya, apeló a las armas para reclamar los estados que los señores de Vizcaya tuvieron en Castilla. Él nunca aceptará que el señorío de Vizcaya se anexione a Castilla.

Al infante no le interesaba seguir hablando sobre aquellas viejas desavenencias. Lo que deseaba era conocer a los hijos del señor de Vizcaya y volvió a insistir:

—¿En dónde están los hijos del señor de Vizcaya?

—Don Nuño tiene dos años de edad. Sus hermanas doña Juana y doña Isabel os reprocharán que vuestro padre ordenara matar a su abuelo, a don Juan, *el Tuerto*, el señor de Vizcaya. Las circunstancias no son nada favorables para lograr esa anexión que tanto deseáis —le advirtió Suárez de Toledo, con la intención de quitarle de la cabeza esa idea, y no le dijo dónde se encontraban las hijas del señor de Vizcaya.

—¿Qué pueden reprocharme las hijas del señor de Vizcaya, si doña Juana está comprometida en matrimonio con mi hermano don Tello? —respondió indignado el infante.

—En cualquier caso os aconsejo que no habléis con ellas.

—Tendré en cuenta vuestro consejo. Ahora vamos a cenar —

replicó el infante para zanjar aquella conversación.

El prior del monasterio condujo al infante y a su séquito al refectorio. Allí habían preparado una gran mesa.

—Don Juan de Abendaño y varios vizcaínos desean saludar al infante —anunció un fraile que entró en el refectorio antes de empezar a cenar.

—¿Quiénes son esos vizcaínos? —preguntó el infante.

—Abendaño es el señor de Urquizu, un caballero natural de Vizcaya; pero vive en el señorío de Ayala, en el castillo de Untzueta, sobre el valle de Orozko. Es la persona de confianza de don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya —respondió don Fernán.

«Ahora podré comprobar si es cierto que los vizcaínos no desean anexionarse a Castilla. Esta es la oportunidad que necesitaba para hablar con ellos. Si consigo convencerlos, el rey tendrá que permitir que me ocupe de los negocios del reino», pensaba el infante.

El infante hizo un gesto con su mano al fraile para que los hiciera pasar.

—Señor, estábamos en la villa de Bilbao cuando nos anunciaron que habíais llegado a Abando. Hemos querido venir para presentaros nuestros respetos —le dijo Abendaño.

Los vizcaínos saludaron al infante con una pequeña inclinación desde el centro del refectorio.

Se enfureció el infante al ver que no le besaban la mano. En ese momento recordó que tampoco los vizcaínos que fueron a Quejana le saludaron como él deseaba. Entonces no quiso hacerles ningún reproche. Las dramáticas circunstancias que les llevaron allí, después de la muerte de sus familias, evitó su protesta. Pero en esta ocasión no estaba dispuesto a pasar por alto que le saludaran de esa manera. Se levantó, extendió su mano por encima de la mesa y les dijo:

—¿Los vizcaínos no saludáis como debéis a un infante de Castilla, al primogénito del rey?

Esas palabras del infante crearon un gran desconcierto en el refectorio. Nadie quiso intervenir. Suárez de Toledo se sintió entristecido por aquella reacción descontrolada del infante. «No comprendo cómo actúa de este modo, después de todo lo que le han explicado sobre estos territorios vascos».

—Lamento que interpretéis mal nuestro saludo. Nosotros no somos súbditos del rey de Castilla —contestó Abendaño.

—Quiero que sepáis que he visto al señor de Vizcaya besar las manos del rey en muchas ocasiones. No entiendo vuestra obstinación —replicó el infante.

—Debo advertiros que habréis visto saludar de ese modo a un ricohombre del rey con tenencias en Castilla, no al señor de Vizcaya —precisó Abendaño.

—¿Qué clase de sutilezas son esas? ¿Pretendéis que me ría con vuestras chanzas? —le preguntó el infante.

—Mis manifestaciones no son chanzas ni sutilezas. Trato de mostraros el significado de lo que visteis. Es evidente que nadie os explicó lo que representa el señor de Vizcaya.

—¡Significado! ¿Qué significado tienen esas confusas explicaciones vuestras? —le preguntó malhumorado el infante.

—Mis explicaciones son el reflejo de la propia realidad, salvo que os desagrade reconocerla. Vuestros maestros os debieron enseñar que hubo reyes en Navarra y en Castilla que buscaron la amistad de los señores de Vizcaya; y en agradecimiento a sus alianzas, los señores de Vizcaya recibieron cargos, honores y estados en sus reinos. Por estos motivos, algunos señores de Vizcaya fueron vasallos de los reyes por su condición de ricoshombres, no por su condición de señores de Vizcaya —le dijo enojado Abendaño.

El infante no sabía qué responder a Abendaño. Se dio cuenta de que por ese camino no iba a lograr sus propósitos. Decidió cambiar de actitud. Hizo un gesto, levantando las dos manos, como si quisiera disculparse por cuanto había dicho, y pidió a los vizcaínos que se sentaran con ellos. Pero su obstinación persistía y quiso reanudar aquella conversación con Abendaño.

—¿Por qué no os incorporáis a Castilla?

—No me parece que este sea el mejor momento para plantear esa cuestión.

—Sé que han existido diferencias entre el rey y los vizcaínos. Ahora habría que tratar de superarlas. Podríamos iniciar conversaciones con vosotros como lo hizo don Fernán con los alaveses.

—En el señorío de Vizcaya no hay voluntad de mantener esas conversaciones. Lamento hablaros con tanta franqueza.

—¿A qué es debido que el señorío de Vizcaya no se haya incorporado a Castilla como lo hicieron los otros territorios vascos?

—Nuestras tierras han sido invadidas en muchas ocasiones. Varios reyes tuvieron pretensiones de dominio sobre nuestro territorio. Decían reinar en el señorío. Además, utilizaron el título de los señores de Vizcaya sin haber obtenido el reconocimiento de los vizcaínos.

—Esos han sido casos aislados. No todos los reyes de Castilla actuaron de ese modo.

—No hace muchos años se produjeron graves incidentes con vuestro padre el rey don Alfonso. Ordenó matar a nuestro señor, a don Juan, *el Tuerto*. Intentó comprar el señorío. Empezó a usar el título de señor de Vizcaya. Ocupó el señorío. ¿No os parecen suficientes estos motivos para que los vizcaínos se nieguen a mantener esas conversaciones que sugerís?

Al oír esas palabras, el infante se percató de su fracaso. «Ahora tendré que lograr que esos bastardos de mis hermanos no se enteren de que he estado hablando con los vizcaínos. He de evitar que se lo cuenten al rey», pensó. Luego trató de seguir aquella conversación en un tono más conciliador.

—¿Podríais decirme qué es lo que pensarían los vizcaínos si un hijo del rey de Castilla se casara con la primogénita de los señores de Vizcaya?

—A los vizcaínos nos importa muy poco quién sea nuestro señor. La designación de los señores de Vizcaya se ha hecho siempre respetando los derechos sucesorios de sus descendientes legítimos. Los vizcaínos nunca nos hemos entrometido en las elecciones que han hecho nuestros señores para contraer matrimonio. Además de los señores naturales de estas tierras, han sido señores de Vizcaya dos miembros de vuestra casa de Castilla y en el futuro lo será don Nuño, otro Lara. Los vizcaínos deseamos que se respeten nuestros Fueros, usos y costumbres ancestrales. Porque por encima de los señores de Vizcaya están las leyes que nos hemos dado a nosotros mismos y estamos dispuestos a hacerlas cumplir, sea quien sea nuestro señor —respondió Abendaño, sorprendido por aquella inesperada pregunta que le había formulado el infante.

El infante comenzó a reflexionar sobre las palabras que había pronunciado Abendaño. Su semblante se transformó. «Creí haber fracasado en mis expectativas para anexionar Vizcaya a Castilla. Pero no, no he fracasado. Ahora sé como podré controlar a este territorio y a su indómita gente».

—Creo que estamos aburriendo a las señoras con nuestra conversación. ¿Es posible que no tengamos algo más importante de qué hablar? —dijo el infante, dirigiéndose a los vizcaínos.

Los vizcaínos se echaron a reír.

—Sentimos lo que sucedió en Quejana —dijo Abendaño a don Fernán.

—Sí, fue muy triste. ¿Cómo lo habéis sabido? —le preguntó don Fernán.

—Tuve que asistir al juicio que se celebró en Getxo. Alguien pretendió citaros para declarar en el juicio. Los vizcaínos que

perdieron a sus familias se opusieron a que se os molestara.

Al escuchar las palabras de Abendaño, todos quisieron saber la suerte que habían corrido los bretones.

—¿Qué pasó con los bandidos? —le preguntó Pedro López de Ayala.

—Lo que se suponía que tenía que pasar. Tuvieron una muerte horrible.

—¿Cuál fue la sentencia? ¿Cómo murieron? —insistió Pedro.

—No creo que sea este el lugar más adecuado para contarlo.

—Podéis hablar con libertad —intervino el infante en tono afable.

—Se aplicó la costumbre. Recibieron la peor de las muertes que un hombre puede esperar. No debería contarlo aquí.

—Estáis obligado a hacerlo —afirmó Beltrán de Guevara.

—Delante de las mujeres y de los niños, para escarmiento de todos, desnudaron a los bretones —hizo una pausa Abendaño, miró primero a las señoras y después a las doncellas—. Con la punta de una hoz los castraron y les cortaron el falo. Varios físicos tuvieron que coserlos para contenerles la hemorragia y evitar que se desangraran. Los bandidos pasaron esa noche atados dentro de un cobertizo para que no se helaran. Al día siguiente, la muchedumbre volvió a la campa, frente a la iglesia de Santa María de Getxo, para verlos morir. Los alguaciles los tumbaron en el suelo y les ataron unas cuerdas a las piernas y a los brazos. Amarraron las cuerdas a unas maromas que habían enganchado en los cabezales de cuatro mulas viejas, las arrearon y comenzaron a tirar. Aún con vida, mientras los desmembraban, se podían oír los alaridos de dolor que daban en medio de la campa hasta que les arrancaron las piernas y los brazos del cuerpo. No fue agradable verlos morir de esa manera. Mataron a las mulas y las arrojaron por el acantilado con los cuerpos descuartizados de aquellos extranjeros.

Cuando Abendaño terminó de narrarles lo sucedido con los bandidos, nadie quiso hacer ningún comentario. Todos estaban horrorizados ante la muerte que recibieron aquellos hombres.

«¡Qué salvajes son estos vizcaínos!», pensaron las damas.

El padre prior se puso a rezar en voz alta.

—*Libera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda. Quando caeli movendi sunt et terra. Dum veneris iudicare saeculum per ignem.*

Los frailes se santiguaron.

—Amen —contestaron todos.

18

—*Gabon, jauna*[17] —saludó el patrón de la galera *Virgen Santa María* a don Fernán mientras los vizcaínos se despedían del infante en el porche del monasterio de San Vicente de Abando.

—*Bai eta zuri ere* —respondió don Fernán.

—Hace un rato que hemos arribado. Tenemos la nave atracada en el embarcadero de Abando. Esperamos vuestras órdenes —le dijo el patrón.

—No sé si mañana levantará el tiempo para hacernos a la mar. Temo que siga lloviendo. La noche está muy cerrada —comentó don Fernán.

—¿Por qué no venís mañana a conocer la villa de Bilbao? —sugirió Abendaño al infante.

—Desearía visitar Bilbao —contestó el infante con la intención de complacerle—. Dependerá del tiempo que haga mañana. Si hace bueno pensábamos embarcar.

—Podríamos visitar la villa antes de hacernos a la mar —intervino don Fernán.

• • •

En el monasterio se había reforzado la guardia. Estaba lloviendo. Con el vendaval que se levantó durante la noche, el infante no conseguía conciliar el sueño y se puso a pensar en Aldonza. «Si pudiera entrar en su cámara, la haría mía». Salió de su aposento para pedir a uno de los centinelas que se enterara de si Aldonza dormía sola y se quedó aguardando a la respuesta.

—Está con sus dos hermanas en una alcoba de este mismo corredor, cerca de aquí, señor —le informó el centinela.

El infante vio que sus esperanzas de seducirla esa noche se desvanecían. Él no sospechó que encontraría tantas dificultades en San Vicente de Abando como tuvo en Quejana. Llegó a creer que allí nadie interferiría en sus planes. Pero al no conseguirlo, tuvo que conformarse con las fantasías de hacerla suya. Se la imaginaba entre sus brazos, desnuda, sintiendo los movimientos y la agitación de su cuerpo mientras la amaba. Así estuvo pensando en ella hasta que se quedó dormido al despuntar el alba.

• • •

El día había amanecido despejado. El patrón de la galera hacía los preparativos para zarpar desde la otra margen de la ría. Mientras,

los señores de Ayala, con su familia y sus invitados, embarcaban en una falúa del monasterio y se dirigían aguas arriba. Al bordear Bilbao, pudieron contemplar la muralla con sus almenas y las torres que vigilaban la ría.

Don Juan de Abendaño los recibió en el embarcadero. Atravesaron la muralla por el portal que da a la plaza mayor y llegaron frente a la torre de Zubialdea, donde residían los señores de Vizcaya cuando iban a Bilbao.

—La villa se edificó sobre un recinto con tres calles paralelas. En la cabecera de cada una de ellas podéis ver un portal, como este que acabamos de pasar, por donde se puede salir a la ribera —les explicó Abendaño.

En la plaza de Santiago se quedaron contemplando la nueva iglesia.

—Antes de la fundación de la villa, aquí hubo una ermita jacobea —continuó Abendaño con sus explicaciones—. Después se construyó esta iglesia en honor del Señor Santiago. El templo sigue siendo punto de encuentro y encrucijada de los caminos que los peregrinos utilizan para dirigirse hacia Compostela.

—¿Cuánta gente vive aquí? —le preguntó el infante.

—Alrededor de dos mil personas.

—¿Y cuándo se fundó la villa? —intervino Diego Suárez de Toledo.

—El año 1300. La fundó don Diego López de Haro, el señor de Vizcaya, con el acuerdo de los vizcaínos, y le dio el Fuero de Logroño.

«Si no quieren anexionarse a ningún reino, ¿por qué toman un Fuero de un rey navarro? Estos vizcaínos hacen siempre lo que les conviene», pensó el infante, pero no comentó nada sobre esta cuestión.

—La galera ya está atracada aquí. Deberíamos zarpar cuanto antes para aprovechar el comienzo de la bajamar —dijo el patrón de la *Virgen Santa María* a Pedro López de Ayala, cerca de la torre de Zubialdea.

Al pasar por la plaza mayor recogieron a las niñas, que se habían quedado jugando con el aña Marcelina, se despidieron de Abendaño y embarcaron.

—Largad amarras. Timonel, todo a babor. Listos para largar velas —comenzó Pedro López de Ayala a dar órdenes desde el castillo de popa para zarpar.

Abendaño y los vizcaínos permanecieron en el puerto hasta que la galera viró por el recodo de la ría, que bordea a Bilbao, y la

perdieron de vista.

—El día que el infante don Pedro reine en Castilla tendremos serios problemas —comentó uno de los vizcaínos que había estado con Abendaño la víspera en el monasterio de San Vicente de Abando.

—¿Creéis que no me he dado cuenta de que ha puesto sus ojos en el señorío? —respondió Abendaño.

• • •

En la cubierta de la *Virgen Santa María*, el infante seguía pensando en sus planes para anexionar el señorío de Vizcaya a Castilla.

Don Fernán se sorprendió de ver solo al infante en la regala de la borda y se acercó para hablar con él.

—¿Qué os ha parecido la villa de Bilbao?

—Aquí quien manda es Abendaño y no el señor de Vizcaya.

—No os debe extrañar que Abendaño controle el señorío. Don Juan Núñez de Lara está siempre con vuestro padre. Alguien debe ocuparse de estas tierras durante sus largas ausencias de Vizcaya.

Bordeando la villa, las velas empezaron a flamear. La galera se iba deslizando con la corriente sin ningún control.

—Que los remeros comiencen a bogar —ordenó Pedro al patrón para evitar que la galera zozobrara—. Hay que ganar barlovento. Toda la caña a estribor. Cazad las velas por la amura de babor.

Dando bordadas en zigzag llegaron a la altura de la bocana del río Galindo. Allí enfilaron hacia el puerto. Pedro volvió a ordenar al timonel que metiera la caña a sotavento para que las velas flamearan. Arriaron la mesana y con la mayor en banda, ayudados por la inercia que traía la galera, arribaron a puerto.

—Observo que utilizas más las velas que a tus remeros —dijo el infante a Pedro.

—Se maniobra más rápido con las velas que con los remos. Además, prefiero luchar contra el viento que cansar a los remeros sin necesidad.

Mientras Pedro López de Ayala seguía dando las últimas órdenes a la tripulación para atracar, Leonor, la hija de los Suárez de Toledo, no dejaba de observarle.

Doña Elvira, la señora de Ayala, estaba pendiente de Leonor. Sabía que se había enamorado de su hijo, y como deseaba que prosperara esa relación, se acercó a ella y le dijo:

—¿Verdad que Pedro lo hace todo muy bien?

—Sí, es muy inteligente —respondió ruborizada Leonor.

En Galindo, enseñaron al infante como preparaban la lana para enviarla a Flandes. Don Fernán explicó que los almacenes se habían

quedado pequeños y que proyectaba construir otro nuevo en Burtzeña. El recorrido por las dependencias del puerto resultó breve porque todos estaban impacientes por hacerse a la mar.

El viento era favorable y pronto estuvieron fuera de la bocana de la ría de Bilbao. Desde la cubierta podían contemplar la enorme playa que cubría la costa hasta el acantilado que se alzaba al final del arenal.

—Nos encontramos pasando frente a Getxo —dijo don Fernán a sus invitados.

—Así que fue allí donde ajusticiaron a los bretones —comentó Suárez de Toledo.

Por la tarde, el infante quiso pescar. Echaron los aparejos por la popa. Al cabo de un rato los peces comenzaron a picar.

—¡Mirad, mirad! ¡Están picando! ¡Están picando! —exclamó gritando Aldonza.

—Ahí vienen varios bonitos. ¡Ya tenemos asegurada la cena de esta noche! —exclamó riéndose el infante.

—¿Qué es eso? —preguntó el infante al pasar frente a una isla.

—Es San Juan de Gaztelugatxe. El castillo perteneció a los caballeros de la Orden del Temple. Allí tuvo que refugiarse don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya, cuando vuestro padre el rey don Alfonso ocupó el señorío. Pero sus tropas no lo pudieron tomar. Entonces, vuestro padre se convenció de que nunca lograría someter a los vizcaínos —le explicó Beltrán de Guevara.

El semblante del infante se turbó al escuchar que el rey había fracasado en su intento de dominar a los vizcaínos. Aldonza se dio cuenta y comenzó a bromear con él para distraerle. Le tapó los ojos con sus manos. En ese momento un golpe de mar hizo perder el equilibrio al infante y cayó por la cubierta. Aldonza acudió en su auxilio. Le encontró sin sentido. Se había dado un testarazo contra una jarcia. Le bajaron a su camarote. Allí permanecieron con él hasta que recobró el conocimiento.

—¿Qué me ha sucedido? —preguntó el infante al verse rodeado de tanta gente en su litera.

—Ha sido culpa mía, Pedro. Te tapé los ojos. Una ola golpeó la nave y te caíste —le dijo Aldonza.

—Estoy bien. Os agradezco que os preocupéis por mí. Podéis retiraros. Aldonza me cuidará.

El infante tendió sus manos a Aldonza mientras se incorporaba. La abrazó y se tumbó con ella en la litera. Al sentirla moviéndose sobre él, acarició sus pechos. Ella, entregada a las fantasías, dejó que sus pasiones encontraran la respuesta que tantas veces ensoñó y

su cuerpo se estremeció. Aldonza deseaba que el infante la amase, pero un repentino temor la sobrecogió. «¡Qué horror! Si me deja embarazada me encerrarán en un monasterio para el resto de mis días». Dando muestras de inquietud, se tumbó sobre la litera. El infante intentó tranquilizarla. Recostado sobre ella, la volvió a besar y desabrochó su brial. Aldonza le rozó la mejilla con su cara.

—Pedro, nos van a llamar para cenar. ¡Figúrate si vienen y nos encuentran así! —le susurró al oído.

—Tienes razón. Esta noche te espero aquí.

—¿Cómo voy a salir de mi camarote? Mis hermanas se darán cuenta.

—Si duermen no tendrás ningún problema para venir.

—El camarote de mis padres está pegando al nuestro. Me da miedo que me oigan, Pedro. Además, me verá la guardia que vigila tu puerta.

—De la guardia me ocupo yo.

Al atardecer, encendieron las antorchas y la galera quedó iluminada con una luz tenue, que se podía divisar desde la costa. Poco después anunciaron que la cena estaba servida. El infante y Aldonza se dirigieron al camarote del capitán.

—Me alegra que os encontréis bien, mi señor —dijo don Fernán al infante.

El infante se lo agradeció con un gesto y se puso a hablar con Aldonza. Ella no le prestaba mucha atención, porque estaba reviviendo los momentos que acaban de pasar juntos. Mientras les servían la comida, el infante le dijo:

—Si esta noche vienes a mi camarote te haré la mujer más feliz del mundo. Te amo, Aldonza. Quiero que sepas que te deseo —y le cogió la mano por debajo de la mesa.

—Yo también te amo —y apretó la mano del infante contra su vientre.

—El vigía acaba de avistar Bermeo. Vamos a virar a estribor para entrar en el puerto —irrumpió el patrón en el camarote para informar a Pedro López de Ayala.

—Muy bien, fondead detrás de Izaro. Entre la isla y Bermeo. Mañana atracaremos en el puerto para visitar la villa —le ordenó Pedro.

—Pasaremos la noche frente a Izaro. Allí nadie nos molestará —dijo Pedro, una vez se marchó el patrón.

Leonor, la hija de los Suárez de Toledo, se sentía enamorada de Pedro López de Ayala. Estaba decidida a expresarle sus sentimientos. En la cubierta de la galera, le declaró su amor:

—Pedro, ¿sabes?

—¿Qué?

—¡Te quiero!

—Yo también te quiero, Leonor —le respondió Pedro mientras la miraba—. Me enamoré de ti el día que fuimos a ver los rebaños. Allí me di cuenta de que te amaba. Al caerte del caballo, pensé que habías muerto y lloré. No me avergüenza confesártelo.

El corazón de Leonor parecía estallar de emoción. Sentía tantos deseos de estar a solas con él para manifestarle sus sentimientos que le dirigió una sonrisa llena de ternura.

19

Durante la cena, en uno de los extremos de la mesa, se encontraban los señores Ayala con sus hijas pequeñas. Doña Elvira, la señora de Ayala, observaba a Pedro, a Diego y a Inés. Sabía que sus hijos se habían enamorado y le agradaba la idea de emparentar con los Suárez de Toledo. Sin embargo, le preocupaba su hija Aldonza, porque estaba enamorada del infante. «Es un amor imposible por mucho que se quieran. En cuanto Alburquerque sepa que se aman, hará lo posible para evitar que esa relación continúe». Doña Elvira conocía bien los deseos de Alburquerque de controlar al rey. «Él nunca admitirá que una Ayala sea la reina de Castilla. Perdería toda su influencia en el reino», pensaba.

Después de cenar salieron a la cubierta del castillo de popa. Desde allí contemplaron la silueta de Bermeo, entre la bruma de la mar y las antorchas que iluminaban la villa. Los Ayala con sus hijas pequeñas, los Guevara y los Suárez de Toledo se retiraron a descansar. En aquel ambiente que se respiraba en la cubierta, con la luna llena, el cielo estrellado y el rompiente de las olas en el bajío, resultaba el escenario más propicio para que las doncellas desearan estar a solas con los hombres a los que amaban.

—Mira como tus hermanos no pierden el tiempo. ¿Por qué no vamos a mi camarote? —sugirió el infante a Aldonza.

Aldonza recostó su cabeza sobre el hombro del infante y le besó. El infante la estrechó entre sus brazos y la llevó escaleras abajo hacia su camarote. Allí la volvió a abrazar y la tumbó sobre la litera. Al desabrocharle el corpiño vio que una camisa bordada cubría con holgura sus pechos. «Ahora comprendo por qué se le agitaban tanto al cabalgar». El infante se los besó por encima de la camisa, y como no podía resistir la curiosidad de verlos desnudos los descubrió. Mientras, Aldonza se iba soltando el peinado que sujetaba su cabello.

—¡Qué pechos! —exclamó el infante al verlos y los acarició—. ¡Qué duros los tienes! —volvió a exclamar—. Me vuelven loco tus pechos, Aldonza —y se echó a reír.

—No tiene ninguna gracia que te rías de mí —respondió indignada ella y se abrochó la camisa.

—¡Jamás, jamás me reiría de ti, Aldonza! Me río porque me excita verlos y no comprendo por qué. No entiendo que unos pechos puedan excitar a un hombre. Pero la verdad es que a todos nos pasa lo mismo si son hermosos y de una mujer tan bella. No me he reído

de ti. Me río de mí por la sensación que me produce ver unos pechos desnudos.

El infante volvió a descubrir los pechos de Aldonza. Los acarició y los besó con pasión. Le soltó el resto de los broches de su brial. Luego se lo quitó y lo tiró al suelo. «¡Qué maravilla de mujer! ¡Qué cuerpo tiene! No me extraña que me excitara tanto verla montar en su palafrén». Aldonza se dio cuenta de cómo la miraba, se abrazó a él y le besó con pasión. Los dos estuvieron amándose durante toda la noche hasta que se quedaron dormidos. Pero antes de despuntar el alba, un golpe de mar los despertó.

—¡Ay, Dios mío! ¡Van a descubrir que no estoy en mi litera! —exclamó angustiada Aldonza.

El infante abrió el respiradero de su camarote y miró hacia fuera.

—Aún es temprano, tranquilízate.

—Debo irme —y comenzó a vestirse.

Antes de que Aldonza abandonara el camarote, el infante la abrazó y se acariciaron.

—¡Aldonza, te amo!

—Yo también te amo. Soy muy feliz.

Aldonza recogió su capa del suelo. Se volvió hacia el infante, le besó en la mejilla y se marchó.

Al salir del camarote se encontró con su hermana Inés. Las dos se rieron.

—Has estado con el infante, ¿verdad? —le preguntó Inés.

—Y tú con Diego. ¡No! Vamos a dormir que estoy rendida. Mañana hablaremos —respondió Aldonza.

• • •

Las gaviotas revoloteaban gritando por encima de la galera mientras un grupo de marineros arrojaba los restos de comida por la borda. El infante fue el primero en salir al castillo de popa. Después aparecieron los Suárez de Toledo y sus hijos, los Ayala con las pequeñas y los Guevara. Al cabo de un rato, Inés y Aldonza subieron riéndose a la cubierta.

El infante ansiaba tanto estar a solas con Aldonza que al verla se dirigió hacia ella y la apartó del resto de la gente sin importarle lo que pudieran pensar de aquella reacción suya.

—Esta noche me has hecho muy feliz, Aldonza. Desde que te fuiste no he dejado de pensar en ti. Apenas he podido dormir.

—Me siento muy feliz, Pedro.

—No sé qué va a ser de mí en Sevilla. No podré vivir sin ti, Aldonza.

—No te creo, Pedro. Sé que me olvidarás.

—¡Nunca, nunca te podré olvidar!

—Pronto otra mujer ocupará mi lugar en tu corazón y no te acordarás de mí.

El infante se entristeció al oír esas palabras de Aldonza. Le cogió su mano y le declaró de nuevo su amor:

—No existe en ninguna parte del mundo otra mujer que pueda hacerme tan dichoso, Aldonza.

20

De madrugada, los marineros y los remeros de la *Virgen Santa María* se afanaban con los preparativos para poner la galera rumbo a Bermeo.

Por la mañana arribaron a puerto. La gente del embarcadero observaba las maniobras de ciaboga que hacían para atracar. El infante y su séquito saludaban a los bermeanos desde la cubierta. El señor de Areilza, el preboste[18] de la villa, les dio la bienvenida y los condujo a Santa Eufemia, una iglesia construida junto al puerto en un bellísimo paraje sobre la mar. En su interior escucharon una salve. El infante se interesó por un bajorrelieve bizantino que representaba la crucifixión de Jesús en medio de los ladrones y las santas mujeres a sus pies.

—Debemos ir al castillo —dijo el infante al señor de Areilza, al salir de la iglesia.

Camino de la atalaya, el infante y sus acompañantes se detuvieron para contemplar la villa.

El señor de Areilza les explicó que Bermeo se construyó sobre la falda de una lengüeta costanera que se adentraba en la mar.

—La villa es bastante irregular. Tiene forma de un triángulo. Está rodeada por la muralla, por las rocas escarpadas de la atalaya y la mar. Como podéis ver, las calles se entrecruzan y las que bajan resultan más empinadas. En las cabeceras de las siete calles hay unos portales que dan acceso a la villa a través de la muralla.

En la atalaya, el señor de Areilza seguía con sus explicaciones.

—Ese es el castillo de los señores de Vizcaya. Aquel grandioso templo que podéis ver allí se construyó a principios de esta centuria en honor de Nuestra Señora la Virgen María.

—Debemos ir al castillo —volvió a insistir el infante.

Un gran portón se abrió ante ellos. Atravesaron el puente levadizo entre los viejos muros de piedra y adobe. Cruzaron varias puertas vigiladas por centinelas y llegaron al patio de armas. Desde allí se dirigieron al palacio donde vivía la familia del señor de Vizcaya.

Suárez de Toledo no encontraba la manera de estar a solas con el infante. Poco antes de entrar en el palacio consiguió llamar su atención y le dijo:

—¡Por amor de Dios! No digáis ninguna inconveniencia delante de la familia Núñez de Lara. Podríais crear una situación embarazosa con los vizcaínos.

—¿Por quién me tomáis? ¿Acaso pensáis que no sé lo que debo hacer? —respondió indignado el infante.

—Me enteré de que veníamos a Bermeo al embarcar en Bilbao. Os obstináis en hablar con las hijas del señor de Vizcaya. No habéis escuchado mis consejos —le reprochó muy contrariado Suárez de Toledo.

—No debéis enfadaros. Antes de contaros mis planes debo hablar de ello con el rey —le advirtió el infante.

Se quedó desconcertado Suárez de Toledo por aquella actitud que tuvo el infante con él. Pensó que había perdido su confianza.

—Pediré al rey que nombre camarero mayor del infante a otra persona con más influencia. Ya no atiende a mis consejos. Temo por su suerte si sigue actuando así —dijo Suárez de Toledo a su mujer para desahogarse.

—¿Qué estás diciendo? ¡No te das cuenta de que si hablas así del infante perderás tu posición en la Corte! —exclamó su mujer.

—El rey me confió su educación. Yo debo cumplir con el encargo que recibí. Si el infante no acepta mis consejos informaré al rey para que busque a otra persona.

• • •

En la gran sala del palacio, las hijas del señor de Vizcaya recibieron al infante y a su séquito.

—Me alegra verte, Pedro —le saludó doña Juana de Lara.

—Es un verdadero placer venir a Bermeo. No me advirtieron que fuerais tan bella —respondió el infante y la besó en la mejilla—. Mi hermano Tello está ansioso por conocerte, Juana.

—Yo también deseo conocerle. Estamos comprometidos en matrimonio, pero aún no nos hemos visto —replicó riéndose doña Juana.

—Este es Nuño, nuestro hermano —dijo doña Isabel de Lara al infante.

El infante revolvió el pelo de don Nuño con un gesto de mano que le hizo sobre su cabeza.

Doña Mencía de Guevara, el aña de los hijos del señor de Vizcaya, cogió a don Nuño en brazos para mostrarle a las señoras.

—El niño no está muy sano. Este clima tan húmedo no le sienta bien. Le he dicho mil veces a don Juan que hay que sacarle de aquí para que cambie de aires, pero no me hace caso. El pequeño no ha estado bueno desde que murió su madre. Este clima le va a matar. Un día de estos le cojo y me lo llevo a Tierra de Campos. A ver si allí puede respirar mejor.

—¡Sois una exagerada, doña Mencía! —intervino molesta doña

Isabel por las explicaciones que estaba dando sobre su hermano a aquella gente.

—¿Por qué no dejamos a la gente joven con mis niñas y nosotros nos vamos a tomar el *hamaiketako*? —sugirió doña Mencía al séquito del infante.

Esta ocasión que se le presentaba al infante era la oportunidad que él tanto deseó para hablar a solas con las hijas del señor de Vizcaya. Sin embargo, no podía comprender que se hubiera producido por casualidad y en una esquina de la sala decidió despejar sus sospechas.

—¿Ha sido idea de doña Mencía dejarnos solos? —preguntó el infante a doña Juana y a doña Isabel.

—Don Juan de Abendaño envió un mensaje a su madre para que pudieras hablar con nosotras a solas. Eso es lo que querías. ¿No es así? —le preguntó doña Juana.

—Se lo pedí antes de embarcar en Bilbao, aunque no creí que deseara complacerme.

—¿Por qué no iba a complacerte? ¿De qué quieres hablar con nosotras? —insistió intrigada doña Juana.

—Hablé con Abendaño sobre la posibilidad de que el señorío de Vizcaya se incorpore a Castilla como lo hicieron los otros territorios vascos. Deseaba conocer qué es lo que pensáis vosotras —le contestó el infante.

Doña Juana miró a doña Isabel, sorprendida por aquella inesperada pregunta. No podía imaginarse que el infante hubiera ido hasta Bermeo para conocer como pensaban ellas sobre ese asunto de la incorporación de Vizcaya a Castilla, y dudó qué contestarle. Transcurrieron unos instantes hasta que decidió responderle.

—Nosotras hemos oído decir que varios reyes quisieron invadirnos. Por eso, los vizcaínos nunca han querido incorporarse a Castilla como lo hicieron los otros territorios vascos. Además, esas decisiones se tendrían que tomar en una Junta del señorío.

El infante había tenido suficientes testimonios de cómo se pensaba en Vizcaya sobre la anexión del señorío a la Corona de Castilla. No deseó seguir aquella conversación y oír más reproches de los que ya tuvo antes la oportunidad de escuchar. Su decepción fue tan grande que pretendió regresar a Bilbao ese mismo día.

—Si partís ahora de Bermeo, los vizcaínos lo interpretarán como una descortesía hacia doña Juana, la señora de Vizcaya. Se han preparado varias visitas para que conozcáis esta parte del señorío —informó Suárez de Toledo al infante.

El infante comprendió que no debía marcharse y permaneció allí varios días.

• • •

Una mañana se hicieron a la mar rumbo a Lekeitio. En la bocana del puerto informaron al infante que había pleamar.

—Ahora que está subiendo la marea podríamos surcar las aguas de la ría hasta la torre de Zubieta —dijo el señor de Areilza al infante para que conociera a una de las familias más importante del señorío.

—¿Qué te parece que vayamos a ver a Rodrigo? —pregunto riéndose el infante a Diego López de Ayala.

—A ver si me vuelve a embestir como lo hizo en Quejana durante las justas —le respondió a carcajadas Diego López de Ayala.

—O nos atraviesa con la punta de su espada —añadió bromeando el infante al acordarse de la conversación que mantuvo con Rodrigo sobre lo que solía hacer con sus adversarios en las justas.

El señor de Zubieta y su familia recibieron al infante y a su séquito. Estuvieron comiendo en los jardines de la torre hasta que les anunciaron que comenzaba la bajamar, y partieron de regreso a Bermeo.

• • •

Al día siguiente, el infante embarcó con su séquito en el puerto de Bermeo y se dirigieron rumbo a Bilbao.

21

—Señor, aquí tenéis los compromisos matrimoniales que ordenasteis preparar —dijo uno de los escribanos de Quejana a don Fernán, y le entregó unos pergaminos.

Don Fernán había concertado con don Pedro Suárez de Toledo las bodas de sus hijos. Antes de partir hacia Sevilla decidieron celebrar los compromisos de sus matrimonios en la abadía. Durante la ceremonia, doña Elvira dirigió una sonrisa a Aldonza que se trasformó en una mirada llena de melancolía al comprobar que su hija estaba llorando. Aldonza se sobrepuso y respondió a su madre con un gesto cariñoso.

El infante percibió aquel cruce de miradas y dijo a Aldonza, que se encontraba a su lado:

—No debes estar triste. Sabes que te amo.

Aldonza no quiso responderle. Se sentía abatida porque el infante no le habló de casarse. «Mis hermanos se están prometiendo en matrimonio, y yo aquí sola, mirando como se prometen. Mi amor por el infante es un amor imposible. Tengo que olvidarme de él», pensaba consternada.

• • •

Al día siguiente comenzaron con los preparativos en Quejana para regresar a Sevilla. Aldonza trataba de distraerse ayudando a su padre con el equipaje.

—Hija mía, tu madre y yo nos dimos cuenta de que te habías enamorado del infante. Pensamos que esa relación no sería buena para ti. Ahora debes proteger tus sentimientos. Tienes que olvidarte de él. Si no, vas a ser muy desgraciada y sufrirás mucho, hija mía —dijo don Fernán a Aldonza, mientras ordenaba sus cosas.

Aldonza se echó a llorar.

Don Fernán la estrechó entre sus brazos.

—Verás como todo esto pasará.

—Pero no puedo dejar de pensar en él.

—¡Todo pasará, hija mía, todo pasará!

Don Fernán consiguió tranquilizar a su hija, y se fue a la biblioteca en busca de unos libros.

Aldonza permaneció en los aposentos de su padre. Se asomó por uno de los ventanales para distraerse y vio a su hermano Pedro paseando con el infante cerca del río. Ella no sabía qué hacer. «Si voy a su encuentro pensará que le estoy persiguiendo y si me quedo

aquí creerá que estoy enfadada». Dudó un momento, pero supo tomar una decisión. «Que piense lo que quiera de mí. Lo que yo deseo es estar a su lado», y marchó hacia el río.

—¿En dónde estabas, Aldonza? —le preguntó el infante al verla.

Aldonza caminaba con las manos cogidas por detrás de la espalda. Iba dando pequeños pasos como si quisiera evitar el suelo que tenía que pisar. Se puso a bailar su cuerpo sobre las puntas de los pies delante del infante, y le sonrió.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —le volvió a preguntar el infante.

—Estaba muy ocupada —le respondió riéndose.

El infante no dejaba de mirarla. Le llenaba de tristeza saber que pronto no podría verla. «¡Cómo me hubiera gustado comprometerme en matrimonio con ella! Espero que entienda que no puedo hacer una cosa así sin el consentimiento del rey». El infante pensaba que los asuntos relacionados con la Corona solo debía hablarlos con el rey. Por ese motivo, había decidido no dar ninguna explicación a Aldonza.

Mientras paseaban por la orilla del río, oyeron los cuernos del castillo. Al cabo de un rato vieron un destacamento armado que se aproximaba a galope. El infante se fijó en el pendón que traían y salió al encuentro del destacamento. Los jinetes reconocieron al infante y se detuvieron ante él.

—Señor, venimos para comunicaros que el rey está muy enfermo.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene la peste. Se muere, mi señor. Don Juan Alfonso de Alburquerque os ruega que marchéis hacia Sevilla.

El infante sintió un escalofrío que invadió su cuerpo al recordar el vaticinio del padre Eneko. «Pájaro de mal agüero», pensó. Durante unos instantes tan solo se escucharon el ruido del río y los manotazos que daban los caballos al golpear con sus cascos los tablones del puente levadizo.

Aldonza cogió de la mano al infante y le susurró algo al oído.

El infante la besó en su mejilla.

—Lamento estas noticias que os acaban de comunicar —dijo Pedro López de Ayala al infante.

En el castillo se produjo un gran revuelo con la llegada de aquellos jinetes del rey.

—Hace pocos días estuvo aquí otro destacamento del rey. ¿Qué os trae a vosotros por Quejana? —preguntó Suárez de Toledo a los jinetes.

—Hemos venido para comunicar al infante que el rey se encuentra muy enfermo —respondió uno de los hombres del destacamento—. El señor de Alburquerque desea que partáis hacia Sevilla con el infante don Pedro.

—El rey tiene la peste y se muere —dijo consternado el infante a don Fernán y a Suárez de Toledo—. Se me advirtió que el rey moriría pronto. Esperaba recibir en cualquier momento estas noticias.

Don Fernán no entendía nada de este extraño anuncio que acababa de hacer el infante sobre la muerte de su padre el rey. Pero de pronto comprendió que pudo haber sido el padre Eneko quien le predijo la muerte del rey en el monasterio de San Román de Okondo. «El infante me preguntó si yo tenía los misteriosos poderes del padre Eneko para adivinar las cosas. Me lo dijo cuando les anuncié que los bandidos se encontraban en Quejana», recordó don Fernán, pero no le pareció oportuno interrogar al infante en esas circunstancias, y prefirió callarse.

Sin embargo, Suárez de Toledo estaba tan intrigado por aquel anuncio del infante que deseaba averiguar su significado y le preguntó:

—¿Quién os dijo que el rey iba a morir?

—Debo salir esta misma mañana hacia Sevilla —dijo el infante a don Fernán, pero no quiso responder a Suárez de Toledo.

Pocas horas después, el infante se encontraba en el patio de armas del castillo, dispuesto para partir. Con semblante severo se fue despidiendo de la familia Ayala. Al encontrarse frente a Aldonza, los dos se fundieron en un abrazo. Ella se echó a llorar y el infante se emocionó al ver que no quería soltarle de entre sus brazos.

—Nos veremos pronto, te lo prometo, Aldonza.

El infante caminó unos pasos hacia atrás sin dejar de mirar a Aldonza, montó sobre su corcel y se dirigió trotando hacia la salida del castillo.

22

—El rey se está muriendo —dijeron al infante cuando llegó a Sevilla.

El infante quería acudir al campamento de Gibraltar para estar junto a su padre, pero don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo le hicieron ver que podría correr la misma suerte que el rey, y consiguieron que permaneciera con ellos en la ciudad.

Suárez de Toledo recibió de uno de sus espías la información que había pedido y marchó en busca de don Fernán para contárselo.

—El rey va a sacrificar lo que más ha amado en este mundo.

—No os entiendo —le respondió don Fernán.

—El rey ha investido de su autoridad a Alburquerque. La vida de doña Leonor de Guzmán, la de sus hijos y la de muchos de sus partidarios correrán gran peligro —le explicó preocupado Suárez de Toledo.

—¿Insinuáis que Alburquerque tomará represalias contra ellos?

—No olvidéis que Alburquerque llegó a Castilla en el séquito de la reina doña María cuando vino de Portugal para casarse con el rey don Alfonso.

—Eso no es ningún secreto para nadie. Alburquerque no tramará nada contra doña Leonor y sus hijos. Creo en su buen juicio. No puedo admitir esas suposiciones que hacéis. Alburquerque siempre ha sido leal al rey.

—Y también a la reina.

—¿Queréis decir que Alburquerque tomará represalias contra doña Leonor y sus hijos para complacer a la reina?

—Eso es lo que intentaba deciros. Doña María ha vivido apartada veintiún años de la Corte. Además, ella no es ningún dechado de virtudes. La reina se vengará de doña Leonor por haberla suplantado como reina y como mujer durante tantos años.

—Por el bien de Castilla, espero que no sea cierto lo que decís —afirmó consternado don Fernán.

• • •

En el campamento de Gibraltar sabían que el rey don Alfonso tenía la peste y que iba a morir. Doña Leonor de Guzmán había suplicado muchas veces al rey que levantara el cerco a los moros. Como no lograba persuadirle tuvo que recurrir al señor de Vizcaya y al infante don Fernando de Aragón para que le hicieran ver el peligro que corría si se quedaba allí. Pero los esfuerzos que hicieron fueron

inútiles.

Con la aparición de los vómitos de sangre, el rey comenzó a notar los primeros síntomas de la peste.

Doña Leonor se sintió angustiada por su futuro. «¡Qué terribles venganzas tomará la reina doña María y el infante don Pedro contra mí y mis hijos si muere el rey!», pensaba entre suspiros. Doña Leonor amaba tanto al rey que nunca le quiso inquietar con sus preocupaciones. Era una mujer de extraordinaria belleza, con fama de ser la más hermosa del reino. Había conocido al rey don Alfonso después de enviudar, a los dieciocho años de edad. Se enamoró de él y enseguida nació su primer hijo. Tuvo partidarios en la Corte que desearon anular el matrimonio del rey con la reina doña María de Portugal para que se pudieran casar, pero doña Leonor rechazó esa propuesta. Sabía que el rey de Portugal se sentiría humillado y podría declarar la guerra a Castilla. Durante los años que vivieron juntos ejerció gran influencia en el rey don Alfonso. Le rodeó de una Corte formada por amigos y parientes suyos, y siempre actuó como si fuera la reina de Castilla. Doña Leonor y el rey don Alfonso tuvieron diez hijos. Por estos motivos, la reina doña María y el infante don Pedro odiaban a doña Leonor con todas sus fuerzas.

Durante la agonía del rey, los dos hijos mayores de doña Leonor de Guzmán se dieron cuenta de que su madre estaba asustada, y trataron de tranquilizarla.

—Madre, no debes tener ningún temor. Si nuestro padre muere nadie se atreverá a hacerte ningún daño. Aquí están nuestros parientes. No vamos a permitir que te molesten —le aseguró su hijo el maestre don Fadrique.

—No estoy de acuerdo contigo, Fadrique —le contestó su hermano el conde don Enrique—. He observado que Alburquerque ha dejado de tratar a nuestra madre con el respeto que la tuvo antes de la enfermedad de nuestro padre.

—Temo que Alburquerque esté tramando algo contra ti —dijo el conde don Enrique a su madre.

—No me sorprendería nada que fuera cierto lo que dices, hijo —le respondió angustiada doña Leonor.

—Yo no he visto nada raro en su conducta —comentó el maestre don Fadrique.

—Alburquerque ha estado hablando con los oficiales del rey. Ha ordenado reforzar la vigilancia en el campamento —afirmó el conde don Enrique.

—Será para evitar que los moros nos puedan atacar por sorpresa —insistió el maestre don Fadrique.

—Los moros saben que nuestro padre se está muriendo. Han decidido hacer una tregua por respeto hacia él —replicó el conde don Enrique.

Por la noche encendieron enormes hogueras en el campamento. Todos permanecieron en vela esperando a que muriera el rey. Los físicos aseguraban que no llegaría con vida al día siguiente. Doña Leonor y sus hijos le rodeaban en su lecho. Al despuntar el alba del Sábado Santo, el rey tenía dificultad para respirar. Apenas podía hablar. Hizo un esfuerzo y pidió que le incorporaran en su camastro. Se sintió mejor y se tranquilizó. «¡Tantos afanes en mi vida! ¡Para qué tantos afanes si ahora me muero, Dios mío!». Volvieron los vómitos de sangre. Se ahogaba. Su cuerpo se agitaba, tratando de buscar el aire que le faltaba para respirar. Agarró con sus manos temblorosas las mantas con las que se cubría. Hizo un último intento desesperado para no morir; y mientras se quedó mirando a sus hijos, sin fuerzas y sin aire para sobrevivir, expiró en los brazos de doña Leonor de Guzmán.

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey don Pedro! ¡El hijo legítimo y heredero de los reyes don Alfonso y doña María! —gritó emocionado Alburquerque frente al pabellón del rey.

Los caballeros que se encontraban en el campamento vitorearon al nuevo rey.

Doña Leonor tembló de miedo al escuchar aquellos gritos.

—¡Ay, hijos míos! —exclamó—. ¡Qué va a ser ahora de nosotros!

—No te preocupes, madre. No sucederá nada —le respondió don Fadrique.

Mientras tanto, Alburquerque hacía los preparativos para trasladar los restos del rey. Una vez estuvo todo dispuesto, se dirigió al pabellón del rey.

—¿Cómo os habéis atrevido a anunciar la muerte de nuestro padre y aclamáis al infante don Pedro antes de venir a presentarnos vuestras condolencias? —increpó el conde don Enrique a Alburquerque, con una mirada de desprecio.

—Tenía órdenes de proclamar al infante don Pedro en cuanto muriera el rey.

—Dudo de que nuestro padre hubiera aprobado vuestra conducta.

—No podéis dudar de la lealtad con la que he servido siempre al rey —le contestó Alburquerque con voz crispada.

Doña Leonor de Guzmán oyó que discutían cerca del pabellón y salió para comprobar lo que pasaba.

—¿A qué se deben esas voces? ¿Cuándo partimos hacia Sevilla?

—Señora, todo está preparado para iniciar la marcha, pero debo comunicaros que no podéis venir en el cortejo del rey —le respondió Alburquerque.

—¡Qué autoridad tenéis para decidir lo que ha de hacer nuestra madre! —protestó indignado el maestre don Fadrique.

—Cumplo las órdenes de la reina doña María. También el infante me envió instrucciones sobre lo que debía hacer a la muerte del rey —le contestó Alburquerque.

Doña Leonor comprendió que la reina doña María había comenzado a vengarse de ella. Como sabía que Alburquerque controlaba el campamento, hizo un gesto a sus hijos para que la siguieran y entró con ellos en el pabellón del rey.

—Fadrique, ahora no dudarás de que Alburquerque es un traidor —dijo el conde don Enrique a su hermano—. El muy falsario lo tenía todo dispuesto para humillarnos. Lástima de habernos fiado de él. Teníamos que haberle matado en vida de nuestro padre.

—¡Hijos míos, tengo mucho miedo! Presiento que Alburquerque me detendrá. No sé qué hacer —confesó llorando doña Leonor.

—Madre, tranquilízate —intervino don Fadrique—. Debes ir a Medina Sidonia. Allí estarás más segura. La villa está bien fortificada.

—No me parece buena idea que nuestra madre se dirija a Medina Sidonia. El cortejo pasará por allí y tendremos que hacer noche en la villa. Alburquerque podría tramar algo —advirtió el conde don Enrique.

—Fernández Coronel hizo pleito de homenaje[19] a nuestra madre delante del rey. No puede traicionarla. Allí no correrá ningún peligro —insistió don Fadrique.

Mientras doña Leonor y sus hijos seguían hablando, varios hombres de armas entraron en el pabellón y dijeron:

—Nos han ordenado que nos llevemos al rey.

Los moros de la villa de Gibraltar salieron de la muralla para ver pasar el cortejo fúnebre del rey don Alfonso. Allí permanecieron todos quietos sin consentir que ninguno de ellos peleara por el respeto que le tuvieron.

23

Don Alfonso Fernández Coronel estaba esperando en Medina Sidonia al cortejo fúnebre. Al oír los tambores, salió hacia la puerta de la villa. Pensó que el féretro del rey se encontraba a punto de llegar. Muy pronto se dio cuenta de que el fuerte viento que soplaba había traído aquellos redobles de la lejanía, y tuvo que permanecer allí hasta que apareció el cadáver del rey.

—Al rey don Pedro no le gustará que os quedéis aquí. Pensará que vais a tomar partido por doña Leonor de Guzmán y por sus hijos —dijo Alburquerque a Fernández Coronel, al entrar en la villa.

—¿Y qué puedo hacer? Hice pleito de homenaje a doña Leonor.

—Pedidle que os levante el pleito de homenaje si queréis tener el favor del rey.

—¿De qué favor me habláis? —le preguntó desconcertado don Alfonso Fernández Coronel.

—Sé que reivindicáis la villa de Aguilar. Oí decir que os pertenecía por herencia.

—Si me ayudáis a recuperarla os daré a cambio la villa de Burguillo con su castillo —dijo Fernández Coronel a Alburquerque.

—Abandonad esta villa y pediré al rey que os entregue la villa de Aguilar. También le pediré que os haga ricohombre de Castilla y os dé el cargo de copero mayor.

Poco después anunciaron a don Alfonso Fernández Coronel que doña Leonor se acercaba a la villa, y salió a recibirla.

—Señora, os pido que entreguéis el gobierno de Medina Sidonia a quien mejor os parezca y me levantéis el pleito de homenaje que os hice. No deseo permanecer aquí por más tiempo.

Doña Leonor se entristeció al oír las palabras de Fernández Coronel, y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la frustración que sentía.

—¡En verdad, compadre y amigo, no sé quién querrá tener ahora la villa por mí!

—Lo lamento, doña Leonor. Debo ir a Aguilar para hacerme cargo de la villa. Deseo que me levantéis el pleito de homenaje que os hice y dejaré ahora mismo el gobierno de Medina Sidonia.

«¡Ay, Dios mío! ¡Pensar que él buscó con empeño servirme en vida de mi amado Alfonso, y ahora me desampara!», suspiraba doña Leonor, decepcionada por aquella traición.

Doña Leonor entró en Medina Sidonia y levantó el pleito de homenaje a don Alfonso Fernández Coronel. Intentó que alguien

aceptara el gobierno de la villa, pero no lo consiguió por el temor que todos tenían al rey.

Alburquerque aprovechó el desconcierto que se produjo con la llegada de doña Leonor de Guzmán para detener al conde don Enrique y al maestre don Fadrique.

Enseguida se enteró doña Leonor de lo que tramaba Alburquerque. Llamó a su hijo el conde don Enrique, y le dijo:

—Quiero que hables con el señor de Vizcaya. Cuéntale lo que pretende hacer Alburquerque. Hará lo que le pidas si lo haces en mi nombre. Puedes fiarte de él. ¡Vamos, vete ya! Si no vas ahora mismo nos detendrán —insistió angustiada.

El conde don Enrique no necesitaba invocar el nombre de su madre para pedir ayuda al señor de Vizcaya. Estaba prometido en matrimonio con su sobrina doña Juana Manuel y no tenía ninguna dificultad para hablar con él.

—Sabemos que Alburquerque pretende detener a nuestra madre y a todos nosotros. ¿Qué es lo que está sucediendo? —dijo el conde don Enrique al señor de Vizcaya.

—Alburquerque quiere que vuestra madre salga de la villa. Procuraré hacer lo que pueda para garantizar su seguridad —le respondió el señor de Vizcaya.

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Por qué pretenden que nuestra madre salga de su villa? —insistió indignado el conde don Enrique.

—Alburquerque cree que vuestra madre y vuestros parientes se han dado cita aquí para levantarse contra el rey.

—¡Eso es falso! Nosotros jamás haríamos una cosa así. Sabemos que Alburquerque actúa por orden de la reina doña María. Ella quiere vengarse de nuestra madre. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que el rey quisiera a nuestra madre y no a esa portuguesa a la que siempre aborreció?

—Vuestra situación ha cambiado desde la muerte del rey. Os aconsejo que abandonéis la villa cuanto antes para evitar que Alburquerque os prenda.

Después, el conde don Enrique se reunió con su madre, su hermano don Fadrique y sus parientes, y les informó de la conversación que había mantenido con el señor de Vizcaya.

—¡Esto es una provocación! Deberíamos separarnos del servicio del rey —dijeron todos al conocer las pretensiones de Alburquerque.

—Ahora tenemos que pensar en un lugar seguro para doña Leonor —intervino Pérez de Guzmán, uno de sus parientes.

—En mis tierras estaría garantizada su seguridad —aconsejó el señor de Sanlúcar de Barrameda, otro de los parientes de doña Leonor.

—Nuestra madre debe abandonar la villa ahora mismo. Nosotros también partiremos de aquí —dijo el conde don Enrique.

—Yo nunca quise hacer daño a la reina. Si lo hubiera deseado, pude ordenar que le dieran hierbas o quizá una muerte peor, y ahora me lo paga así. ¡Qué ruin es su venganza! —exclamó lamentándose doña Leonor.

Doña Leonor de Guzmán salió hacia Sanlúcar de Barrameda con una pequeña escolta que le permitieron llevar. Al alejarse de Medina Sidonia, un destacamento del rey la detuvo.

—Señora, tenemos órdenes de conduciros a Sevilla —dijo uno de los jinetes.

—¿Órdenes de quién? ¿Quién os ha dado esas órdenes? —preguntó sobresaltada doña Leonor.

—Somos jinetes del rey y cumplimos las órdenes que hemos recibido.

Doña Leonor de Guzmán cerró las cortinillas de la carreta, recostó su cabeza en el asiento y se puso a llorar. Estaba convencida de que la llevaban a la cárcel y que allí iba a morir. Tardó poco tiempo en recuperarse de la impresión que le había producido su detención. Durante el viaje estuvo recordando los años tan felices que pasó junto al rey don Alfonso. «Yo siempre supe que mis sentimientos por Alfonso podrían causarme humillaciones, venganzas y hasta mi propia muerte. Me compensan las penas que tenga que padecer por haberle amado. Pero ¡mis hijos! ¡Qué será de mis hijos si yo muero! Ellos no tienen ninguna culpa de nuestros pecados. Alfonso se reconcilió antes de morir con Nuestro Señor Dios y con la Iglesia. Yo recibo ahora este sufrimiento para purificar mi alma. ¡Ay, mi Señor Dios, protege a mis hijos!», iba pensando camino de Sevilla.

24

El rey don Pedro y su madre la reina doña María esperaban en las afueras de Sevilla a que llegaran los restos mortales de don Alfonso.

—Me acaban de anunciar que traen detenida a doña Leonor de Guzmán. Alburquerque sigue siendo leal a nosotros como lo fue con tu padre. Tienes que tenerle cerca de ti. Él te ayudará a resolver asuntos de los que tú no debes ocuparte —aconsejó la reina doña María a su hijo.

—Sí, muy leal, pero Enrique y Fadrique, con sus parientes, se han separado de mi servicio. Con tus deseos de venganza conseguirás que los partidarios de doña Leonor se levanten contra mí —le respondió el rey.

—Habrás ordenado detener a Juana, la prometida de Enrique.

—Este es el último favor que te concedo, madre —le advirtió el rey mientras cogía el manto y se lo echaba por encima de su hombro.

—Yo no te pido ningún favor para mí. Trato de aconsejarte. Si tienes presa a Juana, Enrique no se atreverá a levantarse contra ti. Tienes que reinar y para reinar debes tomar decisiones. Habla con Alburquerque. Verás como te aconseja que detengas a Juana —replicó molesta la reina doña María por la contestación que le había dado su hijo el rey.

Don Fernán, que se encontraba cerca de ellos, oyó aquella conversación y se aterró. «Tenía razón Suárez de Toledo al advertirme que Alburquerque tomaría represalias contra doña Leonor y sus hijos para complacer a la reina».

Enseguida llegó Alburquerque escoltado por varios hombres armados. Se dirigió hacia el rey, hincó su rodilla ante él, besó sus manos y le dijo:

—Mi rey, mi señor, siento la muerte de vuestro padre. Bien sabéis el afecto que siempre le profesé. Vuestras órdenes han sido cumplidas como deseabais.

—Os estamos agradecidos, don Juan Alfonso —intervino la reina doña María—. El rey don Pedro y yo nunca olvidaremos la lealtad con la que nos habéis servido.

—Señora, ha sido una gran pérdida la muerte del rey, vuestro esposo. Si os sirve de consuelo os diré que el capellán estuvo con él hasta la hora de su muerte.

La reina doña María no quiso hacer ningún comentario sobre lo que le había dicho Alburquerque. Sin embargo, gesticuló de tal

manera con sus manos que nadie supo interpretar aquel ademán, si como expresión de resignación o como demostración de su indiferencia por la muerte del rey.

• • •

En la lejanía, se escucharon los redobles de los tambores del cortejo fúnebre. Uno de los oficiales que iba en la comitiva se adelantó para anunciar al rey que el féretro de su padre estaba a punto de llegar. Muy pronto apareció el carro cubierto de crespones negros y se detuvo frente al rey don Pedro. Dejaron de sonar los tambores y se hizo un gran silencio. Solo se oía el resoplido de las caballerías y el ruido de los pendones que flameaban al viento, hasta que el rey inclinó la cabeza ante el féretro de su padre y se puso a sollozar. «¡Lamento tanto tu muerte, padre!». En ese momento se sintió angustiado. Una profunda tristeza le invadió por no haberse despedido del rey. «Tenía que haber estado junto a ti a la hora de tu muerte, padre», y se revolvió contra don Pedro Suárez de Toledo y don Fernán Pérez de Ayala, que le aconsejaron quedarse en Sevilla. Después recordó la última vez que vio con vida al rey, y eso le tranquilizó. Cuando se sobrepuso de sus tribulaciones, hizo una seña a Alburquerque para que se acercara.

—Debemos partir. Nos estarán esperando.

—Sabréis que el rey quería que se le sepultara en la iglesia de Santa María de Córdoba, junto a su padre el rey don Fernando —le advirtió Alburquerque.

—Ahora está preparada la iglesia Mayor de Sevilla para enterrarle. Habrá otra ocasión para hacer su traslado a Córdoba.

Mientras encendían cien antorchas para iluminar el camino, se reanudaron los redobles de los tambores y el cortejo fúnebre se puso en marcha. Las campanas de las iglesias y de los monasterios de Sevilla tocaban a muerto. Alrededor de la iglesia de Santa María, se habían congregado los sevillanos para ver el féretro del rey. Los prelados del reino recibieron el cadáver en el atrio, y se dirigieron al altar para iniciar los funerales por el eterno descanso de su alma.

Durante gran parte de la ceremonia, el rey don Pedro estuvo pensando en lo que podría suceder en el reino si los partidarios de sus hermanos se levantaban contra él. «No, no creo que se atrevan. Además, ahora los podré controlar. Tampoco don Fernán Pérez de Ayala apoyaría a esos bastardos». Recordó su estancia en Quejana con los Ayala, y pensó en Aldonza. «Tengo que conseguir que Aldonza venga a Sevilla».

Después del funeral se extendió el rumor de que doña Leonor de Guzmán había llegado a Sevilla. El señor de Vizcaya fue informado

de la detención de doña Leonor, y allí mismo, dentro de la iglesia, increpó a Alburquerque.

—¡Cómo habéis detenido a doña Leonor de Guzmán! Recordad que fui garante de su seguridad. Empeñé mi palabra ante ella para que abandonara Medina Sidonia.

—Cumplí las órdenes que me dieron —respondió Alburquerque, contrariado por aquel alboroto que estaba protagonizando el señor de Vizcaya, a pocos pasos de donde se encontraban el rey don Pedro y la reina doña María.

—Señor, acabamos de saber que los alguaciles también han detenido a doña Juana, vuestra sobrina. Se encuentra con doña Leonor de Guzmán en uno de los palacios del alcázar —informaron al señor de Vizcaya delante de Alburquerque.

—¡Que han detenido a mi sobrina doña Juana! ¿Por qué la habéis detenido? —volvió a increpar el señor de Vizcaya a Alburquerque—. ¿Qué es lo que ha hecho para que la detengan? ¡También cumplíais órdenes!

Alburquerque vio que el rey se dirigía hacia la capilla donde iban a enterrar a su padre, dio media vuelta y fue a su encuentro.

—Veo que hay muchos nervios —dijo el rey a Alburquerque.

—El señor de Vizcaya siempre ha estado enamorado de doña Leonor de Guzmán. Es lógico que reaccione de ese modo —comentó la reina doña María con una sonrisa de ironía en sus labios.

—Ordené detener a Juana, a la sobrina del señor de Vizcaya, madre —dijo el rey a la reina doña María.

—Muy bien. Verás como ahora Enrique, ese bastardo, no se levantará contra ti.

Finalizadas las exequias, Alburquerque fue a ver al rey don Pedro en sus aposentos del alcázar.

—Señor, quiero entregaros el testamento que hizo vuestro padre en el campamento de Gibraltar, y este otro documento. Me ordenó que os los diera después de su muerte.

—¿Hay algo que diga mi padre que yo desconozca? —le preguntó el rey mientras abría los pergaminos.

Alburquerque no respondió.

—¿Pensabais que no sabía que mi padre os había otorgado su confianza? ¿Por qué creéis que os envié aquellas cartas desde Quejana? —preguntó el rey a Alburquerque, después de leer los dos documentos.

—Os agradezco la confianza que habéis depositado en mí, señor. Vuestro padre deseaba que pusiera a vuestro servicio mis conocimientos y mi experiencia. Tan solo es una recomendación la

que os hace.

—Ahora me preocupa lo que puedan hacer mis hermanos. Creo que si detenemos al conde don Enrique, estará mejor asegurada la paz en el reino.

—De momento no será necesario. Están presas su madre y su prometida. Ahora deberíais pensar en ordenar los cargos de vuestra casa y los del reino.

—No deseo hacer muchos cambios. Hay que nombrar un nuevo adelantado mayor de la frontera. No quiero que mi hermano don Fadrique siga en ese cargo.

—También deberíais prescindir del señor de Vizcaya. Es muy poderoso. Tiene importantes plazas y demasiados castillos en el reino. No os conviene que permanezca en la Corte, mi señor —le aconsejó Alburquerque.

—Antes de tomar esa decisión hablaré con él. No deseo su enemistad.

—Decidle que vais a nombrar alférez mayor a su hijo.

—¿Qué estáis diciendo? Si su hijo tiene dos años de edad.

—Si nombráis alférez mayor a don Nuño, no podrá molestarse el señor de Vizcaya. Se trataría de sustituir al padre por el hijo.

—¿Cuándo se ha visto que un rey haya nombrado alférez mayor a un niño? ¿Qué precedentes hay en Castilla para que haga una cosa así? —le preguntó el rey, sorprendido por aquella propuesta que le hacía Alburquerque.

—¿Qué importancia tiene que sea un niño? Don Nuño no creará dificultades.

—Pretendéis que se rían del rey en toda Castilla. Además, ¿quién se ocupará de mis mesnadas, si doy ese cargo a un niño?

—No debéis preocuparos. Yo lo haré.

—Hablaré con el señor de Vizcaya. Ahora debo saber qué pretenden mis hermanos. Sé que don Fadrique marchó a las tierras del maestrazgo de Santiago y que el conde don Enrique se ha refugiado en la ciudad de Algeciras con muchas tropas.

—Podéis enviar a alguna persona para que se entere de qué está haciendo vuestro hermano en Algeciras —aconsejó Alburquerque al rey.

—Mandaré a Cañizares. Él me informará si la ciudad ha tomado partido por ese bastardo.

—Ha llegado el señor de Vizcaya y desea veros, señor —anunció Suárez de Toledo al rey.

—Esta es una buena oportunidad para prescindir de él, señor —aconsejó Alburquerque al rey.

El rey pidió a Alburquerque que esperara en su cámara, y se dirigió a la sala del Consejo.

—Lamento la muerte de vuestro padre. Hubiera deseado veros en otras circunstancias —dijo el señor de Vizcaya al rey, y besó sus manos.

—¿Qué os trae por aquí?

—Vengo a interceder por doña Leonor de Guzmán y por doña Juana Manuel, mi sobrina. Os habrán informado de que empeñé mi palabra ante doña Leonor —contestó el señor de Vizcaya al rey, y permaneció en silencio esperando su respuesta.

—No sé de qué me habláis. ¿Y por qué empeñasteis vuestra palabra ante doña Leonor?

—Alburquerque quería detenerla si no salía de Medina Sidonia. Él me pidió que hablara con ella. Garanticé a doña Leonor su seguridad si abandonaba la villa, pero en las proximidades de Medina Sidonia, Alburquerque ordenó detenerla.

—Desconocía esos detalles que me contáis. Doña Leonor y doña Juana se encuentran aquí hasta que sepa qué es lo que pretenden mis hermanos. Ellos se han separado de mi servicio. No puedo tolerar esa actitud de rebeldía que han tomado contra mí —le respondió enfadado el rey.

—Deberíais solucionar las diferencias que tenéis con vuestros hermanos —dijo el señor de Vizcaya al rey.

El rey se le quedó mirando sin decirle nada. «¡Cómo se atreve a hablarme así!». Pero como no quería mostrar su enojo, siguió conversando con él.

—¿Acaso creéis que al rey le agrada lo que está sucediendo? Si tenéis tanto interés en resolver nuestras desavenencias, hablad con ellos. Decidles que si vuelven a mi servicio, los perdono por su rebeldía.

—Os conviene hacer la paz con vuestros hermanos. Ellos cuentan con muchos partidarios en el reino —insistió de nuevo el señor de Vizcaya.

El rey don Pedro estaba convencido de que el señor de Vizcaya era la única persona que podía realizar esa misión con sus hermanos. Por eso trataba de mostrarse afable con él.

—¿Sabéis que conocí a vuestros hijos en Bermeo?

—Sabía que estuvisteis con ellos. El señor de Ayala me lo contó. También me dijo que visitasteis la villa de Bilbao.

—Abendaño me dijo que estabais mucho tiempo fuera de Vizcaya. También vuestras hijas se lamentaban de que os ven poco.

—Desde el momento que vuestro padre me nombró su alférez

mayor procuré estar siempre en la Corte.

—Para que no tengáis que ausentaros con tanta frecuencia de Vizcaya he decidido nombrar alférez mayor a vuestro hijo don Nuño. Así quedáis dispensado de los compromisos que contrajisteis con mi padre.

—¡Señor, mi hijo tan solo tiene dos años de edad! —exclamó sorprendido el señor de Vizcaya.

—Así podréis seguir al mando de mis mesnadas si venís a verme, pero no tendréis la obligación de permanecer en la Corte.

El señor de Vizcaya no podía entender que el rey le quisiera sustituir por su hijo. Sospechó que todo aquello formaba parte de un plan tramado por Alburquerque para controlar el reino, pero como no tenía pruebas para demostrarlo, tuvo que aceptar las explicaciones del rey. Sin embargo, quiso averiguar qué cambios pensaba introducir en la Corte y preguntó al rey:

—¿Vais a sustituir a muchas personas en los cargos del reino?

—Todavía no lo he decidido.

—Si no habéis pensado en nadie para ser vuestro adelantado mayor de Castilla, os rogaría que le dierais ese cargo a Garci Laso de la Vega.

—¿Y por qué tenéis tanto interés en él?

—Es un buen caballero que os servirá con lealtad.

—Lo tendré en cuenta.

No logró averiguar nada más el señor de Vizcaya, porque el rey se despidió de él y marchó a sus aposentos.

Alburquerque esperaba impaciente al rey.

—¿Qué ha dicho el señor de Vizcaya? —le preguntó al verle.

—Le sorprendió que fuera a nombrar alférez mayor a su hijo.

—Ahora deberías pensar en los otros cargos del reino —insistió Alburquerque.

—El señor de Vizcaya me ha pedido que nombre adelantado mayor de Castilla a Laso de la Vega.

—¿Y qué le habéis contestado?

—Creo que atenderé su petición.

A Alburquerque no le gustó nada que Laso de la Vega ocupara ese cargo, y mucho menos que el rey quisiera complacer al señor de Vizcaya.

—Señor, sería una equivocación dar ese cargo a Laso de la Vega. Es un pendenciero y os creará problemas —le advirtió Alburquerque para quitarle esa idea de la cabeza.

—Estáis exagerando, don Juan Alfonso. No entiendo por qué tenéis tan mala opinión de Laso de la Vega —le replicó riéndose el

rey.

25

Lope de Cañizares, el escudero del rey, entró disfrazado en Algeciras y se dio a conocer. La gente de la ciudad le pidió refuerzos para defenderse del conde don Enrique y de los moros, que se preparaban para atacar a la ciudad. Luego se escondió. Esperó a que llegara la noche para emprender su regreso, pero como encontró cerradas las puertas de la ciudad, no tuvo otra alternativa que descolgarse por el adarve del muro de la fortaleza y regresar a Sevilla en un caballo que le facilitaron en las afueras de la ciudad. Extenuado del viaje, se presentó ante el rey para relatarle lo que le dijeron en Algeciras. Antes de marcharse le mostró sus manos tajadas de las cuerdas que utilizó para escapar de la ciudad.

El rey, preocupado por las noticias que le trajo su escudero, reunió a su Consejo y decidió enviar las galeras al mando de Gutierre Fernández de Toledo.

La gente de Algeciras recibió con muestras de júbilo a la flota del rey.

—¡Castilla! ¡Castilla, por el rey don Pedro! —gritaban.

El conde don Enrique se dio cuenta de que el número de hombres que había enviado el rey era muy superior a la gente de armas que él tenía, y salió de la ciudad por una puerta que controlaba.

• • •

Un espía de Alburquerque, que fue en una de las galeras, regresó a Sevilla para contarle lo que sucedió en Algeciras. Con la información que había recibido, Alburquerque fue a ver al rey.

—Gutierre Fernández de Toledo ha conseguido desembarcar. Nuestras tropas controlan Algeciras. Ahora los moros no intentarán tomar la ciudad.

—¿En dónde está el conde don Enrique? —le preguntó el rey.

—Huyó con su gente.

—¡Cómo que huyó! ¿Y dónde se encuentra ahora ese bastardo?

—En el castillo de Morón. El maestre de Alcántara lo acogió allí. Ahora deberíais ofrecer el gobierno de la ciudad de Algeciras a Gutierre Fernández de Toledo. Se lo merece. Además, deseabais recompensarle por la lealtad con la que él y sus hermanos han servido a la Corona.

—Es cierto. Don Pedro Suárez de Toledo y el arzobispo don Vasco siempre han sido leales. Preparad los poderes y las cartas

para que Gutierre Fernández de Toledo tenga el castillo y la ciudad de Algeciras en mi nombre.

Pocos días después llegó a Algeciras un mensajero del rey con las cartas credenciales para Gutierre Fernández de Toledo. «Esto ha tenido que ser idea de Alburquerque. Quiere alejarme de la Corte», pensó y decidió escribir al rey para que le permitiera regresar a Sevilla. El rey atendió su petición. Gutierre Fernández de Toledo volvió a Sevilla y se incorporó al Consejo privado del rey en contra de la voluntad de Alburquerque.

• • •

El rey don Pedro seguía preocupado con las noticias que le llegaban de la rebelión de sus hermanos, y convocó de nuevo a su Consejo.

—Os he reunido para conocer vuestro parecer sobre las conductas del conde don Enrique y del maestre don Fadrique.

—Mi señor, deberíais hacer la paz con vuestros hermanos —le recomendó don Pedro Suárez de Toledo, el camarero mayor.

—Sería conveniente que hicierais la paz con ellos por el bien del reino —intervino Gutierre Fernández de Toledo, el guarda mayor.

—Señor, he servido durante muchos años al rey don Alfonso y a la reina doña María, vuestros padres —empezó afirmando el arzobispo don Vasco—, y mi experiencia me dice que no es bueno que la Corona se vea envuelta en esas disputas familiares. Además, como pastor de la Iglesia, debo recomendaros la reconciliación con vuestros hermanos. Si hacéis la paz con ellos, Nuestro Señor Dios os recompensará y encontraréis la tranquilidad de espíritu que necesitáis para reinar.

—Nadie sabe lo que podría suceder si persisten esas desavenencias con vuestros hermanos, señor —le dijo el repostero mayor Suárez de Toledo, *el Mozo*.

—Es cierto, vuestros hermanos tienen muchos partidarios en el reino —le advirtió don Alfonso Fernández Coronel, el copero mayor.

—¿Qué opináis de lo que se está diciendo aquí, don Juan Alfonso? —interpeló el rey a Alburquerque, al ver que no decía nada.

Alburquerque no estaba de acuerdo con los consejos que habían dado al rey sus privados. No quería hablar delante de ellos, porque no deseaba que nadie conociera sus verdaderas intenciones. Pero como sabía que tenía que responder al rey, le preguntó:

—¿Quién puede garantizarnos que el conde don Enrique y sus hermanos no estén buscando con su actitud la manera de provocar al rey? —se lo preguntó mientras hacía un gesto con sus manos,

mostrando una actitud de falsa resignación.

—Pues bien, he encomendado al señor de Vizcaya que hable con el conde don Enrique. El señor de Vizcaya ha tenido siempre muy buenas relaciones con los hijos de doña Leonor de Guzmán. Espero que él hará lo posible para lograr la reconciliación que tanto deseáis —les anunció el rey.

—¿Y qué garantías tenéis de que no vaya a tramar algo a vuestras espaldas, mi señor? —le preguntó Alburquerque para demostrar su desacuerdo con la misión que había encomendado al señor de Vizcaya.

—No entiendo qué me queréis decir —le respondió sorprendido el rey.

—El señor de Vizcaya siempre ha hecho ostentación de que es nieto del infante don Fernando de la Cerda, el hijo mayor del rey don Alfonso, vuestro tatarabuelo.

—No decís nada que no sepa.

—Trataba de deciros que si se produjera una desgracia y morís, el señor de Vizcaya se alzaría con las pretensiones de sucederos en el reino —insistió Alburquerque.

—El rey está vivo y espera seguir así por mucho tiempo, don Juan Alfonso —le contestó riéndose.

26

Una tarde, el rey paseaba con Alburquerque por los jardines del alcázar de Sevilla. Estaba furioso. Seguía pensando que sus hermanos se levantarían contra él y no dejaba de lamentarse por ello.

—Si mi padre no les hubiera consentido todo lo que se les antojaba, ahora no tendría que ocuparme tanto de ellos —dijo el rey a Alburquerque.

—Vuestros hermanos están acostumbrados a que se les obedezca. Serán una permanente amenaza para el reino —le contestó Alburquerque.

—¿Y qué es lo que pretendéis que haga? ¿Que los destierre del reino? ¿Olvidáis que ellos tienen muchos partidarios?

—Si no reciben un escarmiento sembrarán la discordia. Se levantarán en armas.

—Espero noticias del señor de Vizcaya. No olvidéis que le encomendé una misión.

Alburquerque se dio cuenta de que el rey no tomaría ninguna represalia contra sus hermanos si no le demostraba con hechos el peligro que representaban. Para convencerle, ordenó a sus espías que averiguaran todo lo que pudieran sobre ellos.

Tan pronto como Alburquerque recibió las noticias que esperaba, fue a ver al rey y le dijo:

—El conde don Enrique se encuentra en Marchena, pero ha enviado un destacamento, que espera escondido en un bosque cerca de aquí. Varios de sus hombres, disfrazados de carboneros, han entrado en la ciudad. Pretenden llevarse a vuestro hermano don Fernando con la intención de casarle con la hija del señor de Marchena. Vuestro hermano el conde don Enrique quiere reforzar así las alianzas con sus partidarios.

—¿Y qué creéis que debemos hacer? —le preguntó el rey.

—He ordenado que redoblen la vigilancia. Las puertas de la ciudad están cerradas para que no escapen. Veré qué se puede hacer antes de que los dejemos partir —le respondió Alburquerque.

Al rey le sorprendió el tono que Alburquerque había empleado con él y comenzó a sospechar que algo tramaba, pero no quiso preguntarle qué se proponía hacer con su hermano Fernando. Recordó el consejo que le dio su madre la reina doña María mientras esperaban el féretro de su padre en las afueras de la ciudad, y revivió sus palabras. «Alburquerque te ayudará a resolver

asuntos de los que tú no debes ocuparte».

• • •

Don Fernando, el hermano del rey, llegó a Marchena con los síntomas de encontrarse enfermo. Después de desposarse con doña María Ponce, la hija del señor de Marchena, se dirigió a sus aposentos. Allí volvió a sentirse peor y mandó llamar a su hermano el conde don Enrique y a doña María, su mujer. Cuando acudieron a su lado, le encontraron muerto sobre la cama. «¡Pobre Fernando! Hasta en el día de su muerte se encontraba solo», pensó el conde don Enrique, entristecido por la suerte que había corrido su hermano.

La muerte de don Fernando causó gran sorpresa en Sevilla.

—¡Dios mío, Dios mío, van a matar a todos mis hijos! —se lamentó doña Leonor de Guzmán al conocer la noticia.

Doña Leonor estaba tan asustada que mandó llamar al señor de Vizcaya.

—Lamento la muerte de vuestro hijo, señora —dijo el señor de Vizcaya a doña Leonor de Guzmán, al entrar en sus aposentos.

—Sé que Alburquerque ordenó matarle.

—¡Que Alburquerque ordenó matar a vuestro hijo! —exclamó sorprendido el señor de Vizcaya.

—Alburquerque envió a uno de sus cocineros a la posada de mi hijo para que le envenenara.

—¡Para que le envenenara! ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

—¡Claro que lo sé! Envenenaron a mi hijo. Alburquerque le regaló unos lenguados. Envió a su cocinero para que se los guisara y le envenenó —le explicó doña Leonor con gran turbación.

—No puedo creer que don Juan Alfonso haya podido ordenar una cosa así.

—Que no os extrañe. Uno de los escuderos de mi hijo vio como aquel cocinero estuvo preparando la salsa con la que le envenenó.

—¿Y cómo el escudero no advirtió a vuestro hijo que le iban a envenenar?

—En aquel momento no le extrañó lo que estaba haciendo el cocinero. Utilizó muchos ingredientes para hacer la salsa. No se le pasó por la cabeza que estuviera preparando el veneno para matarle. Más tarde, al saber que Fernando había muerto, sospechó del cocinero.

—Entonces, ¿qué seguridad tenéis de que el cocinero mató a vuestro hijo?

—Los escuderos de Fernando buscaron entre los desperdicios de los últimos días. Encontraron restos de *Amanita phalloides*, las setas

venenosas que el cocinero utilizó para asesinarle.

—¡Es increíble que vuestro hijo haya muerto de ese modo! —exclamó impresionado el señor de Vizcaya.

—Por eso quise veros. Deseaba contaros lo que han hecho con mi hijo Fernando —le dijo llorando doña Leonor.

—¡Tranquilizaos, tranquilizaos! —y el señor de Vizcaya cogió sus manos—. ¿Qué es lo que deseáis que haga?

—Me han informado de que vais a ir a Marchena para hablar con mi hijo Enrique. Desearía que le dijerais que no son estos momentos para separarse del servicio del rey. Por el bien de mis otros hijos, Enrique y Fadrique deben reconciliarse con el rey —le suplicó doña Leonor.

—Espero que en esta ocasión pueda convencer a vuestro hijo sin necesidad de empeñar mi palabra —contestó el señor de Vizcaya al recordar lo que ocurrió con ella en Medina Sidonia.

—No tenéis por qué disculparos. Sé bien que vuestra intención fue garantizar mi seguridad si salía de la villa. No me detuvieron por vuestra culpa. Ese pérfido de Alburquerque fue el culpable. Él nos engañó a los dos, don Juan —respondió doña Leonor, levantando la voz.

—Debéis tener más cuidado. Podrían oíros.

—¡Me importa poco que ese traidor se entere de lo que pienso sobre él! —chilló de nuevo doña Leonor.

—¡Tranquilizaos, tranquilizaos, señora! Todo se arreglará si vuestros hijos regresan junto al rey.

—Dudo de que mi situación cambie, aunque vuelvan mis hijos junto al rey. ¡Lo veréis! ¡Veréis como seguiré aquí, en prisión! —le respondió indignada doña Leonor.

27

—Me preocupa la conducta de Alburquerque. Desde la muerte del rey don Alfonso es otra persona —dijo el señor de Vizcaya a Suárez de Toledo y a don Fernán mientras paseaban por el arenal del río Guadalquivir, entre las atarazanas y la Torre del Oro.

—Alburquerque cuenta con la confianza de la reina doña María. Ahora trata de ganarse el favor del rey —le respondió Suárez de Toledo.

—A mí me preocupa que tome nuevas represalias contra doña Leonor y contra sus hijos para complacer a la reina —intervino don Fernán.

—A eso me refería. Pero ¿no sabéis lo que ha sucedido? —preguntó el señor de Vizcaya a Suárez de Toledo y a don Fernán.

—¿Qué queréis decir? —replicó don Fernán.

—¿No os han informado de que Alburquerque ordenó matar a don Fernando, el hijo de doña Leonor de Guzmán? —volvió a preguntarles el señor de Vizcaya.

—¿De qué estáis hablando? —le respondió sorprendido don Fernán.

—Esta mañana visité a doña Leonor y me contó como murió su hijo don Fernando —les dijo el señor de Vizcaya.

—¿No murió en Marchena? —preguntó extrañado Suárez de Toledo.

—Le envenenaron en Sevilla —respondió el señor de Vizcaya y les relató lo que sabía sobre su muerte.

—Si es cierto lo que decís, resulta intolerable que Alburquerque haya ordenado la muerte de un hijo de doña Leonor. Esto es muy grave. No podemos permitir que siga actuando de este modo. Alburquerque se está aprovechando de la inexperiencia del rey —comentó airado don Fernán.

—Alburquerque ha prestado muchos servicios al rey. Eso facilitará sus pretensiones de controlar el reino —afirmó el señor de Vizcaya.

—¿De qué servicios habláis? ¿Os estaréis refiriendo a las detenciones de doña Leonor y de doña Juana? —le preguntó don Fernán.

—¿A qué otra cosa podía referirme? —le contestó el señor de Vizcaya.

—¿Qué podemos hacer para evitar que Alburquerque logre sus propósitos? —preguntó Suárez de Toledo.

—El rey me ha pedido que hable con sus hermanos. Mañana parto hacia Marchena. Trataré de que regresen a su servicio —les dijo el señor de Vizcaya.

—Haréis bien si habláis con ellos. Podrían correr la misma suerte que su hermano don Fernando. Alburquerque buscará la manera de acabar con ellos si no cambian de actitud —respondió Suárez de Toledo.

—Habrá que apartar a Alburquerque de la influencia del rey —afirmó don Fernán.

—¿Y cómo? —le preguntó Suárez de Toledo.

Don Fernán no quiso responderle.

—Olvidaba deciros que el rey desea ver a Aldonza. Le gustaría que viniera a Sevilla. Me ha pedido que os lo transmitiera, don Fernán —le dijo Suárez de Toledo poco antes de despedirse.

—El rey nos hace un honor interesándose por Aldonza, pero no me parece oportuno que venga a Sevilla en estos momentos. Si insiste en verla, haré lo posible para complacerle, aunque debe saber que respetaré la decisión que ella tome. Estoy seguro de que entenderá lo que os digo —le contestó don Fernán.

28

Al atardecer del día siguiente, los adalides del conde don Enrique avistaron a un destacamento que se aproximaba a Marchena. Se dio la alerta y cerraron las puertas. Los hombres de armas ocuparon sus posiciones en las torres y en la muralla del castillo. Desde el adarve, el conde don Enrique pudo divisar el pendón del señor de Vizcaya entre los pendones de Castilla, que traían los hombres del rey.

—El rey me envía para hablaros —dijo el señor de Vizcaya al conde don Enrique, desde el portón de entrada del castillo.

El conde don Enrique ordenó que franquearan la entrada al señor de Vizcaya. Pero como desconfiaba de los hombres del rey, quiso asegurarse una salida para poder huir en el caso de que le tendieran una trampa.

—¡Poned guardias en una de las puertas del castillo! —dijo a sus hombres de armas y bajó a recibir al señor de Vizcaya.

—Vuestro hermano el rey don Pedro desea que volváis a Sevilla.

—¿Para qué? ¿Para que ordene detenernos como lo ha hecho con nuestra madre y con Juana?

—Entiendo vuestra desconfianza después de la detención de vuestra madre en Medina Sidonia. Lamento lo que sucedió. No fue culpa mía. Alburquerque nos engañó a los dos.

—Me contaron el incidente que tuvisteis con Alburquerque en los funerales del rey. Comprendo que os enfurecierais.

—No supe que la detuvieron hasta que llegó a Sevilla.

—¿Cómo se encuentran mi madre y Juana?

—Vuestra madre tiene mucho miedo de que se repitan sucesos como el de vuestro hermano don Fernando. Me pidió que os dijera que debéis reconciliaros con el rey.

—¿A qué sucesos os referís?

—Veréis —hizo una pausa el señor de Vizcaya al darse cuenta de que el conde don Enrique no conocía la verdadera causa de la muerte de su hermano—. Don Fernando fue envenenado.

—¡Eso es imposible! Fernando murió aquí —respondió sorprendido el conde don Enrique.

—Alburquerque ordenó a uno de sus cocineros que le envenenara. Vuestra madre me lo contó, y es cierto que así sucedió. Envenenaron la salsa de los lenguados que Alburquerque envió con su cocinero a vuestro hermano don Fernando. Por eso murió al llegar aquí.

El conde don Enrique permaneció en silencio con su mirada

perdida y luego dijo:

—De Alburquerque se puede esperar cualquier cosa, lo más bajo, lo más ruin, hasta el asesinato. ¡Es un traidor!

—Ahora os aconsejo que penséis en vuestros hermanos, en vuestra madre y en mi sobrina Juana, vuestra prometida. Pueden correr la misma suerte que don Fernando.

—Si el rey permite que Alburquerque nos persiga, os aseguro que estaremos preparados para luchar.

—¡Estáis anunciando el comienzo de una guerra en Castilla!

—¿Qué es lo que esperáis de mí, después de las noticias que me acabáis de dar?

—Os he contado la verdad de lo sucedido con vuestro hermano, porque era mi obligación hacerlo. Ahora debéis poner fin a vuestras diferencias con el rey. Si no, vuestros problemas afectarán a la paz de Castilla.

—¿De qué diferencias habláis? Esta situación la han creado el rey y su madre la reina doña María.

—Recordaréis que recurristeis a mí y hablamos de ello en Medina Sidonia. Os dije que vuestra situación en la Corte había cambiado desde la muerte de vuestro padre, y ahora —insistió el señor de Vizcaya—, debéis aceptar las cosas tal y como están.

—Nosotros aceptamos que nuestro hermano sea el rey de Castilla. Lo que no vamos a tolerar es que ni él ni doña María tomen represalias contra nuestra madre, contra nosotros y nuestros parientes. Además, ¿qué garantías tengo de que no me detengan si vuelvo a Sevilla?

—El rey desea que volváis a su servicio. Esto es todo lo que os puedo decir.

—¿Y qué pensáis de todo esto? —preguntó el conde don Enrique a don Pedro Ponce de León, el señor de Marchena.

—Hacéis bien al pedir garantías antes de regresar —le respondió.

El conde don Enrique estuvo reflexionando esa noche sobre la conversación que había tenido con el señor de Vizcaya. «Si voy a Sevilla, me tendrá a mí como rehén y dejarán en libertad a mi madre y a Juana», pensó él. Luego decidió escribir a su hermano don Fadrique y a sus partidarios para anunciarles su decisión de volver a la Corte del rey. De madrugada salieron de Marchena varios mensajeros con sus cartas.

El conde don Enrique se dirigió a los aposentos del señor de Vizcaya, entró en su alcoba y le dijo:

—Volveré al servicio del rey, pero tenéis que prometerme que

haréis lo posible para liberar a mi madre y a Juana de la prisión. Si estoy en la Corte no tiene ningún sentido que el rey las mantenga como rehenes.

—Haré lo que pueda para complaceros. Nadie desea, tanto como yo, ver a vuestra madre y a Juana en libertad —respondió el señor de Vizcaya mientras se incorporaba en la cama.

Enseguida hicieron los preparativos para marchar hacia Sevilla.

• • •

Al despuntar el alba, el conde don Enrique y el señor de Vizcaya partieron de Marchena.

En Sevilla se produjo un gran desconcierto con la llegada de la comitiva del conde don Enrique.

—Señor, vuestro hermano el conde don Enrique se encuentra aquí. Acaba de llegar con mucha gente armada —informó Alburquerque al rey.

—Esa es una buena noticia. Nuestros planes están dando los resultados que deseábamos.

—Sospecho que el conde don Enrique ha venido para que dejéis en libertad a las señoras. Debéis desconfiar de él —le advirtió Alburquerque con la intención de enfrentarle con su hermano.

—El conde don Enrique se equivoca si cree que voy a permitir que doña Leonor abandone la prisión. Ahora habrá que pensar qué hacemos con doña Juana —dijo el rey.

Mientras esperaban al conde don Enrique, Alburquerque se puso a pasear por la sala. Se dirigió hacia uno de los ventanales. Allí permaneció en silencio durante un rato. «Esta será la oportunidad que necesitaba para vengarme de ese bastardo».

—Podríais casar a doña Juana con el infante don Fernando de Aragón —dijo Alburquerque al rey.

—Doña Juana sería una buena esposa para mi primo el infante don Fernando —le respondió el rey, complacido por esa idea.

—Tendréis que hablar con don Fernando, el señor de Villena, para que su hermana rompa el compromiso de matrimonio con el conde don Enrique. Pedidle que se lo comunique a doña Leonor de Guzmán.

Suárez de Toledo entró en la sala para anunciar al rey que el conde don Enrique y el señor de Vizcaya habían llegado al alcázar y se dirigían hacia la sala del Consejo.

El conde don Enrique atravesó la sala del Consejo con paso firme. Al llegar frente al rey, clavó su rodilla en el suelo, besó sus manos y le dijo:

—Tenía grandes deseos de venir a Sevilla para veros, mi señor.

—¿Por qué no asististeis a los funerales de nuestro padre? ¿Qué os impidió venir antes?

—Al tener noticias de que detuvieron a mi madre, pensé que se iban a tomar represalias contra nosotros.

—Vuestra madre organizó un alboroto al llegar a Medina Sidonia y se interpretó que se preparaba un levantamiento contra el rey.

—¡Bien sabe Dios que esa no era su intención! Mi madre nunca hubiera hecho tal cosa. Así se lo hice saber al señor de Vizcaya.

El señor de Vizcaya intuyó que el rey se negaría a dejar en libertad a las señoras si el conde don Enrique se lo pedía delante de Alburquerque, y decidió intervenir.

—Señor, el conde don Enrique no ha visto a su madre desde hace tiempo y deseará verla. Solicitamos vuestra autorización para visitarla.

—Podéis verla siempre que lo deseéis —le respondió el rey con una profunda sonrisa.

El conde don Enrique se molestó por la interrupción del señor de Vizcaya. Sin embargo, pensó que habría tenido algún importante motivo para actuar de ese modo y permaneció en silencio hasta que se despidió del rey.

—¿Acaso preferís hablar a solas con el rey para que libere de la prisión a mi madre y a Juana? —preguntó el conde don Enrique al señor de Vizcaya, al salir del alcázar.

—No creo que sea este el momento más adecuado para pedir su libertad. ¿No os fijasteis en la expresión de Alburquerque?

—¡Cómo me iba a fijar en su expresión, si ni siquiera le miré a la cara! —exclamó enfurecido el conde don Enrique.

—Mientras hablabais, Alburquerque se dio cuenta de vuestras intenciones. Sonrió en varias ocasiones. Os había preparado una trampa. Predispuso al rey en vuestra contra. Él sabía que el rey se irritaría si intercedíais por vuestra madre y por Juana. Al interrumpiros, su expresión se transformó. Pude leer en sus labios un rictus que le delató. Es evidente que Alburquerque no desea que os reconciliéis con vuestro hermano.

—¡Me habéis hecho venir a Sevilla para esto! Entonces, ¿qué sentido tiene estar en la Corte si el rey no deja en libertad a mi madre y a Juana? —le preguntó el conde don Enrique con voz severa.

—Debéis tener paciencia. Alburquerque sigue conspirando contra vuestra familia. Quiere complacer a la reina doña María. Ahora podéis ver a vuestra madre, y esto ha tenido que disgustarle

—respondió el señor de Vizcaya.

29

—Ayer vino a verme Fernando, el hermano de Juana. Me dijo que vuestro compromiso de matrimonio quedaba roto. El rey quiere casarla con el infante Fernando. ¿Qué te parece? —preguntó furiosa doña Leonor de Guzmán a su hijo el conde don Enrique—. Esta mañana he sabido que todo esto ha sido idea de Alburquerque.

—¡Maldito traidor! —exclamó el conde don Enrique.

—He pensado que podíais casaros aquí en secreto —le sugirió doña Leonor.

—¿Has hablado con Juana?

—Piensas que he hablado con ella —le contestó riéndose doña Leonor.

—Estoy convencido de que lo has hecho. ¿Qué te ha dicho? —le preguntó el conde don Enrique y también se echó a reír.

—Le dije que deseabas casarte con ella y se emocionó.

—¿Estás segura de que desea casarse en estas circunstancias? ¿No teme a las represalias que pueda tomar el rey si se entera de que nos hemos casado?

—Te he dicho que Juana desea casarse —insistió doña Leonor.

—Quiero verla ahora mismo.

Doña Leonor dio unas palmadas y apareció una de sus doncellas que acompañó al conde don Enrique hasta los aposentos de su prometida.

—Sé por mi madre que el rey te quiere casar con el infante Fernando —dijo el conde don Enrique a doña Juana.

—Pero nosotros no lo vamos a permitir. ¿No, Enrique?

—Yo no he venido a Sevilla para que tú y mi madre estéis prisioneras. Vine para que el rey os dejara en libertad.

—¿Y qué vas a hacer?

—Impediremos que el rey te obligue a casarte con el infante Fernando. ¿No querrás casarte con él? —le preguntó riéndose el conde don Enrique.

—Sabes que no, Enrique.

—Entonces, ¿deseas que nos casemos aquí?

—¡Lo deseo con todo mi corazón! Desde que tu madre me lo dijo, no hago otra cosa que pensar en el día de nuestra boda.

—Después de nuestra boda os sacaré a las dos de esta prisión, porque el rey nunca os dejará en libertad. Y si se entera de que nos hemos casado, querrá vengarse de nosotros.

—¿Y tú qué vas a hacer, Enrique? El rey te prenderá si te quedas

en la ciudad.

—No te preocupes por mí. Yo también abandonaré la ciudad.

El conde don Enrique volvió a los aposentos de su madre. Durante largo rato permanecieron hablando los dos solos.

—Si sospechan que estamos preparando vuestra huida, Alburquerque ordenará que me detengan. Tú y Juana no debéis hacer nada que llame la atención de los guardias —advirtió el conde don Enrique a su madre.

—Tengo mucho miedo. Si salen mal tus planes, nos matarán.

—No te preocupes. Carrillo hará los preparativos. Tú consigue la información que te he pedido. No podemos improvisar ni correr riesgos.

—¿Vendrás mañana?

—Tenemos que seguir actuando como siempre para no levantar sospechas —dijo el conde don Enrique a su madre, y se despidió de ella.

Al atardecer, el conde don Enrique se reunió en su posada con sus privados, el capitán de sus tropas y varios escuderos, y les anunció:

—Debéis saber que Alburquerque está buscando un pretexto para matar a doña Leonor. Lo único que le interesa es satisfacer los deseos de venganza de la reina doña María. Doña Juana también correrá la misma suerte si permanece prisionera del rey. Tenemos que liberarlas. Si no lo logramos, las matarán.

Esas palabras se transformaron en manifestaciones de indignación y los escuderos gritaron enardecidos:

—¡Hay que salvar a las señoras!

—¡Silencio! —chilló Carrillo.

—Lo primero que haremos será controlar la puerta de Carmona para asegurarnos la salida de la ciudad —advirtió el conde don Enrique.

—Nosotros tomaremos la puerta que haga falta —volvieron a intervenir los escuderos.

—Muy bien, pero antes debéis averiguar cuándo hacen los cambios de guardia. Habrá que reducir a los centinelas —dijo el conde don Enrique.

—¿Cuándo rescataremos a las señoras? —preguntó el capitán.

—Mañana comenzaréis a sacar la tropa de Sevilla en pequeños grupos para no llamar la atención —respondió el conde don Enrique, pero no les dio más explicaciones.

• • •

Al día siguiente, el conde don Enrique se dirigió al palacio del

Caracol y encontró a su madre en sus aposentos con doña Juana.

—Enrique, aquí tienes la información que me pediste —le dijo doña Leonor y le entregó un trozo de pergamino doblado.

—El próximo domingo nos casaremos, Juana —le anunció el conde don Enrique.

—¡El domingo! ¡Qué emoción!

—Debéis tener todo preparado para la ceremonia —advirtió el conde don Enrique a su madre y a su prometida.

—Muy bien. El domingo vendrá el capellán —dijo doña Leonor.

—Mucho mejor. Así no tendrás que avisarle. Nadie sospechará por que venga el capellán un domingo. ¿Crees que podremos fiarnos de él? —le preguntó el conde don Enrique.

—Hasta ahora no he tenido motivos para sospechar de él.

—¿Qué sucede? ¿No le conoces bien?

—Le conocí aquí.

—¡Le conociste aquí! —exclamó muy preocupado el conde don Enrique. «A ver si este fraile nos va a delatar y el rey nos prende antes de que podamos salir de la ciudad», pensó él.

El conde don Enrique se acercó a la ventana. Permaneció apoyado en el alféizar durante unos instantes, pensando en el fraile, y preguntó a su madre:

—¿A qué hora suele celebrar la misa el domingo?

—Poco antes del mediodía. Siempre viene a la misma hora.

—Si el fraile viniera por aquí antes del domingo, no le habléis de la boda. Él no debe saber que nos tiene que casar. ¿Has comprendido?

Durante esa tarde, el conde don Enrique se quedó en su posada con Pedro Carrillo y Men Rodríguez de Sanabria. Mientras hacían los preparativos para liberar a las señoras, el conde don Enrique sacó el pergamino que le dio su madre y lo puso sobre la mesa.

—Aquí encontraréis los pasadizos secretos y los subterráneos que hay en el alcázar. Las señoras podrán salir sin que nadie las vea.

—De modo que estas rayas negras son los pasadizos subterráneos —comentó Rodríguez de Sanabria, señalando el pergamino.

—Eso parece —le respondió el conde don Enrique.

—¡Mirad, este subterráneo va desde el palacio del Caracol hasta el portillo de la muralla de la Dar al-Imara! —exclamó Carrillo, apuntando el plano con su daga.

—Hay que inspeccionar ese pasadizo. Seguro que habrán puesto cancelas en el interior para dificultar su acceso —afirmó el conde

don Enrique.

—Conozco a un buen herrero que abre cualquier cerradura —intervino Rodríguez de Sanabria.

—¿En dónde está? —le preguntó Carrillo.

—Muy cerca de aquí. Mandaré que vayan a buscarle —le respondió Rodríguez de Sanabria.

—Ahora tendremos que encontrar el pasadizo que lleve a las señoras desde la muralla de la Dar al-Imara hasta la salida de la ciudad. Tiene que existir un subterráneo —aseguró el conde don Enrique.

—¿Y qué vamos a decir al herrero cuando venga? Sospechará. Nos puede delatar —afirmó Rodríguez de Sanabria.

—Supongo que el herrero tendrá familia —comentó el conde don Enrique en tono amenazante.

Poco después llegó el herrero a la posada. Estaba asustado. Su aspecto era descuidado. Con sus manos manchadas agarraba un enorme delantal, que le caía hasta el suelo.

—Señor, este es el herrero del que os hablé —anunció Rodríguez de Sanabria al conde don Enrique.

—Me aseguran que no hay cerradura que se te resista —dijo bromeando el conde don Enrique al herrero.

—Hago lo que puedo, mi señor.

—Te habrán dicho que precisamos de tus servicios.

—El escudero que me fue a buscar dijo que queríais verme para revisar unas cerraduras.

—Eso es. Tienes que revisar las cancelas de varios pasadizos.

—¡Decís pasadizos, mi señor!

—Hay que revisar las cancelas de varios pasadizos subterráneos —insistió el conde don Enrique.

—¡Pasadizos subterráneos! —volvió a exclamar el herrero —. «¿Para qué querrá entrar el conde en los pasadizos subterráneos?». Moriré en la horca si se entera el alguacil mayor. No puedo entrar en los subterráneos sin su permiso.

—El alguacil no tiene por qué enterarse, a no ser que tú vayas a contárselo —le contestó riéndose el conde don Enrique.

—Mi señor, soy el herrero del alguacil. No puedo hacer lo que me pedís.

Nadie sabía que aquel hombre trabajaba a las órdenes del alguacil mayor. Todos permanecieron en silencio durante unos instantes sin contestarle.

—Es tarde para que te eches atrás. Si no haces lo que te he ordenado no podré dejarte marchar. No saldrás de aquí con vida.

Simularemos que has sufrido un accidente. Nadie sabrá lo que ha pasado contigo —le amenazó el conde don Enrique.

El herrero se aterró.

El conde don Enrique cogió un puñado de monedas de un cofre y se las tiró sobre la mesa.

—Con este oro podrás tranquilizar tu conciencia.

«Si no hago lo que me manda, me matará. Si lo hago y me descubre el alguacil mayor, me colgarán», pensó el herrero. Pero al ver las monedas de oro sobre la mesa, su codicia se despertó y continuó cavilando. «¡Servir al alguacil, a ese miserable que apenas me paga para vivir! Que se joda el muy cabrón. Para una vez que me ofrecen algo que merece la pena, ¿lo voy a perder?», y decidió coger las monedas de oro.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó el herrero mientras se metía las monedas en su faltriquera.

—Entrarás esta noche con don Pedro Carrillo en el pasadizo que va desde la muralla de la Dar al-Imara al palacio del Caracol. Tendrás que abrir las cancelas —le respondió el conde don Enrique.

«¡Maldición! ¡Van a entrar en el palacio del Caracol! ¡Van a liberar a doña Leonor y a doña Juana!», pensó asustado el herrero.

—En ese subterráneo no hay ninguna cancela —les dijo el herrero.

—¿Y cómo se entra en el subterráneo del palacio del Caracol? —le preguntó el conde don Enrique.

—Por una trampilla secreta que hay debajo del portillo de la muralla de la Dar al-Imara.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó Rodríguez de Sanabria.

—Conozco bien los pasadizos del alcázar. Los recorro varias veces al año.

—De todos modos, entraremos esta noche en el subterráneo. Quiero verlo —dijo Carrillo.

—Eso será imposible. El portillo hay que abrirlo desde dentro del alcázar —explicó el herrero.

—Es cierto. No se puede abrir desde fuera —corroboró contrariado Carrillo.

—Entonces, ¿cómo entraréis en el subterráneo? —preguntó el conde don Enrique.

—El herrero tendrá que ir al alcázar. Abrirá el portillo para que Carrillo pueda pasar —le respondió Rodríguez de Sanabria mientras miraba al herrero.

—Yo no puedo entrar en el alcázar si no me llaman. Han puesto

muchos centinelas. Me colgarán si me ven abriendo el portillo.

—Sé que existen varios pasadizos subterráneos que salen del alcázar y llegan hasta la muralla de la ciudad. Hay que encontrar esos pasadizos —insistió el conde don Enrique.

—¿Y cómo sabéis que existen esos pasadizos? —preguntó el herrero al conde don Enrique.

—Vamos, vamos, deja de hacer preguntas —le reprendió Carrillo.

—Era solo curiosidad —contestó balbuciendo el herrero.

—Recuerdo que siendo niño, el cancerbero me llevaba por los subterráneos. Me divertía correr por debajo de las posadas. Mi padre el rey don Alfonso me contó que los moros construyeron muchas galerías subterráneas para poder salir del alcázar sin ser vistos. Ahora comprenderás por qué sé que existen esos pasadizos. He vivido muchos años aquí para desconocer lo que se debe saber de una ciudad como esta —explicó el conde don Enrique al herrero para tranquilizarle.

—Hay un subterráneo que llega desde la ciudad a la muralla. Va desde la Dar al-Imara hasta la puerta de Carmona. Hace tiempo que no lo reviso. Si conseguimos entrar en el subterráneo por la puerta de Carmona, podríamos llegar hasta el palacio del Caracol. ¿Cuándo tenemos que ir? —preguntó el herrero.

—En cuanto anochezca. Ahora tendrás que traer las llaves —ordenó Carrillo al herrero.

—No puedo hacer eso. Nunca voy a por las llaves al atardecer. Si aparezco por el alcázar, el alguacil sospechará de mí y me interrogará.

—¿Y cómo vamos a entrar en los subterráneos? —le pregunto Carrillo.

—Con mis herramientas. Iré a por ellas a mi posada —dijo el herrero.

—Irás a tu posada, pero acompañado y volverás aquí —le respondió Carrillo.

—¿No os fiáis de mí? —preguntó el herrero.

—Venga, venga, date prisa y trae tus herramientas —le apremió Rodríguez de Sanabria.

—Comprobad que las entradas y las salidas de los subterráneos queden bien aseguradas. No vaya a ser que los centinelas os descubran —dijo el conde don Enrique a Carrillo, cuando se marchó el herrero.

Al cabo de un rato volvió el herrero.

El conde don Enrique le miró de arriba abajo.

—¿Dónde están tus herramientas? No las veo.

El herrero soltó un talego por debajo del tabardo, que se había puesto en su posada, y se oyó el ruido de sus aperos al caer en el suelo.

—¿Qué ha sido ese ruido? ¿Qué traes ahí? —volvió a interrogar el conde don Enrique al herrero.

—Son unas palanquetas.

—¿Y para qué necesitas unas palanquetas?

—Para forzar las cerraduras.

—¡Cómo! ¿Pretendes romper las cerraduras?

—Si no las rompo, se darán cuenta de que las he abierto yo. Me colgarán —dijo angustiado el herrero.

—¿Tendrás otra manera de abrir las cerraduras? —le preguntó Carrillo.

—He traído unas ganzúas.

—Pues, andando. Cógelas y vámonos ya, pero deja aquí esas palanquetas —reprendió Carrillo al herrero.

30

Pedro Carrillo y el herrero salieron de la posada del conde don Enrique y se dirigieron por las calles de Sevilla hacia la puerta de Carmona. Iban en silencio, atentos a cualquier extraño que pudiera cruzarse con ellos. El herrero se encontraba nervioso. Sabía que si alguien le veía con Carrillo, el alguacil se enteraría de que estaba ayudando al conde don Enrique y le detendrían. «Si me torturan, me arrancarán la verdad y moriré en la horca. No debí acudir a la llamada del conde». En ese momento sintió tanto pánico que se cubrió la cabeza con la capucha de su tabardo. Cabizbajo, para que nadie le reconociera, siguió caminando.

—¿Por qué te cubres, si no hace ningún frío? —le preguntó riéndose Carrillo.

—No me encuentro bien.

—Acuérdate del oro que te ha dado el conde don Enrique. Verás como te sentirás mejor. ¿No llevarás todo ese oro encima?

—No, no. Lo escondí.

—¿Qué te ha dicho tu mujer al ver tantas monedas juntas?

—Nada, ella no sabe nada. Si la interrogan, no podrá decir nada.

—Verás lo contenta que se va a poner si se entera de que tienes todas esas monedas. Ya estamos en la muralla. Allí está la puerta de Carmona, cerrada a cal y canto. ¡Qué extraño! No veo a ningún centinela —dijo Carrillo.

—No se ven centinelas sobre la puerta —asintió el herrero.

—¡Qué extraño que no haya nadie! —exclamó Carrillo.

—Estarán haciendo la ronda.

—¿Dónde se encuentra la trampilla de entrada? —le preguntó Carrillo.

—En el muro de la puerta. En un vano, detrás de una losa. Los centinelas nos podrán oír si aparecen —respondió el herrero.

—Tendremos que correr ese riesgo. Vete a abrirla. Vigilaré desde aquí.

El herrero se deslizó por la base de la muralla hasta que llegó a la puerta. Allí permaneció un rato apoyado en el muro. Quería comprobar si oía pasar a los centinelas por la ronda. «Parece que por ahí arriba no hay nadie. Aprovecharé para abrir la losa».

Carrillo se esforzaba por saber qué era lo que hacía el herrero. Sus intentos fueron inútiles. La oscuridad de la noche se lo impedía. «Mejor para nosotros. Si aparecen los centinelas, tampoco ellos nos podrán ver».

El herrero introdujo sus manos por un costado de la losa, tiró de ella y la separó del muro. La losa estaba engarzada sobre un bastidor de madera con unos gorrones embutidos en el muro. Por eso pudo dejarla abierta mientras hacía señas a Carrillo para que se acercara. Durante un rato estuvo agitando los brazos para llamar su atención. Como no lo conseguía y no se atrevía a gritarle, le arrojó una piedra.

Carrillo la vio rodar por delante de sus pies. Comprendió que el herrero le estaba llamando. Miró a su alrededor, comprobó si alguien le podía descubrir y decidió ir hacia la puerta. Echó a andar, pero tropezó y cayó al suelo.

—¡Quieeén vaaa! ¡Quieeén vaaa! —se oyó gritar desde la muralla.

—¡Maldición, los centinelas! —exclamó Carrillo.

Carrillo se había caído sobre unas matas y permaneció allí tendido por miedo a que le vieran.

El herrero se quedó paralizado al oír aquellas voces y no sabía qué hacer. «Si echo a correr nos descubrirán. Si sigo aquí pueden bajar y estaré perdido, a no ser que les diga que me han obligado a abrir la trampilla», estaba pensando en el momento que uno de los centinelas comenzó a orinar sobre él por la buhedera de la puerta. «¡Será cerdo! ¡Me está meando encima!», y no tuvo más remedio que quedarse quieto, conteniendo su rabia, para que no le descubrieran.

—Volvamos a dormir que aquí no hay nadie. Habrán sido las ratas —gritó uno de los centinelas de la muralla.

Al oír el herrero los ronquidos de los centinelas, se dispuso a abrir la cancela. Sacó las ganzúas de su talega con mucho cuidado para no meter ruido, las introdujo en la cerradura y la abrió sin ninguna dificultad. Después volvió a lanzar otra piedra para que Carrillo se acercara. «A ver si ahora no se tropieza y despierta a los centinelas».

Carrillo se levantó de entre las matas y se dirigió despacio hacia la puerta. Esta vez trató de adivinar por dónde tenía que ir pisando.

—De pocas nos descubren, don Pedro —le dijo el herrero al verle.

—¿Has abierto la cerradura? —le preguntó Carrillo.

—Ya podemos entrar —le respondió el herrero y tiró de uno de los barrotes de la cancela para abrirla.

Los dos se introdujeron por el vano del muro. El herrero sacó de su talega dos piedras de sílex, las golpeó entre sí sobre una yesca hasta que logró prenderla y encendió una de las antorchas que

encontró en el rellano de la escalera. Cerró la entrada del subterráneo y con la llama de su antorcha encendió la otra que había cogido Carrillo.

—¡Eh, tú, la cancela! ¿Quieres echar la cerradura? —increpó Carrillo al herrero y descendieron hacia el subterráneo.

—¿Qué es ese murmullo que viene de ahí abajo?

—Las ratas. Son las ratas.

—¡Qué asco! —exclamó Carrillo y tuvo que utilizar su antorcha para abrirse paso—. Esto está lleno de telarañas. ¡Qué asco! —volvió a protestar.

—Nunca se ha utilizado este subterráneo desde que trabajo con el alguacil.

Mientras recorrían el subterráneo, vieron una luz tenue que salía a través de los cimientos de una posada. El herrero trataba de curiosear por las rendijas lo que ocurría en su interior.

—¿Quieres dejar de fisgar? —dijo Carrillo al herrero.

A Carrillo le parecía que nunca se terminaba aquel pasadizo. Sus ropas se habían llenado de polvo y de telarañas. Tenía que ir agitando sus brazos para espantar a los murciélagos que revoloteaban a su alrededor. Empezaba a impacientarse.

—¡La muralla del alcázar! —exclamó el herrero.

Subieron varios peldaños de una escalera que no dejaba de crujir.

—Aquí, encima de nosotros, se encuentra el portillo de la Dar al-Imara y esa es la trampilla del pasadizo que va al palacio del Caracol —le dijo el herrero.

—¡A qué esperas para abrirla! ¡Venga, ábrela ya!

Al herrero le temblaban las manos. Estaba tan nervioso, pensando que le podrían descubrir en cualquier momento, que no acertaba a abrir la cerradura con las ganzúas que había sacado de su talega.

—¡Vamos, vamos! Nadie se va a enterar de que estamos aquí.

El herrero dio varios resoplidos para aplacar sus nervios. Volvió a introducir las ganzúas en la cerradura y consiguió correr los pestillos.

—Ya está —dijo el herrero.

Enseguida se encontraron delante de una escalera de piedra.

—Hemos llegado. Subiendo por aquí podréis entrar en el palacio del Caracol —dijo el herrero a Carrillo.

—¿Dónde está la trampilla?

—Ahí arriba.

—¡Ábrela! —le ordenó Carrillo.

El herrero iba preparando las ganzúas, las introdujo en la cerradura, haciéndolas girar varias veces, y los pestillos quedaron abiertos.

Apagaron las antorchas y levantaron la trampilla con mucho cuidado para comprobar si algún guardia se encontraba cerca de aquel lugar.

—No se ve a nadie. Yo me quedo aquí. Si nos descubren me ahorcarán —dijo aterrado el herrero.

Pedro Carrillo salió del subterráneo y se dirigió al vestíbulo del palacio. Desde el rellano de la escalera pudo ver a dos guardias durmiendo. En el corredor de la planta superior no encontró ninguna vigilancia y decidió inspeccionar los aposentos. Fue abriendo una a una todas las puertas hasta que dio con la alcoba de doña Juana y la vio dormida en compañía de sus doncellas. Después, pasando el recodo del corredor, entró en el alojamiento de doña Leonor de Guzmán y se quedó mirándola mientras dormía. «Pobre señora, de qué os han servido estos años junto al rey para terminar de esta manera». En la cámara contigua encontró a sus doncellas, también dormidas. «¡Qué buena ocasión para liberar a las señoras! Dudo de que tengamos una oportunidad como esta», pero él sabía que debía regresar y volvió al subterráneo.

—¡Qué! ¿Os han descubierto? —le preguntó el herrero y cerró deprisa la trampilla del pasadizo.

—Venga, vámonos y no olvides echar la llave —respondió Carrillo sin darle más explicaciones.

• • •

El camino de vuelta le pareció a Carrillo más corto, quizá porque iba recordando lo que había visto en el palacio del Caracol. Cuando salió del subterráneo marchó a la posada del conde don Enrique. Le encontró levantado, a pesar de que estaba amaneciendo, y le relató lo que sucedió. El conde don Enrique se quedó pensativo.

—Las puertas de los aposentos de las señoras no estaban cerradas con llave y en esa planta del palacio no había guardias —le advirtió Carrillo.

—Eso ya lo sabía.

—Había poca vigilancia en el palacio. Si vamos de noche, no encontraremos ningún problema para liberarlas —insistió Carrillo.

• • •

Esa mañana, el conde don Enrique fue a visitar a su madre. La encontró con doña Juana haciendo los preparativos para la boda.

Doña Leonor cogió de la mano a su hijo, le llevó junto a una

ventana y le dijo:

—He ordenado que preparen una cámara para que podáis consumar el matrimonio.

—Estás en todos los detalles, madre —le respondió riéndose el conde don Enrique.

Para ocultar el regocijo que le producía al conde don Enrique lo que iba a contar a las dos señoras, se pasó la mano por su rostro y les dijo:

—¿Sabéis que Carrillo estuvo aquí?

—Pues no lo entiendo, porque no le vimos —le respondió doña Leonor.

—Estuvo aquí esta madrugada.

—¿Esta madrugada? —preguntaron las señoras.

—Estuvo en vuestras alcobas mientras dormíais —insistió el conde don Enrique, riéndose a carcajadas.

Las señoras se ruborizaron y cuchichearon entre ellas.

—¡Que Carrillo estuvo aquí! ¿Cómo se ha atrevido a entrar en nuestras alcobas? ¡Qué vergüenza que nos viera en la cama! —exclamó doña Leonor.

El conde don Enrique no dejaba de reírse por las cosas que decía su madre.

—Carrillo vino a inspeccionar el palacio para rescataros. A no ser que tú, madre, prefieras quedarte aquí.

—Sí, sí, pero hubiéramos pasado mucho miedo si le vemos entrar en nuestras alcobas en plena noche.

—Mañana nos casaremos, Juana. ¿Qué te parece? —le dijo el conde don Enrique.

—¡Lo deseo con todo mi corazón! —le respondió doña Juana.

—¿Y cuándo nos vais a sacar de aquí? —preguntó doña Leonor a su hijo.

—Muy pronto, muy pronto.

El conde don Enrique no quería que conocieran sus planes para no angustiarlas y se despidió de ellas.

—Tened mucho cuidado. No os confiéis a nadie —advirtió el conde don Enrique a las señoras antes de salir.

Por la tarde, el conde don Enrique se reunió en su posada con Pedro Carrillo y Men Rodríguez de Sanabria y les informó:

—Mañana, al anochecer, tendremos que liberar a las señoras.

—Todo está preparado, señor —respondió Carrillo.

—¿Qué noticias hay de la tropa? —preguntó el conde don Enrique.

—Nuestros hombres están fuera de la ciudad. Salieron

disfrazados de campesinos y de comerciantes en pequeños grupos. Los caballos iban llenos de fardos para que nadie sospechara —le informó Carrillo.

—¿Estará asegurada nuestra salida? —volvió a preguntar el conde don Enrique.

—Al anochecer atacaremos a los centinelas que controlan la puerta de Carmona —respondió Rodríguez de Sanabria.

—¿Cuándo rescataremos a los señores? —preguntó Carrillo.

—Me preocupa el capellán que atiende a mi madre. No sé qué podremos hacer para evitar que nos traicione —dijo el conde don Enrique.

—¿Por qué os ha de traicionar el capellán? —le preguntó Carrillo.

—Mañana me casaré con doña Juana. Él tendrá que oficiar la ceremonia. Temo que se lo diga al rey en cuanto salga del palacio del Caracol.

—¡Que os vais a casar! —exclamaron todos en la sala.

—El rey pretende que doña Juana se case con el infante don Fernando de Aragón. Tengo que impedírselo.

—Si lo hubiéramos sabido antes, habríamos podido hacer algo. Pero ¿qué podemos hacer ahora? —preguntó Rodríguez de Sanabria.

—Quizá os debí anunciar antes que iba a casarme.

—Aún tenemos tiempo de hacer algo. Podemos apresar al capellán —intervino Carrillo.

—Tendrá que ser después de la ceremonia, porque de lo contrario no habrá boda —les dijo riéndose el conde don Enrique.

—Si le apresamos después de vuestra boda, darán la voz de alerta en su monasterio —respondió Rodríguez de Sanabria.

—Entonces habrá que ir al monasterio para que no den la voz de alerta —comentó Pedro Carrillo y también se rio—. Pero ¿cuándo rescataremos a las señoras? —volvió a insistir.

—Pedro, tú deberás estar dentro del palacio del Caracol con el herrero y algunos hombres. Cuando me veas salir del palacio, tendrás que liberar a las señoras. Y tú, Men, esperarás aquí a que regrese. Ten todo preparado para partir —dijo el conde don Enrique a sus privados.

—Señor, debemos saber en qué momento pensáis abandonar el palacio del Caracol. Si permanecemos mucho tiempo dentro, podrían descubrirnos —le advirtió Carrillo.

—Saldré a la puesta del sol, poco antes de vísperas. Como todos los domingos —le respondió el conde don Enrique.

31

El domingo por la mañana, poco antes del mediodía, el conde don Enrique se dirigió al alcázar. Al entrar en el palacio del Caracol, se fijó en los guardias que se encontraban en el vestíbulo. «No han redoblado la vigilancia. Es una buena señal. No sospechan nada». Mientras subía por la escalera, oyó que llegaba el capellán y se quedaba hablando con los guardias del palacio. Aceleró la marcha y entró en los aposentos de su madre.

—Escucha bien lo que te voy a decir. El capellán estará aquí de un momento a otro. Yo le anunciaré que nos tiene que casar. Después de nuestra boda tendrás que retenerle aquí. Invítale a comer. Haz lo que sea, amenázale. En ningún caso debe salir de tus aposentos antes de que yo me haya ido. ¿Has entendido, madre?

—¿Acaso crees que tu madre es tonta?

Poco después apareció una de las doncellas de doña Leonor de Guzmán, y les anunció que el capellán había llegado.

—Que pase, que pase —ordenó doña Leonor.

El conde don Enrique se mostró distante con el capellán, se le quedó mirando a la cara y le dijo:

—Padre, he decidido casarme hoy con doña Juana. De modo que os podéis ir preparando para la ceremonia.

—¡Que os tengo que casar! Eso no puede ser, señor —respondió aterrado el capellán.

—¿Cómo que no podéis casarnos? ¿Os vais a negar? —le preguntó el conde don Enrique en tono amenazante.

El capellán miró a doña Leonor, como si tratara de buscar su complicidad para hacer desistir al conde don Enrique de sus pretensiones, y le informó:

—Señor, no os puedo casar. Deberíais saber que el rey prepara la boda de doña Juana con el infante don Fernando de Aragón.

—Mirad, debéis hacer lo que se os dice. Lo lamento, padre. Tendréis que casarlos —le advirtió doña Leonor de Guzmán y ordenó que avisaran a doña Juana.

El capellán no sabía qué responder. «Allá ellos. Le diré al rey que me obligaron a casarlos». Se dirigió a la pequeña capilla que tenía doña Leonor dentro de sus aposentos y allí mismo se revistió para celebrar la misa.

Doña Juana apareció vestida con un traje blanco. El conde don Enrique la recibió sonriendo.

—Estás preciosa. ¿Cómo te sientes?

—Muy feliz, Enrique.

Se cogieron de la mano y fueron a la capilla. Detrás entraron doña Leonor y las doncellas.

El capellán buscaba la liturgia del matrimonio en su misal.

—Perdonad. Aquí están el sacramento del matrimonio y la misa —se disculpó al verlos allí delante, esperando a que comenzara la ceremonia.

Se santiguó el capellán y empezó a celebrar la eucaristía.

Doña Juana y el conde don Enrique estaban felices. Se habían olvidado por completo de las consecuencias que iban a tener para ellos su boda y se miraban sonriendo.

El capellán se volvió, les preguntó con voz entrecortada si deseaban casarse por el rito de la Santa Madre Iglesia y prosiguió con la ceremonia.

—*Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* Amen.

Doña Leonor de Guzmán no podía estar más satisfecha. Había logrado vengarse de la reina doña María y de Alburquerque, por su traición. «¡El muy ruin! ¡Cómo se arrastraba delante de mí! Y ahora me tiene prisionera para complacer a esa arpía».

Cuando estaba terminando la misa, se oyeron unos golpes en la puerta de los aposentos. Una de las doncellas se apresuró a salir de la capilla para comprobar quién llamaba.

—¡No os esperábamos! —exclamó sorprendida la doncella.

—¿A qué viene tanto misterio?

—Esperad aquí un momento. Avisaré a doña Leonor.

La doncella se tropezó con un reclinatorio al entrar en la capilla, y doña Leonor se volvió.

—¿Quién es?

—Don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya.

—¡Es don Juan! —exclamó doña Leonor.

En la capilla se hizo un profundo silencio.

El conde don Enrique sonrió a doña Juana.

—*Benedicat vos omnipotens Deus* —impartió su bendición el capellán.

—Amen —contestaron todos.

Doña Leonor de Guzmán salió de la capilla en busca del señor de Vizcaya.

—Don Juan, tengo que daros una gran noticia. Vuestra sobrina Juana y mi hijo Enrique se acaban de casar.

El señor de Vizcaya no podía creer lo que estaba escuchando, pero lo primero que hizo fue dirigirse a los novios, los estrechó

entre sus brazos y les dio la enhorabuena.

—Que seáis muy felices. Os lo deseo de todo corazón.

—Gracias, tío Juan. Sabía que lo entenderías. Llevamos mucho tiempo comprometidos y no podíamos permitir que me obligaran a casarme con el infante Fernando —le dijo doña Juana y se fue con el conde don Enrique hacia el comedor.

—¿Cómo no me advertisteis que se iban a casar? —reprochó el señor de Vizcaya a doña Leonor de Guzmán.

—No quise comprometeros.

—Pues lo habéis hecho. Ahora tendremos que anunciárselo al rey —respondió el señor de Vizcaya.

—Sí, sí, deberíamos informar cuanto antes al rey —dijo el capellán, que estaba escuchando aquella conversación.

—Ahora vamos a festejar la boda y después pensaremos lo que conviene hacer —comentó doña Leonor de Guzmán.

—Señora, yo debo marcharme. No puedo quedarme. Me esperan en el monasterio —respondió muy alterado el capellán.

—No os preocupéis, padre. Enviaré a una de mis doncellas a vuestro monasterio para que sepan que almorzaréis con nosotros —le dijo doña Leonor y le condujo del brazo hacia la sala donde iban a comer.

—Supongo que sabréis que el rey tomará represalias por vuestra boda —advirtió el señor de Vizcaya al conde don Enrique.

—Lo sabemos, don Juan. Hemos hecho nuestros planes para impedírselo.

—Espero que así sea por el bien de todos.

—Pensamos huir en cuanto podamos.

—Prefiero no saber más detalles de vuestros planes, pero decidme si deseáis algo de mí.

—Convendría que retuvierais al capellán hasta la puesta del sol. No debe salir de aquí bajo ningún pretexto antes de que toquen a vísperas.

Don Juan Núñez de Lara les habló durante la comida de la vida y de las costumbres en el señorío de Vizcaya.

El capellán, que era de Zeanuri, un pueblo del señorío, conocía bien la historia de su tierra y participó entusiasmado en la conversación.

Antes de terminar de comer, el conde don Enrique y doña Juana hablaron entre ellos y se levantaron de la mesa. Las doncellas que se encontraban en una cámara contigua cuchichearon y rieron al verlos pasar. Una de ellas los acompañó hasta la alcoba que les habían preparado.

El capellán se inquietó al darse cuenta de que se hacía tarde y dijo:

—Deberíamos ir a ver al rey para informarle de la boda.

—No os impacientéis, padre. Iremos a verle. No os preocupéis, que iremos a ver al rey —le respondió el señor de Vizcaya.

—Tiene razón don Juan. Hacedle caso. Tened paciencia —dijo doña Leonor, sonriendo al capellán.

32

Los escuderos del conde don Enrique vigilaban la puerta de Carmona. Cuando vieron a los centinelas jugando a los dados, escalaron la muralla, saltaron desde el parapeto al paso de ronda, se abalanzaron sobre ellos y los degollaron.

—Hemos matado a los centinelas y controlamos la puerta de Carmona —informó a Carrillo uno de los escuderos.

Pedro Carrillo consideró que había llegado el momento de ir hacia el palacio del Caracol y mandó que fueran a por el herrero.

—No se encuentra en su posada. Su mujer no le ha visto en todo el día —dijo a Carrillo el ballestero que fue a buscarle.

—¡Tiene que estar en su posada!

—Su mujer dice que le ha podido llamar el alguacil mayor.

—Ayer le advertí que no se moviera de su posada. Vete ahora mismo a por él y, si es necesario, tráele a rastras —ordenó Carrillo al ballestero.

A Carrillo se le hacía interminable aquella espera. Estaba furioso pensando que no iban a poder rescatar a las señoras por culpa del herrero. De repente le anunciaron que había regresado el ballestero y salió a recibirle.

—¿Dónde está ese hijo de puta? —preguntó enfurecido Carrillo al ver que no estaba el herrero.

—No le encontré en las dependencias del alguacil mayor. Estuve mirando por allí y nada. Pregunté y tampoco. Nadie ha visto al herrero.

—¡El muy hijo de puta! ¡Le voy a matar! —chilló Carrillo—. Vete a por unas palanquetas a su posada. Las necesitaremos para abrir las cerraduras.

Al cabo de un rato se produjo un alboroto en el vestíbulo de la posada del conde don Enrique. Carrillo se asomó por la barandilla de la escalera y vio al ballestero con el herrero.

—Estuve buscando las palanquetas. Como no las encontraba, bajé al sótano y allí estaba escondido —dijo el ballestero a Carrillo.

Carrillo bajo al vestíbulo, se acercó al herrero y le propinó un bofetón que le hizo rodar por el suelo.

—Te advertí que no jugaras conmigo. Te mataré si vuelves a hacer algo que ponga en peligro el rescate de las señoras.

—Tengo mucho miedo de que me descubran. Yo me quedo en la ciudad. Sospecharán de mí. Nadie sabe abrir las cerraduras sin las llaves. El alguacil se dará cuenta de que las he abierto yo —se

lamentaba el herrero.

—Si haces lo que te han ordenado, te permitiré forzar las cerraduras para que no te descubran —le dijo Carrillo.

Marcharon hacia la muralla. Se introdujeron en el subterráneo por la puerta de Carmona. Muy pronto llegaron al palacio del Caracol y se quedaron esperando en el sótano. Mientras, uno de los ballesteros se adelantó hasta el rellano de la escalera para vigilar el vestíbulo.

—Hay dos guardias en la puerta de entrada —informó el ballestero a Carrillo.

—Aún es temprano. Debemos esperar a la puesta del sol. Aquí estaremos seguros. Que uno de vosotros se quede vigilando. Tenemos que saber lo que sucede en el vestíbulo. Traed al herrero. Que esté aquí con nosotros. Si no quiere venir, sacadle a empujones. No quiero perderle de vista —dijo Carrillo a sus hombres.

—¡Eh, tú, hijo puta! ¡Ven aquí! —gritó el ballestero al herrero y echó a correr tras él por el subterráneo. Le dio varios golpes y le llevó ante Pedro Carrillo.

—Pretendía escapar.

—Que le aten. Que no pueda chillar —ordenó Carrillo a los ballesteros.

—Te vas a acordar el resto de tu vida de lo que has intentado hacer, si antes no te he matado —dijo Carrillo al herrero.

• • •

En el interior del palacio del Caracol se hacían los preparativos para liberar a las señoras.

—El conde don Enrique os espera en el corredor —dijo una doncella a doña Leonor, en voz baja para que nadie la pudiera escuchar.

—Madre, os vamos a sacar ahora mismo de aquí. Vete con las doncellas a tu alcoba y esperar allí. Juana está preparada en sus aposentos —le anunció el conde don Enrique.

—¡Que nos vas a sacar ahora de aquí! ¿Quieres explicarme cómo lo vas a conseguir? —le preguntó sobresaltada doña Leonor.

—Carrillo está en el subterráneo. Vendrá a por vosotras en cualquier momento.

—Pero ¿qué vamos a hacer con el capellán?

—Olvídate de eso. Don Juan se ocupará de él.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿Habéis consumado el matrimonio? Eso es importante para que el rey no obligue a Juana a casarse con Fernando.

—Nadie podrá obligarla a casarse con Fernando.

—¡La sábana, la sábana! La tienen que ver el capellán y don Juan. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Si nos cogen, podrían obligar a Juana a casarse con Fernando. Voy a por la sábana.

—Olvídate de la sábana. Pronto sonarán las campanas anunciando vísperas. Tengo que irme. Los caballos os esperan en la puerta de Carmona. Nos reuniremos en el bosque —dijo el conde don Enrique a su madre, y se marchó.

• • •

El ballestero que vigilaba el vestíbulo desde el rellano de la escalera anunció a Carrillo:

—El conde don Enrique está saliendo del palacio en este momento.

—¡Vamos, vamos, hay que rescatar a las señoras! —dijo Carrillo a sus hombres y comenzaron a subir por las escaleras.

Cuando se disponían a reducir a los guardias, el ballestero que vigilaba levantó el brazo para que se detuvieran.

—¿Qué pasa? —le preguntó Carrillo.

—Han entrado cuatro hombres del rey. Han dicho a los guardias del vestíbulo que tienen órdenes de detener al conde don Enrique. Están preguntando por los aposentos de doña Leonor. Ahora se dirigen hacia arriba.

—¿Cómo ha podido escapar el conde don Enrique? Los hombres del rey se han tenido que cruzar con él —comentó Carrillo.

—No lo sé —respondió el ballestero del rellano.

—Ahora no podremos rescatar a doña Leonor de Guzmán. Los hombres del rey darían la alerta si nos enfrentamos a ellos, pero sí podremos liberar a doña Juana. Los hombres del rey no nos podrán ver. Estarán vigilando la puerta de doña Leonor. ¡Adelante, vamos a rescatar a doña Juana, que para eso estamos aquí! —arengó Carrillo a los cuatro ballesteros que le acompañaban.

Dos de los ballesteros se situaron en el rellano de la escalera, apuntaron con sus armas a los guardias del vestíbulo y les dispararon. Pedro Carrillo se dirigió a los aposentos de doña Juana y la encontró sentada junto a la ventana con sus doncellas.

—¡Vámonos!

Doña Juana y sus doncellas salieron corriendo por la galería hacia el sótano.

—¿En dónde está doña Leonor? —preguntó doña Juana al ver que no se encontraba allí.

—El rey ha ordenado poner guardias en la puerta de sus aposentos. Es todo lo que sabemos. Debemos irnos —respondió Carrillo.

Doña Juana se entristeció al ver que doña Leonor de Guzmán no podía escapar.

—No podemos abandonarla a su suerte. ¿Qué clase de hombres tenéis que no se atreven a liberarla?

—Si lo intentamos, los hombres del rey darán la alerta. Vendrá más gente y moriremos todos. Lo lamento, señora. Debemos salir ahora mismo de aquí —respondió Carrillo y se introdujeron en el subterráneo.

• • •

Men Rodríguez de Sanabria esperaba impaciente al conde don Enrique en su posada. Al verle llegar, salió a recibirle.

—Señor, el rey ha ordenado deteneros. Tenemos que abandonar la ciudad.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible que nos hayan descubierto?

—Un espía de vuestra madre ha venido hace un rato para que lo supierais.

—El señor de Vizcaya y el capellán todavía no han podido ir a ver al rey. Aún no han tocado a vísperas —dijo el conde don Enrique.

Rodríguez de Sanabria no entendía nada de lo que estaba diciendo el conde don Enrique.

—El espía dijo no sé qué de una doncella de doña Leonor. Que si la habían detenido o algo así. El espía estaba asustado. Volvió al alcázar a toda prisa.

«De manera que han detenido a la doncella que fue al monasterio. Entonces, las señoras no habrán podido escapar», pensó el conde don Enrique.

—Debemos partir ahora mismo, señor.

Cuando iban a abandonar la posada, se oyeron voces en la entrada. Un criado les anunció que el alguacil mayor había llegado para prender al conde don Enrique.

—¡Vamos, vamos, por la ventana! ¡Saltemos a los establos! —gritó Rodríguez de Sanabria.

El conde don Enrique y Men Rodríguez de Sanabria se cubrieron la cara con unos rostros de cuero para que nadie los pudiera reconocer y huyeron a galope por las calles de Sevilla. Al pasar por la puerta de Carmona, se unieron a ellos los hombres de armas que controlaban aquel lugar.

—Doña Juana ha salido, pero no ha sido posible liberar a vuestra madre —comunicaron al conde don Enrique, al partir de la ciudad, camino del bosque donde se citaron con las señoras.

«¡Dios mío, Juana ha conseguido escapar!», pensó el conde don

Enrique.

A pesar de la enorme alegría que produjo al conde don Enrique esta noticia, se sintió consternado por la suerte que podía correr su madre. «Ahora se ensañarán con ella».

En el bosque, el conde don Enrique fue al encuentro de su mujer y la abrazó.

—Lo siento, Enrique. Llegaron los hombres del rey y Carrillo no ha podido liberar a tu madre —se lo dijo con enorme tristeza.

—Creí que tú tampoco pudiste huir. Ahora tenemos que partir para evitar que nos persigan —le respondió el conde don Enrique.

33

El rey se enfureció al enterarse de que se había celebrado la boda de su hermano el conde don Enrique con doña Juana. Su primera reacción fue llamar a Alburquerque.

—El conde don Enrique se ha casado sin mi consentimiento. Su madre, desobedeciendo mis órdenes, ha hecho los preparativos para que contrajera matrimonio a escondidas.

—¿Y qué es lo que deseáis hacer? —le preguntó Alburquerque.

—Oír al Consejo.

—No es necesario que convoquéis al Consejo. Perderéis vuestro tiempo. Os aconsejarán prudencia. Hablarán de la paz del reino. Os dirán que no deis importancia a ese matrimonio.

—Entonces, ¿qué es lo que me aconsejáis?

—Que detengáis a vuestro hermano.

—Ya he ordenado que le prendan. También he mandado vigilar los aposentos de doña Leonor —le respondió indignado el rey.

—Si trasladáis a doña Leonor al castillo de Carmona no habrá ningún peligro de que sus partidarios intenten liberarla. Porque eso es lo que ahora os preocupa. ¿No es así? —preguntó Alburquerque al rey.

De pronto se abrió una puerta de la cámara y apareció el alguacil mayor de Sevilla.

—¿Dónde está ese bastardo? —le preguntó el rey.

—¡No le habéis detenido aquí!

—¿Qué estáis diciendo? ¿Se os ha escapado?

—Mi señor, no le encontré en su posada. Revisamos sus dependencias. Allí me dijeron que vino al alcázar —le explicó el alguacil con voz entrecortada.

Mientras estaban hablando, un oficial del alcázar irrumpió en la cámara.

—Señor, doña Juana ha huido. Han matado a los guardias del palacio del Caracol. También han muerto los centinelas de la puerta de Carmona.

—¡Que ha huido doña Juana! De modo que hasta ahora nadie sabía que había huido de la prisión. ¡Y doña Leonor! ¿También ha huido? —le preguntó enfurecido el rey.

—Doña Leonor de Guzmán se encuentra en el palacio del Caracol. La guardia vigila la puerta de sus aposentos.

—¡Qué servidores tengo a mi alrededor que permiten sucesos como estos! —gritó el rey y se puso a caminar, dando voces de un

lado a otro de la cámara—. ¡Que llamen a la reina doña María! ¡Quiero verla ahora mismo!

—¿Qué es lo que sucede? ¡A qué vienen tantas prisas! —dijo la reina doña María al entrar en la cámara del rey.

—Enrique y Juana se han casado y han huido. ¿Qué te parece? Se han escapado ante nuestras narices —respondió enfurecido el rey.

—¡Que han huido! Pero ¿también ha escapado doña Leonor de Guzmán? —preguntó angustiada la reina doña María.

—Doña Leonor de Guzmán sigue presa —respondió el oficial del alcázar.

—¿Cómo ha podido escapar Juana? —preguntó la reina doña María al rey, y se le quedó mirando.

—Tendrás que preguntárselo al alguacil mayor.

—No lo sé, señora. Nadie la vio salir del palacio del Caracol. A la única persona que vieron salir los guardias fue a una doncella de doña Leonor de Guzmán, y la detuvieron.

—¿Y por qué la detuvieron?

—Los guardias la vieron salir con muchas prisas, sospecharon de ella y dieron la voz de alerta. La siguieron hasta el monasterio de San Francisco y allí la detuvieron. Durante el interrogatorio nos enteramos de que el conde don Enrique y doña Juana se habían casado —relató el alguacil.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo ha podido escapar Juana? —volvió a insistir la reina doña María.

—Tiene que haber huido por los subterráneos —afirmó el rey.

—No es posible que haya escapado por los pasadizos. Tendría que haber contado con la ayuda de alguna persona que los conociera bien —respondió el alguacil.

—¿Creéis que nadie ha podido ayudar a doña Juana a escapar? ¿Habéis inspeccionado los subterráneos para estar tan seguro de lo que decís? —le interrogó enfadado el rey.

—Ahora mismo iré con el herrero a inspeccionarlos.

—¡Cómo os atrevéis a asegurar que doña Juana no ha huido por los subterráneos si ni siquiera los habéis examinado! Os recuerdo que los subterráneos son responsabilidad vuestra —le advirtió el rey en tono amenazante.

Suárez de Toledo anunció al rey que el señor de Vizcaya y el capellán de doña Leonor de Guzmán deseaban verle.

—¿A qué viene aquí el señor de Vizcaya con ese capellán? —preguntó extrañada la reina doña María.

—¡Hacedlos pasar! —ordenó enfurecido el rey.

—Espero que habréis tenido algún grave motivo para que los guardias me retuvieran hasta ahora en los aposentos de doña Leonor de Guzmán —dijo el señor de Vizcaya al rey, molesto por el trato que había recibido.

—Habéis conspirado contra el rey. ¿No os parece suficiente motivo?

—¡Visitar a doña Leonor de Guzmán es conspirar contra el rey! —protestó airado el señor de Vizcaya—. ¿Acaso no nos autorizasteis al conde don Enrique y a mí para visitarla?

—Os autoricé a visitar a doña Leonor, no a que organizarais la boda de vuestra sobrina con el conde don Enrique.

—Mi sobrina se comprometió en matrimonio con vuestro hermano ante el rey don Alfonso —le recordó el señor de Vizcaya —. ¿Por qué no se iban a casar si tenían la autorización de vuestro padre el rey?

—Han desobedecido mis órdenes. Se han casado sin mi consentimiento.

—Tal vez exista algún impedimento que desconozcamos para que mi sobrina se hubiera podido casar con vuestro hermano. ¿Es eso lo que queréis decir? —le preguntó con ironía el señor de Vizcaya.

—Advirtieron a doña Leonor de Guzmán que el compromiso de matrimonio de vuestra sobrina con el conde don Enrique quedaba roto. Es mi voluntad que doña Juana se case con el infante don Fernando de Aragón.

—Vuestro padre el rey don Alfonso autorizó ese compromiso de matrimonio. Solo a vuestro hermano y a mi sobrina les correspondía tomar una decisión, y ellos han querido casarse.

—¡Ha sido un matrimonio encubierto!

—¡Encubierto! Si mi sobrina hubiera estado en libertad, tened la seguridad de que no se habría casado en una prisión.

—Ese matrimonio no es válido. Doña Juana debe casarse con el infante don Fernando. Esa es mi voluntad.

—Debéis saber que doña Leonor de Guzmán nos mostró la sábana manchada de sangre donde consumaron el matrimonio —le dijo el señor de Vizcaya, levantando la voz para que todos lo supieran.

—¿Por qué habéis celebrado ese matrimonio sin mi consentimiento? —increpó el rey al capellán, después de saber que habían consumado el matrimonio.

El capellán pensó culpar a doña Leonor de la celebración de ese matrimonio, pero al escuchar las palabras del señor de Vizcaya,

decidió secundar sus argumentos.

—Sabíamos que doña Juana y el conde don Enrique se comprometieron en matrimonio delante de vuestro padre el rey don Alfonso. Por eso los casé, mi señor.

El rey volvió a dirigirse al señor de Vizcaya, y le preguntó:

—¿Y quién ayudó a huir a doña Juana? Porque sabréis que ha huido. ¿O no lo sabíais?

Al señor de Vizcaya no le sorprendió nada que su sobrina hubiera huido, pero como él no tenía por qué saberlo, decidió mostrar su asombro ante aquella noticia.

—¡Que ha huido! Pero ¿cómo ha podido huir con todos esos guardias que habéis puesto en el palacio del Caracol?

—De manera que no lo sabíais. Entonces, ¿qué hacíais allí?

—¡Me ofendéis, señor! Fui a ver a doña Leonor y a mi sobrina como lo vengo haciendo desde que ellas son vuestras prisioneras. Cuando llegué al palacio del Caracol me anunciaron que se habían casado.

—El señor de Vizcaya llegó a los aposentos de doña Leonor de Guzmán después de la boda. Yo fui testigo de la sorpresa que le produjo saber que se habían casado —dijo el capellán al rey.

—¡Silencio! Nadie os ha preguntado vuestra opinión —respondió el rey y comenzó a pasear de un lado a otro de la cámara sin pronunciar una palabra.

Al cabo de un rato apareció el alguacil mayor de Sevilla.

—Las trampillas del subterráneo del palacio del Caracol están abiertas. El herrero ha tenido que ayudar a doña Juana en su huida.

—¿Qué pruebas tenéis para acusar al herrero? —le preguntó el rey.

—Las cerraduras están forzadas, pero las abrieron con ganzúas. El herrero las forzó para que no le descubriéramos. Es la única persona capaz de abrir una cerradura sin las llaves. Él tuvo que ayudarla a huir. Nadie como él conoce los subterráneos.

—¿Dónde está ese herrero?

—En vuestra antecámara.

—Que pase el herrero y que vengan dos ballesteros —dijo el rey a un guardia, que se encontraba junto a él.

El herrero entró aterrado. Iba agarrando con las manos su enorme delantal. Detrás de él aparecieron los ballesteros y se situaron a los lados de la puerta.

—¡Eh, tú! El alguacil mayor dice que abriste las cerraduras. ¿Es eso cierto? —le preguntó el rey.

El herrero se quedó paralizado. «Me ahorcarán», pensó y decidió

hablar para salvar su vida.

—¡Me obligaron, mi señor! El conde don Enrique me amenazó con matarme si no abría los pasadizos.

—¿De qué pasadizos hablas?

—Me obligaron a abrir el subterráneo del palacio del Caracol y el subterráneo de la puerta de Carmona. Quise escapar para avisar al alguacil mayor. ¡Me obligaron, mi señor! ¡Me obligaron!

—¡Lo veis! —gritó el rey—. El alguacil mayor de Sevilla ha ido a inspeccionar el subterráneo del palacio del Caracol y no se ha enterado de que doña Juana y el conde don Enrique han escapado por la puerta de Carmona. Tampoco ha debido enterarse de que han matado a dos centinelas y a dos de mis guardias. ¿Qué alguacil mayor tiene Sevilla que no sabe lo que pasa en su ciudad?

El alguacil permaneció en silencio sin saber qué responder.

El rey miró al alguacil. Después caminó por la cámara y gritó a los ballesteros:

—¡Matadlos! —y se fue hacia uno de los ventanales.

En la cámara se oyó un murmullo de estupor. Alburquerque se fijó en la expresión de la reina doña María, y la vio como ausente de lo que allí iba a suceder. Los ballesteros se dirigieron hacia el herrero con la intención de matarle.

—¡Piedad, mi señor! ¡No me matéis, que tengo mujer y dos hijos pequeños! ¡No me matéis! —le suplicó el herrero.

Mientras el herrero seguía suplicando, los ballesteros le golpearon con las mazas en la cabeza y cayó de bruces. En el suelo le volvieron a asestar varios golpes hasta que dejó de moverse y comprobaron que había muerto.

Se creó un gran desconcierto en la cámara y la reina doña María se desmayó. El alguacil mayor de Sevilla sabía que iba a morir y aprovechó la confusión que se había creado en la cámara para escapar de sus verdugos.

—¡Matad al alguacil mayor! —chilló el rey a los ballesteros, al darse cuenta de que intentaba huir.

—¡Decís el alguacil mayor! ¿Que matemos al alguacil mayor? —preguntó uno de los ballesteros, porque no podía comprender que el rey hubiera dado esa orden.

—¡Maldita sea! ¡Matadle de una vez! —volvió a gritar el rey.

Uno de los ballesteros levantó su maza para matarle. El alguacil intentó defenderse con su espada, pero otro de los ballesteros fue por detrás, descargó la maza sobre él y le reventó la cabeza.

34

Una mañana del mes de agosto, el rey amaneció con mucha fiebre. Los físicos le estuvieron atendiendo durante varios días hasta que se alarmaron por su estado de salud.

—El rey se muere. No podemos hacer nada más por él. Morirá si no cede la fiebre —le dijeron a Suárez de Toledo.

La noticia de su enfermedad corrió por Sevilla. Los caballeros que se encontraban en la ciudad comenzaron a celebrar reuniones para decidir quién debía reinar si moría el rey.

Alburquerque se enteró de que el señor de Vizcaya estaba recibiendo muchas adhesiones. Para evitar que su candidatura tuviera más partidarios, decidió convocar a los caballeros en la sala del Consejo del alcázar.

—Si el rey muere debe reinar su primo, el infante don Fernando de Aragón. Los hermanos del rey son ilegítimos. Ninguno de ellos puede sucederle —les advirtió Alburquerque.

—El señor de Vizcaya tiene los mismos derechos para reinar que el infante don Fernando —intervino don Alfonso Fernández Coronel, el copero mayor del rey.

—El infante don Fernando de Aragón es nieto del rey don Fernando de Castilla. Además, como es costumbre, su madre la reina doña Leonor fue proclamada heredera de Castilla y León antes de que hubiera nacido su hermano el rey don Alfonso —le respondió Alburquerque, molesto por llevarle la contraria.

—También el señor de Vizcaya desciende de un rey de Castilla. Es nieto del hijo mayor del rey don Alfonso, *el Sabio* —replicó Garci Laso de la Vega, el adelantado mayor de Castilla.

—El rey don Alfonso quería que el infante don Fernando de Aragón reinara en Castilla si su hijo don Pedro moría sin descendencia. Me encomendó que hiciera cumplir su voluntad —volvió a advertir Alburquerque a los caballeros que se encontraban en aquella sala del alcázar.

Los partidarios del señor de Vizcaya sabían que Alburquerque se estaba refiriendo al testamento que el rey don Alfonso hizo en el sitio de Gibraltar. Sin embargo, ellos no querían discutir con Alburquerque esa cuestión porque le consideraban un extranjero, un portugués que llegó a Castilla en el séquito de doña María de Portugal. Una persona poco adecuada para intervenir en el futuro del reino. Por estos motivos, al salir del alcázar, los partidarios del señor de Vizcaya siguieron buscando nuevas adhesiones para su

candidato.

Alburquerque no estaba dispuesto a permitir que el señor de Vizcaya lograra sus aspiraciones y propuso al infante don Fernando de Aragón que se casara con la reina doña María, la viuda del rey don Alfonso. Alburquerque deseaba celebrar este matrimonio para contar con la alianza del rey de Portugal, el padre de la reina doña María. Pero como necesitaba la dispensa del papa para que se pudieran casar, envió una embajada a Aviñón.

Enseguida se supo en Sevilla lo que tramaba Alburquerque y los partidarios del señor de Vizcaya reaccionaron haciendo las mismas gestiones para casar a su candidato con la reina doña María.

El enorme poder que Alburquerque había asumido en la Corte provocó la ira de muchos de los señores y de los caballeros que se encontraban en Sevilla.

—Alburquerque nos considera sus enemigos a los que no estamos de acuerdo con él —decía muy disgustado el señor de Vizcaya a sus partidarios.

• • •

La salud del rey comenzó a mejorar. Los físicos se sentían muy satisfechos de la evolución de su enfermedad. El rey había empezado a comer con regularidad y la fiebre estaba cediendo.

El día de San Jacinto, uno de los físicos fue a ver a don Pedro Suárez de Toledo, y le dijo:

—El rey ha amanecido sin fiebre. El rey sanará.

A partir de ese momento cesaron las contiendas que hubo entre los dos bandos para suceder al rey. Aún convaleciente y flaco por su enfermedad, pasaba mucho tiempo dedicado a la caza con los halcones.

—Sé que durante mi enfermedad el señor de Vizcaya ha tenido muchos partidarios para sucederme en el reino —dijo el rey a Alburquerque mientras cabalgaban con sus halcones.

—Os advertí que ambicionaba la Corona —le contestó Alburquerque.

Se enfureció el rey por el tono que Alburquerque había empleado con él. Pero como sabía que tenía razón, no quiso manifestar su enfado.

—El señor de Vizcaya tiene que salir de Sevilla. No quiero verle más en la Corte —dijo el rey a Alburquerque, y se puso a acariciar a Esmeralda, su halcón preferido.

Alburquerque estaba muy satisfecho con la decisión del rey, pero prefería que el señor de Vizcaya se marchara de Sevilla por su propia voluntad. No deseaba enfrentarse con sus partidarios.

Trataba de buscar la manera de provocarle para que abandonara la Corte. Sabía que si hacía ostentación de su poder, acabaría por irritarle y se iría de la ciudad.

—Alburquerque se ha vuelto loco. Ha nombrado tesorero mayor y canciller del sello secreto del rey a dos criados suyos. ¡Está loco! —decía el señor de Vizcaya a su gente.

A pesar de los intentos que hacía Alburquerque para provocar al señor de Vizcaya, no encontraba la manera de que se marchara de la ciudad. Hasta que un día se acordó del interés que siempre mostró por las behetrías[20] y convocó una reunión para hablar de esas tierras. Durante las sesiones que se celebraron, el señor de Vizcaya discutió mucho con Alburquerque.

—No se puede hacer un nuevo reparto de las behetrías de Castilla —dijo el señor de Vizcaya delante de todos los caballeros.

—El rey convocará unas Cortes y allí hablaremos de las behetrías, de los señoríos solariegos y de lo que deseéis —le contestó Alburquerque.

—Entonces, ¿para qué estamos hablando ahora de esas tierras si pretendéis discutirlo en unas Cortes? —le preguntó enfadado el señor de Vizcaya—. Este asunto hay que llevarlo resuelto a las Cortes para que el rey lo sancione. Vuestra actitud es obstinada. Sabemos que controláis gran parte de las behetrías. ¿Qué os proponéis con esos cambios que buscáis?

Esas insinuaciones molestaron tanto a Alburquerque que arremetió contra el señor de Vizcaya.

—Ahora deseáis que se mantenga el actual reparto de las behetrías. Luego pediréis que las behetrías se conviertan en tierras solariegas. Lo que buscáis es pagar menos rentas al rey —le dijo Alburquerque, riéndose a carcajadas.

El señor de Vizcaya se indignó y se fue de la reunión sin dar ninguna explicación.

Cuando informaron a Alburquerque de que el señor de Vizcaya hacía los preparativos para abandonar la ciudad, se sintió muy satisfecho y fue al alcázar para contárselo al rey.

—El señor de Vizcaya se dispone a salir de la ciudad.

—Espero que no me vuelva a molestar —le respondió el rey.

—Podéis estar seguro de ello. El señor de Vizcaya no volverá a molestaros más, mi señor —replicó Alburquerque.

Mientras Alburquerque le contaba la discusión que tuvieron sobre las behetrías, el rey no dejaba de pensar en el tono amenazante que había empleado con él al hablarle del señor de Vizcaya y recordó lo que le dijo sobre su hermano don Fernando

antes de que muriera envenenado. «Alburquerque es capaz de ordenar la muerte del señor de Vizcaya como lo hizo con ese bastardo de mi hermano Fernando. Pero, no sé, no creo que se atreva a hacer una cosa así. Aunque me convendría que lo hiciera, porque entonces podría anexionar el señorío de Vizcaya a Castilla sin ninguna dificultad», pensaba el rey.

35

Después de agotadoras jornadas de marcha, el señor de Vizcaya llegó a Burgos con sus tropas y varios de sus partidarios. Allí se reunió con los notables de la ciudad para hablarles de la mala influencia que Alburquerque ejercía sobre el rey.

—El rey se está dejando llevar por el camino del rencor y del crimen. Es inadmisible. No lo podemos tolerar. Tendremos que impedir que Alburquerque siga en la Corte. Él es el responsable de la conducta del rey —dijo el señor de Vizcaya mientras cenaba en la posada donde se alojaba.

—El señor de Vizcaya tiene un plan que nos permitirá apartar a Alburquerque de la influencia del rey —les anunció don Alfonso Fernández Coronel.

En el preciso instante que el señor de Vizcaya se iba a dirigir de nuevo a aquellos caballeros, se sintió mal y se le cayó la copa que estaba bebiendo.

—¿Qué os ocurre, don Juan? —le preguntó alarmado Fernández Coronel.

—¡Me han envenenado! ¡Ay, Dios mío, me han envenenado! —exclamó el señor de Vizcaya y se agarró la garganta con las dos manos.

—¿Cómo que os han envenenado? —le volvió a preguntar Fernández Coronel.

El señor de Vizcaya se levantó con gran dificultad, comenzó a tambalearse, se llevó las manos al vientre y se desplomó sobre la mesa.

—¡Le han envenenado! ¡Maldita sea! —exclamó Garci Laso de la Vega—. Algún esbirro de Alburquerque le ha puesto cicuta en la comida.

Poco después escucharon el entrechocar de los cascos de un caballo que se alejaba. Laso de la Vega salió para comprobar de quién se trataba, pero no pudo ver más que la silueta de un jinete que huía a galope por el callejón.

—El jinete, que ha salido huyendo, le ha tenido que envenenar —dijo Laso de la Vega al volver a la posada.

Los caballeros que se quedaron con el señor de Vizcaya le dieron un brebaje para salvarle la vida, pero los intentos que hicieron fueron inútiles y murió allí mismo, sobre la mesa donde había estado comiendo.

Al conocerse la noticia de la muerte del señor de Vizcaya, se

produjo un desconcierto entre sus tropas. El capitán de los vizcaínos reunió un destacamento y partió hacia el valle de Orozko. Con el crepúsculo del atardecer del segundo día de marcha llegó al castillo de Untzueta, en lo alto del peñascal.

—¡Le envenenaron, señor! Aseguran que Alburquerque ordenó su muerte —dijo indignado el capitán de los vizcaínos a don Juan de Abendaño, después de relatarle los detalles de cómo murió el señor de Vizcaya.

Abendaño se dirigió hacia uno de los ventanales de la sala y allí permaneció en silencio, mirando la puesta del sol. «Alburquerque no se habría atrevido a ordenar la muerte del señor de Vizcaya si no hubiera contado con la aprobación del rey», pensó lleno de ira. «Se equivoca el rey si cree que va a lograr su propósito asesinando al señor de Vizcaya», seguía pensando al recordar lo que le dijo sobre sus pretensiones de incorporar el señorío de Vizcaya a Castilla, cuando estuvo en San Vicente de Abando.

• • •

Con los primeros rayos del alba, Abendaño partió de su castillo de Untzueta en Orozko y se dirigió hacia Vizcaya. Al llegar a Bilbao, ordenó que se convocara a la Junta del señorío. Durante todo el día estuvieron sonando las bocinas de Aretxabalaga para llamar a los vizcaínos. También hicieron sonar las bocinas desde las cumbres del Gorbea, Sollube y del Oiz. Las chalapartas anunciaban por los valles que el señor de Vizcaya había sido asesinado. Los vizcaínos se indignaron al conocer la noticia.

—¡Hay que vengar la muerte del señor de Vizcaya! —comenzaron a gritar los vizcaínos en las campas de Aretxabalaga.

—Tengo el triste deber de comunicaros que don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya, ha sido asesinado en la ciudad de Burgos —anunció Abendaño a la Junta del señorío.

—Eso ya lo sabemos. El asesinato del señor de Vizcaya no puede quedar sin castigo. ¡Venganza, queremos venganza! —gritaron los vizcaínos.

—Estos no son momentos de venganzas ni de griteríos —les advirtió Abendaño—. ¿Acaso sabéis quién introdujo el veneno en su copa?

—No lo sabemos, pero sí quién ordenó que le asesinaran. ¡Alburquerque, el valido del rey de Castilla! Él ordenó su muerte —gritó el señor de Zubieta.

—¿Quién os lo ha dicho? Esa es una grave acusación. Afirmaciones como esas hay que probarlas —contestó Abendaño.

—Lo sabéis tan bien como muchos de nosotros. Nuestras galeras

han estado en Sevilla. Allí se decía que Alburquerque era su enemigo. ¿Por qué no queréis reconocerlo? —insistió el señor de Zubieta en un tono desafiante.

—¡Medid vuestras palabras, Zubieta! Aquí no hemos venido para juzgar a nadie y mucho menos sin tener pruebas de lo que decís —respondió Abendaño con voz resuelta.

—El señor de Vizcaya ha sido asesinado en Castilla. Hay que pedir justicia al rey don Pedro —intervino el señor de Butrón.

—No podemos presentar ninguna acusación contra nadie, salvo que tengamos alguna prueba —les advirtió Abendaño.

—El señor de Vizcaya ha sido asesinado en Castilla. ¿Qué otra prueba necesitáis? —insistió el señor de Butrón.

—No debemos dar motivos al rey de Castilla para que intervenga en nuestros asuntos —dijo Abendaño a varios de los alcaldes, que se encontraban sentados a su lado—. Si acusamos sin pruebas, el rey don Pedro tendría un pretexto para tomar represalias contra nosotros y podría aprovechar esta ocasión para invadir el señorío. Sería peligroso hacer una acusación así en estos momentos que vamos a nombrar señor de Vizcaya a un niño de dos años.

—Don Juan de Abendaño habla con cordura —advirtió a los vizcaínos el señor de Areilza, preboste de Bermeo—. ¿Olvidáis que estas acusaciones se resuelven en el campo de batalla? Nosotros no hemos venido aquí para llevaros a luchar. Estamos aquí para nombrar señor de Vizcaya a don Nuño de Lara.

—El preboste de Bermeo tiene razón —dijeron algunos vizcaínos.

—Ahora tomaremos juramento a don Juan de Abendaño en nombre y en representación de don Nuño —añadió el preboste de Bermeo.

—Muy bien. Que así se haga —respondieron los vizcaínos.

Sonaron las bocinas de Aretxabalaga.

Abendaño se dirigió hacia un roble centenario. Bajo sus enormes ramas, se arrodilló ante una custodia de oro y plata.

—¿Quién sois y para qué venís ante el cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo? —le preguntó el capellán, que se encontraba al otro lado del altar.

—Soy don Juan de Abendaño, el señor de Urquizu. Represento a don Nuño de Lara. Vengo a jurar en su nombre los Fueros, los usos y las costumbres de Vizcaya.

—¿Estáis dispuesto a jurar, respetar y hacer guardar los Fueros, usos y costumbres del señorío de Vizcaya?

—Sí, juro respetar y hacer guardar nuestros Fueros, usos y costumbres.

Después volvieron a sonar las bocinas de Aretxabalaga y los vizcaínos aclamaron al nuevo señor de Vizcaya.

—¡Nuño, Nuño, Nuño, larga vida guarde Dios a don Nuño, nuestro señor!

• • •

Doña Juana y doña Isabel de Lara, las hijas de don Juan Núñez de Lara, marcharon al día siguiente hacia Burgos para dar sepultura a su padre. Iban acompañadas de Abendaño y de muchos vizcaínos con sus tropas. En la comitiva también viajaba el niño don Nuño, el nuevo señor de Vizcaya. Su aña doña Mencía de Guevara estaba preocupada por su salud y le llevaba a Tierra de Campos para que cambiara de aires.

Los adalides iban inspeccionando el camino. Al llegar a las cercanías de Burgos, vieron un campamento y regresaron a la comitiva para informar a Abendaño.

—En las afueras de la ciudad hay muchas tropas concentradas alrededor de un gran pabellón con muchas antorchas y enormes cirios —dijo uno de los adalides.

—Son las tropas de Fernández Coronel y las de Laso de la Vega, dos buenos amigos de vuestro padre —dijo el capitán de los vizcaínos a doña Juana y a doña Isabel para que no se preocuparan —. Allí estará el grueso de la tropa que dejé en Burgos con vuestro padre. Les envié mensajeros para anunciarles nuestra llegada. Nos están esperando.

En el campamento recibieron a don Nuño y a sus hermanas con muestras de afecto y los condujeron al pabellón donde se encontraba el cuerpo sin vida del señor de Vizcaya.

Mientras doña Juana y doña Isabel oraban ante el cadáver de su padre, Fernández Coronel y Laso de la Vega relataban a Abendaño los enfrentamientos que el señor de Vizcaya tuvo con Alburquerque en Sevilla.

—Estamos convencidos de que fue Alburquerque quien ordenó su muerte. Don Juan Alfonso no tolera que nadie le lleve la contraria —explicó Fernández Coronel.

—Ahora debéis cuidar de don Nuño y de sus hermanas. El rey los perseguirá. Quiere acabar con ellos —afirmó Laso de la Vega.

—¿Por qué va a perseguirlos? ¿Qué motivos tiene para hacer tal cosa? —les preguntó sorprendido Abendaño.

—Está obsesionado con la idea de anexionar el señorío de Vizcaya a Castilla. ¿No os parece suficiente ese motivo? —insistió

Laso de la Vega.

—Una cosa es que piense en la anexión del señorío de Vizcaya, y otra muy distinta que vaya a intentar algo contra don Nuño y sus hermanas —le replicó Abendaño.

—Creedme que es cierto lo que os digo. Alburquerque no deja de persuadir al rey con esta idea. Ejerce una pésima influencia. Por eso estamos tratando de acabar con él —volvió a insistir Laso de la Vega.

—¿Y cómo lo vais a conseguir? —le preguntó Abendaño.

—Intentaremos que el rey se dé cuenta de que Alburquerque no es persona grata en Castilla. Si no lo logramos, tendremos que matarle —sentenció Laso de la Vega.

—El rey ha dejado el gobierno del reino en las manos de Alburquerque. Me parece difícil que esté dispuesto a prescindir de él —afirmó Abendaño.

—Pero si ve la reacción que provoca su valido en Castilla, veremos si no cambia de parecer —le contestó Laso de la Vega.

Abendaño se quedó preocupado por todo lo que le había dicho Laso de la Vega. Empezaba a desconfiar de los castellanos que allí se encontraban. «¿Tendrá Alburquerque algún espía entre esta gente?». Y ordenó reforzar la vigilancia en torno a don Nuño y a sus hermanas.

—Que nadie sepa que don Nuño va a Paredes de Nava. Mañana, después de los funerales, saldréis con nosotros y daréis un rodeo para dirigiros a Tierra de Campos —dijo Abendaño a su madre.

—Te veo con muchos misterios. ¿Qué es lo que sucede? —le preguntó doña Mencía.

—El rey de Castilla quiere prender a don Nuño y a sus hermanas. No sé si sería más prudente que todos volviéramos a Bermeo.

—Don Nuño debe cambiar de aires. Si volvemos morirá. Desde que hemos salido de Vizcaya, respira mejor. Ya no tose tanto. Tenemos que ir a Paredes de Nava. Si nos quedamos allí hasta la primavera, es posible que sane —aseguró doña Mencía.

Antes de que amaneciera, iniciaron los preparativos para trasladar el cadáver del señor de Vizcaya al monasterio de San Pablo. Colocaron el féretro sobre un carro cubierto de crespones negros, y con los redobles de los tambores se puso en marcha el cortejo fúnebre. Los vizcaínos iban iluminando el camino con cien antorchas mientras las campanas de las iglesias de Burgos repicaban a muerto por el señor de Vizcaya.

36

El jinete que salió huyendo de Burgos la noche que asesinaron al señor de Vizcaya, necesitó trece jornadas para llegar a Sevilla. No se supo por qué, pero nadie quiso darle caballos de refresco por el camino. Cuando entró en la ciudad, se dirigió a la posada del señor de Alburquerque.

Don Juan Alfonso estaba en la cama, pero al enterarse de que había llegado su espía, se levantó para recibirle. Después de hablar con él dudó unos instantes si acudir al alcázar o esperar a que amaneciera. Tenía tantos deseos de contar al rey las noticias que había recibido que decidió ir a verle.

—Señor, vengo para comunicaros que el señor de Vizcaya murió la madrugada del primer domingo de Adviento en su posada de Burgos.

—¿Que ha muerto el señor de Vizcaya? ¿Cómo lo habéis sabido? —le preguntó sorprendido el rey.

—Acaba de llegar uno de mis hombres que envié entre los sirvientes del señor de Vizcaya, y me lo ha contado. Lamento haber venido a estas horas de la noche.

—¿Y cómo murió?

—Envenenado.

—¡Envenenado!

—Le envenenaron durante la cena.

—¿Y qué hacía en Burgos?

—Conspiraba contra el rey, mi señor. Estaba con otros caballeros.

—¿De qué otros caballeros habláis?

—Allí se encontraban Laso de la Vega, Fernández Coronel y otros caballeros de Burgos.

—¡Laso de la Vega!

—Sí, vuestro adelantado mayor de Castilla. Recordaréis que os aconsejé que no le dierais ese cargo. Os dije que os crearía problemas. Quisisteis complacer al señor de Vizcaya, y ya lo veis. Laso de la Vega ha resultado ser un traidor. Os lo advertí, señor.

Al rey no le gustaron nada los reproches de don Juan Alfonso de Alburquerque. Sus palabras le hicieron recordar el tono de amenaza que empleó la última vez que le habló del señor de Vizcaya, y comenzó a sospechar de él. «El señor de Vizcaya ha tenido demasiados enfrentamientos con don Juan Alfonso». El rey se puso a pasear por la sala. Alburquerque se dio cuenta de que el rey

quería estar solo, y se marchó. «Don Juan Alfonso ha tenido que ordenar su muerte. Si no, ¿quién lo iba a hacer? Tenía razón mi madre al recomendarme que Alburquerque estuviera cerca de mí para resolver estos asuntos en los que yo no debo mezclarme. Ahora, muerto don Juan Núñez de Lara, será más fácil anexionar el señorío de Vizcaya a Castilla», pensaba eufórico mientras seguía paseando por sus aposentos.

• • •

Al día siguiente se supo en Sevilla que el señor de Vizcaya había sido asesinado.

Don Pedro Suárez de Toledo fue una de las primeras personas en enterarse, y marchó a la posada de don Fernán para contárselo.

—¡Que han envenenado a don Juan Núñez de Lara! ¿Cómo ha sucedido? —le preguntó aterrado don Fernán.

—Desconozco los detalles de su muerte, pero he oído que le envenenaron mientras cenaba en su posada de Burgos con otros notables de la ciudad.

—¿Sospecháis quién pudo asesinarle? —le preguntó don Fernán.

—Alburquerque informó al rey, a altas horas de la noche, de la muerte del señor de Vizcaya.

—Pero ¿quién informó a Alburquerque de la muerte de don Juan Núñez de Lara? —insistió don Fernán.

—Los centinelas de la puerta de Carmona dejaron pasar esta noche a un jinete que venía con un mensaje para Alburquerque.

—Es muy sospechoso que Alburquerque haya recibido a un mensajero a esas horas de la noche. Después de su intervención en la muerte de don Fernando, el hermano del rey, no me sorprendería nada que hubiera tenido algo ver con la muerte del señor de Vizcaya. Habrá que apartarle, de una vez por todas, de la influencia del rey —sentenció don Fernán.

—Recuerdo haberos oído decir estas mismas palabras el día que estuvimos paseando con el señor de Vizcaya por el arenal del Guadalquivir. Pero decidme, ¿cómo vamos a apartar a Alburquerque de la influencia del rey? —le preguntó Suárez de Toledo.

—¡No lo sé, no lo sé! Es cierto que ahora será más difícil. Alburquerque sigue contando con la confianza del rey. No tenemos pruebas para acusarle del asesinato del señor de Vizcaya. Tendremos que esperar a una nueva oportunidad para actuar contra él —afirmó don Fernán.

—Esta mañana, muy temprano, Alburquerque ha vuelto a ver al rey. Confiscarán las behetrías que el señor de Vizcaya tenía en

Castilla. Don Juan Alfonso quiere quedarse con la mayoría de esas tierras. Oí como se las pedía al rey.

—¡De modo que también Alburquerque se dedica a expoliar a los muertos! —exclamó indignado don Fernán.

37

El rey don Pedro preguntaba todos los días por Aldonza. Se encontraba muy contento esperando que llegara. Sin embargo, don Fernán Pérez de Ayala comenzaba a inquietarse. Habían transcurrido tres semanas desde que sus hijos salieron de Quejana y no tenía noticias de ellos.

—Es extraño que tus hermanos no hayan enviado algún mensajero para que sepamos algo de ellos —dijo don Fernán a su hijo Pedro.

—Si hubieran recorrido unas once leguas en cada jornada, tendrían que haber llegado hace cinco o seis días —le respondió Pedro.

—A vuestra edad se puede forzar bastante más la marcha. Debían haber estado aquí hace mucho tiempo.

—Vienen con un destacamento de hombres armados y necesitarían caballos de refresco para avanzar más deprisa.

—Si no llegan mañana, saldremos a buscarlos —replicó don Fernán a su hijo Pedro.

• • •

Al día siguiente, cuando estaban haciendo los preparativos para partir de Sevilla, un escudero se presentó ante don Fernán, y le dijo:

—¡Los moros! ¡Los moros tienen a vuestros hijos, señor!

—¿Qué estás diciendo?

—Corren noticias por la ciudad de que piden un rescate por una doncella y sus dos hermanos.

—¿Y cómo sabes que son mis hijos?

—Son vuestros hijos, señor. Ellos han dicho que son vuestros hijos.

—¿Quién afirma eso?

—Un mercader que viene del reino de Granada.

—¡Un mercader! —exclamó Pedro López de Ayala, que se encontraba con su padre.

—Espera ahí fuera a que le recibáis —le respondió el escudero.

—¿En dónde están mis hijos? —interrogó don Fernán al mercader.

—Señor, yo no tengo nada que ver con el cautiverio de vuestros hijos —afirmó asustado el mercader.

—Si venís aquí con una embajada, algo tendréis que ver con el cautiverio de mis hijos —le respondió don Fernán.

—Soy comerciante. Voy al reino de Granada con frecuencia. Allí me conocen. Por eso me han pedido que viniera a veros.

—¿Quién os envía? —le preguntó don Fernán.

—Abú Saíd.

—Y ese, ¿quién es?

—Un arráez moro. Un sobrino del rey Yusuf de Granada.

—¡De manera que un sobrino del rey de Granada ha secuestrado a mis hijos!

—Abú Saíd dice que fueron sus hombres los que los capturaron.

—Entonces, ¿quién me pide el rescate, Abú Saíd o sus hombres? —le preguntó enojado don Fernán.

El mercader se asustó al escuchar el tono que don Fernán estaba empleando con él.

—Nosotros solo deseamos saber como se encuentran nuestros hermanos. ¿Comprendéis nuestra preocupación? —dijo Pedro López de Ayala al mercader en un tono de mayor cordialidad.

—No os debéis preocupar por ellos. Están en el palacio de Abú Saíd con las comodidades que se merecen —le contestó algo más tranquilo el mercader.

—¿Y cuál es el rescate que piden?

—Abú Saíd dice que sois muy rico. Os pide cien mil doblas de oro —le respondió el mercader mientras miraba a don Fernán para comprobar su reacción.

—¡Vámonos, Pedro! Iremos a ver al rey —dijo don Fernán a su hijo y se dirigieron hacia la puerta.

• • •

Un guardia del alcázar condujo a don Fernán y a su hijo Pedro hasta la sala del Consejo.

Don Pedro Suárez de Toledo los recibió con muestras de afecto y les dijo:

—Estamos consternados por lo sucedido. Durante estos días se le veía al rey muy alegre. Me preguntaba por Aldonza. Esperaba su llegada con impaciencia. La noticia de su cautiverio le ha alterado mucho. Hace un rato me dijo que os llamara. Ahora despacha con Alburquerque. Voy a anunciaros. Querrá veros.

—No voy a tolerar que Aldonza y vuestros dos hijos se encuentren en poder de ese perro. Ese loco de Abú Saíd no sabe lo que ha hecho. Lo pagará caro —dijo indignado el rey al ver a los Ayala.

—¿Cómo habéis sabido que capturaron a mis hermanos, señor? —preguntó Pedro López de Ayala al rey.

—El rey está siempre informado de lo que sucede en el reino —

intervino Alburquerque.

—Acabo de ordenar a Gutierre Fernández de Toledo que vaya a Granada —dijo el rey a don Fernán.

—Agradezco vuestro interés por mis hijos. Si enviáis a Fernández de Toledo a Granada también iremos nosotros.

—Si deseáis que tenga éxito la misión que le he encomendado, debéis permanecer aquí —le advirtió el rey.

—¿Y qué misión es esa que le habéis encomendado? —preguntó don Fernán al rey.

—El rey Yusuf desea firmar la paz. Este es el momento para comprobar si sus intenciones son sinceras —le respondió el rey.

—¿O sea, que pediréis al rey moro que libere a mis hermanos? —le preguntó Pedro.

—Esa será una de las condiciones que le pondré para hacer la paz —le aclaró el rey.

Don Juan Alfonso de Alburquerque se sorprendió al ver el interés que el rey mostraba por Aldonza. «Espero que se trate de un capricho pasajero».

• • •

Al atardecer, los vigías del castillo de Triana avistaron a un grupo de jinetes que se aproximaba. Atravesaron el río Guadalquivir y entraron por la puerta de Goles en la ciudad. Los sevillanos, que los vieron pasar por las calles en dirección al alcázar, se fijaron en varios jinetes embozados en unas capas blancas y con relucientes cascos dorados.

—¡Eh, mirad, moros de Granada! —exclamaron los sevillanos.

Frente a la entrada del alcázar, los jinetes se detuvieron.

—¿Quiénes sois? —les preguntó un centinela.

—¡Abrid, somos los hijos del señor de Ayala! Tenemos que ver al rey.

En el alcázar se produjo una gran sorpresa al conocerse la noticia de la liberación de los Ayala. El rey salió al encuentro de Aldonza. Cuando ella se disponía a descabalgar, el rey la cogió en volandas y la estrechó entre sus brazos.

—Estaba preocupado por ti, Aldonza. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Caímos en una emboscada. Eran muchos los moros que nos rodearon y no pudimos escapar.

—¿Y cómo habéis conseguido salir de Granada? ¿No pedían un cuantioso rescate por vosotros?

—El rey Yusuf ordenó que nos dejaran en libertad.

—Aldonza, soy muy feliz de tenerte aquí conmigo.

—Yo también soy muy dichosa de verte. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste de Quejana. Sentí la muerte del rey. También supe que estuviste enfermo, Pedro. Bueno, mi señor, porque ahora sois el rey —y Aldonza le hizo una reverencia.

El rey se sonrió y se dirigió hacia el palacio con Aldonza y sus hermanos.

—Vete a la posada del señor de Ayala. Dile que aquí están sus hijos —dijo el rey a uno de sus guardias.

Poco después, don Fernán y su hijo Pedro entraron en la sala del palacio. Todos se volvieron para presenciar aquel encuentro.

—¡Gracias a Dios que nos han liberado, padre! —dijo Aldonza a don Fernán y se abrazaron.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo habéis podido escapar? —preguntó don Fernán a sus hijos, sorprendido de verlos libres, y los estrechó entre sus brazos.

—Amín. Fue Amín. Gracias a él nos dejaron en libertad —contestó Diego a su padre.

—¿Qué tiene que ver Amín con vuestra liberación? —los interrumpió el rey.

—Me encontraba en Granada, mi señor. Había ido a visitar a mi familia. Recordaréis que me autorizaste viajar a Granada —dijo Amín al rey.

—Lo recuerdo muy bien.

—Al enterarme de que Abú Saíd había capturado a los Ayala —prosiguió Amín—, fui a ver al rey Yusuf y le dije que los cristianos eran los hijos de uno de vuestros grandes del reino.

—¿Y cómo supisteis que los prisioneros de ese loco eran los hijos de don Fernán?

—Los halconeros de Abú Saíd me llevaron a los jardines donde ellos se encontraban. Al verlos, los reconocí, mi señor.

—¿Qué hacen aquí esos? —interrogó el rey a Amín, señalando a los moros que habían llegado con los Ayala.

—Es un visir de Granada con su comitiva. Os trae una carta y presentes del rey Yusuf —respondió Amín mientras hacía una seña al visir para que se acercara.

El visir y sus hombres iban armados con una loriga de finísimas láminas de un metal brillante. Por detrás de los hombros les caía una capa blanca. Se acercaron al rey y le hicieron una reverencia.

El visir dio unos pasos hacia delante, volvió a hacer otra reverencia al rey, le entregó un cofre de plata con una carta y le dijo:

—El rey Yusuf de Granada os envía estos presentes para

mostraros su amistad y sus deseos de firmar la paz. Lamenta que los hombres de Abú Saíd prendieran a los hijos del señor de Ayala. Os presenta sus disculpas. Los hombres de Abú Saíd han sido castigados por lo que hicieron.

«¡Abú Saíd tenía que haber recibido el castigo y no sus hombres!», pensó el rey. Después leyó con atención la carta del rey moro y se la entregó a Alburquerque. Abrió el pequeño cofre y vio que estaba lleno de rubíes, perlas y otras muchas piedras preciosas de gran valor.

—Decid a vuestro señor el rey Yusuf, que el rey de Castilla aprecia sus deseos de hacer la paz y los presentes que le envía.

El rey volvió a abrir el cofre de plata y eligió la mejor joya que encontró.

—Este rubí es para ti. Quiero que tengas un buen recuerdo de tu viaje a Sevilla y te olvides de los días que permaneciste cautiva en Granada —dijo el rey a Aldonza, mientras se lo daba.

El regalo que el rey hizo a Aldonza suscitó comentarios de sorpresa en la sala. Alburquerque ya no tenía motivos para dudar de que el rey se había enamorado de la hija de don Fernán. «Si se casa con ella, los Ayala controlarán el reino», pensó muy preocupado.

El visir y sus hombres se despidieron del rey y abandonaron la sala para despachar con Alburquerque los términos de la paz.

38

En el alcázar se respiraba un ambiente festivo. Se hacían los preparativos para celebrar un banquete en honor de Aldonza y de sus hermanos. El comedor del palacio estaba muy iluminado. Con la llegada de Aldonza todos auguraban que el rey iba a experimentar la alegría que hasta entonces no tuvo la oportunidad de disfrutar en la Corte.

Durante la cena, la reina doña María no dejaba de observar a su hijo. Enseguida se dio cuenta de que se había enamorado de Aldonza.

—Esa joven ha cautivado el corazón de mi hijo —dijo la reina doña María a Alburquerque, que se sentaba a su lado.

—¡No sé, no sé si es bueno para el reino que se enamore de una hija de don Fernán! —le respondió Alburquerque.

—¿Consideráis un peligro para el reino que mi hijo se haya enamorado de Aldonza? —le preguntó riéndose la reina.

Al rey le desagradó tanto escuchar la conversación que estaban manteniendo su madre y Alburquerque que se les quedó mirando y les hizo un gesto para que se callaran.

Mientras servían los mazapanes, el rey se puso en pie, apoyó sus manos sobre la mesa y anunció a sus invitados:

—Estoy muy orgulloso de Amín. Desde hoy será mi halconero mayor.

—¡Pero mi señor! ¡Yo, vuestro halconero mayor! —exclamó Amín.

—¿Acaso no quieres ser el halconero mayor del rey?

—Sí, sí, os lo agradezco, mi señor.

—Sé que desde ahora cuidarás mejor mis halcones —le dijo riéndose el rey.

—Mi señor, yo siempre...

—¡Cállate, Amín! —le interrumpió el rey, riéndose a carcajadas —. No siempre has cuidado mis halcones con el esmero que debiste hacerlo. Amín pertenece a una familia de halconeros que ha servido a los reyes de Granada. El hijo mayor del rey Yusuf me lo envió para que adiestrara mis halcones. Lo cierto es que Amín no lo hace nada mal —y el rey se volvió a reír.

—De niño acompañaba a mi padre en las cacerías. Cuando crecí, el rey Yusuf me enseñó a adiestrar sus halcones. Ahora es un honor para mí serviros, mi señor —respondió Amín, le hizo una reverencia y besó sus manos para demostrarle su gratitud.

—Me han dicho que el rey Yusuf ha construido un nuevo palacio en la Alhambra. ¿Es eso cierto?—preguntó el rey a Amín.

—Y varias torres, mi señor. También ha construido nuevos jardines con estanques y fuentes. Ahora se puede oír el susurro del agua desde cualquier lugar de la Alhambra —le explicó Amín.

—¿Sabéis cuáles son los tres sonidos que hacen las delicias de los moros? —preguntó riéndose el rey mientras observaba a sus invitados.

—Seguro que uno de los tres sonidos tiene que ser el susurro del agua —intervino Aldonza.

—¡Sí, muy bien! El agua es uno de ellos. ¿Y cuáles son los otros dos? ¿Cuáles son? —insistió riéndose el rey.

—El soniquete que hacen las monedas de oro al caer unas encima de otras. ¿Es otro de los sonidos a los que os referís? —le respondió Amín.

—¡Muy bien! ¿Y cuál es el tercero de los sonidos, Amín? —le preguntó el rey y continuó riéndose.

—Si lo sabéis, mi señor. ¿Por qué me lo preguntáis? —y también Amín se rio.

—¡Vamos, Amín! ¿Cuál es el tercer sonido que hacen vuestras delicias?

—El jadeo de la mujer.

—Pero ¿qué jadeo, Amín? ¿A qué jadeo te refieres? —insistió el rey.

—El jadeo de la mujer mientras hace el amor, mi señor.

Las damas y las doncellas se ruborizaron.

—¡Qué cosas dice Amín! —exclamó molesta la reina doña María.

—¿Qué más has visto en la Alhambra, Amín? —le volvió a preguntar el rey.

—Hay muchas yeserías en las paredes y en los techos de las estancias del rey Yusuf.

—A mí me encantaron los siete cielos de la cosmología del islam que hay en el techo de una gran sala, y la pintura de los sultanes que vimos en una bóveda de otra sala. El rey Yusuf nos dijo que la pintura de los sultanes representaba a los diez primeros reyes de la dinastía nazarí. Nos explicó que pintaron ese fresco sobre un revestimiento de cuero como lo solemos hacer los cristianos —volvió a intervenir Aldonza.

—No sabía que hubieras estado en la Alhambra con el rey Yusuf —le dijo sorprendido el rey.

—Nos llamó la víspera de partir de Granada, y nos enseñó la Alhambra y el Generalife.

—¿Estuvisteis en el Generalife?

—¡Es una maravilla! En los jardines hay una escalera con unos pasamanos por donde el agua corre en cascada. El jardín está lleno de fuentes. Hay tanta agua por todas partes que refresca mucho el ambiente.

—Tendré que construir un nuevo palacio en el alcázar para estar a la altura del rey de Granada —dijo el rey, riéndose a carcajadas.

—¿Entonces construirás aquí un nuevo palacio? —le preguntó Aldonza.

—Esto está muy viejo. Se cae a pedazos. Ordenaré que preparen unos planos para construir un nuevo palacio, Aldonza. Además, no querrás que tu rey tenga un palacio peor que el del rey de Granada —y siguió riéndose.

Después de cenar, el rey salió con Aldonza y sus hermanos a los jardines del alcázar y allí comenzó a despedirse de sus invitados.

—¿Recordáis la conversación que tuvimos en Quejana sobre las consecuencias que podía tener la guerra entre Inglaterra y Francia para nuestro comercio de la lana? —preguntó el rey a don Fernán, mientras le despedía.

—¿Os referís a la batalla que se libró frente a las costas de Winchelsea? —le respondió don Fernán.

—Sí, así es.

—Los vizcaínos libraron una dura batalla naval.

—Sé lo que sucedió. También nuestras galeras de Santander y de Guipúzcoa lucharon en esa batalla. Pero ¿cuántas de vuestras galeras se fueron a pique durante la batalla? —le preguntó el rey.

—Todas nuestras galeras regresaron al puerto de Galindo. El día de la batalla no cruzaron el estrecho de Dover, porque había amanecido despejado. Pero al día siguiente, aprovechando la niebla, surcaron aquellas aguas y pudieron escapar de los ingleses —le informó don Fernán.

—Habrá que hacer algo para evitar que los ingleses nos vuelvan a atacar —comentó el rey.

—Mis hijos me han dicho que los vizcaínos van a hacer tratados de paz con el rey Eduardo de Inglaterra —le respondió don Fernán.

«Espero que esa indómita gente de Vizcaya esté sometida pronto y no pueda hacer más tratados sin contar con Castilla», pensó el rey, pero no dijo nada sobre este asunto.

39

Don Juan Alfonso de Alburquerque seguía preocupado por la relación sentimental que mantenía el rey con Aldonza. «No puede pasar todo el día con ella. Acabarán casándose», pensó y decidió hablar con el rey.

—Señor, tenéis que ocuparos más de los asuntos del reino. Convendría que convocarais unas Cortes —aconsejó Alburquerque al rey durante uno de los despachos que solían celebrar.

—Hay asuntos del reino que quiero exponer a las Cortes. Haced los preparativos para convocar las Cortes —le respondió el rey.

—También tendríais que pensar en casaros. Vuestro padre el rey don Alfonso deseaba que contrajerais matrimonio con una prima del rey de Francia —le advirtió Alburquerque.

—¿Con una prima del rey de Francia? —le preguntó extrañado el rey.

—Sabéis que el rey de Inglaterra atacó a nuestras galeras cuando volvían de Flandes. Es conveniente reforzar la alianza que hizo vuestro padre con el rey de Francia. Si os casáis con una hija del duque de Borbón, estaría garantizada esa alianza entre Castilla y Francia —insistió Alburquerque.

—El rey antepondrá los intereses del reino a sus sentimientos personales —le respondió mientras contemplaba los jardines del alcázar desde uno de los ventanales.

Alburquerque se sorprendió de que el rey no le hubiera hablado de Aldonza.

• • •

Don Pedro Suárez de Toledo se enteró de los planes que tenía Alburquerque para casar al rey, y se lo contó a don Fernán.

—No me sorprende lo que me decís. Doña Elvira y yo sabíamos que Aldonza sufriría por este motivo. Tendré que hablar con ella —le comentó don Fernán, y un criado suyo fue a buscar a Aldonza.

—Hija mía, recordarás que te aconsejé que preservaras tus sentimientos y te olvidaras del rey. Pues bien, debes partir lo antes posible hacia Quejana —dijo don Fernán a Aldonza.

—No sé de qué me hablas —le respondió extrañada Aldonza.

—El rey se casará con una prima del rey de Francia —informó don Fernán a su hija.

—No puede ser cierto. Ayer estuve con él. No me dijo nada de eso. Me volvió a decir que me quería. No es posible lo que me estás

diciendo. ¿Por qué quieres separarme de él? ¡No te das cuenta de que nos queremos! —exclamó Aldonza con lágrimas en los ojos, sacó un pañuelito de entre los pliegues de su bocamanga y se secó los ojos.

—Hija mía, debes partir cuanto antes. No tiene ningún sentido que te quedes aquí por más tiempo.

—Antes quiero ver al rey. Necesito que me diga si todo eso es cierto. No lo puedo creer.

• • •

Aldonza no lograba ver al rey como lo había hecho hasta entonces. Alburquerque se propuso tenerle ocupado con los asuntos del reino. Había dado órdenes de que no se le molestara. Pero Aldonza no estaba dispuesta a tolerar el cerco que pusieron a su alrededor para que no pudiera verle, y le mandó un recado anunciándole que partía de Sevilla.

—¿Cómo que se marcha? —respondió el rey a Suárez de Toledo, al saber que Aldonza se disponía a abandonar la ciudad—. ¡Quiero verla ahora mismo!

Aldonza se dirigió hacia los aposentos del rey con la esperanza de que no fuera cierto lo que le habían contado. «No puede casarse con otra mujer. Sé que él me ama». Pero en su interior una voz le decía que sí, que era cierto lo que le dijeron. Por eso, iba intranquila y se sentía desolada.

En la entrada del palacio, un guardia esperaba a Aldonza para conducirla ante el rey.

—¿Qué es eso de que quieres marcharte de Sevilla, Aldonza? —le preguntó el rey y la besó en la mejilla.

—No me necesitas aquí, Pedro. ¿Recuerdas que te dije que pronto otra mujer ocuparía mi lugar en tu corazón y que me olvidarías? Pues ha llegado ese día. Ahora debo partir. Aquí no me necesitas —insistió Aldonza, serena y segura de lo que le decía.

—Veo que te han hablado de mi boda con la prima del rey de Francia —le respondió el rey y se pasó sus manos por la cabeza.

—Sí, claro que me lo han dicho.

—Pensaba hablar contigo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Estos días he estado muy ocupado.

—Pudiste llamarme como lo has hecho ahora —se lo reprochó Aldonza.

—Quise llamarte en varias ocasiones, Aldonza —se lamentó el rey.

—¿Te parece bien que me entere por otras personas de que vas a

casarte con una extranjera, con otra mujer?

—Creía que la gente que tengo a mi alrededor era más discreta. Lamento lo sucedido —añadió molesto el rey.

—¿De modo que es cierto lo que se dice por ahí de que te casarás con otra mujer? —le preguntó Aldonza con la esperanza de que lo fuera a desmentir.

—Verás, mi padre el rey dijo a Alburquerque que debía casarme con una hija del duque de Borbón.

—Y tú seguirás sus consejos —replicó desconsolada Aldonza.

—Aldonza, yo te amo a ti. No quiero a nadie más que a ti. Me entristece que me digas que otra mujer ocupa tu lugar en mi corazón.

—Pero te casarás con ella, ¿no?

—Tengo que hacerlo. Es importante para el reino que se celebre ese matrimonio. Debo garantizar la alianza que hizo mi padre con el rey de Francia.

—Por eso debo marcharme de Sevilla —le respondió Aldonza y se echó a llorar.

El rey se conmovió. Se acercó a ella y la abrazó.

—Podremos seguir amándonos. Será un matrimonio de conveniencia. Yo no la conozco. No sé ni cómo es. Tú eres lo único que me importa en este mundo.

—¡No, Pedro! ¡Yo no te compartiré con otra mujer! Ahora debo marcharme. Mi padre me estará esperando —le dijo Aldonza y se dirigió hacia la puerta.

El rey la siguió. Se puso delante de ella para impedir que se marchara, y le suplicó:

—No puedes dejarme así.

—¿Cómo que no puedo? Y tú, ¿sí puedes casarte con otra mujer? —le reprochó Aldonza, mostrando su indignación.

—Me romperás el corazón si me abandonas.

—Tú has roto el mío.

El rey no sabía qué hacer para retenerla. Estaba muy afligido. «¡Qué va a ser ahora de mí sin ella! ¡Es lo único que amo, lo único que da sentido a mi vida!», pensaba y se retiró de la puerta para dejarla pasar.

Aldonza le dirigió una mirada llena de ternura, abrió la puerta y se fue.

• • •

En la Corte se sintió la marcha de Aldonza. Los privados del rey conocían lo sucedido y se lamentaban por ello. En cambio, Alburquerque se encontraba satisfecho por el resultado de sus

planes. Pero como le preocupaba que el rey enfermara de melancolía por la ausencia de Aldonza, ordenó que buscaran a las doncellas más hermosas de Sevilla para que le hicieran compañía.

Los días de Navidad fueron muy tristes para el rey. No hacía otra cosa que acordarse de Aldonza, a pesar de los festejos que Alburquerque había organizado para distraerle.

Durante la comida de Año Nuevo, el rey sentó a su lado a don Fernán y se puso a conversar con él.

—He sentido mucho que Aldonza se marchara.

—Señor, Aldonza ha entendido que vuestras obligaciones deben estar por encima de cualquier otra circunstancia.

—¿Creéis que lo ha entendido? Porque a mí no me dio esa impresión.

La reina doña María y don Juan Alfonso de Alburquerque seguían con mucha atención la conversación que mantenían el rey y don Fernán.

—He presentado muchas doncellas a vuestro hijo, pero no le ha interesado ninguna de ellas. Creo que sigue acordándose de Aldonza —dijo Alburquerque a la reina doña María.

—El rey ha demostrado gran madurez al aceptar casarse con la prima del rey de Francia. Pero sin duda sigue enamorado de esa joven vasca —le respondió la reina doña María.

40

Después de las fiestas de Año Nuevo comenzaron en Sevilla los preparativos para trasladar la Corte a Valladolid. Durante esos días se vivieron momentos de mucha actividad hasta que todo quedó organizado para la marcha del rey.

• • •

Una mañana, al despuntar el alba, la comitiva estaba lista para partir. La reina doña María y las señoras subieron a las carretas con sus doncellas. En otra carreta llevaban presa a doña Leonor de Guzmán. Varios hombres de armas se situaron alrededor de las dos carretas para escoltarlas. Los señores y los caballeros esperaban al rey para montar en sus caballerías. Las tropas se encontraban cerca del portón principal del alcázar. Cuando el rey apareció, le acercaron su corcel y marchó al trote hacia las carretas.

—¡Buenos días! Nos veremos en Carmona —iba saludando el rey a las señoras.

—¡En marcha! —ordenó el rey a la tropa, y se puso a cabalgar al trote ligero.

A mediodía llegaron a Carmona. El rey visitó el alcázar en compañía de sus privados. Durante el recorrido fue examinando los edificios y se quedó decepcionado de la situación ruinosa en la que se encontraban. En la parte alta de la alcazaba se detuvo.

—Aquí deseo construir mi palacio —dijo el rey y se quedó contemplando las vistas de la vega de Carmona que tenía a sus pies.

Mientras el rey seguía visitando la alcazaba, la reina doña María fue en busca de Alburquerque, y le dijo:

—Espero que doña Leonor de Guzmán no haya huido —y se echó a reír a carcajadas.

—No os preocupéis, señora. Mañana continuará viaje con nosotros. Ya se lo habrán comunicado —le respondió Alburquerque.

—Muy bien. Deberá ir bien escoltada cerca de mi carreta —le advirtió la reina doña María.

• • •

Todos sabían que la reina doña María odiaba con todas sus fuerzas a doña Leonor de Guzmán. Y nadie dudaba de que doña María aprovecharía la primera oportunidad que tuviera para vengarse de ella. Por estos motivos, las doncellas de doña Leonor de Guzmán estaban muy atentas a cualquier señal que representara un peligro

para su señora.

—Dicen que la reina ha ordenado que vayáis en su séquito —comentó una doncella a doña Leonor de Guzmán.

—¡Lo sé, hija mía! Uno de los guardias me lo ha comunicado. Nada bueno nos espera de ese viaje. La reina trama algo contra mí —le respondió doña Leonor.

—¿Por qué decís eso, señora?

—¿Qué sentido tiene que me obliguen a partir ahora en el séquito de la reina? Debemos ir a dormir. Mañana nos espera un día incierto —dijo doña Leonor a sus doncellas, mientras cerraba su equipaje.

Poco después de que las doncellas salieran de la alcoba, doña Leonor sintió que echaban la llave a la puerta de sus aposentos. Se sorprendió. «Es la primera vez que me encierran. ¡Creerán que me voy a escapar!», pensó y se metió en la cama.

Al cabo de un rato, doña Leonor escuchó ruidos en la alcoba de sus doncellas. Saltó de la cama. Al acercarse al muro que las separaba, oyó gritar. «¡Dios mío, son ellas!». Fue hacia la puerta y se puso a gritar:

—¡A mí la guardia! ¡Abrid la puerta! ¿Qué les pasa a mis doncellas? ¡Abrid, abrid la puerta! ¡Abridla, por favor!

Volvió a pegarse al muro para averiguar qué era lo que sucedía en la alcoba de sus doncellas. Esta vez no tuvo ninguna duda de lo que ocurría. «¡Dios mío, las están violando! ¡Están violando a mis doncellas!».

—¡Por amor de Dios, abrid la puerta! ¡Están violando a mis doncellas! ¡Canallas, canallas! ¿Qué estáis haciendo a mis doncellas? —gritaba mientras golpeaba la puerta de sus aposentos.

Doña Leonor pasó la noche oyendo las lamentaciones de sus doncellas y el griterío que estaban formando los hombres que las violaban. Extenuada de dolor, se quedó dormida en el suelo, apoyada en el muro. Pero antes del amanecer se despertó con el ruido que hacían los goznes de su puerta. «Están abriendo», pensó medio dormida. Se levantó y se dirigió con un candil hacia la entrada de sus aposentos. Allí, junto a la puerta, encontró a sus dos doncellas con la ropa rasgada y sus rostros ensangrentados llenos de magulladuras.

—¿Quién os ha hecho eso? ¿Cómo ha podido suceder? ¡Dios mío, quién ha sido! —exclamó llorando doña Leonor al verlas de cerca.

—¡Nos violaron, nos violaron! —lloraban las doncellas y se abrazaron a doña Leonor.

—¿Sabéis quiénes han sido?

—No los conocemos. Nunca los vimos antes, señora.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿A quién acudiremos si no tenemos quien nos proteja?

Doña Leonor salió de sus aposentos en busca de los guardias, pero no encontró a nadie.

—¿Dónde están los guardias? —preguntó doña Leonor a las doncellas.

—No lo sabemos. Tan pronto como nos libramos de las ataduras vinimos aquí. No había nadie en el corredor. Abrimos vuestra puerta con la llave que encontramos en la cerradura —le explicó una de las doncellas.

—Es hora de partir. ¿Estáis preparada? —dijo a doña Leonor un guardia que entró en sus aposentos.

—¿Dónde se encuentran los guardias que tenían que haber estado aquí esta noche? —increpó doña Leonor al guardia.

—Señora, mi turno acaba de empezar ahora. No sé por qué me lo preguntáis —le respondió sorprendido el guardia.

—Esta noche han violado a mis doncellas.

—¡Que han violado a vuestras doncellas! —exclamó el guardia sin saber qué otra cosa podía responder.

—Eso es lo que os dije.

—Lo lamento, señora —le dijo el guardia y se quedó mirando a las doncellas.

—Y bien. ¿Qué vais a hacer?

—Daré parte ahora mismo, señora —respondió el guardia y se retiró.

La noticia de la violación de las doncellas corrió por el alcázar de Carmona y llegó a oídos del señor de Ayala. Don Fernán se indignó y fue a ver a doña Leonor.

—Señora, me acaban de informar de que vuestras doncellas han sido mancilladas. ¿Es eso cierto?

Doña Leonor dio unas palmadas para que las doncellas salieran de su alcoba, donde se estaban cambiando de ropa, y les preguntó al verlas:

—Don Fernán quiere saber si es cierto que os violaron.

—¡Nos violaron a las dos! Fueron cuatro hombres de armas —contestó llorando una de las doncellas.

—¿Os maltrataron?

—Nos ataron y nos pegaron, señor —respondieron las dos doncellas entre sollozos.

Doña Leonor pidió a las doncellas que se retiraran.

—Os agradezco que hayáis venido en nuestra ayuda. ¿Nos ayudaréis para que castiguen a esos criminales? —preguntó doña Leonor a don Fernán.

—Ahora mismo hablaré con el rey —le respondió don Fernán y se despidió de ella.

Don Fernán no estaba dispuesto a que los violadores de aquellas doncellas escaparan sin recibir su castigo. Iba pensando en sus sobrinas. Mientras revivía aquellos sucesos de Mendoza, vio al rey con don Pedro Suárez de Toledo en el patio del alcázar, y fue hacia él.

—Mi señor, las doncellas de doña Leonor de Guzmán han sido violadas esta noche por varios hombres de armas.

—Me acabo de enterar ahora mismo. Veréis como resuelvo este asunto sin juicios como los de Quejana.

—Señor, en Quejana se hizo lo que creímos que era nuestro deber —le respondió don Fernán, molesto por aquel comentario.

—Lo sé. Pero aquí está el rey para decidir lo que conviene hacer. Ahora no tenemos tiempo para juicios.

El rey ordenó que todas las tropas que habían llegado con ellos a Carmona formaran en el patio del alcázar.

—Esta noche han deshonrado a las doncellas de doña Leonor de Guzmán. Quiero saber ahora mismo quiénes han sido.

Como vio el rey que nadie respondía, ordenó a uno de sus guardias que fuera a buscar a las doncellas y a doña Leonor de Guzmán.

—¡Venid, venid aquí! —llamó el rey a las doncellas, desde el centro del patio—. Decidnos, ¿quién de estos hombres os agredió?

—Mi señor, aquí hay mucha gente para que los podamos reconocer —le dijo una de las doncellas.

—¡Que desfilen las tropas! —ordenó el rey a su capitán.

—Si veis a esos hombres, señaladlos —dijo el el rey a las doncellas.

Pasaron las tropas por delante de las doncellas, pero ellas no pudieron reconocer a sus agresores.

El rey se impacientó.

—No tenemos todo el día —les advirtió.

—Señor, no hemos visto a esos hombres —le dijo la otra doncella.

El rey ordenó a su capitán que desfilara el resto de las tropas que se encontraban en el patio del alcázar.

—Abrid bien los ojos. Esta es vuestra última oportunidad para descubrir a vuestros agresores.

Las doncellas estaban nerviosas por no haber podido identificarlos.

—Estad tranquilas. Veréis como los descubrís —les dijo doña Leonor, que se encontraba junto a ellas.

El resto de las tropas desfilaron por delante de las doncellas, sin que ellas pudieran identificar a sus agresores. Se sentían desoladas.

—Tenéis que olvidaros de lo que ocurrió. El tiempo lo borra todo —les dijo doña Leonor, compadeciéndose de ellas.

—Lo lamento. Me hubiera gustado darles un escarmiento a esos hombres —dijo el rey a las doncellas, antes de dirigirse hacia su corcel.

Mientras el rey montaba en su corcel, varios hombres de armas se peleaban en una esquina del patio. La gente se iba arremolinando alrededor de ellos. Atraído por aquel alboroto, el rey marchó hacia aquel lugar.

—¡Hijos de puta! ¡Vamos a violar a vuestras mujeres y a vuestras hijas! ¡Sois unos cobardes! —gritaba uno de los hombres que se estaba peleando.

—¿Qué está sucediendo aquí? —les chilló el rey y se fue abriendo paso con su corcel entre aquella gente.

—Estos hombres violaron a las doncellas. ¡Son unos cobardes! Estaban escondidos —dijo al rey el hombre que los increpaba.

—¿Violaron a las doncellas? —preguntó el rey.

—Sí, ellos lo hicieron, señor. Alardeaban de haberlo hecho —le dijo otro hombre de la pelea.

El rey ordenó a su capitán detener a aquellos hombres.

—¡Han cogido a los violadores! ¡Los han cogido! —gritaba entusiasmada la gente.

Al oír aquel griterío, doña Leonor de Guzmán abrió la ventanilla de su carreta y pudo escuchar lo que decían.

—¿Habéis oído? ¡Los han cogido! —dijo doña Leonor a sus doncellas y salió con ellas de la carreta.

El rey llamó a las doncellas, y les dijo:

—Espero que ahora podáis reconocerlos.

—Los reconoceremos, si son ellos —le contestó una de las doncellas.

—Me alegraría que esas pobres doncellas pudieran reconocerlos. Esa gente tiene que recibir un castigo, aunque desapruebo que no los juzguen —dijo don Fernán a su hijo Pedro, mientras llevaban a aquellos hombres al centro del patio.

—¿Por qué estás tan seguro de que no los van a juzgar? —preguntó Pedro a su padre.

—El rey me dijo que no había tiempo para juicios.

—Entiendo lo que quieres decir —le contestó Pedro al acordarse de los sucesos que tuvieron lugar en Quejana.

El rey levantó sus brazos para que todos se callaran y preguntó:

—¿Quién de vosotros agredió a estas doncellas?

—Esos cuatro. Fueron esos cuatro. Por eso nos peleábamos con ellos, mi señor —los acusó uno de los detenidos.

—Quiero oírselo decir a los que lo hicieron —respondió el rey.

Como nadie hablaba, el rey llamó a su capitán y le dijo:

—Hay que hacerlos hablar.

—¿Y cómo, mi señor?

—Quitadles las calzas.

—¿Decís las calzas?

—Y miradles bien los calzones. Si es necesario se los quitáis también. A ver si alguno de ellos los tiene manchados de sangre —añadió el rey.

El capitán ordenó a los detenidos que se desnudaran. Los fue examinando uno a uno hasta que señaló a dos de ellos y los llevó ante el rey.

—¿Quiénes son los otros dos que atacaron a las doncellas? —preguntó el rey a los presuntos violadores.

—Nosotros no atacamos a las doncellas. Ellas nos dijeron que deseaban nuestra compañía —le respondió uno de ellos.

—¡Miente, señor! ¡Está mintiendo! —gritó indignada una de las doncellas—. ¡Ellos, ellos nos atacaron! —seguía gritando la doncella.

—Os he preguntado por los otros dos que estuvieron en la alcoba de las doncellas —insistió el rey en tono amenazante.

Señalaron a dos de sus compañeros, y el capitán los condujo al centro del patio.

—¿Son ellos? —preguntó el rey a las doncellas.

—Sí, son ellos, mi señor. Ellos también nos violaron.

—No os olvidéis de los guardias. Decid al rey que los guardias fueron los responsables de que entraran en vuestra alcoba y os violaran. ¡Pedid justicia! ¡Vamos, hacedlo ya! —advirtió doña Leonor a las doncellas.

—¡Los guardias, señor! Los guardias les dejaron entrar en nuestra alcoba. Ellos son culpables de que nos violaran. ¡Os pedimos justicia, señor! —dijo la otra doncella al rey.

El rey no entendía lo que estaba diciendo aquella doncella.

—¿De qué guardias habláis?

—Los guardias que debían vigilar los aposentos de doña Leonor

tuvieron que estar de acuerdo con los hombres que nos violaron. Les franquearon la entrada y abandonaron sus puestos —le explicó la doncella.

El rey se enfureció.

—¿Dónde están esos guardias? —preguntó el rey al alcaide del alcázar.

—Han huido. Alguien les debió de pagar para que hicieran una cosa así —le respondió el alcaide.

El rey sospechó que todo aquello lo había tramado su madre la reina doña María para vengarse de doña Leonor. Se volvió hacia ella y le dirigió una mirada de desaprobación.

—¡Una lanza! ¡Dadme una lanza! —pidió el rey al alcaide.

El rey cabalgó con la lanza en su mano por el patio del alcázar. Cuando se encontró frente a uno de los violadores, se la arrojó y atravesó su pecho.

—¡Degollad a los otros tres! —ordenó el rey al capitán.

Los violadores echaron a correr. Estaban aterrados. Sabían que iban a morir. Los ballesteros los rodearon y se abalanzaron sobre ellos. Forcejearon. Una vez los tuvieron dominados, los agarraron por la cabellera y les cortaron el cuello. El tajo que recibieron fue tan profundo que la sangre salía a borbotones. Mientras iban cayendo se desangraron y murieron en el suelo.

En el patio del alcázar se hizo un profundo silencio. El rey recordó lo que sucedió con los bretones en Quejana y se alegró de haber ordenado la muerte de aquellos hombres. Al revivir su estancia en el señorío de Ayala, un sentimiento de melancolía le invadió y la imagen de Aldonza se apoderó de él. La vio con aquella sonrisa que le cautivó y se sintió abatido con su recuerdo. «¿Cómo he podido permitir que se fuera de mi lado?», pensó el rey, compungido.

Don Fernán, el señor de Ayala, se compadecía de aquellas pobres doncellas y no dejaba de pensar en sus sobrinas las Mendoza. Las mujeres de los privados del rey se sentían consternadas por lo que acababan de presenciar. Pero la reina doña María ardía en deseos de seguir vengándose de doña Leonor de Guzmán.

41

Hacía un día espléndido. Los freires de la Orden de Santiago cabalgaban por los alrededores de Llerena. Vestían sus hábitos blancos. Sobre su pecho y en el costado de la capa llevaban la cruz roja en forma de espada. Las capas caían desde los hombros y cubrían la grupa de sus caballos. A mediodía, les anunciaron que la comitiva del rey estaba a punto de llegar. El maestre don Fadrique, acompañado de los comendadores de Santiago, salió a su encuentro.

—Mi señor, los freires de Santiago os damos la bienvenida. Nos complace teneros en las tierras del maestrazgo —le dijo don Fadrique y besó las manos del rey.

El rey se le quedó mirando. Recordó con cólera a sus otros hermanos, y le preguntó por el conde don Enrique.

—No he vuelto a tener noticias suyas desde que me escribió, anunciándome que regresaba a la Corte —le respondió don Fadrique.

El rey no podía creer lo que le estaba diciendo don Fadrique.

—¿Acaso desconocéis que Enrique huyó de Sevilla?

—Hasta que no llegó vuestro correo, desconocía que hubiera huido de Sevilla —le aclaró don Fadrique.

El rey seguía desconfiando de su hermano el maestre don Fadrique. Para evitar que se levantara contra él, mandó a los comendadores de Santiago que fueran a la plaza del pueblo. Allí, ante el pórtico de la iglesia de Santa María, les ordenó que le rindieran pleito de homenaje.

—Ahora deseo que os comprometáis a no acoger al maestre don Fadrique en los castillos de la Orden sin mi consentimiento, pero os mando que le sirváis como debéis hacerlo a vuestro maestre y señor.

Mientras los comendadores hacían esa promesa, el maestre don Fadrique se sentía humillado. «Qué necesidad tiene el rey de hacerme esto delante de mis freires», pensaba abatido. Los comendadores de Santiago se percataron de la situación embarazosa en la que el rey había puesto a don Fadrique. Al terminar la ceremonia fueron a su lado para mostrarle su lealtad.

—Acabo de enterarme de que vuestra madre se encuentra en una de las carretas del séquito del rey —susurró a don Fadrique uno de los comendadores.

El maestre don Fadrique fue en busca del rey, y le dijo:

—Señor, os pido licencia para ver a mi madre.

Don Fadrique abrazó a su madre, y ella cubrió de besos el rostro de su hijo. Los dos se echaron a llorar. Durante el tiempo que permanecieron juntos no se dijeron una sola palabra. Doña Leonor sabía que la conducían hacia la muerte.

Al cabo de una hora, un guardia anunció al maestre don Fadrique que el rey deseaba verle. Doña Leonor abrazó por última vez a su hijo y se quedó sollozando. Don Fadrique abandonaba la carreta, convencido de que nunca más volvería a ver con vida a su madre.

—Quedaos aquí hasta que el rey os llame —dijo el guardia al maestre don Fadrique.

La reina doña María se quedó mirando a don Fadrique, y recordó los años que doña Leonor de Guzmán la había suplantado en la Corte. «Esa ramera me las va a pagar por todo lo que me ha hecho sufrir», pensaba llena de odio y mandó llamar a Alburquerque.

El rey se había dado cuenta de que la reina doña María estaba observando al maestre don Fadrique, pero no sospechaba que tramara algo hasta que llegó Alburquerque y vio que se puso a hablar con ella.

Después, Alburquerque fue hacia el rey, y le dijo:

—Señor, sería conveniente que doña Leonor de Guzmán fuera a Talavera. No debemos llevarla a Valladolid. Podría surgir algún problema como el que tuvimos en Sevilla. Recordaréis que intentaron liberarla de la prisión. No sería bueno que ocurriera otra vez una cosa así.

—¿No tiene Gutierre Fernández de Toledo la guarda de Talavera? —le preguntó el rey.

—Es cierto. Vuestra madre la reina doña María dio la guarda de Talavera a Fernández de Toledo.

—Pues, entonces, que la lleve Fernández de Toledo a Talavera.

Antes de partir, el rey llamó a su hermano don Fadrique, y le dijo:

—Os damos licencia para que no asistáis a las Cortes que he convocado en Valladolid. Es mi deseo que os quedéis en las tierras del maestrazgo de Santiago y no salgáis de ellas.

El rey se despidió de los comendadores de Santiago, y su comitiva se puso en marcha hacia Palenzuela.

42

Gutierre Fernández de Toledo anunció a doña Leonor de Guzmán que tenían que partir. Cuando la carreta de doña Leonor pasó por delante de don Fadrique, una cortinilla se abrió y se volvió a cerrar.

En la posada donde descansaron la primera noche, doña Leonor se enteró de que la llevaban a Talavera. Un profundo temor la sobrecogió. Ella sabía que aquella villa era de la reina doña María y que allí se enfrentaría a la muerte.

Durante las cuatro jornadas que necesitaron para llegar a Talavera, doña Leonor permaneció en silencio. Fernández de Toledo intentaba tranquilizarla. Pero a pesar de las palabras de aliento que le dirigía, ella no quería entablar ninguna conversación. Se encerraba en sí, preocupada por la suerte que sus hijos pudieran correr después de su muerte.

Una vez en el alcázar, Fernández de Toledo fue a ver a doña Leonor, y le dijo:

—Señora, aquí estaréis segura. No debéis preocuparos. He ordenado que no os falte de nada. Cualquier cosa que podáis necesitar no tenéis más que pedirla.

—Os agradezco vuestros buenos deseos. Mis doncellas os dirán si precisamos de alguna cosa —le respondió doña Leonor, conmovida por sus palabras.

Doña Leonor se dirigió a los aposentos que habían preparado para ella.

—Vamos a deshacer el equipaje de doña Leonor —dijeron las doncellas entre ellas.

—No será necesario. Sacad lo imprescindible —intervino doña Leonor con voz resuelta.

Doña Leonor de Guzmán se marchó hacia la capilla. Allí permaneció orando en un reclinatorio frente a una imagen de la Virgen, hasta que le anunciaron que la cena estaba servida.

• • •

Unos días después, dos jinetes llegaron al alcázar con un mensaje para Fernández de Toledo.

—El rey os ordena que partáis sin demora hacia Valladolid —le dijo uno de los jinetes.

—¿Traéis esa orden escrita? —le preguntó Fernández de Toledo.

—Aquí está —le dijo el jinete mientras sacaba una carta de una bolsa de cuero, que llevaba colgada por debajo del brazo, y se la

entregó.

—Esta carta no es del rey, es de Alburquerque —dijo Fernández de Toledo después de leerla.

—El señor de Alburquerque me advirtió que os escribía por orden del rey. Esto es lo que me dijo —replicó el jinete.

Gutierre Fernández de Toledo no tuvo más remedio que acatar aquella orden por temor al valido del rey. Dejó el alcázar bajo el mando de un caballero natural de aquellas tierras, y partió hacia Valladolid.

En las afueras de Talavera aguardaba un escudero de la reina doña María. Tan pronto como vio partir a Fernández de Toledo, se presentó en el alcázar y pidió ver al alcaide.

—Me envía la reina doña María, la madre del rey. Tengo que ver a doña Leonor de Guzmán. Conducidme a sus aposentos —le dijo el escudero.

El alcaide no se atrevió a negarse por miedo a las represalias que la reina doña María pudiera tomar contra él, y le acompañó hasta los aposentos de doña Leonor.

—Podéis retirar esta guardia de aquí. Ya no la necesitará más —dijo el escudero al alcaide del alcázar.

—Si venís a llevaros a doña Leonor, tendréis que mostrarme la autorización —le respondió desconcertado el alcaide.

—No será necesario. Se quedará aquí. No hagáis más preguntas. Podéis iros —replicó el escudero.

El escudero irrumpió en la alcoba de doña Leonor de Guzmán mientras una de sus doncellas la estaba peinando. Doña Leonor se volvió. Al ver allí a un extraño delante de ella, sin haber sido anunciado, se aterró. «Viene a matarme», pensó. Se levantó, tratando de escapar de él. Se apoyó en una mesa con las manos por detrás de su cuerpo y fue deslizándose por el borde hasta que se encontró contra la pared. El escudero la miró. Se abalanzó sobre ella y trató de estrangularla. Forcejearon. La cogió del cuello. Cuando consiguió dejarla sin respiración, sacó una daga y se la clavó en el corazón. El cuerpo de doña Leonor se desplomó sobre el escudero. Él la tuvo entre sus brazos durante unos instantes. Se retiró unos pasos hacia atrás y la dejó caer. Comprobó que estaba muerta y abandonó la alcoba sin inmutarse. La doncella, que había presenciado la muerte de su señora, salió despavorida.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí la guardia! ¡Han asesinado a doña Leonor! ¡La han asesinado! —gritaba aterrada.

La muerte de doña Leonor de Guzmán produjo una gran conmoción en el reino. El conde don Enrique, consternado por el

asesinato de su madre, se encontraba en Asturias. El maestre don Fadrique lloró con amargura al conocer la noticia. Don Tello se refugió en la villa de Palenzuela. Don Fernán Pérez de Ayala se entristeció y pensó que los hijos de doña Leonor de Guzmán correrían su misma suerte. La reina doña María estaba feliz. Había conseguido vengarse de ella por haberla suplantado durante tantos años como reina y como mujer.

43

El rey don Pedro tampoco se fiaba de su hermano don Tello. Temía que se apartara de su servicio y decidió enviar a un ricohombre de Castilla para que hablara con él.

—El rey viene hacia Palenzuela para veros, don Tello —le dijo García Manrique.

Don Tello se quedó sorprendido ante aquel anuncio. Su primera reacción fue de temor.

—Está tratando de preveniros de cualquier comentario que podáis hacer al rey sobre la muerte de vuestra madre —le advirtió Pedro Ruiz de Villegas, su mayordomo mayor.

—¿De qué hay que prevenirme? —le preguntó don Tello.

—Ahora debéis ser leal al rey como lo fuisteis a vuestros padres —le respondió García Manrique.

—Si el rey está llegando a Palenzuela, debemos salir ahora mismo a su encuentro —dijo don Tello al escuchar aquellas recomendaciones que le habían hecho, y se pusieron en marcha.

A pocas leguas de Palenzuela, cerca de la confluencia del río Arlanza con el Arlanzón, se encontraron con el séquito del rey.

Don Tello se dirigió hacia su hermano y besó sus manos.

—Don Tello, ¿sabéis que vuestra madre ha muerto? —le dijo el rey mientras le miraba.

—Señor, yo no tengo otro padre ni otra madre que no sea el rey —le respondió don Tello.

El rey se sintió complacido con aquella respuesta. La reina doña María y don Juan Alfonso de Alburquerque también se alegraron de la contestación que don Tello dio al rey.

Desde Palenzuela, el rey marchó hacia Celada. En el camino se encontró con Garci Laso de la Vega, el adelantado mayor de Castilla. El rey estaba disgustado con él, porque mataron a un recaudador suyo de tributos y no hizo nada por detener a los asesinos. García Manrique se lo echó en cara. Discutieron de malas maneras y el rey, molesto por aquel alboroto, les hizo callar.

• • •

Al día siguiente, el rey y su séquito continuaron hacia Burgos. En Tardajos volvieron a encontrarse con Laso de la Vega y de nuevo surgió la discusión. El rey se enfureció por el escándalo que formaron Laso de la Vega y García Manrique delante de sus tropas, y tuvo que atravesar su caballo entre ellos dos para separarlos.

En Burgos, el rey se alojó en las casas del obispo. No quiso ir al castillo de la ciudad, sobre el cerro de San Miguel. Le parecía incómodo y destartalado. Además, tenía malos recuerdos de su infancia. Allí vino al mundo y pasó los primeros años de su infancia.

Durante la reunión que celebró el rey con su Consejo se informó de que Laso de la Vega estaba organizando continuos escándalos por toda Castilla.

—Laso de la Vega temía que hubiera peleas con nuestras tropas si entrábamos en Burgos. Eso fue lo que me dijo. ¡Qué os parece! —exclamó indignado el rey.

Alguno de los privados del rey temía a Laso de la Vega porque contaba con mucha gente armada, pero Alburquerque no estaba dispuesto a tolerar sus insolencias.

—Señor, no podéis permitir que vuestro adelantado mayor de Castilla haya pretendido poneros condiciones para entrar en la ciudad. A nadie más que a él se le podía ocurrir semejante idea. Os previne contra él. No debisteis darle el cargo de adelantado mayor de Castilla.

El rey se molestó por los reproches que le hacía Alburquerque delante de sus privados, y le dijo:

—¿Sabéis que Laso de la Vega y sus caballeros os temen, y que no desean veros aquí, en Burgos?

—Vuestro adelantado mayor de Castilla es un pendenciero. Tomó partido por el señor de Vizcaya en la disputa que hubo en Sevilla para sucederos en el reino. Recordaréis que en ese momento se pensó que ibais a morir. Ahora pretendía que no entrarais en la ciudad. Deberíais darle un escarmiento —le respondió Alburquerque.

Se irritó el rey al recordar lo que sucedió durante su enfermedad en Sevilla, y comenzó a pasear por la sala.

—Tendremos que imponerle un castigo para que nadie se atreva a comportarse como él lo ha hecho —dijo el rey.

A la reina doña María no le parecía bien que el rey quisiera vengarse de Laso de la Vega. Ella le tenía en gran estima y decidió enviarle un escudero para prevenirle del peligro que corría.

—La reina doña María os pide que no vayáis al palacio del rey bajo ningún pretexto —le dijo el escudero.

«¡Qué temores más infundados! El rey me dio este cargo. No hará nada contra mí. Tengo mucha gente de armas bajo mis órdenes», pensó Laso de la Vega.

El domingo por la mañana, Laso de la Vega se dirigió al palacio del rey. Al verle, la reina doña María le miró asombrada. «¡Ha

desoído mis consejos!». Pero como no deseaba participar en las intrigas que se habían tramado contra él, abandonó la cámara del rey.

Alburquerque consideró que había llegado el momento de vengarse de Laso de la Vega y volvió a hablar con el rey con la intención de conseguir su autorización para detenerle.

—Señor, ¿vos mandáis esto que me ordena don Juan Alfonso de Alburquerque? Porque yo no lo puedo entender —preguntó al rey uno de los alguaciles que recibió la orden de prender a Laso de la Vega.

«¡Insolente! ¡Qué tienes tú que entender!», pensó el rey.

—¡Prended a Laso de la Vega! —dijo el rey a sus ballesteros.

Alburquerque hizo un gesto a sus escuderos para que se adelantaran a los ballesteros del rey, y prendieron de malas maneras a Laso de la Vega.

Garci Laso de la Vega se quedó consternado por el trato que estaba recibiendo. Miró a Alburquerque, y al ver su expresión comprendió lo que iba a suceder. «Me matarán por haberme enfrentado a él», pensó convencido de la suerte que iba a correr. Su primer pensamiento fue para su mujer.

—Señor, os pido que me permitáis un clérigo para confesarme —suplicó al rey.

El rey ordenó que fueran en busca de un sacerdote. Laso de la Vega recordó que tenía una bula en su posada y pensó que le ayudaría a morir.

—Te ruego que vayas en busca de mi mujer y le pidas la carta de absolución del papa —se lo pidió Laso de la Vega a uno de los escuderos de Alburquerque.

—Lo siento. No lo puedo hacer.

Laso de la Vega fue conducido a otra cámara de palacio donde le esperaba un clérigo que encontraron al azar.

Alburquerque seguía buscando la manera de que el rey se decidiera a dar la orden para matar a su adelantado mayor de Castilla, y le susurró al oído:

—Señor, mandad lo que se ha de hacer con él.

—Que le maten.

Los ballesteros recibieron la orden de matar a Laso de la Vega, pero no lo podían creer. Uno de ellos marchó a ver al rey.

—Señor, ¿qué mandáis hacer con Laso de la Vega?

—¡Que le matéis! —le respondió molesto por tanta pregunta.

El ballestero entró en la cámara donde Laso de la Vega recibía la absolución del sacerdote. Garci Laso de la Vega se dio cuenta de

que iba a morir. Trató de defenderse. El ballestero le atizó con una porra en la cabeza y se tambaleó. Estuvo a punto de caer, pero consiguió apoyarse contra la pared. Permaneció en pie hasta que uno de los caballeros de Alburquerque se abalanzó sobre él y le apuñaló. Después arrojaron su cuerpo por una ventana a la calle y fueron a comunicar al rey que su adelantado mayor de Castilla había muerto.

Para festejar la llegada del rey a Burgos, corrían esa tarde los toros por la plaza, delante de las casas del obispo, donde yacía Laso de la Vega y los bichos pasaban por encima de su cuerpo. El rey quería que los burgaleses vieran el cuerpo sin vida de su adelantado mayor de Castilla y mandó que le sentaran en un banco de la plaza para que los toros no lo destrozaran. Al anochecer, le metieron en un ataúd y lo colocaron sobre la muralla de la ciudad para escarmiento de todo el reino.

• • •

Una semana después, mientras el rey comía con Alburquerque vieron pasar a tres vecinos de Burgos que detuvieron el día que mataron a Laso de la Vega.

El rey los señaló con la mano, y dijo:

—Los llevan a matar.

Se sorprendió Alburquerque de que el rey hubiera dado la orden de matar a esos hombres sin consultárselo.

Esas ejecuciones provocaron el pánico en Burgos y mucha gente huyó por miedo al rey. La mujer de Laso de la Vega no logró salir de la ciudad y la detuvieron. Los escuderos de Laso de la Vega consiguieron sacar a su hijo y se lo llevaron a Asturias, donde se encontraba el conde don Enrique.

Después de estos sucesos, el rey premió a García Manrique con el cargo de adelantado mayor de Castilla, que antes había tenido Laso de la Vega.

Don Fernán estaba consternado. Recordó la conversación que tuvo con el señor de Vizcaya en el arenal de Sevilla, y una enorme tristeza le embargó. «El rey ya no atiende ni los consejos de Alburquerque. Ahora todas las decisiones las toma él. ¡No sé qué será peor!», pensó. Se dirigió al monasterio de San Pablo. Allí sacó su libro de la liturgia de las Horas y se puso a rezar ante la tumba del señor de Vizcaya.

—Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum a Domino, qui fecit caelum et terram...

44

Don Juan de Abendaño estaba en Bilbao cuando le informaron de la muerte de Laso de la Vega. «¡Cómo es posible que el rey le haya matado!». Recordó que Laso de la Vega le advirtió de las intenciones del rey de matar a don Nuño y a sus hermanas para anexionar el señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla. «Si el rey don Pedro se entera de que don Nuño se encuentra en Paredes de Nava, querrá capturarle». Temía tanto que prendieran a don Nuño que se reunió con varios vizcaínos y decidieron enviar a un grupo de jinetes en su busca.

Pero los espías de Alburquerque averiguaron enseguida que los vizcaínos habían ido a Tierra de Campos para llevarse a don Nuño. En cuanto Alburquerque recibió estas noticias, se las comunicó al rey.

—Señor, esta es la oportunidad que esperabais para prender a don Nuño. Si le capturáis ahora, podréis tomar el señorío de Vizcaya.

En el palacio del rey organizaron a toda prisa un destacamento para capturar a don Nuño.

A don Fernán, el señor de Ayala, le repugnaba tener que ir en persecución de don Nuño, porque era un niño y, además, pariente suyo: se habían celebrado varios matrimonios entre los miembros de las casas de Ayala y de Vizcaya en generaciones anteriores. Pero como el rey había pedido a don Fernán que le acompañara, no tuvo más remedio que ir con él, aunque albergaba la esperanza de que los vizcaínos pusieran a salvo a don Nuño.

• • •

—Los vizcaínos pasaron por aquí al amanecer. Atravesaron el Ebro. Rompieron un arco del puente de La Rad para que no podáis cruzarlo. Ahora estarán bajando por el puerto de Orduña, camino de Bermeo —dijo al rey uno de los espías de Alburquerque, cuando llegó a Santa Gadea.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó enfurecido el rey.

—Nuestros hombres vienen en mulas. No podrían darles alcance. Si los perseguimos, los vizcaínos se llevarán a don Nuño por mar a La Rochela o a Bayona. Ese territorio es del rey de Inglaterra. Allí no podéis entrar —le advirtió Alburquerque.

—Es mi deseo que vayáis a hablar con los vizcaínos para que sepan que no deben temer al rey de Castilla —dijo el rey a Díaz de

Rojas, el señor de Poza, en voz alta para que todos se enteraran de cuáles eran sus órdenes.

Pero, después, el rey hizo una seña a Díaz de Rojas para que se acercara y le ordenó en secreto:

—Traedme a don Nuño, vivo o muerto, y tomad el señorío de Vizcaya en mi nombre. Pero antes tendréis que detener a Abendaño. Él es quien manda en el señorío. Se encontrará en su castillo de Untzueta, en el valle de Orozko.

Tan pronto supo don Fernán por uno de sus espías de las intenciones del rey, dijo a su hijo Pedro:

—Hay que prevenir a Abendaño de la verdadera misión que el rey ha encomendado a Díaz de Rojas.

—Si se entera Alburquerque de que alertamos a Abendaño, se lo contará al rey —dijo Pedro a su padre.

—Si capturan a Abendaño y a don Nuño, los matarán. No podemos consentirlo —le replicó don Fernán.

—Y las consecuencias serían trágicas para todos. Los vizcaínos se vengarían. Entrarían en Castilla. Arrasarían todo lo que encontrasen a su paso —aseguró Pedro.

—Envía cuanto antes un mensajero a Abendaño —ordenó don Fernán a su hijo Pedro.

• • •

Al llegar a Orozko, Lope Díaz de Rojas se encontró con tantos vizcaínos que tuvo que hablar con ellos para tranquilizarlos y les dijo:

—No debéis temer al rey de Castilla. Don Nuño no tiene por qué abandonar Paredes de Nava. Si vuelve, el rey cuidará de él. El aire de Tierra de Campos le sienta bien a su salud. Allí se encontrará mejor que en Bermeo.

—¡Decís que el rey cuidará de don Nuño! ¿Cómo os atrevéis a afirmar tal cosa si sabemos que fue persiguiéndole hasta Santa Gadea, una villa del señor de Vizcaya? —le increpó el señor de Jaureguía.

—El rey no perseguía a don Nuño. Salió a su encuentro. Sabía que debía cambiar de aires. Deseaba que se quedara en Paredes de Nava.

—¿De cuándo acá el rey de Castilla se toma tantas molestias por un niño? ¡Estáis mintiendo! —replicó enfurecido el señor de Jaureguía.

—¿Por qué el señor de Jaureguía habla en vuestro nombre y no lo hacéis vosotros? —preguntó Díaz de Rojas a los viz-caínos.

—Estas no son nuestras tierras. El señor de Jaureguía vive aquí.

Le hemos pedido que hablara en nuestro nombre —respondió uno de los vizcaínos.

—Si intentáis algo contra don Nuño recibiréis vuestro merecido. Si entráis en Vizcaya os arrepentiréis —le advirtió el señor de Jaureguía.

Díaz de Rojas se enfureció al escuchar las amenazas del señor de Jaureguía, pero no tenía otro remedio que seguir conversando con él.

—¿En dónde está don Juan de Abendaño?

—Eso no os incumbe.

—Deseo hablar con él.

—Don Juan de Abendaño no desea veros.

—¡Cercad esa torre! —dijo Díaz de Rojas al capitán de sus tropas, y señaló una casa fuerte que pertenecía a Abendaño, donde se encontraba un grupo de vizcaínos.

Los castellanos construyeron varios ingenios de guerra. Atacaron la casa fuerte de Abendaño y pusieron asedió a sus ocupantes durante más de dos meses.

Los vizcaínos encendían todas las noches enormes hogueras en las cumbres de los montes. Hacían sonar las chalapartas y sus cuernos para atemorizar a los castellanos. Y durante las noches atacaban sus campamentos con pellas[21] y flechas de fuego.

Díaz de Rojas se dio cuenta de que no podría reducir a los vizcaínos ni capturar a don Nuño y decidió volver a Burgos.

• • •

El rey estaba rodeado de sus privados, de los señores y de los caballeros más importantes del reino en el momento que Díaz de Rojas se presentó ante él. Enseguida se percató el rey de que no había cumplido sus órdenes y tuvo que hacer un esfuerzo para contener su ira.

Alburquerque y don Fernán, que se encontraban cerca del rey, percibieron signos de crispación en su rostro porque conocían la verdadera misión que había encomendado a Díaz de Rojas.

—¿Qué sucedió con los vizcaínos? ¿Conseguisteis tranquilizarlos? —preguntó Alburquerque a Díaz de Rojas para demostrar al rey su disgusto por no haberle consultado sobre sus intenciones de tomar el señorío de Vizcaya.

—¿Han comprendido los vizcaínos que no deben temer al rey? —preguntó el rey a Díaz de Rojas, con la intención de interrumpir a Alburquerque.

—Sí, mi señor —respondió Díaz de Rojas con voz entrecortada por lo embarazosa que estaba resultando aquella conversación

delante de toda la Corte.

—¿Es cierto eso de que vuestros hombres utilizaron trabucos contra los vizcaínos? —volvió a preguntar Alburquerque a Díaz de Rojas, porque no estaba dispuesto a callarse y se echó a reír.

El rey hizo un gesto a Díaz de Rojas para que no contestara a Alburquerque. Se puso a pasear por la sala con visibles muestras de enfado. «¿De qué está hablando Alburquerque? ¿A qué viene esto? ¿Acaso pretende ridiculizarme delante de mi Corte?», pensó sorprendido por su actitud. El rey estaba tan indignado con Alburquerque que deseaba demostrarle que podía gobernar el reino sin su ayuda. Mientras seguía paseando por la sala, recordó que don Fernán intervino en la incorporación de las Encartaciones a la Corona de Castilla, y se detuvo ante él para encomendarle una misión.

—La gente de las Encartaciones se ha levantado en rebeldía contra los alcaldes que nombró mi padre el rey don Alfonso. ¿Qué sabéis sobre este asunto? —preguntó el rey a don Fernán.

—Oí decir que existían algunos problemas con los alcaldes —le respondió don Fernán.

—Pues es mi deseo que vayáis a pacificar las Encartaciones —le ordenó el rey—. Os acompañará un destacamento con nuestros hombres de armas para que los encartados vean que cumplís mis órdenes.

El rey siguió paseando por la sala. Después de un prolongado silencio, se dirigió hacia sus privados y les dijo:

—Recuerdo haber oído al rey don Alfonso que don Fernán y los alcaldes de las Encartaciones le pidieron la incorporación de aquellas tierras a la Corona de Castilla. Espero que el señor de Ayala logre que esa gente vuelva a nuestra obediencia.

—Cuando fui a Orduña con mis alcaldes para pedir al rey la incorporación del señorío de Ayala, también nos acompañaron los alcaldes de las Encartaciones —quiso precisar don Fernán.

45

Don Fernán no tenía ningún interés en ir a las Encartaciones con la misión de pacificar aquellas tierras. Recordaba como murió su hermano Sancho, perseguido por sus parientes los Salcedo. «Yo no quise vengar entonces a mi hermano por temor de Dios y no lo haré ahora. Pero ¿cómo cumpliré las órdenes del rey si debo pacificar las Encartaciones?», reflexionaba mientras se dirigía hacia el señorío de Ayala.

Durante el camino, don Fernán iba pensando en su mujer doña Elvira y en sus hijos. Al acordarse de Aldonza, se entristeció. Su hijo Pedro le iba observando durante la marcha. No le quería hablar porque se daba cuenta de que estaba abstraído en sus pensamientos.

• • •

En el castillo de Quejana se hacían los preparativos para recibir a don Fernán y a Pedro. Doña Elvira, la señora de Ayala, estaba impaciente por verlos llegar. Aldonza se encontraba arreglando los aposentos de su padre. Mientras ordenaba sus cosas, recordó la última vez que estuvo allí, y un súbito impulso hizo que se dirigiera a una de las ventanas de la alcoba. «Desde aquí vi paseando al infante antes de que partiera hacia Sevilla. ¡Qué tonta fui! Pensar que estuve dudando si iba a su encuentro. Menos mal que me decidí y fui con él». Aldonza quería revivir las escenas que pasaron juntos y marchó hacia el río. «Aquí me besó», pensó y se apoyó en el roble donde estuvieron abrazados. «No comprendo cómo puede casarse con esa extranjera a la que no ama», y se entristeció recordando el día que se despidió de él en Sevilla. Pero a pesar de que sabía que nunca más podría amarle, esperaba con ansiedad que llegara su padre para tener noticias suyas.

• • •

Tampoco don Fernán tenía prisa por llegar a Quejana. Siempre que volvía al señorío se encontraba impaciente por ver a su mujer y a sus hijos, pero en esta ocasión no fue así. No le resultaba agradable tener que ir a las Encartaciones para pacificar aquellas tierras, porque sabía que acabaría enfrentándose a sus parientes los Salcedo.

El día se había nublado y comenzaba a llover. Una potente luz, que caía de entre las nubles, iluminaba las peñas de Pancorbo en la lejanía, y las rocas del desfiladero parecían de plata. Don Fernán

cabalgaba disfrutando de aquellas vistas, porque hasta ese día nunca antes las vio así. Cuando pasaba por el desfiladero y debía tomar el camino que le conduciría a Quejana, se acordó de los Mendoza. «Tengo que verlos. Sí, debo ir a verlos», pensó.

—Continuaremos hacia Miranda de Ebro. Desde allí nos dirigiremos a Morillas en el valle de Kuartango —dijo don Fernán al capitán de sus tropas.

Pedro se dio cuenta de que habían cambiado de itinerario y se quedó sorprendido. Marchó junto a su padre, que cabalgaba a la cabeza de la tropa, para preguntarle qué sucedía.

—Hace tiempo que no he ido a Torremayor —le respondió don Fernán—. Desde allí iremos a Mendoza. Deseo ver a nuestros parientes.

Pedro sabía que si hablaba con su padre de lo ocurrido en Mendoza, se volvería a atormentar con aquellos sucesos que protagonizaron los bretones, y decidió cambiar de conversación.

—¿Por qué el capitán no envía un destacamento a Torremayor? —preguntó a su padre—. Habrá que anunciar al alcaide que llegamos con todas estas tropas.

—Esperaba que tú lo hicieras —le respondió riéndose don Fernán—. Creo que sería bueno que te adelantaras. Tan pronto como llegues a Torremayor, dispón de lo necesario para dar de comer y alojar a la tropa durante varios días.

Mientras Pedro se dirigía hacia Torremayor, iba pensando en los días tan felices que pasó con Leonor en Sevilla, pero de pronto experimentó una extraña sensación. «No entiendo lo que me sucede. Me siento abatido. ¿Qué es lo que turba mi corazón?», se preguntaba, y su pensamiento le llevó a Aviñón. Recordó que fue la soledad lo que le hizo abandonar los estudios del sacerdocio tras la muerte de su tío abuelo el cardenal. «¿Por qué se turba mi corazón?», seguía preguntándose. No acertaba a entender la causa de su soledad. Pero enseguida se dio cuenta de que esos recuerdos no eran el motivo de su melancolía. «Es Leonor. Su ausencia me llena de soledad». Pedro había comprendido que Leonor era la causa de la melancolía de su corazón.

A mediodía, Pedro llegó a las proximidades de Torremayor. Los habitantes de Morillas reconocieron el pendón que llevaba su destacamento. Se imaginaron que se trataba de un hijo del señor de Ayala y avisaron al castillo. Los cuernos empezaron a sonar en la torre del homenaje. El alcaide salió con su familia al portón de entrada y se emocionó al ver que era Pedro.

Pedro López de Ayala había nacido en Torremayor. Allí pasó el

primer año de su vida. Al morir su tío Sancho, sus padres se trasladaron a Quejana. Aunque su infancia transcurrió en el señorío de Ayala, guardaba buenos recuerdos de Torremayor, porque durante las visitas que realizaba a aquel lugar solía jugar con los hijos del alcaide. Por eso Pedro se sentía muy contento de ver a aquella familia.

—¿Por qué vienes a Torremayor con toda esta gente armada? —le preguntó el alcaide.

Pedro reconoció a Marta y se dio cuenta de que se había convertido en una mujer. Recordó los días tan felices que pasó con ella y la besó con afecto.

—Me alegro de verte, Pedro —le dijo emocionada Marta y le abrazó.

—¿Por qué has venido con tanta gente armada? —insistió de nuevo el alcaide.

Pedro le explicó el motivo de aquella visita, y el alcaide se apresuró con los preparativos para recibir a don Fernán.

Luego se fue Pedro con Marta. Salieron del castillo y marcharon hacia una campa donde solían jugar de niños.

—No te había olvidado desde tu marcha a Aviñón. Sabía que algún día vendrías por Torremayor. Me siento muy feliz a tu lado, Pedro.

—Yo también estoy muy contento de verte.

Marta se sorprendió de que Pedro no le dijera que la seguía queriendo. «¡Soy tonta! No debí hablarle de mis sentimientos», pensó y se tumbó sobre la hierba.

Pedro la miraba aturdido. «Serán los recuerdos de mi infancia o será Marta lo que ahora turba mi corazón». No entendía cómo se había producido un cambio tan súbito en su ánimo.

Marta intuyó que algo le sucedía a Pedro, y dudó unos momentos si debía preguntárselo.

—¿Estás enamorado de otra mujer? ¿Verdad, Pedro?

—Me enamoré de Leonor, la hija de un privado del rey de Castilla. Creía que la amaba. Pero al verte, me he dado cuenta de que te sigo queriendo, Marta.

Marta se emocionó al oír que la amaba. No podía reaccionar. No encontraba las palabras precisas para expresarle el amor que desde su niñez sentía por él. Recostó su cuerpo sobre el codo, le sonrió con ternura y le dijo:

—Siempre te he querido y te seguiré queriendo como lo he hecho hasta ahora —se incorporó y le besó en la mejilla.

Marta se puso en pie y su pequeña melena negra se balanceó.

Pedro también se levantó. Se acercó a ella. La agarró por la nuca con una mano, tendió la otra por detrás de su cintura y la besó con pasión.

—¡Eh, Marta, que viene don Fernán! —le avisó su hermano.

Enseguida se oyeron los cuernos en Torremayor, anunciando que llegaba don Fernán.

En el patio de armas del castillo de Torremayor esperaban a don Fernán. Muy pronto volvieron a sonar los cuernos en la torre del homenaje y la tropa entró a galope por el puente levadizo. Los hombres de armas formaron un círculo y don Fernán apareció en el centro. Echó pie a tierra, se dirigió hacia el alcaide, que había salido a su encuentro, y le abrazó.

—Bienvenido a Torremayor, don Fernán —le dijo el alcaide.

Don Fernán iba saludando a la familia del alcaide mientras caminaba hacia el interior del castillo.

—¿Está todo preparado para recibir a las tropas? —preguntó don Fernán a su hijo Pedro.

—El alcaide ha hecho los preparativos. Yo he estado ocupado en otros asuntos —le respondió Pedro.

Don Fernán no entendió lo que quiso decir su hijo. Durante la cena se propuso averiguar en qué otros asuntos había estado ocupado Pedro, y le preguntó:

—¿Qué son esos asuntos que te han impedido hacer los preparativos para recibirnos?

—He estado con Marta. No la había visto desde que me fui a Aviñón. Hoy me he dado cuenta de que la sigo queriendo.

—Recordarás que estás comprometido en matrimonio con Leonor —le respondió asombrado don Fernán.

—Pues habrá que romper ese compromiso, padre. Lo he meditado mucho. Estoy seguro de lo que hago. Amo a Marta.

• • •

En las aldeas del valle se hablaba de boda. Decían que Pedro y Marta se casarían. Se hacían pronósticos sobre el lugar de la celebración. Unos opinaban que en Quejana. Otros aseguraban que en Torremayor.

—Se han enamorado aquí y aquí se deben casar —decían los habitantes del valle.

Marta había tenido muchos pretendientes, pero nunca quiso comprometerse. Siempre tuvo la esperanza de que Pedro no la olvidara y prefirió esperarle. Era tan hermosa que todos los donceles se enamoraban de ella, pero no solo se sentían atraídos por su belleza, sino porque la veían muy diferente a todas las demás.

Ella no solía prestar demasiada atención a sus admiradores, pero cuando lo hacía, derrochaba tanto afecto que alguno de ellos creía haberla cautivado. Era tal su fama que la gente llegaba a Morillas desde los pueblos cercanos para conocerla.

Pedro y Marta iban todos los días a la campa donde se enamoraron de pequeños. Allí permanecían muchas horas. Pero una mañana don Fernán anunció que tenían que partir hacia Mendoza, y Pedro tuvo que despedirse de Marta.

—Antes de dirigirnos a Quejana volveré para verte. Te amo, Marta —le dijo Pedro.

—Yo también te amo, Pedro. Estaré esperándote.

46

Don Fernán y su hijo Pedro apenas tardaron un par de horas en recorrer las tres leguas que les separaba de Mendoza. Muy pronto los vigías hicieron sonar los cuernos para anunciar que llegaban los Ayala. Don Gonzalo Ibáñez de Mendoza y su mujer doña Juana, acompañados de sus hijos, salieron a recibirlos. Don Fernán se emocionó al ver a las dos pequeñas. Don Gonzalo se fijó en los ojos llenos de lágrimas de don Fernán.

—No debéis turbaros por ellas. Se encuentran bien. Mi hijo Pedro me contó que os sentisteis culpable por lo sucedido. No fuisteis responsable de las atrocidades de aquellos asesinos. Ellos fueron los únicos culpables.

Pedro sabía que esas palabras de don Gonzalo reconfortarían a su padre y le liberarían del sufrimiento que padecía.

Pedro González de Mendoza y Pedro López de Ayala comenzaron a hablar de las justas que se celebraron en Quejana y se echaron a reír.

—El ristre. Tu ristre fue la atracción de las justas —le dijo Pedro González de Mendoza.

—De poco me sirvió. Charles de Artieda me hizo rodar por los suelos —le respondió riéndose Pedro López de Ayala.

—Rodaste por los suelos porque rompiste tu lanza —añadió Pedro González de Mendoza y también se rio.

Doña Juana, la señora de Mendoza, observaba a su hijo y a Pedro López de Ayala mientras hablaban.

Doña Juana no se encontraba bien de salud desde el día que los bretones las atacaron. Estaba atemorizada por los recuerdos que guardaba de aquellas escenas que tuvo que presenciar. No podía quitarse de la cabeza los gritos de sus hijas y la resistencia que ofrecieron, tratando de defenderse, mientras las violaban. Cuando llegaba la noche y se retiraba a sus aposentos, el miedo se apoderaba de ella. Sabía que en la soledad de su alcoba volverían las pesadillas. Esos recuerdos golpeaban su memoria sin piedad noche tras noche. Para combatirlos, se levantaba y paseaba por su alcoba hasta que el sueño la vencía y caía rendida sobre la cama. Así estuvo doña Juana durante meses, hasta que su marido se trasladó a sus aposentos para aliviar la angustia que le provocaban aquellos recuerdos. Gracias a las atenciones que recibió de don Gonzalo, hizo considerables progresos y comenzó a mejorar. Pero apenas había logrado borrar de su memoria esos recuerdos que la

atormentaban, llegó la noticia de que sus parientes los Ayala se proponían visitarlos, y revivió con tanta intensidad la agresión de los bretones que su salud se agravó. Y de nuevo volvieron a golpear los recuerdos que había conseguido aplacar.

—No debes tener miedo. No volverán más las pesadillas. Dormiré en tu alcoba mientras estén aquí los Ayala —le dijo don Gonzalo para tranquilizarla.

Aquella noche estaba transcurriendo con normalidad si no llega a ser por el sobresalto que provocaron los cuernos que comenzaron a sonar en la torre del homenaje.

—Es gente extraña la que llega —dijo don Gonzalo a su mujer, al escuchar los toques de los centinelas.

—Tenemos que ver a don Fernán y a su hijo don Pedro —anunció a los centinelas uno de los hombres que habían llegado a Mendoza.

—¿Pretendéis despertarlos a estas horas de la noche? —le preguntó el centinela.

El centinela desconfiaba de ellos porque se acordó de los bandidos que llegaron a Mendoza disfrazados de frailes. Llamó a uno de los guardias del portón de entrada y le dijo:

—¡Eh, tú! Avisa a don Gonzalo que ha llegado esta gente, pero que no les franqueen la entrada.

—¡Abrid de una vez! ¡Tenemos que ver al señor de Ayala! —insistió otro de los hombres que esperaban frente a la muralla.

—¡Si os movéis de donde estáis, os acribillamos! —les advirtió el centinela, mientras iban a por el señor de Mendoza.

Poco después, apareció don Gonzalo Ibáñez de Mendoza en el adarve de la muralla, y preguntó a aquellos hombres que se encontraban esperando allí fuera:

—¿A qué venís a Mendoza a estas horas de la noche? ¿Quiénes sois?

—Tenemos que ver al señor de Ayala o a don Pedro, su hijo. Venimos de Torremayor. Es urgente que los veamos —le respondieron.

«Algo grave ha debido de suceder. Tienen aspecto de ser gente de armas. Hablan con el acento de la comarca y se conducen con corrección», pensó don Gonzalo. Como no tenía motivos para sospechar de ellos, ordenó a los centinelas que les tendieran el puente levadizo, pero les advirtió que no les permitieran pasar del recinto amurallado.

Don Fernán y su hijo Pedro salieron del torreón. Al verlos allí fuera, los reconocieron.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¿Qué es lo que sucede en Torremayor? —les preguntó don Fernán, sospechando que venían con alguna mala noticia.

Los hombres de Torremayor se miraron entre ellos y balbucearon unas palabras que nadie pudo entender.

—¿Queréis decirnos lo que sucede? —les preguntó Pedro.

—Marta, la hija del alcaide.

—¿Qué pasa con Marta? ¡Qué ha sucedido! —exclamó alarmado Pedro.

—Ha muerto —respondieron.

—¡Cómo que ha muerto! —volvió a exclamar Pedro sin poder creer lo que le estaban diciendo.

—Sí, la mataron —insistió compungido uno de los hombres de Torremayor.

Pedro se echó a llorar. Se encontraba tan turbado que a partir de ese momento todo le daba igual. Se sentó en un poyete de piedra y se cubrió su rostro con las dos manos para que no le vieran llorar.

—¿Quién la ha matado? ¿Quién ha sido? —preguntó don Fernán a los hombres de Torremayor.

—No lo sabemos, señor —respondieron.

Los hombres de Torremayor se sentían tan consternados que no querían hablar más de la muerte de Marta. Don Fernán se dio cuenta y no quiso insistir.

De pronto se abrió la puerta del torreón y apareció doña Juana, la señora de Mendoza, con sus hijos.

—¿Qué es este alboroto? ¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó doña Juana al ver los rostros crispados de los Ayala y de don Gonzalo, su marido.

—Han matado a la hija del alcaide de Torremayor —respondió don Gonzalo a su mujer en voz baja.

Doña Juana se agarró al hombro de su marido. Se escucharon unos sollozos y cayó al suelo sin conocimiento. Sus dos hijas pequeñas enseguida la socorrieron.

—¿Habrán violado a la pobre Marta? —preguntó una de las Mendoza a la otra mientras daban a oler a su madre unas esencias que trajeron de sus aposentos en un tarro.

—¿Por qué? ¿Por qué estas desgracias? ¿Qué hemos hecho para que nos ocurran estas desgracias? —preguntó llorando doña Juana a don Fernán, al recobrar el sentido.

Don Fernán le dirigió una mirada de resignación y permaneció en silencio.

—Debemos volver a Torremayor. Quiero ver a Marta —dijo

Pedro a su padre, y se levantó del poyete donde había estado llorando.

A Pedro González de Mendoza le impresionó mucho la muerte de Marta, porque también él estuvo enamorado de ella, aunque logró olvidarla y nunca más la quiso ver. Pero no entendía por qué había afectado tanto su muerte a Pedro López de Ayala, hasta que oyó a los hombres de Torremayor que Marta y Pedro se iban a casar. Entonces supo lo que hasta ese momento ignoraba. «Pedro ha sido la causa de mis desamores. ¡Ahora comprendo por qué Marta me rechazó!».

47

Las nubes se ennegrecieron. Se acercaron tanto al suelo que cubrieron parte del torreón. Enseguida comenzaron a caer los rayos y el estampido de los truenos retumbó entre los muros de Mendoza.

—Que nos traigan los caballos y la ropa de agua —ordenó don Gonzalo a uno de sus mozos de cuadra.

Don Fernán y don Gonzalo partieron de Mendoza con sus dos hijos y su gente de armas. Marchaban bajo la lluvia en silencio. Pedro López de Ayala iba abstraído, recordando a Marta. El agua le chorreaba por la cabeza y tuvieron que advertirle que se cubriera. Llovía tanto que apenas podían mantener encendidas las antorchas de alquitrán que llevaban los hombres de armas para iluminar el camino. Pero a pesar de la lluvia que caía, desde el castillo de Torremayor los vieron acercarse por el valle. Los cuernos comenzaron a sonar en la torre del homenaje, anunciando su llegada, y el alcaide con varios de sus hijos salieron a recibirlos.

—¿Cómo, cómo ha podido suceder una cosa así? —preguntó don Fernán al alcaide y se abrazaron.

El alcaide se acercó a Pedro, que seguía sin desmontar, ausente de lo que sucedía, y le dijo:

—Marta está en la capilla. Allí la encontrarás con su madre. Ha subido mucha gente de los pueblos para verla.

Pedro desmontó. Entró en el castillo y se dirigió hacia la capilla. Se detuvo junto a la puerta. La gente se apartó para dejarle pasar. Caminó hacia el túmulo. El capellán de Torremayor interrumpió el rezo de su responso. En el centro de la capilla encontró a Marta sobre un catafalco. La habían vestido de blanco. Los hachones que la rodeaban iluminaban su cuerpo. Pedro no podía admitir que hubiera muerto y se rebeló. «¿Por qué, por qué ella?». Hizo un esfuerzo para no llorar ante toda aquella gente que le observaba, y se arrodilló delante de Marta. La emoción dominó sus sentimientos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El capellán prosiguió con el responso en voz alta.

—*Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus...*

Don Fernán y los Mendoza fueron con el alcaide hacia la capilla. Al final del corredor se encontraron con el capitán de Torremayor y varios de sus hombres, con los que estaba discutiendo.

—¿A qué vienen esas voces? —les preguntó don Fernán.

—Hemos recorrido los pueblos del valle con varias cuadrillas

para buscar al asesino de Marta —estaba diciendo el capitán, pero el alcaide le interrumpió haciéndole un gesto para que se callara.

—Si os parece bien, hablaremos con el capitán después de enterrar a Marta —dijo el alcaide a don Fernán y a los Mendoza antes de entrar en la capilla.

El capellán de Torremayor y los sacerdotes del valle, revestidos con ornamentos funerarios, se inclinaron ante el altar y comenzaron a celebrar el oficio religioso.

La gente que había subido de los pueblos del valle no podía contener su emoción. Todos gemían desconsolados. Los sollozos se oían durante la misa entre los cánticos de un grupo de doncellas que se esforzaba para no echarse a llorar.

Pedro luchaba consigo mismo. Trataba de doblegar su instinto de venganza. «No puede quedar sin castigo este crimen. Hay que prender al asesino de Marta y tendrá que morir», pensaba enfurecido. Pero lo que más le obsesionaba era la idea de que la hubieran violado. «Si no, ¿por qué la habrían de matar?», se mortificaba con estos pensamientos. Él no quería preguntar por los detalles de su muerte. Le aterraba conocer la verdad. Deseaba recordarla sin mancilla, como él la conoció.

El alcaide y su familia se mostraban serenos durante el oficio religioso. La gente que los observaba no podía comprender su entereza. Don Fernán temía que su hijo Pedro enfermara después de la muerte de Marta. Estaba preocupado porque había vivido demasiadas experiencias durante los últimos meses, acostumbrado a la paz de Quejana y a los años que permaneció en Aviñón. Don Gonzalo, el señor de Mendoza, y su hijo no querían intervenir si no se lo pedían, aunque deseaban dar su merecido al asesino de Marta.

Después del funeral tocaron a muerto en Torremayor.

Mientras se dirigían a la cripta para enterrar a Marta, se escuchaban repicar las campanas del valle y a los sacerdotes elevar sus plegarias.

—Ego sum resurrectio et vita: qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet: et omnis qui vivit et credit in me non morietur in aeternum...

El capellán bendijo la fosa donde iban a enterrar a Marta. Introdujeron su féretro en la tumba y la cubrieron con una gran losa.

—¡Justicia, queremos justicia! ¡El asesino de Marta debe morir! —gritaba un grupo de gente enfurecida, que se congregaba en el patio de armas del castillo.

—¿A qué viene ese griterío? —preguntó el alcaide a su capitán,

al salir de la cripta.

—Quieren colgar al asesino de vuestra hija.

—¡Primero habrá que detenerle! —exclamó sorprendido el alcaide.

—El asesino de vuestra hija está en las mazmorras del castillo.

—¡En las mazmorras del castillo! ¿Y cómo no me habéis informado?

—Os lo quise decir antes del funeral.

—¿Quién ha sido?

—Un joven de Morillas. Nuestros hombres dicen que le han visto muchas veces merodear por los alrededores de Torremayor.

—¿Cómo disteis con él?

—Recorrimos las aldeas del valle. Varios vecinos de Morillas nos dijeron que vieron ayer por la tarde a ese joven con manchas de sangre en sus ropas, y sospecharon de él.

—¿Cómo pudo suceder una cosa así? —preguntó don Fernán al alcaide.

—Ayer, al atardecer, echamos en falta a Marta. Creímos que estaría en su alcoba, pero no, no se encontraba allí. El mayor de mis hijos nos dijo que habría ido a la campa donde solía estar con Pedro, y fuimos a buscarla. La encontramos, pero la encontramos muerta. Tenía un golpe en la cabeza. Su pelo estaba empapado en sangre —le respondió el alcaide con lágrimas en los ojos.

También don Fernán se emocionó.

—Marta quiso recordar lo felices que fuimos en esa campa y allí encontró la muerte —dijo lamentándose Pedro.

—Mañana se celebrará el juicio —dijo don Fernán al alcaide—. Yo renunciaré al derecho que tengo para impartir justicia en Torremayor. Los alcaldes del valle serán los jueces.

A nadie le extrañó que don Fernán hubiera tomado la decisión de no impartir justicia, después de conocerse la relación que hubo entre Marta y su hijo Pedro.

• • •

Con los primeros rayos del sol se oyó el murmullo de la gente que había subido al castillo. Los guardias corrieron los alamudes de la puerta de la torre del homenaje para que la gente entrara en la gran sala. Un alguacil anunció que el juicio iba a comenzar.

Don Fernán y los alcaldes del valle se dirigieron a un estrado que levantaron durante la noche. Se sentaron en unos sillones frente a una mesa. El alcalde de Morillas pidió silencio y ordenó al alguacil que trajera al acusado.

—¡No quería matarla! ¡La amaba! ¡No quería, no quería matarla!

¡Yo la amaba! —se lamentaba aquel joven cuando entraba en la gran sala y le conducían ante los alcaldes del valle.

—Entonces, ¿reconoces que mataste a Marta? —preguntó el alcalde de Morillas al acusado.

—No pude soportar verla con el hijo de don Fernán. No sé lo que me ocurrió.

—¡Seguro que la violó! —se oyó una voz entre la gente que asistía al juicio.

—¡Silencio! —gritó el alcalde de Morillas.

—¡No, no! ¡Yo no la violé!

—No se te acusa de violarla. El físico y las mujeres examinaron su cuerpo. Nadie la violó. Marta era virgen —afirmó el alcalde de Morillas.

Al oír estas palabras del alcalde, Pedro López de Ayala se sintió aliviado en su dolor. A partir de ese momento dejó de atormentarle aquella obsesiva idea de que pudieron haberla violado.

—Se te acusa de matarla. ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó el alcalde de Morillas.

—La veía con Pedro en la campa. Me escondía entre los helechos para verla. No podía soportar verlos juntos. El día que Pedro se marchó, fui a la campa. Sabía que Marta iría allí. Hablé con ella y me dijo que estaba recordando los ratos que estuvo con Pedro en aquel lugar.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué, por qué la mataste? —le volvió a preguntar el alcalde de Morillas.

—Le pregunté si me quería. Me dijo que no, que amaba a Pedro. Me enfurecí. Discutimos. Ella me empujo y yo la golpeé con un palo. ¡Lo lamento, lo lamento! ¡No quise matarla! Se cayó. Sangraba mucho. Intenté ayudarla, pero me di cuenta de que había muerto. Tuve miedo y hui.

—¡Asesino! ¡Morirás por lo que has hecho! —se oyó una voz de entre la gente.

—¡Silencio! —volvió a increpar el alcalde de Morillas a la gente de la sala.

—No tiene ningún sentido prolongar más este juicio. Debéis pronunciar la sentencia —dijo don Fernán a los jueces.

Los jueces no tenían ninguna duda. Aquel joven era culpable y debía morir.

El alcalde de Morillas se levantó y sentenció:

—Te declaramos culpable de la muerte de Marta. Serás colgado de una almena. La sentencia se cumplirá ahora mismo.

Después, el alcalde de Morillas hizo una seña al alguacil para

que se lo llevara.

Aquel joven sabía que iba a morir. No quería pedir clemencia. No deseaba vivir después de haber matado a la mujer que amaba. Los guardias le cogieron por los hombros y se lo llevaron a una de las torres de castillo, donde le esperaba el verdugo.

—¡Asesino, asesino! ¡Cuando te cuelguen, te veremos bailar! —gritaba enfurecida la gente mientras le conducían por la sala.

Don Fernán no deseaba permanecer más tiempo en Torremayor. Había ordenado que su tropa estuviera preparada para partir después del juicio.

Don Fernán y su hijo Pedro se despidieron del alcaide y abandonaron el castillo de Torremayor.

La gente que había asistido al juicio salió al patio de armas para presenciar como le iban a ajusticiar.

—¡Allí, allí está! —gritaba una mujer al ver al joven entre las almenas del adarve.

El verdugo le colocó una soga alrededor del cuello y le empujó al vacío. Todos le vieron balancearse en el aire, hasta que la soga acabó con su vida.

48

Doña Elvira, la señora de Ayala, había ordenado preparar una cena para celebrar el regreso de don Fernán y de su hijo Pedro.

—No, no. No tenemos ganas de festejos —dijo don Fernán a su mujer, al llegar a Quejana con Pedro, porque se sentía abatido.

Doña Elvira se quedó extrañada de la contestación de su marido. «Nunca me ha hablado de esta manera», pensó compungida.

—Estábamos muy preocupadas por vosotros. No hemos tenido noticias desde que salisteis de Burgos. Un jinete nos anunció que veníais. Nuestra madre ha estado haciendo los preparativos para recibiros. ¡Mírala, mírala! ¡Pobrecita, está llorando! —dijo Aldonza a su padre.

—Lo siento. Tienes razón. Llevamos mucho tiempo fuera sin veros. Celebraremos nuestro regreso con esa cena que has preparado —dijo don Fernán a su mujer.

—¿Qué tal está Pedro? Quiero decir el rey —preguntó Aldonza a su padre mientras se sentaban a la mesa.

—Me preocupa su conducta, Aldonza.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—El rey ha cambiado. Alburquerque le llevaba por malos caminos. Ahora actúa sin el consejo de nadie. Ha ordenado matar a gente importante del reino. Castilla se levantará contra el rey si sigue comportándose de este modo.

Aldonza se quedó desconcertada. No entendía que el rey pudiera comportarse de esa manera y comentó:

—Algo habrán hecho para que el rey haya ordenado sus muertes.

—No, Aldonza. También la reina doña María estaba en contra de que mataran a Laso de la Vega.

—Cuando estuve en Sevilla, le encontré cambiado —confesó Aldonza.

—Será el peso de la púrpura —dijo con ironía el abad de Quejana.

—Se lo advertí. Le advertí que no hiciera esas cosas. Por lo que decís, no está haciendo caso de mi advertencia —comentó el padre Eneko, el prior del monasterio de San Román de Okondo, que había llegado esa misma tarde a Quejana.

—¿De modo que fuisteis la causa de su enfado? —le preguntó don Fernán con la intención de que explicara el contenido de la conversación que tuvo con el rey en Okondo.

—Se lo advertí, aunque por lo visto no ha escuchado lo que le dije —volvió a insistir el padre Eneko, pero no quiso explicar de qué hablaron.

—Recuerdo que volviendo de Okondo el infante, bueno, el rey —se corrigió Aldonza—, no dejaba de preguntarme por el padre Eneko.

—¡Ah, sí! ¿Y qué le dijisteis de mí?

—Pues que erais amigo de la familia y cosas así. ¡Qué le iba a decir, padre Eneko! Le conté vuestro anuncio de la muerte de nuestro tío abuelo el cardenal. ¡No se lo podía creer!

—Hay que creer en las cosas que vienen de Nuestro Señor Dios —le advirtió el padre Eneko.

—¿Sabes quién me ha preguntado por ti, Aldonza? —dijo Pedro a su hermana.

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

—Pedro González de Mendoza.

—¿En dónde le has visto?

—En Mendoza. Fuimos a Mendoza desde Torremayor. Pedro González de Mendoza se interesó mucho por ti —insistió Pedro.

—No sabíamos que hubierais estado en Torremayor ni en Mendoza —dijo extrañada doña Elvira a don Fernán y a su hijo Pedro.

En aquel instante se hizo un profundo silencio y nadie quiso hablar.

—Es bueno para el espíritu hablar de los problemas que nos atormentan —dijo el padre Eneko al percatarse de que algo grave había sucedido y se pasó la mano por su poblada barba.

—El destino hizo que nos desviáramos de nuestro camino para visitar a los Mendoza. Quería verlos para reconfortarlos en su dolor, pero encontramos nuestra desolación —respondió don Fernán y se quedó mirando al padre Eneko.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué desolación te refieres? —preguntó sobresaltada doña Elvira.

—Seguid, seguid hablando, don Fernán —interrumpió el padre Eneko a doña Elvira.

—Han asesinado a Marta, la hija de nuestro alcaide de Torremayor —les anunció don Fernán.

—¡Han matado a Marta! —exclamó Aldonza y se echó a llorar.

—¡Dios mío, han asesinado a Marta! ¿Quién ha sido? ¿Por qué no me lo habéis dicho cuando llegasteis? —preguntó doña Elvira, dirigiéndose a don Fernán y a su hijo Pedro.

—Sabíamos que te impresionaría su muerte. No queríamos darte

esta noticia el día de nuestro regreso —le respondió don Fernán.

—Ahora comprendo que no tuvierais ganas de festejos —dijo doña Elvira, impresionada por la muerte de Marta.

Aldonza estaba desolada. Tenía la misma edad que Marta. De pequeñas solían jugar juntas en Torremayor. No podía creer que hubieran matado a su mejor amiga y preguntó llorando a su padre:

—¿Por qué, por qué la mataron?

—Por celos. Un joven de Morillas la mató por celos —respondió don Fernán y miró con disimulo a su hijo Pedro.

—¿Celos de quién? ¡Quién la pudo matar por celos! —exclamó sorprendida Aldonza.

Don Fernán no quiso responder. Consideraba que no era quién para desvelar lo que pertenecía a la intimidad de su hijo Pedro.

Aldonza se dio cuenta de que su hermano Pedro estaba muy callado. Le extrañaba su actitud. Además, le veía triste. Sabía que estuvo enamorado de Marta, pero no podía sospechar que el motivo de la muerte de Marta estuviera relacionado con él y le preguntó:

—¿De quién tuvo celos ese joven para matar a Marta?

Don Fernán no estaba dispuesto a contestar y permaneció en silencio.

—¿Qué sucede? ¡A qué viene tanto misterio! —exclamó intrigada Aldonza—. ¿De quién, de quién tuvo celos ese joven para matar a mi amiga Marta?

—De mí. Tuvo celos de mí. Se debió de volver loco para hacer una cosa así —le respondió compungido Pedro.

Aldonza se quedó mirando a su hermano, intentando comprender el significado de sus palabras, y le preguntó:

—¿Seguías enamorado de Marta? ¡Verdad que sí! ¿Al verla, te diste cuenta de que la amabas?

—Sí, la seguía queriendo.

—¿Y Leonor? ¿Qué va a pasar ahora con Leonor? —le preguntó Aldonza.

—No lo sé.

Ni a doña Elvira ni a sus hijas les sorprendió que Pedro siguiera enamorado de Marta, porque sabían que siempre la quiso.

—Complicados negocios son estos en los que estás metido —dijo el padre Eneko a Pedro López de Ayala, mientras le dirigía una mirada de afecto.

—¿Han matado al asesino de Marta? —preguntó Diego a su padre.

—Le colgaron de una almena.

Poco después se escuchó a un guardia que daba la novedad y

anunciaba la medianoche.

49

Don Fernán tenía que cumplir la misión que le había encomendado el rey. Se dirigió a su biblioteca para decidir como iba a entrar en las Encartaciones. De una de sus arcas sacó unos mapas, que él mandó hacer de aquella zona, y se puso a estudiarlos. Observó la ubicación del castillo de Aranguti. «Si lo controlamos, la gente de las Encartaciones no se atreverá a luchar», pensó y se fue a dormir.

Al amanecer, Don Fernán reunió a sus oficiales y les dijo:

—Mañana nos dirigiremos al señorío de Salcedo. Mis hijos instruirán a los hombres del rey, que han venido con nosotros, para que puedan acercarse a Aranguti sin que los descubran. Así aprenderán a avanzar sin ser vistos en los pasos angostos de los valles de las Encartaciones.

• • •

Al día siguiente se pusieron en marcha. Entraron en las Encartaciones y rompieron la chalaparta de Gordejuela para evitar que alertaran de su presencia en aquellas tierras. Enseguida llegaron a Güeñes y desde allí siguieron a pie hasta las proximidades del castillo de Aranguti. La luna brillaba en cuarto menguante. Se oía aullar a los lobos. Del castillo salía el resplandor de las fogatas que los centinelas habían encendido para calentarse.

Se situó don Fernán en un montículo. Desde aquel lugar podía ver la silueta de la fortaleza y comenzó a recordar las visitas que hizo con su padre al castillo, cuando don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Ayala, pasaba allí largas temporadas. Se recreaba con las vivencias que guardaba de su juventud. Pero pronto lamentó que Sánchez de Salcedo hubiera dejado a don Lope García de Salazar el castillo de Aranguti. «Es la única propiedad que no pude recuperar al rehacer el señorío». En ese momento lo que más le preocupaba era el nuevo propietario del castillo, el hijo de García de Salazar. Había tomado partido por los Salcedo con tanto entusiasmo que abandonó su apellido paterno para adoptar el de su madre, y se hacía llamar Juan Sánchez de Salcedo, como el señor de Ayala que dejó el castillo a su padre.

—Las tropas esperan vuestras órdenes, don Fernán —le dijo su capitán.

Don Fernán sabía que se encontraba allí para dirigir a sus hombres y no para revivir aquellos recuerdos que le tenían

abstraído, y dijo a sus oficiales:

—¡Hay que reducir a los centinelas! ¡No quiero matanzas! Los del castillo se rendirán al vernos.

Un grupo de hombres disparó sus flechas incendiarias contra el cadalso. Mientras atacaban, otro grupo se deslizó por el terreno frente al castillo. Los más jóvenes treparon por la muralla. Entraron en el recinto y tendieron el puente levadizo. Frente a la entrada, las tropas formaron en una columna de a dos y se introdujeron en el castillo por el puente levadizo sin recibir la menor resistencia de sus ocupantes.

Desde su puesto de mando, don Fernán había estado observando como sus hombres lograban rendir la fortaleza de Aranguti, y marchó hacia el castillo.

—¿Venís a vengar la muerte de vuestro hermano después de tantos años? —preguntó gritando don Juan Sánchez de Salcedo a don Fernán, desde el portón del castillo y fue a su encuentro.

—¡No, no es venganza! ¡Sabe Dios que nunca quise vengar su muerte! El paso del tiempo ha borrado cualquier resentimiento que hubiera tenido en mi corazón —le respondió don Fernán.

—¿Y por qué incendiáis nuestro castillo en plena noche?

—El rey don Pedro sabe que habéis detenido a sus alcaldes.

—Los alcaldes querían recaudar cuantiosos tributos que no podemos pagar al rey. Los vecinos de las Encartaciones se enfurecieron. Ordené detenerlos para evitar que los lincharan. Soy el merino de las Encartaciones y debo mantener la paz en estas tierras —replicó enfurecido Sánchez de Salcedo.

—Ese es el deseo del rey. Por eso estoy aquí. Vine para restablecer la paz. Ahora debéis rendir el castillo al rey y dejar en libertad a los alcaldes. No olvidéis que las Encartaciones se incorporaron de manera voluntaria a Castilla —le recordó don Fernán.

—Pero el rey está obligado a respetar nuestros Fueros. Sus alcaldes no pueden exigir a los encartados que paguen esos cuantiosos tributos.

—Podéis quedaros en el castillo, pero vuestra gente de armas tiene que salir de aquí. No deseo peleas con mis tropas —le advirtió don Fernán.

Don Fernán mandó llamar al alcaide para que le acompañara a visitar el castillo. Durante el recorrido que hizo con sus hijos por su interior, les iba explicando los recuerdos que tenía de las dependencias por donde pasaban. Sus tres hijos estaban atentos a las explicaciones que les daba y se asombraban de ver que evocara

tantos detalles de las visitas que hizo al castillo en su juventud.

—Estoy sorprendido de lo bien que se conserva el castillo. Han pasado tres siglos desde que lo mandó construir el conde don Rubio y no tiene ni una grieta —dijo don Fernán a sus hijos.

—¿Es cierto que el conde don Rubio descendía de los reyes de Asturias? —preguntó Diego a su padre.

—Y de los reyes de León. La madre del conde don Rubio fue hija del rey don Alfonso V, y su hermana doña Jimena se casó con Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid* —les explicó don Fernán, orgulloso de sus antepasados.

—¿Por qué vino aquí el conde don Rubio? —le preguntó su hijo Pedro.

—Fue declarado encartado por las desavenencias que tuvo con su tío el rey don Bermudo III de León. Huyó de Asturias y se refugió en estas tierras —le respondió don Fernán.

—Entonces, ¿estas tierras se llaman Encartaciones porque se refugió aquí un encartado? —le preguntó Juan, su otro hijo.

—Por supuesto que sí. Al refugiarse aquí el conde don Rubio y sus partidarios, estos valles recibieron el nombre de las Encartaciones.

—¿Por qué el conde don Rubio tomó el nombre de Salcedo? —le preguntó Diego.

—Así se llamaba este valle. En el monasterio de San Millán de la Cogolla encontré muchos documentos antiguos sobre este valle con el nombre de Salcedo. El conde don Rubio tomó el nombre del valle y se hizo llamar señor de Salcedo.

—¿Y por qué los señores de Ayala utilizaron el nombre de Salcedo y no el de Ayala, como nosotros? —le volvió a preguntar Diego.

—Fue una condición que puso el conde don Rubio a su hija María de Salcedo al casarse con Galindo Velázquez, el hijo del señor de Ayala. El hijo mayor de ese matrimonio tenía que tomar el apellido materno para heredar el señorío de Salcedo —le explicó don Fernán.

—¿Y nosotros por qué no hemos utilizado el apellido de Salcedo?—insistió Diego.

—Doña María Sánchez de Salcedo, la hija de García de Salcedo, *el Cabezudo*, no heredó el señorío de Salcedo. Por este motivo, nosotros, sus descendientes, dejamos de utilizar el apellido de Salcedo —le respondió don Fernán.

—Pero nuestros antepasados nunca se llamaron Ayala. ¿Y por qué ahora nosotros nos llamamos así? —replicó Diego.

—Fue mi bisabuelo el primero que comenzó a utilizar el nombre de Ayala. Cuando se fue a la conquista de Sevilla, a luchar contra los moros, comenzó a utilizar el nombre de Ayala. Supongo que lo hizo para que todos supieran que descendía de los señores de Ayala —le explicó don Fernán.

—Pero ahora nosotros somos los Ayala, y tú eres el señor de Ayala —comentó riéndose Diego.

Don Fernán apoyó su mano sobre el hombro de su hijo Diego, y también se echó a reír.

• • •

Los vecinos de las Encartaciones se indignaron al conocer la noticia de que don Fernán había tomado el castillo de Aranguti en nombre del rey de Castilla, y decidieron pedir ayuda a los vizcaínos. Designaron sus apoderados y partieron hacia el castillo de Untzueta, en el valle de Orozko, para entrevistarse con Abendaño.

—Sabía que el señor de Ayala iría a las Encartaciones —respondió Abendaño a los apoderados, después de escuchar sus peticiones de socorro.

—¿Y por qué no nos avisasteis? —le preguntaron asombrados los apoderados.

—Don Fernán Pérez de Ayala me informó de la misión que le había encomendado el rey de Castilla —les dijo Abendaño mientras se dirigía hacia uno de los ventanales de la sala.

—No entendemos lo que queréis decirnos —le espetó uno de los encartados.

—El señor de Ayala tenía que cumplir la orden del rey de Castilla. Vosotros sois los culpables de lo que sucede. Os habéis levantado contra los alcaldes. No olvidéis que fuisteis vosotros los que pedisteis la incorporación de vuestro territorio a la Corona de Castilla —les reprochó Abendaño.

Los apoderados no comprendían el significado de la respuesta que les dio Abendaño. Uno de ellos se dirigió hacia el ventanal donde Abendaño permanecía mirando al valle, y le preguntó:

—¿Acaso estáis de acuerdo con lo que ha hecho el señor de Ayala?

—¿Preferís que el rey de Castilla hubiera entrado con sus tropas en las Encartaciones? —le replicó Abendaño.

—Don Juan de Abendaño tiene razón —intervino otro de los encartados, dirigiéndose al resto de los apoderados—. ¿Y qué podemos hacer ahora?

—Pediré a los vizcaínos que vayan a Aranguti, pero os advierto que don Fernán sabe qué es lo que conviene hacer —les respondió

Abendaño mientras seguía mirando al valle desde el ventanal.

• • •

Al día siguiente comenzó a llegar mucha gente armada a Aranguti. Los vizcaínos venían desde el señorío y se fueron concentrando alrededor del castillo.

—Que preparen el agua. Hay que humedecer el cadalso. Si nos atacan lo terminarán de quemar —ordenó don Fernán cuando le informaron de la presencia de los vizcaínos.

Nadie entendía por qué don Fernán no tomaba más medidas para defenderse de los diez mil vizcaínos que se encontraban frente al castillo. Era ensordecedor el ruido que hacían con sus gritos de guerra y los cuernos que no dejaban de tocar.

Los hombres de armas del rey, que habían ido con don Fernán, nunca vieron cosa igual. Estaban aterrados con aquel espectáculo que tenían ante sí.

—¡Si nos atacan estos salvajes, nos matarán! —exclamaban muy asustados.

A la caída de la tarde, los vizcaínos encendieron enormes hogueras para asar los corderos que cogieron de las campas de Aranguti. Después de cenar se pusieron a bailar cerca del castillo. Los oficiales de don Fernán, que los observaban desde el adarve de la muralla, no entendían lo que sucedía. Con aquella algarabía de fondo, un centinela anunció que varios jinetes se aproximaban al castillo.

—Quiero ver al señor de Ayala.

—¿A quién debo anunciar?

—Soy el señor de Goñi —respondió uno de los jinetes.

Don Fernán salió a recibir a don Sancho de Goñi. Se fundieron en un abrazo y entraron en el castillo.

—Sabía que vendríais —le dijo don Fernán.

—Abendaño me contó lo que sucede. Sé que él habló con vuestro hijo Pedro —le respondió el señor de Goñi.

—Pensé que sería conveniente vuestra presencia aquí para resolver las diferencias que tienen los encartados con sus alcaldes —le replicó don Fernán.

Don Sancho de Goñi y don Fernán hablaron sobre la manera de solucionar aquel problema, y decidieron explicar a don Juan Sánchez de Salcedo, el señor de Aranguti, lo que se proponían hacer.

—Entonces, ¿para qué habéis venido con los vizcaínos? —preguntó sorprendido Sánchez de Salcedo, el señor de Aranguti.

—¿No pidieron vuestros apoderados a Abendaño que vinieran

los vizcaínos? —le respondió el señor de Goñi.

—Pero ¿para qué habéis venido con tanta gente si no vais a luchar? —insistió Sánchez de Salcedo.

—La noticia corrió muy deprisa por Vizcaya, y se fue sumando toda esta gente. Nadie pensó que acudirían tantos vizcaínos —le explicó el señor de Goñi.

—¿Por qué los vizcaínos han estado bailando frente al castillo? —preguntó don Fernán a don Sancho de Goñi.

—Antes de venir a veros les anuncié que no se lucharía. Por eso se pusieron a bailar. Querían festejarlo. Nadie desea morir si no es necesario hacerlo —le respondió el señor de Goñi y se echó a reír.

—Es cierto. Mi hijo Pedro y Abendaño acordaron que no habría lucha —comentó don Fernán—. Pero ahora tenéis que liberar a los alcaldes —le advirtió a Sánchez de Salcedo.

—Mañana iremos a Balmaseda. Allí nos reuniremos con los jefes de los valles y con los alcaldes. Hay que buscar una solución a vuestras disputas —dijo el señor de Goñi.

Lo que más extrañó a don Juan Sánchez de Salcedo fue la actitud de don Fernán. «Creí que venía para vengar la muerte de su hermano. Pero no, no es venganza lo que busca. Desea que el rey no intervenga. Sería un desastre para todos que lo hiciera».

—Como merino de estas tierras espero convencer a los encartados y a los alcaldes para restablecer la paz —dijo Sánchez de Salcedo en un tono de mayor cordialidad.

Al despuntar el alba, los vizcaínos levantaron el cerco y volvieron a sus tierras del señorío.

Poco después salieron del castillo de Aranguti don Fernán, don Sancho de Goñi y don Juan Sánchez de Salcedo.

Cuando llegaron a Balmaseda atravesaron el puente sobre el río Salcedón, que divide la villa en dos, y se dirigieron al pórtico de la iglesia del Salvador. Allí les esperaban los alcaldes que se habían enfrentado a los encartados. Sánchez de Salcedo había ordenado que los dejaran en libertad. Un gentío los rodeaba. Toda esa gente había llegado de las aldeas para exigir el respeto a sus Fueros.

—¡Estos alcaldes no pueden reclamarnos nuevos tributos! ¡No respetan nuestros Fueros! —gritaba furioso un grupo de encartados.

La gente de los valles se manifestó indignada. Las tropas de don Fernán tuvieron que intervenir para evitar que lincharan a los alcaldes.

El señor de Goñi se percató de que la situación era mucho más grave de lo que le habían dicho y preguntó a los alcaldes:

—¿Por qué les exigís nuevos tributos? Los encartados son

hombres libres como los vizcaínos. Las rentas que tienen que pagar están pactadas. No podéis exigir ningún otro tributo.

—Fue el tesorero mayor del rey. Él nos dijo que teníamos que recaudar más tributos. Nos habló de unos impuestos extraordinarios para las arcas de la Corona —le contestó uno de los alcaldes.

—¡Los Fueros! ¡Nuestros Fueros! ¡El tesorero mayor del rey de Castilla tiene que respetar nuestros Fueros! —volvieron a gritar furiosos los encartados.

—Os lo dije. Ya os lo dije, don Fernán. Ni el rey ni su valido, porque el tesorero mayor es el almojarife de Alburquerque, pueden ordenar a los alcaldes que recauden nuevos tributos en las Encartaciones —le advirtió Sánchez de Salcedo.

—Los encartados tendrán que nombrar apoderados para ir a Valladolid. El rey ha reunido allí a sus Cortes. Habrá que explicarle lo sucedido. Debe saber que las Encartaciones siguen en su obediencia —dijo don Fernán a don Juan Sánchez de Salcedo.

Sánchez de Salcedo habló con los jefes de los valles. Después de largas discusiones decidieron designar apoderados para defender sus Fueros ante el rey.

Don Fernán se encontraba satisfecho. Sabía que el rey respetaría los Fueros si los apoderados le demostraban que las Encartaciones seguían en su obediencia.

50

En las Cortes de Valladolid se discutía sobre las behetrías. El rey escuchaba con atención los argumentos que exponían los caballeros, pero no estaba de acuerdo con ellos y les dijo:

—Después de la muerte de mi padre el rey don Alfonso algunos caballeros se apoderaron de las rentas reales. ¿Qué explicación tenéis que darnos?

—El azote de la peste acabó con gran parte de la población de Castilla. Muchas behetrías quedaron desiertas y las tuvimos que repoblar. Necesitamos las rentas que recibimos de esas tierras, mi señor —replicó un caballero.

—Tenemos que mantener caballos y armas para la guerra. Os pedimos que las behetrías se conviertan en tierras solariegas —respondió otro caballero con la intención de que el rey les permitiera pagar menos rentas.

—Señor, os pedimos un reparto más equitativo de esas tierras —dijo uno de esos caballeros que no tenía behetrías.

Alburquerque controlaba muchas behetrías. Además, él se había quedado con la mayoría de las tierras que incautaron al señor de Vizcaya después de su muerte. Pero como deseaba contar con el apoyo de los caballeros que reclamaban un reparto más justo de las behetrías, quiso interceder por ellos y aconsejó al rey:

—Señor, convendría atender las peticiones de los caballeros que no tienen behetrías.

El rey sabía que la mayoría de los caballeros que asistían a las Cortes se oponían al reparto de esas tierras, y como no estaba dispuesto a enfrentarse a ninguno de ellos les anunció:

—Se harán pesquisas para saber quiénes tienen behetrías y se examinarán las que se puedan repartir.

Se sintió disgustado Alburquerque por la decisión del rey. Los caballeros que asistían a las Cortes no dejaban de mirarle, pero él también los observaba y pudo percibir en los rostros de algunos de ellos una expresión de complacencia por la derrota que había sufrido. Alburquerque sabía que estaba perdiendo su influencia ante el rey y necesitaba recuperar su favor para no malograr el control que ejercía en la Corte.

• • •

Una tarde, mientras debatían en las Cortes sobre los malhechores, se oyeron voces y un murmullo recorrió la sala.

—¡Es el señor de Ayala!

Don Fernán Pérez de Ayala había entrado en la sala y se dirigía hacia el rey. Se arrodilló ante él, besó sus manos y le dijo:

—Mi señor, estos caballeros que me acompañan son los apoderados de las Encartaciones.

—¿Qué ha sucedido en esas tierras? —le preguntó el rey.

—La gente de las Encartaciones sigue en vuestra obediencia. Hubo un malentendido con los alcaldes. No respetaron sus Fueros. Querían recaudar nuevos tributos —le respondió don Fernán.

—Entonces, ¿no os habéis levantado contra el rey? —preguntó el monarca a los apoderados de las Encartaciones, mientras se arrellanaba en su trono.

—¿Por qué íbamos a levantarnos? Nosotros solicitamos a vuestro padre el rey don Alfonso la incorporación de nuestras tierras a la Corona de Castilla —le respondió uno de los encartados.

El rey se sintió complacido con aquella respuesta. No deseó seguir hablando más sobre las disputas que tuvieron los encartados con sus alcaldes, y dijo a Alburquerque:

—No se pueden recaudar nuevos tributos en las Encartaciones. Los pactos con la Corona de Castilla hay que respetarlos y también los Fueros de esa gente.

Alburquerque estaba furioso. «El rey me ha desautorizado de nuevo ante las Cortes». En cambio, don Fernán se encontraba satisfecho por el éxito de aquella misión que el rey le encomendó.

—Esta es la oportunidad que tenéis para solicitar alguna merced. El rey os concederá lo que le pidáis. Está muy complacido por el servicio que le habéis prestado —dijo Suárez de Toledo a don Fernán.

Don Fernán sabía que había pacificado las tierras de las Encartaciones gracias a la intervención de mucha gente y no le parecía bien solicitar al rey ninguna recompensa, pero de pronto comenzó a reflexionar. «Podría pedirle el castillo de Aranguti y el gobierno de las Encartaciones. ¿Pero qué pensará el señor de Aranguti? Dirá que fui allí para quedarme con su castillo». Don Fernán se debatía entre sus escrúpulos y los deseos de recuperar la fortaleza que había sido de sus antepasados.

—Es costumbre que el rey premie a sus caballeros por los servicios que han prestado a la Corona. Don Fernán Pérez de Ayala ha realizado con éxito la misión que le encomendasteis. Esta sería una buena ocasión para que su persona quedara reconocida ante estas Cortes —dijo Suárez de Toledo al rey, mientras don Fernán seguía inmerso en sus reflexiones.

El rey hizo un gesto con la mano a don Fernán para que se acercara y le preguntó:

—¿Qué merced deseáis que os conceda?

—Mi señor, no había pensado en tal reconocimiento. Si deseáis concederme alguna merced, os pido el castillo de Aranguti y el gobierno de las Encartaciones.

El rey se sorprendió al oír esa petición que le hacía don Fernán. No le gustaba nada la idea de que tuviera aún más poder del que ya tenía. Pero como se había comprometido ante las Cortes, se vio obligado a atender su petición. Se apoyó contra el respaldo del trono, levantó las manos, como demostrando su deseo de complacerle, y asintió:

—Que el señor de Ayala tenga en mi nombre el castillo de Aranguti y el gobierno de las Encartaciones.

Una vez terminó aquella sesión de las Cortes, Suárez de Toledo fue al encuentro de don Fernán y le habló de la delicada situación en la que se encontraba Alburquerque.

—El rey ya no escucha los consejos de Alburquerque. Durante la discusión que hubo sobre las behetrías, también le desautorizó el rey.

—¿No deseábamos que el rey le retirara su confianza? —le respondió don Fernán.

—Sí, pero no creo que vaya a prescindir de él. Alburquerque consiguió que el rey don Carlos de Navarra fuera a Burgos para entrevistarse con el rey. Ahora prepara una reunión con el rey de Portugal en Ciudad Rodrigo. Mientras os encontrabais en las Encartaciones, anunció a las Cortes que el rey se casaría con una prima del rey de Francia, y ha designado a los embajadores que irán a París.

—¿Han partido los embajadores?

—Llevan un poder del rey para desposarle con una hija del duque de Borbón, y otro para renovar la amistad con el rey de Francia. Alburquerque sigue controlando el reino. Todo lo ha organizado él. Se ha hecho imprescindible para el rey.

—Puede que tengáis razón, aunque permitidme que lo dude. Nadie es imprescindible —sentenció don Fernán.

51

El rey don Pedro se fue a Ciudad Rodrigo. En las afueras de la ciudad instalaron su campamento. Allí recibió a su abuelo el rey don Alfonso de Portugal. Le hizo grandes honores y se intercambiaron muchas joyas de regalo. Mientras celebraban las conversaciones para establecer los acuerdos de mutua amistad, Alburquerque recibió noticias de uno de sus espías y se las contó al rey.

—Don Alfonso Fernández Coronel abastece sus fortalezas. Se prepara para resistir un asedio.

No entendía el rey por qué Fernández Coronel actuaba de ese modo. «Le di honores y le hice mi copero mayor, y ahora se comporta así». El rey sabía que Fernández Coronel no acudió a las Cortes de Valladolid por temor a Alburquerque, pero no llegaba a comprender que hubiera tomado una actitud de tanta hostilidad contra él.

Alburquerque no podía olvidar que durante la enfermedad del rey en Sevilla, Fernández Coronel se pasó al partido del señor de Vizcaya. «Conseguí que el rey le devolviera la villa de Aguilar y que le diera las prebendas que tiene, y me lo paga con deshonor», pensó indignado. Por eso ardía en deseos de vengar su traición.

—Señor, aquí están los acuerdos de amistad que debéis firmar con vuestro abuelo el rey don Alfonso —dijo Alburquerque al rey.

—¿A qué vienen tantas prisas? —le respondió el rey.

—Convendría partir cuanto antes hacia la villa de Aguilar. Debéis cercarla y prender a Fernández Coronel —le aconsejó Alburquerque.

Antes de firmar los acuerdos de amistad entre los dos reinos, el rey don Alfonso de Portugal habló con su nieto el rey de Castilla y le dijo:

—Vuestro hermano el conde don Enrique se encuentra en Portugal. Al saber que habíais ordenado la muerte de Laso de la Vega, vino aquí desde Asturias y me ha pedido que interceda por él.

—El conde don Enrique me desobedeció. Se casó con doña Juana en contra de mi voluntad. Le perdono con la condición de que vuelva a Asturias y permanezca allí —le respondió el rey don Pedro de Castilla.

• • •

Por la insistencia de Alburquerque, el rey abandonó Ciudad

Rodrigo. «A mí qué me importa que Fernández Coronel abastezca la villa», pensaba camino de Aguilar. Lo que le preocupaba eran sus hermanos. Los odiaba. Quería acabar con ellos por las humillaciones que le hicieron pasar en vida de su padre el rey don Alfonso, y estaba dispuesto a vengarse por ello.

—Han colocado barreras delante de la muralla. La villa está muy defendida. Si atacamos tendremos dificultades para tomarla —informó al rey uno de sus oficiales, al llegar a la villa de Aguilar.

El rey llamó a Gutierre Fernández de Toledo y le ordenó que anunciara a Fernández Coronel su deseo de entrar en la villa.

—No puedo acogerle —le respondió don Alfonso Fernández Coronel—. Allí veo a don Juan Alfonso de Alburquerque. Tiene mucho poder. Me considera su enemigo. Además, el rey me dio esta villa con tantos privilegios que no estoy obligado a recibirle, porque viene con mucha gente armada.

Se enfureció el rey al conocer la respuesta de Fernández Coronel y mandó asaltar la villa. Sus tropas pelearon en las barreras. Llegaron hasta las puertas de la villa. Estando a punto de entrar, les arrojaron piedras desde lo alto de la muralla y rompieron su pendón. Los hombres del castillo se apoderaron del pendón, y las tropas del rey tuvieron que retirarse.

Mientras hacían los preparativos en el campamento del rey para iniciar un nuevo ataque, anunciaron a Alburquerque que dos hombres querían verle. «Serán los espías que han vuelto», pensó y fue a su encuentro. Después de entrevistarse con ellos, se quedó pensando como iba a convencer al rey para que fuera a Gijón. «Si le digo que levante el cerco, se negará. Si le presiono para que vaya a Gijón, se irritará». Al fin decidió transmitirle la información tal y como se la habían dado sus espías, y fue a comunicársela al rey.

—Mi señor, vuestro hermano el conde don Enrique se encuentra en Gijón y abastece la villa.

—Le perdoné por haberme desobedecido, y ahora se prepara para resistir un asedio —comentó irritado el rey.

Alburquerque no podía desaprovechar esa ocasión para exacerbar aún más el odio que el rey sentía por sus hermanos.

—Si vuestros hermanos no reciben un escarmiento, seguirán sembrando la discordia por el reino. Acabarán por levantarse en armas, mi señor. ¡Os lo advertí! ¡Recordaréis que os lo advertí! —insistió Alburquerque.

Estaba harto el rey de los continuos reproches que le hacía Alburquerque. Pero como se sentía satisfecho de la información que le había facilitado sobre su hermano, no quiso responderle.

El silencio del rey hizo suponer a Alburquerque que había aceptado su consejo. Como le conocía bien, tenía la seguridad de que el rey iría a Gijón.

Mientras Alburquerque seguía cavilando con sus planes para recuperar la posición que estaba perdiendo en la Corte, el rey se debatía entre las dudas de abandonar el cerco de Aguilar y los deseos de apresar a su hermano el conde don Enrique. Creía que si iba tras él, no podría tomar la villa de Aguilar. Después de pensarlo, decidió mantener el asedio para que nadie pudiera escapar, y comenzó con los preparativos para ir a Gijón.

Antes de emprender el viaje hacia Gijón, el rey quería dar un escarmiento a Fernández Coronel. Mandó incautar sus bienes y los repartió entre las personas que dejó a cargo del asedio de Aguilar.

Pero al rey no le parecía suficiente escarmiento haber despojado de sus bienes a Fernández Coronel y tomó la determinación de someter sus castillos. Se dirigió a Burguillos. Después de conquistarlo, ordenó prender al alcaide y mandó que le cortaran las manos delante de él. Las metieron en un zurrón y las enviaron a Montalbán, Capilla y a Torija para que sus alcaides supieran lo que les sucedería si no rendían sus castillos. Después de ocupar esas fortalezas sin encontrar la menor resistencia, el rey marchó hacia Gijón.

52

Durante las jornadas que el rey tuvo que realizar para llegar a Gijón, Alburquerque no quiso contrariarle. Si no le pedía despachar con él, no le molestaba con los asuntos del reino y tampoco le informaba de los correos que recibía ni le contaba las noticias que le traían sus espías. Lo único que le preocupaba a Alburquerque era dominar la voluntad del rey, y eso era lo que se proponía hacer. Había preparado un minucioso plan para lograrlo. Tomó tantas precauciones para que su proyecto tuviera éxito que en el séquito no les acompañaba ninguna dama que pudiera despertar el interés del rey. En las posadas por donde pasaban, les atendían mujeres de avanzada edad. Era tan evidente la ausencia de doncellas en aquellos lugares donde dormían que hasta el rey hacía chanzas sobre este particular.

—No he visto una doncella desde que salimos de Torija. ¿Qué sucede? ¿Han desaparecido todas las doncellas de Castilla? —decía el rey, riéndose a carcajadas.

Durante ese tiempo que iban cabalgando, el rey no conoció mujer y ansiaba dar rienda suelta a sus pasiones. Alburquerque lo sabía. Por eso creía que sus planes darían los resultados que esperaba.

Don Fernán comenzó a sospechar que Alburquerque tramaba algo, pero no alcanzaba a comprender qué era lo que se proponía hacer, hasta que averiguó que ocultaba al rey muchas de las informaciones que todos conocían. Le alarmó tanto su conducta que se situó junto a Suárez de Toledo, mientras cabalgaban, y se lo comentó.

—Alburquerque no informa al rey de nada de lo que sucede en el reino. Algo trama.

—¿A qué os referís?

—El rey no sabe que don Juan de la Cerda, el yerno de Fernández Coronel, ha escapado del cerco de Aguilar, y tampoco sabe que se dirige hacia África en busca de los moros para socorrer a su suegro.

Don Pedro Suárez de Toledo se quedó mirando a don Fernán, y le dijo:

—¡No lo sabe! Si se lo decimos al rey, nos enfrentaremos a Alburquerque.

—Tendremos que averiguar las intenciones de Alburquerque. Sin duda, algo se propone hacer —le respondió don Fernán, hizo girar a

su caballo y regresó con sus tropas.

• • •

En las cercanías de León, se oyeron las voces de los campesinos que trabajaban en los alrededores de la ciudad.

—¡El rey! ¡Viene el rey! —gritaban mientras veían pasar a su séquito y a las tropas que le acompañaban.

Desde la muralla de León no tardaron en ver el pendón real. Los vigías dieron la voz de alerta y la gente se congregó frente a la iglesia de Santa María para recibirle. Los caballeros de León rodearon al rey y le dieron la bienvenida.

Mientras, Alburquerque trataba de encontrar entre la multitud a don Juan Fernández de Henestrosa. Pero no lograba verle y se impacientó. «¿En dónde se habrá metido? Le dije que estuviera aquí fuera. ¿No habrá llegado aún?», se preguntaba.

En el palacio, donde el rey se iba a alojar, hacían los preparativos para servir la cena que organizaron en su honor.

Los invitados comenzaban a entrar en la gran sala.

Alburquerque fue de los últimos en llegar. Había estado buscando por todas partes a Fernández de Henestrosa sin ningún resultado. Cuando creía que no le encontraría, le vio en el centro de la sala hablando con don Fernán, y fue hacia él.

—¿En dónde está María, vuestra sobrina?

—Ahí está —y la señaló con la mano.

«Pero ¡si está con el rey!», pensó al verla.

—¿Quién la presentó al rey? —le volvió a preguntar Alburquerque, sorprendido.

—Se acercó el rey. Estuvimos hablando con él, y luego se fue con María. ¿No deseabais que la conociera? —le respondió Fernández de Henestrosa.

—Así es —replicó Alburquerque y se marchó.

Don Fernán ya no tenía ninguna duda de lo que había estado tramando Alburquerque. Después de la conversación que mantuvo con Fernández de Henestrosa, fue a hablar con Suárez de Toledo y le dijo:

—Alburquerque pretende que el rey caiga rendido en los brazos de María, la sobrina de Fernández de Henestrosa.

—No os entiendo.

—Alburquerque evitó que el rey estuviera con una mujer durante el viaje. Quería que se entregara a esta doncella —y don Fernán señaló con un gesto de cabeza a la sobrina de Fernández de Henestrosa—. Trata de utilizarla para controlar al rey. Lo tenía todo muy preparado. ¿Entendéis ahora lo que os quiero decir?

—Pues si ese era su plan, lo va a lograr. Al rey se le ve entusiasmado con esa doncella —le respondió Suárez de Toledo.

—Eso es lo que Alburquerque se había propuesto, aunque dudo de que logre controlar al rey, y mucho me temo que tampoco pueda controlar a esa doncella.

—¿Qué insinuáis?

—Fernández de Henestrosa se ha enterado de que Alburquerque está perdiendo influencia en la Corte. Sospecha que pretende utilizar a su sobrina para recuperar el favor del rey.

—Me parece muy diabólico este plan que ha tramado Alburquerque —afirmó Suárez de Toledo.

—Tened la seguridad de que lo está intentando, aunque no logrará valerse de ella. Conozco bien a Fernández de Henestrosa y sé que no lo permitirá —sentenció don Fernán.

Los invitados se sorprendieron al ver a una doncella desconocida sentada a la mesa junto al rey, y no dejaban de observarla.

—Pero ¿quién es esa? —preguntó una de las damas invitadas.

—Es María de Padilla, una sobrina de Fernández de Henestrosa. Se crio en la casa de doña Isabel de Meneses, la mujer de Alburquerque —contestó una dama que la conocía.

—¿Y qué hace aquí? —seguían preguntándose las señoras.

—El rey se habrá encaprichado de ella —dijo riéndose otra de las invitadas.

Don Fernán escuchaba impávido esos comentarios mientras pensaba en lo desdichada que hubiera sido su hija Aldonza, rodeada de toda esa gente.

Alburquerque se sentía incómodo en aquella cena. No ocupaba el lugar que le correspondía en la mesa junto al rey, como en otras ocasiones. Le molestaba que Fernández de Henestrosa estuviera sentado a la izquierda del rey, y la actitud arrogante que tuvo con él cuando le encontró conversando con don Fernán. Además, comenzaba a sospechar que no iba a poder valerse de su sobrina para controlar la voluntad del rey, y se lamentaba de haber confiado en Henestrosa.

Al rey se le veía muy contento, conversando con María de Padilla. Pero de pronto se quedó mirando a don Fernán y se acordó de Aldonza. Durante unos instantes la estuvo comparando con María. Al rey le parecía tan hermosa como Aldonza, aunque María era algo menor de cuerpo. Tenía ojos inquietos y alegres, y a veces se tornaban un poco melancólicos. María percibió que el rey la deseaba y, como se sentía atraída por él, le miró sin ningún recato. El rey interpretó que se estaba insinuando y le pidió que pasara la

noche con él. María se ruborizó. El rey se dio cuenta de su torpeza y quiso tranquilizarla; y en un tono más delicado le susurró unas palabras al oído. María se conmovió al escuchar lo que le había dicho y le dirigió una mirada llena de ternura. El rey estaba exultante pensando que esa noche la tendría entre sus brazos.

Los invitados habían terminado de cenar. El rey se encontraba impaciente por estar a solas con María y decidió levantarse de la mesa. Le ofreció su brazo para que se apoyara en él y salieron al jardín. Allí estuvieron acariciándose hasta que se fueron.

Fernández de Henestrosa no hizo el menor ademán de seguirlos al verlos salir de la gran sala y se puso a hablar con don Fernán. Alburquerque disimulaba su frustración saludando a las señoras, pero al comprobar que el rey se había ido, también él se marchó a sus aposentos.

• • •

El rey llevaba varios días con María sin salir de su alcoba. No permitía que nadie los molestara. Había ordenado que les llevaran mucha fruta con las comidas y solían dejarla en una bandeja fuera, junto a la puerta. Su comportamiento escandalizó a los miembros de su séquito. Don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo pidieron en varias ocasiones a Fernández de Henestrosa que hablara con su sobrina, pero se negaba a intervenir. También Alburquerque se estaba impacientando con la actitud del rey y decidió actuar para que saliera de sus aposentos.

—Han burlado el cerco de Aguilar y van en busca de los moros. Se preparan para luchar. Mis hermanos siguen desobedeciendo. El conde don Enrique abastece Gijón para resistir un largo asedio. Don Tello ha robado la recua de Burgos —dijo el rey a María, mientras leía la carta que le había enviado Alburquerque entre las viandas que les llevaron esa mañana para desayunar.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó María mientras se levantaba de la cama y se envolvía en una sábana.

—Tendré que ir a Gijón para prender a Enrique. Veré si luego alcanzo a Tello y le capturo. No puedo tolerar que ande por ahí desvalijando a la gente como si fuera un malhechor.

—¿Por qué no haces la paz con tus hermanos? —le preguntó María.

—La única persona que pudo haberlo conseguido fue el señor de Vizcaya, pero murió.

—Habrá que pensar en otra persona para que lo intente de nuevo.

—No sé a quién se le podría encomendar una misión así.

—Pensaré en alguna persona para que hable con tus hermanos. Tienes que hacer la paz.

Al rey le agradaba el carácter resuelto de María. Le inspiraba confianza la seguridad que tenía en sí misma. Pero aunque le parecía imposible hacer la paz con sus hermanos, no deseaba desanimarla y le dijo:

—Si mis hermanos vuelven a mi obediencia, los perdonaré.

53

Camino de Gijón, Alburquerque seguía tratando de enfrentar al rey con sus hermanos. Le exageraba las informaciones que recibía sobre el conde don Enrique. Quería que se decidiera a acabar con él, pero no le respondía ni atendía sus consejos.

Cuando llegaron a Gijón, el rey ordenó poner cerco a la villa.

Alburquerque se sorprendió al ver que las tropas no atacaban y dijo al rey:

—Si entráis ahora podréis pender al conde don Enrique.

—El conde don Enrique no se encuentra en Gijón —le respondió el rey.

Alburquerque se quedó desconcertado. «¿Cómo no me lo habrán anunciado mis espías?».

—Al vernos llegar, el conde don Enrique ha debido de abandonar la villa —le dijo Alburquerque.

—Abandonó la villa antes de que llegáramos aquí y veo que no lo sabíais. Vuestra obligación es conocer lo que sucede en el reino. Además, he sabido que me ocultáis las noticias que recibís —se lo reprochó muy irritado el rey.

—Eso no es cierto, mi señor. Conozco bien mis obligaciones. Aprendí de vuestro padre que no se debe molestar al rey con todas las cosas que suceden en el reino —se defendió Alburquerque.

—Lo que sucede en el reino siempre es de mi interés —le replicó el rey.

No podía sospechar Alburquerque que María de Padilla hubiera facilitado al rey esa información ni que estuviera tratando de hacer la paz con sus hermanos. Tampoco sabía que el conde don Enrique se había refugiado en las montañas de Asturias y que permanecería allí hasta comprobar las intenciones del rey. Por eso, al ver que en el campamento se hacían los preparativos para entrar en la villa, no entendía lo que sucedía y se dirigió al pabellón del rey.

—Si el conde don Enrique no se encuentra en Gijón, ¿para qué deseáis entrar en la villa?

—El conde don Enrique ha dejado a la condesa doña Juana y a varios de sus caballeros allí para que me rindan pleito de homenaje —le anunció el rey.

No tuvo ningún argumento Alburquerque para responder y prefirió permanecer en silencio antes de quedar en evidencia de nuevo ante el rey. «¿Cómo no me lo habrán advertido mis espías?», seguía preguntándose.

• • •

En una gran campa sobre la cima de la villa, frente a la mar, la condesa doña Juana esperaba al rey. Estaba acompañada de Pedro Carrillo y de otros caballeros que se encontraban con ella en Gijón. El rey se detuvo en el centro de la campa. La condesa doña Juana se apresuró a saludarle. El rey dejó caer su mano con la intención de que ella tuviera que hacerle la reverencia hasta el suelo y se la besara. Luego la levantó, pero se mantuvo distante con ella. El comportamiento del rey fue muy diferente con Carrillo. Le tenía en gran estima. Solía decir que le hubiera gustado tenerle en la Corte.

El rey y Pedro Carrillo comenzaron a hablar. Suárez de Toledo tuvo que acercarse para recordar al rey que debía comenzar la ceremonia del pleito de homenaje.

Delante del pórtico de Nuestra Señora del Cerro, una ermita que se construyó durante la época de los visigodos, Carrillo y los otros caballeros se quitaron la cota de malla y dejaron sus espadas sobre una mesa. Se arrodillaron ante el rey. Juntaron sus manos y las colocan entre las del rey, como demostración simbólica del pleito de homenaje que iban a hacer en representación del conde don Enrique.

—¿Juráis guardar fidelidad al rey, defenderle con las armas y seguirle a la guerra? —les preguntó el rey, levantando la voz para que todos le oyeran.

—Sí, lo juramos en nombre de nuestro señor, el conde don Enrique.

El rey cerró sus manos sobre las de aquellos caballeros, aceptando el pleito de homenaje que le hacían en nombre de su hermano, y les dijo:

—Podéis levantaros.

—Pedro Carrillo —le llamó el rey—, quedaos aquí. Deseo que juréis que el conde don Enrique no se levantará contra el rey en esta villa de Gijón ni en las otras fortalezas que tiene en mi nombre.

—Os lo juro, mi señor.

El rey le tendió las manos para que se acercara y le abrazó.

—Decid a mi hermano el conde don Enrique que el rey le ha perdonado.

• • •

Se había levantado una galerna. Las olas se estrellaban contra la escarpa del cerro, donde se levantaba la villa. Las damas tenían que sujetar sus tocados y cuidaban de que sus faldas no comenzaran a volar con aquel vendaval.

El rey se despidió de la condesa doña Juana y de los caballeros que la acompañaban. Camino de su campamento, iba reviviendo los días que pasó junto a María de Padilla en León. Se sentía orgulloso de ella. «Nunca hubiera creído que fuera capaz de lograr la paz con mi hermano Enrique». Estaba decidido a verla, pero sabía que primero debía ir a Monteagudo. «No puedo tolerar que Tello vaya por ahí robando las recuas de Castilla».

Una vez amainó el temporal, el rey partió de Gijón y fue en persecución de don Tello. Durante la marcha hacía planes para prescindir de Alburquerque. Los parientes de María de Padilla le habían demostrado su lealtad y empezaba a confiar en ellos. Pero a pesar de los planes que hacía, Alburquerque aún le resultaba imprescindible. También le preocupaba que su hermano el conde don Enrique tuviera tantos partidarios en el reino.

—¿Por qué el conde don Enrique está siempre rodeado de toda esa gente que le acompaña si no tiene dinero para pagarles? —preguntó el rey a Alburquerque, que cabalgaba a su lado.

—Les paga con joyas. Con piedras nobles. Con aljófares.

—¡Joyas! ¡Decís joyas y piedras preciosas! ¿De dónde las saca?

—Se las dio doña Leonor de Guzmán en Sevilla.

—Si se las dio doña Leonor, seguro que eran de mi padre el rey. Ahora deberían ser mías —murmuró el rey en voz baja.

—Vuestro hermano don Tello ha partido de Monteagudo. Va camino del reino de Aragón —le dijo Alburquerque sin darle demasiada importancia, porque sabía que de ese modo provocaría la ira del rey.

El rey se enfureció. Se dirigió a Fuentidueña, un lugar que era de don Tello. Luchó durante varios días contra los partidarios de su hermano y los derrotó. Después fue a Muñoz, que era de Pedro Ruiz de Villegas, el mayordomo mayor de don Tello. También allí tuvo que luchar. Pero una noche, paseando cerca de su pabellón, uno de sus escuderos le anunció que un mensajero deseaba verle en secreto.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —le preguntó sorprendido el rey.

—Tomad, mi señor —le dijo su escudero y le entregó el trozo de pergamino que le había dado el mensajero.

«¡Dios mío, don Nuño ha muerto!», exclamó el rey para sí. «Esta es la oportunidad que esperaba. Ahora podré dominar a los vizcaínos».

—¿Qué le digo al mensajero? —preguntó el escudero al rey.

—Llévale detrás de mi pabellón. ¡Que nadie le vea!

—Me envía don Pedro Ruiz de Villegas —dijo el mensajero al rey.

—Eso ya lo sé. Leí su carta —le espetó el rey.

—Don Pedro Ruiz de Villegas desea haceros pleito de homenaje en nombre de don Tello.

—¿Eso es todo lo que tenéis que decirnos?

El mensajero gesticuló con las manos, demostrando que no tenía nada más que añadir, y permaneció en silencio.

—Dile a tu señor que se quede en Monteagudo. Le veré allí —le dijo el rey y entró en su pabellón.

El rey seguía pensando en la muerte del niño don Nuño, el señor de Vizcaya. «Tengo que aprovechar esta ocasión para llevar a cabo mis planes y someter a los vizcaínos».

—Don Nuño, el señor de Vizcaya, ha muerto. Se encontraba muy enfermo —dijo el rey a los caballeros que iban en su séquito para que nadie sospechara que él hubiera intervenido en su muerte—. Es hora de que la Corona recupere los castillos que tenía el señor de Vizcaya en el reino.

Alburquerque no sabía quién había informado al rey de la muerte de don Nuño, pero no quería indagar. Temía quedar otra vez en evidencia. A pesar de todo, tenía la intención de que el rey se decidiera a actuar y le dijo:

—Ahora podríais anexionar Vizcaya a Castilla. Deberíais invadir el señorío. Es la ocasión que esperabais.

—Podéis ordenar que ocupen las tierras de Lara. Mis antepasados los reyes de Castilla se las dieron a los Lara y yo ahora se las voy a quitar —le respondió el rey.

Don Fernán se alegró de que el rey no tuviera la intención de invadir el señorío de Vizcaya. «Hubiera sido un desastre para todos».

—¿Cuándo murió don Nuño? —preguntó don Fernán al rey, porque suponía que tendría más noticias sobre su muerte.

—Le enterraron hace pocos días en Bermeo.

—¿Han proclamado a doña Juana señora de Vizcaya? —le preguntó Pedro López de Ayala.

—La ceremonia se celebró al día siguiente del entierro de don Nuño —contestó el rey, pero no quiso dar más explicaciones.

• • •

Cuando el rey llegó a Monteagudo, Ruiz de Villegas salió a su encuentro.

—Don Tello desea rendiros pleito de homenaje.

—¿Y por qué su gente luchó contra mis tropas en Fuentidueña y en Muñoz? —le reprochó el rey.

—Hubo un malentendido. Os enviamos un correo y me

ordenasteis que os aguardara aquí, mi señor —se disculpó Ruiz de Villegas.

—¿Por qué don Tello se encuentra en el reino de Aragón? —le preguntó el rey.

—Un mensajero de doña María de Padilla le anunció que deseabais hacer la paz. Me ha pedido que os rinda pleito de homenaje en su nombre —respondió Ruiz de Villegas con la intención de aplacar la ira del rey.

El recuerdo de María de Padilla se volvió a apoderar del rey. Comenzaba a idealizarla. Le deslumbraba su personalidad. Necesitaba tenerla a su lado, pero sabía que debía visitar la frontera con Aragón y fue al castillo de Martín González, en el límite del reino. Allí pasó revista a las tropas de la guarnición. Después, Ruiz de Villegas le rindió pleito de homenaje en la ermita de Nuestra Señora de la Torre, ante la pila bautismal, el hito que separaba a Castilla de Aragón.

• • •

De regreso a Monteagudo, un mensajero esperaba para hablar con Alburquerque.

—Mi señor el rey don Pedro de Aragón desea reunirse con el rey de Castilla. Tiene intención de renovar los acuerdos de amistad que hicieron sus padres.

Sin pérdida de tiempo comenzaron con los preparativos para que tuviera lugar aquel encuentro y decidieron que se vieran en Soria, en el monasterio de la Orden de San Juan de Jerusalén, sobre el río Duero.

El rey de Aragón había concedido asilo a don Tello, pero no deseaba que su reino se convirtiera en refugio de los castellanos. De modo que estaba decidido a resolver este problema y en su primer encuentro con el rey de Castilla le dijo:

—Os ruego que perdonéis a vuestro hermano don Tello para que pueda regresar a Castilla.

—Don Tello acaba de rendirme pleito de homenaje. Ha hecho la paz conmigo —le respondió el rey de Castilla.

El rey de Aragón buscaba la manera de prolongar su estancia en Soria para hablar de las fronteras, pero el rey de Castilla se dio cuenta de sus intenciones y le manifestó que tenía prisa por llegar a Aguilar. Pidió los documentos para renovar los acuerdos de amistad que hicieron sus padres, los firmó y se despidió del rey de Aragón. Los caballeros de la Orden de San Juan le esperaban en el claustro para darle escolta hasta su campamento.

Poco antes de que la comitiva del rey de Castilla se dispusiera a

abandonar su campamento de Soria, un mensajero que venía de León se presentó ante el rey y le entregó una carta. Enseguida se dio cuenta el rey de que la carta era de María de Padilla. Deseaba tanto conocer noticias suyas que la leyó con avidez. «¡Dios mío!», exclamó y se fue a sus aposentos para que nadie le molestara.

—Espera aquí —dijo el rey al mensajero antes de salir de la sala.

En sus aposentos, el rey se puso a pensar en María. «Tendré que dar una explicación a la Corte. No, no, el rey no tiene por qué dar ninguna explicación a nadie», seguía pensando mientras cogía un trozo de pergamino para escribir una carta a María.

Alburquerque ardía en deseos de conocer el contenido de la carta que había recibido el rey. Hubiera deseado interceptarla para saber quién se la enviaba, pero no se atrevió a hacerlo. Había órdenes terminantes del rey sobre los correos que llegaran para él. Nadie podía recibir sus correos si no era el propio rey. Alburquerque se resistía a no saber de quién era esa carta, y como no podía soportar que le ocultaran nada de lo que sucedía en la Corte llamó a uno de sus hombres de armas y le dijo, señalando al mensajero:

—Llévate a ese de aquí. Entérate de quién es la carta que ha entregado al rey.

Las dudas de Alburquerque quedaron despejadas en cuanto su hombre de armas volvió de interrogar al mensajero y le contó lo que había averiguado.

Cuando el rey regresó de sus aposentos, se sorprendió de no ver allí al mensajero y preguntó:

—¿Dónde está el mensajero? Le dije que esperara aquí.

—Está fuera, mi señor. Se sentía violento aquí, delante de todos nosotros —le respondió Alburquerque y mandó que fueran a por él.

—Entrega esta carta a doña María de Padilla —ordenó el rey al mensajero.

—Doña María de Padilla espera un hijo del rey. Irá a Córdoba. Disponed que preparen sus aposentos en el palacio que construyó mi padre el rey don Alfonso dentro del alcázar —dijo el rey a Alburquerque en tono imperativo para que todos lo oyeran.

Los caballeros que se encontraban en la sala se quedaron paralizados al escuchar aquellas palabras del rey. «Si el rey de Francia se entera de que el rey don Pedro espera un hijo bastardo, se romperán los acuerdos de matrimonio que se han hecho con su prima. Peligrarán las alianzas de paz que ya habrán firmado nuestros embajadores en París», pensó muy preocupado Alburquerque.

54

Después de un largo viaje, el rey llegó a la villa de Aguilar. Allí le esperaban sus oficiales.

—¿Cómo pudo escapar don Juan de la Cerda? —preguntó el rey.

—Escapó durante una tormenta. No pudimos ver nada con la niebla, mi señor —le respondieron.

Al rey le irritaba que don Alfonso Fernández Coronel no rindiera la villa. No podía tolerar su rebeldía. Habían transcurrido varios meses desde que llegó a Aguilar y estaba impaciente por ir a Córdoba, junto a María de Padilla, para asistir al nacimiento de su hijo.

—No puedo permanecer aquí toda la vida. ¡Hay que tomar la villa! —chilló el rey—. Echadles animales muertos. Envenenad el agua. Haced cavas de una lanza de profundidad para derribar la muralla —ordenó enfurecido el rey a sus oficiales.

Mientras hacían las cavas, cubrían el techo con tablas; y sobre las tablas echaban la tierra que sacaban de las fosas para que no les vieran trabajar desde la villa. Cuando terminaron de construirlas, se deslizaron por su interior, pusieron minas en la base de la muralla, las prendieron y reventaron el muro. Gran parte del lienzo de la muralla cayó. Muchos de los que se encontraban en la villa salieron despavoridos por el muro roto y fueron a pedir clemencia al rey.

El rey mandó armar su tropa para combatir la villa de Aguilar, aunque allí no quedaba nadie que la pudiera defender. Antes de que la tropa entrara, Gutierre Fernández de Toledo fue a hablar con don Alfonso Fernández Coronel, que era amigo suyo.

—Compadre, amigo, ¡cómo me pesa la porfía que tomasteis! —le dijo Fernández de Toledo.

—¿Puede haber alguna solución a mi porfía? —le preguntó don Alfonso Fernández Coronel mientras iba a caballo, revisando las barreras del castillo.

—En verdad, tal y como están los hechos, no lo creo.

—Pues así lo veo yo también.

—¿Y qué podemos hacer, don Alfonso?

—El remedio es morir como un caballero, de la manera más digna, amigo —le respondió don Alfonso Fernández Coronel.

Gutierre Fernández de Toledo abandonó la villa de Aguilar, entristecido por la suerte que iba a correr su amigo.

Don Alfonso Fernández Coronel marchó a sus aposentos. Allí comenzó a prepararse para morir. Se puso un gambax, una loriga y

una capellina.[22] Después se dirigió a oír misa.

—¡Qué hacéis don Alfonso! Han entrado en la villa para prenderos —le dijo un escudero suyo.

—Suceda lo que suceda, permaneceré aquí hasta que la misa termine —le respondió Fernández Coronel y se quedó en su reclinatorio mientras el sacerdote consagraba el pan y el vino sobre el altar.

El escudero insistió tanto para que Fernández Coronel saliera de la capilla que consiguió llevarle a una de las torres del castillo. Desde allí vio a la gente del rey dentro de la villa.

• • •

—Amigo, llevadme ante el rey, mi señor —dijo Fernández Coronel al caudillo de los escuderos del rey.

—No sé si lo podré hacer. Trataré de complaceros.

—Si muero os ruego que protejáis a mis hijos. Ellos no tienen ninguna culpa en esta porfía —suplicó Fernández Coronel al caudillo de los escuderos del rey, descendió de la torre y se entregó.

Los hombres del rey le desarmaron, salvo del gambax, y se lo llevaron.

—¿Qué porfía tomasteis? ¡Un caballero como vos, respetado en el reino! ¿Por qué lo hicisteis? —preguntó Alburquerque a Fernández Coronel, al pasar por delante de él.

—Esta es Castilla, la que hacemos los hombres. No fue mi intención hacer ningún mal. Os pido que me den una muerte rápida —le respondió Fernández Coronel.

Se presentó el rey en el pórtico de la iglesia. Fernández Coronel no le vio. Poco después llegaron los alguaciles y Alburquerque les hizo una seña para que le degollaran allí mismo. Le cogieron y se lo llevaron bajo un árbol. Don Alfonso Fernández Coronel sabía que iba a morir. Se santiguó. Mientras elevaba sus plegarias a Dios, uno de los alguaciles le empujó la cabeza contra el árbol y le pasó la daga por el gaznate. Un fino hilo de sangre salió de su cuello y al instante borbotó la sangre. Sus ojos se extraviaron y la muerte se apoderó de él.

—¡Matad a esos cuatro! —ordenó el rey a sus alguaciles, señalando a los caballeros que estuvieron con Fernández Coronel durante el asedio

—Y destruid el castillo —mandó el rey a Alburquerque.

—Acaba de llegar un correo para informaros de que el papa Clemente VI murió hace días. El cardenal Esteban Aubert es el nuevo papa. Ha sido coronado con el nombre de Inocencio VI —dijo Alburquerque al rey.

—¡Otro francés! —exclamó el rey, pero no pareció que le importaran mucho las noticias de la muerte de Clemente VI y de la coronación del nuevo papa. Pidió que le trajeran su corcel y salió trotando en dirección a Córdoba.

55

Don Fernán y don Pedro Suárez de Toledo cabalgaban juntos hacia Córdoba en el séquito del rey. Sus rostros reflejaban preocupación.

—La amenaza de una guerra ya no dependerá solo de la conducta de los hermanos del rey —dijo don Fernán.

—No os entiendo —le respondió Suárez de Toledo.

—¿Qué sucederá después de la boda del rey con doña Blanca de Borbón?

—Lo decís por el hijo que espera el rey.

—Me preocupa lo que suceda en Castilla si el rey no abandona a doña María de Padilla.

—¿Acaso pensáis que el rey romperá el compromiso de matrimonio con doña Blanca de Borbón?

—No, no. El rey se casará con la prima del rey de Francia —afirmó don Fernán.

—Entonces, ¿qué queréis decir?

—Castilla se verá dividida. Habrá dos partidos si el rey no abandona a doña María de Padilla —sentenció don Fernán.

—¡Dos partidos! ¿A qué partidos os referís?

—Surgirán los partidarios de doña Blanca de Borbón y los del rey. Los dos bandos acabarán enfrentándose.

—Creo que exageráis. También surgieron dos partidos cuando el rey don Alfonso abandonó a la reina doña María, y no hubo ninguna guerra —le advirtió Suárez de Toledo.

—El rey don Alfonso no tenía los poderosos hermanos que tiene su hijo el rey don Pedro.

—¿Acaso creéis que el conde don Enrique y sus hermanos se enfrentarán al rey?

—No sé lo que harán el conde don Enrique y sus hermanos ni lo que pretenderán los parientes de doña María de Padilla ni cuál será la conducta del rey. Hasta que no lo sepamos, no sabremos qué sucederá en el reino —le dijo don Fernán.

• • •

El rey llegó a Córdoba con su séquito. Los cordobeses sabían que iba a tener un hijo. Al verle pasar por las calles, camino del alcázar, le aclamaron. En el palacio del alcázar había mucha actividad. Hacían los preparativos para recibir al niño que iba a nacer. El rey estaba impaciente por ver a María y se dirigió a sus aposentos.

—Mi señor, doña María está de parto. ¡No debéis entrar! —exclamó una de las comadronas.

—¡Apartad! —chilló el rey y la quitó de en medio.

El rey no había estado con María de Padilla desde que salió de León. Deseaba verla embarazada del hijo que esperaban. Entró en la alcoba y la encontró tumbada sobre un camastro, empapada de sudor, haciendo fuerzas con todo su cuerpo para alumbrar a su hijo. Se acercó a ella, la besó en la frente y le cogió las manos.

—Ya ves en qué estado me encuentro, Pedro —le dijo sonriendo María.

—No esperaba verte de otro modo —y también él rio.

—Doña María debe hacer más fuerzas. La estáis distrayendo, mi señor —dijo otra de las comadronas al rey.

—Estaré ahí fuera con tu familia. Te quiero, María —volvió a besarla en la frente y salió de la alcoba.

Los miembros del séquito del rey se encontraban en otra sala del palacio. En sus rostros se veían signos de preocupación. Nadie deseaba hacer ningún comentario sobre el hijo que iba a nacer de María de Padilla.

Alburquerque no podía comprender cómo se habían vuelto contra él los planes que hizo para dominar la voluntad del rey. «Los parientes de María se harán con el gobierno del reino y controlarán al rey», pensaba temeroso por la suerte que él pudiera correr. Estaba decidido a actuar, pero antes debía convencer a todos aquellos caballeros de que habría una guerra si el rey no abandonaba a María de Padilla.

—Doña Blanca de Borbón se encuentra en Narbona. Espera a que los embajadores de Castilla la conduzcan a Valladolid. Antes de que acabe este mes doña Blanca habrá llegado a Valladolid. Debemos pensar en alguna solución para evitar que el rey de Francia se sienta humillado si el rey don Pedro no abandona a doña María de Padilla —dijo Alburquerque para que todos se dieran cuenta de la grave situación que crearía el nacimiento del hijo del rey.

—Creo en el buen juicio del rey. No debemos precipitarnos. Aún no sabemos cuáles son sus intenciones —respondió don Fernán al sospechar que Alburquerque buscaba dividirlos.

—No debemos actuar sin saber lo que se propone el rey. Sería traición. ¡Traición al rey! —exclamó Suárez de Toledo, que también desconfiaba de Alburquerque.

Las palabras de Suárez de Toledo provocaron temor entre aquellos caballeros, y como nadie deseaba comprometerse

respondiendo a Alburquerque, se hizo un profundo silencio en la sala.

—¿Quién habla de traicionar al rey? Debemos convencerle de que Francia podría declarar la guerra a Castilla —replicó Alburquerque y se dirigió al otro extremo de la sala.

—El rey espera un hijo. No es este el momento para hablarle de guerras —respondió don Fernán.

—Entonces tendré que hablar con el rey —les advirtió Alburquerque en tono amenazante, porque se dio cuenta de que no iba a conseguir su propósito y se marchó de la sala.

El rey había pasado toda la noche con Fernández de Henestrosa y con García de Padilla, esperando tener noticias. Al despuntar el alba, una de las comadronas irrumpió en la sala donde se encontraban.

—¡Es una niña preciosa! —les anunció.

El rey entró en la alcoba. Vio a María con la niña entre sus brazos. No pudo contener su emoción y la besó.

—¿Qué nombre quieres que le pongamos?

—Beatriz —le respondió María con una sonrisa de felicidad en sus labios.

La noticia del nacimiento de la hija del rey se anunció por todo el palacio. Alburquerque, los privados y don Fernán con su hijo Pedro se dirigieron hacia los aposentos de María de Padilla.

—Acabamos de conocer la noticia —dijo Alburquerque al rey.

—Doña María ha tenido una niña preciosa —le respondió el rey.

Don Fernán y su hijo Pedro se interesaron por María de Padilla y por la recién nacida. El rey se lo agradeció. Se hizo un profundo silencio. Nadie más quiso preguntar por la niña ni por su madre. El rey se sintió decepcionado por la actitud de Alburquerque y la de sus privados. «No me han felicitado por el nacimiento de mi hija», pensó, pero no le sorprendió. Se fue hacia la alcoba de María. Abrió la puerta y cuando estuvo a punto de entrar, se volvió hacia Alburquerque y le anunció:

—Los castillos de Montalbán, Capilla, Burguillos y los lugares de Mondéjar y Yucos, que antes fueron de Fernández Coronel, se los doy a mi hija Beatriz con motivo de su nacimiento. Que preparen los documentos de la donación. También he decidido nombrar mis privados a don Juan Fernández de Henestrosa y a Diego García de Padilla. Ordenad que se les convoque a las reuniones del Consejo — y se introdujo en la alcoba.

Alburquerque sabía que sus días como valido del rey estaban llegando a su fin.

• • •

Muy pronto, María de Padilla se sintió restablecida del parto y comenzó a salir con su hija al jardín del palacio.

El rey estaba muy feliz. Solía pasear con Fernández de Henestrosa y con García de Padilla. Les hablaba de sus preocupaciones y de los planes que tenía para gobernar el reino.

—Deseo hacer nuevos nombramientos en mi casa y en el reino. Debo prescindir de algunas de las personas que nombró Alburquerque —dijo el rey a sus nuevos privados una mañana mientras paseaban con María de Padilla por los alrededores del palacio.

—¿No habéis oído que el rey necesita otras personas para gobernar el reino y su casa? ¿No vais a ayudarle? ¡Acaso no os ha nombrado sus privados! —dijo María a su tío y a su hermano, sorprendida de que no contestaran al rey.

—El rey sabe que tu hermano y yo haremos lo que nos ordene —le respondió Fernández de Henestrosa.

—Volveremos a hablar de ello tan pronto como Alburquerque regrese de la misión que le he encomendado en Portugal —les dijo el rey.

56

El rey no dejaba de pensar en su boda con doña Blanca de Borbón. Se sentía inquieto porque sabía que debía ir a Valladolid, y no se resignaba a aceptar la idea de casarse con una mujer a la que comenzaba a aborrecer. «¿Por qué escuché los consejos de Alburquerque y permití que mis embajadores fueran a París? Si hubiera conocido antes a María no habría tolerado que me hablaran de ese matrimonio», se lamentaba. A menudo se desahogaba con María. Le hablaba de los acuerdos que se hicieron entre Castilla y Francia para justificar su enlace con la hija del duque de Borbón. María le escuchaba en silencio. El rey solía insistir al ver que no le respondía, pero no conseguía arrancarle una palabra de reproche por su boda ni de crítica contra su futura mujer. «Nunca me habla con despecho de ella», pensaba el rey con admiración por su actitud.

María conocía bien al rey y por eso no le reprochaba que se fuera a casar con otra mujer. «Él me ama. Ahora que tengo una hija suya no me abandonará», pensaba segura de sí misma. María permanecía siempre pendiente del rey. Trataba de mantenerle alejado de sus preocupaciones, y en los momentos de turbación le manifestaba con mayor ternura su amor.

• • •

Una tarde, mientras el rey jugaba a los bolos, vio pasar a María y fue a su encuentro.

—Debo partir cuanto antes. Os llevaré a las dos conmigo.

—Deseo quedarme aquí con nuestra hija. No quiero ir a Valladolid.

—No es necesario que vengas a Valladolid. Pensaré en algún lugar seguro hasta que regrese.

María no le respondió. Sabía que si lo hacía, acabarían hablando de la boda y no deseaba escuchar los argumentos que el rey solía utilizar para justificarse ante ella. Tampoco el rey quiso insistir y siguió jugando a los bolos.

• • •

Pocos días después, la comitiva se puso en marcha. María partió de Córdoba en una carreta cubierta. En la soledad del camino, recordó el día que conoció al rey. Mientras revivía aquellas escenas, se acordó de Alburquerque. «Le aborrezco por lo que quiso hacer

conmigo. ¡Cómo pudo intentar una cosa así!». El afecto que María había sentido por Alburquerque se transformó en profundo desprecio. «Ahora me odiará. Intentará apartarme del rey», pensaba ella.

Don Juan Fernández de Henestrosa y Diego García de Padilla visitaban con frecuencia a María en su carreta durante el viaje. Trataban de distraerla con sus relatos, pero apenas les prestaba atención y se mostraba muy reservada.

—Te veo preocupada —dijo Fernández de Henestrosa a María.

—¿Qué nos sucederá a mi hija Beatriz y a mí si el rey se casa con esa mujer?

—El rey no hará nada que te perjudique a ti ni a tu hija.

—Alburquerque se vengará de mí.

—No lo permitiremos —intervino enfurecido su hermano Diego García de Padilla.

—Si el rey se casa con la prima del rey de Francia, Alburquerque mandará matarme.

—No digas eso. Alburquerque tendrá que preocuparse por su suerte, y no tú, María. El rey te ama —le dijo Fernández de Henestrosa para tranquilizarla.

María seguía sin hablar con el rey de sus temores. No deseaba crearle más preocupaciones de las que ya tenía. Además, sabía que aún no había decidido si se casaría con doña Blanca de Borbón y no quería presionarle.

Cuando avistaron la ciudad de Toledo, encumbrada por las aguas del Tajo, el rey se dirigió a la carreta de María.

—He tomado una decisión —dijo el rey a María, y luego le susurró algo al oído.

María se echó al cuello del rey, le abrazó y llenó de besos su rostro. El rey la acariciaba mientras ella seguía besándole.

—Será un secreto que debemos guardarlo hasta el día que lo podamos compartir con tus hermanos y con tu tío Juan —le dijo el rey.

María estaba emocionada. No podía articular palabra.

—¡Qué feliz me haces, Pedro! —le respondió una vez se serenó.

• • •

En la ciudad de Toledo anunciaron que el rey se acercaba con su séquito. Se produjo un enorme revuelo. Samuel Leví, el tesorero mayor del rey, salió a recibirle.

—Mi señor, la ciudad de Toledo se complace en recibiros. Vuestro palacio está dispuesto para que os alojéis en él. Desconocíamos que os propusierais visitar la ciudad —le dijo al rey,

mientras le hacía una reverencia tras otra.

—Me dirijo a Torrijos. Volveré en otra ocasión para visitar Toledo.

Samuel Leví se quedó desconcertado al comprobar que el rey no iba a entrar en la ciudad. «¡Cómo no me informó don Juan Alfonso de Alburquerque de que el rey pasaría de largo!». Se sentía tan abatido que se apartó y ordenó despejar el camino para que el rey continuara la marcha.

—¡Leví! —le llamó el rey sin mirarle.

—¡Mi señor! —y montó su caballo para ir tras él.

—Las arcas del reino están vacías —le espetó el rey.

—Don Juan Alfonso de Alburquerque no quiere pedir cuentas a los recaudadores —le respondió Samuel Leví.

El rey se puso a trotar y se alejó de su tesorero con la intención de que no le siguiera.

—Ya veis, Samuel Leví no puede tomar ninguna decisión sin el consentimiento de Alburquerque —dijo Suárez de Toledo a don Fernán mientras cabalgaban juntos, cerca del rey.

—Ya hemos visto como Leví ha tenido que justificarse ante el rey. Tenía razón el señor de Vizcaya al decir que Alburquerque había nombrado tesorero mayor del rey a un criado suyo —respondió don Fernán.

57

Una ventisca sorprendió al rey y a su séquito durante el camino. Enseguida quedaron cubiertos por un manto blanco los montes y los campos por donde iban pasando. Apenas se oían el traqueteo de la carreta y el entrechocar de las caballerías mientras avanzaban por las sendas nevadas.

En las afueras de Torrijos, los hombres del rey terminaban de levantar los pabellones. Poco antes del anochecer, encendieron enormes hogueras.

—¡El rey está llegando! —se oyeron voces por el campamento.

El rey descabalgó y fue en busca de María de Padilla. Le tendió la mano para ayudarla a bajar de la carreta. Detrás les siguió una doncella con Beatriz en sus brazos.

Después de cenar, el rey y María salieron a pasear por el campamento. María estaba muy alegre. Hacía pequeñas bolas con la nieve que cogía y las arrojaba a las hogueras. Le divertía verlas estrellarse contra el fuego.

Durante la noche, una gran nevada cubrió el campamento. Al amanecer, varias cuadrillas de hombres se afanaban quitando la nieve de los pabellones. Otras cuadrillas atizaban las hogueras y echaban leña seca sobre el fuego para reavivarlo.

Esa mañana, el rey se despertó preocupado. No podía dejar de pensar en su boda con doña Blanca de Borbón, pero pronto consiguió tranquilizarse. Salió de su pabellón y observó el paisaje nevado que tenía ante sí. «Esta será una buena ocasión para que las tropas se ejerciten con las armas. Deben adquirir experiencia luchando», pensó. Como le gustaba guerrear y quería distraerse, mandó llamar a sus oficiales.

—Distribuid a nuestros hombres en dos bandos. Nos enfrentaremos en un torneo.

—Vete en busca de Pedro López de Ayala. Dile que deseo verle y que venga todo el mundo —ordenó el rey a uno de los oficiales.

Los miembros del séquito del rey se concentraron frente a su pabellón.

—Desde hoy Pedro López de Ayala será mi doncel —les anunció el rey.

Pedro López de Ayala besó las manos del rey como muestra de gratitud. Después, don Fernán abrazó a su hijo, complacido por el reconocimiento que le había hecho el rey.

—Todo está dispuesto para que comience el torneo. Formaremos

dos bandos. El que consiga tomar Torrijos será el vencedor —anunció el rey a sus caballeros.

El rey ordenó a los trompeteros que llamaran a formar y se oyó el griterío de los hombres de armas mientras se iban agrupando en dos bandos.

La gente de Torrijos observaba extrañada los movimientos de las tropas. No entendía qué estaba sucediendo y cundió el pánico.

—¡Las tropas vienen hacia aquí! ¡Nos atacan! —se oyó gritar por Torrijos y mucha gente se encerró en sus casas.

Desde Torrijos seguían con mucha atención los movimientos de las tropas. Enseguida se dieron cuenta de que luchaban entre ellos y corrieron la noticia.

—Las tropas del rey están celebrando un torneo —anunciaron por Torrijos.

Los dos bandos tenían dificultades para avanzar. La nieve les obligaba a realizar las maniobras de acoso con mucha lentitud. Mientras la caballería de uno de los bandos trataba de cercar a su adversario y las tropas de a pie intentaban ganar terreno, un grito estremecedor se oyó en el campo de batalla.

—¡Han herido al rey!

La lucha se detuvo y todos se congregaron alrededor del rey.

—Me han herido con una espada —les anunció el rey y les mostró su mano abierta y ensangrentada.

Pedro López de Ayala asistió al rey. Le vendó la mano con unas tiras de tela, que hizo con su camisa, y le aplicó un torniquete.

—Ahora debemos ir al campamento para que el físico vea esta herida —dijo Pedro al rey.

En Torrijos no podían comprender por qué regresaban las tropas al campamento. Se imaginaban que algo grave había sucedido. Por eso, un grupo de gente de Torrijos se acercó al campamento en busca de noticias.

María de Padilla se sorprendió al ver que las tropas regresaban. Tuvo un mal presentimiento. Pidió un caballo y salió al encuentro del rey.

—Me han herido. No ha sido importante, María —le dijo el rey al verla.

—¿Cómo ha sucedido? —le preguntó María, más tranquila al comprobar que solo se había herido la mano.

Cuando llegaron al campamento, el físico examinó la herida. Lavó con mucho cuidado la mano del rey y le puso unas vendas para detener la hemorragia.

—Ahora convendría que descansarais. Dentro de unos días la

herida habrá cicatrizado y os encontraréis bien —dijo el físico al rey.

María de Padilla intentó pasar la noche en vela, pero como el rey no se quejaba, se quedó dormida. Al clarear el alba, se dio cuenta de que el rey estaba hirviendo y le destapó.

«¡Dios mío, está empapado en sangre!».

—¡A mí la guardia! ¡Que venga el físico! —gritó María.

El físico se presentó de inmediato y examinó al rey.

—Ha perdido mucha sangre. Está inconsciente.

—¡Inconsciente! —exclamó María.

—Así es, señora. Si no cede la hemorragia el rey morirá.

—¡Morirá! —volvió a exclamar María y mandó llamar a su tío Fernández de Henestrosa.

La noticia corrió por el campamento, se presentaron todos los caballeros en el pabellón del rey y se formaron varios corrillos.

Don Fernán habló con varios caballeros. Después hizo un gesto con la mano al físico para que se acercara y le preguntó:

—¿Qué más se puede hacer por el rey?

—Le apliqué todos los remedios que tengo aquí. Necesitaría otras especies. Si no hacemos algo ahora mismo, el rey morirá desangrado —le respondió el físico.

—Hay que tomar una decisión —insistió don Fernán.

—Habrá que buscar ayuda en Toledo —aconsejó Suárez de Toledo.

—Que un destacamento de jinetes vaya a Toledo y traiga a los mejores físicos de la ciudad —ordenó don Fernán a uno de los oficiales del rey.

La gente de Torrijos estaba asombrada por el accidente que sufrió el rey y se preguntaba cómo era posible que el rey se expusiera a esos peligros, participando en un torneo. Mucha de esa gente había oído hablar del carácter del rey y sabía que era imposible persuadirle de que no desafiara al peligro como lo solía hacer. Al amanecer, llegaron a Torrijos noticias sobre el peligro que corría la vida del rey. Se produjo un gran desconcierto. Todos opinaban sobre los remedios que se debían aplicar en la herida para salvarle su vida.

—Hay que poner hierbas de San Juan a esa herida —dijo una anciana que escuchaba la conversación.

—¿Hierbas de San Juan? —interpelaron a la anciana.

—Sí, hijos. Con las hierbas de San Juan desaparecerá la hemorragia —replicó la anciana.

—Pues a qué estás esperando. Llévaselas al rey —se oyó que

decía una voz.

La anciana fue a su casa en busca de las hierbas y pidió que alguien la llevara al campamento del rey.

—Esta anciana trae un remedio para el rey —dijo el carretero a uno de los guardias del campamento.

Al cabo de un rato apareció el físico del rey y preguntó a la anciana:

—¿Qué remedio traes?

—Hierbas de San Juan.

—¡Hierbas de San Juan! Deja que las vea.

La anciana sacó un frasco del zurrón y se lo entregó al físico.

—Pero ¡si esto es *Hypericum perforatum*! —exclamó el físico al examinar el frasco.

—Aquí las llamamos hierbas de San Juan —insistió la anciana.

—¿Quién las ha preparado?

—Yo las preparé —respondió la anciana y le explicó como lo hizo.

—Necesitaba estas especies para que la herida cicatrice. El rey sanará gracias a ti, mujer. Puedes irte. ¡Que Dios te bendiga! —dijo el físico a la anciana, y se fue hacia el pabellón del rey.

María de Padilla esperaba al físico en la entrada del pabellón. Al verle le preguntó:

—¿Qué traía esa mujer?

—Es un aceite con esencias muy curativas. Vamos a ponérselo al rey ahora mismo.

El físico le cambió las vendas por unas nuevas empapadas en el aceite que trajo la anciana, y advirtió a todos:

—Ahora tendremos que esperar.

La expectación era enorme. Las damas y los caballeros que rodeaban al rey creían que el milagro se produciría de manera inmediata y comenzaban a impacientarse al ver que la herida seguía manchando las vendas que le acababan de cambiar.

—Deberíamos dejar al rey con doña María y el físico. Se alarmará si nos ve a todos nosotros a su alrededor cuando recobre el sentido —dijo don Fernán a toda aquella gente que se encontraba dentro del pabellón.

Al atardecer, llegaron al campamento dos moros embozados en sus capas y otros dos ataviados con mantos castellanos.

—¡Son los físicos de Toledo! —se oyeron varías voces al verlos entrar en el pabellón del rey.

Los físicos retiraron las vendas de la mano del rey.

—No hay hemorragia. La herida está cicatrizando —dijeron

sorprendidos.

El físico del rey examinó la herida.

—¡*Hypericum perforatum, Hypericum perforatum*! ¡La anciana ha salvado la vida del rey! —exclamó el físico al comprobar que la hemorragia había cesado.

Al oír las palabras del físico, María de Padilla abrazó al rey, llorando de emoción.

—Nos anunciaron que el rey se desangraba. Traíamos especies de *Hypericum perforatum*, y vemos que ya se las habéis aplicado —dijo uno de los físicos de Toledo.

—Una anciana de Torrijos nos trajo esas especies. Se las apliqué en la herida, pero creí que no había servido el remedio —le explicó el físico del rey.

De repente, el rey comenzó a moverse. Estaba empapado en sudor. Se agarró la cabeza, quejándose de dolor. Los físicos ordenaron que le cambiaran de ropa y le dieran unas friegas por el cuerpo. Prepararon una tisana de orégano y muérdago, y se la dieron a beber.

—Hay que dejarle descansar. Ahora dormirá. Mañana se encontrará mejor —dijo uno de los físicos a María de Padilla.

• • •

El rey amaneció sin fiebre. Se incorporó en su camastro. Intentó levantarse, pero como se sentía muy débil volvió a tumbarse.

—¿Qué me sucede? —le preguntó a María.

—Perdiste mucha sangre.

—Pero ¿qué me sucede?

—Pronto te encontrarás bien. Ahora estás muy débil. Perdiste mucha sangre —volvió a responder María de Padilla al rey.

58

El rey tardó algún tiempo en recuperarse. Cuando se encontraba casi restablecido, llegó a Torrijos un mensajero de Valladolid.

—Vuestra madre la reina doña María me envía para informaros de que doña Blanca de Borbón ha llegado a Valladolid con su séquito.

«¡Maldición, ya está aquí!», pensó el rey al recibir la noticia.

En el campamento todos sabían que los parientes de María de Padilla no eran partidarios de que el rey celebrara ese matrimonio, y nadie se atrevía a recomendarle que fuera a Valladolid.

• • •

Pocos días después, uno de los centinelas del campamento vio que un grupo de jinetes se acercaba. Enseguida reconoció el pendón de Alburquerque y avisó a los guardias del rey.

Alburquerque volvía de Portugal acompañado de don Juan de la Cerda. Se dirigieron al pabellón del rey. La Cerda se disculpó por haber huido a Portugal después de la muerte de su suegro don Alfonso Fernández Coronel, pero el rey no tenía ningún interés en hablar con él. Le había perdonado porque su abuelo el rey don Alfonso de Portugal se lo pidió. La Cerda estaba allí, humillado, y eso era lo único que le importaba al rey. Le hizo un gesto con la mano para que se levantara y le ordenó que se retirara.

Alburquerque se quedó con el rey. Le habló de la alegría que le había producido a su abuelo el anuncio de su matrimonio con la prima del rey de Francia. Pero como vio que no le contestaba, comenzó a sospechar que no tenía ninguna voluntad de casarse y le dijo:

—El reino necesita que tengáis hijos legítimos para garantizar vuestra descendencia. No se pueden repetir las disputas que hubo en Sevilla para sucederos. Recordaréis que se pensó que ibais a morir.

El rey paseaba por su pabellón en silencio.

—Si morís sin descendencia legítima —continuó diciéndole Alburquerque—, vuestra tía la reina doña Leonor de Aragón y sus hijos los infantes don Fernando y don Juan serían los legítimos herederos de los reinos de Castilla y de León. Si vuestros hermanos se levantaran contra ellos, podrían conducirnos a la guerra. La cristiandad correría un gran peligro por nuestra vecindad con los moros de Granada. Atacarían a Castilla y la ocuparían si el reino se

encontrara dividido.

El rey observaba el campamento desde la entrada de su pabellón. Se volvió hacia Alburquerque, le miró y le dijo:

—Disponed los preparativos para la ceremonia de la boda —y salió del pabellón.

Alburquerque se sentía satisfecho de aquella conversación que había mantenido con el rey. «Ahora sabrán en la Corte que el rey atiende mis consejos», pensó muy complacido y creyó haber recuperado su confianza.

—Hay que levantar el campamento. El rey marchará a Valladolid para casarse con doña Blanca de Borbón —anunció Alburquerque a los oficiales del rey, para que supieran quién era el que daba las órdenes.

Don Juan Fernández de Henestrosa y Diego García de Padilla fueron a ver a María de Padilla con la intención de informarle de las órdenes que había dado Alburquerque.

—El rey se casará con doña Blanca de Borbón. No escuchó nuestros consejos —dijo Diego a su hermana.

María de Padilla hizo un gesto con los hombros, tratando de expresar su resignación, y dijo:

—Lo que tenga que ser será.

Fernández de Henestrosa no entendía la actitud de María. Le sorprendió que no mostrara ninguna preocupación por la suerte que todos pudieran correr si Alburquerque recuperaba la confianza del rey, y preguntó a María:

—Pero ¿no te das cuenta del peligro que esta boda puede representar para ti y para todos nosotros?

—Tranquilízate, tío Juan. Lo que tenga que ser será —insistió María y les hizo un gesto de cabeza a su tío y a su hermano para que se retiraran.

María de Padilla había visto desde el interior de su pabellón que el rey se acercaba y deseaba estar a solas con él.

—Mañana iremos al castillo de Montalbán, María —le dijo el rey —. En el castillo hay una guarnición. Tu hermano Juan y mis hombres de armas te protegerán. Me esperarás allí hasta que regrese. Ahora hablaré con tu tío Juan y con tus dos hermanos para que nos acompañen. ¿Te parece bien?

María se acercó al rey y le besó mientras se abrazaba a él.

—Soy muy feliz, Pedro.

El rey mandó llamar a don Juan Fernández de Henestrosa, a Diego García de Padilla y a Juan García de Villagera, el hermano bastardo de María de Padilla, y les dijo:

—Mañana me acompañaréis a Montalbán. María permanecerá allí hasta mi regreso de Valladolid. Y tú, Juan, te quedarás con tu hermana para protegerla. Responderás de ella ante mí —le dio una palmada en el hombro y se echó a reír.

—Enviad mensajeros a mis hermanos el conde don Enrique y don Tello para que acudan a Valladolid —ordenó el rey a Fernández de Henestrosa.

• • •

De madrugada engancharon las mulas a la carreta de María de Padilla y la condujeron frente a su pabellón.

Alburquerque se despertó con el ruido que estaban haciendo en el campamento. Al ver la carreta, llamó a uno de los oficiales del rey y le preguntó:

—¿Adónde va doña María de Padilla?

—Cumplo órdenes —le respondió el oficial.

Poco después apareció el capellán mayor del rey.

—¿Adónde vais a estas horas? —le interrogó Alburquerque.

—Me ordenaron que esperara aquí con los ornamentos de la Iglesia —le contestó y señaló un cofre forrado de cuero que había dejado junto a sus pies.

Alburquerque no comprendía qué hacía allí el capellán mayor del rey a esas horas de la madrugada con aquel cofre de ornamentos. Al dirigirse hacia el pabellón del rey para indagar lo que sucedía, apareció Pedro López de Ayala con Fernández de Henestrosa y los hermanos de María de Padilla, y les preguntó:

—¿A qué viene este alboroto?

—El rey me ordenó que estuviera preparado antes del amanecer y aquí estoy, don Juan Alfonso —le respondió Pedro López de Ayala.

Alburquerque se sentía molesto. «El rey me ha vuelto a poner en evidencia. No me advirtió que pensaba partir. Pero ¿adónde va con María?», se preguntaba él.

El rey salió de su pabellón y se reunió con Fernández de Henestrosa y con los hermanos de María de Padilla.

Al verlos, Alburquerque fue al encuentro del rey y le preguntó:

—Desconocía que fuerais a partir a estas horas de la madrugada.

—Doña María se dirige al castillo de Montalbán. Esperadme aquí. A mi regreso partiremos hacia Valladolid —le respondió el rey.

María de Padilla apareció con su hija Beatriz y el rey las ayudó a subir a la carreta.

Alburquerque sentía una enorme preocupación por las relaciones

que el rey pudiera mantener con María de Padilla después de su boda con doña Blanca de Borbón. No quería contrariarle con preguntas sobre sus intenciones, aunque ardía en deseos de conocer lo que se proponía hacer. «Si el rey no hubiera tenido esa hija, resultaría más fácil apartarle de María», pensaba. Pero lo que le importaba en ese momento era que el rey fuera a Valladolid para celebrar su matrimonio con la prima del rey de Francia, y estaba convencido de que el rey cumpliría con su compromiso.

Cuando el séquito del rey abandonaba el campamento, Alburquerque seguía preguntándose por qué el capellán mayor iba en la comitiva. «En el castillo de Montalbán hay un capellán. ¿Para qué se dirigirá allí el capellán mayor del rey?».

59

La gente de Valladolid pasaba horas en las puertas de la villa viendo llegar a los señores y a los caballeros del reino con sus mujeres y sus hijos. Les impresionaba el número de sirvientes y de hombres de armas que venían con ellos a la boda. Entre los invitados, habían llegado desde Quejana don Fernán Pérez de Ayala con sus hijos; y desde Sevilla, los Suárez de Toledo. Mientras los invitados recorrían las plazas y las calles, los carpinteros terminaban de engalanar la villa con pendones y colgaduras. En la iglesia de Santa María ultimaban los preparativos. Los invitados preguntaban por el rey, pero nadie les podía responder, porque no le habían visto.

El rey había llegado de noche. Se alojaba en las casas de su capellán mayor, cerca del monasterio de Las Huelgas, en las afueras de Valladolid. No quería que nadie supiera que se encontraba allí, pero la reina doña María muy pronto lo averiguó y al día siguiente fue a verle.

—Blanca pregunta por ti. Está impaciente por conocerte. Te espera.

El rey comprendió que su madre tenía razón y esa misma tarde se dirigió a la villa.

—¡Es el rey! —exclamó la gente al verle cabalgando camino de Valladolid.

Los vigías dieron la alerta y comenzaron a sonar las trompetas. En la villa se produjo un gran revuelo. Doña Blanca de Borbón fue informada de la presencia del rey.

—Traedme ese vestido —ordenó doña Blanca a una de sus doncellas, y señaló una gonela,[23] que se encontraba preparada sobre su cama.

La reina doña María recibió a su hijo en la entrada del palacio y se dirigieron a los aposentos de doña Blanca de Borbón.

—Os presento a mi hijo el rey de Castilla, vuestro futuro esposo —le dijo la reina doña María.

—Ansiaba tanto que llegara este momento, mi señor. Me siento muy feliz —dijo doña Blanca al rey, expresándose con dificultad en castellano, y le hizo una reverencia agarrando su vestido con las dos manos.

—Señora, ha sido un verdadero placer conoceros —respondió el rey y correspondió al saludo con una pequeña inclinación de su cuerpo.

—Bueno, ya os habéis conocido. Ahora deberíamos presentarla a la Corte. Tus invitados nos estarán esperando —dijo la reina doña María a su hijo.

El rey se sentía incómodo ante aquella mujer que acababa de conocer. «Saben que no la amo y quieren que me case con ella», pensaba enfurecido. Camino de la gran sala del palacio, donde se iba a celebrar la audiencia, se oyó el murmullo de la gente que aguardaba. Dos centinelas les franquearon la entrada. Se hizo el silencio en la sala. Sonaron las trompetas y un heraldo anunció la presencia del rey de Castilla. Detrás entraron la reina doña María y doña Blanca de Borbón. Alburquerque se dirigió al rey para felicitarle por su próximo matrimonio y dio la bienvenida a su futura esposa. Mientras se sucedían las intervenciones de otros caballeros, el rey estaba pensando en María de Padilla. La recordaba abrazándose a él en el momento de su despedida, y se enterneció. La reina doña María se dio cuenta de que su hijo estaba ausente de cuanto allí sucedía.

Después de la audiencia sirvieron una cena a los invitados en otra sala. Los músicos, los juglares y los titiriteros amenizaban la velada. El rey se esforzaba por estar amable con doña Blanca de Borbón. Su actitud no pasaba desapercibida. Las señoras estaban atentas a lo que sucedía en aquella sala y no se sorprendieron de ver triste al rey, porque en la Corte todos sabían que amaba a María de Padilla.

• • •

Al día siguiente continuaron las celebraciones y se organizaron justas y torneos. El rey solo quiso participar en un torneo y después desapareció. La ausencia de María de Padilla le había hecho perder su interés por las artes de la lucha.

Alburquerque quería hablar con el rey. Como no le encontraba recurrió a sus hombres para que lo averiguaran. Enseguida le informaron de que se había ido a la casa de su capellán mayor, y fue a verle.

—El conde don Enrique y don Tello han llegado a Cigales. Están a dos leguas de Valladolid —le dijo Alburquerque.

—Me alegra saberlo. Vendrán a la boda —le respondió el rey.

—Vienen con muchos jinetes y tropas de a pie. Sería una vergüenza que aparecieran ante vuestros invitados, haciendo ese alarde de fuerza el día de vuestra boda.

—Si acuden a la boda, ¿qué sentido tienen vuestras insinuaciones?

—Deberíais ir a Cigales para prenderlos —le dijo Alburquerque

con la intención de que matara a sus hermanos.

—Mañana iremos a Cigales. Tened todo dispuesto para partir al alba —le respondió el rey para que no insistiera más.

• • •

Era un sábado por la mañana del mes de mayo cuando el rey salió de Valladolid en compañía sus primos los infantes don Fernando y don Juan de Aragón, de don Juan de la Cerda, de Alburquerque y de otros caballeros.

En las cercanías de Cigales, se presentó un escudero vestido con un lorigón,[24] unos quexotes[25] y unas canilleras,[26] montando un caballo castaño.

—El conde don Enrique y don Tello, vuestros hermanos, os besan las manos. Vienen a vuestra boda con sus tropas por temor y para defenderse de vuestro privado, de don Juan Alfonso de Alburquerque, porque tiene gran poder en el reino —dijo el escudero al rey.

—Ved estas razones del conde don Enrique y de don Tello, pues os atañen —dijo el rey a Alburquerque.

—Las razones del conde don Enrique y de don Tello no son ciertas. No tienen excusa para acudir a vuestra boda con toda esa gente armada —le respondió Alburquerque muy molesto.

—El conde don Enrique y don Tello no tienen motivos para recelar de nadie. Decidles que envíen las tropas a sus tierras —respondió el rey al escudero.

El conde don Enrique reunió a su Consejo. Sus privados discutieron sobre lo que debían hacer. Había muchas opiniones enfrentadas y no se ponían de acuerdo.

—Iremos al encuentro del rey. Armad a los hombres —les dijo el conde don Enrique.

Salieron de Cigales seiscientos jinetes y mil quinientos hombres de a pie con el conde don Enrique. Se detuvieron en las afueras de la aldea, junto a unos trigales. Las tropas del rey avanzaron hasta unas viñas que había entre una ermita y un pequeño arroyo. Las dos tropas se encontraron frente a frente.

El rey vio a Pedro Carrillo delante de las tropas del conde don Enrique, haciendo los preparativos para la batalla.

—Decid a Carrillo que se quite las insignias de la Orden de la Banda. No puede llevarlas. No es vasallo del rey —ordenó el rey a Pedro López de Ayala, su doncel.

—El rey don Alfonso me entregó estas insignias como premio por haber defendido la villa de Tarifa. Si no tengo la licencia del rey don Pedro, no las llevaré más —le respondió Carrillo, se quitó la

banda de color rojo y oro que cubría su cuerpo y la tiró al suelo.

El rey ya no se fiaba de los consejos que recibía de Alburquerque. Estaba harto de él. Sabía que los parientes de María de Padilla habían acordado con el conde don Enrique y con don Tello que irían a su boda, y decidió enviarles en secreto un mensajero para conocer sus intenciones.

El conde don Enrique reunió a su Consejo después de escuchar al mensajero del rey.

—Los parientes de doña María de Padilla nos dijeron que el rey desea hacer la paz y que ha retirado su confianza a Alburquerque. Es la oportunidad que necesitabais para volver al servicio de vuestro hermano —dijo Carrillo al conde don Enrique.

El conde don Enrique y don Tello decidieron enviar las tropas de regreso a sus tierras y se dirigieron al encuentro del rey.

Alburquerque se sorprendió de ver al conde don Enrique y a don Tello sin armaduras y acompañados de tan solo treinta jinetes. «¿Qué hacen esos bastardos?», se preguntaba indignado al comprobar que no iban a luchar.

—Don Tello y yo venimos a vuestra boda como deseabais, mi señor —dijo el conde don Enrique al rey.

El conde don Enrique y don Tello hicieron ademán de desmontar para besar las manos del rey.

—No es necesario que desmontéis —les dijo el rey.

Le besaron las manos desde sus caballos y después desmontaron. Los tres hermanos entraron en la ermita que había allí cerca y comenzaron a hablar entre ellos.

—Sabemos que algunos de vuestros privados os informan en contra de nosotros —dijo el conde don Enrique al rey.

—Me siento muy complacido de que volváis a mi servicio —respondió el rey, pero no quiso hablar de Alburquerque, porque les suponía enterados por los parientes de María de Padilla de que había perdido su confianza en él.

Esa noche el rey cenó con sus hermanos en Valladolid. Cuando se supo que el conde don Enrique y don Tello habían vuelto al servicio del rey, hubo gran alegría en la Corte, pero Alburquerque no participaba de ese entusiasmo. «El rey tenía que haberles prendido para darles muerte», seguía pensando enfurecido.

60

Poco antes del mediodía del lunes, 3 de junio de 1353, comenzaron a repicar las campanas de Valladolid. El rey don Pedro y doña Blanca de Borbón salieron del palacio vestidos con paños de oro blanco forrados de armiño y se dirigieron a la iglesia de Santa María. Iban acompañados de sus padrinos: Alburquerque y la reina doña Leonor de Aragón. La iglesia se encontraba abarrotada de invitados. La muchedumbre, congregada en los alrededores, irrumpió en vítores aclamando al rey y a doña Blanca. Los prelados aguardaban en el atrio. Un coro de voces infantiles comenzaba a cantar en el interior de la iglesia en el momento que los novios hacían su entrada por la vía sacra. Se situaron en el presbiterio, ante el altar, y los prelados empezaron a celebrar la misa.

El rey se sentía irritado y necesitaba justificarse. «Esta ceremonia no representa nada para mí. Este matrimonio no es válido», pensaba mientras se acordaba de María de Padilla.

Doña Blanca de Borbón estaba radiante de alegría. Nunca se hubiera imaginado que se convertiría en la reina de los castellanos, y eso la llenaba de emoción. «Entregaré mi amor al rey y acabará queriéndome», pensaba convencida de que lo conseguiría.

Alburquerque no veía al capellán mayor del rey, concelebrando con los otros prelados. «Se va al castillo de Montalbán y no acude a la boda del rey. ¡Qué extraño!». Le intrigaba tanto su ausencia en aquella ceremonia que hizo un gesto a uno de los capellanes para que se acercara.

—¿Dónde está el capellán mayor del rey?

—No ha venido. Se encuentra indispuesto.

—¡Indispuesto! «Nadie se indispone en el día de la boda del rey».

Durante la ceremonia, las señoras hacían comentarios sobre doña Blanca.

—El rey de Francia le ha concedido una dote de veinticinco mil florines de oro —dijo una de ellas.

—No ha traído ninguna dote. Le libraron unos documentos sobre las rentas de la senescalía de Beaucaire, pero no los pudo cobrar al pasar por allí, cuando la pobre venía hacia Castilla —respondió otra señora.

—¿Lo sabe el rey?

—Se lo dijeron esta mañana. Se enfureció. Tuvo que intervenir la reina doña María. Si no es por ella, no hay boda.

—¿Se ha enterado doña Blanca de lo ocurrido?

—¡Pobrecita! No creo que lo sepa. Está muy sola. Ha venido con el vizconde de Narbona y con otros caballeros de Francia, pero nadie de su familia la ha acompañado.

—Pero la reina doña María la está protegiendo. ¿No?

—Sí, eso es cierto. La reina es su único apoyo.

Uno de los prelados se volvió hacia los fieles al terminar la misa y levantó su brazo para impartir la bendición apostólica:

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

El rey don Pedro y la reina doña Blanca abandonaron la iglesia mientras volteaban las campanas de Valladolid. Sobre unos caballos blancos recorrieron las calles de la villa. El conde don Enrique, don Tello, don Fernando de Castro, don Juan de la Cerda y el maestre de Calatrava don Juan Núñez de Prado llevaban las riendas del caballo de la reina doña Blanca. El infante don Fernando de Aragón conducía la mula de su madre la reina doña Leonor. Y el infante don Juan de Aragón, la mula de su tía la reina doña María. La muchedumbre aclamaba a los reyes y a sus invitados al verlos pasar camino del palacio, donde se iban a celebrar los festejos y el banquete nupcial.

—Corre el rumor de que el rey se propone abandonar a la reina antes de que concluyan los festejos de la boda —dijo Suárez de Toledo a don Fernán en la entrada del palacio.

—Esperemos que se trate de un rumor. Si el rey abandona a doña Blanca, Castilla se verá dividida y tendremos una guerra —sentenció don Fernán.

—Recuerdo haberos oído decir estas mismas palabras durante el trayecto que hicimos de Aguilar a Córdoba. Sigo opinando que exageráis.

—Si se confirman esos rumores, Castilla se levantará contra el rey —insistió don Fernán.

—No quisiera tomar parte en una guerra —replicó entristecido Suárez de Toledo por el vaticinio de don Fernán.

El rumor de que el rey se proponía abandonar a la reina doña Blanca también llegó a los oídos de las señoras que asistían a la boda.

—La reina doña Blanca no debe sospechar nada de las intenciones del rey. Está muy contenta.

—Pues debería sospecharlo.

—Si el rey la abandona, ella volverá a Francia.

—El rey no lo consentirá. Se sentiría humillado.

—¡Humillado el rey! Es la reina doña Blanca la que tendría que

sentirse humillada y no el rey.

En una de las mesas del banquete comían los hijos de don Fernán Pérez de Ayala con los de Suárez de Toledo. Hacía tiempo que no se veían.

Pedro López de Ayala se sentaba junto a Leonor Suárez de Toledo. Mientras hablaban, Pedro miró al rey y recordó el juramento que les obligó hacer antes de partir hacia el castillo de Montalbán. «Mis labios permanecerán sellados», pensó y comprendió que el capellán mayor no hubiera asistido a la ceremonia del matrimonio del rey. Luego reanudó la conversación con Leonor y le siguió contando lo que le ocurrió en Torremayor, pero no le quiso explicar los detalles de la muerte de Marta. Temía perderla si le confesaba que la había amado.

—Entonces, ¿te enamoraste de ella? —le preguntó muy compungida Leonor.

—Marta y yo fuimos amigos. Nos conocíamos desde niños.

—¿Cómo no me enviaste un mensajero contándome lo que te sucedió en Torremayor? Hubiera ido a Quejana para estar contigo.

—No quise preocuparte.

—Pero ¿me sigues queriendo? —le preguntó desconcertada Leonor.

—Te quiero, Leonor. Siempre te querré —respondió Pedro y le sonrió.

Los invitados observaban al rey, tratando de adivinar sus intenciones. «¿Abandonará a la reina doña Blanca para regresar junto a María de Padilla?», era la pregunta que todos se hacían durante el banquete, aunque nadie se atrevía a comentarlo.

Pero al rey no le importaba lo que pudieran pensar sus invitados. Estaba muy tranquilo. Conversaba con los que tenía a su lado en la mesa y hacía bromas con ellos. Cuando terminó de comer, fue a la mesa donde se encontraban los Ayala y les preguntó:

—¿En dónde está Aldonza?

—No ha podido venir. Nuestra madre está enferma. Se quedó con ella en Quejana para cuidarla —le respondió Pedro López de Ayala.

—Me hubiera gustado verla —le dijo el rey mientras observaba a una dama que se sentaba muy cerca de donde él se encontraba.

Volviendo hacia su mesa, el rey vio a Men Rodríguez de Sanabria, que había sido privado del conde don Enrique, y le llamó:

—¡Sanabria! ¿Quién es esa bella dama que se sienta cerca de los Ayala? —y le hizo un gento, señalándola con la cabeza.

—Doña Juana de Castro, la viuda de don Diego de Haro, un

nieto de don Diego López de Haro, el señor de Vizcaya. Es la hermana de don Fernando de Castro y de don Alvar Pérez de Castro.

—¡La hermana de don Fernando de Castro, mi mayordomo mayor! —exclamó sorprendido el rey—. Es una dama de extraordinaria belleza. ¿Cómo nadie me la ha presentado? Me gustaría conocerla, aunque esta no sea la mejor ocasión —y se echó a reír.

—Tendréis ocasión de conocerla. Os prepararé un encuentro con ella —le respondió Rodríguez de Sanabria.

Durante la comida se había bebido sin mesura. Por la tarde continuaron los festejos y de madrugada muchos de los invitados comenzaron a dar muestras de estar ebrios. El rey pensó que era el momento oportuno para abandonar la sala, le ofreció su brazo a la reina doña Blanca y se retiraron.

—Los reyes van a consumar el matrimonio —comentaron las señoras al verlos salir de la gran sala, donde habían celebrado el banquete.

Al llegar a sus aposentos, el rey dijo a doña Blanca de Borbón:

—Señora, no habéis cumplido las condiciones que firmaron mis embajadores en París. Este matrimonio no es válido.

—¿Qué decís, mi señor? ¿Cómo que no es válido nuestro matrimonio? —le respondió llorando la reina y se sentó sobre la cama.

—Amo a otra mujer y tengo una hija con ella.

—Sabía que había otra mujer, pero me aseguraron que no era nada serio.

—Os equivocáis. Amo a doña María de Padilla. No pasaré aquí esta noche. No puedo consumar este matrimonio. Lo lamento —le anunció el rey.

La reina doña Blanca sollozaba de tristeza. En ese instante prefería morir. «Nunca hubiera imaginado que me sucedería una cosa así en el día de mi boda», pensaba desconsolada. Estaba tan abatida que no sabía qué podía hacer para que el rey no la rechazara. Pensó en sus padres y en sus hermanos, buscando el consuelo que allí no podía encontrar, pero al revivir los recuerdos que tenía de ellos, sintió una inmensa angustia y un terrible dolor atravesó su corazón. «No tengo a nadie que me proteja. ¡Dios mío, qué será de mí!», musitaba para sí. Apenas sin fuerza para hablar intentó sobreponerse.

—Tened la seguridad de que se os entregará la dote prometida. En la senescalía de Beaucaire no tenían el dinero que me libraron

en París —le dijo la reina doña Blanca.

—Lo lamento, señora. Debo partir —le respondió el rey y abandonó los aposentos.

Las doncellas de la reina oyeron que alguien salía de la alcoba y entraron para ver qué ocurría.

—¿Qué sucede, señora? ¿En dónde está el rey?

La reina doña Blanca lloraba tendida sobre su cama. Se encontraba sin fuerzas para contestar. Las doncellas se acercaron a ella.

—¿Qué ha sucedido?

—El rey me ha abandonado la noche de mi boda —les decía doña Blanca, llorando con amargura.

La noticia corrió por todo el palacio. Informaron a la reina doña María de lo sucedido y se presentó en los aposentos de doña Blanca.

—¿Os habéis enfadado? ¿Habéis discutido por causa de la dote? —le preguntó la reina doña María.

—El rey ama a otra mujer. Me ha abandonado la noche de nuestra boda —le respondió entre sollozos doña Blanca.

—Todo se arreglará. Estad tranquila. Hablaré con el rey —le dijo la reina doña María.

Le reina doña María ordenó que dieran una tisana de valeriana a doña Blanca para que pudiera dormir esa noche. «Alburquerque es el responsable de lo que está sucediendo. Él quiso que mi hijo conociera a María de Padilla. ¡Maldita sea!», pensaba camino de sus aposentos. La reina doña María ya no se fiaba de Alburquerque, ni podía acudir a los privados del rey para pedirles consejo. «Si corre la noticia de que el rey ha abandonado a la reina, habrá un escándalo». Estaba tan agotada que se metió en la cama con la intención de dormir unas horas, pero volvió a levantarse y se puso a pasear por la alcoba. «Tiene que haber alguien en quien confiar», seguía pensando. Después de reflexionar sobre las personas que se encontraban en Valladolid, se acordó de su cuñada, la reina doña Leonor de Aragón. «Sí, ella nunca me traicionó. Siempre estuvo a mi lado en los momentos más difíciles». Decidida a compartir con ella sus preocupaciones, ordenó que fueran a buscarla.

—¿Qué sucede? —preguntó la reina doña Leonor al entrar en la alcoba de la reina doña María.

—Pedro ha abandonado a Blanca esta noche. ¡La ha abandonado el día de su boda! ¿Qué os parece? Estoy consternada. No sé qué debo hacer. No sé a quién acudir —contestó muy angustiada la reina doña María.

—¡Pobre Blanca! ¡Pobre criatura! Pedro no debió hacerlo,

aunque a nadie le sorprenderá. Todos sabíamos que acabaría abandonándola.

—Sí, sí, pero debo hacer algo y no sé a quién acudir. Ya no confío en Alburquerque.

—Hablad con los privados del rey. Ellos os aconsejarán.

—¡Cómo voy a pedir consejo a los privados, si son los parientes de la Padilla los que tienen ahora la confianza del rey! —exclamó la reina doña María en tono displicente.

—Entonces acudid a don Fernán Pérez de Ayala. El señor de Ayala es hombre de buen consejo y de gran prudencia.

—Es cierto, Pedro le respeta mucho. Ordenaré que vayan a buscarle.

Don Fernán se dirigió a los aposentos de la reina doña María. Desconocía el motivo de esa inesperada llamada. Suponía que algo grave había sucedido para que le hubieran despertado a esas horas de la madrugada y aceleró la marcha.

—El señor de Ayala espera en la antecámara, señora —le anunciaron a la reina doña María.

—Después del banquete, el rey ha abandonado a doña Blanca. ¡En su noche de boda ha abandonado a su esposa! ¿Qué me aconsejáis? ¿Qué debo hacer? Estamos desoladas —le dijo la reina doña María.

Don Fernán miró entristecido a las señoras durante unos instantes, pero nada de lo que había sucedido le sorprendió y les dijo:

—Os aconsejo que habléis con el rey para persuadirle de que vuelva con la reina. Castilla se levantará contra el rey y habrá una guerra si no regresa con la reina. Debéis recordarle que aquí están los señores y los caballeros más notables del reino. Debe evitar un escándalo por el bien del reino.

61

Al día siguiente, las reinas doña María y doña Leonor se dirigieron a las casas del capellán mayor. El rey se encontraba comiendo cuando las dos señoras entraron llorando en sus aposentos.

—¿A qué vienen esos lloros?

—Sabemos que vas a volver con María de Padilla. Te pedimos que no lo hagas —le dijo muy angustiada la reina doña María.

—No es cierto lo que decís.

—Aquí están todos los señores y los mejores caballeros del reino. Si te vas de Valladolid y abandonas a tu mujer se producirá un gran escándalo. Castilla se levantará y tendremos una guerra —insistió su madre la reina doña María.

—Todo eso es falso. ¿Quién os ha dicho que iba a marcharme de Valladolid?

—Hijo mío, prométeme que no abandonarás a Blanca ni partirás de Valladolid.

—No tengo ninguna intención de marcharme.

Las reinas doña María y doña Leonor se tranquilizaron al escuchar las palabras del rey y regresaron a Valladolid convencidas de que el rey volvería con doña Blanca.

Pero el rey no tenía ninguna intención de permanecer allí. Se encontraba impaciente por salir de aquel lugar. Diego García de Padilla había realizado los preparativos para que pudiera partir en secreto esa misma mañana.

Poco después informaron al rey de que el camino estaba despejado. Pidió las mulas y se marchó.

—¡El rey se aleja de la villa con un grupo de caballeros! —alertaron los vigías desde la muralla de Valladolid.

La noticia corrió por Valladolid. Un gran escándalo sacudió a la villa. Los infantes de Aragón, el conde don Enrique, don Tello, don Juan de la Cerda y otros muchos caballeros amigos de los parientes de María de Padilla decidieron reunirse con el rey para mostrarle su lealtad y abandonaron Valladolid.

Alburquerque y el maestre de Calatrava se dirigieron a los aposentos de la reina doña María y la encontraron con las reinas doña Blanca y doña Leonor.

—Esta conducta del rey traerá muchos males al reino —se oyó la voz de uno de los caballeros que estaban allí con ellas.

—Castilla se verá dividida y tendremos una guerra —se escuchó otra voz.

Alburquerque levantó los brazos para que terminasen aquellas explosiones de indignación y preguntó a las señoras:

—¿Qué deseáis que hagamos?

—El rey debe saber que desaprobamos lo que ha hecho —intervino la reina doña Leonor.

—Tiene que volver con su mujer —añadió la reina doña María.

—¡Me ha deshonrado! ¿Por qué habré venido a Castilla? —se lamentaba la reina doña Blanca.

—Debéis transmitir al rey lo que pensamos —insistió la reina doña María, dirigiéndose a Alburquerque y al maestre de Calatrava.

—Advertidle que si no regresa con la reina doña Blanca, Castilla se levantará en armas contra el rey —volvió a intervenir la reina doña Leonor.

Mientras tanto, el rey se dirigía hacia la Puebla de Montalbán, en las tierras de Toledo. Iba a reunirse con María de Padilla. Ansiaba tanto verla que se desesperaba cabalgando sobre la mula que llevaba.

—Con estos animales no llegaremos nunca —decía muy enojado el rey.

62

Alburquerque salió de Valladolid con mil quinientos hombres, todos muy armados. Unos iban a caballo, otros en mulas. La demostración de fuerza que hacía con esa tropa le parecía la mejor garantía para sobrevivir a las iras que había despertado entre los parientes de María de Padilla. Después de varias jornadas de marcha, llegó al atardecer a Almorox, una aldea de las tierras de Toledo, y sus hombres encendieron enormes hogueras en el campamento.

Alburquerque se encontraba descansando en su pabellón cuando le anunciaron que Samuel Leví quería verle. Le extrañó que el tesorero mayor del rey hubiera llegado a esas horas a su campamento.

—El rey quiere que vayáis a Toledo. No debéis tener ningún temor. Desea recibir vuestro consejo como se lo habéis dado hasta ahora —le dijo Samuel Leví.

—El rey sabe que siempre he estado a su servicio —le respondió Alburquerque.

Alburquerque sospechó que el rey había enviado a Samuel Leví con algún propósito. Sabía que algo tramaba, pero no alcanzaba a adivinar qué pretendía. Las palabras de Leví le hicieron desconfiar. Salió de su pabellón, llamó a uno de sus espías y le dijo:

—Que den de beber vino de la cuba a la gente de Samuel Leví. A ver si os enteráis de qué está sucediendo en Toledo —y regresó a su pabellón.

—El rey se pregunta por qué os hacéis acompañar de tanta gente armada. No desea veros con toda esa tropa que traéis. Os ordena que la enviéis de vuelta a vuestras tierras —dijo Samuel Leví a Alburquerque.

«¡Cómo se atreve a hablarme con ese tono insolente!», pensó Alburquerque, molesto porque su antiguo criado se había convertido en uno de los consejeros y privados del rey.

—Si quieres dormir en el campamento díselo a los criados —dijo Alburquerque a Leví, abrió la lona que cubría la entrada de su pabellón y le señaló el camino para que se marchara.

Alburquerque ordenó llamar a los caballeros que habían venido con él desde Valladolid y les informó de la conversación que había mantenido con Samuel Leví. Mientras estaban hablando con ellos, uno de sus espías entró en el pabellón y le informó:

—El rey ha nombrado alguacil mayor de Toledo a un amigo de

los parientes de doña María de Padilla. Dice el rey que venís con muchas tropas. Ha ordenado cerrar todas las puertas de la ciudad, menos la puerta de la Bisagra, para que no escapéis si acudís a Toledo. Quiere prenderos.

—Ya lo habéis oído. Los parientes de doña María de Padilla pretenden que el rey me detenga —dijo Alburquerque a los caballeros que le acompañaban.

—Enviad una embajada al rey para saber qué está sucediendo. No debéis entrar en Toledo —le aconsejó su mayordomo mayor.

—Iremos a Fuensalida. Allí estaremos más cerca de Toledo y decidiremos lo que nos convenga hacer —replicó Alburquerque.

• • •

A primera hora del día siguiente, se oyó la voz de un vigía, anunciando que se acercaba un jinete con las insignias del rey.

—¿A qué venís aquí? —preguntó el mayordomo mayor de Alburquerque al jinete del rey.

—El rey desea saber si don Juan Alfonso de Alburquerque irá a Toledo. El rey le espera.

—Acaba de marcharse Samuel Leví y llegáis con la misma embajada. ¿A qué tanto apremio?

—Cumplo órdenes del rey.

Alburquerque oyó aquellas voces y salió de su pabellón para saber qué ocurría.

—Viene otro enviado del rey con la misma embajada que trajo Samuel Leví. El rey está impaciente por veros —le dijo su mayordomo mayor.

Alburquerque recelaba de las intenciones del rey y volvió a reunirse con sus caballeros.

—Sería más aconsejable que regresarais a Valladolid —aconsejó a Alburquerque uno de sus caballeros.

Discutieron sobre quién debería ir a Toledo. Como no se ponían de acuerdo, Alburquerque ordenó que fuera Ruy Díaz Cabeza de Vaca, su mayordomo mayor.

• • •

En las afueras de la ciudad de Toledo, Cabeza de Vaca encontró al rey con sus hermanos el conde don Enrique y don Tello, los infantes de Aragón y otros caballeros.

—Señor —saludó Cabeza de Vaca al rey—, don Juan Alfonso de Alburquerque besa vuestras manos. Me manda deciros que venía hacia Toledo para serviros, pero supo que alguno de vuestros privados os informa mal sobre él. Ha tenido miedo de que le maten

y se ha visto obligado a regresar. Don Juan Alfonso siempre os sirvió con lealtad y lo mismo lo hizo con vuestra madre la reina doña María en momentos de mucho peligro para él. No puede comprender la razón de que le tengáis ahora tanta saña. Dice que si alguien afirma que ha hecho algo mal está decidido a demostrar que falta a la verdad.

—Que don Juan Alfonso haga lo que quiera. Que regrese o que se crea esas cosas que dice, pero mejor haría volviendo a mi servicio —le contestó el rey.

Cabeza de Vaca partió de Toledo. Fue a reunirse con Alburquerque en Santa Olalla y le informó de la conversación que había tenido con el rey.

Alburquerque se sentía muy intranquilo. Un gran temor le invadió. «El rey tratará de matarme. Tantos años sirviendo con lealtad a la Corona, y ahora me deshonra. ¿Qué otra cosa puedo esperar de él si no es la muerte?», pensaba mientras cabalgaba. En el Herradón, cerca de Ávila, se encontró con el maestre de Calatrava, que se dirigía a Toledo, y le contó las noticias que tenía de la Corte.

—Comprendo que no es prudente ir a Toledo. El rey nos prendería si le aconsejamos que vuelva con la reina doña Blanca. Regresaré a las tierras del maestrazgo —le dijo el maestre de Calatrava.

—Yo me dirigiré hacia la frontera de Portugal. Estaré más seguro en mis castillos —le respondió Alburquerque.

—Tendremos que esperar para saber qué se propone el rey —añadió el maestre de Calatrava.

63

El rey se enfureció al saber que Alburquerque y el maestre de Calatrava se habían refugiado en sus tierras. Convocó a sus privados y les dijo:

—Deseo que Alburquerque me entregue a sus hijos y a sus mejores caballeros como rehenes. Es la única manera de garantizar su lealtad y la paz en el reino.

—Debéis volver junto a la reina doña Blanca. Si no lo hacéis, Alburquerque y sus partidarios podrían utilizar esa excusa para levantarse en armas —le manifestó Gutierre Fernández de Toledo.

—Convendría que fuerais a Valladolid cuanto antes, mi señor —le dijo don Juan Fernández de Henestrosa.

—¿También pensáis que debo volver a Valladolid? —preguntó el rey a Fernández de Henestrosa, muy sorprendido de que le diera ese consejo.

—No debéis mezclar vuestros sentimientos con los asuntos del reino —insistió Fernández de Henestrosa.

El rey atendió los consejos de sus privados y fue a Valladolid. Permaneció dos días junto a la reina doña Blanca, pero como no la podía soportar abandonó la villa y marchó a Olmedo, donde le esperaba María de Padilla.

El vizconde de Narbona y los caballeros que llegaron con doña Blanca de Borbón, partieron de Valladolid sin despedirse del rey y regresaron a Francia.

Las reinas doña María y doña Blanca también abandonaron la villa y se dirigieron al palacio de Tordesillas, que mandó construir el rey don Alfonso XI, a orillas del río Duero.

• • •

Alburquerque tuvo que cumplir las órdenes del rey para no provocar aún más su ira contra él. Por eso, sus hijos y sus mejores caballeros salieron hacia Olmedo como rehenes del rey. Camino de Olmedo, entraron en Tordesillas. Las reinas doña María y doña Blanca les contaron las noticias que tenían del rey y de sus privados. Los rehenes se asustaron tanto que algunos de ellos, temiendo por sus vidas, decidieron regresar.

El rey se enteró de que varios de sus rehenes habían huido y mandó perseguirlos. El adelantado mayor de Castilla detuvo a uno de ellos. Le pusieron una cadena al cuello y le llevaron ante el rey. Parientes suyos que se encontraban en la Corte acudieron a María

de Padilla para conseguir que el rey le perdonara la vida y le dejara en libertad.

—No perdonaré a ningún otro caballero. Los mataré a todos —decía el rey, refiriéndose a los rehenes de Alburquerque.

María de Padilla desaprobaba que el rey proyectara matar a sus rehenes y decidió ayudarlos. Llamó a uno de sus escuderos y le dijo:

—Sal al encuentro de esos caballeros que se acercan a Olmedo. Diles que el rey los matará si entran en la villa. Adviérteles del peligro que corren.

Alvar Pérez de Castro recibió el mensaje de María de Padilla. Dio la vuelta y salió huyendo. El rey se enteró de que había escapado y ordenó a su alguacil mayor que le detuviera. Se produjo una persecución sin tregua. Alvar Pérez de Castro recibió la ayuda de la gente por el camino. Le facilitaron caballos y mulas de refresco. Le escondieron hasta que por fin consiguió llegar a Castrotorafe, a orillas del río Esla. Allí encontró a Alburquerque y le explicó el motivo de su presencia en aquel lugar.

—Mis hijos están en poder del rey. Son sus rehenes. Temo por sus vidas —le contestó Alburquerque.

Alburquerque temía por su suerte y decidió marcharse con sus tropas a Portugal. Tampoco Alvar Pérez de Castro se sentía seguro en Castilla y fue al servicio del infante don Pedro de Portugal.

• • •

María de Padilla desaprobaba la conducta del rey con sus hermanos; pero a pesar de todo, seguía pensando que el rey debía hacer la paz con ellos para evitar una guerra en Castilla. Sabía que el maestre don Fadrique no había visto a su hermano el rey desde hacía mucho tiempo. La última vez que estuvo con él fue en Llerena, cuando llevaban a su madre presa a Talavera para matarla. Desde entonces, el maestre don Fadrique apenas tuvo noticias de lo que sucedía en la Corte, porque el rey le prohibió abandonar las tierras del maestrazgo de Santiago. María conocía el odio que don Fadrique sentía por Alburquerque; y como quería ganarse su confianza para que hiciera la paz con el rey, le enviaba con alguna frecuencia un mensajero que le contaba noticias sobre la situación delicada por la que atravesaba Alburquerque en la Corte. Don Fadrique disfrutaba con las informaciones que recibía. Ansiaba tanto que Alburquerque perdiera su influencia en la Corte que no dejaba de pensar en ello. Pero pronto se iban a hacer realidad sus deseos. Una mañana llegó a Llerena el mensajero con nuevas noticias.

—Doña María de Padilla os pide que vayáis a la villa de Cuéllar. Allí se encuentra con el rey. Os ruega que os reunáis con ellos.

También desea deciros que Alburquerque ya no gobierna el reino.

El maestre don Fadrique se dirigió a Cuéllar. El rey le recibió con muestras de gran afecto y le presentó a María de Padilla y a sus parientes.

María se sentía muy contenta. «Por fin, Pedro ha logrado hacer la paz con sus hermanos», pensaba al verlos allí a todos juntos.

A María le gustaba hablar con los hermanos del rey para conocerlos mejor. Durante una de esas conversaciones, hablando con el maestre don Fadrique, se enteró de que don Tello estaba comprometido en matrimonio desde hacía mucho tiempo con doña Juana de Lara, la señora de Vizcaya. Sorprendida de que llevaran tanto tiempo comprometidos, preguntó a don Fadrique:

—¿Por qué no se ha casado tu hermano Tello?

—Necesitaría el permiso del rey. Teme disgustarle si le propone casarse con la señora de Vizcaya —le contestó don Fadrique.

María estaba decidida a ayudar a don Tello. Fue a ver al rey y le preguntó:

—¿Por qué no se casan Tello y Juana? ¿No están prometidos?

—Deberían casarse. Creo que aún no se conocen —le respondió el rey y se echó a reír.

—¿No se conocen? —le volvió a preguntar María, sorprendida.

—Convendría celebrar ese matrimonio antes de que regresemos a Sevilla —le contestó el rey.

María mandó llamar a don Tello y le contó lo que le había dicho el rey.

—Si es lo que desea, nos casaremos. Iré a Bermeo para conocer a Juana —le respondió don Tello.

64

Don Tello marchó hacia el señorío de Vizcaya. Al entrar en el territorio vasco, los vizcaínos dieron la voz de alerta. Comenzaron a sonar las chalapartas por los montes y los valles, anunciando la presencia de los castellanos en el señorío. Don Juan de Abendaño salió con sus tropas para interceptarlos. Don Tello y su séquito se detuvieron al ver que los vizcaínos se dirigían galopando hacia ellos. Abendaño se dio cuenta de que los castellanos no venían con la intención de luchar y levantó el brazo para que se detuvieran sus tropas. Don Tello y Abendaño avanzaron hasta encontrarse uno frente al otro en el centro de una campa rodeada de robles. Abendaño reconoció a don Tello, y le preguntó:

—¿Sois don Tello, el hermano del rey don Pedro de Castilla?

—El rey me advirtió que saldríais dispuesto a luchar si no os avisábamos que veníamos, don Juan. Porque sois don Juan de Abendaño, ¿no? —le preguntó don Tello.

—¿Cuál es el motivo de vuestra presencia en el señorío?

—Me dirijo a Bermeo. Vengo a visitar a doña Juana de Lara, la señora de Vizcaya. Deseo embarcar en Bilbao para zarpar rumbo a Bermeo. El rey me dijo que hizo esa travesía.

—No sería prudente que os hicierais a la mar. Se prepara una galerna. Convendría que fuerais a Bermeo por tierra. Ahora deberíais alojaros en mi torre de Bilbao. Pronto anochecerá y mañana podremos partir hacia Bermeo.

En la villa de Bilbao, Abendaño llevó a don Tello a pasear por la ribera de la ría. Abendaño estaba convencido de que don Tello iba a Bermeo para concertar su matrimonio con la señora de Vizcaya, y comenzó a hablarle del señorío. Apenas había empezado su explicación, don Tello bostezó.

—Mañana debemos madrugar. Deseo ir a descansar —dijo don Tello a Abendaño.

Abendaño se sorprendió por la falta de interés que había demostrado don Tello al interrumpir su explicación, y también él se marchó a dormir.

• • •

El día amaneció bajo una intensa lluvia. Don Tello se dirigió a Bermeo, atravesando los montes y los valles del señorío, en compañía de Abendaño. Los bermeanos salieron a recibirle con manifestaciones de júbilo. Un mensajero había llegado esa mañana

de Bilbao para comunicar a doña Juana de Lara, la señora de Vizcaya, que don Tello llegaría al atardecer. Los bermeanos sabían que don Tello estaba comprometido en matrimonio con doña Juana. Por eso, su júbilo estaba harto justificado. Cuando don Tello ascendía por la atalaya, donde se alzaba el castillo, los vigías hicieron sonar los cuernos en su honor. Sobre Bermeo arreciaba la galerna. Don Tello apenas podía avanzar por la fuerza del viento y tuvo que apoyarse en el muro del castillo para alcanzar el portón de la entrada principal. En la gran sala del castillo se oía el viento que soplaba tras los ventanales. Doña Juana, la señora de Vizcaya, esperaba a don Tello en el centro de la sala. Estaba acompañada de su hermana doña Isabel y del señor de Areilza, el preboste de Bermeo.

—¡En buena hora no hemos embarcado con este temporal! —exclamó don Tello al entra en la sala.

—Os advertí que se preparaba una galerna —le respondió Abendaño, que caminaba a su lado.

Don Tello avanzó por la sala observando a doña Juana. «¡Realmente es muy hermosa! Tan hermosa como me lo advirtió Pedro», pensó.

—¡Pero si es guapísimo! —comentó doña Juana a su hermana doña Isabel.

Don Tello y doña Juana se saludaron con un beso en las mejillas.

—Mi hermano Pedro te envía saludos. Tiene un grato recuerdo de su vista a Bermeo.

—Cuando Pedro estuvo aquí, hizo mejor tiempo que hoy —le respondió riéndose doña Juana.

Mientras doña Juana y don Tello seguían hablando, doña Mencía de Guevara se acercó a su hijo don Juan de Abendaño y le preguntó:

—¿Qué intenciones trae aquí el hermano del rey de Castilla? Desconfío de estos castellanos. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo para conocer a doña Juana? No sé, no sé. Si mi niña se casa con ese, no esperes nada bueno de esta gente. No te fíes de ellos.

—¡Calla, madre! ¡Qué cosas dices! ¡Te van a oír! —le respondió Abendaño.

—¿Acaso has olvidado que el rey don Pedro quiso capturar a don Nuño? Algo traman estos castellanos. Desconfía de ellos —volvió a insistir doña Mencía a su hijo.

La galerna seguía azotando Bermeo. La mar rugía. Las olas, embravecidas, se rompían en la escarpa rocosa de la atalaya. La lluvia envolvía en sus remolinos la muralla del castillo. Los vigías se

protegían de la fuerza del viento tras las almenas. En el interior del castillo echaron los cierres de ventanas y puertas.

Durante la cena se oían los truenos y los rayos que caían sin cesar. Don Tello y sus caballeros se sobresaltaron con el estruendo que retumbaba dentro de aquella sala, pero lo que más les asombraba era la actitud de las damas que no se inmutaban.

Doña Juana se dio cuenta de que don Tello se quedaba mirando el resplandor que entraba por las rendijas de los ventanales cada vez que caía un rayo, y le dijo:

—Si quieres ver el mar iluminado diré que abran las ventanas.

—No es necesario —le respondió don Tello.

—¡Sí, sí, que abran las ventanas! ¡Queremos ver como caen los rayos al mar! —se oyeron varias voces en la sala.

Doña Juana hizo una seña con la mano a uno de los criados para que abrieran las ventanas. Varios sirvientes comenzaron a retirar los cierres. En ese momento entró una ráfaga de viento y se apagaron las velas y las antorchas que iluminaban la sala.

Los castellanos se acercaron a las ventanas para ver aquella lluvia de rayos que caían sobre la mar.

—¿Cómo puede vivir esta gente aquí, con este horrible clima? —comentó uno de los castellanos.

—No creáis que es tan malo este clima. En invierno no hace mucho frío y durante el verano no pasamos el calor que tenéis en Castilla —dijo el señor de Areilza a los castellanos, después de escuchar el comentario que hizo uno de ellos.

—Recuerdo una tormenta que me sorprendió navegando con mi padre el rey don Alfonso. Estuvimos a punto de zozobrar —comentó don Tello al señor de Areilza.

—Las galernas del mar de Vizcaya son muy peligrosas —le replicó riéndose el señor de Areilza.

Con el resplandor de un rayo, Abendaño vio a don Tello en animada conversación con el señor de Areilza. Abendaño fue hacia ellos y les dijo:

—¡Quiera Dios que ninguna de nuestras naves se encuentre en altamar!

—Tened la seguridad de que estarán fondeadas en el puerto. Todos sabíamos que se avecinaba una galerna —le respondió el señor de Areilza.

Abendaño no había conseguido hablar con don Tello sobre sus intenciones de casarse con doña Juana. Necesitaba saberlo para hacer los preparativos de la boda y le preguntó:

—¿Habéis hablado de vuestra boda con doña Juana?

A don Tello le sorprendió aquella pregunta. Durante unos instantes permaneció en silencio y luego le contestó riéndose:

—No pretenderéis que os cuente las confidencias que hago a una dama.

—Doña Juana no es una dama cualquiera, es la señora de Vizcaya. Debemos conocer los proyectos que tenéis para comenzar con los preparativos de la boda —insistió Abendaño.

Cuando don Tello iba a responderle, se oyeron el estampido de los truenos y las descargas de los rayos que caían sobre la mar. En la sala todos permanecían en silencio hasta que de pronto alguien gritó a los sirvientes:

—¡Eh, vosotros, echad los cierres a las ventanas!

Después encendieron las velas y las antorchas, y la sala quedó iluminada. Doña Juana y sus invitados volvieron a la mesa. Los criados les llevaron unas fuentes de plata llenas de capones asados. Los comensales arrancaban las patas, las pechugas, los muslos y se los comían con las manos. Los hombres bebían vino en copas de plata y las mujeres, el chacolí en vasos de fino vidrio.

Abendaño observaba a don Tello. Le llamó la atención su falta de interés por doña Juana. «Acaban de conocerse y parece como si se vieran todos los días», pensó.

—¿Sabéis cuándo se van a casar? —preguntó el preboste de Bermeo a Abendaño, que se sentaba a la mesa junto a él.

—¡Que cuándo se van a casar!

—¿No habéis hablado con don Tello de la boda?

—No he conseguido saber nada de sus intenciones.

—Si ha venido a casarse con doña Juana, habrá que comenzar con los preparativos de la boda. ¿O no es así?

—Sí, pero no sabemos nada.

—¿Y doña Mencía, vuestra madre, tampoco sabe nada?

—No sabe nada. Ha estado a solas con doña Juana y también ha notado algo extraño en su comportamiento. Doña Juana estuvo muy esquiva con ella. Algo debe de estar sucediendo.

—Tendremos que esperar unos días para conocer sus intenciones. Don Tello acaba de llegar. Quizá no haya hablado aún de la boda con doña Juana —le dijo el preboste de Bermeo, tratando de justificar la ausencia de noticias.

—Os equivocáis. Doña Juana y don Tello han estado muchas horas juntos. ¿No los habéis visto hablando? ¿De qué otra cosa podrían hablar si no es de la boda que concertaron sus padres? —le respondió Abendaño.

—¿Insinuáis que pudiera existir alguna diferencia entre ellos?

—Esa es mi sospecha.

Mientras la galerna seguía azotando Bermeo y las ráfagas de lluvia golpeaban el castillo, se oyó a un vigía que daba la novedad y anunciaba la medianoche.

65

Habían transcurrido varios días desde la llegada de don Tello a Bermeo. En el castillo seguían sin tener noticias sobre las intenciones del hermano del rey.

—Si no nos quieren hablar de la boda, tendrán que hacerlo ante los vizcaínos —dijo Abendaño al señor de Areilza.

—No os entiendo —le respondió el señor de Areilza.

—Organizaremos un banquete en honor de don Tello. Invitaremos a alguno de los vizcaínos más notables. Ellos les harán hablar. Veréis como lo consiguen —le aseguró Abendaño.

Abendaño sabía que esos vizcaínos, que habían defendido el señorío de los ataques de los castellanos, no iban a permitir que doña Juana ni don Tello les ocultaran los planes que tenían sobre su boda.

• • •

De madrugada salieron de Bermeo varios destacamentos hacia el interior del señorío. Otros lo hicieron por la costa. Iban a comunicar a los vizcaínos que se iba a celebrar un banquete en honor de don Tello.

En el castillo se trabajaba en los preparativos del banquete. La galerna había cesado. Los pescadores reparaban sus aparejos para hacerse a la mar. Se proponían capturar las mejores merluzas y besugos que se servirían en el banquete. Pocos días después, todo estaba dispuesto para recibir a los invitados de la señora de Vizcaya.

• • •

Los primeros en llegar fueron los señores de Zubieta que venían de Lekeitio y los Martiartu de Erandio. Después llegaron los Butrón de Gatica, los Zugasti de Larrabezúa y los señores de Zamudio. Durante el resto del día siguieron llegando a la villa otros muchos vizcaínos con sus mujeres y sus hombres de armas. La gente de Bermeo salía a las calles para verlos pasar hacia el castillo, pero no los hubieran podido reconocer si no llega a ser por los pendones que traían, porque iban cubiertos con enormes capas y unas capuchas que les protegían de la lluvia que encontraron por el camino.

Al atardecer, todos los invitados habían llegado al castillo de Bermeo. Después de saludar a doña Juana y a don Tello se dirigieron a sus habitaciones para cambiarse de ropa por otra que

traían envuelta entre telas y pieles en sus equipajes.

Mientras tanto, los sirvientes iban encendiendo las lámparas de aceite, las antorchas y las candelas de las antecámaras, los corredores y las salas. Poco antes de que anunciaran la hora de vísperas, encendieron las antorchas de los pasos de ronda del castillo y la fortaleza quedó iluminada.

Las damas lucían llamativos briales de vivos colores y unos artísticos tocados corniformes. Los vizcaínos vestían sayo, aljuba y redondel, otros llevaban la garnacha.[27]

La sala se encontraba muy iluminada. Enormes tapices y colgaduras con las armas del señorío cubrían los muros. Delante de los tapices, apoyadas en el paramento, unas mesas de roble con jarrones de porcelana llenos de flores silvestres formaban parte de la decoración de la gran sala.

Los invitados habían bajado de sus aposentos y hablaban entre ellos.

—Doña Juana no se puede casar con el hermano del rey de Castilla. El rey de Castilla intentó invadir el señorío. Doña Juana debe romper ese compromiso de matrimonio —dijo el señor de Zubieta, indignado por la presencia de don Tello en Bermeo.

—El señor de Zubieta tiene razón —afirmó el señor de Butrón—. Los castellanos asesinaron en Burgos a don Juan Núñez de Lara, nuestro señor. El rey don Pedro persiguió a don Nuño. ¡Cómo se va a casar doña Juana con un hermano del rey de Castilla!

—Las cosas han cambiado en Castilla. El rey ha hecho la paz con sus hermanos. Ha dado su consentimiento para que don Tello se case con doña Juana —intervino el preboste de Bermeo, señor de Areilza.

—¿Qué nos importa que el rey de Castilla dé el consentimiento a su hermano para que se case? Doña Juana y don Tello ya estaban prometidos en matrimonio —le respondió el señor de Zubieta.

—¿Acaso no sabéis que el conde don Enrique también estaba prometido en matrimonio con doña Juana Manuel y que el rey don Pedro le persiguió porque se había casado sin su consentimiento? —le recordó el preboste de Bermeo.

—¡Allá con el conde don Enrique y el rey de Castilla! —replicó el señor de Zubieta.

—Es hora de que el señorío de Vizcaya y el reino de Castilla estrechen sus relaciones de buena vecindad —le advirtió el preboste de Bermeo.

—Esta boda no traerá nada bueno al señorío. Algo trama el rey de Castilla. No me fío de él —insistió el señor de Zubieta.

—¡Doña Juana, la señora de Vizcaya! —anunció un heraldo desde la puerta de la sala donde se encontraban todos los invitados.

Los vizcaínos y sus mujeres saludaron con una reverencia a doña Juana mientras se dirigía hacia un sitial sobre un estrado, delante de una colgadura con las armas del señorío. A la derecha de la señora de Vizcaya se situaron su hermana doña Isabel y Abendaño; y a su izquierda, don Tello.

Abendaño dio unos pasos hacia delante sobre el estrado y saludó con una pequeña reverencia a la señora de Vizcaya.

—Señora —dijo—, el día que vuestro padre el señor de Vizcaya y el rey de Castilla firmaron los compromisos matrimoniales para que os casarais con don Tello, los vizcaínos nos sentimos muy dichosos y lo festejamos con gran alegría. Deseábamos que se restablecieran nuestras relaciones con los castellanos y con la firma de vuestros compromisos de matrimonio se saldaron viejas disputas. Así comenzó una nueva etapa de entendimiento entre el señorío de Vizcaya y el reino de Castilla. Estos vizcaínos que se encuentran aquí han llegado a Bermeo con sus mujeres para dar la bienvenida a vuestro prometido. Todos se sienten muy dichosos de veros juntos. Pero ha transcurrido mucho tiempo desde que vuestros padres firmaron esos acuerdos. Los vizcaínos debemos velar por nuestras costumbres. Los señores de Vizcaya siempre garantizaron la continuidad de su casa a través de los legítimos descendientes que dieron al señorío. Es, pues, hora de que celebréis cuanto antes vuestro matrimonio y se consoliden las buenas relaciones que establecieron vuestros padres entre Vizcaya y Castilla. Señora, el mayor deseo de los vizcaínos es que tengáis descendencia y que podamos ver a vuestros hijos crecer entre los nuestros. Esto es lo que esperan los vizcaínos y lo que vuestros invitados desean que os transmita —le hizo una reverencia, retrocedió unos pasos y se situó junto a doña Isabel.

—Sí, sí queremos que os caséis cuanto antes —se oyeron voces entre los invitados.

—Y que tengáis muchos hijos, señora —añadieron otros invitados.

Doña Juana se emocionó con las palabras que le había dirigido Abendaño. Por sus mejillas corrieron unas lágrimas que no pudo contener al recordar a sus padres y a su hermano don Nuño. Cuando consiguió recobrar la serenidad, se levantó de su sitial, permaneció en silencio unos instantes en memoria de su familia y dijo:

—Quiero dedicar un recuerdo a mis queridos padres, vuestros

señores, que Dios los tenga en su gloria. Ellos me enseñaron a amar nuestras tierras y me prepararon para sucederles en el señorío, aunque nunca pude imaginar que llegaría a ser vuestra señora. Pero Dios dispuso que así fuera y asumí esa responsabilidad en las campas de Aretxabalaga después de jurar nuestros Fueros, usos y costumbres. También deseo rendir un merecido homenaje a don Juan de Abendaño, vizcaíno leal a mis padres y a nosotras, sus hijas. Me han emocionado vuestras palabras, don Juan —y se volvió hacia él para mirarle—. Habéis hablado con prudencia. Como señora de Vizcaya os expreso mi gratitud por ayudarme en el gobierno y defensa del señorío. A vosotros vizcaínos, que me honráis con vuestra presencia, os agradezco que hayáis venido para conocer a don Tello, el hijo del rey don Alfonso de Castilla, mi futuro esposo.

Los invitados comenzaron a aplaudir y se oyeron vítores de júbilo, aclamando a doña Juana y a don Tello. Doña Juana levantó los brazos para que le dejaran proseguir y añadió:

—Quiera Dios que pronto os podamos dar los hijos que tanto deseáis para garantizar la sucesión del señorío.

De nuevo aplaudieron los invitados y se volvieron a escuchar vítores de júbilo.

Doña Juana y don Tello descendieron del estrado y se dirigieron hacia la gran sala, donde habían instalado una mesa, en forma de herradura, para cenar.

Los criados comenzaron a llenar las copas de vino y de chacolí de los comensales. Mientras, en las cocinas retiraban las merluzas y los besugos de la lumbre, y en el hogar de una de las chimeneas terminaban de asar los corderos sobre las brasas.

Los vizcaínos se sentían muy satisfechos del anuncio que les había hecho doña Juana sobre su boda. Todos hacían planes para asistir a la ceremonia. Era el tema de conversación que tenían mientras comían.

—Organizaremos una boda digna de una señora de Vizcaya. El señorío se convertirá en una fiesta desde las montañas a la costa. Comenzaremos cuanto antes con los festejos y con los preparativos de vuestra boda. Brindo por doña Juana, nuestra señora —dijo Abendaño con la intención de saber cuándo se proponían celebrar la boda y levantó su copa.

Todos alzaron sus copas y brindaron por la señora de Vizcaya.

La señora de Vizcaya se dio cuenta de que había llegado el momento de informar a los vizcaínos sobre los planes que tenían sobre su boda y les anunció:

—Don Tello me ha pedido que nos casemos en Segovia. Espero que os parezca bien que haya aceptado la petición que me ha hecho vuestro futuro señor.

Un murmullo se apoderó de la sala. Abendaño y el señor de Areilza cruzaron sus miradas llenas de estupor. No podían creer lo que acababan de escuchar. El señor de Areilza volvió a mirar a Abendaño y le hizo un gesto para que interviniera, pero en el momento que se disponía a hacerlo, el señor de Zubieta tomó la palabra:

—Eso no puede ser. Las bodas de los señores de Vizcaya se celebran en el señorío. Los vizcaínos no entenderían que la señora de Vizcaya se casara fuera de nuestro territorio.

—Los señores de Vizcaya siempre han celebrado sus ceremonias de matrimonio en el señorío —intervino en tono airado el señor de Butrón.

Doña Juana se sentía preocupada por el disgusto que estaban manifestando sus invitados y dijo a Abendaño, que se sentaba a su izquierda:

—El rey de Castilla no podrá asistir a nuestra boda si nos casamos en el señorío. Ha abandonado a su mujer y vive con doña María de Padilla. Muchos caballeros de la Corte censuran su conducta. El rey teme un levantamiento si sale del reino. Por este motivo, me vi obligada a atender la petición que me hizo don Tello.

—¿Cómo no me lo habéis advertido antes? —le preguntó enojado Abendaño.

—Intenté convencer a don Tello de que debíamos celebrar nuestra boda en el señorío, pero no lo conseguí, aunque acabé comprendiendo sus razones. Doña María de Padilla ha logrado que el rey hiciera la paz con sus hermanos. Si deseamos mantener buenas relaciones con Castilla no parece aconsejable que importunemos a su rey.

—Tenemos que mantener buenas relaciones con Castilla. Eso es cierto —le respondió Abendaño—, pero debisteis hablar conmigo antes de hacer pública esa petición que os ha hecho don Tello. Ahora no será fácil convencer a los vizcaínos sin dar muchas explicaciones delante de vuestro prometido.

Abendaño consideró necesario informar a los señores de Zubieta y de Butrón, que se encontraban juntos en la mesa, de las revelaciones que le había hecho la señora de Vizcaya sobre su boda, y les dijo:

—Os confieso que mi sorpresa ha sido tan grande como la vuestra. Acabo de hablar con doña Juana y creo que ha tenido

motivos justificados para atender la petición que le ha hecho don Tello.

—¿Cuáles son esos motivos? —le preguntó indignado el señor de Zubieta.

—No es este el momento más oportuno para hablar de ello. Debemos respetar la intimidad de doña Juana y de don Tello —le respondió Abendaño.

Doña Juana vio a Abendaño hablando con los señores de Zubieta y de Butrón, y se lo agradeció con una sonrisa. Luego ordenó a los músicos que comenzaran a tocar. Las notas que salían del laúd y de la flauta lograron restablecer el sosiego que habían perdido los invitados. Los juglares y los bufones continuaron amenizando la velada hasta altas horas de la madrugada. Antes de despuntar el alba se escuchó el sonido de unos cuernos y los castellanos se sobresaltaron.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese estruendo? —preguntó don Tello.

—Son los pescadores que se hacen a la mar. Han visto las salas iluminadas del castillo y están saludando —le respondió la señora de Vizcaya.

66

El rey don Pedro se encontraba en Cuéllar. Estando con su privado Fernández de Henestrosa, recibió la noticia de que su hermano don Tello y la señora de Vizcaya se dirigían hacia Segovia. «Mis deseos se van a cumplir. Después de la boda podré controlar el señorío de Vizcaya», pensó muy satisfecho.

—María, vuestra sobrina, ha sido muy hábil con mis hermanos. Pero ¿hasta cuándo podré confiar en ellos? —preguntó el rey a Fernández de Henestrosa.

—Si se enteran de vuestros planes, no tendréis la paz que necesitáis para gobernar el reino —le respondió Fernández de Henestrosa mientras levantaba la vista de los documentos que examinaba.

—Debemos conseguir que don Tello firme un compromiso que involucre a los vizcaínos; y si me traiciona, tendré un pretexto para anexionar el señorío de Vizcaya —afirmó el rey.

• • •

Cientos de vizcaínos estaban llegando a Segovia con sus familias. Instalaban sus campamentos en los alrededores de la ciudad porque nadie quería darles cobijo. Por las noches encendían enormes hogueras y la muralla quedaba iluminada. Capturaban rebaños de ovejas y descuartizaban los corderos para saciar su apetito. Asaltaban los almacenes en busca de vino. Eran continuos los saqueos que provocaban por toda la ciudad. Los segovianos estaban aterrados. Habían informado al rey de esos pillajes, pero no lograban que enviara más gente armada. El rey no quería irritar a los vizcaínos y la tropa de la guarnición recibió la orden de no intervenir. Pero el rey tampoco deseaba que se prolongara por más tiempo aquella situación.

—Si no llegamos pronto, esos bárbaros van a destruir la ciudad —dijo el rey a don Juan Fernández de Henestrosa antes de partir hacia Segovia.

El rey y su séquito apenas tardaron una jornada en hacer el recorrido que les separaba de Cuellar a Segovia. Al atardecer, divisaron la muralla de Segovia, iluminada por el resplandor de las hogueras. Bajando por la cuesta de Zamarramala, el rey se detuvo. Quería ver a los vizcaínos mientras bailaban y cantaban alrededor de las hogueras. El griterío y el eco de sus canciones retumbaban por todas partes.

—Estos vizcaínos son unos salvajes —dijo el rey a María de Padilla, que cabalgaba a su lado.

—Detrás de esos muros hay una iglesia muy singular —explicó el rey a María, al pasar frente al monasterio de La Vera Cruz.

—¡Singular! ¿Por qué es singular esa iglesia? —le preguntó María.

—Tiene un edículo de dos plantas en su interior. La base de la iglesia es poligonal. Por eso es singular.

—Desde aquí no se ve nada.

—Podrás verla desde el alcázar.

—¿Y por qué se construyó ese edículo en la iglesia?

—Se construyó en memoria del templo que se levantó sobre el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén. Hay otra iglesia muy parecida en Portugal, en la ciudad de Tomar, que construyeron los templarios.

—¿Y quién construyó esta iglesia?

—Los canónigos de la Orden del Santo Sepulcro durante los primeros años de la pasada centuria.

—¿Y quiénes son esos canónigos?

—Mira —le dijo el rey y señaló a unos clérigos que se unieron a ellos en la entrada de la encomienda de Zamarramala—, esos son del Santo Sepulcro. Pertenecen a un cabildo fundado por el patriarca de Jerusalén. Lo fundó bajo la protección de Godofredo de Bouillon durante la primera cruzada.

En el alcázar comenzaron a sonar las trompetas. Estaban anunciando la llegada del rey. Muchos segovianos acudieron a la puerta de Santiago para verle cruzar la muralla, pero la mayoría le esperaba a lo largo del camino que iba hasta el alcázar. También los vizcaínos dejaron sus celebraciones para ver al rey.

—Desde lejos no parecía tan grande el alcázar. ¡Es inmenso! —exclamó María muy impresionada al contemplarlo de cerca.

—Mi tatarabuelo el rey don Alfonso venía mucho por aquí —le respondió el rey.

—¿Le gustaba este alcázar? —le preguntó sorprendida María.

—Pasaba largas temporadas entre estos muros. Cuentan que estando reunido aquí con las Cortes, dijo que Dios habría hecho mejor el mundo si se lo hubiera consultado. Un fraile que asistía a las Cortes le pidió que retirara esas palabras. Él se sentía muy orgulloso de su sabiduría y no lo hizo. Poco después se declaró una tormenta y, de modo inesperado, se derrumbó parte de la sala donde se encontraban reunidos —le relató el rey.

—¿Tú te crees eso?

—Por qué no lo iba a creer. Me lo contó mi padre. Aquí todos conocen esta historia. Se ha ido transmitiendo de generación en generación.

Al entrar en el alcázar, María se sobrecogió. Apenas había muebles en su interior para hacer habitables las dependencias.

—¿Podrías vivir aquí? ¡Es inhóspito! No comprendo cómo tus antepasados han pasado largas temporadas en este alcázar.

—Estaremos el tiempo necesario hasta que se case Tello. Después nos iremos a Sevilla. He ordenado que levanten unos planos para construir un nuevo palacio. Quiero ver cuanto antes esos planos.

María de Padilla se dio cuenta de la mala impresión que podía producir el alcázar a la señora de Vizcaya. Por este motivo, ordenó que trajeran muebles y tapices para decorar las salas y los aposentos que iba a utilizar la señora de Vizcaya durante su estancia en Segovia. Luego llamó a una de sus damas para que pusieran flores en las salas y en las alcobas.

67

A primera hora del día siguiente, María de Padilla salió del alcázar acompañada de varias damas de su séquito y de una reducida escolta de hombres armados. Atravesó la plaza, que había delante del alcázar, y entró en la iglesia de Santa María. Quería ver donde se iba a celebrar la boda de doña Juana, la señora de Vizcaya, y de don Tello. Apenas tuvo tiempo para ver nada de su interior, porque se presentó el obispo con el cabildo en la iglesia.

—Señora, ¿cómo no me habéis informado de que deseabais conocer Santa María? Os hubiéramos esperado en el atrio para recibiros —le dijo el obispo, queriendo disculparse.

—Pensé que tendríais cosas más importantes que hacer y no quise que se os molestara. Tan solo deseaba conocer donde se casará el hermano del rey.

El obispo y el cabildo acompañaron a María durante el recorrido que hicieron por el interior del templo. Al pasar por delante de la capilla mayor, María se detuvo ante la reja y se quedó mirando la imagen de la Virgen. El obispo percibió que algo había sucedido a María y permaneció junto a ella durante unos instantes.

—¿Deseáis quedaros sola? —le preguntó al ver que no se movía.

María de Padilla musitó unas palabras que nadie logró entender. El obispo ordenó que le llevaran un reclinatorio y abandonó la iglesia con el cabildo. Las damas y la escolta que la acompañaban se apartaron, pero permanecieron en el interior del templo.

Enseguida se enteró el rey de que María no se encontraba en el alcázar y fue a buscarla. Se sorprendió al verla arrodillada ante la imagen de la Virgen.

—Estaba preocupado por ti. Nadie sabía dónde estabas. Los guardias del alcázar te vieron entrar en la iglesia y por eso vine a buscarte. ¿Qué te sucede?

—No lo sé. Sentí una extraña sensación al pasar por delante de la imagen de la Virgen. Ya sé que una imagen no puede hablar, pero la Virgen me habló en mi corazón. Me encuentro confundida, pero no me sucede nada, Pedro —le dijo María para tranquilizarle.

—¿No serán imaginaciones tuyas?

—No, Pedro. No son imaginaciones mías.

—¿Y qué ha sucedido? —le volvió a preguntar muy intrigado el rey.

—No sabría muy bien qué decirte. Sentí una paz que antes nunca había tenido. La Virgen me habló de la oración y de la

penitencia. También dijo que la ira de Dios caería sobre los poderosos de esta tierra que obren el mal.

Al oír las últimas palabras de María, el rey recordó lo que le dijo el padre Eneko cuando fue a Okondo y sintió un escalofrío que hizo temblar su cuerpo. El rey nunca había hablado con María de la conversación que tuvo con el padre Eneko y tampoco lo iba a hacer en esta ocasión. Aunque tenía suficientes motivos para creer en esas revelaciones, se resistía a admitirlas; y no estaba dispuesto a explicar a María lo que también a él le sucedió.

—Las señoras sois muy sensibles. Os suelen pasar estas cosas. Oí contar a mi madre algún suceso parecido. También dijo que había tenido una revelación de no sé quién. Y todo quedó en eso, en nada —el rey le ofreció el brazo y salieron de la iglesia.

María de Padilla sequía pensando en las revelaciones que le hizo la Virgen esa mañana. Deseaba tanto poder hablar con alguna persona de aquella vivencia que comenzó a pensar en quién podría confiar. De repente se acordó del obispo. «¿Cómo no lo había pensado antes? El obispo es la persona con la que debo hablar», y mandó llamarle.

Poco antes de vísperas, el obispo de Segovia llegó al alcázar. María estaba tan impaciente por recibirle que ordenó que le hicieran pasar sin hacerle esperar.

—He dado instrucciones al cabildo de Santa María para que se ponga a vuestras órdenes, señora —le dijo el obispo al entrar en la sala.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, señor obispo. Fui a conocer la iglesia porque el rey quiere que la ceremonia de la boda sea del agrado de don Tello.

María se levantó y comenzó a pasear por la sala. Se dirigió a uno de los ventanales. Durante unos instantes permaneció observando las vistas que tenía ante sí del valle del Eresma y se dio cuenta de que podía ver desde allí la iglesia de La Vera Cruz, como se lo había advertido el rey cuando bajaron por la cuesta de Zamarramala. Volvió hacia el centro de la sala, se sentó frente al obispo y le dijo:

—Os he llamado porque me encuentro confundida. Esta mañana, mientras visitaba la iglesia de Santa María, me sucedió algo extraordinario y desearía conocer su significado.

El obispo sabía que María de Padilla no se había detenido ante la imagen de la Virgen para admirar la belleza de su talla. «¿Se tratará de su conversión? ¿Estará arrepentida de la vida que lleva junto al rey?», pensaba persuadido de que le había llamado para que la condujera por el buen camino y le respondió:

—Tendréis que hablarme con más claridad si deseáis que conozca lo que os sucedió esta mañana.

Al escuchar al obispo, María se ruborizó. Nunca se había confiado a nadie extraño y temía que también reaccionara como lo hizo el rey. Comenzó a sentirse insegura y pensó que no se tomaría en serio lo que le había sucedido.

—Creo que me he precipitado al llamaros. No debí molestaros. Lo lamento, señor obispo.

—Soy un sacerdote, señora. Lo que me contéis quedará entre nosotros. Podéis tener la seguridad de que respetaré vuestra intimidad. Si buscáis ayuda debéis confiar en mí. ¿Cuál es vuestra tribulación?

—¡No, no! Nunca me he sentido tan dichosa como ahora, pero estoy algo confundida.

—Entonces, ¿qué es lo que os inquieta?

—Saber si pueden ser ciertas las palabras que he escuchado esta mañana ante la imagen de la Virgen.

—¿Estáis diciendo que habéis recibido un mensaje de la Virgen?

—Así es, pero no sé cómo interpretarlo.

—¿Cuál es ese mensaje? Si no me lo contáis no podré ayudaros, señora —le volvió a advertir el obispo y se pasó la mano por el rostro para quitarse el sudor que le caía por sus grasientas mejillas.

María de Padilla sabía que esa era la única oportunidad que tendría para despejar sus dudas y decidió aprovecharla.

—El rey cree que son imaginaciones mías. Que son cosas que nos suceden a las señoras.

—Hija mía, os deberíais sentir muy dichosa de que la Virgen María se haya fijado en una criatura pecadora como vos. No todos los corazones están preparados para el arrepentimiento.

María se sorprendió al escuchar las palabras del obispo, pero no quiso responderle porque sabía que tendría que revelarle el secreto que muy pocos conocían.

El obispo se dio cuenta de que María de Padilla se encontraba ante algún dilema que le impedía hablar, pero no alcanzaba a comprender lo que trataba de ocultar.

—Lo siento, señor obispo. No podemos continuar esta conversación. Rompería la promesa que hice.

—Si lo deseáis puedo escucharos en confesión. Sabéis que jamás podría revelar nada de lo que digáis —le aseguró el obispo.

—Rompería la promesa que hice de guardar silencio —insistió María.

—No, hija mía. No romperías ningún secreto. En la confesión

habláis con Dios, no con el sacerdote. Nadie conocerá vuestro secreto. Tendría que morir antes de revelarlo. Debéis confesar vuestro pecado y apartaros de la vida de concubinato que lleváis junto al rey —le reprochó el obispo, convencido de que iba a arrancarle su confesión.

María se indignó. Se levantó y comenzó a pasear por la sala. «Qué se ha creído este obispo», pensó ella.

El obispo percibió que María de Padilla acabaría hablando, pero no podía imaginar lo que le iba a decir.

—Sois un insolente. Debéis tener más respeto a la legítima esposa del rey —le increpó María.

—¿Qué estáis diciendo? Todos sabemos que el rey se casó con doña Blanca de Borbón y que después la abandonó para acudir a vuestro lado —le respondió muy alterado el obispo.

María se sentó frente al obispo, se le quedó mirando con una expresión de desprecio en su rostro y le dijo:

—El rey y yo nos casamos por palabras de presente el año pasado. La ceremonia de nuestro matrimonio se celebró hace unos meses en el castillo de Montalbán. Nos casó el capellán mayor del rey. Firmaron como testigos mi tío don Juan Fernández de Henestrosa, mis dos hermanos y Pedro López de Ayala, el doncel del rey. Todos juraron guardar secreto ante los Evangelios.

—¿Cuándo, cuándo decís que se celebró ese matrimonio? —le volvió a preguntar muy desconcertado el obispo.

—Os he dicho que hace unos meses, pero si deseáis conocer más detalles os diré que nos casamos antes de que el rey fuera a Valladolid.

—¿Estáis afirmando que vuestro matrimonio se celebró antes de la boda del rey con doña Blanca?

—Así fue. El rey quiso que nuestro matrimonio se mantuviera en secreto para evitar que algunos caballeros del reino se levantaran contra él y así se mantendrá hasta que el rey decida lo contrario.

—Pero ¡cómo, cómo pudo hacer una cosa así! —se lamentó el obispo.

—Al rey le presionaron para que se casara con una mujer a la que ni conocía ni amaba. La abandonó después del banquete. El rey no pasó la noche con ella. Ese matrimonio no fue válido —insistió María.

El obispo se sentía abatido. No sabía qué decir. María de Padilla no deseaba seguir hablando con el obispo y quería que se fuera cuanto antes.

—Recordad que estáis obligado al secreto de confesión —le dijo

María mientras se levantaba.

—Podéis tener la seguridad de que guardaré el secreto que me habéis revelado —le respondió avergonzado el obispo mientras miraba al suelo.

María de Padilla dio unas palmadas y aparecieron dos hombres de armas que acompañaron al obispo hasta la puerta del alcázar.

68

Varios adalides llegaron a Segovia para anunciar al rey que la señora de Vizcaya y don Tello se encontraban muy cerca de la ciudad.

—Su séquito avanza muy despacio. Viene rodeado de jinetes y de gente de a pie con mil lanzas —informaron al rey.

Los vizcaínos hicieron sonar sus cuernos al divisar la ciudad. Antes de entrar en Segovia, la señora de Vizcaya abandonó la carreta donde viajaba y montó sobre un caballo. Se escucharon las trompetas de la torre del homenaje, anunciando que doña Juana y don Tello estaban llegando a la ciudad, y el rey salió a recibirlos con María de Padilla y su Corte.

Doña Juana y don Tello entraron en la plaza, descabalgaron y se dirigieron hacia el rey. Detrás les siguieron los miembros de su séquito. Don Tello hincó la rodilla ante el rey y besó sus manos. A doña Juana le sorprendió ver como saludaba don Tello a su hermano. Ella sabía que como señora de Vizcaya no podía hacerle ese saludo y permaneció erguida ante él, esperando a que el rey la saludara. El rey se sintió desairado al darse cuenta de que la señora de Vizcaya no iba a besar sus manos, pero como no deseaba crear un incidente con los vizcaínos, se acercó a ella y la besó en la mejilla. Don Juan de Abendaño estaba muy satisfecho de que la señora de Vizcaya se hubiera negado a postrarse ante el rey. «Si el rey hubiera devuelto las tenencias y los señoríos que Alburquerque incautó a su padre en Castilla, habría tenido que hacerle una reverencia, pero no en estas circunstancias». También el preboste de Bermeo se alegró del comportamiento de doña Juana. En cambio, don Fernán Pérez de Ayala se dio cuenta de que al rey no le gustó la actitud altiva que tuvo doña Juana delante de su Corte. «El rey se vengará de ella por lo que ha hecho», pensó. Todos los miembros del séquito vizcaíno saludaron al rey con una pequeña inclinación de su cuerpo, pero ninguno de ellos besó sus manos.

—Ya conocéis a Juana —dijo don Tello al rey.

—La conocí en Bermeo antes que tú —respondió el rey y se echó a reír.

María de Padilla se acercó a doña Juana para darla la bienvenida, la besó y le dijo:

—Estoy segura de que querrás ir a tus aposentos para cambiarte y descansar un rato.

Mientras el rey y sus privados entraban en el alcázar, don

Fernán se acercó a don Pedro Suárez de Toledo y le preguntó:

—¿Recordaréis que os advertí de los peligros que acechaban al reino?

—No he podido olvidar vuestros presagios, pero sigo pensando que exageráis —le respondió Suárez de Toledo.

—Castilla se levantará en armas si el rey no regresa con la reina doña Blanca.

—El conde don Enrique y el maestre don Fadrique han venido a la boda de don Tello. Los infantes don Fernando y don Juan de Aragón también están aquí con el rey. ¿Cómo podéis pensar que se levantarán contra el rey, si se encuentran aquí con él? —se lo reprochó Suárez de Toledo.

—El rey ha hecho las paces con sus hermanos porque se ha enemistado con Alburquerque. ¿No os dais cuenta de que los parientes de doña María de Padilla quieren tener de su parte a los hermanos del rey y a los infantes de Aragón para acabar con Alburquerque? —insistió don Fernán.

—¿Acaso no buscábamos apartar a Alburquerque de la influencia del rey?

—Sí, pero nunca pensamos urdir su muerte —precisó con energía don Fernán.

—¿Estáis insinuando que el rey ordenará la muerte de Alburquerque? ¡No puedo creerlo! —exclamó consternado Suárez de Toledo.

Don Fernán no quiso insistir. Sabía que don Pedro Suárez de Toledo se resistiría a admitir los peligros que acechaban a Castilla. Además, de nada le iba a servir su ayuda, porque había dejado de ser el camarero mayor del rey y ya no tenía ninguna influencia en la Corte. Por estos motivos, don Fernán no deseó prolongar aquella conversación. Le hizo un gesto de mano, indicándole el camino del alcázar, y regresaron.

• • •

María de Padilla había organizado los preparativos del banquete que se iba a celebrar esa noche en honor de la señora de Vizcaya, pero no sabía cuál debía ser el protocolo para sentarse a la mesa. Llamó a Gutierre Fernández de Toledo para que se lo explicara y se dirigieron a la gran sala del alcázar donde habían instalado el comedor.

—Presidiréis la mesa con el rey —le dijo Fernández de Toledo, señalando el lugar que ella debía ocupar—. A vuestra derecha se sentará el obispo de Segovia y a la izquierda del rey, la señora de Vizcaya con don Tello.

—A mi derecha se sentará el capellán mayor del rey —le respondió María.

—El obispo de Segovia es la primera autoridad de la Iglesia en la ciudad, señora.

—El capellán mayor del rey es la primera autoridad de la Iglesia en la Corte y también es un obispo. Se sentará a mi derecha —insistió María.

Los criados habían terminado de preparar la mesa. En las cocinas asaban a fuego lento los cochinillos y los corderos lechales que se servirían en la cena. Todo estaba dispuesto para celebrar el banquete y María de Padilla se fue a sus aposentos para cambiarse de ropa.

El rey se encontraba con sus hermanos el conde don Enrique, el maestre don Fadrique y don Tello en una sala del alcázar. Hablaba con ellos de la caza con los halcones. Les contaba las experiencias que había tenido cazando en el señorío de Ayala. Estando haciendo planes para ir a cazar, aparecieron don Fernando y don Juan, los infantes de Aragón.

—Mañana saldremos a cazar —les dijo el rey.

—¿Y qué hacemos con los vizcaínos? —le preguntó don Tello.

—Que vengan con nosotros —le respondió el rey y se rio a carcajadas, pensando que no habrían traído sus halcones.

—Si les invitáis, irán a cazar. He visto sus halcones y sus podencos —replicó don Tello.

Los vizcaínos que habían llegado en el séquito de doña Juana eran los representantes de las casas principales del señorío. El rey lo sabía y era consciente de que debía hablar con ellos si deseaba anexionar Vizcaya a la Corona de Castilla. Aunque no olvidaba la conversación que tuvo con Abendaño en el monasterio de Abando, estaba convencido de que lograría sus propósitos si se mostraba amable con ellos. «Los vizcaínos se verán obligados a aceptar mis exigencias si Tello firma los acuerdos que prepara Fernández de Henestrosa. Esperaré a que llegue el momento oportuno para controlar ese territorio y a su indómita gente», pensó muy satisfecho.

—Vamos a buscar a los vizcaínos para invitarles a la cacería —dijo el rey a sus hermanos y a sus primos los infantes de Aragón.

Mientras el rey hablaba con los vizcaínos, apareció María de Padilla con la señora de Vizcaya y las damas de su séquito. El rey sabía que María había recibido al obispo de Segovia en el alcázar, y le preguntó riéndose:

—¿Qué ha sucedido con el obispo de Segovia? ¿Te has enfadado

con él? Fernández de Toledo me ha dicho que no quieres tenerle a tu lado en la mesa.

—Ese obispo no me resulta nada simpático.

—Los obispos no tienen por qué resultar simpáticos —volvió a reírse el rey.

María le dirigió una tierna mirada para que no insistiera y también ella se echó a reír.

Un criado abrió las puertas de la gran sala y anunció que la cena estaba servida.

El rey y María fueron en busca de la señora de Vizcaya, que se había separado de ellos. La encontraron hablando con unas damas castellanas. Los tres se dirigieron hacia el comedor mientras los invitados se apartaban para dejarlos pasar.

María de Padilla estaba muy contenta de ver al rey con sus hermanos y sus primos.

Don Tello se esforzaba por crear un ambiente agradable en la mesa. Hablaba con doña Juana, su prometida, y con el obispo de Segovia. Pero los vizcaínos se dieron cuenta de las frías relaciones que mantenía con el rey, con sus hermanos y sus primos los infantes de Aragón. También Abendaño desconfiaba del rey y comenzaba a preguntarse si la señora de Vizcaya no debió romper el compromiso de matrimonio con don Tello. «A ver si va a tener razón mi madre. Me advirtió que esta boda no iba a traer nada bueno para el señorío», pensó, aunque sabía que ya era tarde para lamentarse.

Mientras estaban cenando, el señor de Zubieta se quedó observando una de las ventanas de la gran sala con tanta atención que varios de los comensales dirigieron sus miradas hacia el exterior para comprobar lo que sucedía.

—Esta noche hay lluvia de estrellas. En Lekeitio las vemos caer durante el verano como aquí —dijo el señor de Zubieta a los castellanos.

—¿Os interesa la astrología? —le preguntó el rey.

—Los vascos no creemos en esas cosas. En la antigüedad adorábamos al sol y a la luna. Entonces hubo muchos que predecían el futuro por el movimiento de las estrellas. Engañaban a la gente con sus patrañas —afirmó el señor de Zubieta.

—Mi tatarabuelo el rey don Alfonso aprobaba que se adivinara el futuro a través de las estrellas, aunque también se castigaba con la muerte a los que utilizaban la astrología para hacer el mal —le dijo el rey.

—La astrología nunca fue una práctica inocente. Fue condenada por el Concilio de Toledo y por el papa León Magno. Ibn Hazm, un

árabe de Córdoba que vivió en el siglo XI, dejó escrito que la astrología no era una ciencia y que los astros no tenían ninguna influencia en las personas ni en los sucesos del mundo. El rey don Alfonso toleró la práctica de la astrología porque era una superstición difícil de combatir, pero trató de evitar que se utilizara con fines malignos —les explicó don Fernán.

—Es cierto cuanto afirma don Fernán —advirtió el rey.

—El rey don Alfonso X dedicó mucho tiempo al estudio de la astronomía y se ocupó de la astrología en los justos términos. Sus hallazgos científicos han tenido gran influencia en Europa —añadió don Fernán.

—Además, dejó muchos manuscritos sobre astrología y astronomía. En una de las torres del alcázar se conserva su observatorio astronómico. Si lo deseáis podemos visitarlo —dijo el rey a sus invitados con la intención de proporcionales alguna distracción.

—¡Qué divertido! Nos encantaría verlo —respondieron varias señoras al mismo tiempo.

—¿Cómo pueden pensar en visitar un observatorio con estos cochinillos que estamos comiendo? —dijo el señor de Zamudio a los que tenía a su lado en la mesa y se echó a reír.

Los vizcaínos comían y bebían sin el menor recato mientras los castellanos les preguntaban sobre la vida en el señorío. Los vizcaínos les contestaban haciéndoles bromas y se reían de ellos. Doña Juana, la señora de Vizcaya, les hizo un gesto con la cabeza, desaprobando su conducta.

—Si nos visitáis, las tierras de Vizcaya os acogerán con la hospitalidad que os merecéis. Entonces podréis comprobar como vivimos —dijo Abendaño a los castellanos para que el rey no se molestara por la actitud de los vizcaínos.

—¡Menuda hospitalidad la vuestra! Me recibisteis con las lanzas dispuestas para la lucha —le respondió riéndose don Tello.

A pesar del tono jocoso que había empleado don Tello en sus palabras, el señor de Zubieta se sintió ofendido. Se apoyó sobre la mesa con la intención de responderle, pero el señor de Areilza se adelantó y le dijo, riéndose a carcajadas:

—Don Juan de Abendaño depuso las armas al reconoceros. Recordad que os invitó a pasar la noche en su torre de Bilbao.

La señora de Vizcaya se tranquilizó al escuchar las palabras de Areilza, porque sabía que Zubieta hubiera contestado con desaire y habría molestado al rey.

Después de cenar se dirigieron al observatorio astronómico en la

torre sudeste del alcázar. Al entrar en la sala vieron a un anciano, envuelto en una capa y con un turbante por tocado, que bajaba de sus aposentos por una escalera de caracol. El rey le llamó para que se acercara y le presentó a sus invitados.

—Es el mago Mizar.

—¡Mizar! ¿No es el nombre de un astro de la Osa Mayor? —preguntó don Fernán.

—Oí decir que su padre le llamaba así porque siempre estaba observando las estrellas y con ese nombre se quedó. Nadie conoce su verdadero nombre —le explicó riéndose el rey.

También el mago Mizar se rio, pero al presentarle a la señora de Vizcaya y a su hermana, su rostro se transformó. Retrocedió un par de pasos, echando sus brazos hacia atrás, y se quedó mirándolas. El rey se dio cuenta de que Mizar había visto en ellas algo que le atemorizó, pero no quiso comentarlo.

—¿Qué os sucede, mago Mizar? —le preguntó María de Padilla al percibir la repentina palidez de su semblante.

—No os preocupéis, señora. Me he sentido indispuesto, pero ya me encuentro bien.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó doña Isabel, la hermana de la señora de Vizcaya, algo turbada por la manera que la había estado mirando.

—Trabajo en el observatorio, señora. Mis antepasados estuvieron siempre aquí desde que el rey don Alfonso lo mandó construir.

—Investiga con todos esos instrumentos que veis y con los libros que hay en esos armarios —añadió el rey.

—¿Se sentaba el rey don Alfonso en este sillón para contemplar el cielo? —volvió a preguntar doña Isabel.

—Desde aquí observaba los planetas y las estrellas. Todo sigue como él lo dejó después de su muerte —le contestó el rey.

—¿Pasaba mucho tiempo aquí? —preguntó la mujer de Abendaño.

—Siempre que podía venía al observatorio. Estaba rodeado de astrónomos judíos y musulmanes conversos; de italianos y castellanos —le respondió el rey.

—¿Y qué hacía con toda esa gente? —intervino la mujer de Areilza.

—Investigaba los astros. Medía las distancias que había entre ellos con el astrolabio,[28] ese instrumento que está sobre la mesa. El rey don Alfonso lo mandó construir para hacer las tablas de las estrellas y de los planetas —le explicó el rey.

El rey vio como don Fernán observaba los libros que había en uno de los armarios de aquella sala y le dijo:

—Aquí no tenemos tantos libros como en vuestra biblioteca de Quejana, pero hay manuscritos de astronomía y de astrología que no se pueden encontrar en ningún otro lugar del reino. Algunos son traducciones que el rey don Alfonso mandó hacer.

—También veo manuscritos en árabe —le respondió don Fernán.

—En esa arca guardamos todos sus libros —le dijo el rey y ordenó que la abrieran.

Don Fernán se acercó al arca y comenzó a examinar los libros.

—*Picatrix*, *Lapidarios*, *La mágica de los signos*, *Del saber de astronomía o de astrología*, *El almanaque de Azarquiel* —iba recitando algunos de sus títulos al contemplarlos—. ¿Cómo es que siguen aquí todos estos libros? —preguntó don Fernán al rey.

—Mi bisabuelo, el rey don Sancho, ordenó que los libros de su padre, el rey don Alfonso, permanecieran en esta sala.

Los vizcaínos no podían comprender cómo un rey tan sabio, que quiso ser emperador de los alemanes, pasaba tanto tiempo en aquel sillón mirando las estrellas.

—A mí no me hacen falta tantos libros ni ese raro instrumento para contemplar las estrellas. Desde mi torre veo tantas estrellas que las podría coger con las manos —dijo riéndose el señor de Butrón al de Zubieta.

—Siempre oí decir que los reyes tenían extrañas aficiones —le respondió el señor de Zubieta, y también él rio a carcajadas cuando salían de la torre.

Mientras se oían el griterío de los vizcaínos y el eco de sus canciones, se escuchó a un guardia que daba la novedad y anunciaba la medianoche desde la torre del homenaje.

69

Al despuntar el alba, el rey salió de sus aposentos. Llamó a Pedro López de Ayala, su doncel, y también a Amín, su halconero mayor, y les preguntó:

—¿Habéis visto los halcones de los vizcaínos?

—Están bien adiestrados. Son como los que os trajeron de Alemania y de Noruega —le respondió Pedro López de Ayala.

—Hay algunos peligrosos. He visto como se peleaban entre ellos. Habrá que tener cuidado —le dijo Amín.

—Hoy iremos a cazar sisones. Los guardias del alcázar han visto muchos por los alrededores —les anunció el rey.

Sobre el alcázar se comenzó a oír el graznido de los grajos. Volaban en desbandada por temor a los halcones que llevaban los cazadores sobre sus guanteletes. El rey y su séquito salieron de la ciudad y se adentraron en el campo. Allí escucharon el ronco cacareo de los sisones y Pedro López de Ayala ordenó soltar a los podencos.

Mientras el rey cazaba en las proximidades de Segovia con sus invitados, la señora de Vizcaya y su hermana doña Isabel salieron del alcázar con María de Padilla. Iban acompañadas de una pequeña escolta de hombres armados y se dirigieron a la iglesia de Santa María. Doña Juana, la señora de Vizcaya, quería conocer el lugar donde se iba a celebrar su matrimonio. En el interior del templo, al pasar por delante de la capilla mayor, María de Padilla se detuvo ante la reja y se quedó mirando la imagen de la Virgen.

—¡Mirad! ¿No es preciosa? —les preguntó María.

—Tiene una expresión muy delicada en su rostro —respondió doña Juana.

—¿Os parece? —insistió María, satisfecha de que le hubiera gustado la imagen de la Virgen.

—Me llena de alegría casarme aquí. Nuestros padres nos inculcaron la devoción a la Virgen María —le respondió doña Juana, porque sabía que María de Padilla había elegido esa iglesia para su boda.

Cuando salieron de la iglesia, María de Padilla propuso a doña Juana y a doña Isabel visitar el monasterio de Santa Clara. El capellán mayor del rey le había hablado de las extraordinarias virtudes de su priora y deseaba conocerla para contarle la experiencia que tuvo ante la imagen de la Virgen. Creía que la priora le podría desvelar el significado de lo que hasta ese momento

nadie pudo hacerlo. Aunque sabía que no debía revelarle el contenido de aquella vivencia delante de doña Juana y de doña Isabel, estaba muy ilusionada con ese encuentro. María hizo un gesto de mano a uno de los guardias de su escolta y una carreta se acercó para recogerlas. Las tres señoras subieron por una cuesta que les llevó hasta la cima de la ciudad. Allí echaron pie a tierra y se dirigieron al monasterio de las clarisas. Entraron en un pequeño zaguán y fueron hacia el torno. María tocó varias veces la campana. Al cabo de un rato se oyó una voz al otro lado del muro.

—Ave María Purísima.

En el interior del monasterio se produjo una gran sorpresa al saberse que tan importantes señoras aguardaban en el zaguán. La priora llamó a otras dos monjas para que la acompañaran y se fueron hacia la entrada del monasterio.

—Buenos días. Soy la madre priora. ¿A qué debemos el honor de vuestra visita? —les preguntó a las señoras mientras hacía un gesto de mano invitándolas a pasar.

María de Padilla explicó a la priora que la señora de Vizcaya se encontraba en Segovia porque se iba a casar allí.

—Estamos informadas de que os vais a casar con don Tello en la iglesia de Santa María. Las monjas de este monasterio os encomendamos todos los días en nuestras oraciones, doña Juana —le dijo la priora mientras caminaban por el claustro.

—Os agradezco que me tengáis presente en vuestras oraciones —le respondió la señora de Vizcaya.

—Veo que estáis muy enterada de cuanto sucede en Segovia —intervino María de Padilla.

—Nosotras no estamos en el mundo, pero las criaturas de Dios Nuestro Señor vienen para pedirnos nuestras plegarias y nuestro consejo.

María se quedó desconcertada por la respuesta de la priora. «¿Qué habrá querido decir?», pensó. Deseaba preguntarle por el significado de sus palabras, pero decidió no hacerlo.

La priora observaba con mucha atención a María de Padilla. Al verla en el zaguán, se dio cuenta de que se sentía inquieta por algún motivo. Quería verla en la claridad del día y decidió salir con las tres señoras al huerto.

—Bajo estos frutales hace más fresco a estas horas de la mañana. Aquí estaremos mejor —les dijo la priora y se sentó con ellas en unos bancos de piedra.

Como las tres señoras permanecían en silencio, la priora se quedó mirando a los ojos de María de Padilla y le dijo:

—Me contaron que estuvisteis rezando ante la imagen de la Virgen en la iglesia de Santa María.

—¿Cómo lo habéis sabido? —le preguntó intrigada María.

—Nuestro capellán pertenece al cabildo. Acudió con el señor obispo a Santa María al enterarse de que os encontrabais visitando la iglesia.

—¡Ah, sí! Recuerdo muy bien al obispo y al cabildo en la iglesia —le respondió más tranquila María.

—También me dijo que orabais con mucho fervor ante la imagen de la Virgen.

—Creo que vuestro capellán exagera —replicó ruborizada María.

—No tenéis por qué avergonzaros de rezar con fervor —insistió la priora.

María de Padilla comenzaba a sospechar que la priora le estaba enviando algún mensaje. «A ver si me aclara mis dudas sobre las palabras que escuché ante la imagen de la Virgen». Estaba decidida a aprovechar esa ocasión, a pesar de la presencia allí de doña Juana y de doña Isabel, que la incomodaban, y le dijo:

—No, madre priora. Yo no me avergüenzo de haber estado rezando ante la imagen de la Virgen.

—Si oramos con devoción siempre recibimos alguna gracia, pero estamos tan pendientes de nuestros deseos que no somos capaces de percibir los frutos de la oración.

—Queréis decir que la Virgen nos puede hablar mientras rezamos.

—Así es, hija mía. Veo que ya habéis tenido alguna vivencia para saber de qué os estoy hablando. Sois muy afortunada. Aprovechad esa gracia que habéis recibido.

—Pero ¿cómo se aprovecha esa gracia de la que habláis?

—Eso depende de cada una, hija mía —le contestó riéndose la priora.

—Sí, pero ¿cómo sabemos si son ciertas esas inspiraciones, esas palabras que escuchamos en nuestro corazón? ¿No serán imaginaciones nuestras?

—Entregaos a la oración. Haced penitencia y sed generosa. Si observáis estos consejos, sabréis si son ciertas esas inspiraciones que escucháis en vuestro corazón —replicó la priora.

A María de Padilla le sorprendieron tanto las palabras de la priora que permaneció en silencio. «Las virtudes que atribuyen a la priora deben de ser ciertas. El capellán mayor del rey tenía razón. La madre priora me ha dicho lo mismo que escuché ante la imagen de la Virgen», pensó muy impresionada.

Doña Juana, la señora de Vizcaya, y su hermana doña Isabel seguían con mucha atención aquella conversación.

—Nosotras también tenemos gran devoción a la Virgen. Nuestros padres nos inculcaron la devoción a la Virgen desde muy pequeñas —dijo doña Juana a la priora.

—Los padres que educan a sus hijos en el amor a la Virgen son bendecidos por el Señor, hija mía.

—¿Tenéis muchas vocaciones? —le preguntó doña Isabel.

—Desearíamos atender todas las solicitudes que tenemos, pero no lo podemos hacer.

—¿Qué queréis decir, madre priora? —le preguntó María de Padilla.

—Necesitaríamos abrir un nuevo monasterio para recibir a nuestras postulantas.

María se acordó de que tenía un palacio con unas huertas en Astudillo y pensó que esa podría ser una buena oportunidad para practicar la generosidad de la que había hablado la priora.

—Estaría encantada de que se fundara un nuevo monasterio en un palacio que tengo cerca de Palencia —le dijo María de Padilla.

—¿De verdad que os desprenderíais de ese palacio vuestro, hija mía? —le preguntó la priora, desconcertada por ese súbito ofrecimiento.

—Sí, ya os lo he dicho —insistió sonriendo María.

La priora no podía disimular su emoción. Comenzó a balancear su cuerpo sobre el banco mientras se pasaba las manos por el rostro.

—¡Qué alegría me dais! Tendréis que conseguir la autorización del papa para la nueva fundación.

—Antes tendré que hablar con el rey.

—Podríais hablar con el señor obispo de Segovia para que se interese en Aviñón por los trámites de la fundación. ¡Qué alegría, hija mía! —volvió a exclamar de júbilo la priora.

—Hablaré con el capellán mayor del rey. Él se ocupará de todo lo que haga falta.

En la espadaña comenzaron a sonar las campanas. Estaban anunciando el rezo de la liturgia de las Horas. María de Padilla, doña Juana y doña Isabel se despidieron de la priora. Abandonaron el monasterio y decidieron ir a pasear por la ciudad.

—Nuestro padre nos hablaba mucho de Segovia. Estuvo aquí en varias ocasiones. El monumento de la ciudad que más le gustó fue la iglesia de San Esteban —dijo la señora de Vizcaya a María de Padilla.

—Creo que nos encontramos muy cerca de esa iglesia. Si lo

deseáis podemos acercarnos para verla. Pediremos a nuestros guardias que nos guíen —le respondió María.

—Nuestro padre decía que su campanario era el más bello de Castilla —añadió la señora de Vizcaya mientras se aproximaban a San Esteban.

—¡Es muy bello! —exclamaron ellas al llegar a la iglesia.

—Recuerdo que nuestro padre también nos habló de un calvario que había en su interior. Deberíamos entrar para verlo —dijo doña Isabel.

Después de visitar la iglesia estuvieron paseando por la ciudad hasta que escucharon las trompetas de la guardia del rey, anunciando el fin de la cacería, y volvieron al alcázar.

70

El mago Mizar no dejaba de pensar en la señora de Vizcaya y en su hermana doña Isabel. Se quedó muy impresionado el día que las conoció. Necesitaba saber si fueron ciertas las señales que percibió durante aquel encuentro. Desde ese momento estuvo tratando de enterarse de sus fechas de nacimiento para averiguar su futuro con las tablas astrales que había en el observatorio. Todos sus intentos parecían resultar inútiles hasta que oyó a una de las doncellas de la señora de Vizcaya que hablaba de doña Mencía de Guevara, y fue en su busca.

—He oído que habéis criado a las hijas de los señores de Vizcaya —dijo el mago Mizar a doña Mencía de Guevara.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy el mago Mizar. Trabajo en el observatorio del alcázar.

—¿Acaso sois un mago? —le preguntó riéndose doña Mencía.

—Así es como me llaman.

—¿Y qué deseáis de mí?

—He conocido a doña Juana y a doña Isabel y desearía hacerles unas cartas astrales. Sus horóscopos.

—¡Cartas astrales! ¡Horóscopos! ¿De qué estáis hablando?

—Desearía predecir su futuro.

—¡El futuro de mis niñas! ¿Pensáis que algo grave les puede suceder? —le preguntó atemorizada doña Mencía.

—No os preocupéis. Son unas criaturas tan bellas que tengo curiosidad por conocer más sobre ellas —le respondió Mizar para tranquilizarla.

—Asistí a sus nacimientos. Ayudé a traerlas a este mundo. Y, también, las he criado.

El mago Mizar quería ganarse la confianza de doña Mencía y la invitó a visitar el observatorio astronómico. Allí le enseñó los instrumentos, los libros y algunas de las tablas astrales que hizo el rey don Alfonso.

—Con estas tablas desearía hacerles el horóscopo —le dijo Mizar, señalando con el dedo una de las tablas que tenía sobre la mesa.

Doña Mencía de Guevara temía por la suerte que pudiera correr doña Juana después de su boda. Era tan grande la preocupación que sentía por ella y por su hermana que necesitaba confiar en el mago Mizar. «Si descubre algún mal que pueda acechar a mis niñas, pondremos los medios para evitar cualquier desgracia», pensó ella.

—¿Qué necesitáis para averiguar su futuro?

—Las fechas de nacimiento. Si nacieron de día o de noche. Ayudaría mucho saber si nacieron por la mañana, a mediodía o por la tarde.

Doña Mencía cogió un trozo de papel que había sobre la mesa y escribió las fechas y las horas de nacimiento de doña Juana y de doña Isabel.

A partir de ese momento, Mizar apenas salía del observatorio y muchas noches las pasaba en vela tratando de adivinar, a la luz de los estrellas, el futuro de la señora de Vizcaya y el de su hermana doña Isabel. Los intentos que hacía para conseguir su propósito eran inútiles. «No puedo comprender lo que sucede. Al conocerlas vi el aura[29] débil y tenue de la muerte alrededor de sus cuerpos, pero las cartas astrales señalan que gozan de buena salud», pensaba desconcertado. Mizar se sentía intranquilo porque intuía que algún poder extraño, que él no podía controlar, le impedía conocer el futuro de doña Juana y el de su hermana doña Isabel.

71

En Segovia se estaban terminando los preparativos para celebrar la boda de doña Juana, la señora de Vizcaya, con don Tello. En la gran sala del alcázar habían instalado una mesa, en forma de herradura, para el banquete. De las casas de Segovia colgaban pendones y guirnaldas. Los vizcaínos habían montado grandes mesas con enormes tablones frente al alcázar. El ambiente que se vivía en toda la ciudad era festivo. Pero el rey estaba harto de tanto preparativo. Lo único que deseaba era que se celebrara cuanto antes esa boda para poder marcharse a Sevilla.

—Te tomas demasiadas molestias con la boda de Tello. Deberíamos fijar la fecha para que se casen de una vez —dijo el rey a María de Padilla mientras visitaban la gran sala del alcázar.

—Juana y Tello deben guardar un buen recuerdo de su boda. Ya está todo dispuesto para que se celebre la ceremonia —le respondió María.

—Si todo está dispuesto que se casen el próximo domingo —replicó el rey.

• • •

Las campanas de Santa María comenzaron a voltear a primera hora del domingo. Los vizcaínos fueron llegando desde sus campamentos a la plaza y se situaron frente al alcázar. Los segovianos lo hicieron en los alrededores de la iglesia. En el patio de armas del alcázar se encontraban el rey don Pedro y María de Padilla con don Tello, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique; doña Juana, la señora de Vizcaya, ataviada con un traje blanco, bordado en oro y plata, estaba con su hermana doña Isabel, don Juan de Abendaño y los representantes de las casas principales del señorío. El cortejo salió del alcázar, atravesó la plaza camino de la iglesia, y todas las campanas de la ciudad volvieron a voltear. El obispo de Segovia y el capellán mayor del rey recibieron a los novios en el atrio de Santa María. En el interior de la iglesia, un coro de niños entonaban el salmo *regis nuptiae*.

Mientras doña Juana y don Tello contraían matrimonio, el mago Mizar se encontraba en la torre del observatorio astronómico. Había hecho unas nuevas cartas astrales a doña Juana y a doña Isabel, porque acababa de descubrir el motivo que le había impedido hasta ese momento conocer su futuro. Mizar permanecía en una de las ventanas del observatorio, mirando con atención lo que sucedía en

el firmamento. Esperaba que se produjera algún fenómeno que confirmara sus nuevos hallazgos. De repente se dio cuenta de que la luna se estaba interponiendo entre el sol y la tierra. Aunque no se sorprendió, porque sabía de aquel fenómeno por los libros, su corazón empezó a latir muy deprisa. Nunca había presenciado una cosa así y sentía temor por lo que pudiera suceder. Cuando comenzó a penetrar la oscuridad en aquella calurosa mañana del mes de agosto, miró las cartas astrales de doña Juana y doña Isabel y se quedó aterrado. «Ya no hay duda sobre el futuro que les espera. Morirán pronto. Morirán asesinadas en plena juventud», pensó consternado por la suerte que iban a correr.

La muchedumbre que se congregaba en la plaza y en los alrededores de la iglesia observaba atónita aquella oscuridad celeste, que cada vez se iba haciendo más intensa, y cundió el pánico. Mucha gente echó a correr, buscando un lugar donde cobijarse. Otros, que se habían quedado mirando el disco negro que cubría el sol, perdieron la visión. Los gritos de desesperación se oían entre la multitud.

—¡El fin del mundo!

—¡Es el fin del mundo!

—¡Vamos a morir!

En el interior de la iglesia de Santa María también cundió el pánico. Al quedarse sin la claridad del día y con la sola iluminación de las velas, todos salieron despavoridos a la plaza. Allí pudieron comprobar que se había hecho de noche en pleno día y corrieron hacia el alcázar para guarecerse. Los vizcaínos rodearon a doña Juana y a doña Isabel, tratando de protegerlas.

En el momento que la luna dejó de interponerse entre el sol y la tierra empezó a restablecerse la luz del día y todos se tranquilizaron. Pero sus rostros seguían marcados por el pánico del que aún no se habían recuperado.

El rey procuró mantenerse ajeno a lo que allí había estado sucediendo, pero su actitud fue tan solo aparente. Sintió más temor que cualquier otra persona, porque sabía que esos fenómenos eran interpretados por los astrólogos como el anuncio de la muerte del rey, y recordó el vaticinio que le hizo el padre Eneko cuando estuvo en el señorío de Ayala.

María de Padilla se sentía desolada por lo sucedido, pero a pesar de que nadie tenía ganas de participar en los festejos que ella organizó para celebrar la boda, estaba decidida a que se restableciera la tranquilidad necesaria para que todos asistieran al banquete nupcial.

—No hay nada que temer. Todo ha pasado. El banquete está preparado —dijo María de Padilla a los invitados para que entraran en la gran sala del alcázar.

El banquete comenzó a celebrarse sin la alegría que hubiera existido en cualquier otra ocasión, y las conversaciones giraron en torno a aquel fenómeno que todos presenciaron.

—Este matrimonio no se debió celebrar —dijo el señor de Zubieta.

—Un poco tarde para lamentarse. ¿No os parece? —le respondió el preboste de Bermeo, que se encontraba al otro lado de la mesa.

—Lo que hemos visto esta mañana es un mal presagio para doña Juana y para don Tello —intervino la señora de Butrón.

—Eso es lo que pensamos todos —afirmó el señor de Zubieta.

Doña Juana y don Tello estaban intranquilos por aquellas conversaciones que escuchaban. Los invitados prescindieron de la cortesía que debieron otorgar a los recién casados y hablaban ante ellos sin ocultarles lo que pensaban.

—No hagáis caso. Son supercherías que nada tienen que ver con vuestro matrimonio —dijo Abendaño a doña Juana para tranquilizarla.

—Os agradezco vuestras palabras de aliento, pero debemos partir hoy mismo hacia Vizcaya —le respondió muy triste doña Juana.

—Tiene razón. Deberíamos partir cuanto antes —asintió don Tello, que permanecía atento a aquella conversación.

María de Padilla también se lamentaba ante el rey por lo que había sucedido.

—Es una lástima que esto haya ocurrido el día de la boda de Tello.

—Pero ¡si no ha ocurrido nada! Son cosas que pasan en el firmamento —le respondió el rey para tranquilizarla.

—He oído a Juana y a Tello que se quieren ir hoy mismo —dijo María de Padilla al rey.

—También nosotros partiremos. Marcharemos hacia Sevilla —le respondió el rey.

—Antes de partir habrá que preparar los documentos del nuevo monasterio de Astudillo para enviarlos al papa —recordó María de Padilla al rey.

Mientras los vizcaínos se preparaban para abandonar la ciudad de Segovia, doña Mencía de Guevara fue al observatorio astronómico en busca del mago Mizar. También ella sospechaba que todo lo que había sucedido era un mal presagio para doña Juana y

quería saber su significado.

—¿Qué es lo que ha sucedido esta mañana? ¿Por qué se ha hecho de noche en pleno día?

—Son fenómenos que suceden en el firmamento —le respondió Mizar.

—Pero ¿tendrán algún significado? —le preguntó doña Mencía.

—Siempre se ha interpretado como el anuncio de la muerte del rey, pero no hagáis caso.

—¿Habéis averiguado algo sobre el futuro de mis niñas con esas cartas que habéis hecho?

—Debéis cuidar de que no se expongan a ningún peligro —le advirtió Mizar.

—¿A qué peligro os referís? —le preguntó doña Mencía.

—Todas las señoras corréis peligro. ¿Acaso no sois más débiles que los hombres? —le dijo Mizar para alertarla, pero no quiso contarle la gravedad de lo que había descubierto, porque no podía probar quién ni dónde ni en qué momento las iban a asesinar.

Doña Mencía de Guevara abandonó preocupada el observatorio.

El mago Mizar comenzó a pensar en la interpretación que se hacía de esos fenómenos como preludio de la muerte del rey. Durante unos instantes se sintió desconcertado, pero reaccionó y fue a consultar las cartas astrales que había dejado sobre su mesa. «¡A ver, a ver! El futuro de doña Juana y doña Isabel podría estar relacionado con una posible intervención del rey». Siguió haciendo comprobaciones hasta que de pronto se sobresaltó. «Sí, el rey intervendrá en las muertes de doña Juana y de doña Isabel». Su nuevo hallazgo le produjo tanta impresión que dejó caer las cartas astrales sobre la mesa y salió corriendo para dar alcance a doña Mencía, pero no lo logró. Consternado por no haberla encontrado, regresó al observatorio.

Doña Mencía se había dirigido a los aposentos de doña Juana y de doña Isabel, porque debían prepararse para partir. En uno de los corredores se encontró con su hijo y le dijo:

—Te lo advertí. Este matrimonio nos traerá problemas.

—Tranquilízate, madre. Partiremos ahora mismo —le respondió Abendaño.

Los vizcaínos que se encontraban en la plaza, frente al alcázar, tampoco quisieron participar en los festejos que les habían organizado. Al enterarse de que la señora de Vizcaya iba a abandonar Segovia, marcharon hacia sus campamentos y comenzaron a recoger sus cosas para partir.

Los vizcaínos del séquito de doña Juana se concentraron en el

patio de armas del alcázar para despedirse del rey, de María de Padilla y de los miembros de la Corte.

María de Padilla se sentía muy triste. «Mis preparativos han sido un fracaso. Quise que Juana y Tello fueran felices en el día de su boda, pero no ha sido posible».

Desde una de las ventanas del observatorio astronómico, el mago Mizar no perdía detalle de lo que sucedía en el patio de armas. Cuando aparecieron doña Juana y doña Isabel y vio como se despedían del rey, se sintió abatido. «Pero ¿por qué, por qué han de morir? ¿Qué han hecho para merecer la muerte?», se preguntaba desolado sin comprender nada de lo que había descubierto.

• • •

El rey temía que la reina doña Blanca de Borbón comenzara a suscitar adhesiones en torno a su persona. Sabía que de Valladolid había ido a Tordesillas y que desde allí se trasladó a Medina del Campo. Aunque estaba informado de que se encontraba con su madre la reina doña María, le preocupaba que estuviera moviéndose con tanta libertad. «Antes de partir hacia Sevilla debo ponerla bajo vigilancia para que nadie pueda verla», pensó enfurecido el rey. Luego ordenó llamar a don Juan Fernández de Henestrosa, y le dijo:

—Deseo que la reina doña Blanca permanezca en un lugar seguro y bajo vigilancia.

—Arévalo sería un lugar apropiado. Allí se darían las condiciones apropiadas para que nadie la moleste —le respondió Fernández de Henestrosa.

—El castillo de Arévalo será a partir de ahora su prisión. La reina doña Blanca irá con la reina doña María, con los oficiales de su casa y con el obispo de Segovia. Se instalará con sus doncellas en unos aposentos lejos de los de mi madre. Ni la reina doña María ni ningún caballero podrán verla. Debe estar aislada de toda persona que no sean sus guardianes y el obispo de Segovia —insistió el rey.

72

Cuando el rey llegó a Sevilla quiso acabar con la influencia que Alburquerque seguía ejerciendo en la Corte a través de sus partidarios. Para lograrlo los tuvo que echar a todos de los cargos que ocupaban. A partir de ese momento los parientes de María de Padilla se hicieron con el gobierno absoluto del reino.

El rey también se propuso designar a un nuevo maestre de Calatrava, pero para hacer ese nombramiento necesitaba que el actual maestre don Juan Núñez de Prado, que había huido con Alburquerque, volviera a su servicio. Antes de partir de Segovia, el rey le había enviado cartas para que regresara a Castilla y esperaba que cumpliera sus órdenes.

• • •

La lluvia caía sin cesar sobre Sevilla desde hacía varios días. El Guadalquivir comenzó a desbordarse a su paso por la ciudad y cundió el pánico. Se dio la alarma. Cerraron las puertas y las calafatearon para evitar que entrara el agua en la ciudad.

El rey se encontraba en el alcázar con el maestro de obras. Examinaba los planos del nuevo palacio que deseaba construir.

—Si sigue desbordándose el Guadalquivir, el agua entrará en el alcázar y alguno de estos edificios podría derrumbarse —dijo el maestro de obras al rey.

—Nos evitaría el trabajo de destruir ese viejo palacio —le respondió el rey, señalando el palacio construido por los almohades en el siglo XII.

—¿Deseáis construir el nuevo palacio en ese lugar? —preguntó el maestro de obras al rey.

—Así es. El nuevo palacio deberá estar junto a los jardines del alcázar —replicó el rey, cogió los planos y se marchó.

El rey se dirigió a los aposentos de María de Padilla para mostrarle los planos que había hecho el maestro de obras, y le dijo:

—Tendré que traer a otros maestros de obras de Granada y de Toledo. Allí se encuentran los mejores.

—¿No te han gustado los planos que han hecho? —le preguntó María.

—Deseo espacios más abiertos, un patio con más luz, pero quiero intimidad. No me gusta esa entrada franca que han dibujado para acceder al patio y a las salas del palacio. Hay que mejorar esos planos.

—Me sorprende no ver un oratorio en esos planos. ¿No debería haber uno en el nuevo palacio? —preguntó ella.

—Para qué quieres un oratorio si tenemos ahí enfrente la iglesia de Santa María.

La experiencia que había tenido María de Padilla ante la imagen de la Virgen en Segovia marcó de tal manera su vida que a partir de ese momento se sintió diferente. Despreocupada de las cosas mundanas, que antes tanto la atraían, apenas se interesaba por ellas. Se aburría con las intrigas de sus parientes para gobernar el reino y se refugiaba con frecuencia en la oración. Era lo único que la reconfortaba.

El rey se dio cuenta del cambio que se había producido en María. Pensó que había enfermado de melancolía y comenzó a preocuparse por su salud. A pesar de los intentos que hacía para comprenderla, no lograba entender qué le sucedía. Con la intención de animarla, porque el rey sabía que María esperaba con impaciencia noticias de Aviñón, le dijo:

—Ha llegado la autorización del papa Inocencio VI para la fundación de tu monasterio en Astudillo.

—¿Cuándo ha llegado la autorización?

—Me acaba de entregar la autorización el capellán mayor. Al parecer el papa cree que te propones ingresar en ese monasterio como religiosa. ¿Qué te parece? ¿Quién le habrá dicho tal cosa?

—La verdad, no lo sé. No entiendo por qué piensa eso de mí.

—Será por el interés que has puesto en esa fundación —respondió el rey a María.

• • •

Había dejado de llover sobre Sevilla y las aguas del Guadalquivir estaban volviendo a su cauce. Mientras el rey inspeccionaba con el maestro de obras los edificios del alcázar para comprobar si habían quedado afectados por las aguas, se acercó Diego García de Padilla y dijo al rey:

—Don Juan Núñez de Prado se encuentra en Almagro.

El rey se quedó sorprendido de que el maestre de Calatrava no se hubiera presentado ante él y ordenó que se convocara al Consejo.

Esa misma mañana se reunió el rey con sus privados. Diego García de Padilla informó al rey de la conducta de don Juan Núñez de Prado, el maestre de Calatrava.

—Deseo saber lo que piensa el Consejo sobre el maestre de Calatrava. Os recuerdo que se separó de mi servicio y huyó al reino de Aragón —advirtió el rey a sus privados.

—Núñez de Prado os traicionó al huir —afirmó Fernández de

Henestrosa, el camarero mayor.

—También Alburquerque cometió traición al abandonaros. Deberíais imponerles algún escarmiento, mi señor —aconsejó su nuevo canciller mayor.

—El maestre de Calatrava podría huir de nuevo. Convendría cercar Almagro —dijo Diego García de Padilla.

—Me parecen muy bien vuestras sugerencias. Ordenad que salga un destacamento hacia Almagro —dijo el rey a García de Padilla—. Mañana nos pondremos en marcha. Llegaremos a Almagro antes de que Núñez de Prado pueda huir.

—Alburquerque se propone asistir a las bodas del infante don Fernando de Aragón en Évora. Tendríais que prenderle antes de que se marche a Portugal —insistió el canciller mayor.

—Pedí a Alburquerque que volviera a la Corte. Como ha desobedecido mis órdenes, iremos a buscarle. Desde Almagro nos dirigiremos a su castillo de Medellín. Tendrá que dar cuentas de los tesoros y dineros que ha hecho en el reino durante su privanza —le respondió el rey.

• • •

Los freires de la Orden de Calatrava se enteraron de que un grupo de hombres armados del rey estaban reclutando gente en los alrededores de Almagro para cercarlos. Al comprobar que toda esa gente se dirigía hacia la encomienda de la Orden de Calatrava, se produjo un gran desconcierto.

—¡Vienen a detener al maestre de Calatrava! —se oyeron voces en el interior de Almagro.

—Tenéis ciento cincuenta jinetes y muchos hombres de a pie. Deberíais luchar contra esos hombres. Son pocos y muchos de ellos no tienen experiencia en la lucha. Si peleáis ahora los venceréis y podréis regresar al reino de Aragón. Si el rey os captura os matará —aconsejó uno de los freires al maestre Núñez de Prado.

—No lucharemos. Si el rey viene a Almagro saldremos a su encuentro —le respondió el maestre de Calatrava.

• • •

Pocos días después anunciaron a don Juan Núñez de Prado que el rey se acercaba a Almagro con sus hermanos el conde don Enrique y el maestre don Fadrique, con sus privados y muchas tropas.

El maestre Núñez de Prado y sus freires salieron al encuentro del rey. Iban sin armas. Vestían sus hábitos blancos. Sobre el pecho y en el costado de la capa lucían la cruz griega roja con las flores de lis en las puntas. Las capas cubrían la grupa de sus caballos. Se

detuvieron en una campa por donde tenían que pasar el rey y su séquito. Y allí se quedaron esperando. A mediodía, apareció el rey. Venía cubierto de polvo del largo camino que había recorrido. Saludó a los freires sin desmontar y siguió cabalgando hacia Almagro.

—Detened al maestre de Calatrava —ordenó el rey a Diego García de Padilla, mientras echaba pie a tierra.

Los freires de Calatrava sabían que el rey tomaría represalias contra ellos si defendían al maestre Núñez de Prado y permanecieron en silencio sin tomar ninguna iniciativa.

En el interior de la iglesia, el rey despojó a don Juan Núñez de Prado del cargo de maestre de Calatrava.

—Ahora deseo que toméis a don Diego García de Padilla como vuestro maestre de Calatrava y que le entreguéis todos los castillos de la Orden —ordenó el rey a los freires y salió de la iglesia, dando por terminada aquella ceremonia.

Antes de abandonar Almagro, Diego García de Padilla mandó a varios hombres de armas de su confianza que llevaran preso a don Juan Núñez de Prado al alcázar de Maqueda, que era de la Orden de Calatrava.

—Vete a Maqueda con esos hombres —dijo Diego García de Padilla a uno de sus escuderos—. Cuando llegues allí, mata a Núñez de Prado. Dile al alcaide del alcázar que cumples las órdenes que te ha dado el nuevo maestre de Calatrava.

73

Camino de Medellín, el rey iba pensando en los tesoros que don Juan Alfonso de Alburquerque había acumulado durante su privanza. Los codiciaba tanto que estaba decidido a derribar todos sus castillos hasta dar con ellos.

Los de la villa de Medellín recibieron al rey, pero los caballeros de Alburquerque, que se encontraban allí, huyeron y se refugiaron en el castillo. Como las tropas del rey eran muy superiores en número a las que ellos tenían para defender la fortaleza, esa noche salió un escudero del castillo para pedir socorro.

—No puedo socorreros. Que el alcaide rinda el castillo —ordenó don Juan Alfonso de Alburquerque al escudero.

• • •

Al día siguiente, el rey entró en el castillo de Medellín. Comprobó que allí no se encontraban los tesoros ni los dineros de Alburquerque y mandó destruirlo.

Después el rey se dirigió a la villa de Alburquerque. No le permitieron entrar ni pudo conquistar su castillo porque había muchos hombres armados dispuestos a luchar. Desde allí fue a La Codosera, otro castillo de don Juan Alfonso, pero tampoco pudo someterlo. Enfurecido, marchó a Badajoz y ordenó a sus hermanos el conde don Enrique y el maestre don Fadrique, a don Diego Gutiérrez de Cevallos y a otros caballeros que se quedaran allí para que nadie pudiera socorrer los castillos de Alburquerque.

—Tú también te quedarás aquí —dijo el rey a Juan García de Villagera, el hermano bastardo de María de Padilla.

El rey se fue hacia Cáceres. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para prender a Alburquerque, pero al saber que se encontraba en Portugal, decidió enviar a su canciller mayor para que hablara con el rey don Alfonso. «Nadie podrá reprocharme que he encomendado esta embajada a un pariente de María», pensó el rey.

—Id a Évora y pedid a mi abuelo el rey don Alfonso que os entregue a Alburquerque. Decidle que debe rendir cuentas en Castilla de lo que hizo durante su privanza —ordenó el rey a su canciller mayor, al llegar a Cáceres.

• • •

El canciller mayor del rey se presentó en Évora ante el rey don

Alfonso de Portugal mientras se celebraba el banquete de bodas de su nieta con el infante don Fernando de Aragón. Don Juan Alfonso de Alburquerque se alarmó al ver allí al canciller mayor de Castilla, pidió permiso al rey para hablar en su defensa, porque sabía que iban a detenerle, y expuso sus razones.

—Don Juan Alfonso de Alburquerque debe venir a Castilla para dar cuenta de todos los tesoros y los dineros que hizo durante su privanza. Allí podrá hacer su defensa ante el rey don Pedro —dijo el canciller mayor de Castilla al rey de Portugal.

—Entiendo que don Juan Alfonso ha expuesto sus razones y he visto que está dispuesto a defenderse de esas acusaciones. Enviaré mis mensajeros a mi nieto el rey de Castilla para explicarle lo que ha sucedido aquí —anunció el rey don Alfonso.

—Vuestro nieto el rey de Castilla os pide que os pongáis de su parte y obliguéis a don Juan Alfonso a acompañarnos —volvió a insistir el canciller mayor de Castilla.

Al escuchar de nuevo las exigencias del canciller de Castilla, los portugueses salieron en defensa de Alburquerque y se pusieron a su alrededor, dispuestos a pelear.

—Envainad vuestras espadas. Os recuerdo que estamos celebrando las bodas de mi nieta la infanta doña María. No deseo más disputas en el día de hoy —dijo el rey don Alfonso a los portugueses que defendían a Alburquerque.

El canciller mayor de Castilla temió por su vida si permanecía en Portugal. Esa misma noche atravesó la frontera con los miembros de su séquito y se dirigió hacia Cáceres.

A su paso por Badajoz, el canciller mayor del rey se entrevistó con el conde don Enrique y el maestre don Fadrique y les relató lo que había sucedido en Évora.

El conde don Enrique se quedó muy pensativo al saber que el rey de Portugal protegía a Alburquerque. «Debemos buscar una alianza con Alburquerque», pensó él.

Cuando el canciller del rey se marchó, el conde don Enrique llamó a su hermano el maestre don Fadrique y le habló de sus planes.

—¿Pretendes pactar con nuestro mayor enemigo? ¡Acaso olvidas que él fue responsable de la muerte de nuestra madre! —le contestó el maestre don Fadrique.

—Nuestro hermano Pedro trata de prender a Alburquerque para matarle. Correremos su misma suerte si no actuamos.

—No entiendo qué te propones.

—Pediré a fray Diego López de Ribadeneyra que vaya a hablar

con Alburquerque.

—¡Tu confesor!

—Sí, mi confesor. Será nuestro mejor embajador para esa misión —insistió el conde don Enrique.

• • •

El canciller mayor del rey dedicó dos jornadas para llegar a Cáceres. Los vigías de la villa de Cáceres enseguida le vieron llegar y anunciaron desde las murallas que se aproximaba.

—Alburquerque no viene en el séquito del canciller mayor. Me acaban de anunciar que no ven su pendón —informó Fernández de Henestrosa al rey.

—Es inaudito que mi abuelo no haya atendido mi petición. ¿Para qué le he enviado una embajada? No comprendo cómo ha podido proteger a Alburquerque —se lamentaba el rey ante Fernández de Henestrosa.

• • •

El conde don Enrique sabía que su hermano el rey se había dirigido a Sevilla en busca de María de Padilla y de su hija, y que desde allí se proponía ir a Castrojeriz. Tenía que aprovechar esos días que el rey estaría viajando para preparar el mayor número de alianzas. Necesitaba contar con más tropas para entrar en Castilla y derrocar al rey.

—Los castellanos se levantarán en armas si el rey sigue humillando a la reina doña Blanca con otras mujeres —dijo el conde don Enrique a Pedro Carrillo, su privado.

—No entiendo qué queréis decir, señor —le respondió Carrillo.

—Doña María de Padilla está esperando su segundo hijo. Su embarazo está muy avanzado. Conozco bien al rey y sé que en esas circunstancias ansiará estar con otras mujeres —le advirtió el conde don Enrique.

—¿Estáis sugiriendo que el rey conozca a otras mujeres? Recordad que Alburquerque trató de utilizar a doña María de Padilla para controlar la voluntad del rey y ya sabemos lo que sucedió —le dijo Carrillo.

—Recuerdo como miraba el rey a doña Juana de Castro, durante su boda en Valladolid. Doña Juana de Castro es una de las damas más hermosas del reino —le respondió el conde don Enrique.

—¿Y cómo vamos a conseguir que el rey se interese ahora por esa dama?

—Esta sería una buena ocasión para que Men Rodríguez de Sanabria vuelva a la Corte. El rey le recibiría con los brazos

abiertos. Sé que le tiene en gran estima. Me lo dijo el rey en una ocasión.

—¿Pensáis que volvería a la Corte después de haber estado a vuestro servicio?

—Conviene a nuestra causa tenerle en la Corte, cerca del rey —insistió el conde don Enrique.

—Pero ¿cómo va a conseguir que el rey se interese por doña Juana de Castro? —le preguntó Carrillo.

—No olvidéis que Rodríguez de Sanabria conoce a doña Juana desde la infancia y que son gallegos —le advirtió el conde don Enrique.

74

—Vengo de entrevistarme con don Juan Alfonso de Alburquerque. Está dispuesto a ayudaros para entrar en Castilla —dijo fray Diego López de Ribadeneyra al conde don Enrique y al maestre don Fadrique.

—Tendrá que firmar unos acuerdos que prepararemos. Desconfío de él —le respondió el maestre don Fadrique.

—Alburquerque os entregará doscientos mil maravedíes y sus castillos en garantía de los compromisos que realicéis. Desea celebrar un encuentro para sellar esos acuerdos —les explicó fray Diego López de Ribadeneyra.

El conde don Enrique había permanecido sentado gran parte de la mañana y decidió salir del pabellón para estirar las piernas. Al salir vio a una persona que se alejaba por la parte trasera del pabellón con ademanes de extraño disimulo. No pudo ver su rostro, pero creyó reconocerle. Durante unos instantes pensó que pudo haber estado escuchando la conversación que mantuvo con su confesor y con el maestre don Fadrique. Al percatarse de que podía ser un espía del rey, trató de seguirle, pero le perdió de vista. Se había mezclado entre la gente del campamento. El conde don Enrique permaneció inmóvil observando a todos aquellos que andaban por allí, de un lado a otro, por si podía reconocerle; hasta que de pronto vio a uno en tal actitud de desafío que no dudó de que era la persona que les estuvo espiando. «¿Cuántos espías como este hijo de puta habrá entre esos hombres?», pensó alarmado y mandó llamar a Pedro Carrillo, su privado.

—García de Villagera informará al rey de que vamos a reunirnos con Alburquerque —dijo el conde don Enrique a su confesor y a su hermano el maestre don Fadrique, al entrar en el pabellón.

—Pero ¿cómo va a saber de qué hemos hablado? —le preguntó el maestre don Fadrique.

—He visto a una persona muy sospechosa que se alejaba de este pabellón. Aunque no pude ver su rostro, estoy convencido de que ha sido García de Villagera, el hermano de María de Padilla —le respondió el conde don Enrique.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que fue él si no viste su rostro? —le volvió a preguntar el maestre don Fadrique.

—Su estatura, su perfil y su manera de caminar me hicieron sospechar de él. Mientras observaba en el campamento, apareció García de Villagera entre la gente. Se quedó mirándome de manera

desafiante. Su actitud le delató. Comprendí que había escuchado nuestra conversación y, por lo tanto, tiene que conocer nuestros planes para entrar en Castilla. Si no, ¿qué hacía aquí espiándonos? Hay que detenerle ahora mismo —ordenó el conde don Enrique a Pedro Carrillo que acababa de entrar en el pabellón.

Pedro Carrillo fue con dos ballesteros y detuvieron a Juan García de Villagera.

• • •

Al despuntar el alba, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique partieron con sus tropas del campamento de Badajoz. Iba con ellos fray Diego López de Ribadeneyra, el confesor del conde don Enrique. Cuando llegaron a la frontera de Castilla con Portugal, a menos de una legua de Badajoz, el conde don Enrique ordenó instalar un campamento, donde pasarían la noche. Desde aquel lugar vieron a don Juan Alfonso de Alburquerque en la otra orilla del río Caía. Estaba rodeado de jinetes y de hombres de a pie. El conde don Enrique y el maestre don Fadrique, acompañados de una escolta bien armada, fueron a su encuentro. Iban cabalgando al paso. Querían dar la impresión de no tener ninguna prisa de verse con él.

—Alburquerque permitió que mataran a nuestra madre. Nos humilló, y ahora tenemos que hacer con él una alianza. Me repugna todo esto —dijo el maestre don Fadrique a su hermano el conde don Enrique.

—Estas alianzas son necesarias. Debemos pactar con los enemigos de nuestro hermano para vencerle —le replicó el conde don Enrique.

Alburquerque cruzó al trote el viejo puente sobre el río Caía. Acompañado de un reducido número de sus vasallos, iba al encuentro del conde don Enrique y del maestre don Fadrique.

—Celebro de veros —saludó Alburquerque a los hermanos del rey.

—Estamos enterados de los incidentes que tuvisteis durante las bodas de la infanta doña María con el infante don Fernando en Évora —dijo el conde don Enrique a Alburquerque.

—Resultó muy embarazoso para el rey de Portugal cuanto allí sucedió —le explicó Alburquerque.

—¿Os han informado de que el rey está buscando vuestros tesoros? —le preguntó el conde don Enrique.

—¡Mis tesoros! Yo no tengo más tesoro que el honor con el que serví a vuestro padre y a vuestro hermano —le replicó Alburquerque.

—¿Sabéis que el rey ha destruido vuestro castillo de Medellín? —intervino el maestre don Fadrique.

—Habría que responsabilizar a los nuevos privados del rey de esta persecución a la que me han sometido —le respondió Alburquerque.

«A ti sí que deberíamos responsabilizarte de la muerte de nuestra madre y de lo que nos hiciste», pensó indignado el maestre don Fadrique al escuchar las palabras de Alburquerque.

Fray Diego López de Ribadeneyra se dio cuenta de la irritación que estaba produciendo al conde don Enrique y al maestre don Fadrique aquel encuentro con Alburquerque. «Debí prepararlos para este momento. Comprendo que se odien, pero Alburquerque tiene más experiencia y ha sabido controlar sus sentimientos. Además, él no puede perder esta ocasión para vengarse del rey», pensó el fraile.

—¿Por qué no vamos a vuestro campamento? —terció fray Diego, dirigiéndose a Alburquerque, con la intención de rebajar la tensión que reflejaban sus rostros—. Allí podréis hablar de los acuerdos que os proponéis realizar.

• • •

Una vez en el campamento de Alburquerque, fray Diego López de Ribadeneyra les recordó las condiciones que debían respetar durante sus conversaciones y les advirtió:

—Antes de venir aquí prometisteis no reprocharos vuestras viejas desavenencias. Debéis cumplir vuestros compromisos para que podáis alcanzar un acuerdo.

—¿Qué intenciones tenéis si entramos en Castilla con las tropas? —preguntó Alburquerque al conde don Enrique y al maestre don Fadrique.

—Fue voluntad de nuestro padre que reinara el infante don Fernando si nuestro hermano moría sin descendencia legítima —le respondió el conde don Enrique, porque aún desconfiaba de las intenciones de Alburquerque.

—No creo que el infante don Fernando esté dispuesto a enfrentarse al rey en estas circunstancias —le replicó Alburquerque.

—Si Castilla se levanta contra el rey, el infante don Fernando reivindicará sus derechos a la Corona de Castilla —afirmó el maestre don Fadrique.

—Los castellanos se levantarán contra el rey si ven a una persona dispuesta a conducirlos a la victoria. Nadie ignora que habrá que luchar —les dijo Alburquerque.

El conde don Enrique sospechaba que Alburquerque intentaría sacar el mayor partido de aquella situación. Estaba convencido de

que su única intención era recuperar el gobierno del reino y no quiso replicarle para no comprometerse ni desvelar sus verdaderas intenciones.

El maestre don Fadrique deseaba marcharse de aquel lugar lo antes posible. «El rey acabará enterándose de que conspiramos contra él y sufriremos sus represalias. Esto es absurdo. Es imposible derrocarle», pensaba él, pero no se atrevió a manifestarlo.

Sin embargo, fray Diego López de Ribadeneyra sabía que la suerte que correría el rey estaba echada.

Las conversaciones que celebraron los hermanos del rey y Alburquerque se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. Por ese motivo, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique pasaron la noche en el campamento de Alburquerque.

Los hombres de Alburquerque prendieron enormes hogueras y el campamento pronto quedó iluminado bajo un cielo estrellado. Luego se oyeron las voces de los centinelas dando la novedad y el aullido de los lobos en las cercanías.

75

Al amanecer, llegó Pedro Carrillo al campamento de Alburquerque en la orilla portuguesa del río Caía.

—¡Debo ver al conde don Enrique! —gritó a uno de los centinelas.

—Don Diego Gutiérrez de Cevallos sabe que os proponéis firmar acuerdos con Alburquerque para entrar con las tropas en Castilla —informó Pedro Carrillo al conde don Enrique.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó desconcertado el conde don Enrique mientras saltaba de su camastro.

—Se lo debió decir García de Villagera antes de que le detuviéramos. Gutiérrez de Cevallos ha huido. No hay señales de él. No ha dormido en el campamento de Badajoz. Supongo que habrá ido a contárselo al rey.

«Estaba en lo cierto. García de Villagera era el espía», pensó el conde don Enrique.

—Pero aún hay más. García de Villagera también ha huido —añadió Pedro Carrillo.

—¡Cómo que ha huido! ¿No le teníais bajo vigilancia? —le preguntó el conde don Enrique.

—Alguien debió soltarle esta noche. Oí ruidos junto a mi tienda y cuando fui a ver qué sucedía ya no estaba —le explicó Pedro Carrillo.

En el campamento de Alburquerque se produjo una gran confusión al conocerse estas noticias.

—¡Fray Diego, levantaos! ¡Han huido García de Villagera y don Diego Gutiérrez de Cevallos!—le avisó su criado.

El conde don Enrique fue en busca de su hermano el maestre don Fadrique y se dirigieron al pabellón de Alburquerque.

—Tenemos que actuar. El rey conocerá pronto nuestros planes para entrar en Castilla —dijo el conde don Enrique a Alburquerque.

—¿De qué estáis hablando? —le preguntó Alburquerque mientras se incorporaba en su camastro.

El conde don Enrique explicó a Alburquerque las noticias que acababa de recibir.

—¿Cómo lo habéis sabido? —le preguntó Alburquerque.

—Tengo hombres que me informan —replicó el conde don Enrique.

—Serán vuestros espías —le comentó sonriendo Alburquerque, porque durante su privanza los tenía por todas partes.

Alburquerque comenzó a moverse por el interior de su pabellón, como queriendo pasear, pero el reducido espacio que había se lo impedía.

El conde don Enrique y el maestre don Fadrique se miraron.

«¿Qué estará tramando Alburquerque?», pensó el conde don Enrique.

—Tendríamos que ofrecer la Corona de Castilla al infante don Pedro de Portugal. Es nieto del rey don Sancho IV de Castilla y nadie pondrá objeciones a esta elección. Conseguiremos el apoyo de su padre el rey de Portugal —les dijo Alburquerque y se quedó observando la reacción del conde don Enrique y del maestre don Fadrique.

—Antes debemos firmar nuestros compromisos —intervino el maestre don Fadrique.

—Urge decidir sobre este asunto que os he propuesto. Tendríamos que enviar un mensajero cuanto antes a Pérez de Castro para que venga. Es vasallo mío. El rey mandó perseguirle cuando salió huyendo de Castilla y se refugió en Portugal. Ahora está al servicio del infante don Pedro. Hay que hablar con él —les explicó Alburquerque.

—Debemos partir de aquí cuanto antes. A ver si vamos a tener una sorpresa y se presentan las tropas que ha dejado el rey en el campamento de Badajoz —advirtió el maestre don Fadrique.

—Muy bien. Proclamaremos rey de Castilla al infante don Pedro de Portugal —respondió el conde don Enrique, convencido de que Alburquerque no iba a lograr su propósito.

Alburquerque se sentía muy satisfecho. «El infante don Pedro es pariente mío. Tendrá que depositar su confianza en mí para reinar en Castilla. Volveré a controlar el reino», pensó él.

—Debemos partir de aquí cuanto antes —volvió a insistir el maestre don Fadrique, temeroso de que se presentaran los hombres del rey.

—Podríamos ir a mi castillo de Alburquerque. Allí nadie nos molestará y firmaremos nuestros acuerdos. No debéis temer por las tropas del rey —dijo Alburquerque, dirigiéndose al maestre don Fadrique—. Permanecerán en Badajoz hasta que reciban órdenes. Es pronto para que el rey sepa sobre nuestros acuerdos. Aún no habrán podido llegar sus espías para contárselo.

Don Juan Alfonso de Alburquerque se sentó frente a un rudimentario pupitre que tenía en su pabellón y comenzó a escribir una carta. Al terminarla, llamó a uno de sus escuderos y le advirtió:

—Irás ahora mismo a Elvas. Entrega esta carta a don Alvar Pérez

de Castro. Responderás con tu vida si no llega esta carta a sus manos.

Fray Diego López de Ribadeneyra, que había permanecido atento a todo cuanto se había dicho, ya no tenía ninguna duda de que se encontraban en los prolegómenos de una guerra civil. «Castilla se levantará contra el rey», pensó él.

• • •

Al día siguiente, don Alvar Pérez de Castro llegó al campamento de Alburquerque.

—¿Qué noticias traéis de la Corte de Portugal? —preguntó el conde don Enrique a Pérez de Castro.

—Todo el mundo sabe que os preparáis para entrar con vuestras tropas en Castilla —le respondió Pérez de Castro.

—¡Maldita sea, los espías del rey nos han delatado! —exclamó el conde don Enrique.

—La reina doña María ha tenido que regresar a Castilla por el norte de Portugal. No deseaba veros con el conde don Enrique y el maestre don Fadrique —dijo Pérez de Castro a Alburquerque—. Doña María vino a Portugal con el permiso de su hijo el rey, y ahora teme que la involucren en los acuerdos que habéis hecho con el conde don Enrique y el maestre don Fadrique —insistió.

—Es absurdo que el rey pueda pensar que la reina doña María haya intervenido en nuestros acuerdos —le respondió Alburquerque.

—Todo lo absurdo que os parezca, pero dentro de unos días el rey conocerá nuestros planes —advirtió el maestre don Fadrique a Alburquerque.

—Os hemos llamado porque estáis al servicio del infante don Pedro —comenzó diciendo el conde don Enrique a Pérez de Castro —. Decidle de nuestra parte que estaríamos dispuestos a ofrecerle la Corona de Castilla. Ya conocéis la situación por la que atraviesa nuestro reino. Si acepta nuestra proposición necesitaríamos conocer su respuesta lo antes posible para proclamarle rey tan pronto como entremos en Castilla.

—Transmitiré al infante don Pedro cuanto me habéis dicho, señor —le respondió Pérez de Castro muy sorprendido por ese ofrecimiento, y regresó a Elvas.

Levantaron el campamento y todos juntos fueron hacia el castillo de Alburquerque. Los adalides iban inspeccionando las ocho leguas que debían recorrer para llegar al castillo. Tenían que evitar cualquier emboscada que pudieran tenderles por el camino los hombres que el rey dejó en Badajoz. Cuando la noche se echó

encima, los adalides se pusieron delante de las tropas y los condujeron por la oscuridad. Iban sin antorchas para que nadie pudiera verlos cabalgar desde la lejanía.

Los habitantes de Alburquerque se quedaron sorprendidos al ver a toda aquella tropa que entraba en la villa con tanto sigilo en plena noche.

—¡Es don Juan Alfonso!

—¡Mirad esos pendones!

—¡Vienen los hermanos del rey! —exclamaba la gente al verlos pasar.

La noticia se conoció en el castillo y desde sus murallas comenzaron a sonar las trompetas, anunciando que llegaba don Juan Alfonso de Alburquerque con los hermanos del rey.

El conde don Enrique seguía desconfiando de las intenciones de Alburquerque, aunque sabía que su situación no le permitiría traicionarle. Como no deseaba tener ninguna sorpresa, ordenó a Pedro Carrillo que pusiera gente armada vigilando de cerca una de las puertas del castillo para garantizar su salida en el caso de que tuviera que huir de aquel lugar. Esa noche, el conde don Enrique apenas pudo conciliar el sueño. No hizo otra cosa que pensar en las alternativas que tenía para destronar a su hermano y proclamarse rey de Castilla. Cuando estaba amaneciendo pudo escuchar en la lejanía el estruendo de una tormenta que se aproximaba. Al cabo de un rato comenzó a llover y se quedó dormido.

• • •

Esa mañana, en la gran sala de la torre del homenaje, el conde don Enrique, el maestre don Fadrique y don Juan Alfonso de Alburquerque firmaron los acuerdos que hicieron para entrar juntos en Castilla.

—Con este otro documento, que he preparado esta noche, os entrego mis castillos y los pongo bajo vuestra custodia para demostraros la lealtad que a partir de este momento os guardaré, señor —dijo Alburquerque al conde don Enrique, y le dio el pergamino.

Después se levantó don Juan Alfonso y se dirigió a sus aposentos. Allí tenía un lugar secreto donde guardaba sus tesoros y volvió con varios criados, portando unos cofres.

—Aquí tenéis los doscientos mil maravedíes que os prometí —dijo Alburquerque al conde don Enrique y al maestre don Fadrique y les entregó los cofres.

76

Men Rodríguez de Sanabria iba reflexionando mientras leía la carta que le envió el conde don Enrique con un mensajero. «Le ayudé a huir de Sevilla después de liberar a su mujer de la prisión, y ahora me pide que vaya al servicio del rey». Cuando terminó de leerla, comprendió las intenciones del conde don Enrique y los motivos de esa petición que le hacía.

Rodríguez de Sanabria conocían a doña Juana de Castro desde su infancia. La belleza de doña Juana hacía de ella una mujer de extraordinarias cualidades y era difícil que ningún caballero del reino se resistiera a sus encantos. Desde que enviudó vivía en Cuéllar, cerca de donde tenía sus tierras. Rodríguez de Sanabria sabía que no tendría ninguna dificultad para llevar a cabo los deseos del conde don Enrique siempre que el rey siguiera interesado por ella, y comenzó a preparar un plan.

• • •

Pocos días después informaron a Rodríguez de Sanabria de que el rey había llegado al castillo de Castrojeriz con María de Padilla y su hija Beatriz. Entonces decidió poner en práctica su plan. Se dirigió a Cuéllar para visitar a doña Juana de Castro. Permaneció allí varios días con ella y la invitó a ir a Valladolid. Una vez en Valladolid, Rodríguez de Sanabria hizo que el rey se enterara de que doña Juana de Castro se encontraba con él en la ciudad. Al conocer estas noticias, el rey comenzó a desearla con tanta vehemencia que estaba decidido a hacerla suya al precio que fuera.

—Debo ir a Valladolid. Permaneceré allí algún tiempo —dijo el rey a María de Padilla.

El rey no quiso que ninguno de los parientes de María de Padilla fuera con él y salió hacia Valladolid acompañado de su canciller mayor y de sus tropas.

Durante el camino, el rey iba reflexionando sobre las consecuencias que tendría para él esa nueva relación sentimental que se proponía iniciar con doña Juana de Castro. «Dirán que he vuelto a escandalizar al reino, pero eso no me preocupa. Sé como solucionarlo», pensaba, convencido del éxito de sus planes. Lo único que le importaba era herir los sentimientos de María de Padilla, pero a pesar del afecto que le tenía, había comenzado a distanciarse de ella. María estaba sumida en un misticismo que le enervaba. «No piensa más que en rezar, en las monjas de Santa Clara y en las obras

de su palacio de Astudillo», se decía enfurecido, pero se tranquilizó al llegar a su palacio de Valladolid.

• • •

Al día siguiente, el rey se levantó muy contento. Mandó llamar a su canciller mayor y le ordenó:

—Deseo ver a Rodríguez de Sanabria. Que vayan a buscarle.

—Como habréis comprobado, cumplí con la promesa que os hice en este mismo palacio el día de vuestra boda, mi señor —dijo Rodríguez de Sanabria al rey.

—Es cierto que habéis cumplido con vuestra promesa. El mensaje que recibí fue algo confuso, aunque me di cuenta de su significado, pero será mejor que no mencionéis el día de mi boda. Lo aborrezco —le respondió riéndose el rey.

—No quise arriesgarme a que otras personas descubrieran el significado de mi mensaje. Sabía que lo entenderíais.

—Y bien, ¿en dónde está doña Juana de Castro?

—Se encuentra en Cuéllar. No pude retenerla por más tiempo aquí. Además, no hubiera sido una buena idea que la vierais en la ciudad. Hay mucha gente indiscreta que habría hecho demasiados comentarios.

—Eso lo tendré que decidir yo —le respondió el rey y se echó a reír.

—No os entiendo, señor.

—No debe existir ningún impedimento para que la vea aquí o en Cuéllar. Deseo casarme con ella.

—Decís, ¡casaros con doña Juana! —exclamó Rodríguez de Sanabria.

—Creo que me he explicado con claridad. Sí, deseo casarme con doña Juana —y el rey volvió a reírse.

—Comprenderéis que deba comunicar a doña Juana vuestras intenciones —le respondió sorprendido Rodríguez de Sanabria.

—Tenéis mi autorización para hacerlo. Espero impaciente su respuesta.

Men Rodríguez de Sanabria no podía creer que el rey fuera a casarse con doña Juana de Castro. «El conde don Enrique pretende que el rey protagonice un nuevo escándalo en el reino, pero puede que este escándalo que está por llegar provoque el mayor revuelo de la historia», pensaba mientras se dirigía a Cuéllar.

—Tengo que darte una noticia —dijo Rodríguez de Sanabria a doña Juana de Castro, al verla.

—¿De qué se trata? —le respondió ella, intrigada.

—El rey quiere casarse contigo.

—¡Casarse conmigo! Pero ¿qué estás diciendo? Si el rey está casado con doña Blanca de Borbón. Además, todo el mundo sabe que el día de su boda quiso matar a mi hermano Fernando en un torneo y que mi otro hermano Alvar tuvo que huir a Portugal porque también le quiso matar. ¿A qué viene semejante despropósito?

—Te he dicho que el rey quiere casarse contigo —insistió—. Espera tu respuesta.

Doña Juana no sabía qué hacer. «¿Será verdad lo que me dice? Conozco bien a Rodríguez de Sanabria y sé que es incapaz de mentirme», pensaba ella muy desconcertada, aunque en su interior se sentía halagada.

—Tengo que volver a Valladolid para dar una respuesta al rey. ¿Estás dispuesta a casarte con él? —le volvió a preguntar Rodríguez de Sanabria.

—Pero ¿cuándo has visto al rey?

—Cuando regresé a Valladolid, el rey había llegado. Al día siguiente me llamó y me preguntó por ti. El resto ya lo conoces.

—Si el rey quiere casarse conmigo, primero tendrá que demostrarme que puede separarse de doña Blanca de Borbón —le respondió doña Juana de Castro.

Rodríguez de Sanabria regresó a Valladolid. Temía que el rey se enfureciera al conocer la respuesta de doña Juana, pero él debía cumplir con la misión que ambos le habían encomendado, de manera que al verle se lo dijo sin ningún rodeo.

—Sabía que doña Juana era una mujer de carácter. Decidle que el rey le demostrará que se puede separar de doña Blanca de Borbón, porque no es su mujer —le respondió riéndose.

• • •

Doña Juana desconfiaba de las intenciones del rey y mandó llamar a su tío don Enrique Enríquez.

—Sé que el rey quiere casarse contigo. Me lo anunció Rodríguez de Sanabria —dijo don Enrique Enríquez a su sobrina.

—Desearía que hablaras con el rey —le respondió doña Juana de Castro—. Sabe que no me casaré con él si no puede separarse de doña Blanca de Borbón.

—Pediremos al rey que garantice vuestro matrimonio con su firma —le dijo don Enrique Enríquez.

Don Enrique Enríquez sabía que él no era la persona más indicada para transmitir los deseos de su sobrina al rey, y marchó a Valladolid para entrevistarse con Men Rodríguez de Sanabria.

—No os preocupéis. Hablaré con el rey. Comprenderá los deseos

de vuestra sobrina. Tened la seguridad de que hará todo cuanto sea necesario para complacerla —le respondió Rodríguez de Sanabria.

Después de esa conversación, Rodríguez de Sanabria se reunió con el rey y le expuso las condiciones que ponía doña Juana para casarse.

—Firmaré ese contrato que desea doña Juana. Además, como garantía de mi compromiso con ella, entregaré a su tío don Enrique Enríquez el alcázar de Jaén y los castillos de Dueñas y de Castrojeriz —le respondió el rey.

Luego el rey llamó a su canciller mayor y le ordenó:

—Que vayan a por los obispos de Ávila y de Salamanca. Que se dirijan a Cuéllar y que esperen allí.

77

En Cuéllar el rey se entrevistó con los obispos. Les expuso las razones por las que su matrimonio con doña Blanca de Borbón nunca existió, y luego les ordenó:

—Doña Juana de Castro se encuentra en su palacio. Deseo que vayáis a verla y le digáis que no estoy casado con doña Blanca de Borbón y que puedo contraer matrimonio con ella.

Los obispos se escandalizaron al conocer las intenciones del rey, pero no se atrevieron a replicarle. Fueron a ver a doña Juana de Castro y le dijeron:

—Hemos escuchado los motivos que el rey nos ha expuesto sobre el matrimonio que celebró con doña Blanca de Borbón. Consideramos que ese matrimonio nunca existió y, por lo tanto, no hay ningún impedimento para que vuelva a casarse.

Después el rey ordenó a su canciller mayor que retuviera a los obispos en Cuéllar, y fue a visitar a doña Juana.

—¡Ya lo veis, señora! —exclamó el rey al verla—. Nos podemos casar cuando queráis. Creo que este sería un buen momento para hacer público nuestro compromiso de matrimonio. Llamaré al obispo de Salamanca para que nos case mañana.

—Habéis sido muy convincente con los obispos, mi señor —le respondió riéndose doña Juana de Castro.

• • •

Llovía tanto al día siguiente que doña Juana de Castro se dirigió en una carreta a la iglesia de San Andrés. La acompañaban su hermano don Fernando, su tío don Enrique Enríquez y Men Rodríguez de Sanabria. El rey esperaba en el atrio de la iglesia con su canciller mayor y varios oficiales de sus tropas. Al entrar en la iglesia se desencadenó una tormenta y se oyó tronar. Comenzaron a caer rayos y el resplandor iluminó, a través de las vidrieras, el rostro severo del obispo de Salamanca, que aguardaba junto al altar. Al verse doña Juana de Castro arrodillada ante el obispo y con el rey a su lado, tuvo un presentimiento que la inquietó. «Debí escuchar a Fernando», pensó ella, recordando el consejo que le dio su hermano al enterarse de que iba a casarse con el rey. Se sentía insegura, pero comprendió que era tarde para echarse atrás. Mientras, el rey la miraba, deseándola con tanta vehemencia que no pensaba en otra cosa que en poseerla.

Don Fernando de Castro estaba consternado. «Incierto futuro

para el rey, para mi hermana Juana y para el reino», pensó mientras observaba al obispo impartiendo su bendición.

Al anochecer, estando el rey y doña Juana en sus aposentos, un murmullo que procedía de la antecámara, los sobresaltó. Poco después oyeron que golpeaban con fuerza en la puerta.

—¡Qué sucede! —gritó el rey desde el interior.

—Don Diego Gutiérrez de Cevallos desea veros. Os trae noticias urgentes de Alburquerque —el rey oyó la voz entrecortada de uno de sus oficiales al otro lado de la puerta.

El rey abrió la puerta con visibles muestras de enfado y dijo:

—¿No podéis dejar descansar a vuestro rey el día de su boda?

—Don Diego Gutiérrez de Cevallos desea veros, señor. Dice que os trae urgentes noticias —insistió el oficial del rey.

En la antecámara, el rey recibió a don Diego Gutiérrez de Cevallos.

Enseguida se oyeron los gritos del rey.

—¿Cómo habéis tardado tantos días en venir a verme? Debisteis haber venido antes para anunciarme lo sucedido —le seguía gritando el rey.

—Me dirigí a Castrojeriz. Allí me dijeron que os encontrabais en Valladolid.

—Debisteis haber venido antes para informarme de los acuerdos que han hecho el conde don Enrique y el maestre don Fadrique con Alburquerque —insistió gritando el rey.

—Juan García de Villagera se enteró de que el conde don Enrique iba a pactar con Alburquerque para entrar en Castilla, pero desconocía cómo lo haría. No pudo averiguarlo, porque le detuvieron. Por ese motivo, yo tuve que seguir de lejos al conde don Enrique y al maestre don Fadrique —le informó don Diego Gutiérrez de Cevallos.

—¿Y qué averiguasteis?

—En la otra orilla del río Caía se vieron con Alburquerque en su campamento. Al día siguiente se reunieron con don Alvar Pérez de Castro, pero no pude averiguar de qué hablaron, porque el campamento estaba muy vigilado.

«¡Don Alvar Pérez de Castro, el hermano de doña Juana de Castro!», pensó indignado el rey y miró al interior de su alcoba, donde se encontraba doña Juana tumbada sobre la cama.

Sabía el rey que don Alvar Pérez de Castro estaba al servicio del infante don Pedro de Portugal, pero no alcanzaba a imaginarse qué acuerdos pudieron hacer durante ese encuentro en la otra orilla del Caía.

—¿En dónde están ahora el conde don Enrique, don Fadrique y Alburquerque?

—Hicieron muchos estragos por las tierras de Badajoz y luego fueron al castillo de Alburquerque. Allí se encontraban cuando me dirigí hacia Castrojeriz para informaros, mi señor —le respondió Gutiérrez de Cevallos.

—¿En dónde está Juan García de Villagera? Si pudo huir, ¿por qué no ha venido? —le preguntó el rey.

—Le encontré en Castrojeriz. Acababa de llegar. Tenía los pies heridos. Huyó andando por los montes para que no le capturaran. Le dije que yo os informaría de lo sucedido —le respondió Gutiérrez de Cevallos.

En Castrojeriz se sabía que el rey iba a casarse con doña Juana de Castro y, por ese motivo, Juan García de Villagera, el hermano bastardo de María de Padilla, se negó a informar al rey de los sucesos que tuvieron lugar en el campamento de Badajoz. Fue la manera de demostrar su rechazo a la conducta del rey, su venganza personal, por humillar a su hermana María de Padilla.

Durante los días que el rey permaneció en Cuéllar, María de Padilla visitaba con frecuencia su monasterio de Astudillo, a escasas tres leguas de Castrojeriz, y allí buscaba el consuelo de Dios con las monjas clarisas.

La noticia de la boda del rey con doña Juana de Castro escandalizó a todo el reino. Nadie podía comprender cómo los obispos de Ávila y de Salamanca habían cedido a las presiones del rey para autorizar ese matrimonio. Sin embargo, el conde don Enrique estaba muy satisfecho de que sus planes hubieran dado unos resultados que él nunca habría imaginado.

78

El rey apenas pudo dormir la noche de su boda con doña Juana de Castro. No dejaba de pensar en los acuerdos que hicieron sus hermanos con Alburquerque. Aún no había amanecido cuando decidió levantarse. Se fue a una sala del palacio y allí permaneció solo, reflexionando sobre lo que debía hacer. «Mis enemigos tomarán partido por esos bastardos con la excusa de defender la causa de la reina doña Blanca, pero lo que pretenden es ir contra mí, ¡ir contra el rey! Debo matarlos cuanto antes para sofocar esta sedición. Diré que cometieron traición, ¡alta traición al rey! y todos me temerán», pensaba enfurecido. Ordenó a uno de sus centinelas que fuera en busca de su canciller mayor, y partió con sus tropas hacia Castrojeriz sin despedirse de doña Juana de Castro.

Doña Juana de Castro se lamentaba de que el rey la hubiera abandonado de ese modo. «No me merecía una cosa así», pensaba desolada.

—Te lo advertí y no me escuchaste —dijo don Fernando de Castro a su hermana, al enterarse de que el rey había salido de Cuéllar.

Mientras doña Juana de Castro se desahogaba con su hermano, el rey se dirigía hacia Castrojeriz.

—Es mi voluntad que doña Juana de Castro viva en el castillo de Dueñas, pero el alcázar de Jaén y el castillo del Castrojeriz seguirán perteneciendo a la Corona —ordenó el rey a su canciller mayor mientras cabalgaban.

Desde la torre del homenaje del castillo de Castrojeriz sonaron las trompetas, anunciando la llegada del rey. En el patio de armas aguardaban María de Padilla con su hija Beatriz y los miembros de la Corte. El rey echó pie a tierra y María corrió a su encuentro para abrazarle. El rey se sintió avergonzado al comprobar que María le había perdonado, después de haberla deshonrado. Con aquel recibimiento, María quiso demostrar a todos sus parientes que seguía amando al rey.

«¡Es admirable! No ha pronunciado ni una sola palabra de reproche», pensó Fernández de Henestrosa al ver como María, su sobrina, había recibido al rey.

Esa noche el rey se reunió con sus privados para hablar de los acuerdos que el conde don Enrique y el maestre don Fadrique habían hecho con don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Don Tello se unirá al conde don Enrique y a don Fadrique.

Después de su boda debimos haberle obligado a firmar los acuerdos de los que os hablé. Ahora los vizcaínos se verían obligados a aceptar mis exigencias —dijo el rey a Fernández de Henestrosa, con evidentes muestras de disgusto.

—¿Acaso olvidáis lo que sucedió durante la boda de don Tello? No creo que aquel fuera el momento más oportuno para que vuestro hermano firmara unos acuerdos que entonces no estaban redactados —le respondió Fernández de Henestrosa.

—Muy bien, pero quizá ya no sea necesario que los tenga que firmar. He pensado en otros planes para controlar a los vizcaínos —replicó el rey.

—¿A qué planes os referís, mi señor? —le preguntó Diego García de Padilla.

—Que partan esta misma noche mensajeros hacia Toledo para que los infantes don Fernando y don Juan vengan cuanto antes a Castrojeriz —ordenó el rey a Fernández de Henestrosa.

El escándalo de la boda del rey con doña Juana de Castro comenzó a producir sus efectos.

El papa Inocencio VI ordenó a su internuncio que convocara a los obispos de Ávila y de Salamanca ante la Santa Sede de Aviñón para que obligasen al rey con censuras canónicas a hacer vida con la reina doña Blanca.

El conde don Enrique envió mensajeros a don Fernando de Castro para decirle que si se unía a él con sus huestes le casaría con su hermana doña Juana. Le hizo ese ofrecimiento porque sabía que estaba enamorado de su hermana.

Don Fernando de Castro tenía motivos suficientes para abandonar el servicio del rey, pero fue el ofrecimiento del conde don Enrique de casarle con su hermana lo que le hizo decidirse. Enseguida partió de Monforte de Lemos y se dirigió hacia Monção en Portugal. Allí instaló su campamento y permaneció nueve días. Después de oír misa pasaba todos los días el vado del río Miño y se iba a Salvatierra en Galicia. Delante de un notario público tomaba cada vez un testigo distinto y decía:

—Me desnaturalizo del rey don Pedro de Castilla, porque sin merecerlo me quiso matar en Valladolid, en un torneo que se celebró con motivo de su boda; y porque después de casarse con mi hermana doña Juana de Castro, la deshonró: hizo que se llamara reina de Castilla y luego se burló de ella.

Pasados los nueve días, don Fernando de Castro se fue a Orense y mandó llamar a todos sus vasallos. Con seiscientos treinta jinetes y mil doscientos hombres de a pie marchó a Ponferrada, que era de

su hermana doña Juana, y permaneció allí diez días esperando al conde don Enrique y a don Juan Alfonso de Alburquerque. Durante esos días se enviaban mensajeros entre ellos para decidir qué debían hacer.

79

—Como sabréis, esos bastardos y Alburquerque se han unido en una conjura contra el rey. Tendremos que hacerles frente para sofocar esa sedición. Por eso os hice llamar —dijo el rey a sus primos los infantes don Fernando y don Juan de Aragón, al llegar a Castrojeriz.

—¿Qué deseáis hacer? —preguntó el infante don Fernando al rey.

—Destruiré los castillos y las fortalezas de Alburquerque, pero ahora deseo que vuestro hermano Juan se case con Isabel —les dijo el rey.

—¿Con Isabel, la hermana de la señora de Vizcaya? —replicó sorprendido el infante don Juan.

—Tello se unirá a la conjura. Después de vuestra boda con Isabel seréis el señor de Vizcaya —le respondió el rey.

El rey sabía que el infante don Juan no podía ser el señor de Vizcaya, porque la legítima señora de Vizcaya era doña Juana de Lara. Los deseos del rey de vengarse de su hermano don Tello y sus pretensiones de dominio sobre el señorío de Vizcaya, seguían perturbando su estado de ánimo.

—Un destacamento saldrá ahora mismo hacia Paredes de Nava para que Isabel venga a vernos y pase unos días entre nosotros —dijo el rey al infante don Juan.

La reina doña Leonor, el infante don Fernando, que se encontraba con su mujer la infanta doña María de Portugal, y el resto de los miembros de la Corte se quedaron sorprendidos con el anuncio que acababa de hacer el rey.

María de Padilla comenzó a hacer los preparativos para recibir a doña Isabel. Quería que su estancia en Castrojeriz fuera de su agrado y ordenó que prepararan sus aposentos en la torre septentrional del castillo para que pasara menos calor.

• • •

La alarma cundió en Paredes de Nava con la llegada del destacamento del rey. Doña Isabel de Lara se sorprendió cuando le anunciaron que el rey quería verla en Castrojeriz.

Doña Mencía de Guevara, la vieja aña de los señores de Vizcaya, se inquietó al ver a todos aquellos hombres armados en la plaza, frente al palacio donde solían pasar largas temporadas para no interferir en la vida cotidiana de doña Juana y don Tello en

Bermeo. «¡Dios mío, Dios mío! ¿A qué peligros se expondrá mi niña?», se preguntó ella, recordando lo que le dijo el mago Mizar en Segovia, y se echó a temblar.

—¡Mi niña, ten mucho cuidado! Piensa que en Castrojeriz no estarán los vizcaínos para protegerte —dijo doña Mencía a doña Isabel, pensando que nada bueno le iba a suceder.

Doña Isabel de Lara partió en una carreta. Sabía que el conde don Enrique y el maestre don Fadrique se habían separado del servicio del rey, pero desconocía si su cuñado don Tello hubiera seguido el mismo camino de sus hermanos. «Juana me lo habría dicho», iba pensando durante el viaje. No podía imaginarse que su hermana se lo hubiera ocultado de ser cierto, y eso le tranquilizó.

El rey, María de Padilla y el infante don Juan esperaban a doña Isabel de Lara en el patio de armas del castillo.

—Bienvenida a Castrojeriz, Isabel —la saludó el rey mientras besaba sus mejillas.

Doña Isabel estaba desconcertada. No sabía qué decir. Era la primera vez que se encontraba sola ante una situación como aquella. «Si estuviera aquí mi hermana Juana o don Juan de Abendaño me sentiría más segura», pensó. Durante unos instantes dudó si debía preguntar al rey por el motivo de su presencia en Castrojeriz, pero algo le decía en su interior que no lo hiciera y se calló. Saludó a María de Padilla, al infante don Juan y se dirigió al portón de entrada del castillo, donde se encontraban la reina doña Leonor, el infante don Fernando y su mujer la infanta doña María de Portugal. Doña Isabel se tranquilizó al comprobar que la recibieron con esmerada cortesía, pero al ver a sus parientes don Fernán Pérez de Ayala y a su hijo Pedro, recobró la confianza en sí que había perdido a su llegada.

Don Fernán conocía los verdaderos motivos que tenía el rey para casar al infante don Juan con doña Isabel. «Utilizará al infante si no puede valerse de don Tello para incorporar el señorío de Vizcaya a Castilla», pensaba y se lamentaba de que la ira del rey pudiera recaer sobre doña Isabel y su hermana doña Juana, la señora de Vizcaya, si no lograba su objetivo.

María de Padilla había organizado una cena en la gran sala del castillo. Quería agradar a doña Isabel y, por ese motivo, se esmeró en la decoración de la mesa.

Esa noche, cuando anunciaron que la cena estaba servida, el infante don Juan se acercó a doña Isabel y le ofreció su brazo para conducirla al comedor.

En la mesa, la reina doña Leonor comenzó a hablar de la boda

de su hijo el infante don Fernando y contó muchas anécdotas de los preparativos. La infanta doña María de Portugal reía, asegurando que todo cuanto decía la reina doña Leonor era cierto. Pero allí nadie se atrevió a comentar el incidente que protagonizaron en Portugal el canciller mayor de Castilla y Alburquerque durante la boda de los infantes.

El rey se estaba impacientando con aquella conversación que para él no tenía ningún sentido y decidió intervenir.

—Ahora tendremos que pensar en casar a Juan —dijo el rey, sonriendo a su tía la reina doña Leonor.

—Mi hijo Juan es muy bondadoso. Haría muy feliz a la mujer que se case con él —le respondió la reina doña Leonor.

El infante don Juan se sintió incómodo con los comentarios que hizo su madre delante de doña Isabel y siguió hablando de la boda de su hermano el infante don Fernando.

«Ahora comprendo para qué me ha invitado Pedro a Castrojeriz. Pretende casarme con su primo», pensó doña Isabel al ver sus intenciones, pero no le pareció oportuno darse por aludida en ese momento y calló.

—No deberíais perder esta ocasión —intervino el rey, dirigiéndose a su primo el infante don Juan—. Aprovechad que se encuentra Isabel entre nosotros para proponerle matrimonio. Ya veis que a vuestra madre le gustaría que os casarais con ella. Yo aprobaría muy complacido ese matrimonio.

—De modo que me habéis hecho venir aquí con esas intenciones —dijo doña Isabel al rey, ofendida de que se estuviera hablando con ese descaro delante de ella.

—Creí que aprobarías casarte con Juan —dijo el rey a doña Isabel.

—Deberías hablar con tu hermana Juana. No vaya a ser que te arrepientas de haber rechazado a mi hijo Juan —intervino desconcertada la reina doña Leonor.

—Si Isabel accede a casarse con Juan tendrán que contraer matrimonio el próximo domingo. No hay tiempo para consultas. Debo partir cuanto antes —le respondió el rey, molesto por la intervención de su tía, la reina doña Leonor.

—¿Pretendéis que me case con Juan sin anunciárselo a mi hermana Juana? ¡Qué clase de ceremonia de matrimonio me espera sin mi familia y sin la presencia de los vizcaínos! —exclamó doña Isabel.

María de Padilla hizo un gesto al rey para que no insistiera más. Se levantó de la mesa, se acercó a doña Isabel y se la llevó a una de

las salas de sus aposentos para hablar con ella.

—Tienes que disculpar a Pedro. Está muy preocupado con sus hermanos. Se han unido a Alburquerque y se preparan para entrar en Castilla —dijo María a doña Isabel.

—Me dijeron que Enrique y Fadrique se habían separado del servicio del rey, pero no me explicaron que la situación fuera tan grave. Entonces, ¿van a luchar? —le preguntó alarmada doña Isabel.

—Los privados de Pedro piensan que habrá una guerra en Castilla si no consiguen sofocar esa conjura.

—Pero ¿qué tiene que ver mi hermana Juana con esos acuerdos que han hecho Enrique y Fadrique con Alburquerque?

—Sabemos que Tello también ha tomado partido en esta conjura. Comprenderás que no es prudente llamar a tu hermana ni a los vizcaínos en estas circunstancias —afirmó María de Padilla.

Doña Isabel se quedó muy pensativa. No podía comprender que su hermana no la hubiera advertido de lo que estaba sucediendo. «De haberlo sabido habría acudido a su lado», pensó muy entristecida.

El infante don Juan se había sentido atraído por la belleza de doña Isabel desde la primera vez que la vio en la boda de doña Juana y don Tello en Segovia. Deseaba aprovechar aquella ocasión para conocerla sin las miradas indiscretas de su familia y de los miembros de la Corte. Por ese motivo, al día siguiente, la invitó a cabalgar por los alrededores del castillo.

—Quiero que sepas que nada tengo que ver con este casorio que nos quieren organizar —dijo el infante don Juan a doña Isabel, y comenzó a reír.

—Si nada tienes que ver con todo eso, figúrate yo —le respondió riéndose doña Isabel.

El infante don Juan y doña Isabel cabalgaban juntos todos los días por los campos de Castrojeriz. Entre ellos estaba surgiendo una relación de profunda amistad. Se sentían muy felices conversando. En el castillo se hacían pronósticos sobre su boda.

—Se les ve muy contentos a Isabel y a Juan. Hablaré con ellos para saber si han decidido casarse. Creo que habrá que comenzar con los preparativos para la boda —dijo María de Padilla al rey.

—No hay tiempo para preparativos. Si se casan tendrá que ser el próximo domingo. Debo partir cuanto antes —volvió a insistir el rey.

María de Padilla reunió a doña Isabel y al infante don Juan en sus aposentos. Después de una larga conversación entre ellos,

decidieron casarse.

• • •

El domingo se celebró el matrimonio de doña Isabel con el infante don Juan durante una sencilla ceremonia en la capilla del castillo de Castrojeriz. Asistieron el rey con María de Padilla; la reina doña Leonor con su hijo el infante don Fernando y su nuera la infanta doña María de Portugal; así como todos los miembros de la Corte.

Antes de partir de Castrojeriz camino de Toro, el rey envió tropas a Salamanca y a los lugares cercanos donde sabía que se encontraban el conde don Enrique, el maestre don Fadrique, don Fernando de Castro y don Juan Alfonso de Alburquerque.

80

El rey recibió en Toro la noticia de que María de Padilla había dado a luz una niña. Se entristeció por no haber estado junto a ella durante el parto, pero recobró la alegría al pensar en la hija que acababa de nacer. Luego mandó llamar a sus privados y a los oficiales para comunicárselo.

—Doña María ha tenido otra niña. Se llamará Constanza —les dijo el rey y todos brindaron por la recién nacida.

Esa misma tarde llegaron a Toro otros mensajeros para informar al rey de que el conde don Enrique y Alburquerque se encontraban con cuatrocientos jinetes en Ciudad Rodrigo. También le dijeron que el maestre don Fadrique había marchado a las tierras del maestrazgo de Santiago para apoderarse de sus fortalezas y reclutar gente de armas.

—Pero ¿adónde ha ido el maestre don Fadrique? Quiero saber donde se encuentra —preguntó el rey a los mensajeros.

—Sabemos que se dirigía a Segura de la Sierra, a las tierras del maestrazgo de Santiago en Jaén —le respondió uno de ellos.

El rey no dejaba de pensar en sus hermanos. Deseaba prenderlos para darles la peor muerte que hubieran podido imaginar. «La tortura sería para ellos una buena muerte», pensaba lleno de odio y de resentimiento, pero sabía que en ese momento no podría cumplir sus deseos, por lo que decidió centrar todo su esfuerzo en vengarse de Alburquerque.

—Iremos a Montealegre. Apresaremos a doña Isabel, la mujer de Alburquerque, y después destruiremos el castillo —dijo el rey a sus oficiales.

• • •

Cuando el rey llegó a Montealegre desplegó sus tropas alrededor del castillo y comenzó a atacarlo. Los hombres de Alburquerque salieron a las barreras del castillo para evitar que destruyeran la fortaleza con los ingenios de guerra que traía el rey. Estuvieron luchando cuerpo a cuerpo. Hubo bajas en los dos bandos. Uno de los oficiales del rey resultó herido de muerte por una lanza que le atravesó el rostro.

«El castillo está bien defendido», pensó el rey al darse cuenta de que no lo podría tomar, y ordenó la retirada de sus tropas.

Su furia creció por no haber podido prender a la mujer de Alburquerque ni destruir el castillo, y marchó con sus tropas hacia

otras fortalezas que don Juan Alfonso tenía en Tierra de Campos. Unas se rindieron sin luchar, otras las tomó por la fuerza y las mandó destruir.

—Ahora iréis a Salamanca. Os uniréis a las tropas que envié desde Castrojeriz. Si os encontráis con Alburquerque y con esos bastardos, luchad y acabad con ellos —ordenó el rey a los infantes de Aragón.

El rey se despidió de los infantes y marchó con sus tropas hacia Segura para prender a su hermano el maestre don Fadrique.

• • •

El conde don Enrique y Alburquerque salieron de Ciudad Rodrigo camino de Salamanca. Sus espías les habían anunciado que los infantes de Aragón se encontraban en Salamanca con mil jinetes.

Durante el camino, el conde don Enrique iba pensando en la manera de atraer a los infantes de Aragón a su partido. Poco antes de llegar a Salamanca hizo un gesto con el brazo a Pedro Carrillo para que se acercara y le dijo:

—Cuando estemos bordeando Salamanca, irás con un destacamento de hombres a ver a los infantes. Les dices que las ciudades y las plazas más importantes del reino se levantarán contra el rey, y que esta es la oportunidad que tiene el infante don Fernando para ponerse al frente de nuestras tropas. Si el infante don Fernando quiere la Corona de Castilla deberá comprometerse. Tendrá que decidirse cuanto antes si toma partido por la reina doña Blanca.

Las tropas del conde don Enrique y de Alburquerque bordearon la ciudad y se dirigieron hacia el vado del Tormes, entre Alba y Salamanca.

• • •

De madrugada, Pedro Carrillo regresó de Salamanca y fue al pabellón del conde don Enrique para informarle.

—Los infantes don Fernando y don Juan escucharon con mucha atención vuestro mensaje, pero no respondieron. No quisieron comprometerse, aunque intuyo que no vendrán a luchar.

—Si hoy no aparecen por aquí, significará que no desean luchar. Tienen ante sí un difícil dilema —le respondió el conde don Enrique.

—¿A qué dilema os referís? —le preguntó Carrillo.

—El rey les habrá ordenado pelear. Si no, ¿qué hacen con toda esa tropa en Salamanca? Tendrán que decidirse por nuestro partido o por el del rey —replicó el conde don Enrique.

El conde don Enrique y Alburquerque aguardaron varios días a las huestes de los infantes de Aragón. Como no aparecieron, decidieron levantar el campamento.

—Os aseguro que los infantes de Aragón se unirán a nuestras tropas. Es cuestión de tiempo. A mi regreso de Asturias nos encontraremos en Los Barrios de Salas —dijo el conde don Enrique a Alburquerque, mientras se despedía de él.

81

El conde don Enrique se dirigió a Los Barrios de Salas, cerca de Ponferrada, donde se había citado con don Juan Alfonso de Alburquerque y don Fernando de Castro.

Las tropas de Alburquerque y las de don Fernando de Castro ovacionaron al conde don Enrique al entrar en el campamento con toda la gente de armas que había reclutado en Asturias. Esa noche festejaron su llegada con una cena que organizaron en su honor.

—No sé qué ha sucedido desde que marché a Asturias. ¿Qué noticias tenéis del rey? —preguntó el conde don Enrique, ansioso de conocerlas.

—El rey ordenó a don Juan Fernández de Henestrosa que fuera a Arévalo a por la reina doña Blanca para encerrarla en el alcázar de Toledo. Los caballeros de Toledo quisieron matar a Fernández de Henestrosa al enterarse de sus planes, pero no lo hicieron por miedo a las represalias que pudiera tomar el rey contra ellos, porque tenía muchos hombres en la ciudad —le explicó Alburquerque.

—Y bien, ¿qué es lo que sucedió? —preguntó impaciente el conde don Enrique.

—Fernández de Henestrosa fue a Arévalo y regresó a Toledo con la reina doña Blanca. Al llegar a la ciudad, la reina pidió que la llevaran a la iglesia de Santa María. Dijo que quería rezar y después se negó a salir de allí por temor a que la mataran en el alcázar. El obispo de Segovia y otras personas que iban con ella le aconsejaron que no saliera de la iglesia. Fernández de Henestrosa rogó a la reina que fuera con él al alcázar, pero ella no quiso abandonar su encierro. Entonces, Fernández de Henestrosa partió de Toledo y fue a Segura de la Sierra, a las tierras del maestrazgo de Santiago en Jaén, para informar al rey de lo que había sucedido. Le explicó que no había querido llevarla por la fuerza al alcázar sin su consentimiento por tratarse de su mujer —le dijo Alburquerque.

—¿Qué respondió el rey?

—Que iría a Toledo y que haría lo que considerara conveniente —le explicó Alburquerque.

—¿Y qué ha sucedido con la reina doña Blanca?

—Sabemos que los caballeros de Toledo están dispuestos a protegerla, pero no hemos tenido más noticias.

—¿Detuvo el rey al maestre don Fadrique en Segura? —le preguntó el conde don Enrique.

—El rey luchó contra sus tropas en las barreras del castillo de

Segura, pero no pudo tomarlo. Sabemos que después partió de Segura y suponemos que se dirigió a Toledo.

—Es posible que ignoréis el motivo de las prisas del rey por volver a Castilla —afirmó don Fernando de Castro.

—¿A qué os referís? —le preguntó el conde don Enrique.

—Fernández de Henestrosa debió de informar al rey de que los infantes de Aragón pensaban unirse a nosotros.

—No hay duda de que Fernández de Henestrosa tiene espías entre los hombres de los infantes de Aragón. Fernández de Henestrosa ha debido de conocer la embajada que enviamos a los infantes —le respondió el conde don Enrique.

• • •

Al amanecer, el conde don Enrique, Alburquerque y don Fernando de Castro levantaron el campamento y partieron de Los Barrios de Salas con mil doscientos jinetes y tres mil quinientos hombres de a pie, que habían reclutado entre los tres, y se dirigieron hacia Villalón de Campos, una villa de don Tello. Necesitaron cuatro jornadas para hacer el recorrido. La última noche no durmieron. De madrugada llegaron a las puertas de Villalón de Campos.

—Vuestro hermano don Tello se ha unido a los infantes de Aragón. Tienen dos mil jinetes —informó al conde don Enrique uno de sus espías que acababa de llegar de Tamariz.

El conde don Enrique, Alburquerque y don Fernando de Castro desconocían los acuerdos que don Tello había hecho con los infantes de Aragón. Para averiguarlo se dirigieron hacia Tamariz; y una vez allí, se escondieron en un bosque cercano.

—Vosotros tres, ¡venid aquí! —ordenó el conde don Enrique a unos jinetes—. Escoged los caballos más veloces y poned los estribos lo más cortos que podáis para cabalgar rápidos hasta las proximidades de Tamariz. Observad bien desde alguna loma lo que allí suceda y volved cuanto antes. Antes de partir debéis comer y alimentad a vuestros caballos con cebada.

Apenas unas horas después de la partida de los jinetes, se oyó el entrechocar de los cascos de un caballo que se internaba en el bosque.

—Señor, cincuenta jinetes con lanzas y con mucha gente de a pie salieron de Tamariz y nos persiguieron —dijo al conde don Enrique el jinete que acababa de llegar.

El conde don Enrique ordenó a todos que montaran en sus caballos y que se colocaran los yelmos. Después se dirigieron hacia la loma donde seguían escondidos los otros dos jinetes que había enviado a Tamariz, y comenzaron a prepararse para la lucha.

—Colocad aquí los pendones de don Juan Alfonso de Alburquerque, el de don Fernando de Castro y el mío. Que la caballería se sitúe en el centro y los hombres de a pie en los extremos —ordenó el conde don Enrique a los oficiales de las tropas.

Sonaron los tambores para que todos formaran. El conde don Enrique trotó hasta la primera línea de la formación, hizo un gesto en el aire con su brazo para que avanzaran y las tropas se pusieron en marcha.

Había amanecido. En Tamariz alertaron de la presencia de tropas en las proximidades. Los infantes de Aragón y don Tello enseguida reconocieron los pendones del conde don Enrique, de Alburquerque y el de don Fernando de Castro.

—Las tropas avanzan en formación de ataque. ¡Hay que detenerlos! —exclamó el infante don Juan.

—Pediré a don Juan de Abendaño y a Diego Pérez Sarmiento que vayan a darles la bienvenida —dijo don Tello.

Abendaño y Pérez Sarmiento salieron con cincuenta jinetes y fueron al encuentro del conde don Enrique.

—Confundimos a vuestros hombres con los espías del rey. Los perseguimos por equivocación. Montaban caballos muy veloces y los perdimos de vista en la oscuridad de la noche —dijo Abendaño, dirigiéndose al conde don Enrique, porque era al único que conocía.

—Fue una suerte para ellos que los perdierais de vista. Uno de nuestros hombres nos relató que le perseguisteis con saña —le respondió el conde don Enrique y se echó a reír.

—Los infantes de Aragón y don Tello desean veros en Tamariz. Allí también se encuentra la reina doña Leonor —les anunció Abendaño.

Al llegar a las puertas de Tamariz, el conde don Enrique, Alburquerque y don Fernando de Castro entraron en la villa con cuatro de sus caballeros. Saludaron a la reina doña Leonor y permanecieron hablando con ella durante una hora. Después se reunieron con los infantes de Aragón, con don Tello y con los caballeros que los acompañaban.

—Supongo que habréis tomado partido por Blanca —preguntó el conde don Enrique al infante don Fernando, con voz severa.

—Todos los que nos encontramos aquí nos hemos separado del servicio del rey. Acabamos de llegar de Tordehumos. Estuvimos allí con el rey y pudimos comprobar que no tenía ninguna intención de volver con Blanca. El rey se enfureció al saber que la gente de Toledo la había llevado al alcázar para protegerla —le respondió el

infante don Fernando.

—¿Cómo se encuentra la reina doña Blanca? —le preguntó Alburquerque.

—Tenía mucho miedo de que el rey volviera a Toledo, pero no apareció. La reina se encuentra en compañía de muchas señoras y doncellas. En las torres del alcázar y en las murallas de la ciudad hay muchos caballeros apostados para defenderla. Los partidarios de la reina detuvieron a todos los que se negaron a ayudarles y fueron encarcelados. La reina se encuentra bien —le respondió el infante don Fernando de Aragón para tranquilizarle, porque sabía que Alburquerque fue el responsable de la boda de doña Blanca con el rey.

—Fadrique se encuentra en Toledo con seiscientos jinetes. Desde Toledo le enviaron mensajeros a Segura para que acudiera con sus tropas en ayuda de Blanca. Los caballeros que el rey dejó en Segura se unieron a Fadrique, y ahora están todos juntos en Toledo —informó don Tello a su hermano el conde don Enrique.

—También nosotros recibimos cartas de Toledo para que pidiésemos al rey que volviera con Blanca —respondió el conde don Enrique a su hermano don Tello.

—Habrá que pedir al rey que prescinda de los parientes de doña María de Padilla —sugirió don Fernando de Castro.

—En Ocaña, volviendo de Segura, el rey exigió a los freires de la Orden de Santiago que tomaran por maestre a Juan García de Villagera. Un freire de la Orden advirtió que García de Villagera estaba casado. ¿Sabéis lo que respondió el rey? —preguntó el infante don Fernando mientras hacía una pausa—. Pues que según la regla de la Orden lo podía hacer. No creo que esté dispuesto a prescindir de los parientes de doña María de Padilla. El rey hace lo que se le antoja.

—Tendremos que escribir al rey, explicándole los motivos por los que nos hemos separado de su servicio. Prepararé un texto para que todos podamos firmarlo —intervino don Fernán Pérez de Ayala, el señor de Ayala.

—También habrá que enviar cartas a las ciudades que han tomado partido por la reina doña Blanca para informarles de que nos hemos separado del servicio del rey —advirtió el conde don Enrique.

Las tropas que acamparon fuera de Tamariz se intranquilizaban. No sabían lo que podía estar sucediendo dentro de la villa, pero la serenidad se restableció cuando aparecieron el conde don Enrique, Alburquerque y don Fernando de Castro acompañados de don Tello.

Luego marcharon a Villalón de Campos y allí estuvieron dos días, esperando noticias del rey.

82

En el castillo de Tordehumos se produjo un gran desconcierto cuando los vigías anunciaron que se aproximaba un destacamento con el pendón del conde don Enrique.

—Traemos esta carta para el rey —dijeron los mensajeros del conde don Enrique a los centinelas del castillo, y se marcharon sin esperar a la respuesta.

—¡Maldición, los infantes de Aragón y don Fernán Pérez de Ayala me han traicionado! —exclamó el rey mientras leía la carta —. La han firmado todos esos rebeldes y el conde don Enrique ha tenido la insolencia de enviarla con sus mensajeros —luego entregó la carta a Fernández de Henestrosa y a García de Padilla para que vieran las firmas.

El rey se sintió abatido al saber que sus primos los infantes de Aragón y el señor de Ayala se habían separado de su servicio. «Se han unido al bastardo de Enrique y han tomado partido por esa francesa», pensó enfurecido y comenzó a preocuparse por su suerte.

—Iremos a Tordesillas —dijo el rey a Fernández de Henestrosa —. Si nos atacan aquí, no podremos defendernos. Tan solo tenemos seiscientos jinetes para combatir. Enviad mensajeros a mi madre la reina doña María y a María, vuestra sobrina, para que se dirijan a Tordesillas. Hay que evitar que las detengan y las lleven prisioneras a un castillo.

• • •

El conde don Enrique sabía por sus espías que el rey había enviado mensajeros a la reina doña María y a María de Padilla. «Si el rey va a Tordesillas es porque cree que allí estará más seguro. ¿Qué sentido tiene que esté tomando tantas precauciones?», estaba haciendo estas reflexiones cuando de pronto se dio cuenta de lo que sucedía. «El rey no piensa volver con Blanca ni prescindirá de sus privados». Después, el conde don Enrique comenzó a analizar las alternativas más favorables para sus intereses y decidió que lo mejor sería acudir a la comarca de Tordesillas con las tropas. «Todo el reino tiene que saber que el rey no desea volver con su mujer. Castilla tomará partido por Blanca y derrocaremos al rey. Será su fin», pensó el conde don Enrique.

—Hay que enviar un mensajero a la reina doña Leonor y a sus hijos los infantes de Aragón para que se dirijan a la comarca de Tordesillas —dijo el conde don Enrique a Pedro Carrillo, su privado

—. Nos encontraremos en Tordesillas con don Tello, con don Fernando de Castro y con Alburquerque. Y que sepan que don Juan de la Cerda viene con sus tropas desde Sevilla para unirse a las nuestras.

• • •

Mientras la reina doña Leonor y sus hijos los infantes de Aragón se preparaban para ir al encuentro del conde don Enrique, la reina doña María estaba llegando a Tordesillas. Al aproximarse al palacio se dio cuenta de que allí no había centinelas ni guardias ni hombres de armas. «¿Qué está sucediendo aquí?», pensó desconcertada.

—¿No ha llegado el rey? —preguntó desde la carreta al portero del palacio, que salió a recibirla.

—Nadie nos anunció que vendría, señora.

—Veo que tampoco me esperabais.

—Así es, señora. Pero ahora mismo ordenaré que preparen vuestros aposentos.

«¿Qué sentido tiene que Pedro me haya hecho venir a Tordesillas si aquí no hay nadie? Al fin y al cabo apenas tendría que recorrer seis leguas para regresar a Toro», pensó la reina doña María, dispuesta a marcharse, pero pensándolo mejor, decidió quedarse. «Si viene Pedro y no me encuentra, me reprocharía que he desobedecido sus órdenes. Pero ¿qué es lo que le habrá sucedido para hacerme venir aquí?», seguía preguntándose. Al poner pie en tierra sintió la necesidad de andar y comenzó a pasear por el patio del palacio. Recordó la primera vez que estuvo allí con la reina doña Blanca, cuando el rey la abandonó después de su boda. «Creo que hice una buena elección al venir a este palacio. Era el sitio más próximo a Valladolid y el más apropiado para escapar a las miradas indiscretas de los invitados a la boda. ¡Ay, Dios mío! Mi esposo Alfonso me abandonó y, ahora, mi hijo Pedro abandona a su mujer. La historia se repite», se lamentaba mientras seguía paseando. Si estos pensamientos atormentaban a la reina doña María, su sufrimiento sería aún mayor al recordar la humillación que padeció a causa de ese palacio de Tordesillas. «Alfonso lo mandó construir para conmemorar su victoria sobre los moros en la batalla del Salado, pero tuvo la desvergüenza de regalárselo a doña Leonor de Guzmán. Nada pudo causar mayor dolor en mi corazón», pensó llena de resentimiento. Se detuvo frente a la fachada del palacio y se quedó observando la belleza con la que fue construida.

—¿Qué significado tienen esas dos llaves verdes que están ahí, a los lados de esa franja sobre la puerta? —preguntó la reina doña María al portero, que permanecía cerca de ella en el patio.

—Son las llaves del Paraíso, señora. Están hechas de cerámica vidriada —le respondió el portero.

—¡Llaves del Paraíso! —exclamó la reina doña María.

—Recuerdo a los canteros mudéjares incrustándolas en la piedra. El rey don Alfonso también preguntó por su significado.

—¿Qué le respondieron?

—Que simbolizaban el poder de abrir y cerrar las puertas del cielo.

—¡Ah, sí! ¿Eso dijeron?

—El rey preguntó a qué cielo se referían, si al cielo de los cristianos o al de los musulmanes.

—Y ¿qué respondieron?

—Los canteros mudéjares señalaron el cielo con el dedo.

La reina doña María continuó observando el palacio mientras paseaba. Durante su primera visita a Tordesillas no tuvo tiempo ni ganas para fijarse en esos detalles de su construcción. Después del paseo, se retiró a sus aposentos. Al atardecer, estando en su alcoba, escuchó el graznido de una bandada de patos y se asomó a la ventana para verlos. Desde allí estuvo observando como aquellos patos, de vistoso colorido, se posaban sobre el río Duero, chapoteaban las aguas y se sumergían en ellas para capturar a los peces.

• • •

A primera hora de la mañana del día siguiente irrumpió en la alcoba de la reina doña María una de sus damas para anunciarle que el rey se aproximaba a Tordesillas.

—El portero dice que llegará en cualquier momento.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Un destacamento del rey llegó esta noche.

—¿El portero no ha dicho nada más? —le volvió a preguntar la reina doña María.

—Ahora están instalando el campamento para recibir a las tropas del rey. Vuestros hombres de armas les ayudan en estos momentos.

A mediodía, el rey hacía su entrada en Tordesillas. Venía desde Tordehumos, acompañado de sus privados, de unos pocos caballeros y de sus tropas. Entre todos no eran más de seiscientos jinetes.

—Creí que no vendrías nunca —dijo la reina doña María al ver a su hijo el rey.

—No son momentos para sarcasmos, madre —respondió el rey mientras descabalgaba.

—Pero ¿qué está sucediendo para hacerme venir con tanta

urgencia?

—Los infantes de Aragón y don Fernán Pérez de Ayala se han separado de mi servicio. Han tomado partido por Blanca.

—¿Es tan grave que tus primos hayan dejado la Corte? Peor para ellos.

—Deja tus ironías para otras ocasiones. ¿No te das cuenta del peligro que nos acecha? Un futuro incierto se cierne sobre Castilla —sentenció el rey.

—Me preocupa más que don Fernán se haya separado de tu servicio. Es muy poderoso y le seguirá mucha gente. Pero no entiendo qué está sucediendo. ¿Por qué tanta agitación? —le preguntó desconcertada la reina doña María.

—Veo que no comprendes nada de lo que está sucediendo. Si he enviado a por vosotras es para evitar que os capturen y os encierren en un castillo. Esos bastardos son capaces de utilizar todos los medios a su alcance para presionarme. Aquí vuestra seguridad está garantizada ¿Entiendes ahora por qué he tomado esta decisión de haceros venir a Tordesillas? —replicó el rey, molesto por la insistencia de su madre.

—¿A quién te refieres al hablar de nosotras y de nuestra seguridad? —le preguntó la reina doña María.

—¡Ah, sí! Olvidaba decirte que mañana llegará María con mis hijas.

—¿No te estarás refiriendo a María de Padilla?

—¿A quién si no iba a referirme?

—¡Esa mujer, tu amante!, no vivirá bajo el mismo techo que yo. Recuerda que este palacio es ahora mío.

—Esa mujer, como tú dices, no es mi amante. Es mi mujer y la madre de mis hijas.

—¡Tu mujer! ¡Sí, como Juana de Castro! Estoy enterada de esa boda que organizaste en Cuéllar para llevártela a la cama.

—Mira, madre, como mantengas esa actitud ante María, seré yo quien te encierre en un castillo y no verás a nadie. Prohibiré que conozcas a tus nietas —replicó el rey.

—Pero ¿de qué me estás hablando? ¿Acaso esa mujer no es tu amante? ¿Crees que tu madre es tonta?

El rey se detuvo en el rellano de la escalera y explicó a su madre que había contraído matrimonio con María de Padilla en el castillo de Montalbán, antes de celebrarse la ceremonia de Valladolid con doña Blanca de Borbón.

—María es mi legítima esposa, pero te prohíbo que lo digas a nadie. Si me entero de que lo has contado, te encerraré en un

castillo y allí permanecerás el resto de tus días —volvió a amenazarle el rey y se fue hacia sus aposentos.

—Esa no es tu legítima mujer. No lo puedo creer. Estás mintiéndome —decía sollozando la reina doña María mientras se dirigía a sus aposentos.

• • •

Hacía cuatro meses que el rey no veía a María de Padilla ni a su hija Beatriz. Tampoco conocía a Constanza, la recién nacida. Sentía tal necesidad de estar con ellas que salió a recibirlas tan pronto supo que venían, a pesar de que se encontraban a una legua de Tordesillas. María y sus hijas viajaban en una carreta, rodeadas de jinetes armados con lanzas para protegerlas durante el camino.

—Se aproxima la comitiva de doña María de Padilla —alertó al rey uno de sus jinetes.

El rey descabalgó. Esperó a que la carreta se detuviera. Se oyó como quitaban los cierres en su interior y se abrió la portezuela. El rey abrazó a María y la besó.

—Mira, esta es Constanza —dijo María al rey.

—En Toro brindamos por su nacimiento —le respondió emocionado el rey mientras la cogía en brazos.

Luego el rey se puso a jugar con Beatriz, su hija mayor, y salió con ella de la carreta.

—Señor, debéis regresar a Tordesillas. Hemos avistado tropas enemigas en la comarca —dijo al rey uno de los adalides que llegaba de inspeccionar los alrededores.

—¿Tropas? ¿De qué tropas habláis? —preguntó sorprendido el rey.

—El conde don Enrique, don Tello y don Juan Alfonso de Alburquerque se encuentran en Pedrosa, a menos de tres leguas de aquí —le respondió el adalid.

—¿Habéis visto tropas por el camino? —preguntó el rey a María.

—Bordeamos los ríos desde Valladolid para evitar los caminos más frecuentados. No, no vimos tropas durante el viaje —le explicó María.

La alegría que había producido al rey su encuentro con María y sus hijas quedó empañada por la noticia que acababa de recibir.

—Nos veremos en Tordesillas —dijo el rey a María, mientras montaba en su corcel—. ¡Maldición! Debí matar a Alburquerque y a esos bastardos. Ahora no estarían creando estos problemas.

Cuando el rey llegó al palacio de Tordesillas vio en el patio a otros dos adalides y comprendió que le esperaban para darle alguna otra mala noticia.

—Y vosotros, ¿de dónde venís? —les preguntó el rey.

—De Villalar, mi señor. La reina doña Leonor, los infantes de Aragón y el señor de Ayala se dirigen hacia aquel lugar con mucha gente armada. En Villalar están instalando un campamento para recibir a sus tropas.

—Yo vengo de Casasola. Allí aguarda don Fernando de Castro con sus tropas, mi señor —informó el otro adalid, antes de que el rey se lo preguntara.

Al descabalgar, el rey ordenó a Fernández de Henestrosa que convocara al Consejo.

—Os he reunido para informaros de que tropas enemigas han entrado en la comarca. En breve estaremos amenazados por un ejército de seis mil jinetes y tres mil quinientos hombres de a pie —anunció el rey a sus privados. Se levantó de la mesa y comenzó a pasear por la sala.

—¿Decís seis mil jinetes y tres mil quinientos hombres de a pie? —preguntó el canciller mayor al rey.

—Así es. Esa es la estimación que acaban de hacer los adalides sobre el número de jinetes y de hombres de a pie que han entrado en la comarca —replicó el rey.

—Si llamamos a todas nuestras tropas para que nos socorran, dejaríamos desprotegidas las ciudades y las plazas más importantes del reino —advirtió Gutierre Fernández de Toledo.

«Acaso no se ha enterado de que muchas de esas ciudades y plazas ya no las controlamos», pensó malhumorado el rey, pero no quiso replicarle.

—Deberíamos esperar a conocer las intenciones que trae esa gente antes de tomar una decisión —dijo Diego García de Padilla.

—Me parece muy razonable el consejo de García de Padilla —asintió el rey y abandonó la sala.

83

El conde don Enrique, don Tello, Alburquerque y don Juan de Abendaño salieron del campamento de Pedrosa camino de Villalar. Iban a reunirse con los infantes de Aragón.

Mientras cabalgaban, el conde don Enrique trataba de adivinar la actitud que adoptaría el infante don Fernando en aquella reunión que iban a celebrar. Estaba convencido de que no propondría ninguna acción contra el rey. «Se equivoca Fernando si cree que voy a facilitarle el camino al trono. Si quiere la corona tendrá que luchar por ella». A pesar de lo que pudiera suceder en esa reunión, el conde don Enrique se sentía satisfecho. Cada vez eran mayores las adhesiones que recibía en el reino por haber tomado partido en favor de la reina doña Blanca y se sentía muy seguro de sí mismo.

El infante don Juan esperaba al conde don Enrique y a su séquito en su pabellón del campamento de Villalar. Don Fernando de Castro fue el primero en llegar. Venía desde su campamento de Casasola. A mediodía, la reina doña Leonor y el infante don Fernando entraron en el pabellón del infante don Juan.

—El rey se sentirá humillado si se entera de que nuestras tropas están acampadas cerca de Tordesillas. Querrá matarnos a todos por haberle desafiado —dijo el infante don Juan.

—Nuestros hombres no han acampado frente a Tordesillas. No se encuentran en la otra orilla del Duero para no provocar al rey, pero conviene que sepa que nuestras tropas se encuentran en la comarca —intervino Alburquerque con la intención de tranquilizar al infante don Juan.

—¡Habláis de no provocar al rey! —exclamó indignado don Fernando de Castro—. Deberíamos tomar Tordesillas por la fuerza. El rey no tiene tropas para defenderse. No debemos desaprovechar esta ocasión. ¡Hay que deponer al rey!

—Hemos pedido al rey que vuelva con la reina doña Blanca y que prescinda de los parientes de doña María de Padilla en el gobierno del reino. Estamos aquí para que atienda nuestras peticiones, no para deponer al rey —replicó Alburquerque.

—Si no vamos a deponer al rey ¿para qué hemos reunido todas las tropas que aguardan en nuestros campamentos? —le respondió enfurecido don Fernando de Castro.

En el pabellón se produjo un murmullo. Los infantes don Fernando y don Juan se levantaron y fueron junto a su madre la reina doña Leonor, que se encontraba acompañada de varias damas.

Todos conocían el resentimiento de don Fernando de Castro hacia el rey por haber deshonrado a su hermana doña Juana. Por ese motivo, los infantes de Aragón y la reina doña Leonor no quisieron dar mayor importancia a su propuesta de deponer al rey.

—Debéis tener más cuidado con vuestras palabras. Ya habéis visto que los infantes se han sentido incómodos. La reina doña Leonor y sus hijos podrían desconfiar de nosotros. ¿Acaso pretendéis que abandonen el partido de la reina doña Blanca y vuelvan con el rey? —dijo en voz baja el conde don Enrique a don Fernando de Castro, que se encontraba a su lado.

—¿Y qué hay de los acuerdos que hicisteis con Alburquerque para deponer al rey? ¿A qué viene ese cambio en vuestros planes? —le preguntó don Fernando de Castro.

—Las circunstancias han cambiado. Si intentamos deponer al rey, todo se volvería contra nosotros. ¿No os dais cuenta de que se ha levantado Castilla contra el rey? ¿Qué más queréis? —insistió el conde don Enrique para tranquilizarle.

—Espero que respetéis nuestro acuerdo —le advirtió don Fernando de Castro.

—Os prometí que os casaríais con mi hermana doña Juana si os uníais a nosotros y cumpliré con lo acordado —le respondió el conde don Enrique.

—Si el rey se enterara de que habéis participado en un intento de deponerle, podría tener consecuencias muy negativas para los vizcaínos. Deberíais manifestaros en contra de lo que aquí se ha dicho —aconsejó Abendaño a don Tello.

Don Tello escuchó en silencio las palabras de Abendaño. Se levantó y comenzó a pasear por el interior del pabellón.

—El rey no ha respondido a nuestra carta. Deberíamos conocer sus intenciones —intervino don Fernán Pérez de Ayala con el propósito de rebajar la tensión que habían producido las palabras de don Fernando de Castro.

—Don Fernán tiene razón. Deberíamos enviar una embajada a Tordesillas para conocer la respuesta del rey —asintió don Tello, desde la entrada del pabellón.

Durante algún rato estuvieron deliberando sobre quién debería ser el portador de aquella embajada. Enseguida llegaron al acuerdo de que don Fernán era la persona idónea para acudir ante el rey.

—Os agradezco la confianza que depositáis en mí, pero creo que ninguno de nosotros deberíamos ser portador de esa embajada —advirtió don Fernán ante la sorpresa de todos.

Don Fernán se acercó a los infantes de Aragón. Estuvo hablando

con ellos. Después, los tres se sentaron junto a la reina doña Leonor.

—Don Fernán sugiere que vayas a Tordesillas a ver al rey en representación de todos nosotros. Necesitamos una respuesta a la carta que le enviamos. ¿Aceptarías la embajada? —preguntó el infante don Fernando a su madre.

—¿Por qué no quiere ir don Fernán? —respondió doña Leonor a su hijo, mientras observaba a don Fernán.

—Resultaría más fácil para el rey hablar con su tía que con cualquiera de nosotros —intervino don Fernán.

—Desconfío de que pueda persuadir al rey para que vuelva con la reina doña Blanca, pero si lo deseáis aceptaré esa embajada —le respondió doña Leonor.

—No olvides hablarle de los parientes de María de Padilla. Recuerda que le hemos pedido que prescinda de ellos —dijo el infante don Juan a su madre antes de que partiera.

Los infantes habían ordenado levantar un cobertizo con unas lonas en el techo para protegerse del sol. Allí instalaron una mesa para que todos pudieran comer.

Don Fernán Pérez de Ayala quiso hablar con don Juan de Abendaño. Se sentó a su lado y le dijo:

—En Tamariz no tuvimos ocasión de hablar de la boda de doña Isabel de Lara con el infante don Juan de Aragón.

—Doña Juana, la señora de Vizcaya, lamentó no haber sido informada de la boda de su hermana —le respondió Abendaño.

—Supongo que conoceréis las intenciones del rey —le dijo don Fernán.

—Estoy enterado de todo lo que sucedió en Castrojeriz. El rey se equivoca si cree que los vizcaínos vamos a tolerar su intromisión en los asuntos del señorío porque don Tello se haya separado de su servicio. Esperamos que el infante don Juan no interfiera en la vida del señorío —afirmó Abendaño.

—A pesar de que el infante don Juan y don Tello se encuentren ahora en el mismo bando, no estéis tan seguro de ello. Aún puede suceder lo imprevisible —le dijo don Fernán.

—No alcanzo a comprender qué tratáis de decirme. Pude observar en Tamariz las buenas relaciones que existían entre ellos dos. El infante don Juan agradeció la felicitación de don Tello por su matrimonio con doña Isabel. El trato entre ellos es muy cordial, como lo podéis comprobar —le aseguró Abendaño.

—No os fiéis de las apariencias. Desconfiad de todo cuanto veáis y escuchéis. Estad atento a cuanto os rodea y proteged a doña Juana, la señora de Vizcaya —le advirtió don Fernán.

Don Juan de Abendaño se quedó desconcertado con las palabras de don Fernán, pero no quiso insistir para no comprometerle ni violentar su intimidad.

84

María de Padilla se sentía muy contenta en Tordesillas. Todos los días se dirigía con sus hijas al pequeño embarcadero que había al pie del palacio. Subían a bordo de una falúa y disfrutaban mucho navegando por las aguas del río Duero. Solían acercarse a las orillas para que los patos echaran a volar y Beatriz se divirtiera viéndolos remontarse sobre las aguas. Cuando se dirigían aguas arriba y pasaban frente al palacio, María observaba las ventanas de los aposentos de la reina doña María, abiertas de par en par. «¡Pobrecita! El fracaso de su matrimonio ha hecho de ella una mujer rencorosa y despiadada. Me da mucha pena que no quiera conocer a sus nietas», pensaba ella.

El rey se encontraba feliz de estar con María y con sus hijas en Tordesillas. Disfrutaba mucho con ellas, pero el hecho de sentirse amenazado por sus enemigos pesaba sobre su ánimo y su carácter se volvía a veces irascible.

—Que los vigías estén alerta. Nos pueden atacar en cualquier momento —decía el rey a sus privados, a todas horas del día.

—No os preocupéis, señor —le respondían—. Estamos vigilando los campamentos enemigos. Sus tropas no podrán agruparse para atacarnos. Al menor movimiento que hagan sus hombres para venir hacia aquí, serán interceptados por nuestras tropas.

—Tenemos espías en los tres campamentos. En cuanto se enteren de alguna noticia que debáis conocer, lo sabréis —dijo García de Padilla al rey para que se tranquilizara.

El rey sabía que frente a los campamentos enemigos se habían situado tropas leales a la Corona, que habían llegado de Valladolid y Salamanca, pero como apenas tenía noticias de lo que allí sucedía, se sentía intranquilo.

—Necesito conocer el estado de ánimo de mis tropas y lo que sucede en los campamentos enemigos. Dos veces al día, al despuntar el alba y al atardecer, enviaréis jinetes para que me traigan noticias —ordenó el rey a García de Padilla.

• • •

Al día siguiente, uno de los jinetes que había salido al alba regresó poco antes del mediodía para informar al rey de que la reina doña Leonor de Aragón se dirigía hacia Tordesillas.

El rey se quedó desconcertado al conocer la noticia. «¿Sabrán que mis tropas vigilan sus campamentos? Me aseguraron que

estarían ocultas y que nadie podría verlas». Ordenó llamar a don Juan Fernández de Henestrosa, a Diego García de Padilla y a los otros privados, que se encontraban con él en Tordesillas, y les dijo:

—Deseo que estéis a mi lado antes de que la reina doña Leonor entre en la sala del trono.

Los vigías no tardaron en dar la voz de alerta y enseguida se oyó gritar desde las murallas:

—La reina doña Leonor de Aragón se aproxima con su séquito.

—¿Cómo osáis venir a mi presencia? ¿Acaso olvidáis que vuestros hijos se han alzado en armas y acechan Tordesillas con sus tropas? ¡Eso es traición! ¡Alta traición al rey! —gritó enfurecido el rey mientras la reina doña Leonor entraba en la sala del trono.

—No es cierto lo que decís —replicó la reina doña Leonor mientras se dirigía hacia el rey.

—¡Deteneos! No os acerquéis —dijo el rey a doña Leonor, con la intención de que no subiera al estrado donde él se encontraba.

—¿Vais a permitir que vuestra tía se quede aquí de pie? ¿Acaso no pensáis saludarme?

—Que le acerquen un asiento a la reina doña Leonor —dijo el rey, haciendo un gesto despectivo de mano.

La reina doña Leonor consideró una descortesía como la estaba tratando su sobrino el rey, pero no quiso insistir en los asuntos de protocolo y se sentó en el sillón que le llevaron.

—Desearía hablaros a solas, sin la presencia de estos caballeros —dijo doña Leonor, señalándolos con un movimiento de cabeza.

—Podéis hablar con toda libertad. Lo que tengáis que decir pueden escucharlo mis privados. Nada tengo que ocultar ante ellos —le respondió el rey.

Se sintió incómoda la reina doña Leonor por la naturaleza de la embajada que traía. Permaneció en silencio durante unos instantes y decidió cumplir con la misión que le habían encomendado.

—Mis hijos los infantes, el conde don Enrique, don Tello, don Fernán Pérez de Ayala, don Juan Alfonso de Alburquerque y otros grandes señores del reino esperan un respuesta a la carta que os enviaron —le dijo doña Leonor, evitando tener que mencionar a María de Padilla y a sus privados.

—No sé a qué carta os referís —replicó el rey.

—Sabéis muy bien de qué carta os estoy hablando, pero si lo deseáis os recordaré lo que en ella se os decía. Se os pedía que volváis con vuestra mujer la reina doña Blanca, que enviéis a doña María de Padilla al reino de Francia o al reino de Aragón y que prescindáis de vuestros privados, los parientes de doña María de

Padilla —le dijo malhumorada doña Leonor.

En la sala se escucharon murmullos y después unas carcajadas. La reina doña Leonor se quedó desconcertada, pero al rey le hicieron reír aquellas risotadas de sus privados.

—Mi querida tía Leonor. Es la segunda vez que acudís a mí con este mismo asunto. ¿No sabéis que perdéis vuestro tiempo y que me hacéis perder el mío? —dijo el rey y se volvieron a escuchar las carcajadas en la sala.

—Si deseáis que todos vuelvan a vuestro servicio, debéis aceptar sus peticiones —dijo enfadada doña Leonor, se levantó y se marchó de la sala sin despedirse del rey.

—Os espera la reina doña María en sus aposentos —anunció una de sus damas a la reina doña Leonor mientras salía del palacio.

—No tengo tiempo para visitas —le contestó muy nerviosa doña Leonor.

En el preciso momento que la reina doña Leonor iba a subir a su carreta, apareció corriendo tras ella la reina doña María.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué os marcháis sin venir a verme? —le preguntó sorprendida la reina doña María.

—Vuestro hijo me ha humillado. No me ha permitido saludarle como corresponde a mi parentesco y mi rango. Me ha tratado como si fuera una cualquiera y sus privados se han reído de mí. Estoy indignada por el comportamiento que ha tenido conmigo. ¡Me ha humillado! —insistió doña Leonor.

—Supongo que vuestra visita estará relacionada con la carta que enviasteis a Pedro —le preguntó la reina doña María.

—Negó haberla recibido. ¿Qué os parece?

—No me sorprende que os diera esa respuesta. María de Padilla se encuentra aquí con sus hijas. ¿Lo sabíais?

—Temí verla sentada en el trono junto a Pedro. Fue muy embarazoso hablar delante de los parientes de esa mujer —le respondió la reina doña Leonor.

• • •

El rey y sus privados permanecieron en la sala del trono comentando la visita de la reina doña Leonor.

—La presencia aquí de la reina doña Leonor y sus palabras significan que no van a atacar. No se atreverán a desafiaros. Han venido a la comarca con esas tropas para presionaros. Pretendían doblegar vuestra voluntad, pero ahora sabrán que no lo van a conseguir —dijo Gutierre Fernández de Toledo al rey.

—Es posible que hayan visto a nuestras tropas vigilando sus campamentos y se hayan asustado —advirtió García de Padilla.

—Ha llegado el momento de que mis tropas dejen de ocultarse. Envía mensajeros a las tropas para que hagan alardes de fuerza ante los campamentos enemigos. Que los mensajeros salgan en los caballos más veloces, en los más ligeros que tengamos —ordenó el rey a García de Padilla.

El rey se dirigió a la puerta de la sala en compañía de sus privados y allí se despidió de ellos. Deseaba ver a María para contarle lo sucedido esa mañana y marchó a sus aposentos.

—¿Era la reina doña Leonor la que ha venido? —preguntó María al rey, cuando entró en su alcoba.

—Sí, era ella.

—¿Qué quería?

—¿Que qué quería? Lo de siempre, pero volvió por el mismo camino que vino —le respondió el rey y se echó a reír.

—¡Lo de siempre! ¿A qué te refieres? —le preguntó María y también rio.

—Vino con una embajada de esos traidores. Son tan cobardes que tienen que recurrir a una mujer.

—Pero ¿qué te han dicho?

—Que te envíe al reino de Francia o al de Aragón. Esos cobardes no se hubieran atrevido a hablarme como lo ha hecho tía Leonor.

—¿Y qué le has respondido?

—Si permití que me hablara de ese modo fue para no tener que tomar allí mismo represalias contra ella, pero pagará por su insolencia. También me dijo que tenía que prescindir de mis privados. ¡Y lo dijo delante de ellos! ¿Qué te parece?

—Tampoco eso es nada nuevo. Siempre han querido controlar la Corte y el gobierno del reino —le dijo María y volvió a reír.

El rey se puso a jugar con su hija Beatriz. Mientras, María le observaba. «Pedro no perdonará que sus hermanos hayan hecho esa demostración de fuerza para presionarle. No debieron venir a la comarca de Tordesillas con todas esas tropas. Buscará la manera de vengarse de ellos. Siento que no haya sido posible la paz con ellos. Sus corazones están llenos de odio», pensó María.

Al salir de sus aposentos, el rey encontró a su madre la reina doña María en el rellano de la escalera.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el rey.

—Quiero volver a Toro. Tu tía Leonor me dijo que no corríamos ningún peligro. Me aseguró que nadie pretendía atacarnos.

—Entonces, ¿para qué han venido con todas esas tropas?

—No lo sé. No hablamos sobre eso —replicó la reina doña María, gesticulando con los brazos.

—Tienes mi permiso para partir. Será mejor que vuelvas cuanto antes si no deseas quedarte —le dijo el rey.

85

Al atardecer, la reina doña Leonor regresó a su campamento de Villalar. Allí se reunió con sus hijos los infantes y con don Fernán Pérez de Ayala para darles cuenta de la conversación que había mantenido con el rey.

—¿De modo que no atenderá nuestras peticiones? —preguntó el infante don Juan a su madre.

La reina doña Leonor asintió con un gesto de cabeza y durante unos instantes todos permanecieron en silencio.

—¿Y ahora qué vamos hacer? —insistió el infante don Juan.

—Nos quedaremos aquí hasta que decidamos lo que convenga hacer —le respondió su hermano el infante don Fernando.

—Pues hacerlo pronto, porque olvidé deciros que hay tropas del rey frente a nuestro campamento. Al venir hacia aquí nos adelantaron varios hombres del rey que montaban a la jineta.[30] Iban muy veloces. Algo debe de estar tramando el rey —dijo la reina doña Leonor a su hijo el infante don Fernando.

—Lo sabíamos. Antes de que llegaras, los centinelas avistaron a las tropas del rey —le respondió el infante don Fernando.

—¿No decías que el rey no tenía tropas para defenderse? —le preguntó doña Leonor.

—Esas eran nuestras noticias, pero parece que han traído tropas de otros lugares —le respondió el infante don Fernando.

—Veremos qué dice don Fernando de Castro cuando se entere de que el rey no atenderá nuestras peticiones —comentó doña Leonor.

—Deberíamos informar al conde don Enrique y a don Fernando de Castro de vuestra conversación con el rey —intervino don Fernán, dirigiéndose a la reina doña Leonor.

—Enviaremos mensajeros para que vengan cuanto antes. El campamento del conde don Enrique se encuentra a menos de una legua. El campamento de don Fernando de Castro, a unas dos leguas. Mañana estarán aquí —dijo el infante don Fernando.

• • •

A primera hora del día siguiente llegaron a Villalar el conde don Enrique, don Tello y Alburquerque.

—Cuando partimos de Pedrosa vimos tropas del rey frente a nuestro campamento, pero también hemos visto por aquí muchos jinetes del rey. ¿Qué está sucediendo? ¿De dónde ha salido toda esa tropa? —preguntó don Tello.

—Suponemos que habrán venido desde Valladolid y de Salamanca —le respondió el infante don Juan.

—El rey nos ha hecho creer que había venido a Tordesillas con pocas tropas para defenderse. ¡Nos ha tendido una trampa! —gritó enfurecido don Tello.

—Son las artes de la guerra, querido primo —le respondió riéndose el infante don Fernando.

A mediodía, los centinelas anunciaron que don Fernando de Castro estaba entrando en el campamento. En el pabellón del infante don Juan, se creó una gran expectación con su llegada.

—A ver qué nos sugiere ahora don Fernando de Castro —dijo riéndose el infante don Juan y todos salieron a recibirle.

—Desde que partí de Casasola no he hecho otra cosa que ver tropas del rey. ¿A qué viene este despliegue? ¿Habrá una explicación para todo esto? —preguntó don Fernando de Castro antes de desmontar.

—El rey nos ha tendido una trampa. Nos hizo creer que venía a Tordesillas sin tropas para defenderse —le respondió don Tello.

Don Fernando de Castro no quiso replicar a don Tello. Hizo los saludos de rigor y se dirigió hacia la entrada del pabellón.

—Si hubiéramos intentado entrar en Tordesillas, como era vuestro deseo, las tropas del rey nos hubieran atacado por la retaguardia —dijo el conde don Enrique a don Fernando de Castro.

—¿Qué sucedió durante vuestra visita al rey? ¿Qué os dijo? —preguntó don Fernando de Castro a la reina doña Leonor.

—El rey no volverá con la reina doña Blanca ni prescindirá de sus privados —le respondió doña Leonor.

—Tendremos que presionar al rey de alguna otra manera —dijo don Fernando de Castro.

—¿Presionar al rey? ¿Cómo queréis presionarle? ¿De qué ha servido que nuestras tropas estén aquí? —le preguntó el infante don Juan.

—Entonces, ¿para qué hemos reclutado a toda la gente que tenemos en nuestros campamentos? —le respondió don Fernando de Castro con visibles muestras de enfado.

—Podríamos tomar la villa de Valladolid y la ciudad de Salamanca, si es cierto que las tropas de sus guarniciones se encuentran aquí, en la comarca de Tordesillas —intervino Alburquerque.

—Necesitaremos al menos diez días para saber si podemos contar con la ayuda de la gente de Valladolid y de Salamanca. Si tenemos su apoyo, lograremos nuestro propósito —le respondió el

conde don Enrique.

• • •

Mientras tanto, el rey se encontraba reunido en Tordesillas con sus privados para informarles de que el conde don Enrique estaba esperando noticias de los mensajeros que había enviado a Valladolid y a Salamanca.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó sorprendido Gutierre Fernández de Toledo al rey.

—Tenemos espías que nos informan de cuanto sucede en los tres campamentos rebeldes —intervino García de Padilla—. Mientras sirven las comidas, escuchan las conversaciones y por la noche se las cuentan a nuestros jinetes, que aguardan escondidos frente a los campamentos.

—¿Os fiáis de que os digan la verdad? —insistió Fernández de Toledo.

—Se les paga con unas monedas de oro por la información que nos facilitan. Saben que si nos mienten, morirán ellos y sus familias —le respondió don Juan Fernández de Henestrosa.

—¿Y para qué ha enviado el conde don Enrique mensajeros a Valladolid y a Salamanca? —volvió a preguntar Fernández de Toledo.

—Pretende tomar por la fuerza esas plazas. Sus mensajeros han ido para que les franqueen la entrada, pero el conde don Enrique no sabe que hemos tomado medidas para que no pueda lograr su propósito —le explicó el rey.

García de Padilla y Fernández de Henestrosa eran los únicos que conocían como se estaban desarrollando aquellos planes. El resto de los privados desconocía los detalles y no quisieron quedar en evidencia ante el rey haciendo más preguntas.

86

En los campamentos del conde don Enrique, de los infantes de Aragón y en el de don Fernando de Castro se estaba desarrollando una gran actividad. Los hombres de armas desmontaban a toda prisa los pabellones, los plegaban y los cargaban sobre las mulas.

Los adalides del rey, que vigilaban aquellos lugares, enseguida informaron de que los rebeldes se disponían a partir.

El rey no estaba dispuesto a desaprovechar aquella ocasión que se le presentaba. Tenía a todos sus enemigos juntos para asestarles el golpe definitivo que tanto deseaba. «Debo acabar con ellos de una vez por todas», pensó. Quería estar a solas sin que nadie le molestara para poder pensar y se fue a caminar por el sendero que conducía hasta el río Duero. Mientras paseaba, iba analizando las distintas alternativas que tenía para llevarlas a cabo, pero ninguna de ellas le terminaba de convencer. «Habrá que tenderles una trampa». Sus reflexiones se vieron interrumpidas por una voz que le anunciaba:

—Don Juan Fernández de Henestrosa y don Diego García de Padilla desean veros, señor.

—Tenemos que actuar —dijo Fernández de Henestrosa al rey.

El rey seguía pensando en la manera de vengarse de sus hermanos y del resto de sus enemigos. Disfrutaba con la idea de matarlos a todos juntos.

Fernández de Henestrosa se dio cuenta de que el rey no prestaba la atención debida a los asuntos que trataban y le dijo:

—Ordenaremos a nuestras tropas que se concentren frente a los campamentos enemigos para evitar que los rebeldes incendien los pueblos antes de que se vayan hacia Valladolid.

—¿Qué deben hacer nuestros capitanes si el conde don Enrique, don Tello y sus aliados entran en Valladolid? —preguntó García de Padilla al rey.

—Que se confíen y sigan creyendo que sus cómplices les van a franquear la entrada de Valladolid. Desearía cazarlos a todos juntos. Como a conejos en la madriguera, pero habrá que prepararles una trampa —le respondió el rey.

Diego García de Padilla fue a hablar con los capitanes y les dio instrucciones muy precisas de lo que tenían que hacer si los hermanos del rey y sus aliados entraban en Valladolid.

—Lo intentaremos —le respondió unos de los capitanes, convencido de la dificultad que entrañaba aquella orden.

• • •

El conde don Enrique se impacientaba por la lentitud con la que avanzaban sus tropas. Iba con muchos hombres de a pie, la recua con todos sus enseres y la vitualla. Sabía que a ese paso no llegarían a Valladolid antes del amanecer. Mientras cabalgaba, pensaba en los planes que había hecho para tomar la villa. Aunque estaba convencido de que el rey sabría que se dirigían a Valladolid, le tranquilizaba el hecho de que no pudiera socorrerla. «Cuando salimos, las tropas de la guarnición de Valladolid seguían en la comarca de Tordesillas. Si algo sucediera, mis espías me informarían», pensaba, convencido de que nada le impediría entrar en la villa.

Al despuntar el alba, aparecieron las murallas de Valladolid en la lejanía. El conde don Enrique habló con don Tello, con don Fernando de Castro y con Alburquerque mientras cabalgaban. Después se dirigió el conde don Enrique hacia las posiciones que ocupaban los infantes de Aragón en la marcha y les dijo:

—Acamparemos en las márgenes del Pisuerga, frente a las murallas. Allí esperaremos al alguacil mayor. Él nos informará si existe algún peligro. Tendremos que estar atentos a cualquier señal que proceda de la villa.

Enseguida llegaron al lugar donde iban a instalar el campamento. Mientras levantaban los pabellones, uno de los adalides se dio cuenta de que algo extraño sucedía.

—El portón de entrada a la villa está abierto. Esto no es normal. Las puertas de las murallas nunca permanecen abiertas al amanecer —dijo el adalid al conde don Enrique.

El conde don Enrique informó a don Tello y a Alburquerque de la noticia que le habían dado. Después, los tres fueron a comunicárselo a los infantes de Aragón y a don Fernando de Castro.

—Sin duda, algo está sucediendo en el interior de la villa —añadió don Tello.

—¿Qué es lo que podemos hacer? —preguntó don Fernando de Castro, dirigiéndose al conde don Enrique.

—Esperaremos a tener noticias del alguacil y de nuestros espías, que se encuentran en el interior de la villa —les explicó el conde don Enrique.

El conde don Enrique estaba desconcertado. No sabía qué significado tenía el hecho de que el portón estuviera abierto a esas horas de la madrugada. «¿Lo habrán abierto los hombres del alguacil al vernos llegar?», se hacía esta pregunta, pero no encontraba la respuesta adecuada. Mientras trataba de desvelar este

misterio, su mirada se dirigió hacia la muralla en el preciso momento que cerraban el portón de la entrada y se hacía la oscuridad en el paramento de la muralla.

—Mirad, acaban de cerrar el portón —dijo el conde don Enrique, señalando la muralla.

—El alguacil habrá ordenado cerrarlo al ver que no entrábamos —añadió don Fernando de Castro.

—¿Qué otro sentido puede tener que lo hayan cerrado ahora? Habrán sido los hombres del alguacil —afirmó el infante don Juan, convencido de lo que decía.

—Es muy extraño que estén abriendo y cerrando el portón a estas horas de la madrugada sin que nuestros espías o el alguacil nos lo hubieran anunciado. Podría tratarse de una trampa para que entremos y luego caer sobre nosotros —dijo don Tello.

—Pronto tendremos noticias. Ahora debemos descansar —les dijo el conde don Enrique y se fue a dormir a su pabellón.

En el campamento montaron turnos de guardias para que todos pudieran descansar. En los alrededores también pusieron centinelas para extremar la vigilancia. Con los primeros rayos del sol se comenzaron a escuchar las voces de la guardia dando la novedad. Varios destacamentos de hombres armados, aprovechando la claridad del día, salieron con carros para apoderarse de cuantos animales encontraran en las corralizas de los alrededores. Tenían órdenes de saquear los pueblos para hacer provisión de víveres y alimentar a las tropas que estaban acampadas frente a Valladolid.

Cuando el conde don Enrique salió de su pabellón, uno de sus adalides le informó de que habían abierto de nuevo el portón de entrada a la villa. A partir de ese momento, el conde don Enrique ya no tenía la menor duda de que les estaban tendiendo una trampa para prenderles. «Si los habitantes de la villa hubieran tomado partido por nuestra causa, nos habrían enviado cartas o al menos un emisario. No tiene ningún sentido que nos abran las puertas si saben que pretendemos tomar la villa. ¿Dónde estarán el alguacil y mis espías? Tenían que haber venido aquí al vernos llegar», pensó el conde don Enrique.

Don Juan Alfonso de Alburquerque comenzaba a preocuparse por la suerte que pudieran correr. «No podemos seguir aquí sin saber lo que está sucediendo en el interior de la villa». También los infantes de Aragón y don Fernando de Castro sentían la misma preocupación y decidieron reunirse con el conde don Enrique y con don Tello.

—Seguimos sin noticias del alguacil ni de vuestros espías.

Deberíamos hacer algo —dijo don Fernando de Castro al conde don Enrique.

—Don Fernando de Castro tiene razón. No podemos seguir aquí sin noticias. Estamos expuestos a cualquier sorpresa —intervino el infante don Juan.

—Nadie nos va a atacar por sorpresa. Varios destacamentos vigilan nuestra retaguardia. Es posible que hayan descubierto al alguacil y se encuentre detenido, pero debemos esperar. Nuestros espías vendrán. Estarán esperando para salir de la villa sin ser descubiertos —les respondió el conde don Enrique.

—¿Qué sentido tiene que hayan abierto el portón de la muralla? ¿Acaso pretenden que nos confiemos y nos dirijamos a la villa? —preguntó el infante don Fernando.

—Es evidente que nos han preparado una trampa para prendernos. Por eso, debemos esperar hasta que tengamos noticias para decidir lo que más nos convenga hacer —insistió el conde don Enrique.

Don Fernán Pérez de Ayala estaba convencido de que el rey controlaba la villa de Valladolid, pero ni él ni nadie sabían cómo lo había logrado. Porque cuando abandonaron los campamentos, todos vieron que las tropas de la guarnición de Valladolid seguían en la comarca de Tordesillas, y don Fernán no entendía cómo habían llegado a Valladolid sin ser vistas.

—Si el rey controla la villa, será imposible tomarla. Deberíamos retirarnos —aconsejó don Fernán al infante don Fernando de Aragón.

Al anochecer se oyeron las voces de los centinelas, anunciando que gente extraña se aproximaba al campamento.

—¡Si son dos mendigos! —alertó riéndose uno de los centinelas.

—No somos mendigos, idiota. Queremos ver al conde don Enrique. Venimos de Valladolid —increpó uno de ellos al centinela.

En el campamento se produjo un gran revuelo al saber que los hombres del conde don Enrique habían llegado.

—¿Por qué habéis tardado tanto en venir? ¿Qué está sucediendo en Valladolid? —preguntó el conde don Enrique a uno de sus espías.

—Ha sido imposible salir antes. Escapamos forzando un portillo de la muralla.

—¿Qué está sucediendo en la villa? —insistió impaciente el conde don Enrique.

—Han puesto mucha vigilancia en la villa. Al atardecer, regresaron las tropas de la guarnición.

—Eso es imposible. Cuando salimos de la comarca de Tordesillas, seguían allí las tropas de la guarnición —le dijo el infante don Juan.

—Oí decir que salieron detrás de vuestras tropas. Dieron un rodeo para evitar que los vierais y os adelantaron —informó el espía.

—¿Dónde están el alguacil y su gente? —le preguntó el conde don Enrique.

—Los han detenido.

—¿Que los han detenido?

—Después de escaparnos, seguían en las mazmorras —le informó el espía.

—¿Cómo han podido descubrirlos? —le volvió a preguntar el conde don Enrique.

—El rey tiene muchos espías en la villa —le respondió su espía.

Mientras el conde don Enrique y sus aliados seguían hablando con los espías, un vocerío que procedía de la villa les llamó la atención y dirigieron sus miradas hacia la muralla. En ese momento pudieron observar como se abría el portón principal y comenzaba a salir la gente. Frente a la muralla se arremolinó gran parte de la población de la villa. Un hombre de armas ató varias antorchas a las almenas del adarve y quedó iluminado el paramento alto de la muralla.

—Van a colgar al alguacil y a sus hombres. Han debido de descubrir el portillo que dejamos abierto después de escaparnos. Ahora saben que estuvimos en la villa y que os hemos informado de todo lo que tramaban. Los van a ejecutar en venganza por no haber podido prenderos —dijo uno de los espías al conde don Enrique.

En lo alto de la muralla aparecieron varios hombres de armas con el alguacil y tres de sus ayudantes.

—¡Traidores, muerte a los traidores! —gritaba enardecida la gente mientras el verdugo les ponía la soga alrededor del cuello.

Desde el campamento pudieron ver como los iban arrojando al vacío y quedaban suspendidos del adarve de la muralla.

—Estas ejecuciones son un mal precedente. Nadie querrá ayudarnos por miedo a las represalias —dijo el conde don Enrique, lamentándose por lo sucedido.

—Tendremos que actuar de otro modo —intervino don Fernando de Castro.

—¿A qué os referís? —le preguntó el infante don Juan.

—No podemos depender del apoyo de unos pocos para entrar en las ciudades y en las villas que no han tomado partido por la reina

doña Blanca. Debemos ocuparlas por la fuerza. Ahora deberíamos poner bajo asedio a Valladolid —le respondió don Fernando de Castro.

—No creo que esa sea una buena idea. Vendrían tropas del rey en su ayuda. Nuestras acciones deben de ser por sorpresa y rápidas —aconsejó el conde don Enrique.

—Entonces, ¿qué haremos ahora con todas estas tropas que hemos reunido? Algo tendremos que hacer —dijo el infante don Juan.

—Sugiero que vayamos a tomar la ciudad de Salamanca. También las tropas de su guarnición fueron a la comarca de Tordesillas —aconsejó Alburquerque.

—Es posible que encontremos a la guarnición de vuelta en Salamanca y suceda lo mismo que aquí. Esperemos que nuestros espías nos informen con mayor diligencia en esta ocasión —dijo el conde don Enrique.

—Deberíamos intentarlo. Aquí ya no tenemos nada que hacer —insistió Alburquerque.

Después de los sucesos de Valladolid, todos eran conscientes de la dificultad que entrañaría tomar la ciudad de Salamanca, pero como debían tener ocupadas a las tropas en alguna misión, no dudaron en probar suerte.

87

El rey se sentía satisfecho de los planes que hicieron para evitar que el conde don Enrique y sus aliados tomaran la villa de Valladolid. Aunque se lamentaba ante sus privados de que no los hubieran podido prender, estaba convencido de que acabaría matándolos. «Tendré que enfrentarme con ellos en el campo de batalla, pero antes debo encontrar un lugar seguro para que María y a mis hijas estén a salvo», pensó él.

La preocupación del rey por la seguridad de María de Padilla y la de sus hijas comenzó a obsesionarle. Sabía que él tendría que partir de Tordesillas y no estaba dispuesto a que en su ausencia corrieran ningún riesgo. «No me lo perdonaría si les pasara algo».

—Tendremos que pensar en un lugar seguro para llevar a tu hermana María y a tus sobrinas. Si partimos de Tordesillas, aquí no pueden estar solas, correrían un gran peligro. Podrían prenderlas y las llevarían cautivas a un castillo —dijo el rey a Diego García de Padilla.

—Os prepararé una relación de castillos de la comarca para que decidáis el que mejor os parezca —le respondió García de Padilla.

Los espías de ambos bandos estaban desarrollando una actividad frenética. Los mensajeros partían de día y de noche, montando a la jineta, sin importarles que los caballos estuvieran a punto de reventar con tal de que ellos pudieran llegar a su destino.

• • •

El rey estaba navegando con María y sus hijas por las aguas del Duero. Desde otra falúa, que fue a su encuentro, le informaron de que los rebeldes habían levantado el campamento de Valladolid y se dirigían con sus topas hacia la ciudad de Salamanca.

—Al embarcadero —ordenó el rey a los remeros.

—Sabemos que el conde don Enrique y sus aliados se dirigirán a Medina del Campo si no pueden tomar Salamanca. Esas eran sus intenciones antes de partir de Valladolid —dijo García de Padilla al rey en el palacio de Tordesillas.

—Descubrirán que han regresado las tropas de la guarnición a Salamanca y se dirigirán a Medina del Campo —advirtió don Juan Fernández de Henestrosa.

—Sería imperdonable que Medina del Campo cayera en manos de esos rebeldes. Que don Fernando Álvarez de Toledo y su hermano don García se dirijan hacia allí con seiscientos jinetes —

ordenó el rey.

—Esta mañana han traído esta carta. Va dirigida a vuestra tía la reina doña Leonor y lleva el sello de vuestro abuelo el rey de Portugal. Fue interceptada por una de nuestras patrullas a un mensajero portugués que se dirigía al bando enemigo —dijo García de Padilla al rey, y se la entregó.

El rey rompió el sello y, mientras paseaba, comenzó a leerla. «¡Maldición, mi madre está en boca de todo el mundo y yo sin saberlo!». Cuando terminó de leer la carta se dirigió hacia una de las ventanas de la sala y allí permaneció en silencio durante largo rato.

—He pensado que María y las niñas estarían más seguras en el castillo de Urueña. Deberíamos partir cuanto antes. Desde allí marcharemos a Toro, porque debo ver a mi madre la reina doña María —dijo el rey a García de Padilla, mientras se volvía hacia él.

En Tordesillas comenzaron con los preparativos para ir al castillo de Urueña. Una vez estuvo todo dispuesto, el rey ordenó que las topas estuvieran formadas al amanecer.

Esa noche, el rey estuvo hablando con María sobre los planes que había hecho para garantizar su seguridad y le explicó lo que tenía que hacer si él moría. Al escuchar esas explicaciones del rey, María se echó a llorar.

—¿Por qué, por qué nos tienen que suceder estas cosas? —se lamentaba María de Padilla.

—No hay más razón que la fuerza. Si esos bastardos y sus aliados no mueren, seré yo el que tendrá que morir —le respondió el rey.

—Hay que evitar toda esta locura. Tiene que haber otros caminos que no sean la lucha y la muerte.

—Aquí están mis instrucciones. Estos documentos te serán imprescindibles para que nada os suceda ni a ti ni a las niñas en el caso de que yo muera. Guárdalos en tu cofre —dijo el rey a María, mientras se los entregaba.

María de Padilla tenía roto su corazón. El único consuelo que le quedaba eran sus hijas y fue a la alcoba donde dormían. Se sentó frente a sus cunas y estuvo mirándolas, sollozando de tristeza. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué será de nosotras si vuestro padre muere, hijas mías?», musitaba entre lágrimas.

El rey salió al patio y se dirigió hacia el talud que había sobre el río Duero. Allí se quedó escuchando el ruido que hacía el agua a su paso por Tordesillas. «Esos bastardos, los infantes de Aragón y Alburquerque deben morir. No toleraré que María y mis hijas

corran ningún peligro», pensó lleno de odio.

Al amanecer, comenzaron a llegar las tropas al patio. El rey entró en el palacio y se dirigió a los aposentos de sus hijas. Encontró a María abrazada a las niñas, dispuesta para partir.

Los miembros de la Corte y el resto de los caballeros aguardaban en el patio del palacio. Enseguida aparecieron el rey y María con Beatriz y Constanza en sus brazos. El rey las ayudó a subir en la carreta y les cerró la portezuela. Montó sobre su corcel y cabalgó por delante de sus hombres, revistando a las tropas. Alzó su brazo, haciendo un gesto en el aire para que avanzaran, y las tropas se pusieron en marcha. La villa de Tordesillas quedaba desguarnecida.

Durante el camino, el rey visitaba con frecuencia a María de Padilla en su carreta y pasaba el rato jugando con las niñas. También don Juan Fernández de Henestrosa y Diego García de Padilla subían a la carreta para hacerla compañía. María se sentía más segura al verse rodeada de su familia, pero en su interior seguía preocupada por la suerte que ella y sus hijas podían correr si moría el rey.

Al atardecer, avistaron las murallas de Urueña sobre un páramo, dominando la llanura de Tierra de Campos. Pasaron por delante del pequeño monasterio románico de San Pedro y todas las miradas se dirigieron hacia su iglesia para contemplar la belleza de sus tres ábsides semicirculares y el cimborrio que sobresalía del crucero.

Cuando llegaron al castillo estaba anocheciendo. Corría un aire fresco. El rey desmontó de su corcel y fue a abrir la portezuela de la carreta, donde viajaban María y sus hijas.

—Aquí estará garantizada tu seguridad y la de las niñas. Con la guarnición que dejemos en el castillo nadie se atreverá a atacar este lugar —dijo el rey mientras ayudaba a María y a sus hijas a bajar de la carreta.

• • •

Al día siguiente llegó un mensajero para informar al rey de que las tropas enemigas estaban atacando Salamanca.

—Pero ¿han conseguido entrar? —preguntó el rey al mensajero.

—La ciudad está bien defendida y resiste a los ataques. La población está a salvo. Las tropas enemigas no tienen ingenios de guerra para destruir las murallas. Creen que si intentan construirlos, vuestras tropas acudirían a defender la ciudad. Tampoco pondrán asedio a la ciudad. Necesitarían mucho tiempo para rendirla.

El rey quiso reunirse con el resto de sus privados para informarles de las noticias que había recibido y ordenó convocar a su Consejo.

Mientras el rey relataba los sucesos que estaban teniendo lugar en la ciudad de Salamanca, Gutierre Fernández de Toledo pensó que debían acudir en socorro de la población, pero como sospechó que el rey les ocultaba sus intenciones, no quiso intervenir por miedo a quedar en evidencia ante el resto del Consejo como le sucedió en otra ocasión.

—Esperaremos aquí hasta que tengamos más noticias. Después iremos a Toro —terminó diciéndoles el rey.

«Algo traman el rey y los parientes de doña María de Padilla», pensó Fernández de Toledo al comprobar que no iban a socorrer la ciudad de Salamanca.

En la villa de Urueña se tomaron medidas muy severas para garantizar la seguridad de María de Padilla y la de sus hijas. Las sirvientas que debían atenderlas habían sido seleccionadas entre la gente de probada lealtad al rey y de mayor antigüedad en la Corte. Excepto las personas designadas para esas tareas, nadie podía traspasar las puertas del castillo a riesgo de perder su vida. El rey había ordenado matar a toda persona que lo intentara sin su permiso.

Todas las mañanas, el rey se dedicaba a cazar. La gente de la comarca se acercaba a Urueña para verle con sus halcones y contemplaba absorta como las rapaces perseguían a sus presas y las capturaban en pleno vuelo.

• • •

Una mañana, estando el rey cazando con sus privados, los guardias de la escolta vieron a un jinete que se aproximaba. Venía con un atuendo que resultaba difícil reconocerle, pero el rey se dio cuenta de que se trataba de uno de sus mensajeros y le hizo gestos con su brazo para que se acercara.

—El conde don Enrique y el resto de los señores que le acompañan han levantado el campamento y se dirigen hacia Medina del Campo. Van con mucha furia porque no han podido entrar en la ciudad de Salamanca. Don Juan Alfonso de Alburquerque ha enfermado —informó el mensajero al rey.

—¿Cuál es el motivo de la dolencia de Alburquerque? —preguntó asombrado el rey.

—Dicen que tomó algún alimento en malas condiciones.

Fernández de Henestrosa y García de Padilla se miraron al oír las últimas palabras del mensajero. También al rey le sorprendió que Alburquerque hubiera enfermado por causa de unos alimentos en mal estado «¿Estarán envenenado a Alburquerque?», se preguntó el rey.

El rey hizo un gesto al mensajero para que le siguiera y todos se dirigieron hacia el castillo.

—Explícame con más detalles esa dolencia de don Juan Alfonso —volvió a preguntar el rey al mensajero en una de las salas del castillo.

—Señor, eso es lo que me ordenaron deciros. Al parecer, tuvieron que atar a don Juan Alfonso a la montura de su caballo para evitar que se cayera cuando le conducían a su posada —añadió el mensajero.

—¿Quién está tratando a don Juan Alfonso? —le preguntó el rey.

—El físico que acompaña al infante don Fernando de Aragón.

—Espera aquí —respondió el rey al mensajero, y salió de la sala.

Mientras el rey se dirigía hacia otra sala del castillo, llamó a Fernández de Henestrosa y a García de Padilla para que le siguieran. No quería que el resto de sus privados participaran en la conversación que iban a mantener los tres.

—Tenemos que hacer algo urgente. No podemos perder esta oportunidad —les dijo el rey.

—¿Os referís al físico? —le preguntó García de Padilla.

—Hay que lograr que le dé hierbas a Alburquerque —le respondió el rey.

Al entrar en la sala, el rey ordenó que cerraran la puerta.

—¿Cómo lo vamos a conseguir? —le preguntó don Juan Fernández de Henestrosa.

—Todo tiene un precio —sentenció el rey mientras se sentaba.

—Nuestro espía, el que sirve al infante don Fernando de Aragón, tendrá que hablar con el físico que trata a Alburquerque —dijo García de Padilla.

—No se atreverá a proponer al físico que dé hierbas a Alburquerque —afirmó Fernández de Henestrosa, moviendo su cabeza.

—El espía tendrá que ofrecer algo al físico para que acceda a su petición —intervino García de Padilla.

—Le daremos lo que necesite —le respondió el rey.

—Si hacéis ese ofrecimiento por escrito os comprometerá —le advirtió Fernández de Henestrosa.

—No os preocupéis. No firmaré ningún escrito —le respondió el rey.

El rey cogió un trozo de pergamino de su escritorio, escribió unas frases, y se lo dio a García de Padilla.

—Ahora le ponéis el sello mayor de la cancillería y asunto

resuelto. Será suficiente si se lo enseña al físico —dijo el rey a García de Padilla.

—Hablaré con el mensajero para que dé instrucciones a nuestro espía y sepa como debe actuar —respondió García de Padilla al rey, y salió de la sala.

El rey se sentía satisfecho con los planes que habían hecho para matar a Alburquerque. «Pagará por su traición», pensó él y volvió con sus halcones para seguir cazando.

La víspera de que el rey marchara hacia Toro, llamó a Juan García de Villagera, el hermano bastardo de María de Padilla, y le dijo:

—Te quedarás al mando de la villa, de su guarnición y responderás de tu hermana y de tus sobrinas —y luego le dio una palmada en la espalda.

• • •

A primera hora de la mañana, María de Padilla con sus dos hijas acompañaron al rey hasta el patio de armas del castillo. Allí les esperaban los miembros de la Corte. El rey abrazó a María y besó a sus hijas. Montó sobre su corcel, lo volteó con su espuela derecha y trotó hacia el portón de salida del castillo. Detrás le siguieron sus privados, el resto de los caballeros y las tropas que estaban formadas en las afueras de la villa. María entró en el castillo con sus hijas y su hermano Juan. Desde una de las ventanas de sus aposentos estuvieron viendo como se iba alejando el rey con sus tropas, rodeado de pendones, que flameaban al viento.

Al atardecer, el rey llegó a la villa de Toro. Mientras las tropas acampaban en las afueras de la villa y los miembros de la Corte tomaban el camino del alcázar, el rey se dirigió al palacio de la reina doña María en el monasterio de los padres predicadores.

«¿Para qué habrá venido Pedro?», se preguntaba muy alterada la reina doña María al enterarse de que el rey había llegado a Toro sin avisarla.

El prior de los padres predicadores salió a recibir al rey con los monjes de la comunidad.

—¿En dónde está la reina doña María? —preguntó el rey al prior, nada más echar pie a tierra.

—Aquí está la reina doña María, aquí está vuestra madre —se oyó una voz que procedía del interior del monasterio.

Los monjes se apartaron para dejar pasar a la reina doña María, que venía acompañada de varios caballeros portugueses. El rey dirigió una mirada desafiante a los portugueses, se acercó a su madre y le dijo que quería hablar con ella.

—¿Qué hace aquí esa gente? —preguntó el rey a su madre mientras se dirigían a su palacio.

—Han venido de Évora con noticias de mi padre el rey —le respondió la reina doña María.

—Te dije que no quería ver por aquí a Martín Alfonso Tello. Recordarás que te lo advertí a tu regreso de la boda de María con Fernando —le respondió el rey.

—Martín Alfonso Tello fue muy amable conmigo. Vino acompañándome desde Évora por mi seguridad —replicó la reina doña María.

—Hay muchas habladurías sobre ese hombre —afirmó el rey.

—¿A qué habladurías te refieres? —le preguntó la reina doña María.

—A sus relaciones contigo.

—Eso es falso. ¿Quién lo dice?

—Tu padre.

—¡Mi padre!

—Eso es.

—Mientes.

El rey sacó de su faltriquera una carta y se la dio a su madre.

—¿Qué es esto?

—Una carta de tu padre a tía Leonor. Léela y sabrás lo que en ella se dice.

Cuando la reina doña María terminó de leerla, permaneció en silencio durante unos instantes. No sabía qué responder ante las acusaciones de su padre y se echó a llorar.

—Ya lo ves. Tu padre no deseaba que me enterara de que estás en boca de todo el mundo. Quería evitarme esa vergüenza y recurría a tía Leonor para que te hubiera hablado en su nombre. Como has visto, tu padre está furioso contigo —le dijo el rey.

—¿Cómo tienes esta carta? —le preguntó la reina doña María.

—La interceptó una de mis patrullas a un mensajero portugués —le respondió el rey.

La reina doña María seguía sollozando. El rey comenzó a pasear por la sala. Estaba harto de ese asunto y quería zanjarlo cuanto antes.

—Martín Alfonso Tello deberá abandonar Toro ahora mismo. La próxima vez que le vea contigo mandaré que le maten —dijo el rey a su madre, y abandonó sus aposentos.

88

Las tropas del conde don Enrique se sentían frustradas por no haber podido tomar Valladolid ni Salamanca. Llevaban tanto tiempo esperando el momento de luchar que muchos de sus capitanes estaban dispuestos a provocar un incidente con las tropas del rey para enfrentarse a ellas, pero al llegar a Medina del Campo el conde don Enrique y sus aliados comenzaron a hacer planes para tomar la villa.

—Podríamos incendiar el portón y forzar la entrada —dijo don Fernando de Castro.

—Expondríamos a nuestros hombres a un riesgo innecesario. Les echarían agua y aceite hirviendo desde la ladronera de la puerta y los abrasarían —advirtió don Tello.

—Hay que pensar en algún ardid —intervino el conde don Enrique.

—¡Ardid! ¿A qué ardid os referís? —le preguntó Alburquerque, que ya se encontraba mejor de su dolencia, gracias a los cuidados del físico, que le seguía atendiendo.

—Debemos actuar con más astucia para tomar la villa —insistió el conde don Enrique.

—No os entiendo —replicó Alburquerque.

—Hay que tener ocupadas a las tropas de Medina del Campo. En el momento que menos se lo esperen, tomaremos la villa sin ninguna dificultad —afirmó el conde don Enrique.

—¿Cómo lo vamos a conseguir? —le preguntó don Fernando de Castro.

El conde don Enrique sacó un cuchillo pequeño de su cinto, se puso a dibujar en el suelo el perímetro de Medina del Campo y, mientras marcaba unas cruces alrededor del dibujo que había hecho en el suelo, le respondió:

—En cada uno de estos lugares situaremos a nuestros arqueros.

—¿Acaso tomaremos la villa con los arqueros? —le preguntó el infante don Juan.

—Tenemos los mejores arqueros y miles de flechas. Nuestros herreros ya han comenzado a fabricar muchas más con la madera de fresno que ordené traer en varios carros. Podremos estar disparando flechas incendiarias sin parar —le explicó el conde don Enrique.

—Matarán a nuestros arqueros si ven el fuego desde la villa —replicó el infante don Juan.

—Los arqueros estarán protegidos por un pavés —le dijo el conde don Enrique.

Después de las explicaciones que dio el conde don Enrique para atacar Medina del Campo se oyó un murmullo de aprobación en el pabellón.

—Parece una buena idea. ¿Cuándo atacaremos? —le preguntó el infante don Fernando.

—Cuando los herreros tengan almacenadas suficientes flechas —le respondió el conde don Enrique.

Mientras hacían los preparativos para tomar la villa, anunciaron al conde don Enrique que había llegado uno de sus mensajeros.

—El rey se encuentra en la villa de Toro con su madre la reina doña María. Se rumorea que existen desavenencias entre ellos —dijo el mensajero al conde don Enrique.

Al conde don Enrique no le interesaban los problemas personales del rey y marchó con los capitanes a inspeccionar los preparativos que estaban haciendo para atacar Medina del Campo.

—Para proteger a los arqueros, pondréis a dos hombres con sus escudos en los lugares que os señalé. Uno de ellos cubrirá al arquero con un pavés y el otro le irá dando las flechas —ordenó el conde don Enrique a los capitanes.

Los herreros habían terminado de fabricar las flechas, y los hombres de armas comenzaban a envolverlas con estopa. Una vez acabaron con los preparativos, los capitanes se reunieron con los arqueros para explicarles su misión.

—Esta noche atacaréis Medina del Campo. Tendréis que incendiarla. Embadurnaréis las flechas con brea y las prenderéis en el fuego. Apuntad bien. Que todas las flechas entren en la villa —dijeron los capitanes a los arqueros.

A medianoche, varias flechas incendiarias se elevaron sobre el cielo negro de Medina del Campo. Era la señal para atacar. Poco después comenzó a caer sobre la villa una lluvia incesante de flechas incendiarias.

En la villa cundió el pánico. Sus habitantes iban con sus cántaros a los pozos en busca de agua para apagar el fuego de sus casas ardiendo. La tropa de la guarnición comenzó a auxiliar a la población. En cambio, las tropas del rey, que habían llegado para proteger a la villa, estaban desconcertadas ante aquel ataque inesperado. Sus capitanes se pusieron a discutir entre ellos.

—Deberíamos salir para luchar —decían unos.

—No podemos luchar a oscuras.

—No hay luna que nos pueda orientar.

—Si salimos nos acribillarán —decían otros.

Al cabo de un rato llegaron los hermanos Álvarez de Toledo, que estaban al mando de las tropas del rey, y uno de ellos ordenó a sus arqueros:

—Subid a las almenas de la muralla y defended la villa.

Los hermanos Álvarez de Toledo se dieron cuenta de que serían inútiles todos sus intentos para acabar con aquella lluvia de flechas incendiarias. Sabían que no podrían enfrentarse a los seis mil jinetes y los tres mil quinientos hombres de a pie que aguardaban fuera para tomar la villa. Mientras hacían los preparativos para replegarse hacia el castillo, las casas de Medina del Campo ardían como teas y sus habitantes también buscaban un refugio seguro en el castillo.

Al ver el conde don Enrique que habían dejado de disparar desde la muralla, llamó a los capitanes y les dijo:

—Enviad a varios hombres al portón de entrada. Que la impregnen de brea y se retiren. Advertidles que se protejan con sus escudos. Podrían arrojarles aceite o agua hirviendo desde la ladronera. Luego ordenad a los arqueros que incendien el portón con sus flechas.

Cuando el portón comenzó a arder, las tropas de asalto se prepararon para entrar en la villa. Los capitanes dieron la orden de atacar y con un ariete derribaron la puerta. Atravesaron el portón y tomaron posiciones en el interior sin encontrar ninguna resistencia. Varios destacamentos de hombres de a pie formaron una columna de a dos frente a la entrada y se introdujeron en la villa para ocuparla.

El conde don Enrique sabía que con la ocupación de Medina del Campo no iba a doblegar la actitud del rey, pero era consciente de que si utilizaban bien aquella victoria podría proporcionar nuevos adeptos a la causa de la reina doña Blanca.

Antes de entrar en la villa, el conde don Enrique habló con su hermano don Tello, los infantes de Aragón, don Fernando de Castro, Alburquerque y con el resto de los caballeros que los acompañaban.

—Con la incorporación de esta villa a la causa de la reina doña Blanca, hemos logrado nuestro objetivo. Ahora deberíamos dejar en libertad a los ocupantes del castillo —dijo el conde don Enrique a sus aliados.

—¿Dejar en libertad a toda esa gente? Entonces, ¿para qué hemos tomado la villa por la fuerza? —le preguntó indignado don Fernando de Castro.

—No conviene crear enemigos a nuestra causa —intervino don Tello.

—Don Tello tiene razón. Dejaremos en libertad a los caballeros y a toda esa gente que se han refugiado en el castillo —afirmó el infante don Fernando de Aragón.

—Esos caballeros nunca se unirán a nuestra causa —insistió don Fernando de Castro.

El infante don Fernando hizo un gesto con la intención de zanjar aquella conversación y todos salieron del pabellón, donde se encontraban frente a la villa. Y se dirigieron al castillo.

Lo que tenía que haber sido una capitulación en toda regla para los ocupantes del castillo, se convirtió en una celebración, porque todos acabaron comiendo juntos en una de las posadas de la villa que no ardió.

• • •

El desconcierto que se produjo en Medina del Campo después del ataque fue muy propicio para que el mensajero del rey, que aguardaba escondido en el bosque, lograra entrar en la villa sin llamar la atención.

El mensajero enseguida encontró al espía del rey, que servía al infante don Fernando de Aragón, y le dijo:

—Tienes que hablar con ese físico para que mate a don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Eso será imposible. Se negará. El maestre Pablo sigue cuidando a don Juan Alfonso de su dolencia —le respondió el espía.

—El rey le recompensará si mata a don Juan Alfonso.

—Necesitaré convencer al físico con algo más que con promesas.

—Enseñarás esto al físico, pero me lo devolverás tan pronto como lo haya visto. Te estaré esperando aquí. Entonces te daré tu dinero —le respondió el mensajero mientras sacaba un trozo de pergamino de entre sus ropas y se lo daba al espía.

El mensajero explicó al espía como tenía que actuar con el físico y los dos se fueron por caminos diferentes.

El espía marchó al campamento en busca del físico. Allí le encontró solo, rodeado de papeles, de frascos llenos de hierbas y de otras especies.

—Maestre Pablo —dijo el espía al físico—. El rey don Pedro necesita de vuestro servicio.

—¿El rey? —le preguntó sorprendido el físico.

—Así es.

—Y ¿qué desea de mi humilde persona?

—Es algo delicado, pero se mostraría muy generoso.

—¡Generoso! ¿Por qué habría de mostrarse generoso conmigo?

—Mirad, es muy embarazoso para mí decíroslo.

—Yo decidiré si es embarazoso o no. ¿De qué se trata?

—Deberíais preguntarme de quién se trata.

—Pues bien, decidlo ya de una vez.

—Se trata de don Juan Alfonso de Alburquerque.

El maestre Pablo se levantó, comenzó a pasear por su tienda y dijo:

—¿Habláis de don Juan Alfonso, del señor de Alburquerque?

—Sí, del mismo.

—Decid de una vez lo que tengáis que decir.

—El rey quiere que le deis hierbas.

—¿Me estáis pidiendo que le asesine?

El espía esperaba que el físico le hiciera esa pregunta y permaneció en silencio. Haciéndose el distraído, sacó el pergamino que le dio el mensajero del rey y dijo al maestre Pablo:

—Olvidaba enseñaros este documento para que comprobéis lo generoso que se mostraría el rey si accedéis a su petición.

—¡Me dará tierras en Sevilla por valor de cien mil maravedíes y el oficio de contador mayor! —exclamó el maestre Pablo al ver el documento.

—Eso es lo que dice el documento —comentó el espía.

—Pero aquí no está la firma del rey —respondió el físico.

—Está su sello mayor.

—Lo tendré que pensar.

—No hay tiempo para que lo penséis. Tendréis que decidiros ahora.

—Veré qué puedo hacer.

—Devolvedme el documento.

—Esta será mi garantía para que el rey cumpla lo prometido.

—Si no lo me devolvéis, será la causa de vuestra muerte.

—¿Qué insinuáis?

—Los vasallos de don Juan Alfonso o sus aliados os matarían si os encuentran este documento entre vuestras pertenencias.

—Entonces, ¿qué garantía tendré?

—La palabra del rey.

El espía cogió el pergamino con el sello de cera del rey y se marchó.

• • •

Pocos días después, Alburquerque comenzó a encontrarse mal. El maestre Pablo no se separaba de su lado y le hacía tomar unos jarabes que él mismo le preparaba. Todos pensaban que se trataba de una recaída y que el físico acabaría curando su dolencia, pero al correrse la noticia de que tenía muchas hemorragias, los vaticinios

que se hacían sobre el estado de su salud eran cada vez más pesimistas.

—Don Juan Alfonso se muere —decía el maestre Pablo a los vasallos de Alburquerque.

—¿No podéis hacer nada para salvarle? —le preguntaban.

—Morirá si no cesan las hemorragias —respondía.

Durante una tormenta de verano que se declaró sobre Medina del Campo, con gran estampido de truenos y rayos, don Juan Alfonso de Alburquerque moría desangrado.

—¡Ha muerto don Juan Alfonso! ¡Ha muerto el señor de Alburquerque! —se oía gritar entre sus hombres de armas.

La muerte de Alburquerque creó una gran conmoción. Nadie se esperaba un desenlace tan trágico y repentino.

Mientras los infantes de Aragón, el conde don Enrique, don Tello y el resto de sus aliados manifestaban sus condolencias a los vasallos de Alburquerque, el maestre don Fadrique se enteraba por el camino de la muerte de don Juan Alfonso. «Él permitió que asesinaran a nuestra madre y trató de que el rey nos matara a todos nosotros. ¡Maldito sea!».

Don Fadrique se dirigía a Medina del Campo con seiscientos jinetes para unirse a sus hermanos. Llevaba mucho dinero de las requisas que había hecho en las casas de Toledo de Samuel Leví, el tesorero del rey. Al llegar a Medina del Campo, se exaltaron entre las tropas los deseos de luchar contra el rey.

El maestre don Fadrique y sus hermanos se reunieron con los infantes de Aragón y el resto de los caballeros para decidir si debían seguir luchando. Las deliberaciones fueron largas y encendidas. Don Fernando de Castro era partidario de atacar al rey, pero la mayoría pidió prudencia antes de comenzar una guerra que nadie sabía cuándo podría terminar.

—Deberíamos enviar una embajada al rey para insistir sobre nuestras peticiones —intervino don Fernán Pérez de Ayala.

—¿Pretendéis enviar otra embajada al rey? ¿Habéis olvidado lo que sucedió en Tordesillas el día que la reina doña Leonor fue a ver al rey? —le respondió enfurecido don Fernando de Castro.

—Estamos deseando escuchar cualquier otra sugerencia que no sea la de luchar contra el rey —replicó don Fernán.

Las discusiones continuaron hasta que don Fernando de Castro aceptó la opinión de la mayoría y decidieron enviar a Pedro Carrillo con otros dos caballeros ante el rey.

Después, el maestre don Fadrique subió a la muralla y desde allí dijo a las huestes que acampaban frente a Medina del Campo:

—Os traemos dinero para pagar vuestras soldadas. La reina doña Blanca también os envía el dinero que tenía y todo el que ha podido recaudar para vosotros.

—¡Por nuestra reina! ¡Por nuestra reina doña Blanca! —respondieron enardecidas las tropas.

Los vasallos de Alburquerque prometieron ante su cadáver que no le enterrarían hasta que el rey abandonara a María de Padilla. Esa fue la voluntad de Alburquerque y sus vasallos estaban decididos a cumplirla.

—Llevaremos el cuerpo de don Juan Alfonso por todo el reino, como era su deseo. Lo llevaremos sobre unas andas, cubiertas de paños de oro, para dar testimonio de la lucha que emprendió en defensa de la reina doña Blanca de Borbón —dijo Ruy Díaz Cabeza de Vaca, el mayordomo mayor de Alburquerque.

89

El rey se enfureció al saber que los hermanos Álvarez de Toledo estaban entrando con sus tropas en la villa de Toro. No podía comprender cómo se habían atrevido a abandonar Medina del Campo sin su permiso. A pesar de que le explicaron lo que allí sucedió, el rey seguía desaprobando su presencia ante él. Estando a punto de desencadenar su furia contra ellos, Diego García de Padilla le susurró al oído que acababa de llegar un mensajero de Medina del Campo con la noticia de la muerte de Alburquerque. El semblante del rey se transformó y abandonó la sala.

—Ahora tenemos que acabar con el resto de esos traidores. Deben morir todos —dijo el rey a García de Padilla.

• • •

Varios días después, los vigías de Toro anunciaban que varios caballeros se aproximaban a la villa. El rey se alegró al saber que entre esos caballeros venía Pedro Carrillo, porque le tenía en gran estima.

Pedro Carrillo expuso al rey las quejas que tenían contra él los señores y caballeros que tomaron partido por la reina doña Blanca, y los motivos por los que se habían separado de su servicio.

—Todos desean retornar a vuestro servicio, pero os piden que volváis con la reina doña Blanca —terminó diciéndole Pedro Carrillo.

—Quiero verlos. Os aseguro que después de que hable con ellos se solucionarán sus demandas y se sentirán bien —le respondió el rey.

Diego García de Padilla, don Juan Fernández de Henestrosa y Gutierre Fernández de Toledo se sorprendieron al escuchar aquella respuesta del rey y se acercaron para hablar con él.

—Señor, os comprometerá si aceptáis verlos. Tendríais que atender sus demandas —le advirtió Gutierre Fernández de Toledo en voz baja para que nadie oyera lo que le decía.

—Convocadlos a unas vistas cerca de Toro —ordenó el rey a Fernández de Toledo.

—El rey emplaza a todos esos grandes señores y caballeros en Tejadillo. Aquí cerca, entre Toro y Morales. Se os enviarán por escrito las condiciones para acudir a las vistas —comunicó Gutierre Fernández de Toledo a Pedro Carrillo.

Después de la entrevista con el rey, don Fernando Álvarez de

Toledo invitó a Pedro Carrillo a que pasara la noche en su posada, porque era pariente y amigo suyo, pero otros caballeros, que estaban con el rey en Toro, también quisieron invitarle. Por esta causa se entabló una discusión entre ellos que derivó en una pelea. Lucharon con tanta violencia que hubo un muerto y don Fernando Álvarez de Toledo resultó herido. El rey se indignó al enterarse de esa pelea y tuvo que intervenir, lo que provocó que varios caballeros tuvieran que salir huyendo de Toro en plena noche por temor a las represalias del rey.

• • •

Al día siguiente, Pedro Carrillo y los caballeros que le acompañaban se marcharon. Diego García de Padilla estuvo hablando con el rey para ver como podían ganarse la voluntad de alguno de los que habían tomado partido por la reina doña Blanca.

—Pedro Carrillo es leal al conde don Enrique, pero habrá otros a los que podamos convencer para que vuelvan a vuestro servicio —dijo García de Padilla al rey.

—Hay que dividir sus fuerzas. Tenemos que evitar que triunfen en su rebeldía —le respondió el rey.

• • •

Al cabo de unos días, el rey se presentó en Tejadillo, cumpliendo así su promesa. Iba acompañado de un doncel y de cincuenta caballeros armados. Los que habían tomado partido por la reina doña Blanca también acudieron a ese lugar con cincuenta caballeros, como les ordenaron. Todos se acercaron al rey y besaron sus manos.

Hacía mucho frío y comenzaba a correr un viento gélido. Las caballerías lanzaban humeantes resoplidos por sus ollares mientras daban manotazos con sus cascos sobre la tierra.

Los cien caballeros, que se habían dado cita en aquel páramo helado, se protegían de la inclemencia del tiempo con la loriga, el almófar, los quexotes y las canilleras.

El rey hizo una seña con la mano a Gutierre Fernández de Toledo, su repostero mayor, para que comenzara su parlamento.

—El rey se siente muy disgustado porque tan grandes señores y caballeros del reino estéis separados de su servicio. Piensa que los hechos relacionados con la reina doña Blanca no son los motivos verdaderos de vuestras demandas. Vuestro descontento es debido a que ha nombrado privados suyos a los parientes de doña María de Padilla, y ese es un derecho del rey, como lo tienen todos los reyes del mundo para elegir a las personas de su confianza. A pesar de

todo ello —continuó diciendo Fernández de Toledo—, el rey tiene la voluntad de honraros con importantes cargos en el reino y en su casa. Además, desea otorgaros muchas mercedes si volvéis a su servicio. Pero le parece muy mal que hayáis venido armados ante él y con tantas tropas como habéis traído. Sin embargo, os promete que volverá con la reina doña Blanca y que la honrará como a su mujer —acabó diciendo Gutierre Fernández de Toledo.

Los partidarios de la reina doña Blanca se quedaron muy sorprendidos de que no hubiera hablado el rey. Entonces se reunieron en Consejo y decidieron que don Fernán Pérez de Ayala, el señor de Ayala, debía responder al rey en representación de todos ellos, en vez del infante don Fernando de Aragón, como habían previsto.

Mientras don Fernán Pérez de Ayala cabalgaba hacia el rey, todas las miradas se dirigieron hacia él. Iba erguido sobre su corcel. La recortada barba que perfilaba su rostro hasta llegar al mentón y el fino bigote que bordeaba sus labios daban un aspecto muy cuidado a su persona. Cuando se encontró frente al rey, le dijo:

—Los señores y los caballeros que están aquí vienen ante vos, porque así lo habéis ordenado, mi señor. Os piden que les perdonéis por estar armados, pero desean que sepáis que si vienen con sus armaduras es con vuestro permiso, porque así lo ordenasteis en la carta que les enviasteis, firmada con vuestro nombre y con vuestro sello secreto. Estos señores y caballeros desean expresaros que os reconocen como su rey y su señor natural, pero os reprochan vuestro comportamiento y el temor que habéis infundido entre vuestros vasallos. No son ciertas las afirmaciones que ha hecho Fernández de Toledo sobre las demandas que se os han presentado. La verdadera intención de estos señores y caballeros es que volváis con la reina doña Blanca y que sea honrada como vuestra legítima mujer. Desean recordaros como el día de vuestra boda les ordenasteis que besaran la mano de la reina doña Blanca, y así lo hicieron para demostraros que la reconocían como vuestra mujer y como reina de Castilla. Por todos estos motivos, piensan que si la habéis abandonado y después la mandasteis llevar a Toledo fue por vuestra voluntad, pero por consejo de doña María de Padilla y de sus parientes. Algunos de vuestros vasallos tienen gran pesar porque mostrasteis gran saña con el maestre de Calatrava y con don Juan Alfonso de Alburquerque. Creen que no hicisteis lo que debíais. Estos señores y caballeros tienen mucho miedo y andan alejados de vuestro servicio por los consejos que habéis recibido de vuestros privados. Señor, tratad de que la reina esté segura y con vos, como

debe ser para vuestra honra y la honra de la reina. Que todos se sientan seguros en vuestro reino y en vuestra casa con el fin de que os puedan servir. Pero como todas estas cosas no se pueden hacer aquí y ahora, desean que designéis a cuatro caballeros para que con otros cuatro de esta parte hablen de todo ello y os hagan una relación de lo acordado en favor de vuestro servicio, de vuestros reinos y de la seguridad de vuestros vasallos —fueron las últimas palabras de don Fernán.

El rey no podía creer lo que acababa de escuchar de boca de don Fernán. «No me tiene ningún respeto. Habla como si nada de lo que ha dicho le afectara. ¡Quién se habrá creído que es!», pensó, pero como sabía que era muy poderoso, le hizo un gesto para se acercara y le dijo:

—Me parece bien que se hagan así las cosas y designaré a cuatro caballeros de nuestra parte.

Antes de que el rey volviera a la villa de Toro, todos besaron sus manos y se marcharon a sus campamentos en los alrededores de Tejadillo.

—¡Qué insolencia! ¡Se equivocan si creen que van a doblegar al rey con sus demandas! Tenéis que ganar la voluntad de algunos de esos. Ofrecedles lo que deseen para que vuelvan a mi servicio —dijo el rey a García de Padilla con la intención de dividir las fuerzas de sus enemigos.

• • •

Habían transcurrido varios días desde las vistas de Tejadillo sin que el rey hubiera designado a los cuatro caballeros que prometió.

—El rey no cumplirá sus promesas —decían los infantes de Aragón, el conde don Enrique, sus hermanos y el resto de los caballeros durante las conversaciones que mantenían en sus campamentos.

La comida escaseaba. Se agotaban las provisiones para alimentar a tanta gente. En los pueblos de la comarca ya no les podían abastecer, porque tampoco les quedaban alimentos. Los pastos también escaseaban. Seis mil caballos se habían estado alimentando desde hacía muchos días en los pastizales de Toro y era preciso su traslado a otra comarca.

—Iremos a las tierras de Zamora. Allí encontraremos alimentos y esperaremos la respuesta del rey —acordaron entre ellos.

• • •

Al día siguiente se pusieron en marcha. Pasando por la villa de Toro vieron al rey en las afueras. El conde don Enrique, sus hermanos,

los infantes de Aragón y el resto de los caballeros echaron pie a tierra, tomaron el cuerpo de Alburquerque, que portaban sus vasallos, y lo llevaron en andas por delante de la villa para que el rey los viera pasar.

Al atardecer, acamparon en una aldea próxima a Toro.

Esa noche, mientras dormían, los centinelas dieron la voz de alarma al ver que se aproximaba un jinete.

—Es un mensajero de la reina doña María con una carta para el conde don Enrique —gritó uno de los centinelas.

—La reina doña María nos anuncia que el rey acaba de partir de Toro y se dirige hacia Urueña para reunirse con doña María de Padilla. Dice que el rey no cumplirá los acuerdos de Tejadillo. Nos pide que vayamos a Toro. Piensa que si estamos allí, el rey regresará a Toro —informó el conde don Enrique a sus hermanos, a los infantes de Aragón y al resto de los aliados.

—La reina doña María ordenó matar a nuestra madre, y ahora nos pide que vayamos en su auxilio. Si nos llama con tanta urgencia es porque teme al rey —dijo enfurecido el maestre don Fadrique.

—Las desavenencias entre el rey y su madre son buenas para nuestra causa. Nosotros debemos aprovecharnos de esas circunstancias. Al amanecer, saldremos hacia Toro —le respondió el conde don Enrique.

• • •

La reina doña María se había levantado con los primeros rayos del sol. Estaba preocupada. No sabía si el conde don Enrique acudiría en su ayuda. «Es posible que ahora se quiera vengar de mí y me deje sola», pensaba ella.

A mediodía, los centinelas anunciaron que el conde don Enrique, don Fadrique, don Tello, los infantes de Aragón y el resto de sus aliados estaban entrando en la villa de Toro. Doña María salió a recibirlos a la puerta de su palacio.

—Mandaré que vayan a buscar a vuestra madre —dijo la reina doña María a los infantes de Aragón—, también irán a por vuestra mujer —se lo anunció al conde don Enrique—, y pediré a doña Isabel de Meneses, la viuda de Alburquerque, que venga a la villa de Toro.

—¿Por qué necesitáis que vengan aquí tantas señoras? —preguntó el maestre don Fadrique.

—Su presencia será necesaria cuando llegue el rey —le respondió la reina doña María.

Nadie entendió aquellas palabras de la reina doña María, pero no quisieron preguntarle por su significado, porque sospecharon

que algo tramaba y estaban convencidos de que no les revelaría sus verdaderas intenciones hasta que llegaran las señoras.

Luego fueron al interior del palacio y les anunciaron que la comida estaba servida. Mientras comían, continuaron hablando sobre la marcha del rey al castillo de Urueña.

—Es más grave que el rey no quiera cumplir los acuerdos que se tomaron en las vistas de Tejadillo que se haya ido al castillo de Urueña —dijo el infante don Juan.

—Por eso debemos tratar de que venga para exigirle que cumpla sus compromisos —advirtió la reina doña María.

—Sí, pero ¿cómo vamos a conseguirlo? —preguntó el infante don Juan.

Ninguno de los comensales quiso responder a su pregunta, aunque todos sentían gran curiosidad por saber como lo iba a lograr la reina doña María.

Después de comer, la reina doña María llamó a los sirvientes para que acompañaran a sus invitados a los aposentos, que les habían preparado en su palacio y en el monasterio de los padres predicadores, y todos se fueron a descansar.

Por la tarde se desencadenó una ventisca. La reina doña María ordenó echar los cierres de las ventanas y que atizaran los braseros de la sala donde iban a cenar.

Durante la cena, mientras exponían sus planes para que volviera el rey, se oían el estampido de los truenos y las descargas de los rayos que caían sobre la villa. Toro y sus alrededores estaban quedando cubiertos por un espeso manto de nieve.

• • •

Al día siguiente, toda la comarca amaneció nevada.

Mientras la reina doña María y sus huéspedes desayunaban, comenzaron a hacer planes para pasar el día.

—Con esta nieve que ha caído podríamos salir a cazar —sugirió don Tello.

—¿Por qué no organizas la cacería como lo hiciste en Segovia, cuando fuimos a la boda de don Tello? —preguntó el infante don Fernando de Aragón a Pedro López de Ayala, que se encontraba junto a su padre en la mesa.

—Ahora mismo comenzaré con los preparativos. Examinaré los campos del norte de la villa. Allí podremos cazar perdices —respondió Pedro López de Ayala al infante don Fernando, y salió del palacio.

—Hay que elegir los podencos más jóvenes. Los viejos se agotarían corriendo por la nieve —ordenó Pedro a los perreros.

Después, fue en busca de los halconeros. Estuvo examinando con ellos las rapaces y marcharon hacia los campos del norte de la villa, donde pretendían que se celebrara la cacería.

Pero el conde don Enrique tenía noticias de que los espías del rey andaban vigilando por las proximidades de la villa y no estaba dispuesto a que nadie le sorprendiera durante una cacería. Acompañado de varios de sus hombres, fue al encuentro de Pedro López de Ayala y le dijo:

—No creo que sea este un buen lugar para cazar. Estamos muy lejos de la villa. Tendríamos que desplegar mucha gente por los alrededores para estar protegidos.

—Más cerca de la villa están acampadas las tropas. Con toda esa gente a nuestro alrededor no podríamos cazar —le respondió Pedro.

—Deberíamos ir hacia el sur. Hacia la ribera del Duero. Allí estaríamos vigilados desde el alcázar y en caso de peligro tendríamos la torre del puente para protegernos —replicó el conde don Enrique.

Pedro López de Ayala no quiso contrariar al conde don Enrique y bajó hacia la ribera del Duero para hacer los preparativos.

A mediodía, todos salieron con sus halcones por la puerta de Santa Catalina, camino del cazadero.

Algunos vecinos de la villa se congregaron en el puente para ver como los podencos levantaban los ánades de las orillas y los halcones los capturaban en pleno vuelo, demostrando su buen adiestramiento en las artes de la caza.

90

Una mañana, mientras los centinelas hacían la ronda por las murallas de Toro, alertaron de la presencia de varias carretas en la lejanía. Al acercarse a la villa, reconocieron los pendones que traían sus escoltas.

—La reina doña Leonor, la condesa doña Juana y doña Isabel de Meneses estarán aquí en cualquier momento. Acaban de entrar en la villa —informó a la reina doña María una de sus damas.

La reina doña María se sintió muy contenta de la noticia. Salió a recibirlas y las condujo a su palacio.

—¡Qué alegría que hayáis venido juntas el mismo día! —dijo la reina doña María a las señoras, y las puso al corriente de los últimos hechos relacionados con el rey.

—No es casualidad que hayamos venido el mismo día. Nos hemos reunido en el castillo de doña Isabel, en Montealegre, para hacer juntas el camino desde allí. Pero queréis decirnos ¿por qué nos habéis hecho venir con tanta urgencia? —preguntó sorprendida la reina doña Leonor a su cuñada la reina doña María—. No parece razonable que nos llaméis para informarnos de que el rey ha vuelto con esa mujer.

—De nada serviría que le volviera a reprochar por su conducta. He perdido mi influencia ante él. No me escucharía y alguien tendrá que hablarle. Sois su tía y tenéis la autoridad necesaria para hacerlo —le respondió la reina doña María.

—¿Cómo pretendéis que hable con el rey si se encuentra en Urueña? —le preguntó la reina doña Leonor.

—Vendrá y tendréis la oportunidad de hacerlo —le dijo la reina doña María.

—¿Acaso olvidáis que vuestro hijo me humilló el día que fui a Tordesillas para hablar con él? Os recuerdo que no me permitió saludarle como correspondía a mi rango y a mi parentesco. Me trató como si fuera una cualquiera y sus privados se rieron de mí. Dudo de que pueda influir para que cambie de actitud —le advirtió la reina doña Leonor.

—A pesar de cuanto sucedió en Tordesillas, el rey os respeta y escuchará lo que le digáis. Además, las circunstancias han cambiado —afirmó la reina doña María.

—¿A qué circunstancias os referís? —le preguntó la reina doña Leonor.

—Vuestros hijos se encuentran aquí —anunció la reina doña

María a la reina doña Leonor—. También ha venido vuestro marido el conde don Enrique —le dijo a la condesa doña Juana.

—¿Están aquí mis hijos? —preguntó sorprendida la reina doña Leonor.

—Vuestros hijos y el conde don Enrique han venido con el maestre don Fadrique, con don Tello y con todos los grandes del reino que han tomado partido por la reina doña Blanca. Ahora estarán cazando. Ordenaré que les avisen para que sepan que habéis llegado —le respondió la reina doña María.

—¿De manera que lo teníais todo pensado cuando enviasteis a por nosotras? —volvió a preguntar la reina doña Leonor.

La reina doña María la miró sonriendo, pero no quiso responderle. Llamó a sus doncellas para que las acompañaran a los aposentos y ordenó que prepararan la comida para todos sus invitados.

• • •

La pendiente por la que tenían que subir los cazadores para regresar a la villa de Toro era muy pronunciada. Había estado nevando toda la mañana y se formaron tantas placas de hielo que los caballos se resbalaban y reculaban durante el ascenso. Muchos tuvieron que desmontar para no caer de bruces sobre el hielo. Todos hicieron un gran esfuerzo para alcanzar la cumbre. Llevaban ropa de abrigo muy pesada, cubierta con pieles y mantos para combatir el frío durante la cacería, y les dificultaba el ascenso. Desde la cima se dirigieron al monasterio de los padres predicadores.

La reina doña María y sus invitadas les oyeron llegar. Aguardaban impacientes que entraran a saludarlas.

La condesa doña Juana no había visto a su marido el conde don Enrique desde su última estancia en Asturias y ansiaba tanto estar con él que no quitaba la vista de la puerta de la sala, esperando que apareciera en cualquier momento.

—¿En dónde están mis hijos los infantes? —preguntó molesta la reina doña Leonor al ver que aún no se habían presentado ante ella.

—Salieron muy temprano a cazar y no creo que estuvieran muy presentables para venir a daros la bienvenida. Habrán ido a cambiarse de ropa a sus aposentos —le respondió riéndose la reina doña María.

Enseguida aparecieron los infantes de Aragón, el conde don Enrique con sus hermanos, don Fernán Pérez de Ayala con su hijo Pedro y los otros caballeros que los acompañaban.

La condesa doña Juana salió al encuentro del conde don Enrique y se abrazaron. La reina doña Leonor permaneció sentada mientras

sus hijos los infantes la saludaban. Doña Isabel de Meneses, la viuda de Alburquerque, se puso en pie para cumplimentar al conde don Enrique, al maestre don Fadrique, a don Tello y a los infantes de Aragón.

—¿Has averiguado para qué nos ha llamado nuestra tía María? —susurró el infante don Juan a su madre en voz baja para que nadie oyera lo que le decía.

—Quiere que hable con el rey para que vuelva con Blanca —le respondió la reina doña Leonor, gesticulando con la comisura de sus labios, como dando a entender que no creía nada de lo que le había dicho.

—Ese no puede ser el verdadero motivo por el que nos encontremos todos aquí. Algo está tramando y no quiere que lo sepamos —dijo el infante don Juan a su madre.

El maestre don Fadrique también quería saber por qué la reina doña María les había pedido que fueran a Toro, y se lo preguntó a su hermano el conde don Enrique:

—¿Te ha dicho Juana por qué nos ha llamado la reina doña María?

—Nada. No sabe nada. Me ha contado la conversación que tuvieron la reina doña María y nuestra tía doña Leonor, pero no sabe más —le respondió el conde don Enrique.

—¿De qué conversación hablas? —preguntó sorprendido el maestre don Fadrique a su hermano el conde don Enrique.

—Doña María ha pedido a doña Leonor que hable con el rey para que vuelva con Blanca —le informó el conde don Enrique.

—Es posible que piense que nos vamos a creer esa patraña. Ni que fuéramos imbéciles —le respondió el maestre don Fadrique.

Un criado anunció que la comida estaba servida y todos se dirigieron a la sala donde habían instalado una gran mesa de comedor.

Entre los comensales se pudo escuchar un murmullo que poco a poco se fue transformando en una protesta.

—Queremos saber para qué hemos venido aquí —se oía en la mesa mientras todos comían.

La reina doña María tenía que dar una respuesta para acallar las protestas que estaban surgiendo entre sus invitados. Temiendo que la abandonaran a su suerte si no les daba una explicación convincente, les dijo:

—Os he pedido que vengáis a Toro para que me ayudéis. El rey tiene que poner en orden las cosas relacionadas con su servicio.

Un nuevo murmullo se volvió a escuchar en la sala. A nadie

había convencido aquellas razones de la reina doña María.

—¿Cómo vais a conseguir que el rey ponga en orden las cosas de su servicio? —preguntó el infante don Juan a la reina doña María.

—Le enviaremos cartas para anunciarle que todos vosotros os encontráis aquí, esperando que cumpla con los compromisos que contrajo en las vistas de Tejadillo —insistió la reina doña María.

—Haremos lo que nos pide la reina doña María —dijo el infante don Fernando—, pero será la última vez que mandemos nuestros mensajeros. Si con estas cartas no conseguimos que venga el rey, tendremos que utilizar otros procedimientos para que cumpla con sus compromisos.

—Tendremos que redactar las cartas y designar varios mensajeros para que las lleven ante el rey —añadió la reina doña María, satisfecha de haber logrado su propósito.

Comenzaron a preparar las cartas. Durante largo tiempo estuvieron haciendo todo tipo de borradores, pero sin ningún éxito. A nadie le convencía como quedaban redactados.

—Las cartas las debería redactar don Fernán Pérez de Ayala, como hizo con las que enviamos al rey desde Tamariz —sugirió la reina doña Leonor al ver que no se avanzaba y se echaba la noche encima.

—Expondremos los mismos argumentos que utilizamos antes. Pediremos al rey que vuelva con la reina doña Blanca —dijo don Fernán con la intención de saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

—Habrá que advertirle que hay que poner en orden las cosas relacionadas con su servicio —puntualizó la reina doña María.

Al atardecer, los mensajeros partieron con las cartas hacia el castillo de Urueña.

Pero la reina doña María sabía que para poder llevar a cabo sus planes tendría que contar con la ayuda de todos sus invitados. «Tendré que informarles de mis verdaderas intenciones antes de que venga Pedro», pensó ella, convencida de que el rey se presentaría en la villa de Toro.

Durante la cena continuaron haciendo conjeturas sobre las distintas reacciones que podría tener el rey al recibir las cartas.

—El rey vendrá si sabe que nos encontramos aquí reunidos. No soporta que defendamos la causa de la reina doña Blanca —dijo la reina doña María.

—Pero ¿qué vamos a hacer si viene? ¿Cómo vamos a obligarle para que cumpla con los compromisos de Tejadillo? —le preguntó el infante don Juan.

—Detendréis a los miembros de su séquito y os repartiréis los cargos de su casa y del reino —les anunció la reina doña María.

—El rey no lo permitirá —intervino don Fernando de Castro.

—Si se resiste, también tendréis que arrestarle —contestó la reina doña María.

Al conocerse las intenciones de la reina de arrestar al rey, un murmullo de desconcierto se volvió a escuchar en la sala. La reina se dio cuenta de que todos los esfuerzos que había hecho para que fueran en su ayuda se podían volver contra ella y decidió contarles la verdad de por qué les había llamado.

—Mirad, si no actuamos con firmeza, moriremos todos. Antes de que el rey partiera hacia Urueña escuché que se proponía matarnos a todos nosotros. ¿Os dais cuenta del peligro que estamos corriendo? —les preguntó la reina doña María.

—¿Cómo nos habéis ocultado hasta ahora esas amenazas del rey? —le recriminó el infante don Juan.

—El rey se habría enterado de nuestros planes y se hubieran frustrado —le respondió la reina doña María, con un tono de dramatismo en su voz.

—De modo que desconfiabais de nosotros —volvió a intervenir el infante don Juan.

—Había que tomar precauciones antes de que los mensajeros salieran con las cartas para el rey —dijo la reina doña María, convencida de su triunfo definitivo, porque se dio cuenta de que les había atemorizado con el anuncio de las amenazas del rey.

—¡Así se hace! Estas son las decisiones que hay que tomar para que el rey atienda nuestras reivindicaciones. Podéis contar conmigo para arrestar al rey, señora —dijo don Fernando de Castro a la reina doña María.

—Os aconsejo que no os pronunciéis en favor del arresto del rey. Si se entera de que habéis participado en esta conjura, nos traerán graves problemas a los vizcaínos —susurró don Juan de Abendaño a don Tello en voz baja para que nadie oyera lo que le decía.

Don Tello no quiso responder a Abendaño, aunque sí era consciente del peligro que supondría el arresto del rey.

91

En el castillo de Urueña se produjo una gran sorpresa cuando anunciaron al rey que varios mensajeros habían llegado de la villa de Toro y esperaban ser recibidos. Los mensajeros informaron al rey de las razones por las que se encontraban en Toro los infantes de Aragón, el conde don Enrique, don Tello, el maestre don Fadrique y los principales señores y caballeros que habían tomado partido por la reina doña Blanca. Después le entregaron las cartas que llevaban y se marcharon.

El rey se reunió en Consejo con don Juan Fernández de Henestrosa, Diego García de Padilla, Gutierre Fernández de Toledo y con los demás privados para pedirles su opinión sobre el contenido de las cartas que había recibido.

—No vayáis. Debéis desconfiar de todos esos señores que se encuentran en la villa de Toro —aconsejo García de Padilla al rey.

—Es muy peligroso que acudáis a esa cita —también se lo advirtió Fernández de Toledo.

—Yo mandé matar al anterior maestre de Calatrava. Si marcháis a Toro no podría acompañaros. Se vengarían de mí —explicó García de Padilla al rey.

—Yo tuve bajo mi mando el gobierno del alcázar de Talavera cuando mataron a doña Leonor de Guzmán. Tampoco podría acompañaros —le dijo Fernández de Toledo.

—No debéis de poner en peligro el reino por querer salvarnos. Yo os acompañaré a pesar de que esos señores, que se encuentran en la villa de Toro, no me quieran bien por ser tío de doña María de Padilla —anunció don Juan Fernández de Henestrosa al rey.

El canciller mayor y el tesorero mayor Samuel Leví dijeron al rey que también ellos le acompañarían a la villa de Toro.

Esa noche, el rey explicó a María de Padilla que se proponía acudir a Toro.

—¿Te han traído noticias de tu madre esos mensajeros que han venido esta tarde? —preguntó María al rey.

—Se han reunido todos esos traidores en Toro y debo saber qué es lo que pretenden esta vez.

—Te pedirán lo de siempre. Que me abandones y que prescindas de tus privados.

—Dicen que debo ordenar las cosas relacionadas con mi servicio. ¿Qué te parece?

—Ya te lo he dicho. Quieren que prescindas de tus privados,

pero también que me abandones —insistió María.

—Jamás conseguirán que te abandone, María. Jamás lo lograrán.

—¿Cuándo volverás? Espero que tu ausencia no dure mucho tiempo y puedas estar conmigo el día que nazca nuestra hija.

—O nuestro hijo —le dijo el rey y se echó a reír.

—Sea niño o niña, te quiero junto a mí ese día. Recuerda que el día que nació nuestra hija Constanza, te encontrabas en Toro. A ver si vuelve a suceder lo mismo esta vez —respondió María y también ella se echó a reír.

—Regresaré lo antes posible, María —le dijo el rey y se fueron a dormir.

• • •

Al día siguiente amaneció nevando, pero el rey no quiso cambiar sus planes y salió hacia Toro. Iba con don Juan Fernández de Henestrosa, con su tesorero Samuel Leví, con su canciller mayor y con otros caballeros. En su séquito llevaba unas cien mulas.

El conde don Enrique sabía que el rey se encontraba de camino hacia la villa de Toro, y se lo anunció a las reinas doña María y doña Leonor.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntaron las reinas al conde don Enrique.

—Llegará al atardecer —insistió el conde don Enrique sin dar más explicaciones.

—Tendremos que avisar a los infantes, a vuestros hermanos y al resto de los caballeros —sugirió la reina doña Leonor al conde don Enrique.

Estando todos reunidos, el conde don Enrique les explicó que el rey se dirigía hacia la villa con muy poco séquito.

—Entonces podremos reducirlos a todos sin ningún problema —dijo don Fernando de Castro.

—Iremos armados para recibir al rey, pero ocultad vuestras dagas. Debemos evitar un enfrentamiento con los miembros de su séquito antes de que los detengamos —le respondió el conde don Enrique.

—Ordenaré que varios ballesteros se encuentren en esta sala por si nos hacen falta refuerzos —sugirió don Fernando de Castro.

—La reina doña Leonor reprochará al rey su conducta —dijo doña María.

—Y la reina doña María ordenará que detengan a los privados del rey —añadió doña Leonor, harta de tener que asumir la responsabilidad de aquella conspiración organizada por su cuñada.

Poco después llegó un escudero del conde don Enrique y les anunció que el rey estaba entrando en la villa con tres de sus privados.

Armados como habían quedado, salieron a recibirle. Le besaron la mano y se dirigieron al palacio de la reina doña María.

En el interior del palacio se encontraban las reinas doña María y doña Leonor, acompañadas de la condesa doña Juana y de varios caballeros. Esperaban al rey de pie, junto a uno de los ventanales de la sala que daba a la huerta de los padres predicadores.

El rey atravesó el umbral de aquella sala, se dirigió hacia su madre la reina doña María y besó sus manos, pero al ver que allí se encontraba su amante Martín Alfonso Tello, se indignó.

—Te dije que no quería ver más a ese portugués. Te advertí que mandaría matarle si volvía a verle contigo —amenazó el rey a su madre en voz baja para que nadie oyera lo que le decía.

—No creo que estés en condiciones de dar órdenes a nadie —le respondió la reina doña María con enorme frialdad, también en voz baja—. Aquí están estos señores y caballeros, vuestros vasallos, que desean serviros —añadió levantando la voz para que todos la oyeran.

La reina doña Leonor se indignó al ver que el rey no quiso saludarla y comenzó a reprochar su conducta, como lo hizo en Tordesillas, pero en esta ocasión utilizó un tono más altivo.

—Mejor haríais estar acompañado de todos los grandes señores y buenos caballeros de vuestros reinos, que andar por los castillos, alejado de vuestra mujer la reina doña Blanca. Pero esto que hacéis no es por vuestra culpa, sino por los consejos que recibís de los privados que tenéis. Por eso sería bueno apartar de vuestro servicio a esos que tan mal os aconsejan y elegir a otros más honrados que os sirvan mejor —le dijo la reina doña Leonor.

El rey esperaba los reproches de siempre, pero no que su tía la reina doña Leonor se atreviera a hablarle con tanto menosprecio. «Se ha querido vengar de mí por el desaire que le hice en Tordesillas, el día que vino a verme», pensó y comenzó a defender a sus privados.

—Don Juan Fernández de Henestrosa, mi canciller mayor y mi tesorero siempre me han dado buenos consejos. Mis decisiones son mías y no de mis privados —respondió el rey a su tía la reina doña Leonor.

—¡Basta ya con las patrañas de siempre! ¡Ballesteros, detened a los privados del rey! —ordenó la reina doña María.

—¿Qué estás diciendo, madre? ¿A qué viene todo esto? —le

preguntó desconcertado el rey.

—Es mejor que así sea. Yo me haré cargo de don Juan Fernández de Henestrosa y del canciller mayor —dijo el infante don Fernando de Aragón al rey.

—Y yo pondré bajo arresto a Samuel Leví —añadió don Tello.

—Ahora mismo vamos a hacer el reparto de los nuevos nombramientos de vuestra casa y del reino —anunció la reina doña María al rey, muy nerviosa.

—¿De qué reparto estás hablando? —preguntó el rey a su madre.

—El infante don Fernando de Aragón será el canciller mayor —dijo la reina doña María y pidió al anterior canciller que entregara los sellos del reino.

—Don Fadrique será el camarero mayor —anunció la reina doña Leonor.

—El infante don Juan de Aragón, el alférez mayor —volvió a intervenir la reina doña María y pidió que le entregaran los pendones del reino.

—Don Fernando de Castro será el mayordomo mayor —anunció la reina doña Leonor.

El rey estaba furioso. No podía entender cómo tan grandes señores y caballeros, como los que se encontraban allí, se habían repartido unos puestos destinados a simples caballeros. «Nunca señores como los infantes o el maestre de Santiago han ocupado cargos en la casa del rey», pensó.

Después llevaron al rey a las casas que tenía el obispo de Zamora frente al monasterio de los padres predicadores, y allí quedó recluido.

Don Fernando de Castro quiso aprovechar el desconcierto que se produjo con aquellas detenciones para pedir al conde don Enrique que cumpliera la promesa que le hizo de casarle con su hermana doña Juana, y le dijo:

—Quiero recordaros el ofrecimiento que me hiciste si unía mis tropas a las vuestras.

—No es este el mejor momento para hablar de vuestro matrimonio, pero enviaré en busca de doña Juana para que os podáis casar con ella, como os prometí —le respondió el conde don Enrique.

También los vasallos de don Juan Alfonso de Alburquerque quisieron aprovechar aquellas detenciones para dar por resueltas sus demandas contra el rey y comenzaron con los preparativos para enterrar a su señor.

—Partiremos mañana para enterrar a don Juan Alfonso en el monasterio de La Espina —dijo Ruy Díaz Cabeza de Vaca, el mayordomo mayor de Alburquerque.

—Acompañaré a doña Isabel en su séquito —anunció la reina doña Leonor a todos los que allí se encontraban.

—¿Y desde allí os marcharéis a vuestras tierras de Tamariz? —preguntó la reina doña María a la reina doña Leonor.

—Regresaré aquí con todos. No pensaba abandonaros en estos momentos —le respondió la reina doña Leonor.

La reina doña María se quedó muy extrañada de que la reina doña Leonor no quisiera regresar a sus tierras de Tamariz, porque consideraba que su misión en la villa de Toro había concluido, pero no quiso insistir.

• • •

Al día siguiente, la reina doña Leonor, doña Isabel, la viuda de Alburquerque, y Ruy Díaz Cabeza de Vaca salieron de la villa con el cadáver de don Juan Alfonso. Iban acompañados de don Tello, de don Juan de la Cerda y de otros caballeros. Lo llevaron al monasterio de La Espina, de los monjes cistercienses, a legua y media del castillo de Urueña, donde se encontraba María de Padilla, y allí enterraron su cuerpo. Luego volvieron a Toro y se reunieron con los que se habían quedado vigilando al rey para que no huyera.

• • •

Pocos días después llegó a la villa de Toro doña Juana, la hermana del conde don Enrique, y se celebró, como estaba previsto, su boda con don Fernando de Castro.

Al enterarse el rey de que se habían casado, protestó porque no había dado su consentimiento ni nadie se lo había consultado. Aunque a la mayoría de los que allí se encontraban no parecía importar lo que pudiera opinar el rey, hubo algunas personas que comenzaron a pensar si no habían ido demasiado lejos con su detención.

El rey no soportaba verse encerrado y comenzó a preparar su huida. Gracias a la actitud sumisa que adoptó con su madre la reina doña María, logró que le permitiera salir a cabalgar y todos los días practicaba la caza. Pero nadie podía imaginar que durante esas salidas aprovechara para entrevistarse en secreto con algunos caballeros.

92

Una mañana, muy temprano, dos escuderos comenzaron a aporrear la puerta de los aposentos del conde don Enrique en el monasterio de los padres predicadores de la villa de Toro.

—¿Quién llama? —se oyó la voz del conde don Enrique desde el interior.

—¡El rey ha huido! —exclamaron los escuderos al entrar en los aposentos del conde don Enrique.

—¿Qué estáis diciendo? —les preguntó el conde don Enrique mientras se incorporaba en su cama.

—Que el rey ha huido —insistieron al mismo tiempo sus escuderos.

El conde don Enrique saltó de la cama y se dirigió hacia la jofaina para lavarse la cara. Mientras se vestía, pensó que deberían encontrar pruebas de las personas que habían ayudado al rey en su huida, y ordenó a sus escuderos:

—Revisad los aposentos del rey en esas casas de ahí enfrente. Buscad trozos de pergaminos o de papeles con escritos. Hay que encontrar pruebas de las personas que han ayudado a escapar al rey.

«¿Quiénes habrán ayudado al rey en su huida?», se volvió a preguntar el conde don Enrique, camino de los aposentos de sus hermanos.

—¡Arriba, levantaos! El rey se ha escapado.

—¡Que se ha escapado! —exclamaron.

—Alguien ha tenido que ayudarle a huir. Vamos a despertar a Fernando de Castro —dijo el conde don Enrique a sus hermanos y fueron en su busca.

En los aposentos de don Fernando de Castro, el conde don Enrique le explicó lo sucedido y añadió:

—Sospechamos que hay varios traidores entre nosotros. Haremos ruido en el corredor. Cuando salgan la reina doña Leonor y los infantes de sus alcobas, estaremos observando como reaccionan ante la noticia.

En el corredor, como habían acordado, don Fernando de Castro agarró su espada y la estuvo batiendo contra un escudo hasta que todos salieron de las alcobas.

—¿A qué viene este escándalo? —preguntó la reina doña María.

—El rey ha escapado —le respondió el conde don Enrique.

—¡Este es nuestro fin! —exclamó compungida la reina doña

María mientras se llevaba las manos a la cabeza.

La reina doña Leonor y los infantes permanecieron juntos en el corredor sin decir nada.

—Ya lo habéis visto. Doña Leonor y los infantes no se han sorprendido de la noticia. Han tenido que ser ellos los que han ayudado al rey en su huida —dijo en voz baja el conde don Enrique a sus hermanos y a don Fernando de Castro.

Uno de los escuderos del conde don Enrique aguardaba para hablar con él.

—¿Qué quieres? —le preguntó el conde don Enrique y se fue con su escudero, sus hermanos y don Fernando de Castro a un extremo del corredor.

—El rey salió temprano, como todos los días, pero no se detuvo a cazar. Comenzó a caminar entre la niebla. Le acompañaba Samuel Leví, su tesorero mayor. Los centinelas dicen que iba con unas doscientas mulas y caballos. Entre mulos y caballos, llevaba muchos más de los que trajo de Urueña —informó el escudero al conde don Enrique.

—¿Cómo permitieron salir a toda esa caballería? —preguntó don Fadrique.

—Varios hombres de armas del infante don Fernando de Aragón ordenaron a los centinelas que les dejaran salir —le respondió el escudero.

—Sabía que los infantes de Aragón y su madre nos acabarían traicionando. ¡Malditos traidores! —musitó el conde don Enrique mientras regresaba al centro del corredor.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó la reina doña María, dirigiéndose al conde don Enrique.

—Llamaremos al resto de los invitados que duermen en el monasterio. Tenemos que hablar con ellos —le respondió el conde don Enrique.

El maestre don Fadrique, don Tello y don Fernando de Castro, convencidos de la traición de los infantes de Aragón y de la reina doña Leonor, estaban furiosos. Deseaban reprocharles lo que habían hecho, allí mismo, delante de todos, pero no lo pudieron hacer porque en ese momento comenzaron a llegar algunas de las personas que se alojaban con los padres predicadores.

—Nunca me pareció acertado retener al rey contra su voluntad y menos que se le hubiera confinado en ese palacio —dijo don Fernán Pérez de Ayala a su hijo Pedro, al entrar en el palacio de la reina doña María.

En el momento que el conde don Enrique se disponía a

interrogar a aquellas personas que acababan de llegar al corredor de la segunda planta del palacio de la reina doña María, aparecieron sus dos escuderos, que volvían de inspeccionar los aposentos del rey.

—Y bien, ¿qué habéis encontrado? —preguntó el conde don Enrique a sus escuderos, al ver que traían unos rollos de papel y de pergamino envueltos en una piel.

—Aquí tenéis los nombres de las personas que ayudaron a escapar al rey y las recompensas que les prometió. También hemos encontrado unas cartas de la reina doña Leonor y de los infantes de Aragón, ofreciendo su ayuda al rey. Encontramos todos estos papeles y pergaminos envueltos en esta piel. Al parecer los debieron dejar olvidados en los aposentos del rey —informó uno de los escuderos al conde don Enrique, en voz baja para que toda aquella gente, que se encontraba en el centro del corredor, no se enterara de lo que habían descubierto.

El conde don Enrique cogió aquellos documentos y los estuvo examinando. Cuando comprobó que era cierto todo cuanto le había informado su escudero, dijo:

—La reina doña Leonor y los infantes de Aragón ayudaron al rey para que pudiera huir de Toro. Estos documentos son las pruebas que los incriminan. Ya no hay la menor duda de que nos han traicionado.

Al oír las palabras del conde don Enrique, la reina doña Leonor se desplomó y cayó al suelo sin conocimiento.

—¡Nuestra madre se ha desmayado! —exclamó el infante don Juan, dirigiéndose a su hermano don Fernando.

La reina doña María fue a por unas esencias a sus aposentos. Se las dio a oler a la reina doña Leonor en un tarro y recobró el sentido.

Después se hizo un prolongado silencio en el corredor. Sentaron a doña Leonor en un sillón y pasados unos instantes se comenzaron a escuchar nuevos reproches.

—¿Cómo habéis podido hacer una cosa así a nuestras espaldas? Nos habéis traicionado —increpó don Fernando de Castro a los infantes de Aragón.

—Sospeché que algo tramabais al volver del monasterio de La Espina —dijo indignada la reina doña María a la reina doña Leonor —, pero no pude imaginar que fuerais capaz de traicionarnos. ¿Acaso no sabéis lo que habéis hecho? Yo os lo diré. Nos habéis sentenciado a muerte. Moriremos todos, incluidos vuestros hijos. No podréis decir que no os lo advertí.

—Tuve miedo de que el rey se vengara de nuestra familia. No he podido olvidar las amenazas que oísteis al rey sobre sus intenciones de matarnos a todos —le respondió sollozando la reina doña Leonor.

—Debisteis hablar con nosotros antes de traicionarnos. Ahora tendréis que pagar un alto precio por vuestra traición —replicó la reina doña María.

—El precio que el rey ha pagado a la reina doña Leonor por su traición ha sido la villa de Roa —dijo indignado el conde don Enrique.

Pero al conde don Enrique le produjo tanta repugnancia el contenido de los documentos que estaba examinando, que se los entregó a don Fernando de Castro sin acabar de leerlos.

—Veamos —dijo don Fernando de Castro mientras comenzaba a leer uno de aquellos papeles—, el rey ha concedido al infante don Fernando la villa de Madrigal, el real de Manzanares y otros muchos lugares en Andalucía. Al infante don Juan de Aragón, ¡Vizcaya! y Lara. ¿Lo sabíais, don Tello? ¿Sabíais que el rey pretende arrebataros el señorío de Vizcaya? ¿Qué pensarán doña Juana, la señora de Vizcaya, vuestra mujer, y los vizcaínos cuando se enteren de que el rey va a disponer de ese territorio como si le perteneciera? ¡Mirad! —exclamó don Fernando de Castro—, también figuran en esta relación las recompensas que ha prometido a don Juan de la Cerda y a Ruiz de Villegas, vuestro mayordomo mayor, don Tello. ¿Sabíais que vuestro mayordomo mayor ha participado en la huida del rey? —insistió don Fernando de Castro, mirando a don Tello.

—Creo que olvidáis citar a vuestro hermano don Alvar Pérez de Castro —increpó el conde don Enrique a don Fernando de Castro.

—Esto que se dice aquí no puede ser cierto. Mi hermano don Alvar vino desde Portugal para asistir a las vistas de Tejadillo. Estuvo con nosotros en el partido de la reina doña Blanca y ha permanecido desde entonces en la villa de Toro. Es imposible que haya ayudado al rey en su huida —le respondió don Fernando de Castro.

—Es cierto que vuestro hermano ha permanecido con nosotros, pero para traicionarnos —le espetó el conde don Enrique.

Don Tello se indignó al escuchar los comentarios que le había dirigido don Fernando de Castro, pero lo que le puso frenético fue saber que su mayordomo mayor le había traicionado.

—¿En dónde se encuentran don Alvar Pérez de Castro, don Juan de la Cerda y Ruiz de Villegas? —preguntó don Tello—. No los veo

aquí.

—¡Huyeron esta noche! —se oyó una voz que procedía de entre la gente allí congregada.

Enseguida averiguaron que aquella voz era la de uno de los centinelas del palacio de la reina doña María.

—Partieron durante la noche. En las afueras del monasterio les esperaba mucha gente armada —informó el centinela.

Los infantes don Fernando y don Juan consideraron una ofensa las palabras de don Fernando de Castro, pero no tuvieron más remedio que callarse por miedo a que allí mismo los mataran, porque sospecharon que el conde don Enrique tendría vigiladas las puertas del corredor y las salidas del palacio de la reina doña María.

—Os aconsejo que abandonéis cuanto antes la villa —dijo el conde don Enrique al infante don Fernando—. Si permanecéis aquí por más tiempo no podré garantizar vuestra seguridad ni la de vuestro hermano ni mucho menos la seguridad de vuestra madre.

A don Fernán Pérez de Ayala no le pareció apropiado el tono amenazante que utilizó el conde don Enrique con el infante don Fernando. Aunque don Fernán no aprobaba como habían actuado los infantes de Aragón durante la detención del rey, les tenía un gran afecto porque se había educado en la casa de su madre la reina doña Leonor, siendo infanta de Castilla. Por este motivo, al comprobar que se dirigían a sus alcobas para recoger sus pertenencias, con la intención de abandonar la villa, consideró que no podía desampararlos; llamó a su hijo Pedro y le dijo:

—Iremos con los infantes y la reina doña Leonor. Ordena que hagan los preparativos para partir con ellos.

Con la marcha de los infantes de Aragón y de la reina doña Leonor, comenzaron a tranquilizarse los ánimos en el palacio de la reina doña María. Don Tello se dirigió a su alcoba para reflexionar sobre los acontecimientos que habían tenido lugar durante esa mañana. Mientras se encontraba tumbado sobre la cama, observó que habían cambiado de lugar algunas de sus pertenencias y fue a comprobarlas.

«¡Maldición! Han forzado el cofre y me han robado todo el dinero que traje de Vizcaya. Tuvo que ser Samuel Leví. Ayer le vi salir de mi alcoba. Creí que venía a buscarme. Nunca hubiera sospechado que fuera a robarme», pensó él, pero no estaba dispuesto a contárselo a nadie para evitar que otra vez fuera motivo de burla. «¿Qué iban a pensar de mí si reconociera que el tesorero mayor del rey, a quien tuve bajo arresto, me había robado el dinero de los vizcaínos? Tengo que matar a esos dos hijos de puta. A mi

mayordomo mayor por traicionarme y a Leví por robarme», seguía pensando don Tello.

93

El rey cabalgaba hacia Segovia muy satisfecho por haber recuperado su libertad. Pero esa agradable sensación, que estuvo experimentando durante gran parte del camino, desapareció cuando de pronto se puso a revivir escenas de su secuestro y se sintió humillado. «No debí acudir a la villa de Toro», pensó. A partir de ese momento comenzaron a brotar de su mente deseos de venganza y pensamientos de violencia desordenada.

«Mi madre tendrá que responder por lo que ha hecho. Los bastardos de mis hermanos morirán por haber tomado parte en el secuestro. Mi tía la reina doña Leonor y mis primos los infantes de Aragón también morirán. Todos los que participaron en el secuestro, aunque luego me ayudaran a huir, recibirán su castigo», iba pensando el rey con tanta saña que parecía enloquecer de ira.

Era la primera vez que el rey se encontraba solo, sin nadie a quien acudir para buscar consuelo. No dejaba de pensar en María de Padilla y en sus hijas. Samuel Leví se dio cuenta de la melancolía en la que estaba sumido el rey y pensó que podría aprovechar aquella ocasión para ganar su confianza.

—Tendréis que firmar los documentos con las recompensas que prometisteis a la reina doña Leonor, a los infantes de Aragón y a los caballeros que os ayudaron a huir. Os recuerdo que la cancillería quedó en poder de vuestra madre la reina doña María —dijo Samuel Leví al rey.

A pesar de que el rey desconfiaba de su tesorero mayor y no le tenía en ninguna estima, porque había sido un hombre de Alburquerque, al llegar al alcázar de Segovia envió un mensajero a su madre.

—Si no me enviáis la cancillería, mandaré fabricar otros sellos nuevos con la plata y el hierro que tengo —advirtió el rey a la reina doña María en su misiva.

Samuel Leví se sentía muy satisfecho de ver que el rey había seguido su consejo. «Ahora que se encuentra solo, me consultará todo lo que vaya a hacer. Soy la única persona a la que puede acudir», pensó él. Estaba tan ufano de creerse imprescindible que comenzó a opinar ante el rey sobre lo que debía hacer con sus hermanos y con sus primos los infantes de Aragón. Pero pronto se dio cuenta de que sus aspiraciones de convertirse en el valido del rey habían fracasado.

—Las arcas del reino están vacías, Leví —le dijo el rey.

—Mi señor, ya os lo advertí cuando pasasteis por Toledo, camino de Torrijos. Alburquerque no quería pedir cuentas a los recaudadores —le respondió Samuel Leví.

—No necesitáis el consentimiento de Alburquerque para hacer vuestro trabajo. Él ya no está entre nosotros, Leví —le espetó el rey.

—Estando bajo arresto en la villa de Toro, pedí a don Tello que me pagara los tributos de los lugares y behetrías que tiene en Castilla. Como se negó a atender mis peticiones, me permití coger de su cofre las cantidades que os debía, que ascendían a mucho dinero.

—¿Estáis diciendo que habéis robado a don Tello? —le preguntó riéndose el rey.

Samuel Leví sintió una gran decepción al escuchar los reproches y la risa burlona del rey. No sabía qué responderle. Permaneció en silencio y se fue a las dependencias que le habían asignado en el alcázar de Segovia.

Desde una de las ventanas del observatorio astronómico, el mago Mizar había estado vigilando a Samuel Leví mientras hablaba con el rey en el patio de armas. El aspecto enjuto, el rostro estilizado y la nariz aguileña que tenía Leví habían llamado tanto la atención de Mizar que quiso averiguar los datos de su nacimiento y todo lo que estuviera relacionado con su personalidad. Salió del observatorio y fue a indagar entre la gente que había llegado con él al alcázar.

De vuelta en el observatorio, el mago Mizar se sentía satisfecho con la información que había conseguido sobre Leví para hacer sus cartas astrales. Enseguida comenzó con los preparativos. De uno de los armarios sacó las tablas, los libros y el astrolabio. Estaba tan fascinado con las anotaciones que estaba haciendo, para preparar las cartas astrales, que se olvidó de ir a cenar. Poco antes de que oscureciera, se sentó en un poyete de piedra junto a una de las ventanas y estuvo esperando a que la noche se echara encima. Cuando aparecieron las estrellas en el firmamento, empezó con las comprobaciones. Miraba las notas que tenía sobre Samuel Leví y las cotejaba con las tablas. De ese modo iba haciendo la primera carta astral.

«¡Oro, oro y más oro!», veía el mago Mizar en sus predicciones sobre el futuro de Leví, pero no le sorprendió. Sabía que era el tesorero mayor del rey.

No contento con ese hallazgo, Mizar siguió investigando hasta que el sueño le venció y se fue a dormir de madrugada sin lograr su propósito.

• • •

Todas las mañanas salía el rey a cazar con Amín, su halconero mayor. Había días que cabalgaba con sus halcones por los alrededores de Segovia, buscando nuevos emplazamientos para soltar a las rapaces.

Una de esas mañanas en las que el rey iba a cazar, entró en una aldea próxima a Zamarramala.

—Amín, mira a toda esa gente que viste con andrajos y a los niños descalzos, andando por el barro —le dijo el rey.

—Mi señor, son muy pobres y no tienen qué ponerse para cubrir sus cuerpos —le respondió Amín.

El rey se quedó observando el humo que salía por debajo de los tejados de las casuchas, construidas con adobe y unas pocas piedras de mal sillarejo, donde vivía esa gente.

—Vámonos, Amín, aquí huele muy mal —le dijo el rey y comenzaron a cabalgar mientras los jinetes de su escolta apartaban a la gente para que pudiera pasar.

Después siguieron hacia Zamarramala. Atravesaron el pueblo y bajaron la cuesta, camino de Segovia.

Cuando llegaron al alcázar, Amín se fue con sus halcones. Mientras daba de comer y administraba su ración de plumas y huesos a las rapaces para que hicieran la digestión, no dejaba de pensar en aquella pobre gente vestida de andrajos, y en aquellos niños descalzos que vio esa mañana. Como sentía la necesidad de hacer algo por ellos, al terminar su trabajo se dirigió a la aljama de Segovia.

—Soy el halconero mayor del rey. Quiero que me deis todo lo que aparece en esta lista. Ropa y calzado para unas personas que lo necesitan —dijo Amín a los jefes de la morería.

—Si sois el halconero mayor del rey, pedídselo al rey —le contestaron.

—No sé si sabéis que Samuel Leví, el tesorero mayor del rey, se encuentra en el alcázar. Si no me conseguís las prendas de vestir que os he pedido, le diré que os envíe a sus recaudadores. Ellos comprobarán si estáis pagando todos vuestros tributos al rey —les amenazó Amín.

Los jefes de la aljama se asustaron tanto con las amenazas de Amín que le prometieron ir en busca de todo lo que les había pedido.

—Tomad, aquí tenéis la lista que he preparado. Mañana vendré con mi gente. Necesitaré varias mulas para llevar esa ropa a una aldea cerca de aquí —les dijo Amín y se marchó hacia el alcázar.

94

El rey no podía quitarse de la cabeza las humillaciones que le hicieron pasar en la villa de Toro y seguía pensando en la manera de vengarse de sus secuestradores. Se recreaba imaginándose la muerte que les esperaba. «Ordenaré que les den tormento antes de morir», pensaba él mientras contemplaba el valle del Eresma desde sus aposentos en el alcázar de Segovia.

• • •

Una mañana, mientras el rey cazaba con sus halcones en las proximidades de Segovia, los guardias de su escolta alertaron de la presencia de un grupo de jinetes en la lejanía.

—Se aproximan jinetes con el pendón de Castilla —dijeron los guardias.

Poco después supieron que se trataba de los cancilleres y de los notarios del rey que venían desde la villa de Toro.

—La reina doña María os envía la cancillería —dijo uno de los cancilleres al rey.

—¿Qué noticias me traéis de la villa de Toro? —les pregunto el rey, ansioso de conocer lo que sucedió después de su marcha.

Uno de los cancilleres explicó al rey como fueron descubiertas las personas que le ayudaron a escapar. Otro le contó que la reina doña Leonor y los infantes de Aragón tuvieron que abandonar la villa el mismo día de su marcha; y que la víspera, durante la noche, huyeron los caballeros que prepararon su fuga.

—¿En dónde se encuentra don Juan Fernández de Henestrosa? —preguntó el rey.

—Quedó bajo la custodia de la reina doña María cuando el infante don Fernando de Aragón partió de Toro.

—¿Y don Fernán Pérez de Ayala, el señor de Ayala? ¿En dónde se encuentra?

—Abandonó la villa con la reina doña Leonor y los infantes de Aragón —le respondieron.

El rey ya tenía las noticias que necesitaba conocer y ordenó regresar a Segovia. Camino del alcázar iba pensando en las recompensas que había prometido a la reina doña Leonor, a los infantes de Aragón y a los caballeros que le ayudaron a huir de su cautiverio, pero le repugnaba tener que dárselas. «Me detuvieron y me secuestraron. Nunca creí que fueran capaces de hacer una cosa así a su rey. ¡Malditos sean!», iba reflexionando. El rey estaba

seguro de que en cualquier momento se presentarían ante él para reclamar las recompensas que les había prometido. Conocía la poca estima que tenían de su propia dignidad si andaban por medio las concesiones reales. «Pronto comenzará mi venganza», se dijo. Pero enseguida se dio cuenta de que don Fernán Pérez de Ayala no había intervenido en su detención ni en el reparto de los cargos de su casa ni en los del reino. «Don Fernán es una persona íntegra. No se corrompe por las recompensas. Quizá por eso no participó en mi huida, como lo hicieron los demás», pensó él.

Cuando llegaron al alcázar, el rey anunció a sus cancilleres y a sus notarios que tenían que preparar unos documentos.

—Con los escritos que os dicté en la villa de Toro, deberéis redactar los documentos de las recompensas reales —les dijo el rey.

—Esos escritos no los tenemos. Los requisaron los escuderos del conde don Enrique cuando entraron en el palacio donde os alojabais. Estuvieron revolviendo vuestros aposentos hasta que encontraron esos papeles —le respondió uno de los cancilleres.

—Los documentos deberán estar listos para mañana. Si es necesario, tendréis que trabajar toda la noche —les dijo el rey molesto por las noticias que le habían dado, y les dictó los nombres, los lugares y los nombramientos que tenían que figurar en los documentos.

Esa noche el rey apenas podía conciliar el sueño. Se levantaba de su cama y se ponía a pasear por sus aposentos. Se acercaba a los ventanales. Desde allí contemplaba la noche cerrada que cubría el valle del Eresma. «Esos traidores quieren que mis reinos se levanten contra mí y yo debo impedirlo, pero necesito dinero, mucho dinero y gente de armas para luchar contra ellos». Cuando estaba a punto de vencerle el sueño, una idea que iluminó su mente le hizo reaccionar. «¿Cómo no lo había pensado antes? Reuniré a los ayuntamientos de los hijosdalgo.[31] Les diré que me han tenido preso en la villa de Toro, que se han alzado contra mí y que me hacen la guerra. Les pediré dinero y gente con la que pueda someterlos a mi obediencia», pensó satisfecho y se metió en la cama, exhausto.

• • •

Al día siguiente, el rey se dirigió a la sala donde había dejado trabajando a sus cancilleres y a sus notarios, y vio que estaba vacía.

—A mí la guardia —gritó el rey.

Entraron varios hombres de armas y el rey les preguntó por los cancilleres y notarios que habían estado allí.

—Hace rato que fueron a dormir —le contestó uno de los guardias.

El rey estaba inquieto y comenzó a pasear por la sala. Se apoyó unos instantes sobre la mesa donde estuvieron trabajando los cancilleres y los notarios. Observó que había trazos de papel, de pergamino, tinteros, plumas de ave, cálamos y otros instrumentos con los que estuvieron escribiendo durante la noche, y comprendió que se merecían el descanso que disfrutaban, pero al instante cambió de opinión. «No hay tiempo para dormir. El deber es del deber», pensó él. Se volvió hacia los guardias y les ordenó:

—Despertadlos. Que vengan todos.

Al cabo de un rato, los cancilleres y los notarios se presentaron medio dormidos.

—Mi señor —dijo uno de los cancilleres—, todos los documentos están preparados. Les pusimos el sello grande, como nos ordenasteis.

—Ahora deseo convocar en Burgos a los ayuntamientos de los hijosdalgo —les dijo el rey y les dio un trozo de pergamino con la lista de las ciudades y la fecha de la convocatoria—. Tendréis que preparar los documentos para enviarlos cuanto antes.

El rey se sentía satisfecho de los planes que había hecho para vengarse de sus secuestradores. «He recuperado la cancillería. Los documentos con las recompensas para esos traidores están preparados. Ahora saldrán las convocatorias y podré reunir en Burgos a los ayuntamientos de los hijosdalgo. Pero aún me queda algo importante que debo hacer», pensó, convencido de que se cumplirían sus deseos, y se dirigió a sus aposentos. Allí abrió su escritorio y comenzó a redactar una carta dirigida a su abuelo el rey de Portugal. Le anunciaba que su madre le había secuestrado y que le hacía la guerra.

—Sé que mi madre está en boca de todo el mundo por sus relaciones con Martín Alfonso Tello, ese portugués que le sigue a todas partes. Os ruego que la sometáis a vuestra obediencia y decidáis lo que mejor os parezca. No deseo que permanezca por más tiempo en mis reinos, conspirando y escandalizando con su conducta —terminaba diciendo el rey de Castilla a su abuelo el rey de Portugal.

Firmó la carta, la estampilló con su sello de cera y la mandó a Portugal con un mensajero.

• • •

Pocos días después informaban al rey de que se habían entregado todas las convocatorias para celebrar los ayuntamientos de los hijosdalgo. A partir de ese momento se comenzaban con los preparativos en el alcázar para que el rey se trasladara a Burgos.

El rey estaba sorprendido de que ninguna de las personas que le ayudó a huir de Toro hubiera ido a Segovia para reclamar la recompensa. «Es posible que teman presentarse ante mí. ¿Quizá piensen que me vengaré de ellos por su participación en mi secuestro?», se preguntaba.

• • •

A primera hora de una fría mañana del mes de enero, se estaban formando las tropas del rey en la plaza, frente al alcázar de Segovia. El mago Mizar se encontraba en una de las ventanas del observatorio astronómico. Desde allí vio a Samuel Leví, el tesorero mayor del rey, y se lamentaba de no haber podido terminar sus cartas astrales. Se tuvo que contentar con saber que su futuro dependería del éxito o fracaso que tuviera como tesorero mayor del rey.

A mediodía, la comitiva partió de Segovia por la puerta de Santiago. Subió por la cuesta frente al monasterio de La Vera Cruz y atravesó el pueblo de Zamarramala. Al pasar por una pequeña aldea, sus habitantes comenzaron a vitorear al rey. «¿A qué viene este recibimiento?», se preguntó el rey, sorprendido. Enseguida se dio cuenta de que había cruzado por allí, cuando estuvo cazando, y pensó que las aclamaciones se debían a su presencia de nuevo en aquella aldea. Pero al ver de cerca a las personas que le vitoreaban, se desconcertó. «¿Dónde están los niños descalzos que vi el otro día, andando por el barro, y la gente que vestía con andrajos?», volvió a preguntarse. El rey no entendía nada de lo que había sucedido en aquella aldea y llamó a Amín, que cabalgaba a su lado.

—¡Oye, Amín! ¿Qué ha pasado con esta gente?

—No sé a qué os referís.

—¿Quién les ha traído el calzado y toda esa ropa que visten?

—Mi señor, esa gente os está dando las gracias.

—Esto ha tenido que ser obra tuya.

Amín comenzó a reír.

—¿Quieres decirme cómo has conseguido vestir a toda esta gente?

—La aljama, mi señor. Ha sido un regalo de los jefes de la aljama.

—¡La aljama! La aljama no regala nada.

—Digamos que fueron persuadidos.

—Pero ¿quieres decirme de una vez cómo lo has conseguido?

Amín giró el cuerpo sobre su montura, señalando con la cabeza a Samuel Leví, el tesorero mayor del rey, y se echó a reír.

—¿Qué tiene que ver Leví en este asunto? ¿Acaso insinúas que él

ha pagado el calzado y toda esa ropa? Espero que eso no sea cierto, porque mis arcas están vacías —dijo el rey a Amín.

—No mi señor, no ha salido de vuestras arcas ni media dobla. Tan solo advertí a los jefes de la aljama que si no me proporcionaban la ropa y el calzado que necesitaba para esta pobre gente, pediría a vuestro tesorero mayor que les enviara los recaudadores para que examinaran si os pagaban todos los tributos —le respondió riéndose Amín.

—Amín, voy a tener que nombrarte mi tesorero mayor —le dijo el rey y comenzó a reír a carcajadas.

Al atardecer, los adalides avistaron a un jinete que se aproximaba. Muy pronto averiguaron que se trataba de un mensajero y le condujeron a la presencia del rey.

—Don Men Rodríguez de Sanabria os envía esta carta, señor —dijo el mensajero al rey y se retiró.

—Que den de comer al mensajero y alimenten a su caballo —ordenó el rey, antes de abrir la carta.

«¡Que he tenido un hijo!», se dijo el rey, muy desconcertado, al enterarse de que doña Juana de Castro había dado a luz un varón, fruto de la relación que tuvo con ella la noche de su boda. Men Rodríguez de Sanabria le anunciaba que doña Juana se proponía bautizar a su hijo con el nombre de Juan. El rey se alarmó y estuvo calculando el tiempo que había transcurrido desde la noche que estuvo con ella. Durante el camino iba pensando en los problemas que podrían acarrear a sus hijas las infantas el nacimiento de este nuevo hijo, si él moría antes de tiempo. «Debo evitar que mi hijo Juan dispute el reino a mis hijas las infantas, al hijo que nazca este año y a todos los que me dé María en el futuro. Tendré que otorgar nuevo testamento para solucionar este problema».

95

Estaban resultando muy duras las jornadas que hacían el rey y su séquito para llegar a Burgos. La ventisca que padecían les dificultaba la marcha. Por este motivo, desde que salieron de Segovia, avanzaban muy despacio. Los adalides iban por delante inspeccionando el terreno. Al atardecer, elegían el lugar más adecuado, que encontraban por el camino, para instalar el campamento. Durante la noche, enormes hogueras iluminaban el pabellón del rey y las tiendas de sus oficiales para ahuyentar a las fieras.

• • •

Una de esas noches, mientras caía una gran nevada, el rey se encontraba en su pabellón, sentado frente al escritorio, con los cancilleres, los notarios y sus oficiales. Estaban preparando la reunión que iban a celebrar con los ayuntamientos de los hijosdalgo en Burgos, pero el rey apenas les prestaban atención, porque no dejaba de pensar en los planes que había hecho para vengarse de sus secuestradores. «Debo de conocer en todo momento los lugares donde se encuentren esos traidores», se decía sin perder de vista la lista de las personas que tenía sobre su escritorio.

—Tan pronto como lleguemos a Burgos necesitaré saber dónde se encuentran las personas que figuran en esta lista —dijo el rey a sus oficiales, y les entregó un trozo de pergamino que acababa de enrollar—. Mañana tendremos que hacer una larga jornada hasta Valladolid —y les hizo un gesto de mano con la intención de que se retiraran, porque quería descansar.

• • •

Al día siguiente, el rey se levantó muy temprano. Aún no había amanecido. Al ver que no nevaba, ordenó despertar a las tropas para que levantaran el campamento y se pusieron en camino. Durante la marcha, el rey solía cabalgar solo, pero de vez en cuando llamaba a Amín, su halconero mayor, para que le hiciera compañía. Solía mantener breves conversaciones con él y se reía con frecuencia. Samuel Leví, el tesorero mayor, que los veía juntos, no podía soportar que el rey le ignorara de ese modo y se sentía humillado. «Si don Juan Alfonso de Alburquerque viviera, el rey no me despreciaría de este modo», pensaba él.

Poco antes de llegar a Valladolid, informaron al rey de que unos

jinetes les venían siguiendo desde hacía rato.

«Serán los espías de Enrique, que nos vigilan», pensó el rey sin darle mayor importancia y se puso a cabalgar al trote para no tener que continuar aquella conversación con los hombres de armas que le habían dado esa información.

Por la tarde, al divisar la villa de Valladolid, el rey mandó un mensajero a las casas de su capellán mayor para que le prepararan sus aposentos. Pensaba descansar allí, lejos de las incomodidades del camastro que utilizaba para dormir en el campamento.

Al llegar a las casas del capellán mayor, el rey se encontró con la grata sorpresa de que le habían preparado un barreño con agua caliente. Cuando terminó de lavarse, le llevaron ropa limpia y después le acompañaron a una sala con una gran chimenea encendida, donde le servirían la cena. El rey comió esa noche un cordero con habas, castañas asadas, queso fresco con miel, pan y vino.

Antes de irse a dormir, el rey se puso a escribir una carta a María de Padilla. Le contaba los sucesos que tuvieron lugar en la villa de Toro y sus planes para vengarse de los traidores que habían conspirado contra él.

—Por estos motivos, no podré reunirme con vosotras en Urueña, pero muy pronto os veré —le decía el rey en su carta a María de Padilla.

En otra carta, el rey ordenaba a Diego García de Padilla que llevara a María y a sus hijas a Tordesillas, y le decía que le esperaran allí.

El rey estaba muy cansado y se fue a dormir. Al meterse en la cama comenzó a recordar los días que pasó allí, en aquellos aposentos, cuando fue a Valladolid para casarse con doña Blanca de Borbón, y se enfureció. Dio un salto de la cama y abrió la ventana. Necesitaba respirar aire fresco para aplacar su ira, pero el viento gélido que golpeó su rostro le obligó a cerrar la ventana de un manotazo. «¡Maldita sea! Nunca debí celebrar esa boda», pensó el rey y volvió a la cama.

De madrugada, el capitán de las tropas llamó varias veces a la puerta de los aposentos del rey, pero como dormía no contestó. El capitán estaba preocupado con las noticias que le habían dado y se fue al campamento para recabar más información.

—¿De dónde proceden esas noticias? —preguntó el capitán a uno de los centinelas del campamento.

—De unos jinetes que acaban de llegar. Son de una de las patrullas del rey que vigila la comarca —le respondió el centinela.

—Hay que despertar al rey. Necesitamos conocer sus órdenes —advirtió uno de los sargentos de las tropas.

—Ya lo he intentado, pero el rey duerme. No ha respondido cuando llamé a su puerta —dijo el capitán.

—Si no podéis despertar al rey, podríamos consultarlo con don Samuel Leví. Al fin y al cabo es su tesorero mayor —insistió el sargento.

—No creo que sea una buena idea. Oí decir que el rey no le tenía en ninguna estima. Yo no me juego el gaznate por esos infantes de mierda que nos secuestraron a todos nosotros en Toro. Despertaré al rey —dijo el capitán y volvió al palacio donde se alojaba.

—Señor, debéis abrir —gritaba el capitán, aporreando con sus puños la puerta de los aposentos del rey.

Al cabo de un rato se oyeron voces desde el interior. Se abrió la puerta, apareció el rey y preguntó:

—¿Qué sucede? ¿No podéis dejarme dormir?

—Los infantes de Aragón se han enterado de que veníais a Valladolid y ayer partieron de Roa. Se dirigen hacia aquí —le respondió el capitán.

—¿Y para eso me despertáis?

—Debemos saber si tenemos que alertar a la tropa para detenerlos cuando lleguen.

—Pues detenedlos si queréis, pero ahora dejadme dormir —dijo el rey, dio un portazo y volvió a la cama.

El capitán comprendió que algo tramaba el rey. De manera que se fue al campamento y dio órdenes para que estuvieran atentos por si llegaban los infantes de Aragón.

—Las tropas de los infantes deberán permanecer fuera del campamento. No quiero ver a ninguno de esos hombres mezclados con los nuestros. Conduciremos a los infantes de Aragón a mi tienda. Allí permanecerán hasta que recibamos las órdenes del rey —dijo el capitán a los sargentos.

Cuando el rey se despertó, mandó llamar a su capitán para que levantara el campamento.

—Hay que partir cuanto antes —le ordenó el rey.

—Entonces, ¿no aguardamos a que lleguen los infantes de Aragón? —le preguntó desconcertado el capitán.

—¿Quién dijo que los esperaríamos? —le replicó el rey.

A mediodía, los infantes de Aragón llegaron con sus tropas a Valladolid. Enseguida comprobaron que el rey había partido. El infante don Fernando se dio cuenta de que sería imposible darle

alcance. Sus hombres habían estado toda la noche de marcha y se encontraban exhaustos.

—Acamparemos en las afueras de la villa —ordenó el infante don Fernando.

—El rey no ha querido esperarnos. No nos perdonará por haberle detenido en Toro. Cometimos un error al repartirnos los cargos de su casa y del reino. Se vengará de nosotros —se lamentaba muy preocupado el infante don Juan ante su hermano el infante don Fernando.

—Olvídate de eso. El rey sabe muy bien que fuimos nosotros los que le ayudamos a escapar. Me voy a dormir —le respondió el infante don Fernando y se fue a su pabellón, que acababan de levantar.

96

La ciudad de Burgos y su comarca estaban cubiertas por un manto de nieve. A pesar del rigor del tiempo, los representantes de las ciudades y de las villas iban llegando para asistir a los ayuntamientos de los hijosdalgo. Para protegerse de la nieve, venían envueltos en mantos de tela guarnecida, tan amplios que cubrían la grupa de sus caballerías. Les había caído tal cantidad de nieve que hubiera sido imposible reconocerlos si no llega a ser por los pendones que traían. Hombres de armas de la guarnición de Burgos salían a recibirlos y los conducían al castillo de la ciudad, sobre el cerro de San Miguel. Los alojaban en las dependencias del castillo y en el palacio de la alcazaba.

Al atardecer, los centinelas seguían divisando tropas en la lejanía, que se aproximaban cubiertas de nieve.

—¡Es el rey! —se oyó la voz de uno de los centinelas al ver su pendón.

Alertaron a la guardia para que hicieran sonar las trompetas. Se abrió el portón principal de la muralla y el alcaide salió con un pequeño séquito para darle la bienvenida.

—¡Venimos helados! —gritó el rey al alcaide, mientras cabalgaba al trote con su brazo extendido, señalando la entrada de la muralla para que nadie se detuviera.

El rey fue hacia las casas del obispo, donde solía alojarse en Burgos. Estaba agotado de las tres jornadas heladoras que tuvo que hacer desde Valladolid. Al entrar en las casas del obispo, pidió que le prepararan agua caliente para bañarse y después de cenar se fue a dormir.

• • •

Al día siguiente continuaron llegando los representantes de las ciudades y de las villas, y los conducían a las dependencias del castillo. Cuando creían que ya se encontraban en Burgos todas las personas que esperaban, se oyeron las voces de los centinelas.

—¡Tropas en la lejanía! —alertaron desde el paso de ronda.

—Hay que informar al capitán del rey —dijo uno de los centinelas.

El capitán subió al paso de ronda de la muralla y permaneció allí hasta que pudo identificar a las tropas.

«Son los infantes de Aragón», pensó al ver los pendones que traían y fue a decírselo al rey.

—Los infantes se alojarán en este palacio. Mañana me acompañarán a los ayuntamientos que he convocado —respondió el rey a su capitán.

—En el castillo no hay sitio para las tropas que traen los infantes ni tampoco en la ciudad —le dijo el capitán, porque temía que hubiera enfrentamientos armados si entraban las tropas de los infantes de Aragón en la ciudad.

—Pues que instalen su campamento en las afueras de la ciudad —le respondió el rey y le hizo un gesto de mano para que se retirara.

El capitán salió por el portón principal de la muralla, cruzó el puente sobre el río Arlanzón, y aguardó a que llegaran los infantes de Aragón.

—El rey desea veros en su palacio, pero vuestras tropas deberán permanecer aquí fuera. Acamparán en esta margen del río —dijo el capitán a los infantes de Aragón.

—Nuestras tropas han hecho muchas jornadas para llegar hasta aquí. Les evitaríamos otra noche fría si entraran en la ciudad —le respondió el infante don Juan.

—Ni en la ciudad ni en el castillo hay sitio para albergar a vuestras tropas —informó el capitán a los infantes, y les hizo una seña con el brazo para que le siguieran.

• • •

El rey estaba reunido en su palacio con los representantes de las principales ciudades y villas del reino. Quería garantizarse su apoyo en la reunión que iban a celebrar al día siguiente. Por esta razón, les explicaba el motivo de haber convocado los ayuntamientos. Cuando el rey se encontraba conversando con ellos, uno de sus oficiales irrumpió en la sala y le informó:

—Mi señor, los infantes de Aragón están aquí y desean veros.

—Que esperen —le respondió el rey, molesto por aquella interrupción, y continuo hablando con sus invitados.

—Podéis contar con nuestro apoyo —manifestaron al rey los representantes de la ciudades y de las villas, indignados por las vejaciones a las que le habían sometido su madre y sus hermanos en la villa de Toro.

El rey se sintió muy satisfecho de aquel encuentro. Para mostrarles su gratitud los acompañó hasta la puerta de su palacio y allí los despidió. Desde el zaguán se quedó observando la calle, cubierta de nieve, y a la gente que pasaba por delante de él. De repente sintió la necesidad de salir a pasear y comenzó a caminar entre la muchedumbre, pero enseguida dieron la alerta en su

palacio y los guardias fueron tras él.

—No podéis dejarme tranquilo —protestó el rey al ver que su guardia le rodeaba.

De regreso en el palacio, le esperaban sus cancilleres para informarle de las noticias que habían traído sus espías.

—De las personas que figuran en la lista que nos distéis, acabamos de saber que don Tello se dirige al señorío de Vizcaya; el maestre don Fadrique ha salido hacia Talavera; don Fernando de Castro y doña Juana, su mujer, se han ido a Galicia —informó uno de los cancilleres al rey.

—¿En dónde se encuentra el conde don Enrique? —pregunto el rey.

—En la villa de Toro con vuestra madre la reina doña María.

«¡Se ha quedado Enrique con mi madre en Toro! ¿Qué estará tramando?», pensó sorprendido el rey.

—Don Pedro Ruiz de Villegas, el mayordomo mayor de don Tello, y don Sancho Ruiz de Rojas llegaron mientras estabais con vuestros invitados. También desean que los recibáis. Ahora están esperando con los infantes de Aragón —informó al rey otro de sus cancilleres.

—Primero recibiré a los infantes de Aragón —le respondió el rey.

Don Fernando y don Juan saludaron al rey y besaron sus manos.

—A ver esos documentos que habéis preparado para la reina doña Leonor y para los infantes de Aragón —dijo el rey a uno de sus cancilleres.

El canciller le dio los documentos y el rey los estuvo examinando durante unos instantes.

—Aquí tenéis las recompensas que os prometí —dijo el rey a los infantes, y les entregó sus documentos y los de la reina doña Leonor.

—Nuestra madre y nosotros os lo agradecemos, mi señor. Sabréis que nos obligaron a abandonar la villa de Toro —le respondió el infante don Fernando.

—Conozco lo que allí sucedió después de mi partida. Pero decidme, ¿en dónde se encuentra ahora don Fernán Pérez de Ayala? Sé que salió en vuestra compañía cuando abandonasteis la villa —le preguntó el rey y se dirigió a una de las ventanas de la sala.

—Don Fernán nos acompañó hasta Roa. Pensamos que Roa sería el lugar más seguro para nuestra madre. Desde allí se dirigió al señorío de Ayala con su hijo Pedro —le respondió el infante don Fernando.

—¿Eso significa que don Fernán ha abandonado las demandas del conde don Enrique? —le preguntó el rey.

—Así es. Todos entendemos que don Fernán ha vuelto a vuestro servicio —le respondió el infante don Fernando.

—Don Fernando de Castro humilló a nuestra madre en la villa de Toro. Y el conde don Enrique se manifestó muy descortés con nosotros —intervino lamentándose el infante don Juan.

—Estoy enterado de todo —le respondió el rey, molesto por sus quejas—. Ahora podréis hacer la guerra a don Tello y reclamar el señorío de Vizcaya, que para eso os casé con doña Isabel. Debéis partir cuanto antes hacia Vizcaya. Allí encontraréis a don Tello.

—Necesitaré más jinetes para vencer a don Tello —le dijo el infante don Juan.

—Tendréis todos los jinetes que os hagan falta si os comprometéis a traerme a don Tello, vivo o muerto —le respondió el rey.

El infante don Juan permaneció en silencio. El rey se dio cuenta de que no quería comprometerse, pero con un gesto de manos le instó a que respondiera.

—Pondré todo mi empeño para prenderle, mi señor —le respondió el infante don Juan.

El rey acompañó a sus primos hasta la puerta de la sala y allí los despidió.

El infante don Juan salió muy preocupado. Sabía que esa orden del rey le iba a poner en una delicada situación si no lograba prender a don Tello.

—Es imposible capturar a Tello en Vizcaya. Estará rodeado de tantos vizcaínos que seré yo el que corra peligro —se lamentaba el infante don Juan ante su hermano el infante don Fernando.

—Tendremos que pensar en algún plan para que no corras ningún peligro —le respondió el infante don Fernando.

Mientras los infantes seguían hablando entre ellos, el rey se disponía a recibir a don Pedro Ruiz de Villegas y a don Sancho Ruiz de Rojas. Le repugnaba tener que hacerlo porque también ellos habían participado en su detención, aunque luego le ayudaron a escapar de su cautiverio.

«Ahora vienen a verme porque saben que los infantes han vuelto a mi servicio y no me he vengado de ellos. ¡Malditos cobardes! Lo único que les interesa es cobrar las recompensas que les prometí», pensó el rey.

—Me alegra veros libre de vuestro cautiverio. Lejos de vuestra madre y de esos bastardos que tenéis por hermanos. Ahora sí que

tenéis un buen aspecto —dijo Ruiz de Villegas al rey, cuando entró en la sala.

El rey consideró inapropiadas las palabras de Ruiz de Villegas y se indignó. Pero tuvo que contener su ira porque quería averiguar adónde pensaba dirigirse con don Sancho Ruiz de Rojas una vez terminaran las sesiones de los ayuntamientos. Por este motivo, estuvo hablando con ellos hasta que logró enterarse de sus planes. Después les entregó los nombramientos de adelantado mayor de Castilla y de merino de Burgos, que les había prometido y los despidió.

• • •

Al día siguiente, poco antes del mediodía, comenzaron a sonar las trompetas. Bajo una intensa nevada, el rey cabalgaba por el cerro de San Miguel, camino del castillo de Burgos. Iba acompañado de su séquito y de los infantes de Aragón. En la gran sala del castillo le esperaban los representantes de las ciudades y de las villas. Allí, delante de todos, anunció que había estado preso en Toro. Pidió que le dieran dinero para reclutar gente que le ayudara a someter a su obediencia a la reina doña María, que había sido la culpable de su secuestro.

Al escuchar las palabras del rey, un murmullo de indignación se apoderó de la sala y varios de los asistentes decidieron intervenir.

—El conde don Enrique, el maestre don Fadrique y don Tello también se han alzado contra el rey —dijo uno de los representantes de las ciudades.

—También don Fernando de Castro ha participado en el secuestro y se ha alzado en armas contra el rey —afirmó otro de los representantes de las villas.

—Así es. Ellos también me hacen la guerra —añadió el rey, satisfecho de las manifestaciones que habían hecho los asistentes a aquellos ayuntamientos.

Durante el resto de la mañana continuaron las condenas contra la reina doña María, los hermanos del rey y sus aliados. Nadie podía entender cómo se habían levantado en armas contra el rey y no encontraban ningún motivo que justificara su conducta. Fue tal la indignación de los representantes de las ciudades y de las villas que propusieron costear el reclutamiento de nuevas tropas para que el rey sofocara la rebelión y pudiera defender la integridad del reino.

«Ahora comenzará mi venganza. Los perseguiré a todos hasta acabar con ellos», pensó el rey al comprobar el éxito que había logrado en aquellos ayuntamientos.

Al dirigirse hacia la salida de la gran sala hizo una seña a uno de

sus cancilleres para que se acercara.

—Deseo saber si don Pedro Ruiz de Villegas y don Sancho Ruiz de Rojas se dirigen a Medina del Campo —dijo el rey a su canciller, para comprobar si era cierto lo que le anunciaron cuando fueron a verle a su palacio.

Los infantes de Aragón se sentían incómodos entre toda aquella gente. Querían escapar de las miradas hostiles que les dirigían los representantes de las ciudades y de las villas. Toda esa gente sabía que también habían participado en el secuestro del rey. Los infantes de Aragón, temerosos de que aquella gente tomara alguna represalia contra ellos, abandonaron la gran sala al ver que el rey se marchaba.

97

El rey observaba desde su palacio como la nieve iba cubriendo las huellas que dejaban los representantes de los ayuntamientos al abandonar la ciudad de Burgos.

—Algo deben de estar tramando ahí dentro el rey y el infante don Fernando —decían en la ciudad al ver que seguían allí con su gente.

El rey estaba esperando a que le confirmaran si don Pedro Ruiz de Villegas y don Sancho Ruiz de Rojas se dirigían a Medina de Campo. Al saberlo con certeza se puso en marcha y fue tras ellos.

El domingo de Ramos el rey llegó con sus tropas a Medina del Campo. Le acompañaba el infante don Fernando. El lunes de la Semana Santa, a la hora de la siesta, se puso a caminar por las calles desiertas de la villa. Tan pronto como se encontró frente al palacio de Ruiz de Villegas, ordenó que lo rodearan, subió a sus aposentos y le encontró durmiendo.

—¡Matadle! —ordenó el rey a uno de sus ballesteros.

El ballestero saltó sobre la cama para que Villegas se despertara. Cuando abrió los ojos, le puso el pie sobre el pecho sin que se percatara de que iba a morir y le cortó el cuello.

Después, el rey hizo matar a don Sancho Ruiz de Rojas y mandó prender a otros muchos caballeros que se encontraban en la villa.

«Ahora debo detener al resto de esos traidores que me secuestraron en Toro. Tengo que matarlos», pensó el rey, satisfecho de lo que había hecho. Pero necesitaba tener la seguridad de que don Fernán Pérez de Ayala hubiera vuelto a su servicio. «Don Fernán es muy poderoso y ejerce gran influencia sobre todos los señores y caballeros del reino. Si ha vuelto a mi servicio podré llevar a cabo mis planes, porque nadie se atreverá a levantarse contra mí. Tengo que restablecer mis buenas relaciones con don Fernán».

Cuando el rey regresó al palacio donde se alojaba en Medina del Campo, llamó a sus cancilleres para que prepararan los documentos de venta del valle de Kuartango y las villas de Morillas. El rey sabía que don Fernán los quiso comprar a su padre el rey don Alfonso, porque deseaba agregarlos a los estados de su señorío. Estaba convencido de que si se los vendía, don Fernán le tendría que mostrar su gratitud y permanecería en su servicio, aunque era consciente de que no le iba a someter a su capricho por el hecho de darle la oportunidad de extender los dominios de su señorío con la

compra de esas tierras. Llamó al infante don Fernando de Aragón y ante un mapa del señorío de Ayala, que le había regalado don Fernán durante su estancia en Quejana, lo estuvieron examinando.

—Con las nuevas incorporaciones del valle de Kuartango y las villas de Morillas a sus estados, las tierras del señorío de Ayala van desde la desembocadura del Nervión hasta las proximidades de Vitoria —dijo el rey al infante don Fernando de Aragón, señalando con su daga el mapa que tenían ante sí.

—En Morillas se encuentra su castillo de Torremayor. Se sentirá muy complacido de incorporar esas tierras a sus estados —le respondió el infante don Fernando.

Poco después llegó uno de los cancilleres con los documentos que habían preparado para la venta de esas tierras a don Fernán, y se los entregó al rey.

—Tendréis que llevar estos documentos a Quejana para que don Fernán Pérez de Ayala los firme y formalice la compra. Que os acompañe un destacamento de hombres bien armados para evitar que os asalten durante vuestro regreso. No debéis correr ningún riesgo. Mis arcas están vacías —dijo el rey al canciller, mientras firmaba los documentos de las ventas.

• • •

El conde don Enrique se enteró por sus espías de que el rey había partido de Medina del Campo y se dirigía hacia la villa de Toro.

—El rey ha matado a Villegas y a Rojas en Medina del Campo, y ahora viene hacia aquí —informó el conde don Enrique a la reina doña María, delante de los treinta caballeros que se encontraban con ellos en Toro.

—Si logra entrar en la villa nos matará a todos —decía la reina doña María, presa del pánico.

—Haremos los preparativos para hacer frente al rey cuando llegue —le respondió el conde don Enrique para tranquilizarla.

A partir de ese momento se comenzaron a instalar nuevas barreras en la zona del monasterio de Santa María de la Vega, de los freires de la Orden de San Juan de Jerusalén, entre la ciudad y el río. También se reforzaron las defensas de la torre del puente sobre el Duero.

• • •

Pocos días después llegó el rey a la vega del Duero y acampó allí con sus tropas. Los habitantes de Toro estuvieron observando desde la villa las hogueras que encendían en el campamento, y desde sus casas podían escuchar el bullicio de la gente de armas que se

preparaba para la lucha. Al día siguiente, las tropas del rey pelearon contra las tropas del conde don Enrique en las barreras de Santa María de la Vega. Durante la batalla, una flecha de ballesta atravesó la coraza de un caballero que se encontraba junto al rey, y le partió el corazón. Cayó a tierra como fulminado por un rayo. Aquella muerte produjo tal desconcierto entre las tropas que el rey ordenó la retirada.

El conde don Enrique se sentía muy satisfecho de aquella victoria, pero sabía que el rey volvería a atacar con mayor dureza si llegaban las tropas que le habían prometido en los ayuntamientos de Burgos.

«Debo partir cuanto antes de Toro para evitar que el rey me capture. Me dirigiré a Talavera y uniré mis tropas a las de Fadrique», pensó el conde don Enrique.

Mientras el conde don Enrique hacía los preparativos para salir de la villa, don Juan Fernández de Henestrosa prometía a la reina doña María que aplacaría la ira del rey contra ella si le dejaba en libertad. Convencida la reina de la propuesta de Henestrosa ordenó soltarle de la prisión. Fernández de Henestrosa entregó a la reina doña María algunos caballeros parientes suyos como rehenes y se comprometió a regresar a Toro para rescatarlos. Salió de la villa de Toro y se dirigió al campamento del rey en la vega del Duero.

—Se aproxima don Juan Fernández de Henestrosa —dieron la voz de alerta en el campamento del rey al avistar su pendón.

«¿Cómo habrá podido escapar de Toro?», pensó el rey al saber que venía Fernández de Henestrosa, y salió a su encuentro.

Don Juan Fernández de Henestrosa estaba demacrado. Había permanecido mucho tiempo encerrado y su semblante lo delataba.

—Tenéis muy mal aspecto, don Juan —le dijo el rey al verle.

—He estado retenido mucho tiempo. No he podido tomar el aire desde que llegamos a la villa de Toro —le respondió Henestrosa.

—Deberíais decir secuestrado —le corrigió el rey.

—Es cierto, esa es la palabra más apropiada —afirmó Fernández de Henestrosa.

—¿Y cómo habéis logrado huir?

—Me liberó vuestra madre la reina doña María —le respondió Fernández de Henestrosa sin mencionar los compromisos que había contraído con ella, porque no tenía ninguna intención de cumplirlos.

Así fue que don Juan Fernández de Henestrosa ni intercedió por la reina doña María ante su hijo el rey ni regresó a Toro para rescatar los caballeros que dejó como rehenes, como lo había

prometido. Al ver la reina doña María que Fernández de Henestrosa no volvía, mandó soltar a todos los rehenes, pero algunos de ellos se quedaron con ella en la villa por temor al rey.

Al enterarse el rey de que el conde don Enrique había partido de Toro y se dirigía hacia Talavera para reunirse con su hermano el maestre don Fadrique, envió mensajeros a las tierras de Segovia y de Ávila con la orden de que toda su gente guardara los puertos de montaña por donde tendría que pasar el conde don Enrique.

Los del concejo de Colmenar, en tierras de Ávila, tomaron el puerto del Pico y se escondieron. Cuando el conde don Enrique se encontraba subiendo por la mitad del puerto, los de Colmenar salieron de su escondite para interceptarle el paso y comenzaron a pelear. Los del concejo tenían dos mil hombres. En cambio el conde don Enrique iba con tan solo ciento cincuenta jinetes y no pudo hacerles frente. Su gente tuvo que retroceder, pero él, aprovechando la niebla, pasó el puerto del Pico y consiguió escapar.

En Talavera, el conde don Enrique se reunió con el maestre don Fadrique y le contó lo que había sucedido.

—Tenemos que dar un escarmiento a toda esa gente que preparó la celada en los pasos del puerto del Pico —dijo el conde don Enrique a su hermano el maestre don Fadrique.

Al día siguiente, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique fueron al concejo de Colmenar con sus tropas. Saquearon el concejo, prendieron fuego a todas sus casas y mataron a mucha gente. Después volvieron a Talavera, cubiertos de la sangre de aquella matanza que hicieron en las tierras de Ávila.

98

Estando el conde don Enrique y el maestre don Fadrique en Talavera, se enteraron de que el rey se encontraba en Torrijos, a cinco leguas de Toledo.

—Temo que le pase algo malo a Blanca si el rey entra en la ciudad —dijo el maestre don Fadrique a su hermano el conde don Enrique y decidieron ir en su ayuda.

El sábado, 2 de mayo, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique llegaron a Toledo. Hacía una espléndida mañana. Algunos de los caballeros más importantes de la ciudad salieron a recibirlos al puente de San Martín.

—Nos han informado de que el rey se encuentra en Torrijos. Sospechamos que la reina doña Blanca y los habitantes de la ciudad podrían pasarlo muy mal si el rey se dirige hacia aquí. Hemos venido porque tomamos partido por la reina y juramos defenderla. También deseamos socorreros a todos los que os encontráis en Toledo. Por estos motivos, os pedimos que nos acojáis en la ciudad para que el rey vea que estamos unidos y dispuestos a defender a la reina doña Blanca —dijo el conde don Enrique a aquellos caballeros.

—Os agradecemos que hayáis venido con la intención de ayudarnos, pero en Toledo todos saben que la reina doña Leonor y los infantes de Aragón, con otros grandes señores y caballeros del reino, han abandonado vuestras demandas y han vuelto al servicio del rey. Además, debemos informaros de que se están llevando a cabo conversaciones con el rey para amansar su corazón y resolver las disputas que tenéis con él a causa de la reina doña Blanca. No podemos acogeros en la ciudad. Si lo hiciéramos se romperían los tratos que estamos haciendo con el rey. Deberíais volver a Talavera. Os prometemos que estaréis informados de todo cuanto suceda en la ciudad —le respondió uno de los caballeros que salió a recibirlos.

Al conde don Enrique no le gustaron nada las explicaciones que le dieron. Aconsejado por varios caballeros de Toledo, que iban en su séquito, rodeó el río Tajo por la huerta del Rey y se dirigió con sus tropas al puente de Alcántara. Allí le esperaban los pocos caballeros que aún seguían en el partido de la reina doña Blanca, y pudo entrar en la ciudad.

«Si llegamos a sospechar que no íbamos a tener el apoyo de la ciudad, hubiéramos venido con el grueso de las tropas que dejamos en Talavera. Con los ochocientos jinetes que hemos traído no

podremos defender a Blanca», pensó el conde don Enrique.

Los de Toledo enseguida reconocieron los pendones del conde don Enrique y del maestre don Fadrique, y se produjo un gran revuelo. Tenían mucho miedo a las represalias que pudiera tomar el rey si se enteraba de que sus hermanos habían entrado en la ciudad.

—El rey pensará que los hemos acogido en la ciudad. Creerá que hemos roto los tratos que estamos haciendo con él. Pensará que le hemos traicionado —decían los caballeros más importantes de Toledo.

Mientras los caballeros de Toledo, partidarios del rey, discutían qué era lo que debían hacer, el conde don Enrique y el maestre don Fadrique se dirigían al alcázar. Iban decididos a rescatar a la reina doña Blanca del peligro que la acechaba, pero se dieron cuenta de que la alcazaba estaba muy protegida por los partidarios del rey. El conde don Enrique y el maestre don Fadrique hicieron varios intentos para traspasar las barreras con sus hombres de armas disfrazados de clérigos y de carboneros, tratando de burlar la vigilancia, pero no pudieron lograrlo y tuvieron que desistir de su empeño.

—Acaban de partir varios jinetes hacia Torrijos. Los caballeros de Toledo han entregado cartas a los judíos para que se las lleven al rey. Van a pedirle que venga a la ciudad —informó al conde don Enrique uno de sus espías.

—El rey nos ha tendido una trampa. Ha hecho tratos con los judíos y con la gente de Toledo para capturarnos —dijo el conde don Enrique al maestre don Fadrique.

El conde don Enrique se sintió frustrado por no haber podido socorrer a la reina doña Blanca. En represalia iba a vengarse de los judíos. Llamó a sus capitanes y les ordenó que atacaran sin piedad las juderías de la ciudad.

Mientras el conde don Enrique y el maestre don Fadrique iban a sus posadas, sus tropas asaltaban la judería de Alcaná. Mataron a mil doscientos judíos, entre hombres, mujeres y niños de todas las edades, pero la judería mayor no la pudieron conquistar, porque los caballeros que habían tomado partido por el rey les ayudaban en la defensa.

Después, el conde don Enrique ordenó a sus capitanes que defendieran los puentes de San Martín y de Alcántara. Quería tener asegurada una salida en el caso de que tuvieran que huir de la ciudad.

• • •

El viernes, 8 de mayo, por la mañana, el rey llegó a las afueras de

Toledo con más de tres mil jinetes. Se dirigió al puente de San Martín y allí ordenó a sus tropas que lo conquistaran. Los caballeros y escuderos del conde don Enrique y del maestre don Fadrique subieron a la torre para defender el puente, pero como no tenía pretil ni almenas para protegerse, caían heridos por las saetas que les lanzaban los ballesteros del rey. Trescientos hombres del rey atravesaban las presas del Tajo, agarrados a las cuerdas de cáñamo que les lanzaban los judíos desde la otra orilla del río. Treparon por los muros del puente de San Martín y prendieron fuego a sus puertas. En Toledo cundió el pánico. La gente se refugiaba en sus casas y en las iglesias por miedo a que la lucha tuviera lugar por las calles de la ciudad.

El conde don Enrique y el maestre don Fadrique se dieron cuenta de que las tropas del rey eran muy superiores en número a las suyas.

—No podemos luchar contra todo ese ejército que trae el rey. Viene con las tropas de las villas y de las ciudades que le prometieron en los ayuntamientos de Burgos. Si le hacemos frente, nos derrotará. Mejor haríamos en huir por el puente de Alcántara, que aún lo controlamos —dijo el maestre don Fadrique al conde don Enrique.

A pesar del temor que sentían don Enrique y don Fadrique de ser masacrados por las tropas del rey, decidieron que era mejor morir luchando en el campo que en las calles de Toledo y abandonaron la ciudad.

Desde uno de los ventanales del alcázar, la reina doña Blanca vio como el conde don Enrique y el maestre don Fadrique salían de la ciudad por el puente de Alcántara. Lloraba de tristeza porque no pudieron rescatarla. «Jamás volveré a verlos. El rey se vengará por los sucesos que han tenido lugar por mi causa», pensó la reina doña Blanca.

El conde don Enrique y el maestre don Fadrique bordearon con sus tropas el río Tajo y se dirigieron al puente de San Martín con la intención de luchar, pero al llegar al puente comprobaron que el rey había entrado en la ciudad. Frente al puente encontraron las mulas y los enseres que el rey dejó allí con las prisas, y se los llevaron. Enfurecidos por la trampa en la que habían caído, emprendieron camino hacia Talavera a galope tendido. Sabían que podrían correr un gran peligro durante su huida si el rey los perseguía, pero no tenían más remedio que arriesgarse.

—¡Malditos sean esos bastardos! —exclamó el rey al enterarse de que le habían robado la recua y la vitualla de sus tropas.

El rey volvió al puente de San Martín y comenzó a perseguirlos, pero apenas pudo recorrer una legua, porque ya era casi de noche y tuvo que regresar a Toledo. Durante el camino de vuelta seguía maldiciéndolos. No podía soportar que se hubieran escapado de una muerte que él creyó segura. «Pacté con la gente de Toledo que los detendrían y no han sido capaces ni de retenerlos hasta que llegara», pensó indignado.

Esa noche, los caballeros de Toledo pidieron al rey que fuera al alcázar, pero él se negó. No quiso ver a la reina doña Blanca y se alojó en las casas de un caballero de la ciudad.

—Nos ha engañado. No ha querido cumplir los tratos que hicimos con él. Nunca tuvo la menor intención de volver con la reina doña Blanca. Su único propósito era capturar al conde don Enrique y al maestre don Fadrique —decían los caballeros de Toledo que hicieron los acuerdos con el rey.

Pero al rey le traía sin cuidado los acuerdos que había hecho con los caballeros de Toledo. Lo único que le importaba era acabar, de una vez por todas, con sus hermanos y con todos aquellos que les prestaran su ayuda. Y para que sirviera de ejemplo en el reino, estaba decidido a hacer un escarmiento.

• • •

Tres días después, cuando el rey tuvo los nombres de las personas que franquearon la entrada de la ciudad a sus hermanos, se reunió con don Juan Fernández de Henestrosa.

—Hay que detener a toda esta gente —le ordenó el rey y le entregó la lista con los nombres—. Tendréis que llevar a la reina doña Blanca al alcázar de Sigüenza. Allí no habrá quien la ayude a escapar. Pero antes de partir de Toledo, detened al obispo de Sigüenza. No hace otra cosa que conspirar. Ahora se encuentra en el alcázar con el obispo de Segovia, el confesor de la reina. Ordenad que le lleven preso hoy mismo al castillo de Aguilar de Campoo. Que no le permitan recibir visitas.

—El obispo de Sigüenza es don Pedro Gómez Barroso. El sobrino de aquel cardenal del mismo nombre que murió en Aviñón —informó Fernández de Henestrosa al rey.

—¿Qué queréis decirme? —le preguntó el rey.

—Que es primo carnal de don Fernán Pérez de Ayala. Si deseáis mantener buenas relaciones con él, no parece aconsejable detener al obispo.

El rey no quiso atender las explicaciones de Fernández de Henestrosa y se dirigió hacia la puerta con la intención de marcharse, pero antes de abandonar la sala, se volvió para

advertirle que debía irse esa misma mañana a Sigüenza con la reina doña Blanca.

—No quiero verla en la ciudad después del mediodía. Y cuando lleguéis a Sigüenza confiscad los castillos y las propiedades de ese obispo —insistió el rey antes de abandonar la sala.

Al atardecer, en la plaza mayor de Toledo, frente a la iglesia de Santa María, el rey mandó matar a veintiséis hombres de la ciudad por haber prestado su ayuda al conde don Enrique y al maestre don Fadrique.

Sucedió que entre aquellos a los que enviaba a la muerte, había un platero de ochenta años. Su hijo de dieciocho años se presentó ante el rey para pedirle que le matara a él en lugar de a su padre.

—Cortadle el cuello a este y dejad libre al viejo —ordenó el rey mientras iban degollando a los demás.

La gente de Toledo decía que el rey no debió matar al hijo del platero.

99

Don Fernán Pérez de Ayala se encontraba en Quejana cuando le informaron de que habían detenido a don Pedro Gómez Barroso, el obispo de Sigüenza.

—El rey ordenó que le llevaran preso a Aguilar de Campoo —dijo el escudero del obispo a don Fernán—. El señor obispo me pidió que viniera a veros para que lo supierais.

Don Fernán se disgustó mucho al saber que su primo el obispo de Sigüenza se encontraba preso. «¿Cómo se habrá atrevido el rey a hacer una cosa así? ¿Acaso no se dará cuenta de que el papa podría excomulgarle?», pensó. Luego comenzó a relacionar la decisión del rey de detener a su primo el obispo de Sigüenza con las ventas que le hizo de Kuartango y de las villas de Morillas. «Creí que el rey me vendía esos territorios porque necesitaba dinero para sus arcas, pero no, el rey ha pensado que iba a corromper mi integridad. Ha creído que si me vendía esos territorios, que quise comprarlos al rey don Alfonso, permanecería al margen de lo que ha hecho con mi primo». Indignado por la maniobra del rey, don Fernán estuvo pensando qué podía hacer para ayudar a su pariente. Llamó al abad y al padre Eneko, el prior de Okondo, que se encontraba en el castillo de Quejana, y les contó las noticias que había recibido sobre la detención de su primo el obispo de Sigüenza.

—Sería inútil cualquier intento que hiciera de hablar con el rey. Una intervención mía resultaría perjudicial para mi pariente —les dijo don Fernán.

—Deberíais informar al papa Inocencio VI de lo sucedido. Pedidle que envíe a un legado suyo. Si el papa interviene, el rey tendrá que liberar a vuestro primo el obispo de Sigüenza —le respondió el abad de Quejana.

A don Fernán le sorprendió el consejo del abad. No esperaba escuchar una solución tan audaz que involucrara al papa, pero tampoco le pareció descabellada la idea.

Instruido en las letras, de aspecto delgado y de buenos modales, el abad de Quejana solía pasar muchas veladas conversando con don Fernán. Entre ellos dos había surgido una gran amistad y un respeto mutuo. Don Fernán consideraba que las opiniones del abad siempre eran muy acertadas.

—Padre Eneko, ¿no queréis llevar nuestra embajada a la Corte de Aviñón? Así tendríais la oportunidad de conocer al papa —le sugirió don Fernán.

—Desearía conocer al papa y curiosear por las calles de Aviñón, pero estoy muy viejo para hacer un viaje así, don Fernán —le respondió el padre Eneko y se puso a gesticular con las manos por delante de su cuerpo, llamando la atención sobre su estado físico.

—Lo lamento, padre Eneko. Lamento que no podáis ir. Pensaré en quién confiar esta embajada —le dijo don Fernán.

• • •

Mientras don Fernán decidía a quién iba a enviar con su embajada a Aviñón, en la villa de Toro la reina doña María se lamentaba de que hubieran llevado presa a la reina doña Blanca a Sigüenza. «A la menor contrariedad que tenga el rey, se volverá a vengar de ella», pensaba la reina doña María. Pero al enterarse de que habían ejecutado a veintiséis personas en la ciudad de Toledo, recordó la amenaza que el rey le hizo de que mataría a su amante el portugués Martín Alfonso Tello si le volvía a encontrar con ella, y se angustió. Fue tal el pánico que sintió la reina doña María en ese momento que mandó mensajeros a Talavera para que el conde don Enrique y el maestre don Fadrique fueran en su auxilio.

—Si mi hijo el rey llega a Toro con su ejército antes de que nos podáis socorrer, correríamos un gran peligro. No podríamos defendernos con las tropas que tenemos. Moriría mucha de la gente que se encuentra en la villa —decía la reina doña María en sus cartas al conde don Enrique y al maestre don Fadrique.

• • •

Al rey le seguía obsesionado la idea de hacer un escarmiento con los partidarios de sus hermanos. Esta vez fue Cuenca la ciudad elegida, donde se proponía desatar su ira. Le dijeron que la ciudad se había alzado contra él y que allí se encontraba don Sancho, el pequeño de sus hermanos bastardos.

Se hicieron los preparativos y el rey se puso en marcha con todo su ejército. En las proximidades de Cuenca, le dijeron que no querían recibirle en la ciudad y se enfureció. Los conquenses sabían que la ciudad era inexpugnable. Se sentían muy seguros en aquel promontorio, rodeado por las hoces de los ríos Júcar y Huécar. Sabían que nada les podría suceder y nadie se asustó al ver el ejército que traía el rey. Además, aquella gente no estaba dispuesta a que prendieran a don Sancho.

El rey permaneció quince días en una aldea, a una legua de la ciudad. Tenía la esperanza de que los conquenses cambiaran de parecer. Pero su esperanza de que se produjera ese cambio de actitud, se desvaneció con la llegada de sus mensajeros. Le traían

noticias sobre sus otros dos hermanos.

—El conde don Enrique y el maestre don Fadrique han salido de Talavera y se dirigen hacia Toro. Van con mil doscientos jinetes y mucha gente de a pie —informaron al rey.

El rey sabía que no podía tomar la ciudad de Cuenca por la fuerza ni tenía tiempo para ponerla bajo asedio si quería perseguir a sus hermanos. Tuvo que hacer una tregua con los conquenses para evitar la guerra, levantó el campamento y se marchó hacia la villa de Toro.

El rey iba pensando en todas aquellas personas que habían participado en su detención. Sabía que mientras vivieran sus hermanos y sus primos los infantes de Aragón no se sentiría seguro. «Si ellos no mueren, me arrebatarán el trono y me matarán». Pero al recordar las últimas ejecuciones que ordenó en la ciudad de Toledo, comenzó a sentirse más tranquilo. Estaba satisfecho de haber matado a todos aquellos que se levantaron en armas contra él. Convencido de que ese escarmiento daría los resultados que esperaba, se serenó. Pero al ver que el infante don Fernando de Aragón cabalgaba a su lado, volvió a perder la serenidad. Se le quedó mirando sin que él se diera cuenta y cabalgó al trote para perderle de vista. Durante los días que duró el viaje a Segovia, camino de la villa de Toro, el rey evitaba estar a solas con el infante don Fernando. No quería proporcionarle la más mínima esperanza de que se hubiera olvidado de su traición.

• • •

Las trompetas del alcázar de Segovia comenzaron a sonar anunciando la llegada del rey. Al escuchar las trompetas, el mago Mizar se asomó a una de las ventanas del observatorio astronómico. «Esta noche haré las cartas astrales del rey», pensó al verle. Mizar quería saber si el rey iba a estar implicado en las muertes de la señora de Vizcaya y en la de su hermana doña Isabel. Sus muertes trágicas las había visto en las cartas astrales que les hizo durante su estancia en Segovia, con motivo de la boda de don Tello, y quería despejar sus dudas.

Al atardecer, el rey pidió que le sirvieran la cena en sus aposentos y se acostó.

De noche se oyeron gritos por el alcázar. Provenían de la alcoba del rey. Esa noche hacía mucho calor y habían dejado abiertas las ventanas de su alcoba.

—¡Malditos! ¡Apartaos de mi vista! ¡Malditos seáis! —gritaba el rey.

El rey increpaba en sueños al hijo del platero que mandó matar

en la ciudad de Toledo. Se le había aparecido con otros a los que también mandó degollar.

—Estos que están aquí conmigo nada tuvieron que ver con vuestros hermanos. No es cierto que les ayudaran a entrar en la ciudad. Ordenasteis matarlos bajo falsas acusaciones —oía el rey que le reprochaba el hijo del platero.

—¡Horror! Pero si no tienen cabezas. Las llevan todos bajo sus brazos. Ordené degollarlos, no decapitarlos —volvió a gritar el rey, tapándose el rostro con sus manos, mientras dormía.

Al oír los gritos, la guardia dio la voz de alerta. Los oficiales entraron en los aposentos del rey para saber qué le sucedía y le encontraron dormido, empapado en sudor.

—Está soñando. Tiene una pesadilla. Mejor será no despertarle. Hay que dejarle en paz —dijo uno de los oficiales.

—Algo le sucede. Se está retorciendo —advirtió otro de los oficiales al ver como se movía sobre la cama.

—Dejadle en paz —volvió a insistir el oficial y abandonaron los aposentos del rey.

También el mago Mizar pudo escuchar los gritos del rey. Esa noche había estado haciendo sus cartas astrales y tenía curiosidad por saber qué le sucedía. Movido por el deseo de averiguar lo que para él estaba prohibido, se dirigió al desván que había encima de los aposentos del rey y allí permaneció escondido con la intención de espiarle. «Si me encuentran aquí me matarán», pensó él. Quería conocer más detalles de la personalidad del rey para terminar sus cartas astrales. Pero al amanecer tuvo que desistir y regresó al observatorio, porque el rey había dejado de hablar en sueños y ya no gritaba.

Cuando el rey despertó se sentía mal. Él lo atribuyó a que no había dormido bien. Aunque apenas recordaba la pesadilla que tuvo esa noche, sabía que había soñado con las ejecuciones de Toledo.

Frente al alcázar de Segovia esperaban al rey sus oficiales y el infante don Fernando de Aragón. Todos estaban preparados para partir hacia la villa de Toro.

El mago Mizar se encontraba en una de las ventanas del observatorio astronómico con las cartas astrales que había hecho esa noche. Quería comprobar si veía algún signo que confirmara sus hallazgos, pero de pronto el rey cruzó a galope el puente levadizo del alcázar y marchó hacia la puerta de Santiago para abandonar la ciudad. «¡Muerte y venganza! Es lo único que pude averiguar en estas cartas astrales», se decía Mizar sin haber podido esclarecer si el rey iba a estar implicado en las muertes de doña Juana, la señora

de Vizcaya, y en la de su hermana doña Isabel.

Durante la marcha hacia la villa de Toro, el rey no podía dejar de pensar en María de Padilla. «Hace tiempo que no tengo noticias suyas. Debería ir a verla. Pronto nacerá el hijo que esperamos y no desearía que se encontrara sola, como sucedió cuando nació nuestra hija Constanza».

—Antes de dirigirnos a la villa de Toro, iremos a Tordesillas. Deseo ver a doña María y a mis hijas doña Beatriz y doña Constanza —anunció el rey a sus oficiales en Medina del Campo.

100

El rey apenas permaneció un par de días en Tordesillas con María de Padilla y sus hijas. Era tal la furia que se había desatado en su interior contra sus hermanos que ni el avanzado estado de gestación de María le retuvo junto a ella, y se marchó hacia la villa de Toro.

Tan pronto llegó el rey a Toro, se enfrentó a las tropas de sus hermanos en las barreras de la villa. Ese día murió mucha gente de ambos bandos. Pero como el rey no consiguió tomar la villa se fue a Castronuño. Pasados ocho días marchó a Pozoantiguo. Después abandonó aquella comarca, destruyó las viñas y trigales que encontró a su paso, y se instaló en la aldea de Morales, cerca de Toro. Desde Morales iba dos veces a la semana a Toro y hacía pelear a los suyos en las barreras de la villa.

Mientras el rey andaba combatiendo, de un lado a otro, las tropas del conde don Enrique habían ido a Valderas y también saqueaban la región.

Estando el rey sobre Rueda, se enteró de que el conde don Enrique había huido de Toro y se dirigía hacia Galicia para unirse a las tropas de don Fernando de Castro. La primera reacción del rey fue volver a Morales para salir en persecución de su hermano, pero antes quiso conocer la opinión de sus privados y convocó a su Consejo.

—El conde don Enrique ha tenido miedo de que entrarais en la villa. Por eso ha huido. Siempre hace lo mismo si ve algún peligro —dijo Diego García de Padilla al rey.

—No debéis abandonar la comarca antes de tomar la villa de Toro. Hay que dar un escarmiento. No se pueden consentir esas revueltas que están organizando los partidarios del conde don Enrique en las ciudades y en las villas del reino —añadió don Juan Fernández de Henestrosa, dirigiéndose al rey.

Uno de los guardias que vigilaba la puerta entró en la sala y entregó una carta a García de Padilla.

—Acaba de llegar un mensajero de Tordesillas para informaros de que habéis tenido una hija —anunció García de Padilla al rey.

—¡Otra hija! Entonces le pondré el nombre de Isabel —dijo el rey y no quiso hacer más comentarios.

El rey estaba decepcionado. Creyó que esta vez nacería un varón. También se sintió triste por no haber estado junto a María durante el parto, pero enseguida desaparecieron sus decepciones y tristezas, porque lo único que le preocupaba en ese momento era

sofocar la rebelión de sus hermanos y resolver la precaria situación de su hacienda.

—Tenemos que encontrar la manera de tomar la villa de Toro para dar un escarmiento a esos rebeldes —dijo el rey a sus privados.

—Hay que tomar la torre del puente sobre el río Duero para debilitar las defensas de la villa —sugirió Fernández de Henestrosa.

—También hay que solucionar los problemas de mi tesorería. No podemos continuar así por más tiempo. Dentro de poco no podré pagar a mis oficiales —le respondió el rey.

—Si Samuel Leví no resuelve la situación de las cuentas de vuestra hacienda, deberíais nombrar a un nuevo tesorero mayor —añadió García de Padilla.

El rey no estaba dispuesto a prescindir de los servicios de Samuel Leví. Sabía que Alburquerque le había instruido para desempeñar el puesto que ocupaba, y era consciente de la dificultad que entrañaba encontrar un nuevo tesorero mayor. Sin embargo, estaba decidido a presionarle para que diera una solución a las cuentas de la tesorería.

• • •

Al día siguiente, por la mañana, el rey se puso a jugar a los dados delante de muchos de los caballeros que se encontraban con él en Morales. Delante de unas arquetas que ordenó llevar, comenzó a bromear.

—En esas arquetas se encuentra todo el tesoro de vuestro rey. ¡Veinte mil doblas de oro y de plata! Es todo el dinero que tengo. ¿Qué os parece? —preguntó riéndose el rey.

Al enterarse Samuel Leví de los comentarios que había hecho el rey sobre la precaria situación de su tesorería, se sintió humillado, y fue a verle para justificarse. Le encontró en su pabellón con Fernández de Henestrosa y García de Padilla. Leví explicó al rey por qué no había podido resolver los problemas de la tesorería, y añadió:

—Vuestros recaudadores han hecho algunas cosas que no debían, y vuestros caballeros no han podido cobrar los libramientos que les habéis asignado. Don Juan Alfonso de Alburquerque es el único responsable de la precaria situación de vuestra tesorería. Durante su privanza puso muchas dificultades para que pidiera cuentas a los recaudadores.

—Os dije que no necesitabais el consentimiento de Alburquerque para hacer vuestro trabajo. Recordaréis que os lo advertí —le recriminó el rey.

—Los disturbios del reino no han facilitado las cosas para tomar

cuentas a los recaudadores con la tranquilidad necesaria para hacer mi trabajo —le respondió Leví.

El rey no deseaba seguir aquella conversación con su tesorero mayor y le respondió con un gesto de mano para que abandonara su pabellón.

Samuel Leví sabía que debía demostrar al rey su capacidad para resolver los problemas de la tesorería si no quería perder su puesto en la Corte. Durante varios días estuvo preparando un plan. Cuando lo tuvo dispuesto pidió al rey que le diera dos castillos para guardar el dinero que se proponía recaudar.

—Podéis disponer del alcázar de Trujillo y del castillo de Hita —le respondió el rey, con la esperanza de que le proporcionara el dinero que necesitaba.

Samuel Leví envió cartas a todos los recaudadores para exigirles que rindieran cuentas de lo que habían hecho desde el comienzo del reinado de don Pedro. También envió cartas a los caballeros que tenían que cobrar de las arcas del rey. Los caballeros comparecían ante Leví bajo juramento. Si un caballero le decía haber recibido veinte mil maravedíes de los cuarenta mil que tenía asignados por el rey, Leví obligaba al recaudador a entregarle diez mil maravedíes y los otros diez mil se los ingresaba al rey. Así, de este modo, los caballeros se sentían muy contentos de recibir la mitad de los libramientos que consideraban perdidos, y el rey comenzaba a ver como iba creciendo el caudal de su tesorería.

101

En el campamento del rey esperaban con impaciencia las noticias de la incursión del infante don Juan de Aragón por tierras vascas. Todos conocían las órdenes que el infante don Juan había recibido del rey.

—Tiene que detener a don Tello. Debe reclamar el señorío de Vizcaya ante su Junta y lograr que le proclamen su señor. Dicen que el rey le casó con doña Isabel, la hermana de la señora de Vizcaya, para que el infante reclamara el señorío en el caso de que fuera necesario prescindir de don Tello. El rey está obsesionado con la idea de anexionar el señorío de Vizcaya a Castilla —se comentaba en el campamento del rey mientras el infante don Juan se dirigía hacia los territorios vascos.

El infante don Juan entró con sus tropas en Santa Gadea, una villa del señor de Vizcaya. Sus ocupantes no ofrecieron la menor resistencia. En la villa de Santa Gadea sabían que de nada les hubiera servido luchar y les franquearon la entrada.

—La última vez que vimos a don Tello fue en las Encartaciones. Hace pocos días se encontraba en Gordejuela. No sabemos qué estaría haciendo fuera del señorío de Vizcaya —informaron al infante don Juan sus espías al entrar en la villa.

Pero lo que el infante don Juan no sabía era que también los vizcaínos tenían sus espías en Santa Gadea. Eran hombres bien instruidos, dispuestos a enterarse de cualquier noticia que pudiera representar un peligro para el señorío de Vizcaya y para su gente. Por eso, al saber que el infante don Juan pretendía detener a don Tello, partieron en caballos veloces hacia el señorío y fueron a informar a don Juan de Abendaño de cuanto se habían enterado.

Camino del señorío de Vizcaya, los espías de Abendaño se encontraron con una patrulla del señorío de Ayala, y les dijeron:

—El infante don Juan atravesará con sus tropas por vuestras tierras camino de las Encartaciones. Se dirigirá a Gordejuela para detener a don Tello. Pretende que la Junta del señorío de Vizcaya le proclame su señor.

Al enterarse don Fernán, el señor de Ayala, de las intenciones del infante don Juan, ordenó a sus sargentos:

—No deseo que se organicen escaramuzas con las tropas del infante don Juan cuando pasen por el valle.

Don Fernán sabía que el infante don Juan ambicionaba el señorío de Vizcaya desde que se casó con doña Isabel, la hermana

de la señora de Vizcaya, pero no lograba a comprender cómo se atrevía a invadir los territorios vascos para detener a don Tello. «Se lo ha tenido que ordenar el rey», pensó. Le parecía tan descabellado lo que se proponía hacer que llamó a su hijo Pedro y al alcaide de Quejana para darles instrucciones.

—Irás al castillo de Aranguti y reunirás a los alcaldes de las Encartaciones —dijo don Fernán a su hijo Pedro—. Recuérdales que tengo el gobierno de ese castillo y el gobierno de las Encartaciones por orden del rey. Diles que don Tello se encuentra en Gordejuela y que los vizcaínos irán a protegerle, porque el infante don Juan de Aragón se dirige hacia allí con sus tropas para prenderle. Habrá una matanza y no deseo que ninguno de los encartados participe en esa lucha.

—A partir de ahora y hasta que el valle recobre su vida normal, nadie podrá entrar ni salir del castillo sin mi autorización. Los portones del castillo permanecerán cerrados con los alamudes. Que aseguren también los portillos y echen el rastrillo —ordenó don Fernán al alcaide de Quejana.

Mientras se tomaban esas medidas en el castillo de Quejana, en el señorío de Vizcaya comenzaban a sonar las bocinas en las cumbres del Gorbea, del Sollube y del Oiz. Estaban poniendo en pie de guerra a los vizcaínos. Luego se escucharon las chalapartas para que los vizcaínos acudieran a Gordejuela en ayuda de don Tello.

• • •

Al día siguiente, los vigías del castillo de Quejana avistaron a un destacamento de jinetes armados que se aproximaba.

—Es un infante de Aragón —dieron la voz de alerta los vigías al ver su pendón.

Don Fernán esperaba al infante en la torre del homenaje.

—Traemos esta carta del infante don Juan de Aragón —dijo uno de sus oficiales y se la entregó a don Fernán.

—¿En dónde está el infante don Juan? —preguntó sorprendido don Fernán al ver que no se encontraba allí con sus oficiales.

—En Santa Gadea, señor. Allí se quedó con el resto de la tropa —le respondió otro de los oficiales del infante.

Don Fernán se indignó al leer la carta. «Se queda en Santa Gadea y me pide que me ponga al frente de sus tropas para detener a don Tello. ¡Cómo puede tener semejante osadía!», pensó al comprobar su cobarde pretensión.

—Si viene el infante don Juan, tendré mucho gusto de recibirle en Quejana —les dijo don Fernán, convencido de que aquellos hombres desconocían el contenido de la carta.

Lo que nadie sabía era que el infante don Juan nunca pensó enfrentarse a los vizcaínos. Les tenía tanto miedo que no figuró en sus planes entrar en el señorío. Cuando estuvo en Burgos, con motivo de la reunión de los ayuntamientos, su hermano el infante don Fernando le había aconsejado que no persiguiera a don Tello para evitar que le mataran.

—Desde Santa Gadea podrás enviar las tropas para que capturen a Tello y no correrás ningún peligro —le había dicho al infante don Juan su hermano el infante don Fernando.

El temor que el infante don Juan tenía a los vizcaínos era muy superior al que le infundía su primo el rey. Prefería afrontar las represalias del rey que entrar en los territorios vascos, aunque sabía que si no detenía a don Tello tendría que responder por ello. «Me comprometí a capturarle si el rey me daba más hombres de armas y no sé cómo podré justificarme si las tropas no lo logran». El infante estaba arrepentido de haber adquirido ese compromiso. «Será imposible detener a don Tello», pensaba él y, ante su desesperación, se había visto obligado a recurrir a don Fernán.

Aunque don Fernán no pensaba intervenir en aquella lucha, quería estar enterado de lo que iba a suceder en Gordejuela y envió a varios hombres de armas, disfrazados de campesinos, con palomas mensajeras escondidas en sus morrales.

Antes de que las tropas del infante don Juan de Aragón aparecieran por Gordejuela, don Juan de Abendaño había tomado la delantera y llegaba a la villa con cinco mil vizcaínos.

—¿En dónde estará don Tello? —se preguntaban los vizcaínos al comprobar que no se encontraba en Gordejuela y comenzaron a buscarle.

A don Juan de Abendaño le sorprendió tanto que don Tello hubiera salido del señorío sin su conocimiento que comenzó a sospechar si no tendría algún idilio amoroso. «¿Se habrá encaprichado de otra mujer?», pensó, lamentándose de que hubiera deshonrado a la señora de Vizcaya, pero en ese momento lo que le preocupaba era el peligro que les acechaba a los vizcaínos. «El rey de Castilla no deja de hostigarnos. Cree que deteniendo a don Tello va a conseguir la anexión de Vizcaya a Castilla».

—¿A qué viene este alboroto y el despliegue de toda esa gente armada que anda por ahí? ¿Qué está sucediendo? —preguntó gritando don Tello, a través de una de las aspilleras de la torre de Zubiete, en las afueras de Gordejuela.

—Os estábamos buscando desde hace rato —le respondió el vizcaíno que había dado con él en aquella torre.

Abendaño tuvo que informar a don Tello de que el infante don Juan de Aragón se dirigía hacia Gordejuela para detenerle.

—¿De modo que viene a por mí? —le preguntó riéndose don Tello.

Abendaño llamó a los sargentos y les dio instrucciones para atacar a la caballería enemiga:

—Pondremos a nuestros hombres en varias líneas de ataque. Los de la primera línea dejarán pasar a las tropas enemigas y cuando las tengamos rodeadas las acribillaremos. Ahora desplegad a nuestra gente por el bosque en las afueras de Gordejuela. Ocultadlos en los árboles y entre la jara.

A mediodía comenzaron a sonar los cuernos en las montañas. Estaban anunciando que las tropas enemigas habían entrado en el valle de Llanteno y cabalgaban hacia Gordejuela.

Abendaño dio la señal para que saliera un destacamento de jinetes al encuentro de las tropas del infante don Juan.

—En cuanto las tropas enemigas vean a nuestros jinetes, comenzarán a perseguirlos. Nuestros jinetes los conducirán a la emboscada que les hemos preparado y caeremos sobre ellos —explicó Abendaño a don Tello.

Como estaba previsto, la caballería enemiga avistó a los jinetes vizcaínos, y fueron tras ellos. Al atravesar la primera línea de ataque, los vizcaínos salieron de entre los árboles y la jara, dispararon sus flechas y acribillaron a la caballería enemiga.

Las carcajadas de los vizcaínos se escuchaban por el bosque mientras seguían lanzándose desde los árboles sobre los jinetes y los acuchillaban. Luego desenvainaron sus espadas y continuó la matanza hasta que se oyó la llamada de un cuerno y los jinetes del infante, que habían sobrevivido, salieron huyendo en desbandada.

—¡Dónde está el infante don Juan! ¡Dónde está ese hijo de puta! ¡No le veo! —gritó don Tello.

—Ese hijo de puta no ha venido a luchar. Es un cobarde. Se ha quedado en Santa Gadea —se oyó la voz de uno de los jinetes del infante don Juan, mientras trataba de huir de aquella emboscada.

A través de las copas de los árboles comenzaron a penetrar en el bosque los rayos del sol. Los vizcaínos pudieron contemplar la tierra ensangrentada con los cuerpos sin vida de los jinetes que habían abatido.

—¡Que vuelvan, que vuelvan, que volverán a recibir su merecido! —gritaban enardecidos los vizcaínos en cerrados vítores para proclamar su triunfo.

Las palomas mensajeras, que don Fernán ordenó llevar a

Gordejuela con varios de sus hombres disfrazados de campesinos, iban llegando al castillo de Quejana con las noticias de aquella matanza.

—Los jinetes del infante acamparán en Respaldiza —decía el último mensaje que se recibió en el palomar del castillo de Quejana.

—Si vienen a Respaldiza será porque buscan vuestro amparo —dijo el alcaide de Quejana a don Fernán.

—No podríamos ayudar a la caballería del infante si los vizcaínos los atacaran. No deseo tomar partido en esta contienda —le respondió don Fernán.

—Los vizcaínos respetarán vuestras tierras —le replicó el alcaide.

—Que maten unos bueyes. Que los descuarticen y se los lleven para que puedan alimentarse. También necesitarán vendas para los heridos. Que no digan que no los hemos socorrido —dijo don Fernán al alcaide de Quejana.

Don Fernán estaba preocupado por las consecuencias de aquella derrota. «La venganza del rey será implacable. No descansará hasta conseguir la anexión de Vizcaya a Castilla». Pero don Fernán estaba convencido de que una derrota de los vizcaínos hubiera tenido consecuencias aún peores. «El rey ocuparía el señorío de Vizcaya y los vizcaínos se levantarían en armas», pensó él.

• • •

El infante don Juan de Aragón se quedó desolado cuando regresaron sus tropas a Santa Gadea y vio lo que quedaba de su caballería. «No sé qué podré hacer ahora para aplacar la ira del rey. ¿Cómo me justificaré ante él?», se preguntaba.

La noticia de la derrota del infante don Juan llegó al campamento de Morales y el rey se enfureció.

—Que ataque de nuevo con el resto de la tropa, que para eso le di mis jinetes. Debe ocupar cuanto antes el señorío de Vizcaya —decía a gritos el rey.

El infante don Juan tenía que cumplir las órdenes del rey, y en Santa Gadea comenzaron con los preparativos para atacar el señorío de Vizcaya.

Los espías vizcaínos que se encontraban en Santa Gadea salieron enseguida hacia el señorío con las noticias que se habían enterado.

—Las tropas del infante don Juan de Aragón se preparan para entrar en el señorío por la falda septentrional del monte Gorbea —informaron a Abendaño sus espías.

—El infante don Juan persiste en deteneros. La caballería enemiga nos volverá a atacar —informó Abendaño a don Tello.

—Ese cobarde no se atreverá a luchar, pero tendremos que dar a su gente la bienvenida que se merece —le respondió riéndose don Tello.

Las bocinas y las chalapartas comenzaron a sonar por los montes y valles del señorío. Más de cinco mil vizcaínos se fueron concentrando en los alrededores de Durango. Los vizcaínos iban a pie con sus espadas, sus escudos, las ballestas, los arcos y las aljabas llenas de flechas.

—Que la mayoría de nuestros hombres se escondan entre los árboles. Hoy no necesitarán llevar ballestas ni arcos ni aljabas. Y que unos quinientos hombres formen en varias líneas frente al bosque. Las tropas enemigas deben de creer que pueden atravesar nuestras líneas, girar y cargar por detrás. Que vean suficiente espacio entre nuestras líneas de defensa y el bosque. De lo contrario no atacarán —advirtió don Juan de Abendaño a los sargentos.

Los carpinteros enseñaron a Abendaño las estacas de fresno y de manzano que habían preparado en forma de lanzas.

—Entregad a nuestros hombres esas estacas. A ver si con ellas desbaratan a la caballería enemiga —ordenó Abendaño a los carpinteros.

—No debéis temer ante la carga de la caballería. Las estacas que os han entregado son más largas que las lanzas de los jinetes —dijo uno de los sargentos a los vizcaínos que iban a hostigar a la caballería enemiga, y les explicó como tenían que utilizarlas.

—Cuando derribéis a la caballería, saldremos del bosque para defenderos. Atacaremos los flancos y el cuerpo principal del enemigo —añadió otro de los sargentos.

Las tropas del infante don Juan de Aragón atravesaron Otxandiano. Bajaron en columna por el puerto de Urkiola, y una vez en el valle marcharon al trote en columnas de a dos. Al divisar a los vizcaínos en las cercanías de Durango, se detuvieron y formaron en varias líneas de ataque. Cabalgaron al trote ligero hasta que llegaron a la distancia de carga y entonces se lanzaron a galope tendido.

En ese preciso momento sonaron los cuernos y los vizcaínos levantaron las estacas del suelo. Las apoyaron sobre la tierra y la caballería se precipitó contra sus afiladas puntas. Los caballos gritaban mientras caían hocicando y los jinetes rodaban por tierra. Los vizcaínos se precipitaron sobre los hombres del infante don Juan y los acribillaron sin piedad. Los que pudieron escapar de aquella matanza salieron huyendo en desbandada.

Las tropas del infante don Juan cometieron el mismo error en el

señorío de Vizcaya que en las Encartaciones. Porque también las tierras de Vizcaya son muy fragosas y muy esquivas para combatir a caballo. Una vez más, don Juan de Abendaño había conducido a los vizcaínos a la victoria frente a su enemigo. Él fue el auténtico caudillo de los vizcaínos y no don Tello, su señor.

Don Juan de Abendaño estaba harto de los continuos conflictos que tenía don Tello con su hermano el rey de Castilla. Las relaciones de los señores de Vizcaya con los reyes de Castilla habían pasado por momentos de verdadero dramatismo a lo largo de la historia, pero nunca esas relaciones habían perjudicado tanto a los vizcaínos como estaba sucediendo en esos momentos. Los vizcaínos consideraban que los problemas que les mantenían en pie de guerra eran ajenos a ellos y no deseaban que esas cuestiones, que tan solo afectaban a los castellanos, perturbaran de esa manera a la paz del señorío. Pero a don Tello le traía sin cuidado lo que sucediera en el señorío de Vizcaya. Él recibía cuantiosas rentas de más de doscientos cuarenta lugares de Castilla, y Vizcaya era para él otra fuente más de ingresos. Como señor de Vizcaya tenía en el reino de Castilla tantas rentas como las suyas, con lo cual reunía en su persona ingresos de más de quinientos lugares. Don Juan de Abendaño sabía que don Tello no haría nada para poner término a esa disputa con el rey de Castilla, y comenzó a presionarle con el fin de restablecer la paz en el señorío.

102

El castillo de Quejana había amanecido cubierto de nieve. Desde primeras hora de la mañana, don Fernán Pérez de Ayala se encontraba leyendo frente a la chimenea de su biblioteca. De vez en cuando levantaba la vista y se quedaba contemplando el chisporroteo de los troncos ardiendo en el hogar.

A mediodía llegó al castillo un mensajero para anunciarles que el padre abad había cruzado el río Bidasoa con su séquito y se dirigía hacia Quejana.

—A nuestro abad le gustará que el padre Eneko esté aquí cuando él llegue. Mañana nos acercaremos al monasterio de San Román para ir a buscarle —dijo don Fernán a su hijo Pedro.

• • •

Habían transcurrido tres días desde que el padre Eneko llegó a Quejana y comenzaba a impacientarse por la tardanza del padre abad en llegar.

—Debería marcharme. Mi ausencia del monasterio se está prolongando demasiado. He dejado muchas faenas pendientes y mis frailes se van a enfadar conmigo si no regreso. Podríais enviar a por mí si llega el padre abad. Apenas nos separan dos leguas de aquí a Okondo. Estaría de vuelta antes de que el padre abad deshiciera su equipaje —dijo el padre Eneko a don Fernán durante el desayuno.

—¿Cómo se van a enfadar los frailes con su prior, padre Eneko? —le dijo riéndose Aldonza, la hija de don Fernán.

—Tengo unos frailes muy santos, pero muy celosos de su prior —le respondió el padre Eneko y también se echó a reír.

De pronto se oyeron voces en el patio de armas del castillo. Era la gente de Quejana dando la bienvenida al padre abad.

—Ahora tendrán que esperar los frailes a su prior —dijo riéndose Aldonza al padre Eneko.

—Vuestra hija tiene muchas ganas de burlarse de este pobre viejo prior —bromeó el padre Eneko, dirigiéndose a don Fernán.

El padre abad entró en la sala donde se encontraba don Fernán con su familia y el padre Eneko.

—El papa Inocencio VI os envía su bendición apostólica —dijo el abad a don Fernán, y comenzó a quitarse la capa de paño llena de nieve, que cubría sus hábitos.

—¿Cómo os fue? —le preguntó don Fernán, muy interesado por conocer las noticias que traía, y le hizo un gesto de mano para que

le siguiera hacia la biblioteca en la torre del homenaje.

—Su Santidad os recordaba de cuando estuvisteis en Aviñón con motivo de los funerales que se celebraron por vuestro tío el cardenal —respondió el abad a don Fernán.

—¿Y qué os dijo sobre la prisión del obispo de Sigüenza? —le preguntó don Fernán, ávido de tener noticias.

—Ha enviado al cardenal Guillermo de la Jurgue como legado suyo a Castilla. Salió de Aviñón varias semanas antes de que yo partiera de allí. El Santo Padre me dijo que había dado instrucciones muy precisas al cardenal. A estas alturas se habrá entrevistado con el rey en su campamento de Morales y es muy probable que el obispo de Sigüenza se encuentre en libertad —le respondió el abad mientras subían las escaleras de la torre del homenaje.

Don Fernán se sentía muy satisfecho de haber enviado al abad de Quejana a Aviñón. El padre Eneko y Pedro, el hijo de don Fernán, seguían con atención las explicaciones del abad.

—Fue un viaje duro. Aviñón no está a la vuelta de la esquina. Resultó interesante visitar la Santa Sede. Me entrevisté con el papa en varias ocasiones y conversé con importantes cardenales de la curia. Todos manifestaron su preocupación por la situación matrimonial del rey y la reina doña Blanca. También les preocupa la enemistad del rey con sus hermanos. Les inquieta mucho los sucesos que están teniendo lugar en Castilla —contó el padre abad y luego se dirigió hacia uno de los ventanales de la biblioteca, donde permaneció mirando la nevada que estaba cayendo sobre el valle.

—Es lógico que estén preocupados en la Santa Sede con los sucesos que acechan a Castilla. Lo extraño sería que no lo estuvieran —intervino con ironía el padre Eneko—. ¿Y de qué más se habla en la Santa Sede?

—El papa está muy preocupado con la decadencia de la Orden de San Juan de Jerusalén —dijo el padre abad mientras señalaba el sillar con la cruz de la Orden, que sacaron de uno de los muros de la biblioteca con el pergamino que contenía en su interior.

—¿Por qué está preocupado el papa? —le preguntó sorprendido don Fernán.

—Me habló de la decadencia de la Orden. Dijo que después de la pérdida de los enclaves que la Orden tuvo en Palestina, los caballeros sanjuanistas vivían rodeados de riquezas en suntuosos palacios en la isla de Rodas. Al papa no le extrañaba que se murmurase de esos caballeros. También me dijo que el rey Felipe IV de Francia pensó formarles un proceso como a los templarios. El

papa considera que los caballeros de San Juan han perdido su carisma. Habló con mucha insistencia sobre la pérdida de su carisma. No puede soportar el hecho de que la Orden de San Juan haya abandonado la luchar contra el infiel.

—¿Qué diría el santo conde don Vela, mi antepasado, si supiera lo que está sucediendo en su Orden? —se preguntó en voz alta don Fernán.

—Se escandalizaría con las cosas que suceden en la Orden. Durante una de las audiencias que me concedió el papa, le informaron de la muerte del gran maestre Pierre de Corneillan. Le dijeron que murió por el disgusto que le produjo el breve papal que le había enviado. Le encontraron muerto con el breve papal entre sus manos.

—¿Qué decía el breve del papa para haberle causado la muerte? —intervino el padre Eneko.

—Le amenazó con la excomunión y con traspasar los bienes que recibieron de los templarios a otra orden religiosa de mayor actividad y celo. El papa Inocencio VI quiere que la Orden abandone la isla de Rodas y se traslade a Esmirna en Turquía para hacer frente a los turcos. Le inquieta un posible avance turco sobre Europa.

Pedro seguía con atención aquella conversación, pero al mismo tiempo estaba reviviendo los años que pasó de estudiante en Aviñón. No podía olvidarse de los buenos recuerdos que tenía de aquella etapa de su vida.

Un criado entró en la biblioteca y les anunció que doña Elvira, la señora de Ayala, y sus hijos los esperaban para comer.

Al atardecer, llegó un jinete a Quejana y dijo al portero del castillo:

—Tengo que ver a don Fernán.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó don Fernán al reconocer al escudero de su primo el obispo de Sigüenza.

—El señor obispo de Sigüenza se encuentra en libertad. Me dijo que os expresara su gratitud. El cardenal legado del papa le contó que enviasteis una embajada a la Santa Sede para lograr su libertad. Dijo que era un secreto lo de vuestra embajada a Aviñón. El papa era consciente del peligro que corríais si se enteraba el rey —le informó el escudero del obispo.

—Decid al señor obispo que su agradecimiento debe ser para nuestro padre abad. Él fue a Aviñón para hablar con el papa en su favor —replicó don Fernán y señaló al abad con un gesto de mano.

Don Fernán sospechó que el escudero podía conocer más

detalles de la conversación que mantuvieron el cardenal y el rey, y le preguntó:

—El cardenal habrá pedido al rey que libere a la reina doña Blanca de su prisión.

—El rey no quiso hablar con el cardenal sobre la reina doña Blanca —le respondió el escudero.

—¿Y tampoco le habló de las desavenencias del rey con sus hermanos? —le volvió a preguntar don Fernán.

—Al mencionar a sus hermanos se enfureció. Eso fue lo que contó el cardenal cuando vino a Aguilar de Campoo.

—¿Estuvo el cardenal en Aguilar de Campoo después de entrevistarse con el rey? —le preguntó el padre abad de Quejana.

—Vino con un salvoconducto del rey para que dejaran en libertad al señor obispo. El cardenal recelaba de las intenciones del rey. Acababan de matar a don Juan García de Villagera, el hermano bastardo de doña María de Padilla, y el rey estaba de muy mal humor. Por eso, el cardenal le pidió el salvoconducto. Quiso tener la garantía de que dejarían libre al señor obispo —le explicó el escudero y se retiró a descansar, porque al día siguiente debía marchar hacia el obispado de Sigüenza.

—A García de Villagera le han matado sus propios freires, luchando en una pelea. El rey le nombró maestre de la Orden de Santiago el año pasado en Ocaña, aunque todos los freires de la Orden y el propio rey seguían llamando maestre a don Fadrique —intervino don Fernán, una vez se retiró a descansar el escudero del obispo.

—El cardenal hizo bien al no fiarse del rey de Castilla —comentó el padre Eneko—. La conducta del rey deja bastante que desear. Le advertí en San Román que la ira de Dios caería sobre él y Castilla se vería envuelta en continuas guerras si no obraba con justicia.

Don Fernán no pudo reprimir su curiosidad. Deseaba saber qué más dijo el padre Eneko al rey en Okondo, y le preguntó:

—Después de vuestra conversación con el rey en Okondo, observé una actitud muy hostil en el rey. ¿Acaso le anunciaste que su padre el rey don Alfonso iba a morir pronto?

—Por lo visto esperaba recibir esa noticia en cualquier momento. ¿No fue eso lo que dijo aquí cuando le comunicaron que el rey se estaba muriendo? —afirmó el padre Eneko, pero no quiso dar más explicaciones y comenzó a pasear por la biblioteca.

«Mis temores se van a confirmar», pensó don Fernán muy preocupado y convencido de que el padre Eneko acabaría teniendo

la razón. «Castilla se levantará en armas contra el rey», seguía pensando don Fernán.

103

En el campamento de Morales se hacían los preparativos para tomar la villa de Toro. Con unos ingenios que el rey mandó construir, conquistaron la torre del puente sobre el río Duero. La lucha fue dura. A Diego García de Padilla le partieron un brazo con una piedra que le arrojaron desde la torre. La gente tenía miedo de lo que pudiera suceder si el rey conseguía entrar en la villa, aunque estaba convencida de que no lo lograría. Confiaba su suerte en las tropas que llegaron desde Talavera con el conde don Enrique y el maestre don Fadrique. A pesar de que el conde don Enrique se había ido a Galicia, la gente de Toro sabía que dejó allí a la mayor parte de sus tropas para tranquilidad de todos y de su mujer la condesa doña Juana, que temía mucho al rey. Era tal la confianza que la gente de Toro había depositado en sus tropas que salía por los alrededores sin la menor preocupación. Pero lo que esa gente no sabía era que el rey estaba en tratos con un vecino de Toro para entrar en la villa.

• • •

Una mañana, el maestre don Fadrique fue a dar un paseo a caballo. Se dirigió con seis caballeros y varios escuderos hacia la isla que hay en el río Duero, frente a la villa. En la ribera del río se encontraba el rey, pero el maestre don Fadrique no le vio. Sin embargo, los caballeros del rey y los caballeros del maestre don Fadrique comenzaron a hablar entre ellos.

Don Juan Fernández de Henestrosa, el camarero mayor del rey, hizo un gesto, levantando el brazo, para que le viera el maestre don Fadrique y le dijo:

—Deberíais volver al servicio del rey, don Fadrique.

—Me aconsejáis mal al pedirme que abandone a la reina doña María, a la condesa doña Juana y a los caballeros que me acompañan en la villa.

—Os advierto del gran peligro que corréis si no volvéis al servicio del rey —insistió Fernández de Henestrosa.

—¡Cómo queréis que esté seguro del rey! —le respondió el maestre don Fadrique.

—Don Juan Fernández de Henestrosa os aconseja bien —dijo el rey a don Fadrique, que estaba escuchando aquella conversación—. Si volvéis a mi servicio os perdono por vuestra rebeldía y también a los caballeros y escuderos que os acompañan.

Al oír las palabras del rey, después de la advertencia que le hizo Fernández de Henestrosa del peligro que corría, el maestre don Fadrique tuvo miedo de lo que le pudiera suceder si el rey entraba en la villa, y no lo dudó. Atravesó el río, cabalgó hacia donde se encontraba el rey y besó sus manos.

En la villa se produjo un gran desconcierto al conocerse la noticia de que el maestre don Fadrique había vuelto al servicio del rey. La reina doña María, la condesa doña Juana y los caballeros que estaban con ellas fueron presas del pánico.

—Don Fadrique nos ha traicionado. El rey entrará en la villa. ¡Qué será de nosotras! —decía angustiada la reina doña María.

El rey había estado en tratos con un vecino de Toro para entrar en la villa. Le prometió respetar su vida y la de su familia a cambio de que le abriera la puerta de Santa Catalina. El lunes, día 25 de enero de 1356, por la tarde, las tropas del rey recibieron la orden de armarse. A la puesta del sol, como estaba previsto, la puerta de Santa Catalina se abrió y las tropas comenzaron a entrar en la villa.

La reina doña María, la madre del rey, y la condesa doña Juana, la mujer del conde don Enrique, con varios caballeros que estaban con ellas en la villa, se refugiaron en el alcázar. Hubo muchos caballeros y escuderos que quisieron huir de Toro, pero no lo lograron porque el rey tenía vigiladas las salidas y cercada la villa.

• • •

Al día siguiente, el rey se dirigió al alcázar y ordenó a la reina doña María que saliera de allí.

—La reina doña María, vuestra madre, os pide que perdonéis a los caballeros que se encuentran con ella —dijo al rey un emisario de la reina.

—Decid a la reina doña María que venga a mi presencia. Yo ya sé lo que debo hacer con esos caballeros —le contestó el rey.

Ruy González de Castañeda, que estaba con la reina, había hecho tratos secretos con el rey y tenía un aval suyo de perdón. Por este motivo, aconsejó a la reina doña María que saliera del alcázar sin ningún temor.

La reina doña María salió en compañía de la condesa doña Juana, de Ruy González de Castañeda, Pedro Estebañez Carpentero, Alfonso Téllez Girón y de Martín Alfonso Tello, su amante.

Ruy González de Castañeda y Pedro Estebañez Carpentero llevaban a la reina cogida de los brazos. El amante de la reina y el otro caballero iban detrás.

—Aquí tengo vuestro aval de perdón —dijo Ruy González de Castañeda al rey, mostrándoselo con su brazo en alto antes de salir

del alcázar.

—El plazo que os puse para que volvierais a mi servicio ha pasado. Ese aval ya no sirve —le contestó el rey.

El rey hizo un gesto a Diego García de Padilla, señalando a los caballeros que acompañaban a la reina doña María y a la condesa doña Juana.

—¿Qué deseáis hacer con ellos? —le pregunto García de Padilla.

—Que los matéis —le respondió el rey.

García de Padilla se situó en el pequeño puente que había delante del portón del alcázar, llamó a varios de sus escuderos y les ordenó:

—Matad a esos cuatro que vienen con las señoras.

Después de haber dado esa orden a sus escuderos, García de Padilla hizo un gesto con la mano a la reina doña María, a la condesa doña Juana y a los caballeros que iban con ellas para que cruzaran el puente.

Los escuderos de García Padilla rodearon a los caballeros que habían cruzado el puente y comenzaron a empujarlos para separarlos de las señoras. Pedro Estebañez Carpentero recibió un golpe en la cabeza con una maza que le derribó a tierra, cerca de donde estaba la reina doña María, y allí mismo el escudero le atravesó el pecho con su espada. Ruy González de Castañeda recibió un tajo que le abrió la garganta y cayó desangrándose. Martín Alfonso Tello, el amante de la reina doña María, y Alfonso Téllez Girón corrieron la misma suerte. Los degollaron y con unas mazas les reventaron la cabeza en el suelo. Y el rey ordenó que les despojaran de todas sus ropas.

La reina doña María y la condesa doña Juana cayeron a tierra sin sentido al ver matar a todos estos caballeros. Allí permanecieron tendidas hasta que las levantaron.

—¡Maldito seáis! Habéis deshonrado a vuestra madre. Prefiero morir que vivir con el recuerdo de lo que habéis hecho —gritaba enfurecida la reina doña María al ver los cuerpos desnudos de aquellos caballeros a los que el rey mandó matar.

Después, el rey ordenó que llevaran a las señoras al palacio de la reina doña María en el monasterio de los padres predicadores, donde se alojaban.

El maestre don Fadrique se estremeció al comprobar la saña con la que se había vengado el rey. «Tenía razón Fernández de Henestrosa del peligro que corría si no volvía al servicio del rey. De no haber actuado con presteza ahora estaría muerto junto a esos pobres desgraciados», pensó él.

• • •

Pocos días después, la reina doña María pidió al rey que la enviara a Portugal junto a su padre el rey don Alfonso.

El mismo día que la reina doña María partió de la villa de Toro hacia el reino de Portugal, el rey mandó prender a la condesa doña Juana y mataron a todos los que estuvieron defendiendo la villa con el conde don Enrique, el maestre don Fadrique y don Tello.

104

La noticia sobre la matanza de Toro corrió por todo el reino. Los caballeros de la ciudad de Cuenca, que habían tomado partido por la reina doña Blanca, cogieron a don Sancho, el hijo del rey don Alfonso y de doña Leonor de Guzmán, y se marcharon con él a Aragón por miedo a las represalias del rey. Otros caballeros que también se habían alzado contra el rey, abandonaron el reino y se dirigieron a Francia. El miedo, la venganza y el terror se habían apoderado de Castilla.

De todas las noticias que llegaron al señorío de Vizcaya, la que más preocupó a don Tello fue el regreso del maestre don Fadrique al servicio del rey. «Si no sigo su mismo camino, el rey intentará detenerme y perderé todos los lugares, castillos y behetrías que tengo en Castilla», pensó don Tello y comenzó a considerar la posibilidad de volver al servicio del rey.

Don Juan de Abendaño se dio cuenta de los temores que habían producido en don Tello la matanza de Toro y quiso aprovechar esa circunstancia para que zanjara las diferencias que tenía con su hermano el rey de Castilla.

—Deberíais evitar que el rey siga hostigando a los vizcaínos por vuestras disputas —decía Abendaño a don Tello, durante las conversaciones que celebraba con él.

Pero como Abendaño no estaba convencido de que don Tello fuera a poner fin a sus desavenencias familiares, decidió enviar en secreto cartas al rey de Castilla.

—Las disputas de don Tello nada tienen que ver con los vizcaínos. Es necesario poner fin a esas hostilidades contra los vizcaínos —advertía Abendaño en su carta al rey y le prometía que haría todo lo que estuviera de su parte para resolver el conflicto que tenía con don Tello.

• • •

Mientras el rey se encontraba poniendo cerco a Palenzuela, una villa que se había alzado contra él en demanda de las reivindicaciones de la reina doña Blanca, llegaron los mensajeros de don Tello.

—Don Tello desea regresar a vuestro servicio si le concedéis el perdón que os pide —anunciaron al rey los mensajeros de su hermano bastardo.

Pocos días después, el rey supo que don Tello se dirigía hacia

Palenzuela y comenzó a pensar en la manera de vengarse de él. Quería matarle junto a sus primos los infantes de Aragón don Fernando y don Juan, el maestre don Fadrique y don Juan de la Cerda, que se encontraban con él poniendo cerco a Palenzuela. No podía olvidarse del ultraje que cometieron cuando le detuvieron en la villa de Toro, y ardía en deseos de vengarse de ellos.

—Quiero cogerlos a todos juntos y matarlos cuando llegue don Tello, pero no sé cuál puede ser el mejor modo de hacerlo —preguntó el rey a don Juan Fernández de Henestrosa.

—Deberíais perdonar a todos los caballeros que se encuentran en Palenzuela. Ahora os interesa conseguir que os entreguen la villa. Después tendréis ocasión para vengaros de todos esos que os detuvieron en Toro —aconsejó Fernández de Henestrosa al rey, porque buscaba la manera de salvar de una muerte segura a varios amigos suyos que se habían alzado en Palenzuela.

—Pero ¿cómo lo haremos? —insistió el rey.

—Cuando entremos en Palenzuela, tomaré el castillo y simularé estar enfermo. Entonces vendréis a verme. Una vez en el castillo diréis que queréis jugar a los dados. Enviaré a por don Fadrique, don Tello, los infantes de Aragón y a por don Juan de la Cerda. Les diré que deseáis jugar con ellos, y ese será el momento de vuestra venganza —le respondió Fernández de Henestrosa.

Al rey le pareció bien el plan que le expuso Fernández de Henestrosa y decidió perdonar a todos los caballeros de Palenzuela que se habían sublevado contra él.

Esa misma tarde, Fernández de Henestrosa entró en el castillo de Palenzuela dispuesto a poner en marcha su plan, pero lo que no podía sospechar era que sus proyectos se iban a desbaratar, porque don Tello se había enterado por sus espías de las intenciones que tenía el rey para matarle. Por ese motivo, dio media vuelta, antes de llegar a Palenzuela, y regresó al señorío de Vizcaya.

Enseguida se dio cuenta el rey de que había perdido la oportunidad de matarlos a todos juntos por esperar a don Tello. Estaba tan indignado, por haber desperdiciado esa oportunidad tan anhelada por él, que contaba delante de algunos de sus caballeros como había pensado matarlos.

—Si los alertáis, contándoles lo que os he dicho, correréis la misma suerte que les espera a ellos —decía el rey a sus caballeros para que guardaran en secreto esa confidencia que les había hecho.

Don Juan Fernández de Henestrosa se sentía satisfecho por haber salvado a sus amigos de una muerte anunciada, aunque era consciente de que había engañado al rey para protegerlos.

«Tendré que hacer algo para dar un escarmiento a Tello. No puedo tolerar que ese bastardo se haya burlado de mí», pensaba el rey, enfurecido.

—¿Dónde tenéis ese documento que habéis preparado para que lo firmen don Tello y doña Juana? —preguntó el rey a Fernández de Henestrosa.

Don Juan Fernández de Henestrosa se dirigió a su escritorio de campaña y comenzó a escudriñar entre los documentos que llevaba consigo.

—No se trata de un documento, sino de varios. Aquí están —le dijo Henestrosa y se los entregó al rey.

El rey los leyó con mucha atención. Volvió a releer alguno de sus párrafos y se quedó muy satisfecho al comprobar los pasos que se iban a dar para que los vizcaínos tuvieran que garantizar el pleito de homenaje que le tendrían que hacer los señores de Vizcaya. «Pronto someteré al señorío de Vizcaya bajo mi control y me convertiré en su señor», pensó.

—Rodríguez de Villegas, mi alférez mayor, tendrá que ir al señorío de Vizcaya con estos documentos para que los firmen —ordenó el rey a Fernández de Henestrosa.

El rey deseaba ver a María de Padilla y a sus tres hijas, pero antes de partir hacia Tordesillas llamó a Rodríguez de Villegas para darle instrucciones muy precisas de cómo debía cumplir sus órdenes.

—Aquí tenéis los documentos que deberán firmar don Tello, doña Juana y los vizcaínos. Deben saber que si se niegan a firmarlos mis represalias no se harán esperar. Despojaré a don Tello de todos los señoríos, castillos, behetrías que tiene en el reino y me veré obligado a invadir el señorío con mi ejército. Las consecuencias de la invasión recaerán sobre don Tello, doña Juana y los cabecillas del señorío por haberse negado a acatar mis órdenes —dijo el rey a su alférez mayor; y sin más explicaciones salió de la sala y se marchó hacia Tordesillas.

Al atardecer, el rey atravesaba el río Duero con sus tropas. María de Padilla le esperaba en el patio del palacio de Tordesillas con sus hijas Beatriz, Constanza e Isabel.

—Lamento no haber podido verte después de la muerte de tu hermano Juan. No pude venir antes porque tenía que tomar la villa de Toro para dar un escarmiento —dijo el rey a María, y luego abrazó a sus hijas.

—Aquí celebramos un funeral por Juan. También las clarisas de Astudillo organizaron honras fúnebres por su alma —le respondió

María.

—Mi madre se ha marchado a Portugal. Se lo permití para evitar que siguiera mezclándose en los asuntos del reino —le contó el rey.

María de Padilla estaba informada de todo lo que había sucedido en Toro. Sabía que el rey ordenó matar a mucha gente. Desaprobaba lo que hizo, y como no deseaba contrariarle no quiso hablar de ello. María quería distraer al rey de todos esos asuntos que tanto le agobiaban y llamó a las niñas para que jugara con ellas.

Con el fin de apartar al rey de sus tribulaciones, María le organizaba todos los días excursiones con las niñas en una falúa por las aguas del Duero. «A ver si se olvida de sus preocupaciones», pensaba ella. Las niñas disfrutaban mucho viendo a los patos remontarse sobre las aguas cuando se aproximaban a la orilla en la falúa. Pero a pesar de los esfuerzos que María hacía para distraer al rey, no lo lograba.

• • •

Una tarde, de vuelta de una de esas excursiones por el río Duero, el rey llamó a Fernández de Henestrosa, y le dijo:

—Quiero matar al maestre don Fadrique.

—¿Al maestre don Fadrique? ¡Aquí y ahora! ¿En Tordesillas? —le preguntó sorprendido Fernández de Henestrosa.

—Organizaremos un torneo. Cincuenta caballeros contra otros cincuenta, entre los que participará el maestre don Fadrique —le respondió el rey.

—Pero ¿quién va a matar al maestre don Fadrique en un torneo, delante de todo el mundo?

—Habrá que hablar con alguno de los cien caballeros que participen en el torneo. ¿Acaso no habrá nadie que se atreva a hacerlo?

—Tendríais que descubrir vuestras intenciones ante más de un caballero, y eso entrañaría un gran peligro. Alguno de esos caballeros podría aprovecharse del torneo para acabar con vuestra vida, si también participáis en la lucha —explicó Fernández de Henestrosa al rey.

El torneo se celebró pocos días después en la otra orilla del río Duero, frente a Tordesillas, pero el rey no pudo lograr que se cumplieran sus deseos. Tuvo miedo de los malos presagios de Fernández de Henestrosa y no se atrevió a ordenar que mataran al maestre don Fadrique. En venganza por no haber podido acabar con él, ordenó las muertes de dos caballeros amigos de don Fadrique, uno de Toledo y el otro de Valladolid, que le habían ayudado a

luchar contra él.

Al enterarse el maestre don Fadrique de las muertes de sus amigos, sospechó que el rey también querría matarle.

—Esos amigos tuyos estaban creando muchos problemas. Por eso ordené que los mataran. Nada tiene que ver contigo —dijo el rey al maestre don Fadrique, para tranquilizarle.

Esa misma tarde llegó a Tordesillas un mensajero del conde don Enrique.

—Trae una carta. Al parecer, el conde don Enrique desea marchar al reino de Francia y quiere que le extendáis salvoconductos para abandonar el reino —informó Diego García de Padilla al rey, con un tono despectivo.

—Que le extiendan los salvoconductos que solicita, pero advertid al infante don Juan de Aragón, a Diego Pérez Sarmiento, mi adelantado mayor de Castilla, y a todos los señores y caballeros de las comarcas por donde tenga que pasar el conde don Enrique, que le detengan y que le maten —ordenó el rey a García de Padilla.

El conde don Enrique se enteró por sus espías de los planes que tenía el rey para matarle y cambió la ruta que había previsto para llegar a Francia. Decidió atravesar Asturias, porque estaba convencido de que nadie iba a sospechar que cruzaría por aquellas tierras, camino del señorío de Vizcaya. El conde don Enrique tomó la decisión de abandonar el reino cuando supo que el maestre don Fadrique había vuelto al servicio del rey. Entendió que ya no había razón para hacer la guerra ni para permanecer por más tiempo en el reino de Castilla. «Nunca venceremos al rey si cada uno de nosotros actuamos por nuestra cuenta», pensó él.

105

En Bermeo se produjo un gran revuelo al conocerse la noticia de que un destacamento del rey había entrado en el señorío y se dirigía hacia la costa.

Al atardecer, el destacamento había llegado a Bermeo y cabalgaba en dirección al castillo de los señores de Vizcaya.

—El alférez mayor del rey de Castilla acaba de llegar —informaron a don Tello.

—¿A qué se debe vuestra visita? —preguntó sorprendido don Tello a Juan Rodríguez de Villegas en la sala donde le recibió.

—El rey os ordena que reunáis a los principales caballeros del señorío en la villa de Bilbao. También desea que convoquéis a los apoderados de las villas y de los concejos con sus escribanos —le informó el alférez.

—¿Dónde están esas órdenes? —le volvió a preguntar don Tello.

—Aquí las tenéis —le respondió el alférez y le entregó uno de los documentos que traía.

Don Tello se quedó tan desconcertado que no podía creer todo cuanto estaba leyendo. «¿Se habrá vuelto loco el rey?», se preguntaba él.

—¿Cómo es posible que el rey me dé estas órdenes? ¿Acaso no sabe que el señorío de Vizcaya y los vizcaínos no dependen de él? ¿A qué viene todo esto? —le preguntó don Tello, después de terminar de leer el documento.

—Esas son sus órdenes —insistió el alférez.

—Esas órdenes no las aceptarán la señora de Vizcaya ni los vizcaínos. ¿Cómo voy a exigirles que acepten esas condiciones? ¡Acaso desea el rey humillar a todos los vizcaínos! —exclamó desconcertado don Tello.

—El rey quiere que se firmen estos documentos que he traído y que los vizcaínos garanticen su cumplimiento. Si os negáis a aceptar los términos de estos documentos, el rey os despojará de todos los señoríos, castillos, behetrías que tenéis en el reino y se dispondrá a invadir el señorío de Vizcaya con su ejército —le respondió el alférez.

—Hablaré con doña Juana y con los caballeros principales del señorío antes de tomar una decisión —le replicó don Tello al conocer las amenazas del rey.

—Debéis convocar cuanto antes a los vizcaínos en la villa de Bilbao —insistió el alférez y se retiró a descansar.

Esa noche, don Tello tuvo que explicar a doña Juana el motivo de la visita del alférez, pero le ocultó las amenazas que recibió del rey si no firmaba los documentos que envió.

—No comprendo qué pretende tu hermano Pedro —respondió doña Juana a don Tello.

—Desea que levantemos el pleito de homenaje que nos hicieron los vizcaínos en Aretxabalaga después de nuestra boda —le explicó don Tello.

—¿Por qué, por qué quiere que les levantemos el pleito de homenaje? ¡Eso no lo podemos hacer! —exclamó doña Juana.

—Nos presiona porque desea anexionar el señorío a Castilla. Como no lo ha conseguido por la fuerza, pretende que le facilitemos nosotros la anexión —le explicó don Tello.

—No lo consentiré —le respondió doña Juana.

Esa misma noche, don Tello quiso hablar con Abendaño, pero le dijeron que se encontraba en Bilbao. Entonces llamó al señor de Areilza, el preboste de Bermeo, y le informó de las intenciones que traía el alférez mayor del rey de Castilla.

—Eso que decís parece una provocación —afirmó el señor de Areilza.

—Si no aceptamos las condiciones del rey, nos amenaza con invadir el señorío —le respondió don Tello.

—¿Dónde está ahora ese alférez? —le preguntó el señor de Areilza.

—Está aquí, en el castillo. Le han dado de cenar y ahora se encuentra en su alojamiento —le informó don Tello.

—¿Qué vais a hacer?

—El alférez pretende que reunamos en Bilbao a los apoderados de los concejos y de las villas y a los caballeros principales del señorío.

—Hay que informar a los vizcaínos de las pretensiones del rey de Castilla. Nadie querrá morir sin saber por qué lo va a hacer —sentenció el preboste de Bermeo, pensando que se avecinaba la guerra.

Don Tello también ocultó al preboste de Bermeo las amenazas que había recibido del rey. No quiso contarle la verdad por temor a que los vizcaínos se levantaran contra él.

• • •

Al día siguiente sonaron las chalapartas a través de los valles y los montes del señorío.

—Están convocando a los concejos y a las villas para que vengan a Bilbao. También han enviado mensajeros a los principales

caballeros del señorío —informaron a Abendaño.

«Es muy extraño que don Tello esté convocando a los vizcaínos sin habérmelo consultado antes. Algo grave está sucediendo en el señorío», pensó Abendaño.

A don Juan de Abendaño le sorprendió saber que el alférez del rey había ido a Bermeo sin pasar por Bilbao. «Habrán sido las artimañas del rey para que su alférez se entrevistara con don Tello antes de verse conmigo», pensó. Su primera reacción fue partir hacia la costa para conocer el motivo de aquella inesperada visita, pero enseguida le anunciaron que se hacían los preparativos en Bermeo para que los señores de Vizcaya y el alférez del rey embarcaran rumbo a Bilbao.

Al atardecer, muchos de los apoderados que fueron convocados habían llegado a Bilbao, y la villa parecía una fiesta.

—¿Por qué hemos venido aquí? Teníamos que estar en las campas de Aretxabalaga. Allí es donde celebramos las Juntas del señorío —decían los vizcaínos, congregados en la villa de Bilbao.

Cuando don Juan de Abendaño se enteró de que los vizcaínos ignoraban por qué los habían convocado en Bilbao, ordenó que les informaran de la presencia del alférez del rey en el señorío. Después salió a pasear por las calles de la villa para hablar con ellos y se dirigió a la plaza, junto a la iglesia del Señor Santiago, donde se encontraban congregados.

—Desconozco para qué ha venido el alférez del rey de Castilla, pero no creo que sea para nada bueno. Esperaremos a que lleguen doña Juana y don Tello para saberlo —respondía Abendaño a las preguntas que le hacían los vizcaínos, mientras paseaba por la plaza.

Al atardecer, los vigías de Bilbao divisaron desde la muralla el velamen de las galeras de los señores de Vizcaya. Avanzaban por las aguas del Nervión en zigzag, dando bordadas. Intentaban ganar barlovento, pero al bordear la villa, las velas comenzaron a flamear.

—¡Arriad las velas! —se oyó gritar en la cubierta de las galeras.

Los vigías de la villa vieron como sacaban los remos por las bordas y comenzaban las maniobras de ciaboga para atracar en el embarcadero.

Los señores de Vizcaya venían en compañía de varios caballeros vizcaínos, de los apoderados de las villas de Bermeo, de Plencia y de Lekeitio. En una esquina de la cubierta, apartados de los vizcaínos, se encontraba Juan Rodríguez de Villegas, el alférez mayor del rey de Castilla, con los oficiales de su séquito.

—¿Habéis tenido una buena travesía? —preguntó don Juan de

Abendaño a los señores de Vizcaya, al recibirlos en el embarcadero.

—La mar estaba en calma, pero venimos muy preocupados, don Juan —le respondió doña Juana, la señora de Vizcaya.

—¡Preocupados! ¿Por qué estáis preocupados? —insistió Abendaño, esperando conocer alguna noticia sobre la presencia del alférez del rey en el señorío.

—No es este el momento más oportuno para hablar de nuestras preocupaciones —le respondió don Tello.

Juan Rodríguez de Villegas, el alférez del rey, quiso saludar a Abendaño y fue a su encuentro, pero Abendaño, que se dio cuenta de sus intenciones, le dirigió una mirada de desprecio, que no pasó desapercibida para nadie, y le dio la espalda. «¿Qué se ha creído este hijo de puta que no ha querido verme antes de ir a Bermeo, y ahora trata de hacerse el cortés conmigo?», pensó Abendaño, lleno de ira.

Don Juan de Abendaño estaba muy preocupado porque se daba cuenta de que algo grave estaba sucediendo. «Nunca he visto a doña Juana ni a don Tello con tanta crispación en sus semblantes. Rodríguez de Villegas ha venido al señorío para traernos complicaciones», pensó Abendaño, convencido de la gravedad de la situación.

Los señores de Vizcaya y don Juan de Abendaño atravesaron la muralla por el portal que da a la plaza y se dirigieron a la torre de Zubialdea. Al ver el alférez de rey que Abendaño había entrado con los señores de Vizcaya en Zubialdea, fue tras ellos y se introdujo en la torre.

—¿Qué está haciendo ese alférez de rey de Castilla en el señorío? —preguntó Abendaño a don Tello en presencia de doña Juana, la señora de Vizcaya, mientras atravesaban el portón de la torre y se dirigían a la sala.

—El rey desea que le rinda pleito de homenaje y que vuelva a su servicio —le respondió don Tello.

—¿Y para eso ha sido necesario convocar en Bilbao a las casas principales del señorío, a los apoderados de los concejos y de las villas y a todos esos escribanos? —le preguntó Abendaño, convencido de que don Tello le ocultaba los verdaderos motivos de aquella convocatoria.

—El rey desea que también doña Juana le rinda pleito de homenaje —le replicó don Tello.

—Eso es absurdo. El rey de Castilla sabe que los vizcaínos no permitiremos que la señora de Vizcaya rinda ningún pleito de homenaje —le respondió Abendaño, indignado.

—Eso mismo se lo he dicho a don Tello —intervino doña Juana, la señora de Vizcaya.

—¿Qué hacen aquí todos esos escribanos? ¿Para qué han venido a Bilbao? —le volvió a preguntar Abendaño en tono desafiante para que don Tello le contara la verdad de lo que tramaba a sus espaldas.

—Los escribanos están aquí para dar testimonio del pleito de homenaje que haremos al rey de Castilla —volvió a insistir don Tello sin desvelar sus verdaderas intenciones.

—Ninguno de mis antepasados ha rendido pleito de homenaje a un rey. No podemos romper con una tradición milenaria. No haremos una cosa así —respondió indignada doña Juana a don Tello, delante de la gente allí congregada.

El alférez mayor del rey escuchaba con atención todo cuanto se decía en la sala. La intervención de doña Juana le dejó preocupado. «Ahora, don Tello se echará atrás y no harán el pleito de homenaje», pensó.

Pero el alférez no estaba dispuesto a que se incumplieran las órdenes del rey y le hizo un gesto a don Tello para que zanjara aquella discusión.

Don Tello comprendió el significado de aquel gesto del alférez. Cogió a doña Juana por el brazo y la llevó al extremo de la sala para hablar a solas con ella.

—Si nos oponemos a los deseos del rey, invadirá el señorío con su ejército. Debemos hacer el pleito de homenaje. Así evitaremos que el rey se enfurezca. No debes albergar ningún temor. Los vizcaínos lo entenderán cuando se lo expliquemos —decía don Tello a doña Juana, ocultando las verdaderas intenciones por las que se sometía a los deseos de su hermano el rey de Castilla.

—No haré ningún pleito de homenaje a tu hermano. Observa como nos mira ese alférez —le respondió indignada doña Juana y abandonó la sala.

—Doña Juana verá mañana las cosas de otra manera y podremos hacer el pleito de homenaje —dijo don Tello al alférez.

—También tendréis que levantar a los vizcaínos el pleito de homenaje —le respondió el alférez.

—No os preocupéis que levantaremos el pleito de homenaje que nos hicieron los vizcaínos —le replicó don Tello.

—¿Qué es eso de que vais a levantar el pleito de homenaje que hicimos los vizcaínos? —preguntó sorprendido Abendaño a don Tello.

—El rey ha puesto unas condiciones que los vizcaínos tendrán que cumplir. Será necesario que doña Juana y don Tello levanten el

pleito de homenaje a los vizcaínos —intervino el alférez, dirigiéndose a Abendaño.

—¿Pero de qué estáis hablando? ¿A qué condiciones os referís? —volvió a preguntar Abendaño.

—Ahora debemos ir a descansar —dijo don Tello y se retiró a sus aposentos.

Don Tello estuvo hablando esa noche con doña Juana hasta altas horas de la madrugada para convencerla de que debían hacer el pleito de homenaje al rey.

—Si las tropas del rey entran en el señorío, nos detendrán y no sé qué nos podría suceder —dijo don Tello a doña Juana, con intención de atemorizarla.

Doña Juana se sentía frustrada. «Abendaño es la única persona que podía defenderme, pero no se lo han permitido», pensaba ella, convencida de que el señorío de Vizcaya iba a sucumbir ante las amenazas del rey de Castilla, y se fue a dormir.

106

Al día siguiente, don Juan de Abendaño fue a la torre de Zubialdea con la intención de hablar con doña Juana, la señora de Vizcaya. Al pasar por delante de la sala vio a unos carpinteros trabajando.

—¿Quién ha ordenado levantar este estrado? —preguntó Abendaño a los carpinteros que daban los últimos martillazos.

—El alférez del rey de Castilla —le respondió uno de los carpinteros.

—¿Y qué hace aquí ese sitial? —volvió a preguntar Abendaño.

—Cosas del alférez —le respondió el carpintero.

«El alférez ha ordenado levantar ese estrado para humillar a los señores de Vizcaya. Quiere que se arrodillen ante él durante la ceremonia del pleito de homenaje», pensó Abendaño, pero él estaba decidido a impedir que se les humillara de ese modo y se dirigió a los aposentos de doña Juana para persuadirla de que no hiciera el pleito de homenaje.

—Deseo ver a doña Juana —dijo Abendaño a uno de los guardia, apostados en la puerta de sus aposentos.

—Tenemos órdenes de que nadie atraviese esta puerta —le respondió el guardia, impidiéndole su entrada.

—Apartaos. Deseo ver ahora mismo a doña Juana —replicó gritando Abendaño.

—Doña Juana está con don Tello y con el alférez de rey de Castilla. No podéis pasar. Son las órdenes que hemos recibido —insistió el guardia.

—¿Quién ha dado esas órdenes?

—Don Tello.

—Dejadme pasar. Soy don Juan de Abendaño.

—Sabemos quién sois. Ya os lo hemos dicho. Tenemos órdenes de no dejaros pasar.

—¡A ellos! —gritó Abendaño a sus hombres para que redujeran a los guardias.

Los gritos y el ruido que provocó el forcejeo de los hombres de Abendaño con los guardias se oyeron en el interior de los aposentos de los señores de Vizcaya, y don Tello salió para saber qué estaba sucediendo.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo osáis prohibirme ver a doña Juana? —preguntó indignado Abendaño a don Tello.

—Doña Juana no puede recibiros —replico don Tello.

—Doña Juana no puede rendir pleito de homenaje al rey de Castilla —recriminó Abendaño a don Tello.

—Es a doña Juana a quien corresponde tomar esa decisión. Doña Juana sabe muy bien lo que debe hacer —le respondió malhumorado don Tello.

—Las desavenencias con vuestro hermano el rey de Castilla nada tienen que ver con los vizcaínos —insistió Abendaño, pero no tuvo la oportunidad de seguir hablando porque don Tello se introdujo en sus aposentos y cerró la puerta.

Abendaño estaba furioso con don Tello. «En mala hora permitimos que doña Juana se casara con este traidor», pensó él. Esa mañana se la pasó hablando con los vizcaínos que habían llegado a la villa de Bilbao. Estuvo tratando de convencerlos de la grave situación que se produciría en el señorío si doña Juana y los vizcaínos hacían el pleito de homenaje al rey de Castilla.

—Sería el fin del señorío. Dependeríamos de los castellanos. El rey de Castilla mandaría a su gente para gobernar nuestras tierras —les decía Abendaño a los vizcaínos con los que hablaba.

• • •

Por la mañana del día siguiente, los apoderados de los concejos y de las villas comenzaron a entrar en la sala de la torre de Zubialdea. Iban a asistir a la ceremonia del pleito de homenaje. A don Juan de Abendaño se le veía muy preocupado. Paseaba por el corredor, frente a la sala. Estaba reflexionando sobre la manera de evitar que la señora de Vizcaya tuviera que pasar por la humillación de rendir pleito de homenaje, arrodillada ante Rodríguez de Villegas. «Alguien debe impedírselo», pensaba él. Pero al verla con don Tello, con el alférez del rey y con los escribanos, sus esperanzas comenzaron a desvanecerse. Resignado ante el futuro incierto que se avecinaba a los vizcaínos, entró en la sala con los demás caballeros.

—Nos encontramos reunidos en la villa de Bilbao para anunciaros que doña Juana y don Tello, los señores de Vizcaya, han rendido pleito de homenaje a don Juan Rodríguez de Villegas en nombre y representación del rey don Pedro de Castilla. Han jurado servir al rey y se han declarado sus vasallos —estaba diciendo el escribano cuando se comenzaron a oír voces de desaprobación en la sala.

—¡Los señores de Vizcaya no son vasallos de nadie! —gritó el señor de Zubieta.

—Vuestro testimonio servirá para que se cumplan en el futuro las condiciones de este pleito de homenaje. Por lo tanto, seréis

testigos del juramento que han hecho los señores de Vizcaya al rey de Castilla —continuó diciendo el escribano.

—¡Juramento! ¿De qué juramento habláis? Nosotros no hemos sido testigos de ningún juramento de los señores de Vizcaya —alzó su voz el señor de Butrón.

—Los señores de Vizcaya hicieron ayer el pleito de homenaje ante don Juan Rodríguez de Villegas, el alférez mayor del rey de Castilla —volvió a insistir el escribano.

Al escuchar las palabras del escribano, don Juan de Abendaño se sintió engañado por don Tello. Estuvo a punto de saltar sobre él para atravesarle con su espada. «Es un pusilánime y un traidor», pensó, pero tuvo que contener su ira para evitar que los vizcaínos mataran al alférez del rey y a su séquito. Abendaño sabía que si se producía esa matanza el rey tendría un pretexto para invadir el señorío.

—Doña Juana, la señora de Vizcaya, no puede hacer pleito de homenaje al rey de Castilla sin la aprobación de los vizcaínos. Ese pleito de homenaje no sirve para nada sin nuestra aprobación —insistió enfurecido don Juan de Abendaño con la intención de soliviantar a los vizcaínos que se encontraban allí congregados.

—Ayer mostré a doña Juana y a don Tello los documentos con las condiciones que ha puesto el rey don Pedro de Castilla. Los señores de Vizcaya las aceptaron y realizaron el juramento de fidelidad al rey —anunció el alférez para que no hubiera ninguna duda de que se habían cumplido las órdenes del rey, y se dirigió al sitial instalado sobre el estrado para continuar con el pleito de homenaje que debían hacer los vizcaínos.

—¡Condiciones! ¿De qué condiciones habláis? Aún no sabemos a qué condiciones os referís —increpó Abendaño al alférez.

El alférez de rey no quiso responder a don Juan de Abendaño, y con un gesto de mano pidió al escribano que continuara con la ceremonia del pleito de homenaje.

—Ahora, los señores de Vizcaya levantarán a los vizcaínos el pleito de homenaje que les hicieron en Aretxabalaga —anuncio el escribano.

—Los vizcaínos no permitiremos que se levante el pleito de homenaje que hicimos a los señores de Vizcaya —respondió Abendaño al escribano.

En la sala se escuchó un murmullo de adhesión a las palabras de Abendaño.

—Os he preguntado por esas condiciones de las que habláis, pero no habéis querido responder —volvió a increpar Abendaño al

alférez.

—Don Juan de Abendaño tiene razón. Los vizcaínos tienen derecho a conocer las condiciones que ha impuesto el rey de Castilla —intervino doña Juana, la señora de Vizcaya, que se encontraba con don Tello, junto al estrado donde estaba sentado el alférez del rey.

—El escribano ya ha informado a los vizcaínos del juramento de fidelidad que habéis hecho al rey —respondió el alférez a doña Juana.

—Pero no habéis informado a los vizcaínos de las condiciones que exige el rey de Castilla —insistió doña Juana, malhumorada.

—¡Condiciones, exigencias del rey de Castilla a nosotros los vizcaínos! ¡Lo que nos faltaba por oír! —exclamó indignado el señor de Zubieta.

El alférez hizo un gesto al escribano para que leyera las condiciones que había puesto el rey de Castilla a los vizcaínos.

—En el caso de que don Tello abandone el servicio del rey, los vizcaínos no podrán acogerle en el señorío ni ayudarle ni defenderle por tierra ni por mar. Si doña Juana se va con don Tello, tampoco podrán acogerla en el señorío. Si doña Juana permanece en el señorío, los vizcaínos podrán tenerla como señora, pero estará sometida a la autoridad del rey de Castilla. Por todo ello, si don Tello y doña Juana abandonan el servicio del rey de Castilla, los vizcaínos tendrán que reconocer al rey de Castilla como a su legítimo señor, después de jurar los Fueros, usos y costumbres del señorío de Vizcaya —informó el escribano.

—¡Traición! ¡Alta traición! —gritó enfurecido el señor de Butrón.

—Eso no lo consentiremos jamás —anunció el señor de Zubieta.

—Esos documentos no podemos firmarlos —dijo Abendaño, dirigiéndose a los vizcaínos allí congregados.

—Tratamos de evitar que las tropas del rey invadan el señorío de Vizcaya —dijo don Tello a los vizcaínos para justificarse ante ellos y tranquilizarlos.

—Vuestro hermano ha intentado invadir el señorío en dos ocasiones y sin ningún éxito. ¡Que lo vuelva a intentar! —le respondió el señor de Butrón.

—¡Esto es una rebelión! —reprochó el alférez del rey a don Tello.

—A don Tello le trae sin cuidado el señorío de Vizcaya —dijo el preboste de Bermeo a Abendaño, que se encontraba a su lado en la sala de la torre de Zubialdea.

—Eso ya lo estamos viendo. No podemos permitir que se haga ese pleito de homenaje. El rey tendría bajo su control a los vizcaínos —le respondió Abendaño.

—Y se convertiría en el señor de Vizcaya —añadió el preboste de Bermeo.

—Pero el rey sabe que nunca podrá ser proclamado señor de Vizcaya sin el reconocimiento de los vizcaínos. Por eso quiere que nosotros garanticemos el cumplimiento de todas sus condiciones —afirmó Abendaño.

De repente se abrió la puerta de la sala y apareció el conde don Enrique. Venía rodeado de su séquito y de gente armada. Los vizcaínos se alarmaron al verle entrar, pero enseguida corrió la noticia de que había llegado a Bilbao por una ruta secreta para burlar la vigilancia del rey de Castilla.

—Viene huyendo del rey y se dirige a La Rochela —se oyeron voces en la sala, que tranquilizaron a los vizcaínos.

El conde don Enrique saludó con muestras de gran afecto a su cuñada doña Juana y a su hermano don Tello.

—¿Qué noticias traes de la Corte? —preguntó don Tello al conde don Enrique.

—Pues verás —comenzó diciéndole el conde don Enrique mientras le hacía un gesto de mano para que le condujera hacia otra estancia donde pudieran hablar sin que nadie les escuchara—, no sé si sabes que don Juan de Abendaño ha mantenido negociaciones secretas con el rey.

«¿Pero qué negociaciones secretas ha podido mantener Abendaño con el rey si rechaza con todas sus fuerzas los documentos que ha preparado Fernández de Henestrosa?», pensó don Tello. Esa noticia que le dio el conde don Enrique le enfureció, pero no estaba dispuesto a ser motivo de mofa una vez más, como lo fue en Toro, cuando su mayordomo mayor le traicionó y huyó con el rey, después de robarle el dinero de los vizcaínos. Por eso decidió actuar como si no le importara lo que su hermano le había dicho sobre Abendaño.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Adónde irás? —preguntó don Tello a su hermano el conde don Enrique.

—Iré a Bermeo y desde allí, por mar a La Rochela. Me reuniré con el rey de Francia y me pondré a su servicio para luchar contra el rey de Inglaterra —le respondió el conde don Enrique.

Mientras el conde don Enrique y don Tello seguían hablando sobre los asuntos relacionados con la Corte de Castilla, Abendaño trataba de soliviantar a los vizcaínos contra el rey de Castilla por las

condiciones que les exigía.

—Las disputas entre don Tello y el rey de Castilla no deben afectar a los vizcaínos. Esas disputas son familiares y las tienen que resolverlas entre ellos. Os pedimos que reflexionéis sobre las graves consecuencias que tendrían para nosotros la firma de esos documentos —dijo Abendaño a los vizcaínos delante del alférez y de doña Juana, la señora de Vizcaya.

—Don Juan de Abendaño tiene razón. No podemos firmar esos documentos. Sería una humillación para todos los vizcaínos —afirmó el señor de Zubieta.

—Y una traición para los vizcaínos a los que representamos aquí. Nunca aceptaremos la intromisión del rey de Castilla en los asuntos del señorío —añadió el señor de Butrón.

El alférez del rey abandonó enfurecido la sala y fue en busca de don Tello para explicarle la situación de rebeldía que se había creado en su ausencia.

Estaba furioso don Tello por las noticias que había recibido del conde don Enrique sobre Abendaño, pero al enterarse de lo que estaba sucediendo en la sala, ordenó que se hicieran los preparativos para la firma de los documentos del rey.

—Os aseguro que este asunto quedará resuelto ahora mismo —dijo don Tello al alférez.

Don Tello regresó a la sala con el alférez, y allí anunció que se iba a proceder a la firma de los documentos.

—El escribano irá llamando a los vizcaínos que se encuentran aquí presentes para firmar los documentos que ha traído el alférez del rey. Debemos garantizar su cumplimiento —ordenó don Tello.

—Nos negamos a firmarlos —le respondió Abendaño.

—Debéis firmarlos para evitar que el rey invada el señorío —replicó don Tello a Abendaño, molesto por su actitud de rebeldía.

—¡No los firmaremos! —gritó el señor de Zubieta.

—Estáis involucrando a los vizcaínos y al señorío en vuestras disputas con vuestro hermano el rey de Castilla —volvió a protestar Abendaño.

Don Tello se enfureció al ver la actitud hostil de don Juan de Abendaño. No estaba dispuesto a que se rebelara contra él delante del alférez mayor del rey, porque sabía que si no sofocaba aquella rebelión, el alférez informaría al rey de lo sucedido y perdería todas sus posesiones en Castilla. Además, era consciente de que si no daba un escarmiento, los vizcaínos nunca le respetarían y acabarían por amotinarse contra él. Convencido de que debía actuar con la mayor dureza, desenvainó su espada, se dirigió hacia don Juan de

Abendaño y le atravesó el pecho. Abendaño intentó sacársela, agarrando con sus manos el filo que traspasaba su cuerpo, pero don Tello cargó sobre su espada y se la hundió hasta la cruz. Abendaño comenzó a tambalearse, se apoyó en una mesa y cayó muerto delante de don Tello.

—¿Qué has hecho? —exclamó doña Juana, la señora de Vizcaya, dirigiéndose a don Tello, su marido.

Al ver a don Juan de Abendaño muerto, en medio de un charco de sangre, doña Juana se desmayó y cayó al suelo.

—¡Asesino, traidor! En mala hora os casasteis con doña Juana. ¡Asesino, traidor! —gritaban los vizcaínos a don Tello.

La indignación de los vizcaínos llegó a tal punto que don Tello y el alférez de rey temieron por sus vidas y abandonaron la sala de la torre.

Los vizcaínos llevaron el cuerpo sin vida de don Juan de Abendaño por las calles de la villa, rodeado de antorchas para iluminar el camino, y lo depositaron en su torre.

—Se lo dije, se lo dije que no se fiara de don Tello. Le advertí que nos traería grandes males a los vizcaínos si mi pequeña Juana se casaba con él, pero no me escuchó —se lamentaba doña Mencía ante la gente que se congregó alrededor del féretro de su hijo.

—¿Quién iba a pensar que don Tello fuera a matar a su hombre de confianza? —se preguntaba el señor de Butrón.

—Ahora harán creer al rey de Castilla que el señorío se encuentra bajo su obediencia —afirmó el señor de Zubieta.

—No se atreverán —volvió a intervenir el señor de Butrón.

—No es la primera vez que hacen una cosa así. Durante el reinado de don Alfonso simularon la compra del señorío de Vizcaya para satisfacer las pretensiones de dominio del rey sobre nuestro territorio —le respondió el señor de Zubieta.

El señor de Areilza hizo una seña a los vizcaínos para que salieran al zaguán y dejaron sola a la familia de Abendaño.

—Después de lo sucedido tendremos que tomar alguna decisión —intervino el señor de Butrón.

—¿Qué insinuáis? —le preguntó el señor de Areilza.

—Algo habrá que hacer —le respondió el señor de Butrón, desconcertado.

—¿Como qué? ¿Queréis matar a don Tello o declarar la guerra al rey de Castilla? —le preguntó el señor de Areilza.

—Pues algo tendremos que hacer —intervino el señor de Zubieta.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es no hacer nada. Don

Tello pagará por lo que ha hecho sin que nosotros tengamos que intervenir —sentenció el señor de Areilza.

107

El rey no podía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Necesitaba hacer grandes marchas por el reino para distraerse y silenciar su conciencia. Las muertes que había ordenado de personas inocentes estaban perturbando su tranquilidad y su juicio. Muchas noches gritaba en sueños, recordando las ejecuciones, y se despertaba empapado en sudor. A pesar de sus terribles pesadillas, no dejaba de hacer planes para matar a sus hermanos y a los infantes de Aragón. Pero lo que más le preocupaba era encontrar la manera de matarlos a todos juntos. Esa era su verdadera obsesión. Una obsesión que le atormentaba y que no lograba apartar de su pensamiento.

• • •

Camino de Sevilla, el rey se enteró de que un terremoto había sacudido a la ciudad. «A ver si se derrumba, de una vez por todas, ese viejo palacio y podemos comenzar a construir el nuevo», pensaba mientras cabalgaba. Sabía que los carpinteros de Toledo, los artesanos enviados por el rey de Granada y los maestros de obras le estarían esperando. Por eso ardía en deseos de llegar cuanto antes al alcázar de Sevilla.

Una vez en el alcázar, el rey pudo comprobar que el viejo palacio de los almohades estaba en el suelo y se alegró de que el terremoto les hubiera evitado el trabajo de derruirlo.

—Aquí tenéis los planos que hemos modificado siguiendo vuestras instrucciones —dijeron los maestros de obras al rey.

El rey los estuvo examinando. Comprobó que se habían introducido las modificaciones que ordenó y les respondió, señalando los restos del palacio derruido:

—Habrá que retirar esos escombros para comenzar cuanto antes con el nuevo palacio —y se despidió de ellos.

Luego quiso comprobar los daños que había sufrido la ciudad y se interesó por las víctimas de aquel terremoto.

• • •

Como el rey tenía muchas ganas de distraerse, mandó armar una galera para hacerse a la mar. Quería ver la pesca de atunes en las almadrabas. De modo que navegó por el Guadalquivir rumbo a Sanlúcar de Barrameda. Cuando arribaba a puerto vio diez galeras y dos buques atracados en el muelle.

—Las galeras son de los catalanes y los buques de los genoveses —comentó al ver sus estandartes.

Pero al pasar frente a los navíos observó que había una pelea en la zona donde atracaron y envió a un caballero de su séquito para que se enterara de qué estaba sucediendo en el muelle.

—Se están peleando porque los catalanes se han apoderado de los buques genoveses y les han requisado el cargamento de aceite que llevaban. La flota catalana la manda mosén Francés de Perellós, un caballero del rey de Aragón. Su flota ha entrado en el puerto para abastecerse de agua y se dirige a Francia. Los buques genoveses iban rumbo a Alejandría —informó al rey su emisario.

El rey se indignó por aquel atropello de los catalanes. Volvió a enviar a ese caballero y a su secretario para que hablaran con el capitán Perellós.

—El rey, nuestro señor, os pide que dejéis libres a esos buques genoveses que habéis apresado, porque se encuentran en un puerto suyo. Os rogamos que atendáis su demanda en consideración a que está ahí presente —dijeron los emisarios a Perellós, señalando al rey.

—Los genoveses no son amigos del rey de Aragón. Los catalanes estamos en guerra con ellos. Hemos capturado sus buques en una acción de guerra —les respondió el capitán Perellós.

El rey volvió a enviar a sus emisarios ante mosén Francés de Perellós para advertirle que si no dejaba libres a los buques genoveses, mandaría prender a todos los mercaderes catalanes de Sevilla y les quitaría sus bienes.

El capitán Perellós no quiso atender los mensajes del rey. Y allí mismo vendió los dos buques genoveses: uno por quinientas doblas y el otro por doscientas. Y después zarpó rumbo a Francia.

Se enfureció el rey por la conducta de Perellós y cumplió con sus amenazas. Envió a su canciller a Sevilla para que prendieran a todos los catalanes y confiscaran sus bienes.

• • •

Cuando el rey regresó a Sevilla, no le pareció suficiente el castigo que había impuesto a los catalanes y ordenó que les pusieran los grilletes y vendieran sus bienes.

Después reunió a su Consejo para tratar sobre el incidente que protagonizó el capitán Perellós en el puerto de Sanlúcar de Barrameda.

El rey ya no confiaba en sus privados, los parientes de María de Padilla, como lo había hecho hasta entonces. Ellos lo sabían y eran conscientes de su pérdida de influencia; pero como conocían los

deseos del rey de declarar la guerra a Aragón, decidieron complacerle, creyendo que así recuperarían su confianza.

—Exigid al rey de Aragón que os entregue a mosén Francés de Perellós para hacer justicia aquí con él —le aconsejó don Juan Fernández de Henestrosa.

—Enviadle un emisario y si no accede a vuestra reclamación deberíais declararle la guerra —añadió Diego García de Padilla.

A pesar de los consejos que había recibido de sus privados, el rey quería capturar al capitán Perellós y ordenó armar a toda prisa siete galeras y seis naos para perseguirle. Embarcó en una de las galeras con muchos caballeros, escuderos y ballesteros. Llegó hasta Tavira, una villa ribereña del mar de Portugal, pero allí se enteró de que Perellós había pasado hacía muchos días con su flota rumbo a Francia, y regresó a Sevilla.

• • •

Mientras el rey permanecía en el alcázar de Sevilla, esperando a que su emisario regresara del reino de Aragón, visitaba todas las mañanas las obras del nuevo palacio. Se sentía muy satisfecho de los avances realizados en tan pocos días. A pesar de los escombros que aún no habían retirado, felicitó a los maestros de obras.

Por las tardes recibía en audiencia a muy diferentes personas en su palacio. Una de esas tardes, durante una audiencia, se quedó observando a dos damas de extraordinaria belleza que le deslumbraron. Su interés por ellas fue tal que se dirigió hacia donde se encontraban y les dijo:

—¿Os dais cuenta de lo poco gentil que es la gente?

—¿A qué os referís, mi señor? —le preguntó una de ellas.

—Nadie nos ha presentado —le respondió riéndose el rey.

—Esta es María Coronel y yo soy Aldonza, su hermana, mi señor —le dijo ella con cierto desparpajo.

—¡Aldonza! —exclamó el rey, recordando a Aldonza, la hija de don Fernán Pérez de Ayala.

—¿Por qué os extraña mi nombre? —le preguntó ella, sorprendida.

—Conocí a otra Aldonza. Eso ha sido todo —le respondió el rey y la apartó de su hermana doña María.

El rey estuvo reviviendo durante unos instantes los recuerdos que tenía de su estancia en el castillo de Quejana, pero enseguida continuó hablando con doña Aldonza Coronel, ante las miradas indiscretas del resto de la gente, que se encontraba en la sala del palacio.

Don Juan Fernández de Henestrosa no dejaba de observar al rey,

porque no le parecía bien que en ausencia de María de Padilla, que se encontraba en Tordesillas con las niñas, estuviera tratando de seducir a otra mujer delante de todo el mundo. Se acercó al rey, le apartó de aquella dama con el pretexto de que tenía que comunicarle un mensaje urgente, y le dijo:

—Don Alvar Pérez de Guzmán se encuentra en la sala y no deja de observaros. Doña Aldonza Coronel es su mujer.

—Pues hay que reconocer que tiene buen gusto y que es muy afortunado —le respondió el rey al comprobar que Fernández de Henestrosa estaba molesto con él.

—Se trata de la hija de don Alfonso Fernández Coronel, al que ordenasteis matar en la villa de Aguilar —le recordó Fernández de Henestrosa, con la intención de que no siguiera manifestándose tan entusiasmado con aquella dama, porque todos veían sus intenciones.

El rey hizo un gesto de mano a Henestrosa para que se fuera, cogió a doña Aldonza Coronel del brazo y salieron de la sala.

Don Alvar Pérez de Guzmán, atónito de ver que su mujer se iba con el rey, se quedó paralizado y no se atrevió a hacer nada. Con un profundo sentimiento de frustración y de haber sido humillado, decidió permanecer en silencio ante la mirada compasiva de aquella gente que no dejaba de observarle.

—¡Qué descaro! —decían unas damas, refiriéndose a la conducta del rey.

—La descarada es ella, que se ha dejado halagar por el rey y se ha ido con él —añadieron otras damas.

Pero al cabo de un rato, y ante la sorpresa de todas las personas que se encontraba en la sala, aparecieron el rey y doña Aldonza Coronel. Venían de dar un paseo por los jardines del alcázar. A partir de ese momento cesaron las habladurías. Don Alvar Pérez de Guzmán respiró aliviado al comprobar que su mujer no le había traicionado y trató de disimular su alegría hablando con la gente que se encontraba a su alrededor, como si nada hubiera sucedido.

108

Una mañana, mientras el rey inspeccionaba las obras del nuevo palacio del alcázar de Sevilla, se le acercó Diego García de Padilla y le dijo:

—Acaba de llegar Rodríguez de Villegas, vuestro alférez. Trae noticias del señorío de Vizcaya.

El rey giró sobre sí, se le quedó mirando y le respondió:

—A qué estáis esperando. Que venga ahora mismo.

Rodríguez de Villegas caminó entre los cascotes del palacio derruido. Cuando se encontró frente al rey, comenzó a sacar unos rollos de pergamino que traía envueltos en unas pieles.

—¿Qué hacéis con esos rollos? Espero conocer las noticias que me traéis del señorío de Vizcaya —le dijo el rey, sospechando que algo no había ido bien.

El alférez estaba nervioso porque no sabía cómo reaccionaría el rey ante los sucesos que tuvieron lugar en Bilbao, y le dijo:

—Don Juan de Abendaño ha muerto.

—¿Qué estáis diciendo?

—Le mató don Tello en Bilbao.

—¡Que don Tello qué! ¿Queréis repetirme eso que habéis dicho?

El rey se quedó tan sorprendido, cuando su alférez se lo confirmó, que no pudo ocultar su alegría y le dijo:

—Muerto Abendaño serán más fáciles las cosas para someter a esos indómitos vizcaínos. A ver esos documentos que traéis —le respondió el rey, alargando su brazo para que se los entregara.

El alférez estaba temeroso de la reacción del rey. Le entregó los documentos y esperó a conocer su respuesta.

—Aquí veo las firmas de doña Juana y de don Tello, pero ¿dónde están las firmas de los vizcaínos? ¿Dónde están sus firmas? —le increpó el rey.

El rey estuvo a punto de perder los nervios y desatar toda su ira contra el alférez, pero al ver que llegaba don Juan Fernández de Henestrosa, se tranquilizó y le gritó diciendo:

—¡Mirad, mirad, los documentos que me trae Rodríguez de Villegas! ¿Para qué le he enviado a Vizcaya? Para que me traiga este documento sin las firmas. El documento más importante sin las firmas de los vizcaínos —seguía gritando mientras blandía los documentos en el aire con su brazo levantado.

Fernández de Henestrosa se sentía molesto por la conducta del rey y comenzaba a cansarse de sus continuas quejas. Además, como

era consciente de que estaba perdiendo su confianza, había ordenado al alférez que se adelantara para que le informara de lo sucedido en Vizcaya, porque él no deseaba escuchar más reproches del rey. Pero como debía responderle, le dijo:

—Tenéis el documento más importante con las firmas de doña Juana y de don Tello.

—Pero los vizcaínos no han garantizado el cumplimiento de las condiciones que impuse a doña Juana y a don Tello —le replicó el rey.

—Era previsible que esos vizcaínos se negaran a firmar ese documento —le explicó Fernández de Henestrosa.

—De modo que era previsible que no acataran las órdenes del rey. Entonces, ¿para qué preparasteis ese documento que no han firmado los vizcaínos? —volvió a gritarle el rey.

—Señor, había que intentarlo, pero no se ha logrado el resultado que deseábamos. Tenéis el otro documento firmado. Doña Juana y don Tello se encuentran ahora bajo vuestra obediencia, que es lo que deseabais. ¿O no es así? —le respondió Fernández de Henestrosa con la esperanza de que se olvidara de los vizcaínos.

Un ruido repentino que produjeron los cascotes del viejo palacio hizo que el rey y Fernández de Henestrosa dejaran de discutir y se volvieran para ver qué sucedía.

—Es vuestro alcalde de la Corte que se ha caído entre los cascotes —dijo riéndose Fernández de Henestrosa.

—Lo que necesitamos es conocer la respuesta del rey de Aragón —le respondió malhumorado el rey y le hizo un gesto con la mano a su alcalde para que se acercara.

El alcalde de la Corte se sacudió el polvo de su capa. Caminó hacia el rey y le dijo:

—Os traigo malas noticias, señor. El rey de Aragón se niega a entregaros a mosén Francés de Perellós. Dice que Perellós se encuentra fuera del reino y que debe conocer su versión de los hechos antes de tomar una decisión sobre su conducta en Sanlúcar de Barrameda.

La primera reacción del rey fue saltar por encima de los cascotes de la obra y dirigirse hacia sus aposentos en el alcázar. Allí ordenó convocar a su Consejo, y esa misma tarde se reunió con sus privados.

—Todos conocéis que el rey de Aragón se niega a entregarme a Perellós. Su negativa constituye una declaración de guerra y no tengo más remedio que responder con nuestras tropas y con el envío de nuestras galeras. Tan pronto como estén armadas las naves

deben partir hacia las aguas de Ibiza. Me informan de que allí se encuentra fondeada la armada de Aragón —les dijo el rey muy satisfecho de entrar en guerra.

El rey pidió un mapa de la frontera con Aragón y marcó los lugares donde debían situarse las tropas para defender el reino de posibles incursiones enemigas. Luego despidió a sus privados, pero antes de que abandonaran la sala llamó a Diego García de Padilla y le ordenó:

—Que don Alvar Pérez de Guzmán y don Juan de la Cerda partan lo antes posible con sus tropas hacia la villa de Serón en la frontera de Aragón, y que permanezcan allí.

Diego García de Padilla tuvo que cumplir esas órdenes, pero lo hizo con desagrado, porque conocía las verdaderas intenciones del rey. Sabía que acabaría por seducir a doña Aldonza Coronel si alejaba de Sevilla a su marido y a su cuñado. «Mi hermana María perdonó al rey por haberla humillado con doña Juana de Castro, y ahora vuelve a perseguir a otra mujer», pensaba él.

• • •

Antes de partir hacia la frontera de Aragón, don Alvar Pérez de Guzmán encargó a su antiguo mayordomo mayor, un hombre de su confianza, que vigilara a doña Aldonza.

—Si observas que el rey la sigue acosando, envíame un mensajero a Serón —dijo don Alvar Pérez de Guzmán a su antiguo mayordomo mayor.

109

Mientras las tropas de Castilla reforzaban sus posiciones en la frontera con Aragón, el rey permanecía en Sevilla obsesionado con la idea de seducir a doña Aldonza Coronel y hacerla suya. Una mañana decidió que una cacería sería el lugar más apropiado para volver a verla y ordenó que fueran a buscarla para que le acompañara.

Doña Aldonza Coronel no había participado en muchas cacerías con halcones y no era una experta en las artes de la cetrería. Enseguida se dio cuenta el rey de que carecía de experiencia en el manejo de las rapaces y cabalgó hacia ella para explicarle como lo tenía que hacer.

—Debéis extender vuestro brazo y dejarlo firme para que el halcón se pose sobre vuestro guantelete —decía el rey a doña Aldonza mientras trotaban.

Doña Aldonza Coronel estaba deslumbrada por las atenciones que recibía del rey y le mostraba su gratitud con sonrisas cautivadoras que le dirigía cuando sus miradas se cruzaban. El rey se enardecía observando los movimientos de su cuerpo bien formado, pero sabía que debía controlar sus pasiones si quería hacerla suya.

«Debo tener paciencia para que no me rechace. Esperaré a que las circunstancias me sean favorables», pensaba el rey.

Al atardecer, de regreso de la cacería, doña Aldonza llamó a su hermana doña María y le contó lo divertida que había resultado aquella jornada con el rey.

—Mucho cuidado con el rey. Sus lecciones con los halcones serán los preludios para llevarte a la cama. Verás como se entere Alvar de que estás coqueteando con el rey en su ausencia —le advirtió doña María.

—Qué tontería. Lo pasamos muy bien cazando y nada más. Que tonterías dices —replicó doña Aldonza.

Doña María Coronel no quiso insistir más. La miro de arriba abajo con un gesto de desaprobación y se marchó.

• • •

El rey seguía cazando casi todos los días en compañía de doña Aldonza Coronel con el único propósito de encontrar el momento para seducirla y hacerla suya, pero una mañana llegaron noticias alarmantes a Sevilla y sus planes se frustraron.

—El rey de Aragón ha enviado mensajeros a París para informar al conde don Enrique de que estáis en guerra, y le ha pedido que vaya en su ayuda —dijo al rey uno de sus espías que acababa de llegar del reino de Aragón.

Pocos días después, confirmaron la noticia de que el conde don Enrique se dirigía al reino de Aragón con ochocientos jinetes y muchos hombres de a pie. Ante la gravedad de esta información, el rey reunió a su Consejo y decidió que debían partir lo antes posible con sus tropas hacia la frontera de Aragón. Desde ese momento, el rey dejó de verse con doña Aldonza Coronel, porque dedicaba su tiempo a supervisar las tropas, a preparar los ingenios de guerra y a comprobar la vitualla que debían llevar.

• • •

Mientras en Sevilla se hacían los preparativos para la guerra contra el rey de Aragón, don Alvar Pérez de Guzmán recibía noticias en la villa de Serón de que el rey andaba tras su mujer, intentando seducirla.

—Debo ponerla a salvo en un lugar seguro. Marcharé a Sevilla —dijo don Alvar Pérez de Guzmán a su cuñado don Juan de la Cerda.

—También María pudiera ser víctima de las pasiones desordenadas del rey. Os acompañaré —le anunció don Juan de la Cerda.

Pérez de Guzmán y don Juan de la Cerda comenzaron a estudiar la ruta que debían tomar para llegar a Andalucía sin encontrarse por el camino con el rey y sus tropas, que se dirigían a la frontera.

—Si nos descubren, nos matarán —dijo don Alvar Pérez de Guzmán a su cuñado don Juan de la Cerda, medio en broma, medio en serio.

• • •

Al llegar al castillo de Cubel, en el reino de Aragón, el rey se enteró de que don Alvar Pérez de Guzmán y don Juan de la Cerda habían abandonado la villa de Serón y se dirigían hacia Andalucía. «Han desobedecido mis órdenes», pensó el rey muy preocupado porque sabía que eran muy poderosos y temió que se pudieran levantar contra él.

—Debemos ir tras ellos para evitar una revuelta en Andalucía —dijo el rey a sus privados, con la idea de regresar de inmediato a Sevilla para prenderlos.

—La guerra con Aragón acababa de comenzar. Es más importante que permanezcáis aquí que ir tras ellos —aconsejaron al

rey sus privados durante la reunión del Consejo, que se había convocado para tratar sobre este asunto.

—Tenéis razón, pero enviad mensajeros al concejo de Sevilla y a mis principales vasallos para que se defiendan de don Alvar Pérez de Guzmán y de don Juan de la Cerda, porque podrían hacer mucho daño en las tierras de Andalucía —les ordenó el rey.

110

El rey no hacia otra cosa que apropiarse de villas y de castillos en sus incursiones por el reino de Aragón. Estando el rey en Deza, una villa suya de la frontera, llegó el cardenal legado del papa Inocencio VI para intentar un arreglo de paz con el rey de Aragón. Durante las reuniones, a las que el rey tuvo que asistir de muy mala gana, apenas prestaba atención a lo que decía el cardenal. «Es un pelmazo. Qué se habrá creído este gordinflón», pensaba el rey mientras tenía que soportar sus aburridas intervenciones. Pero fue tal la insistencia del cardenal que el rey acabó por aceptar la tregua que le solicitaba.

—Recordad, señor. Habéis aceptado quince días de treguas —advirtió el cardenal al rey de Castilla, después de firmar varios documentos.

• • •

Al día siguiente llegó al campamento de Deza un mensajero de Portugal con una carta para el rey.

—¿Qué noticias traéis? —preguntó intrigado Diego García de Padilla al mensajero portugués.

—Nada buenas. Debo ver al rey —le respondió el mensajero.

Diego García de Padilla se dio cuenta de que algo grave había sucedido. Avisó a don Juan Fernández de Henestrosa y los dos acompañaron al mensajero ante el rey.

El rey rompió el sello de lacre con las armas del rey de Portugal y comenzó a leer la carta de su abuelo.

—La reina doña María, mi madre, ha muerto en Évora. Debió de padecer muchos dolores, pero permaneció lúcida hasta la hora de su muerte —dijo el rey a sus privados, mientras seguía leyendo la carta.

—Aquí tenéis esta otra carta —dijo el mensajero al rey, y se la entregó cuando vio que había terminado de leer la otra que le dio.

—¿De quién es? —preguntó el rey al comprobar que no traían armas el lacre de la carta.

—Lo desconozco, mi señor. Un oficial de la cancillería del rey me las entregó con las instrucciones de que os diera primero una y luego la otra que tenéis en vuestras manos —le respondió el mensajero.

El rey, sorprendido por aquella carta sin ninguna identidad, rompió el sello de lacre y al abrirla encontró las hojas de unas

plantas.

—¿Qué es esto? ¿Qué significan estas hojas? —preguntó intrigado el rey.

El mensajero hizo un gesto con sus hombros y permaneció en silencio.

—Esta es una hoja de *Nerium oleander*, más conocida por Adelfa, y esa otra es de Cicuta —explicó don Juan Fernández de Henestrosa.

—Son unas plantas muy venenosas —intervino Diego García de Padilla.

—¿De modo que alguien me manda un mensaje para decirme que mi madre murió envenenada? —preguntó el rey mientras caminaba hacia la salida de su pabellón.

—Si las cartas proceden de la cancillería del rey de Portugal, no hay ninguna duda de que os han querido informar de cómo murió vuestra madre. Todo hace sospechar que así debió de ser —le respondió Fernández de Henestrosa.

El rey comprendió el significado de aquellas dos cartas y no dudó de que procedían de su abuelo. «Se lo advertí, se lo advertí que acabaría mal. Mi abuelo estaba harto de sus continuos escándalos y ha mandado matarla», pensó él, sumido en sórdidos sentimientos de tristeza y de venganza por la conducta que observó su madre durante los últimos años.

Fernández de Henestrosa y García de Padilla pensaron que el rey desearía estar solo. Le expresaron su condolencia por la muerte de la reina doña María y se dirigieron hacia la salida del pabellón.

El rey les hizo un gesto de mano, demostrando su gratitud por el pésame, pero antes de que abandonaran su pabellón, dijo:

—Que den de comer al mensajero, a la guardia que le acompaña y que alimenten a sus caballerías.

La noticia de la muerte de la reina doña María había perturbado el estado de ánimo de su hijo el rey. Durante varios días estuvo como ausente de cuanto sucedía a su alrededor. Sumido en la melancolía que padecía, se reprochaba la muerte de su madre. «Yo tuve la culpa de que mi abuelo la matara por mis continuas quejas sobre su conducta», se lamentaba. Hasta que un día amaneció renovado, sin la melancolía que le atormentaba, y decidió proseguir la guerra contra el rey de Aragón.

• • •

Durante una de las incursiones que el rey hizo por Aragón, se enteró de que en la ciudad de Tarazona había poca gente, pero le dijeron que allí contaban con muchas provisiones. Como Tarazona se

encontraba a tan solo dieciséis leguas de Deza, quiso luchar y decidió conquistarla.

—Mañana partiremos al amanecer. Iremos a Ágreda y desde allí atacaremos Tarazona, que está mal amurallada —informó el rey a sus oficiales para que tuvieran todo dispuesto.

El jueves, 9 de marzo de 1357, el rey entró en Tarazona por la parte de la morería, que era más débil, donde combatía su hermano el maestre don Fadrique, y enseguida conquistó la ciudad.

Al enterarse el cardenal legado del papa de que el rey de Castilla había tomado la ciudad de Tarazona, se presentó allí y le manifestó su queja por haber roto la tregua.

—La tregua ya había concluido cuando tomamos la ciudad de Tarazona —le contestó el rey de muy mal humor, se dio la vuelta y salió de su pabellón.

El rey no estaba dispuesto a perder más tiempo discutiendo con el cardenal. Habían llegado a su campamento muchas tropas que venían en su ayuda y debía atender a toda esa gente; porque, además, entre esa gente se encontraban su hermano don Tello, su primo el infante don Juan de Aragón y don Fernando de Castro, que había regresado al servicio del rey por sus desavenencias con el conde don Enrique. Entre los tres habían reunido a unos siete mil jinetes, dos mil que montaban a la jineta y mucha gente de a pie.

Mientras el rey atendía a sus aliados, Diego García de Padilla acababa de recibir importantes noticias sobre las tropas enemigas. Fue en busca del rey para informarle y le dijo:

—El conde don Enrique, el conde de Foix y muchas tropas del rey de Aragón se encuentran en la villa de Borja.

El Consejo del rey se reunió para deliberar si convenía o no atacar Borja.

—Representaría un duro golpe para el rey Aragón si lográramos conquistar la villa de Borja —opinó Diego García de Padilla.

—Una victoria sobre el conde don Enrique resquebrajaría las adhesiones que recibe de sus seguidores; pero la derrota de las tropas aragonesas y la de sus aliados supondría una humillación para el rey de Aragón —intervino don Juan Fernández de Henestrosa.

—Partiremos hacia la villa de Borja. Así tendremos ocupado a todo este ejército que ha llegado a nuestro campamento. Iremos todos a la lucha, que para eso estamos aquí —les anunció el rey.

En la villa de Borja tuvieron algunas escaramuzas con los aragoneses, pero enseguida se refugiaron en la Muela, en la parte alta de Borja, y de allí no se movieron. Los castellanos pensaron que

no querían luchar por el calor sofocante que hacía, pero pronto se enteraron de que el rey de Aragón no tenía gente armada para defender la villa.

—El rey de Aragón se encuentra en Zaragoza. No quiere luchar. No se presentará en el campo de batalla porque es un cobarde —decía indignado el rey de Castilla mientras galopaba por delante de sus tropas.

El rey de Castilla tuvo que regresar a su campamento de Tarazona. Ese día, un jueves del mes de abril, el ejército castellano pasó muchísima sed. A causa del calor y de la falta de agua, murieron muchos de sus hombres de a pie. El rey estaba desolado. «Para qué nos ha servido este ejército si no tenemos con quién luchar», pensaba él.

Una vez en el campamento de Tarazona, Diego García de Padilla dio cuenta al rey de las noticias que habían llegado de Andalucía sobre las andanzas de don Juan de la Cerda.

—El señor de Marchena, el almirante Gil Bocanegra y otros vasallos vuestros lucharon contra don Juan de la Cerda en sus tierras de Gibraleón, entre Beas y Trigueros, cerca de la ribera del Candón, y le vencieron. Mataron a muchos de los suyos y luego le detuvieron.

—Al menos me dais una buena noticia después del fracaso que hemos tenido en Borja. Ahora mismo firmaré las órdenes para que maten a don Juan de la Cerda. Que uno de mis ballesteros lleve las cartas a Sevilla para que se cumplan mis órdenes —respondió el rey a Diego García de Padilla.

• • •

Antes de que las cartas del rey llegaran a Sevilla con la orden de matar a don Juan de la Cerda, doña María Coronel se presentó en Tarazona para pedir al rey clemencia para su marido.

—No os preocupéis por vuestro esposo. Os daré cartas para que os lo entreguen sano y salvo, doña María —le respondió el rey, pero sabía que antes de que llegara a Sevilla con las cartas, don Juan de la Cerda habría muerto.

Y así sucedió. Cuando doña María Coronel llegó a Sevilla le dijeron que habían matado a su marido hacía ocho días.

Al enterarse don Alvar Pérez de Guzmán de que habían matado a su cuñado, se dio cuenta del peligro que corría si no volvía al servicio del rey. Dejó a doña Aldonza Coronel, su mujer, en el monasterio de clausura de Santa Clara de Sevilla y regresó a la frontera con Aragón para pedir perdón al rey por haber abandonado su puesto.

El rey no quiso tomar ninguna represalia contra Pérez de Guzmán porque sabía que si ordenaba su muerte, doña Aldonza le rechazaría y él nunca podría hacerla suya.

—No debéis preocuparos. Comprendo que hayáis querido ver a vuestra familia, pero ahora volved a la villa de Serón para defender la frontera —respondió el rey a don Alvar Pérez de Guzmán, y le hizo un gesto de mano para que se marchara.

111

El cardenal legado del papa seguía tratando de convencer al rey de Castilla y al rey de Aragón para que firmaran la paz entre sus reinos. Durante uno de esos viajes que realizaba el cardenal entre las dos Cortes, llegó a Tarazona acompañado de Pedro Carrillo, el privado del conde don Enrique.

—Acaba de llegar el cardenal con don Pedro Carrillo —anunciaron al rey de Castilla.

—¡Pedro Carrillo! Pero ¿qué hace aquí Pedro Carrillo? —preguntó desconcertado el rey.

El rey salió de su pabellón. Se dirigió hacia Pedro Carrillo y le abrazó, porque le tenía en gran estima, a pesar de que se encontraba en el bando de su hermano el conde don Enrique. Solía decir de él que le hubiera gustado tenerle en la Corte.

—¿Venís con el cardenal a negociar la tregua? —preguntó el rey a Carrillo.

—Nada de negociar treguas, mi señor —le dijo Carrillo y se echó a reír.

—Entonces, ¿a qué se debe vuestra presencia aquí en Tarazona? —le volvió a preguntar el rey.

Pedro Carrillo hizo con las manos un ademán para separar al rey del cardenal, y le susurró al oído que tenía que hablarle.

—Y bien ¿qué tenéis que decirme? ¿Acaso tenéis algún mensaje del conde don Enrique o del rey de Aragón? —le preguntó el rey.

—No, no se trata de mensajes ni de treguas, mi señor. Se trata de mí.

—¿Qué os sucede? Hablad, por favor.

—Son inútiles tantas luchar, tantas intrigas por una causa que nunca triunfará.

—Os referís al conde don Enrique. A sus pretensiones de usurparme el trono. ¿Acaso es de eso de lo que deseáis hablarme? —levantó la voz el rey, mostrando su enojo.

—Así es, a eso me refería, mi señor.

—¿De modo que habéis venido para comunicarme alguna decisión relacionada con el conde don Enrique?

—Después de pensarlo mucho he decidido abandonar su partido.

El rey sintió tal alegría al escuchar esas palabras de Carrillo que no podía creérselo y le respondió:

—¿Acaso estáis insinuando que deseáis venir a mi servicio?

—Así es, mi señor. Nada me haría más feliz que poderos servir.

El rey pasó su brazo por encima del hombro de Pedro Carrillo y salieron a dar un paseo por las proximidades de su pabellón. Durante el paseo, el rey se interesó por el número de tropas que tenían el rey de Aragón y sus aliados, pero Pedro Carrillo no pudo aportarle más información de la que él ya tenía.

—Os daré todo lo que me pidáis, pero decidme ¿en dónde queréis instalaros para que os dé tierras? —le preguntó el rey.

—La verdad, no había pensado en ello, pero mirándolo bien siempre he tenido predilección por Tierra de Campos, con tan buen aire para la salud —le respondió Carrillo y se echó a reír.

—Tierra de Campos, Tierra de Campos —comenzó a musitar el rey—. Pues ¡Tamariz! Tamariz será un buen lugar. Os gustará. Se lo quito a mi tía la reina doña Leonor y os lo doy para que lo disfrutéis. Ordenaré que preparen cuanto antes los documentos de la donación para que podáis tomar posesión de vuestras tierras.

—Sería conveniente que me dierais unas credenciales para evitar que al salir de vuestro campamento me detuvieran, porque todos saben que he sido hasta ahora privado del conde don Enrique —advirtió Carrillo al rey.

—Tendréis esas credenciales con la autoridad necesaria para que os muestren el respeto que os merecéis —le respondió el rey.

Mientras entraban en el pabellón, el rey dijo a Carrillo:

—El cardenal ha realizado tantos viajes de una Corte a otra para lograr una nueva tregua, que al final firmaré esos documentos —se lo dijo en voz alta para que lo escuchara el cardenal, que se encontraba esperando en el interior del pabellón del rey.

—Pero tendrá que ser al menos por un año —intervino el cardenal al oír las palabras del rey.

Como el rey tenía sus propios planes no puso ninguna objeción y le respondió:

—Si esa es la voluntad de Su Santidad, la tregua que tanto anheláis será por un año. De modo que ya podéis ir preparando esos documentos.

• • •

El rey partió de Tarazona y se dirigió hacia Ágreda. Allí iba a permanecer el tiempo suficiente para matar al maestre don Fadrique, a don Tello y a su primo el infante don Juan de Aragón, porque no podía olvidarse de que le secuestraron en la villa de Toro y quería vengarse de ellos.

Durante varios días, el rey estuvo intentando matarlos a todos juntos, pero al comprobar las dificultades que tenía para lograrlo, decidió no hacerlo. «Tienen muchas tropas y si los mando matar,

mucha de su gente se iría al servicio del rey de Aragón, porque se encuentra muy cerca», pensó él. A pesar de todo, el rey seguía acariciando la idea de matarlos a todos juntos, porque ese era su obsesivo deseo.

Antes de partir hacia Sevilla, el rey llamó a don Juan Fernández de Henestrosa, y le dijo:

—Ese gordinflón maloliente del cardenal se habrá creído que voy a permanecer con los brazos cruzados durante un año. Cuando llegue a Sevilla mandaré que comiencen a construir nuevas galeras. Pero ahora debéis ir a Portugal a ver a mi abuelo el rey. Decidle que estamos en guerra con el rey de Aragón y que necesitamos su ayuda. Que necesitamos galeras bien armadas. Informadle de que he aceptado una tregua de un año con el rey de Aragón para prepararnos para la guerra.

Luego hizo un gesto de mano a Diego García de Padilla para que se acercara y le ordenó:

—Deseo saber en todo momento dónde se encuentra don Tello. Un mensajero tendrá que informar cada quince días sobre sus andanzas. También tendrás que ocuparte de que un destacamento de hombres armados marche a Tordesillas para que acompañen a tu hermana María y a las niñas a Sevilla. Allí nos reuniremos todos.

112

Pedro Carrillo había acompañado al rey hasta Ágreda, pero al enterarse de que el rey se iba a Sevilla, le pidió permiso para tomar posesión de Tamariz y partió hacia Tierra de Campos.

Durante varios días, Pedro Carrillo permaneció en Tamariz, examinando las propiedades que el rey le había concedido. En el palacio donde habitó la reina doña Leonor, la tía del rey, aún se veían objetos de su propiedad. «Ya habrá alguien que se los hará llegar», pensaba él mientras recorría los aposentos de doña Leonor.

Una tarde reunió Pedro Carrillo a sus tropas y les comunicó que estuvieran preparados porque partirían de aquel lugar al día siguiente.

—Pero ¿hacia dónde vamos a ir? —se preguntaba la gente de sus tropas.

Allí mismo, delante de sus tropas, Pedro Carrillo pidió a su sargento los mapas de Tierra de Campos, del Infantazgo de Valladolid y del reino de León.

—No hay duda de que algo trama y que no desea compartirlo con nadie —comentaron los hombres de armas de Carrillo.

Pedro Carrillo regresó al palacio. Allí estuvo examinando los mapas y comprobó la distancia que le separaba del lugar a donde pensaba dirigirse.

• • •

Al amanecer del día siguiente, las tropas estaban formadas en la plaza de Tamariz. Pedro Carrillo montó sobre su caballo y les dijo:

—Iremos hacia Medina de Rioseco. Desde allí marcharemos hacia el sur —y les hizo un gesto con el brazo para que le siguieran.

Pedro Carrillo no quiso desvelar el verdadero camino que iban a seguir. Temía que los privados del rey hubieran sobornado a alguno de sus hombres, porque sabía que desconfiaban de él. Por ese motivo, bordeó Medina de Rioseco y sin dar ninguna explicación tomó el camino que les conduciría a Pedrosa, a menos de tres leguas de Tordesillas. En Pedrosa ordenó levantar el campamento para que las tropas pasaran la noche. Pedro Carrillo conocía muy bien aquel lugar porque estuvo allí con el conde Enrique, con don Tello y con Alburquerque, mientras el rey se encontraba en Tordesillas. Pedrosa estaba en un valle rodeado de montañas. Era un lugar protegido, difícil de ser observado desde la lejanía, con abundante agua y pastos para alimentar a las caballerías. Antes de

la puesta del sol, Carrillo ordenó que el campamento estuviera bajo una estrecha vigilancia durante toda la noche.

—Si alguien intenta salir del campamento, matadle —dijo Pedro Carrillo a los centinelas antes de que fueran a ocupar los puestos de vigilancia que les habían asignado para esa noche.

Mientras cenaban, Pedro de Carrillo dijo a uno de sus jinetes de confianza:

—Al despuntar el alba, irás a Tordesillas. Debes averiguar si aún siguen allí doña María de Padilla y sus hijas. El rey envió un destacamento para conducirlas a Sevilla. Es muy probable que hayan partido —y después Carrillo se fue a dormir.

• • •

El jinete que marchó de madrugada a Tordesillas regresó al mediodía a Pedrosa y dijo a Pedro Carrillo:

—Las tropas del rey marcharon ayer con doña María de Padilla y sus hijas hacia Sevilla. Allí solo quedan el portero y la gente que cuida el palacio.

A partir de ese momento, Pedro Carrillo comenzó con sus preparativos. Llamó al sargento de sus tropas y seleccionaron a los mejores jinetes que partirían con ellos de madrugada.

—Que nadie salga de aquí hasta nuestro regreso —ordenó Pedro Carrillo en el campamento antes de partir.

• • •

Al despuntar el alba, Pedro Carrillo con su sargento y los jinetes que habían elegido, salieron del campamento de Pedrosa y se dirigieron hacia el sur.

«¿Adónde nos llevará don Pedro?», se preguntaba el sargento de Carrillo.

Cuando tomaron el camino hacia Portugal, el sargento seguía sin entender qué tramaba Pedro Carrillo con tanto misterio. Dos horas después, al bordear Morales, ya no tenía la menor duda de que se dirigían a la villa de Toro y cayó en la cuenta de que allí se encontraba presa, por orden del rey, la condesa doña Juana, la mujer del conde don Enrique. «Pero ¿qué pretende hacer don Pedro Carrillo, ahora que se encuentra al servicio del rey?», seguía preguntándose el sargento.

Pedro Carrillo entró en la villa de Toro por la puerta del Postigo de la muralla norte para que no le vieran llegar. Una vez en el alcázar, gritó al portero:

—Deseo ver al alcaide.

—Pero ¿qué hacéis aquí don Pedro? Si el rey se entera de que

habéis venido a Toro, podríais crearme un grave problema —dijo el alcaide a Carrillo, al que conocía de su estancia allí, cuando estuvo con el conde don Enrique.

—No os preocupéis. Vengo cumpliendo órdenes del rey —le respondió Carrillo.

—¡Órdenes del rey!

—Así es.

—¿No sois el privado del conde don Enrique?

—Lo fui.

—¡Lo fuisteis!

—Así es.

—No os comprendo.

—Ahora estoy al servicio del rey. Eso es todo lo que puedo deciros.

—Y ¿cuáles son las órdenes del rey?

—Vengo a por la condesa doña Juana —le respondió Carrillo.

—Eso no puede ser cierto. La condesa doña Juana es prisionera del rey y no os la puedo estregar.

Pedro Carrillo sacó de su faltriquera las credenciales que le había entregado el rey y se las mostró.

—Pero aquí no dice que os entregue a la condesa doña Juana —le respondió el alcaide.

—¿Cuándo habéis visto que el rey ponga por escrito esas órdenes? En este documento ordena que se me preste toda la colaboración que pida y debéis cumplir las órdenes del rey. El rey don Pedro está en guerra con el rey de Aragón. Ha exigido que le entreguen al capitán de la flota aragonesa y piensa que la condesa doña Juana podría servir de rehén para canjearla. Por eso estoy aquí, alcaide. ¡Y no me hagáis perder la paciencia! —le gritó Carrillo.

—Sí, algo había oído de que el rey estaba en guerra, pero desconocía sus intenciones de canjear a la condesa doña Juana por el capitán de la flota de Aragón —le respondió temeroso el alcaide, y con un gesto de mano llamó a uno de los guardias del alcázar para que se acercara.

—Traed ahora mismo a la condesa doña Juana. Advertidla que se prepare para partir con ropa de abrigo —ordenó Pedro Carillo al guardia.

—Hay dos señoras con la condesa —le advirtió el alcaide.

—Pues que vengan también. No creo que os interese tenerlas aquí de huéspedes, ¿no? —le preguntó Carrillo.

—No, por supuesto que no —le respondió atemorizado el

alcaide.

Al cabo de un rato apareció la condesa doña Juana con sus damas. Al ver que se encontraba allí Pedro Carrillo, corrió a su encuentro y le dijo:

—¿Venís a rescatarme, don Pedro?

—Os equivocáis, señora. Vengo para llevaros prisionera a un lugar secreto donde permaneceréis hasta nuevas órdenes del rey.

La condesa doña Juana estaba tan sorprendida al ver como le había hablado Pedro Carrillo, con tanta descortesía, que se echó a llorar.

—No os preocupéis doña Juana —trataba de consolarla el alcaide.

Pedro Carrillo se despidió del alcaide. Todos montaron sobre sus caballos y partieron de inmediato por la misma puerta del Postigo, por la que habían entrado.

Al salir de la villa de Toro, camino de Pedrosa, Pedro Carrillo llamó a su sargento, levantando el brazo para que se acercara y le dijo:

—Venid conmigo.

Se pusieron junto a las señoras y Carrillo dijo a la condesa doña Juana:

—Señora, observo que no habéis comprendido que he venido para rescataros —y se echó a reír.

La condesa doña Juana se tapó su rostro con una de sus manos mientras mantenía con la otra las riendas de su caballo, y comenzó a llorar de alegría.

—Fueron tan convincentes vuestras palabras en el alcázar que pensé que nos habíais traicionado —le respondió doña Juana, algo más serena.

El sargento se quedó absorto al escuchar a Carrillo. No pudo contener los sentimientos que hasta ese momento tuvo que ocultar y le dijo:

—Pudisteis haberme contado vuestros misteriosos planes, porque no entendía que hubierais traicionado al conde don Enrique, y por un momento creí en toda esa patraña que dijisteis al alcaide.

—Cenaremos en Pedrosa. Después cabalgaremos toda la noche. Rodearemos las villas y las ciudades, por las que tengamos que pasar, para que nadie nos pueda ver. Y por una ruta secreta que he trazado, llegaremos a Navarra. Desde allí marcharemos al reino de Aragón, donde nos estará esperando el conde don Enrique, vuestro marido —anunció Pedro Carrillo a la condesa doña Juana, mientras sacaba unos mapas de entre unas pieles y se los entregaba a su

sargento.

Los jinetes que iban con Carrillo enseguida se enteraron de que regresaban con el conde don Enrique, y se oyó gritar:

—¡Viva el conde don Enrique! ¡Viva la condesa doña Juana!

113

La noticia de la liberación de la condesa doña Juana corrió por toda Castilla. El rey fue informado mientras se dirigía a Sevilla y montó en cólera.

—¿Cómo me dejé engañar por Pedro Carrillo? ¡Maldito traidor! Le mataré —respondió furioso el rey al conocer los detalles de cómo había huido la condesa doña Juana.

El rey estaba dominado por el odio. No podía soportar que nadie se rebelara contra él ni que se opusieran a cumplir su voluntad. Por eso odiaba tanto a sus hermanos. Tampoco soportaba que los vizcaínos se negaran a anexionar el señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla. Pero ahora sus odios y deseos de venganzas se centraban en el rey de Aragón y en todos aquellos que le prestaran su ayuda. Pedro Carrillo se acababa de incorporar a la lista de esas personas a las que el rey no iba a perdonar sus vidas si caían en sus manos. Para silenciar la zozobra que provocaba en su conciencia esos sentimientos desmedidos de odio y de venganza, que tanto le perturbaban, el rey se refugiaba en los placeres carnales. Había dado rienda suelta a sus instintos y nada se le ponía por medio si deseaba a una mujer, fuera casada, soltera o viuda. El desorden de sus pasiones amorosas se había convertido para él en el refugio que le permitía olvidarse de sus enfermizas obsesiones.

Mientras el rey cabalgaba por la vega de Carmona, iba pensando en doña Aldonza Coronel y en la manera de sacarla de aquel monasterio, donde su marido la había recluido. «¡Pobre Aldonza, encerrada en un monasterio! En cuanto llegue a Sevilla la sacaré de allí, pero antes tendré que ir al alcázar para ver a María y a mis hijas», pensaba el rey.

Y así lo hizo. Cuando el rey llegó a Sevilla, fue al alcázar para ver a María de Padilla y a sus tres hijas. Después de comer visitó las obras del nuevo palacio.

—Dentro de unos días iré a Carmona para ver las obras del alcázar y de la alcazaba. Espero veros allí —dijo el rey a los maestros de obras.

—Pensábamos partir esta tarde hacia Carmona con varios carpinteros para rematar algunas cosas que han quedado pendientes —le respondió unos de los maestros de obras.

Al atardecer, el rey de dirigió a los aposentos de María de Padilla, se despidió de ella, de sus hijas y les dijo:

—Tengo que partir. Permaneceré varios días fuera de Sevilla —y

se marchó.

María de Padilla sabía que el rey estaba cortejando a doña Aldonza Coronel. Lo sabía porque se lo dijo su hermano Diego García de Padilla, pero ella no quiso reprochárselo. Estaba convencida de que el rey se cansaría de ella y que esa relación terminaría como sucedió con doña Juana de Castro, aunque no por ello dejaba de sufrir y se refugiaba en la oración, pidiendo que cuanto antes volviera el rey con ella y sus hijas.

El rey se dirigió al monasterio de Santa Clara dispuesto a sacar de aquel lugar a doña Aldonza Coronel.

—Abrid el portón, abridlo —se oyeron en el interior del monasterio las voces que procedían del zaguán.

Al saber que había llegado el rey, la priora, con varias monjas de la comunidad, se dirigió a la entrada del monasterio.

—¿A qué debemos este honor de teneros aquí, mi señor? —preguntó la priora al rey.

—Vengo a liberar a doña Aldonza Coronel —le dijo el rey mientras iba apartando a las monjas con un gesto de mano para que le dejaran entrar en el monasterio.

La priora sabía que no podía impedir su entrada en la clausura por los privilegios que la Iglesia había concedido a los reyes de Castilla, pero quiso persuadirle de que no lo hiciera y le dijo:

—Señor, fue voluntad de don Alvar Pérez de Guzmán que doña Aldonza Coronel permaneciera con nosotras. Doña Aldonza no se encuentra recluida en el monasterio.

—Deseo verla ahora mismo —ordenó el rey a la priora.

Al cabo de un rato apareció doña Aldonza Coronel, acompañada de dos damas. Al ver al rey se sorprendió y le dijo:

—Una visita inesperada la vuestra, mi señor.

El rey hizo un gesto a la priora para que se fuera con sus monjas. Se quedó a solas con doña Aldonza y comenzaron a hablar. Al principio, doña Aldonza se resistía a abandonar el monasterio por miedo a su marido, pero luego, ante los halagos del rey y temiendo que pudiera vengarse con su marido si no se iba con él, fue cediendo en el tono de su conversación y al final se marchó del monasterio por su propia voluntad.

El rey la llevó a la Torre del Oro, en las atarazanas de Sevilla, y allí la instaló con pocas comodidades, porque aquel lugar no reunía las mínimas condiciones para habitarlo.

Durante varios días permanecieron sin salir de sus habitaciones; aunque, de vez en cuando, subían a la terraza para pasear entre la almenas y contemplar la ciudad y el Guadalquivir a su paso por

Sevilla.

Muy pronto, doña Aldonza Coronel se sintió culpable por haber traicionado a su marido. Sabía que ya era tarde para lamentarse y comenzó a preguntarse por su futuro. «¿Qué será de mí si el rey me abandona, porque no podré retenerlo mucho tiempo?», pensó ella. Un repentino temor se apoderó de ella y la hizo temblar. El rey se dio cuenta de que algo le sucedía y se interesó por ella.

—Tengo miedo de doña María de Padilla y de sus parientes. Tengo miedo de lo que puedan hacerme —respondió doña Aldonza Coronel al rey.

—Dejaré a varios de mis caballeros para que te protejan. Además, les daré un mandamiento, dirigido al alguacil mayor de Sevilla, para que hagan con él lo que les pidas —le respondió el rey para tranquilizarla.

El rey empezaba a perder interés por doña Aldonza después de haberla seducido. Ya no existían para él ningún misterio ni la curiosidad que sintió antes por ella. A mediodía, le dijo que se iba a cazar y se marchó a tierras de Utrera. Pero antes de partir hacia Utrera, se acercó al arsenal. Y allí mismo, en las atarazanas, donde construían los barcos, llamó a los maestros carpinteros de los astilleros y les dijo:

—Tenéis que construir quince o dieciséis galeras. Deberéis empezar cuanto antes a hacer acopio de madera y de los pertrechos para construirlas. Id a ver a mi tesorero mayor para que os adelante el dinero que necesitéis.

Doña Aldonza Coronel se quedó desolada con la marcha del rey. Un profundo sentido de frustración la invadió. «Tenía razón mi hermana María. El rey solo deseaba llevarme a la cama y, ahora que lo ha conseguido, me abandona y no le volveré a ver. He sido una ingenua. Cuando se entere Alvar de lo que he hecho, también él me abandonará y seré una mujer marcada por la deshonra», pensó ella y se tumbó llorando sobre la cama.

• • •

Pocos días después, llegó a Sevilla don Juan Fernández de Henestrosa. Venía de cumplir la misión que el rey le había encomendado en Portugal.

—Se encuentra cazando en Utrera —dijo María de Padilla a su tío Fernández de Henestrosa, al ver que buscaba al rey.

—El rey de Portugal ha prometido enviar galeras para ayudarnos en la guerra con Aragón y quería contárselo al rey —le respondió Fernández de Henestrosa.

Fernández de Henestrosa encontró muy triste a María de Padilla

y pensó que algo le sucedía. Como no quiso preguntárselo, porque se imaginó que se trataba de alguna desavenencia con el rey, se dio una vuelta por el alcázar y enseguida le confirmaron que el rey mantenía un romance con doña Aldonza Coronel. «Lo suponía. Le advertí que la dejara en paz, pero ya no atiende a mis consejos», pensó él.

En la Torre del Oro se produjo una gran confusión al conocerse la noticia de que don Juan Fernández de Henestrosa había llegado a Sevilla.

—Señora, deberíamos utilizar los poderes que os dio el rey. Don Juan Fernández de Henestrosa se ha enterado de lo vuestro con el rey y está furioso. Hay que ordenar al alguacil mayor de Sevilla que le detenga. Si no se le detiene ahora es posible que venga aquí y mande mataros. Pensad que el rey no está en Sevilla y, en su ausencia, podría hacer lo que quisiera —aconsejaron a doña Aldonza Coronel los caballeros que la protegían, porque odiaban a Fernández de Henestrosa.

• • •

Al enterarse María de Padilla de que habían detenido a su tío, llamó a uno de sus criados y le dijo:

—Marcha a Utrera. Mi hermano don Diego está cazando con el rey. Cuéntale que han detenido a nuestro tío don Juan Fernández de Henestrosa y que también le podrían detener a él.

Cuando Diego García de Padilla recibió el mensaje de su hermana María, tuvo mucho miedo y salió huyendo.

—Don Diego García de Padilla huye, señor —informaron al rey varios de sus guardias.

—¿Cómo que huye? ¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó el rey a sus guardias.

—No lo sé, mi señor. Tan solo escuché a un jinete que le decía algo así como que habían detenido a alguien, pero no pude escuchar su nombre —le respondió el guardia.

—Pues si huye, que le detengan. Que le lleven a la cárcel de Utrera hasta que sepamos qué es lo que está sucediendo —ordenó el rey.

Después de lo sucedido, el rey dio por finalizada la cacería y se marchó a Carmona. Quería inspeccionar las obras de la alcazaba, pero antes de partir, llamó a uno de sus guardias y le dijo:

—Vete a Sevilla, a la Torre del Oro. Di a doña Aldonza Coronel que el rey le pide que vaya a Carmona.

Esa noche, el rey durmió en el castillo de la villa de Alcalá, sobre el río Guadaíra, y al día siguiente se dirigió hacia el alcázar

de Carmona.

• • •

Al llegar al alcázar de Carmona, el alcaide informó al rey de que habían detenido a don Juan Fernández de Henestrosa en Sevilla.

—¿Quién dio la orden de su detención? —preguntó indignado el rey.

—Los caballeros que están con doña Aldonza Coronel pidieron al alguacil mayor de Sevilla que le detuvieran. Por lo visto tenían un mandamiento vuestro y el alguacil mayor tuvo que cumplir vuestras órdenes —le respondió el alcaide.

Al rey le dolió mucho que hubieran detenido a don Juan Fernández de Henestrosa. Le indignó tanto que doña Aldonza Coronel hubiera ordenado su detención que decidió escribir a María de Padilla. Le anunció que se disponía a abandonar a doña Aldonza Coronel y le decía que volvía a su lado. Luego ordenó a un escribano que redactara las órdenes para que dejaran en libertad a don Juan Fernández de Henestrosa y a Diego García de Padilla.

—Que un mensajero lleve estos correos a Sevilla ahora mismo —dijo el rey al escribano después de firmar las órdenes y se fue a dormir.

• • •

Al amanecer, el rey inspeccionó todo el alcázar y la alcazaba en compañía del alcaide y de los maestros de obras que habían llegado de Sevilla.

—Los aposentos, donde he dormido esta noche, son magníficos. Estoy muy satisfecho de las obras que habéis realizado en el alcázar y en el recinto amurallado —les dijo el rey—. Vendré con frecuencia para disfrutar de estas vistas —añadió, señalando con la mano la vega de Carmona.

El rey quiso partir de la villa antes de que llegara doña Aldonza Coronel, porque no quería verla más. Para no encontrarse con ella por el camino, tomó una ruta poco frecuentada que le condujo a Sevilla.

114

Después de los intentos que hizo el rey para matar juntos a sus hermanos y a los infantes de Aragón, se dio cuenta de que no lo podría lograr. Pensó que tendría que ir tras ellos de uno en uno, porque de lo contrario jamás podría saciar sus deseos de venganza y comenzó a trazar un nuevo plan para llevarlo a cabo.

—Que vaya un mensajero a Jumilla, en el reino de Murcia, donde se encuentra el maestre don Fadrique. Que venga a Sevilla. Deseo verle cuanto antes —ordenó el rey a Diego García de Padilla.

• • •

Cuando el maestre don Fadrique estaba llegando a Sevilla, el rey llamó al infante don Juan de Aragón y a don Diego Pérez Sarmiento, el adelantado mayor de Castilla, que por orden del rey vigilaba en secreto al infante don Juan, y les dijo:

—Deseo tomaros juramento ante la Cruz y los Evangelios para que guardéis secreto de cuanto os voy a decir. De modo que arrodillaros ante mí y jurarlo.

—Lo juramos —respondieron ellos.

—¡Demonios! Pero ¿qué es lo que vais a jurar? —les amonestó el rey.

—Juramos guardar secreto de todo cuanto nos digáis —rectificaron ellos.

—Eso está mejor. Pues bien. Me propongo matar a mi hermano el maestre don Fadrique. Sé que no queréis bien al maestre. Por eso, os pido que me ayudéis a matarle —les dijo el rey.

El infante don Juan y don Diego Pérez Sarmiento no podían creer lo que acaban de escuchar. Temiendo que el rey les estuviera poniendo a prueba permanecieron en silencio.

El rey se dio cuenta del desconcierto que habían producido sus palabras. Se puso a pasear por su cámara, se quedó mirando al infante don Juan y, para que confiara en él, le dijo:

—Primo, después iré al señorío de Vizcaya para matar a Tello. Os daré las tierras del señorío de Vizcaya y las de Lara, porque estáis casado con Isabel.

—¿Y qué sucederá con mi cuñada Juana, la señora de Vizcaya? —le preguntó el infante don Juan.

—Eso no os incumbe. Yo decidiré lo que se deba hacer con Juana —le respondió el rey.

«Entonces no tendré ningún problema para que los vizcaínos me

proclamen señor de Vizcaya. El rey hará cumplir los documentos que firmaron los señores de Vizcaya en Bilbao y renunciará en mi favor sus derechos sobre el señorío», pensó muy satisfecho el infante don Juan.

—Y bien, ¿qué me decís del maestre don Fadrique? —volvió a insistir el rey.

—Es cierto que yo quiero mal a don Fadrique, porque él también me quiere mal a mí. Me parece muy bien que le matéis. Yo mismo le daré muerte —le respondió el infante don Juan de Aragón.

—No será necesario que le matéis, lo harán los ballesteros del rey —dijo Pérez Sarmiento al infante don Juan.

Al rey no le gustaron nada las palabras de Pérez Sarmiento, porque quería que el infante don Juan matara al maestre don Fadrique.

A mediodía del martes, 29 de mayo de 1358, el maestre don Fadrique entró en el alcázar de Sevilla, acompañado de muchos caballeros. Fue derecho a los aposentos del rey para saludarle y le encontró jugando a las tablas. El rey le recibió con manifestaciones de gran afecto. Don Fadrique y los caballeros que venían con él besaron las manos del rey. Pero el rey temió que se produjera una revuelta si mataba a su hermano allí mismo, delante de todos aquellos caballeros, y dijo a don Fadrique:

—Será mejor que vayáis a instalaros en la posada que os han preparado y luego podéis venir a verme.

El maestre don Fadrique fue a visitar a María de Padilla y a sus hijas en el palacio del Caracol. María sabía que iban a matar a don Fadrique y se entristeció mucho al verle. Por la expresión de su rostro todos se dieron cuenta de que don Fadrique iba a morir; pero ella no se atrevió a advertírselo por temor al rey.

Después, el maestre don Fadrique pasó por los corrales del alcázar, donde había dejado sus mulas, y vio que no estaban sus caballerías. «¡Qué extraño! Además, han cerrado las puertas del establo. ¿Qué está sucediendo aquí?», pensó desconcertado, sin saber qué debía hacer.

Uno de los caballeros de don Fadrique se había dado cuenta de que algo se estaba tramando contra el maestre. Fue al establo en su busca y le dijo:

—Sospecho que desean mataros, señor. Os aconsejó que escapéis por el portillo del corral que aún está abierto.

Cuando el maestre don Fadrique se disponía a escapar, llegaron dos caballeros, que desconocían las intenciones del rey, y le dijeron:

—Señor, el rey os llama.

Un mal presagio le invadió al maestre don Fadrique al oír que el rey le llamaba, pero no tuvo más remedio que dirigirse hacia sus aposentos. Los porteros del alcázar tenían órdenes de que el maestre don Fadrique fuera solo y no le permitieron que nadie de su séquito le acompañara. Por ese motivo, le esperaban el maestre de Calatrava Diego García de Padilla y el ballestero mayor del rey. Estos dos caballeros tampoco sabían nada de las intenciones del rey. Mientras atravesaban las cámaras del alcázar, don Fadrique iba pensando que algo terrible le podía suceder. El maestre de Santiago, el maestre de Calatrava y el ballestero mayor llegaron a la cámara del rey en el palacio del Yeso. Encontraron cerrada la cámara y estuvieron esperando hasta que de pronto se abrió el postigo de la puerta y apareció el rey.

—Prended al maestre —ordenó el rey al ballestero mayor, que había llegado con los dos maestres.

El ballestero mayor se quedó desconcertado al escuchar aquellas órdenes del rey y preguntó:

—¿A cuál de los dos maestres debo detener? ¿Al maestre de Santiago o al maestre de Calatrava?

—Al maestre de Santiago —le contestó furioso el rey.

El rey se dirigió a los ballesteros de maza que estaban allí con él y les dijo:

—Matad al maestre de Santiago.

Los ballesteros estaban desconcertados por la orden del rey y tampoco se atrevían matar al maestre don Fadrique. Un caballero de la cámara del rey que conocía la trampa que habían preparado para matar a don Fadrique, comenzó a gritar a los ballesteros:

—¡Traidores! ¿Qué hacéis? ¿No veis que el rey os manda que matéis al maestre de Santiago?

Los ballesteros levantaron las mazas para matar al maestre. Don Fadrique comenzó a saltar por la sala para esquivar a los ballesteros que intentaban matarle. Quiso desenvainar la espada para defenderse, pero no lo pudo lograr. Se había atravesado la cruz de la espada en la correa y no la podía desenredar. Mientras seguía intentando hacerse con su espada, los ballesteros le perseguían. El maestre corría de un lado a otro, escapando de los ballesteros, hasta que uno de ellos le propinó tal golpe en la cabeza que le tiró al suelo y cayó de bruces. Una vez en tierra, descargaron las mazas sobre su cuerpo hasta que le dieron por muerto.

El rey salió de su palacio con la intención de matar a los caballeros que habían llegado a Sevilla con su hermano.

—¿Dónde se encuentran los caballeros y las tropas del maestre

don Fadrique? —preguntó el rey al ver que allí fuera no había nadie.

—Han debido de huir al enterarse de que habíais ordenado matar a don Fadrique —le respondió Diego García de Padilla.

—Pues habrá que darles un escarmiento. Seguidme —dijo el rey a García de Padilla y regresaron al palacio.

En su cámara, el rey comenzó a dictar a uno de sus escribanos las órdenes para que mataran a los caballeros de don Fadrique, y luego le ordenó que pusiera el sello mayor de la Cancillería en los documentos.

—Aquí tenéis estos documentos. Enviadlos con mensajeros a Córdoba, a Salamanca y a las tierras del maestrazgo de Santiago para que maten a esos traidores que ayudaron al maestre don Fadrique y tomaron partido por la reina doña Blanca —dijo el rey a García de Padilla.

Antes de que García de Padilla abandonara la cámara, se oyeron voces que procedían del otro lado de la puerta. Uno de los guardias del palacio anunció al rey que un criado de María de Padilla quería verle.

—¿Qué sucede? —le preguntó el rey.

—El caballerizo mayor del maestre don Fadrique se encuentra en el palacio del Caracol.

—¿Y qué hace allí? —preguntó el rey.

—Se ha refugiado en los aposentos de doña María de Padilla. Tiene a vuestra hija doña Beatriz en sus brazos.

—¡Que tiene a mi hija Beatriz! —exclamó furioso el rey.

—Dice que tiene a vuestra hija para salvar su vida.

—¡Salvar su vida! —exclamó el rey.

El rey llamó a sus guardias y salió con ellos hacia el palacio del Caracol.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el rey a María de Padilla.

—El caballerizo mayor de Fadrique vino con el pretexto de que le dieran de comer. Ante la sorpresa de los sirvientes agarró a nuestra hija Beatriz y dijo que se la llevaría como rehén para que no le sucediera nada a él —le respondió María muy preocupada.

—Pero ¿en dónde está nuestra hija Beatriz? —le preguntó el rey.

—En esa habitación.

El rey hizo un gesto de mano para que abrieran la puerta y cuando vio a su hija en brazos del caballerizo mayor de su hermano, ordenó a sus guardias:

—Arrebatádsela.

El caballerizo de don Fadrique sabía que iba a morir y comenzó

a implorar al rey por su vida:

—Tened piedad de mí. No pretendía hacer ningún daño a vuestra hija.

El rey se acercó al caballerizo mayor de su hermano, se le quedó mirando, cogió el puñal de su cinto y se lo clavó en el corazón.

Era la primera vez que María de Padilla presenciaba la muerte de una persona y se echó a llorar. Estaba aterrada al ver como había muerto aquel hombre a manos del rey. «¿Qué le sucede a Pedro? ¿Cuánto odio hay en él para hacer una cosa así?», se preguntaba ella, pero por temor al rey no se atrevió a reprochárselo. «Este no es el Pedro del que yo me enamoré», seguía pensando María de Padilla.

Después, el rey volvió a la sala donde quedó tendido el maestre, y al comprobar que aún vivía, sacó su puñal del cinto, se lo dio a un moro de su cámara y le gritó:

—¡Mátale!

Muerto el maestre don Fadrique, el rey se sentó a comer en la misma sala donde yacía el cadáver de su hermano. «Ahora tengo que matar a Tello», pensó lleno de odio y mandó llamar a Diego García de Padilla y a don Juan Fernández de Henestrosa.

—¿Han llegado noticias de don Tello? ¿Sabemos en dónde se encuentra ahora? —preguntó el rey a Diego García de Padilla.

—Ayer vino el mensajero que nos informa. Don Tello salió de Bermeo con doña Juana hace quince días. Fue a Aguilar de Campoo, porque quería cazar en los montes de la comarca —le informó Diego García de Padilla.

—Entonces tendremos que partir mañana hacia Aguilar de Campoo. Deseo prender a don Tello y luego iremos a Bilbao para que tomen al infante don Juan como señor de Vizcaya —dijo el rey, dirigiéndose a don Juan Fernández de Henestrosa.

—Antes tendríais que hablar con los vizcaínos si deseáis que acepten al infante don Juan como señor de Vizcaya. Recordad los sucesos que tuvieron lugar en Bilbao cuando vuestro alférez mayor trató de que los vizcaínos garantizaran con sus firmas el cumplimiento de las condiciones que impusisteis a doña Juana y a don Tello —le respondió Fernández de Henestrosa.

—Primero iremos a Aguilar de Campoo para prender a don Tello y después ya habrá tiempo para decidir lo que debamos hacer —le replicó el rey, molesto por recordarle que los vizcaínos no obedecieron sus órdenes; hizo un gesto de mano para que se retiraran Fernández de Henestrosa y García de Padilla, y ordenó llamar al infante don Juan de Aragón.

—Mañana partiremos hacia Bilbao. Me propongo matar a Tello. Es mi deseo que me acompañéis para daros el señorío de Vizcaya y os tomen como señor de sus tierras. Recordaréis que eso fue lo que os prometí, primo —le dijo el rey.

El infante don Juan estaba muy agradecido al rey por las promesas que le hizo. Para mostrarle su gratitud se arrodilló ante él y besó sus manos.

Mientras, don Juan Fernández de Henestrosa y Diego García de Padilla paseaban por los jardines del alcázar en animada conversación.

—No creo una sola palabra de cuanto nos ha dicho el rey sobre el infante don Juan. Nunca permitirá que sea el señor de Vizcaya —dijo Diego García de Padilla.

—El rey pretende buscar un pretexto para matar juntos a don Tello y al infante don Juan —respondió Fernández de Henestrosa.

115

De madrugada se hacían los preparativos en el alcázar de Sevilla para que el rey y su séquito pudieran emprender la marcha hacia Aguilar de Campoo.

Antes de que amaneciera, el rey había salido de su palacio y estaba inspeccionando los pertrechos de las tropas, las caballerías y las acémilas que les acompañarían durante el viaje. Luego fue en busca de Amín, su halconero mayor, y le dijo:

—Lleva todos los halcones. Haremos un largo viaje y quiero cazar.

Nada más salir de Sevilla, el rey empezaba a impacientarse por la lentitud de la marcha. «Tengo que detener a Tello, pero a este paso se escapará como lo suele hacer siempre que pretendo matarle», pensaba el rey.

—Debemos ir más deprisa. A este paso nunca llegaremos. Tenemos que recorrer al menos diecinueve leguas en cada jornada para llegar a Aguilar de Campoo en siete días —decía el rey a los oficiales de sus tropas mientras cabalgaban.

Era tal la exigencia del rey para que marcharan más aprisa que en más de una ocasión le advirtieron:

—Estamos forzando demasiado a las caballerías y podrían reventar por el camino.

—Las bestias están bien alimentadas. Pueden recorrer el doble de lo normal en una jornada si vamos alternando el trote con el galope y el paso —respondía el rey.

Y así sucedió. Tan solo necesitaron las siete jornadas que había calculado el rey para atravesar toda Castilla y llegar a las proximidades de Aguilar de Campoo. Las caballerías estaban exhaustas y a punto de reventar, pero al rey lo único que le importaba era llegar cuanto antes para prender a don Tello y darle muerte.

• • •

Un escudero de don Tello, que andaba vigilando por los alrededores de la comarca de Aguilar de Campoo, observó el vuelo de varios halcones cazando en la lejanía. Le sorprendió tanto que estuvieran cazando por allí que se acercó a aquel lugar para saber de quién se trataba y encontró un campamento.

«¡Caray, si es el campamento del rey! Pero ¿qué hace por aquí el rey?», pensó el escudero y enseguida fue a ver si podía enterarse del

motivo de su presencia en aquellas tierras, para ir a contárselo a don Tello, que cazaba en el monte.

—Vuestro hermano el rey viene hacia aquí para mataros. Le acompaña el infante don Juan de Aragón. Se dirigen hacia Bilbao. También pude enterarme de que el rey ha matado al maestre don Fadrique en Sevilla. Lo he sabido porque me introduje entre las tropas mientras comían —dijo el escudero a don Tello.

Don Tello tiró el arco y las flechas con las que cazaba los venados y comenzó a interrogar a su escudero.

—¿Qué dices? ¿Quién ha matado a don Fadrique? —preguntó don Tello al escudero.

—Vuestro hermano el rey ordenó matarle en Sevilla —se lo volvió a decir el escudero.

Don Tello se llevó las manos a su rostro para ocultar el profundo dolor que le produjo la noticia de la muerte de don Fadrique. Durante unos instantes estuvo recordándole y se lo imaginó en el momento de su muerte. «Debió de ser terrible para él oír al rey dar la orden para que le mataran», pensó don Tello.

—Pero ¿cuántos son, cuántos han venido con el rey? —preguntaba atemorizado don Tello a su escudero.

—No sé cuántos son, pero no menos de los que suelen acompañar al rey en otras ocasiones. Viene con sus topas y con las del infante don Juan.

—¿Estás seguro de que se trata del rey? —insistió don Tello.

—Claro que se trata del rey. Le vi con mis propios ojos. Venía de cazar con sus halcones. Han debido de acampar allí para dormir esta noche, pero se preparan para entrar en Aguilar de Campoo y prenderos. Es muy probable que el rey haya enviado a sus hombres para investigar el terreno y comprobar con qué defensas contáis en el castillo —le relató su escudero.

Don Tello marchó al castillo con la intención de huir, pero antes tuvo que informar a su mujer doña Juana, la señora de Vizcaya, de cuanto se había enterado.

—El rey ha matado a Fadrique en Sevilla y ahora viene para matarme a mí —explicó don Tello a doña Juana.

—¡Cómo que ha matado el rey a Fadrique! —exclamó doña Juana.

—Eso es lo que me ha dicho uno de los escuderos que vigilaba los alrededores de Aguilar de Campoo. Eso es todo lo que sé. Deberíamos salir ahora mismo hacia el señorío de Vizcaya —le respondió don Tello.

—Yo no salgo huyendo. La señora de Vizcaya no huye de nadie.

Además, Aguilar de Campoo te pertenece y no hay ningún motivo para que tengas que huir de aquí —le respondió doña Juana.

—Tú verás lo que haces, pero yo me marcho ahora mismo. El rey se quiere vengar de todos los que le retuvimos en la villa de Toro. Nos quiere matar a todos —añadió don Tello.

—Entonces, ¿para qué han servido aquellos documentos que firmamos en Bilbao en contra de mi voluntad? ¿No se trataba de aplacar a tu hermano? —replicó doña Juana.

—Sí, sí, pero ahora las cosas han cambiado. ¿No te das cuenta de que quiere matarme? Me engañó con esos documentos que firmamos en Bilbao. Ahora los utilizará para decir que hemos abandonado el señorío de Vizcaya sin su consentimiento. Se justificará diciendo que trataba de huir. Huya o me quede aquí, intentará matarme. Comprenderás que no me quede aquí de brazos cruzados, esperando a que me mate —insistía don Tello.

—¿Y me lo dices ahora, después de haberme obligado a firmar esos documentos que aborrecimos los vizcaínos? No te das cuenta de que nadie nos querrá ayudar por haber firmado esos documentos. Los vizcaínos piensan que los hemos traicionado. Cuando llegues al señorío nadie te va a socorrer —se lo advirtió doña Juana.

—El infante Juan viene con el rey. No sé qué pretenderán. Sospecho que el rey estará utilizando al infante y que luego le matará. Es preferible que tú te quedes aquí, porque si vienes conmigo, el rey dirá que también huías y haría valer los documentos que firmamos. Anexionará Vizcaya a Castilla y se proclamará señor de Vizcaya —le respondió don Tello.

—Los vizcaínos jamás aceptarán a tu hermano como señor de Vizcaya. Jamás lo permitirán mientras yo viva —sentenció doña Juana, la señora de Vizcaya.

Don Tello no quiso seguir aquella conversación porque se dio cuenta del grave error que había cometido firmando aquellos documentos que le exigió el rey, y abandonó el castillo de Aguilar de Campoo camino del señorío de Vizcaya.

Poco después, el rey entró en Aguilar de Campoo y se dirigió al castillo. Allí no encontró ninguna resistencia, porque tan solo quedó la guardia personal de la señora de Vizcaya.

—Don Tello ha huido con sus tropas —informaron al rey sus espías.

—¡Maldito sea! Otra vez ha conseguido escapar. ¿Cómo ha podido saber que venía a por él? —exclamó enfurecido el rey.

—Doña Juana, la señora de Vizcaya, se encuentra en sus

aposentos —informaron los espías al rey.

—Que no salga del castillo y que nadie la pueda ver hasta que decida qué hago con ella —les ordenó el rey.

El infante don Juan de Aragón seguía muy atento todo lo que estaba sucediendo con don Tello y doña Juana, y se sentía muy satisfecho al comprobar que las cosas no podían discurrir mejor para sus intereses. «El ofrecimiento que me ha hecho el rey para que sea el próximo señor de Vizcaya se hará realidad. Al huir don Tello, los derechos sobre el señorío recaerán en el rey; pero él renunciará a esos derechos en mi favor y los vizcaínos no tendrán más remedio que proclamarme su señor», pensaba él muy ufano por los acuerdos que firmaron don Tello y doña Juana con el rey.

—Tendremos que perseguir a Tello —dijo el rey al infante don Juan, pero su deseo de prenderle era más bien un pretexto, porque él estaba convencido de que si salía huyendo, el señorío de Vizcaya quedaría anexionado a la Corona de Castilla en virtud de los acuerdos que firmaron en Bilbao.

Las tropas del rey habían descansado toda la noche y se encontraban en condiciones de iniciar una nueva jornada de marcha. El rey dejó una guarnición en el castillo de Aguilar de Campoo para que doña Juana, la señora de Vizcaya, no pudiera huir de allí, y salió en persecución de don Tello.

La distancia que les separaba al rey y a don Tello durante la persecución era muy pequeña. Don Tello lo sabía y procuraba mantener esa ventaja para llegar al señorío de Vizcaya antes que el rey. Durante las noches, don Tello y sus tropas se internaban en los bosques y no encendían fuego para evitar que el rey averiguara dónde se encontraban. Así estuvieron descansando todas las noches hasta que llegaron a Balmaseda.

—Esta tierra está mucho más poblada. Preguntad si hay algún lugar donde pueda comer caliente y dormir en una cama —dijo don Tello a uno de sus escuderos.

Enseguida regresó el escudero con la información que le pidió don Tello y le dijo:

—En Otxaran, aquí cerca, en la antigua calzada romana, hay una gran casa de postas con buenas camas, donde podréis comer bien y descansar. Además, tienen caballos de refresco para reemplazar algunos de la recua que están reventados de la marcha.

• • •

Al día siguiente, al cruzar el valle de Okondo, las tropas de don Tello se encontraron con una patrulla del señorío de Ayala.

—El rey de Castilla ha matado al maestre don Fadrique y, ahora,

nos viene persiguiendo. Quiere matar a don Tello —informó un oficial de don Tello al sargento de la patrulla mientras cabalgaban.

—Desconocemos la suerte que pueda correr doña Juana, la señora de Vizcaya, porque se quedó en Aguilar de Campoo. No quiso venir con nosotros —dijo otro de los oficiales al sargento de la patrulla de Ayala.

Los jinetes de la patrulla de Okondo se despidieron de los oficiales de don Tello, y comenzaron a hablar entre ellos.

—Debo informar a don Fernán de todo lo que nos han dicho —dijo el sargento a sus hombres, y se marchó hacia el castillo de Quejana.

—¿Decís que el rey iba persiguiendo a don Tello y que se dirigían hacia el señorío de Vizcaya? —preguntó sorprendido don Fernán al sargento.

—Así es, don Fernán —le respondió el sargento.

Poco después llegó a Quejana uno de los espías que don Fernán tenía en el señorío de Vizcaya, y le dijo:

—En las cumbres del Gorbea, del Sollube y del Oiz están sonando las bocinas. En los montes y en los valles del señorío de Vizcaya se escuchan las chalapartas. Están convocando a los vizcaínos a una Junta del señorío en Aretxabalaga.

Don Fernán Pérez de Ayala se dirigió al comedor con su familia y el padre abad. Mientras comían les contó las noticias que había recibido del sargento y de su espía, y después les dijo:

—Los documentos que firmaron en Bilbao don Tello y doña Juana ponen a los vizcaínos en una difícil situación frente al rey de Castilla. Don Tello se arrepentirá de haber matado a don Juan de Abendaño. Doña Juana, la señora de Vizcaya, ya no tendrá quien la defienda. Y el rey reclamará el señorío de Vizcaya.

116

Aunque don Tello no sabía interpretar los mensajes de las chalapartas, había escuchado las bocinas del Oiz y se dio cuenta de que estaban convocando a los vizcaínos a una Junta del señorío. Por eso decidió dirigirse a las campas de Aretxabalaga en la ladera del Bizkargi para saber qué sucedía. «A ver que dicen los vizcaínos cuando sepan que el rey me viene persiguiendo», pensó él.

Cuando don Tello llegó a las campas de Aretxabalaga se quedó aterrado al contemplar el gentío que allí se había congregado.

—Pero ¿por qué ha venido tanta gente? —preguntó don Tello a aquellos con los que se encontró al descabalgar.

—Los vizcaínos no queremos entrar en guerras por vuestras desavenencias con el rey de Castilla —le respondió uno de los vizcaínos a los que se había dirigido.

Aquellas palabras desconcertaron a don Tello. «A ver si va a tener razón Juana y esta gente no me va a socorrer», se decía atemorizado ante la posibilidad de que los vizcaínos le fueran a dar la espalda.

Don Tello estuvo mirando por los alrededores. Trataba de encontrar a la gente que él conocía. Al cabo de un rato apareció el preboste de Bermeo con un grupo de vizcaínos y le preguntó:

—¿Por qué ha venido toda esta gente a Aretxabalaga?

—No desean participar en vuestras disputas con el rey de Castilla. Además, nadie os perdona que matarais a don Juan de Abendaño —le respondió el preboste de Bermeo.

—Pero ¿por qué se ha convocado una Junta del señorío sin mi autorización? —dijo don Tello, tratando de eludir la muerte de Abendaño.

—Porque así lo hemos decidido. Tratamos de evitar una matanza.

—¿De qué matanza habláis?

—Aquí hay diez mil vizcaínos enfadados y vuestro hermano el rey de Castilla viene con unos cientos de hombres, contando con las tropas que trae el infante don Juan.

—Y ¿cómo sabéis todo esto? ¿Quién os informó de que venía el rey con el infante don Juan?

—¡Por Dios, don Tello! Siempre estamos informados de todo cuanto afecta al señorío de Vizcaya.

—Pero ¿me protegeréis de mi hermano el rey de Castilla?

—Os lo dije. No deseamos luchar por causas ajenas a los

intereses del señorío —le respondió el preboste de Bermeo.

—Entonces, ¿no vais a proteger a vuestro señor?

—Intentasteis obligar a la señora de Vizcaya a levantarnos el pleito de homenaje que os hicimos todos los vizcaínos en estas campas de Aretxabalaga después de vuestras bodas. Obligasteis a la señora de Vizcaya a firmar unos documentos que van contra los Fueros, usos y costumbres del señorío. Obligasteis a la señora de Vizcaya a rendir vasallaje al rey de Castilla en contra de la voluntad de los vizcaínos: un vasallaje que rompía con la tradición milenaria del señorío, porque ningún señor de Vizcaya ha sido jamás vasallo de nadie. Y ahora venís a pedir nuestra ayuda —le recriminó el preboste de Bermeo.

—Os vi llegar, pero hay tanta gente que me ha sido imposible venir antes —dijo el señor de Zubieta a don Tello.

Poco después llegaron los señores de Butrón, de Martiartu y de Zamudio.

—He explicado a don Tello todo cuanto hablamos sobre los sucesos que tuvieron lugar en Bilbao. Creo que don Tello debería salir cuanto antes de nuestro territorio —les dijo el preboste de Bermeo a los otros cuatro caballeros que se habían sumado a aquella conversación.

—Sería lo más conveniente para todos que salierais del señorío cuanto antes, porque los vizcaínos no vamos a derramar una sola gota de nuestra sangre por vuestras desavenencias familiares con el rey de Castilla —intervino muy enfadado el señor de Zubieta, dirigiéndose a don Tello.

—Si no me defendéis, sabed que el señorío de Vizcaya quedará anexionado a Castilla en virtud de los documentos que firmamos doña Juana y yo; y el rey será vuestro señor —respondió don Tello en tono amenazante para lograr la protección que buscaba de los vizcaínos.

—Esos documentos que obligasteis firmar a doña Juana no tienen ningún valor sin nuestra aprobación —le respondió riéndose el señor de Butrón.

—Es muy posible que doña Juana esté prisionera del rey en Aguilar de Campoo —les dijo muy molesto don Tello, tratando de buscar un resquicio que le proporcionara la ayuda de los vizcaínos.

—Doña Juana tendrá que asumir los errores que ha cometido por vuestra culpa. Siguió vuestros consejos en contra del parecer de los vizcaínos. No debió transgredir nuestros Fueros, usos y costumbres —le espetó el señor de Zamudio.

Uno de los oficiales de don Tello se le acercó y le dijo:

—Los escuderos de esos señores —señaló el oficial al preboste de Bermeo, a Zubieta, Butrón, Zamudio y a Martiartu— dicen que han preparado unas pinazas[32] de pesca en Bermeo para que partáis hacia San Juan de Luz y que desde allí podríais navegar hasta Bayona, que es del rey de Inglaterra.

Don Tello se dio cuenta de que todo había sido preparado de forma minuciosa para que abandonara el señorío de Vizcaya antes de que llegara su hermano el rey de Castilla. Y como lo único que le importaba era salvar su vida, se fue de las campas de Aretxabalaga sin despedirse de aquellos caballeros con los que había estado hablando hasta ese momento.

• • •

Poco antes del mediodía, varios vizcaínos llegaron a las campas de Aretxabalaga para anunciar que el rey de Castilla y el infante don Juan de Aragón estaba subiendo por el alto de Morga.

—¿Cómo es que no han sonado las bocinas, anunciando la llegada del rey y del infante? —preguntó el señor de Martiartu.

—Ordené que no tocaran ni las bocinas ni las chalapartas. Ni el rey de Castilla ni el infante don Juan son bienvenidos a nuestras tierras. La indiferencia es el mejor desprecio —respondió el señor de Zubieta.

—Tendremos que escucharles para saber qué pretenden —dijo Martiartu.

—Nos tengáis la menor duda de que vienen para reclamar nuestras tierras —respondió molesto Zubieta.

—Al infante don Juan habría que recibirle como lo hicimos con sus tropas en Gordejuela y en Durango. Es un cobarde que no se atrevió a pelear y se quedó en Santa Gadea. Habéis hecho muy bien ordenando que no tocaran las bocinas ni las chalapartas. No se merece nuestra bienvenida —dijo el señor de Butrón a Zubieta.

En las campas de Aretxabalaga todos pudieron ver como iban asomándose entre los helechos los pendones de Castilla y de Aragón mientras ascendían por el monte los jinetes que los portaban. Luego fueron llegando las tropas y se desplegaron en círculo. En el centro, rodeados por los jinetes, aparecieron el rey de Castilla y el infante don Juan de Aragón. Se produjo un silencio hasta que comenzaron a escucharse el resoplido de los caballos y los manotazos que daban al golpear con sus cascos la hierba y el musgo que cubrían aquellas campas de Aretxabalaga.

—¿A qué debemos el honor de teneros en nuestras tierras del señorío de Vizcaya? —preguntó el señor de Zubieta al rey.

—Vengo a reclamar el señorío de Vizcaya en virtud de los

acuerdos que firmaron don Tello y doña Juana, vuestros señores de Vizcaya —le respondió el rey.

Una enorme carcajada salió de entre los diez mil vizcaínos congregados allí y arrojaron manzanas podridas en protesta por la presencia del rey de Castilla y del infante de Aragón en el señorío.

El señor de Zubieta cabalgó hacia el rey y le preguntó:

—¿Cómo os atrevéis a venir aquí para reclamar nuestro territorio? Debéis saber que esos acuerdos de los que habláis nada significan para los vizcaínos —le increpó de malos modos el señor de Zubieta.

—Esos acuerdos los firmaron don Tello y doña Juana, vuestros señores —insistió enfurecido el rey por la forma descortés que utilizó con él el señor de Zubieta.

—Don Tello, vuestro hermano, obligó a firmar a doña Juana esos documentos mediante engaños. Los vizcaínos no lo aprobamos —insistió Zubieta.

—Pero esos documentos los firmaron. Y lo firmado, firmado está. De modo que estáis obligados a cumplir con lo acordado. Don Tello ha huido del señorío y doña Juana se encuentra bajo mi protección en Aguilar de Campoo. El señorío queda anexionado a la Corona de Castilla —volvió a insistir el rey.

De nuevo se oyó una enorme carcajada que procedía de los vizcaínos que se encontraban en las campas de Aretxabalaga. El rey de Castilla, el infante don Juan y todos los miembros del séquito temieron por sus vidas.

—Deberíamos hablar con tranquilidad sobre esos acuerdos que firmaron don Tello y doña Juana; y sobre el pleito de homenaje que hicieron al rey don Pedro —intervino don Juan Fernández de Henestrosa, dirigiéndose al señor de Zubieta.

—Aquí no hay nada de qué hablar sobre esos acuerdos ni sobre ese pleito de homenaje. Ni esos acuerdos ni ese pleito de homenaje sirven para nada sin nuestra aprobación, sin la aprobación de los vizcaínos. El rey sabe muy bien que el señorío de Vizcaya pertenece a los vizcaínos y no a sus señores. Se lo explicó el difunto don Juan de Abendaño en el monasterio de San Vicente de Abando. Yo estuve allí y fui testigo de lo que se le dijo —explicó el señor de Martiartu para que todos se enteraran.

—¡Sí, así es! ¡El señorío de Vizcaya nos pertenece a los vizcaínos! —se oyó gritar en las campas.

El rey hizo un gesto a Fernández de Henestrosa para que se acercara y, en voz baja para que nadie le escuchara, le dijo:

—Debemos salir de aquí lo antes posible. Los vizcaínos podrían

caer sobre nosotros y no tendríamos ninguna posibilidad de defendernos.

—Don Tello ha huido del señorío. ¿Qué hay de las promesas que me hicisteis sobre el señorío de Vizcaya? No habéis hablado de mí a los vizcaínos —interrogó el infante don Juan al rey.

—Callaos. ¿Acaso creéis que este es el momento más apropiado para hablar a los vizcaínos de las promesas que os hice? —le respondió enfadado el rey.

—Debéis salir de aquí lo antes posible —advirtió don Juan Fernández de Henestrosa al rey y al infante.

—¿Dónde se encuentra don Tello? —preguntó el rey—. Debo capturarle.

—Don Tello ha estado en las campas de Aretxabalaga y desde aquí marchó hacia Bermeo para embarcar rumbo a San Juan de Luz —informaron al rey.

—A ver si yo también puedo embarcar en Bermeo para ir tras don Tello —dijo el rey a Fernández de Henestrosa.

—Yo me quedaré aquí para hablar con los vizcaínos. Hay que buscar una salida honrosa para Castilla, porque ya habéis visto que los vizcaínos se niegan a aceptar la anexión de Vizcaya y por la fuerza es imposible combatirlos. Ya tuvimos varias derrotas con los vizcaínos —dijo don Juan Fernández de Henestrosa al rey.

—Saldré ahora mismo hacia Bermeo con el infante don Juan, Diego García de Padilla y un destacamento de hombres bien armados. Debo capturar a don Tello —respondió el rey a Fernández de Henestrosa.

• • •

El rey y su séquito llegaron a Bermeo al atardecer. Allí les dijeron que don Tello se había hecho a la mar esa tarde. Al día siguiente, el rey y su gente embarcaron en unas pinazas de pesca que encontraron preparadas para hacerse a la mar. Poco después de salir del puerto se declaró una tempestad. No podían avanzar por el oleaje y el viento desfavorable que soplaba. La mar estaba muy brava y a duras penas pudieron llegar a Lekeitio.

—Tendremos que volver a Bermeo porque ya no alcanzaremos a don Tello. Estará cerca de San Juan de Luz —dijo el rey muy enfadado al ver que no podía capturarle.

El infante don Juan quiso aprovechar aquella ocasión para recordar al rey la promesa que le hizo sobre el señorío de Vizcaya, y volvió a insistir:

—Ya no hay duda de que Tello ha huido del señorío. Ahora tendréis que exigir a los vizcaínos que cumplan los acuerdos que

firmaron en Bilbao y deberán aceptarme como señor de Vizcaya.

—Cuando lleguemos a ese sitio, Aretxebeleaga, o como se llame, pediré a los vizcaínos que os acepten como señor de Vizcaya, que para eso os casé con Isabel —le respondió riéndose el rey.

El rey sabía muy bien que nunca podría cumplir con aquellas promesas que había hecho al infante don Juan. Era consciente de que él no podía decidir una cuestión de esa naturaleza, porque dependía exclusivamente de la voluntad de los vizcaínos. Con esas promesas que le hizo, el rey pretendía que los vizcaínos rechazaran al infante y le aceptaran a él como señor de Vizcaya, en virtud de los acuerdos que se habían firmado en Bilbao el martes 21 de junio de 1356. Sin embargo, dudaba de que lo pudiera lograr después de haber escuchado todo lo que dijeron los vizcaínos en las campas de Aretxabalaga.

117

Don Juan Fernández de Henestrosa buscaba una salida honrosa para aquella delicada situación en la que se encontraba el rey de Castilla, y decidió hablar con los vizcaínos.

—El rey podría reunir un ejército para invadir el señorío de Vizcaya si no cumplís con los acuerdos que firmaron doña Juana y don Tello —decía Fernández de Henestrosa a los vizcaínos para amedrentarlos.

—¿Acaso olvidáis que los reyes de Castilla han sido derrotados en todos sus intentos de invadir nuestros territorios? ¿Olvidáis también las derrotas del infante don Juan cuando envió sus tropas a Gordejuela y a Durango para capturar a don Tello? —le preguntó riéndose el señor de Zamudio.

—El rey retiene a doña Juana, la señora de Vizcaya, en el castillo de Aguilar de Campoo —volvió a amenazar Fernández de Henestrosa a los vizcaínos con los que hablaba.

—Doña Juana no respetó los Fueros, usos y costumbres del señorío. Firmó unos documentos sin la aprobación de los vizcaínos —le respondió el señor de Zamudio.

—No os entiendo. ¿Queréis decir que no acudiríais en su defensa si corriera algún peligro? —preguntó muy sorprendido Fernández de Henestrosa.

—A los vizcaínos nos importa muy poco quién sea nuestro señor. La designación de los señores de Vizcaya se ha hecho siempre respetando el orden establecido para suceder en el señorío. Los vizcaínos deseamos que se respeten nuestros Fueros, usos y costumbres. Porque por encima de los señores de Vizcaya están las leyes que nos hemos dado a nosotros mismos y estamos dispuestos a hacerlas cumplir, sea quien sea nuestro señor. Eso es lo que nos importa y así se lo hizo saber el difunto don Juan de Abendaño al rey en el monasterio de San Vicente de Abando, cuando aún no era rey. Yo me encontraba presente cuando Abendaño se lo explicó al rey —le respondió el señor de Martiartu.

—¡Ardua tarea la de ser vuestro señor! —exclamó Fernández de Henestrosa.

—¿Os parece?

—¿Y qué sucedería si no tuviera descendencia doña Juana? ¿A quién recurriríais para garantizar la sucesión en el señorío? —preguntó Fernández de Henestrosa.

—Doña Isabel, la hermana de doña Juana, se encuentra en la

línea de sucesión del señorío. ¿Por qué no iban a garantizar ninguna de ellas la sucesión del señorío de Vizcaya? —intervino el señor de Zamudio.

—¿Y si tampoco doña Isabel tuviera descendencia? —insistió Fernández de Henestrosa.

—Si murieran sin sucesión doña Juana, nuestra señora, o su hermana doña Isabel, sabed que los derechos de la casa de Vizcaya recaerían en la condesa doña Juana Manuel, la mujer del conde don Enrique, el hermano del rey de Castilla. Estamos enterados de que la condesa doña Juana ha sido liberada de su prisión de Toro y que se encuentra en el reino de Aragón; y que, ahora, está encinta —informó el señor de Martiartu a Fernández de Henestrosa.

—¿Qué garantías tenéis de que la condesa doña Juana Manuel quiera ser vuestra señora? —le preguntó desconcertado Fernández de Henestrosa al comprobar que Martiartu estaba informado de la liberación de la condesa doña Juana.

—Yo estuve en París hace tiempo hablando con el conde don Enrique y estaba decidido a hacer respetar nuestros Fueros, usos y costumbres si la condesa doña Juana fuera proclamada señora de Vizcaya —informó el señor de Martiartu a Fernández de Henestrosa.

Don Juan Fernández de Henestrosa se quedó muy preocupado al saber que los vizcaínos estaban en conversaciones con el conde don Enrique. «Es lo único que le faltaría al rey. Que los vizcaínos tomaran partido por el conde don Enrique en una guerra contra el rey», pensó él.

—¿De modo que fuisteis a hablar con el conde don Enrique? —le preguntó muy intrigado Fernández de Henestrosa.

—Después de los sucesos que tuvieron lugar en Bilbao con motivo de los documentos que firmaron doña Juana y don Tello, se decidió que yo fuera a París para hablar con el conde don Enrique —le explicó Martiartu.

—Estamos cansados de tantas luchas para preservar la libertad de nuestro territorio. Queremos vivir en paz con nuestras familias. No deseamos estar luchando con un enemigo superior, aunque lo podamos vencer como lo hemos hecho siempre a lo largo de la historia con visigodos, astures, navarros y castellanos, que intentaron someter nuestro territorio a su obediencia —intervino el señor de Butrón.

—Entonces, aceptad la anexión del señorío de Vizcaya a Castilla y tendréis garantizada esa paz que tanto anheláis para vuestras tierras —le sugirió don Juan Fernández de Henestrosa.

—Jamás admitiríamos la anexión de Vizcaya a Castilla —

sentenció el señor de Zubieta.

—Pero ¿no os entiendo? ¿Por qué os negáis entonces a anexionar Vizcaya a Castilla? —preguntó sorprendido don Juan Fernández de Henestrosa.

—Una cosa es la incorporación libre y voluntaria de Vizcaya a la Corona de Castilla con nuestros Fueros, usos y costumbres; y otra muy distinta la anexión de Vizcaya a Castilla, es decir, una Vizcaya sometida a Castilla —le explicó el señor de Zubieta.

—¡Son sutilezas lo que planteáis! —exclamó Fernández de Henestrosa.

—Puede que sean sutilezas, pero para nosotros esas sutilezas significan el reconocimiento o la negación de la libertad de los vizcaínos y del señorío de Vizcaya —puntualizó el señor de Zubieta.

—Pero son sutilezas que el rey de Castilla podría aceptar de buen grado —advirtió Fernández de Henestrosa.

—¿Qué estáis insinuando? —preguntó sorprendido el señor de Butrón al darse cuenta de que Fernández de Henestrosa estaba buscando una solución al conflicto que se había creado entre el rey de Castilla y los vizcaínos.

—Si aceptarais al rey de Castilla como señor de Vizcaya, podríais gozar de la paz que tanto deseáis —le respondió don Juan Fernández de Henestrosa.

—Tendríamos que pensarlo —intervino el señor de Zubieta mientras miraba a los señores de Butrón, Martiartu, Zamudio y al preboste de Bermeo.

—Sabemos que el rey ha matado a su hermano don Fadrique y que ahora quiere matar a don Tello y al conde don Enrique. También estamos enterados de que desea matar a sus primos los infantes don Fernando y don Juan de Aragón. No nos fiamos del rey de Castilla —añadió el señor de Zamudio.

—El rey de Castilla no puede ser señor de Vizcaya. Está en guerra con el rey de Aragón; y el conde don Enrique se prepara para entrar en Castilla y arrebatarle el trono. ¿De qué clase de paz íbamos a disfrutar los vizcaínos con un señor de Vizcaya en guerra con medio mundo? —intervino riéndose el señor de Butrón.

Don Juan Fernández de Henestrosa se dio cuenta de que los vizcaínos necesitaban tiempo para hablar entre ellos y se marchó hacia su campamento sin decir nada más.

—Tendremos que reunirnos con los representantes de las casas principales del señorío, con los apoderados de los concejos y de las villas, que se encuentran aquí, para contar con su apoyo —dijo el preboste de Bermeo señor de Areilza.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Debemos hablar con ellos —añadió el señor de Zubieta.

—Primero tendremos que ponernos de acuerdo sobre qué les vamos a explicar —puntualizó el preboste de Bermeo.

—No debemos darles demasiadas explicaciones para garantizar el éxito de nuestros planes. Además, fracasaría todo lo que nos proponemos hacer si se enterara el rey antes de tiempo —advirtió el señor de Zubieta.

Se dirigieron a los lugares que solían ocupar los vizcaínos de la tierra llana[33] y de las villas en las campas, cuando asistían a las Juntas del señorío, y comenzaron a hablar con ellos.

—Pero ¿cómo pretendéis nombrar señor de Vizcaya al rey de Castilla? —preguntaron los vizcaínos.

—Nadie ha hablado de nombrarle señor de Vizcaya. ¿Quién ha dicho semejante cosa? —les respondían.

—Entonces, ¿de qué estáis hablando?

—Tened paciencia. Ya lo entenderéis. Tratamos de resolver este asunto sin comprometer el futuro del señorío. Negociamos para que el rey de Castilla abandone sus pretensiones sobre el señorío, pero ahora no podemos daros más explicaciones —les decían a los vizcaínos.

Mientras los vizcaínos seguían celebrando sus conversaciones para decidir el futuro del señorío, el rey llegaba de Bermeo y en su campamento levantaban el pabellón donde dormiría esa noche.

—No pudimos alcanzar a don Tello. Se declaró una galerna y tuvimos que regresar a puerto —explicó el rey a don Juan Fernández de Henestrosa.

—Yo he mantenido conversaciones con los vizcaínos. Creo que podrían aceptaros como señor de Vizcaya, pero desconozco en qué términos. Tampoco parece que pongan demasiadas dificultades para que el señorío de Vizcaya se anexione a la Corona. Aunque no acepten ese término de anexión y hablen de incorporación. Son matices que para la Corona no tienen ninguna importancia —informó Fernández de Henestrosa al rey.

—Don Fernán Pérez de Ayala, el señor de Ayala, siempre hablaba de incorporación cuando se refería a la anexión de los territorios vascos a la Corona. Yo nunca utilicé esa palabra de anexión con él, porque comprendí el significado que le daban a ese término y no quise molestarle —le dijo riéndose el rey.

—No creo que sean estos los momentos más oportunos para poner muchas condiciones a los vizcaínos. Ya visteis como piensan —añadió Fernández de Henestrosa.

—¿A qué os referís? —preguntó el rey, sospechando que algo le ocultaba.

—El señor de Martiartu estuvo en París con el conde don Enrique. Le habló de los derechos sucesorios que podrían asistir a la condesa doña Juana sobre el señorío de Vizcaya si doña Juana y doña Isabel morían sin descendencia —le explicó Fernández de Henestrosa.

—¿Qué le contestó el conde don Enrique? —preguntó descompuesto el rey al saber que Martiartu estuvo con su hermano en París.

—Que se comprometía a respetar los Fueros, usos y costumbres del señorío si la condesa doña Juana fuera proclamada señora de Vizcaya. Los vizcaínos saben que la condesa doña Juana huyó de su prisión de Toro y que ahora se encuentra en el reino de Aragón —añadió Fernández de Henestrosa.

—¡Maldito traidor ese bastardo mal nacido de Enrique! —exclamó el rey y entró en su pabellón.

• • •

Al atardecer comenzaron a encender hogueras por las campas. En unas estacadas,[34] los carniceros degollaban los corderos que habían traído para dar de comer a los diez mil vizcaínos. Mientras, los criados llevaban en carros los cestos de pan, las cubas y los pellejos de vino y de chacolí para los vizcaínos. Los cocineros asaban los corzos y los jabalíes, que habían cazado por los montes de la comarca, y enseguida se pusieron a empalar los corderos sobre las brasas.

—Que lleven al campamento de los castellanos toda la comida que necesiten —ordenó el señor de Zubieta a varios criados.

Cuando el rey vio que les traían la comida a su campamento, se extrañó de que los vizcaínos no le hubieran invitado a cenar con ellos. «Una descortesía o un mal presagio», pensó él. Pero a don Juan Fernández de Henestrosa no le sorprendió que no les invitaran los vizcaínos, porque sabía que ellos no habían sido bien recibidos en el señorío de Vizcaya.

La luna llena lucía en un firmamento estrellado. El aire que llegaba del mar de Vizcaya refrescaba el ambiente de aquella noche de verano. Después de cenar, los vizcaínos se pusieron a cantar y a bailar alrededor de las hogueras. Así estuvieron hasta altas horas de la madrugada. El rey de Castilla, el infante don Juan de Aragón, la gente de sus séquitos y las tropas no dejaban de observarlos.

—Estos vizcaínos serían capaces de caer sobre nosotros y matarnos a todos sin la menor piedad —comentaban los castellanos,

asombrados por el bullicio que estaban organizando.

• • •

Al rayar el alba, los vizcaínos reanudaron las conversaciones. Después de llegar a un acuerdo entre ellos, los señores de Zubieta, Butrón, Martiartu, Zamudio y el preboste de Bermeo señor de Areilza, se reunieron con don Juan Fernández de Henestrosa.

El señor de Zubieta tomó la palabra y dijo a Fernández de Henestrosa:

—Hemos considerado vuestra propuesta de que el rey de Castilla sea el señor de Vizcaya y que el señorío se incorpore a la Corona de Castilla. Nuestra oferta consiste en aceptar al rey de Castilla como señor de Vizcaya mediante aclamación.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir que le aceptaríais como señor de Vizcaya mediante aclamación? —preguntó desconcertado Fernández de Henestrosa.

—Que no podríamos proclamarle señor de Vizcaya. No podríamos tomarle el juramento que tendría que hacer en defensa y acatamiento de nuestros Fueros, usos y costumbres para ser señor de Vizcaya, porque existen muchas incógnitas sobre las verdaderas intenciones del rey don Pedro —intervino el señor de Butrón.

—El rey no aceptará los términos de vuestra oferta. Rechazará esa condición —advirtió Fernández de Henestrosa, aunque él no esperaba que le fueran a ofrecer el señorío sin condiciones.

—Esta es nuestra oferta para que el rey de Castilla pueda partir del señorío con el respeto de los vizcaínos —insistió Zubieta.

—Hablaré con el rey, pero dudo que atienda vuestra oferta —fueron las últimas palabras de Fernández de Henestrosa y se marchó.

Don Juan Fernández de Henestrosa se dirigió al pabellón del rey con enorme preocupación. Desconocía cuál podría ser su reacción al conocer las condiciones que le ponían para ser señor de Vizcaya. «Si pretende alguna acción hostil contra los vizcaínos le diré que han amenazado con tomar partido por el conde don Enrique y que saben que se prepara para entrar en Castilla. Espero que si le amenazo con el conde don Enrique actúe con prudencia», pensó él.

—Vengo de hablar con los vizcaínos. Siguen con ese juego de los términos y los matices que ponen a las palabras, que tanto les gusta utilizar. Es imposible entenderlos y resultan irritantes —relató Fernández de Henestrosa al rey.

—Pero ¿qué han dicho?

—Que les complacería que el señorío se incorporara a la Corona y seáis el señor de Vizcaya mediante aclamación, pero no mediante

proclamación —le explicó Fernández de Henestrosa, temeroso de la reacción del rey.

El rey giró sobre sí, se quedó mirando a Henestrosa, y le dijo:

—¡Esas son magníficas noticias, don Juan! —exclamó el rey—. Hemos dado un paso muy importancia para fortalecer la Corona de Castilla. ¿Qué valor tiene eso de que me aclamen o me proclamen si están dispuestos a tenerme como su señor? Desde que conocí estos territorios vascos, siendo infante de Castilla, mi deseo era conseguir que Vizcaya se anexionara a la Corona y lo vamos a conseguir, el resto será cuestión de tiempo. Además, me evitarán tener que jurar unos Fueros que nadie más que ellos los conocen, porque no están escritos.

Fernández de Henestrosa se quedó asombrado de la respuesta del rey. No podía creer ese cambio de actitud tan repentino. «El rey trama algo que me oculta», pensó él.

—Informaré al señor de Zubieta y a los otros vizcaínos que estáis de acuerdo con la oferta que os han hecho —le respondió Fernández de Henestrosa.

—Debéis advertirles que el infante don Juan de Aragón desea ser el señor de Vizcaya. Yo le prometí que se lo pediría a los vizcaínos. Y así lo haré, porque don Tello ha huido del señorío y el infante don Juan está casado con doña Isabel. Pero convendría que se negaran a aceptar esa petición que yo mismo formularé. Espero que se pronuncien en mi favor, como os lo han anunciado —le dijo el rey.

—Transmitiré vuestros deseos a los vizcaínos, mi señor —le respondió Fernández de Henestrosa y abandonó el pabellón del rey.

«El rey trama algo contra el infante don Juan. Me preocupa la suerte que pueda correr», iba pensando Fernández de Henestrosa mientras se dirigía al encuentro de los vizcaínos.

Don Juan Fernández de Henestrosa se reunió con los señores de Zubieta, Butrón, Martiartu, Zamudio y con el preboste de Bermeo señor de Areilza y les comunicó:

—El rey no pone ninguna objeción a que le aclaméis como señor de Vizcaya. Él os propondrá que aceptéis al infante don Juan de Aragón como señor de Vizcaya, porque está casado con doña Isabel, pero es su deseo que rechacéis la propuesta que os haga. El rey espera que os pronunciéis en su favor como señor de Vizcaya, según me lo expresasteis en nuestra anterior conversación —les explicó don Juan Fernández de Henestrosa.

—Necesitaremos unas horas para hablar con los vizcaínos. Debemos explicarles como deben proceder cuando el rey les hable —le respondió el señor de Zubieta y marchó con los otros señores

para reunirse con los vizcaínos.

• • •

Poco antes del mediodía, los señores de Zubieta, Butrón, Martiartu, Zamudio y el preboste de Bermeo señor de Areilza fueron al campamento de los castellanos. El infante don Juan de Aragón se sorprendió al ver que los vizcaínos entraban en el pabellón del rey. «Qué está sucediendo aquí que no vienen a buscarme a mí, si yo seré el nuevo señor de Vizcaya», pensó muy angustiado.

—Señor, todo está dispuesto para vuestra aclamación como señor de Vizcaya —dijo el preboste de Bermeo señor de Areilza al rey y salieron todos juntos del pabellón.

El rey iba muy satisfecho. Le acompañaban el infante don Juan de Aragón, don Juan Fernández de Henestrosa, Diego García de Padilla y los vizcaínos que fueron a buscarle.

Bajo las enormes ramas del roble centenario, donde los señores de Vizcaya juraban los Fueros, todos los vizcaínos pudieron ver como sobre el altar no había manteles ni hachones ni se encontraba la custodia de oro y plata que se utilizaba en las ceremonias de proclamación del señor de Vizcaya.

—¡Mirad, el altar! Tampoco está el capellán. Es cierto que no vamos a proclamar señor de Vizcaya al rey de Castilla —decían los vizcaínos mientras se aproximaban al roble centenario.

Enseguida apareció el rey de Castilla acompañado de su séquito. Los vizcaínos les iban abriendo el camino hasta que llegaron al altar bajo el roble. El preboste de Bermeo hizo un gesto de mano al rey para que se dirigiera a los diez mil vizcaínos allí congregados.

—Como sabéis, don Tello ha huido del señorío. Mi primo el infante don Juan de Aragón está casado con doña Isabel, la hija de don Juan Núñez de Lara y de doña María Díaz de Haro, vuestros anteriores señores de Vizcaya. Por estos motivos, os ruego que le toméis por vuestro señor —dijo el rey a los vizcaínos.

—¿Dónde se encuentra doña Juana, nuestra señora? —se oyeron algunas voces de los vizcaínos que preguntaban por ella.

—Os lo hemos dicho. Se encuentra en el castillo de Aguilar de Campoo. Allí se dirigió con don Tello y allí se quedó —respondió el señor de Butrón para zanjar aquella espinosa cuestión.

El preboste de Bermeo hizo una señal a los vizcaínos y, como estaba acordado, dijeron:

—Nunca volveremos a tener otro señor en Vizcaya que no sea el rey de Castilla. Deseamos incorporarnos a la Corona de Castilla y que los reyes que después os sucedan sean nuestros señores.

El infante don Juan de Aragón palideció y se sintió humillado

por el rechazo de los vizcaínos. «El rey me ha engañado. Ha tenido que sugerir a los vizcaínos que me rechazaran y le eligieran a él señor de Vizcaya. Ahora mi vida estará en peligro. El rey tratará de matarme. Se vengará de mí, como lo hizo con Fadrique en Sevilla, por haberle detenido en la villa de Toro», pensó él y tembló de miedo.

—Lo lamento, primo. Habéis visto que los vizcaínos no desean teneros como su señor. Cuando lleguemos a Bilbao volveré a hablar con ellos en vuestro favor —dijo el rey al infante don Juan.

Los señores de Zubieta, Butrón, Martiartu, Zamudio y el preboste de Bermeo señor de Areilza se acercaron al rey y besaron sus manos en representación de todos los vizcaínos. El rey agradeció ese gesto que no esperaba y recordó que Martiartu presenció su protesta en San Vicente de Abando cuando se negó con el difunto don Juan de Abendaño y otros vizcaínos a besarle la mano. «Habrá sido cosa de Martiartu que me besen las manos», pensó el rey, porque sabía que hasta no jurar los Fueros, los vizcaínos no tenían ninguna obligación de rendirle ese gesto protocolario de adhesión y respeto.

El preboste de Bermeo hizo una seña y comenzaron a sonar las bocinas de Aretxabalaga. Aquel sonido dejó asombrados al rey, al infante don Juan y a todo el séquito que los acompañaba, porque nunca hasta ese momento habían escuchado un ruido tan ensordecedor.

El rey se despidió del señor de Zubieta y de los otros señores que habían logrado esos acuerdos y les anunció que se dirigía a Bilbao camino de Castilla.

—Ordenaremos que os preparen vuestros aposentos en Zubialdea para que durmáis esta noche en Bilbao —le dijo el señor de Butrón.

—Tenemos que regresar cuanto antes. Ahora, mis preocupaciones están en la guerra con Aragón y en evitar que el conde don Enrique entre en Castilla —dijo el rey a Fernández de Henestrosa y a Diego García de Padilla, mientras se dirigía hacia los caballos para partir.

118

Bilbao había amanecido con un día despejado. En los alrededores de la torre de Zubialdea se iba congregando la gente para ver al rey de Castilla.

—Que venga el ballestero mayor con dos de sus hombres —dijo el rey a uno de sus guardias.

—El rey me acaba de llamar y quiere que vaya con dos ballesteros —dijo el ballestero mayor a don Juan Fernández de Henestrosa, con el que se cruzó camino de los aposentos del rey.

—¿Sabéis para qué os ha llamado? — le preguntó sorprendido Fernández de Henestrosa.

—Lo desconozco —le respondió el ballestero mayor.

—Quedaos junto a la puerta, atento a mis órdenes —dijo el rey al ballestero mayor, cuando entró con sus dos hombres en los aposentos.

El rey volvió a llamar al guardia y le ordenó:

—Id en busca de don Juan Fernández de Henestrosa, de don Diego García de Padilla y que vengan los oficiales de mi casa.

Al comprobar el rey que todas las personas a las que había llamado se encontraban allí, salió de sus aposentos y ordenó a uno de sus guardias:

—Que vayan a la posada del infante don Juan y que le digan que el rey desea verle ahora. Si viene acompañado, que pase él solo. No permitáis que entre con nadie —le insistió el rey y regresó a sus aposentos.

—El infante don Juan tiene la costumbre de llevar un cuchillo pequeño escondido bajo la manga de su brial. El infante vendrá ahora y vamos a divertirnos un rato jugando con él hasta que tire el cuchillo —dijo el rey a todos los que había convocado allí.

Nadie se atrevió a responderle, porque se dieron cuenta de que el rey iba a ordenar que mataran al infante, y permanecieron en silencio.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta de la cámara y apareció el infante don Juan. Al ver a toda aquella gente alrededor del rey, el infante temió por su vida. «También el rey mandó llamar a Fadrique, como lo ha hecho conmigo, y le mataron», pensó él. No sabía qué podía hacer para defenderse. Era muy pequeño de cuerpo para enfrentarse con toda aquella gente. Se dio cuenta de que iba a morir y permaneció quieto sin atreverse a preguntar por qué le había llamado el rey. Entonces comenzaron a burlarse de él.

—Sabemos que lleváis un cuchillo bajo la maga. ¿Por qué no lo tiráis? —le decían todos entre risas.

El infante don Juan arrojó su cuchillo. Uno de los oficiales se abrazó a él para impedirle que se acercara al rey.

—Matad al infante don Juan —ordenó el rey a los ballesteros.

Un ballestero le dio con una maza en la cabeza. Otro se acercó al infante y le hirió varias veces. Herido como estaba no caía y fue sin sentido hacia Fernández de Henestrosa. Cuando el infante estaba llegando donde se encontraba Henestrosa, este sacó un estoque, se lo puso delante y le dijo:

—¡Allá, allá!

El ballestero mayor del rey le sacudió con la maza en la cabeza y el infante don Juan de Aragón cayó muerto.

El rey ordenó echar su cuerpo por la ventana a la plaza de la villa, y dijo a los vizcaínos que estaban allí congregados:

—¡Mirad, ahí tenéis a ese que quería ser vuestro señor, el señor de Vizcaya!

El rey hizo un gesto de mano a Diego García de Padilla para que se acercara y le dijo:

—Que lleven a Burgos el cuerpo del infante don Juan. Que lo tengan expuesto en el castillo para escarmiento de todos los castellanos. Pasados unos días que lo tiren al río Arlanzón.

Luego llamó el rey a don Juan Fernández de Henestrosa y le ordenó:

—Mañana temprano partid hacia Roa. Allí se encuentran mi tía la reina doña Leonor y doña Isabel, la mujer del infante don Juan. Detenedlas y esperad a que yo llegue. Deseo ver sus caras cuando les diga que ha muerto el infante don Juan y que las voy a enviar prisioneras al castillo de Castrojeriz.

El infante don Juan de Aragón murió catorce días después de que el rey ordenara matar al maestre don Fadrique en Sevilla. Los dos fueron víctimas de las venganzas del rey por haberle detenido y secuestrado en la villa de Toro.

• • •

La noticia de la muerte del infante don Juan de Aragón consternó a los vizcaínos. En las campas de Aretxabalaga permanecían aún gran parte de los vizcaínos que acudieron a la Junta del señorío. La indignación se apoderó de todos ellos.

—El rey de Castilla nos propone que tomemos al infante don Juan como nuestro señor, pero en conversaciones secretas nos pide que le rechacemos para que le aclamemos a él, y luego tiene la desfachatez de matarle en Bilbao y le arroja por la ventana —decían

ellos.

Los señores de Zubieta, Butrón, Martiartu, Zamudio y el preboste de Bermeo señor de Areilza no podían creer que el rey hubiera matado al infante don Juan en Bilbao.

—Os lo advertí que el rey de Castilla mataría a su primo el infante don Juan. Lo que nunca imaginé fue que se atreviera a matarle en Bilbao, aquí en nuestras tierras —les dijo el señor de Zamudio.

—Ha sido un acierto no haber proclamado al rey de Castilla señor de Vizcaya. Ahora sabemos que no podemos confiar en él —les dijo el señor de Zubieta.

—Incierta es la suerte que le espera a doña Juana. Cometió otro grave error quedándose en Aguilar de Campoo. Si hubiera venido con don Tello, la hubiéramos podido proteger aquí, pero le pareció un deshonor salir huyendo del rey —comentó el señor de Butrón.

—Tendremos que esperar para ver como se suceden los acontecimientos. El rey de Castilla está en guerra con el rey de Aragón y el conde don Enrique amenaza con entrar en Castilla para destronar a su hermano el rey don Pedro —advirtió el preboste de Bermeo señor de Areilza.

• • •

En la biblioteca del castillo de Quejana se encontraba don Fernán Pérez de Ayala con su hijo Pedro, el abad de Quejana y el padre Eneko. Hablaban de los sucesos que tuvieron lugar en las campas de Aretxabalaga y en Bilbao con motivo de la presencia del rey de Castilla y del infante don Juan de Aragón en el señorío de Vizcaya.

—¿Cuándo os enterasteis de que don Tello huía del rey de Castilla? —preguntó el padre Eneko a don Fernán.

—Cuando pasó por el valle de Okondo y se dirigía hacia el señorío de Vizcaya —le respondió don Fernán.

—¿Qué ocurrirá ahora con doña Juana, la señora de Vizcaya, y con su hermana doña Isabel? —preguntó Pedro, el hijo de don Fernán.

—Nada bueno. El rey ha dado orden de que detengan a doña Isabel y a su suegra la reina doña Leonor. Según me han informado las llevarán desde Roa a Castrojeriz. Y doña Juana, la señora de Vizcaya, está prisionera en el castillo de Aguilar de Campoo —le respondió don Fernán.

—Veo que tenéis buenos informadores, aunque las noticias que os traen no sean nada buenas —volvió a intervenir el padre Eneko y se pasó las manos por su rostro sudoroso.

—¿Pensáis que puedan correr algún peligro las tres señoras? —

preguntó sorprendido el abad de Quejana.

—El rey ha matado a su hermano el maestre don Fadrique hace quince días en Sevilla y acaba de matar a su primo el infante don Juan de Aragón en Bilbao. No les ha perdonado que hubieran tomado partido por la reina doña Blanca, pero su indignación ha sido aún mayor por haberle tenido bajo arresto en la villa de Toro. ¿Qué suerte les puede esperar a estas señoras, las esposas de sus enemigos? ¿Y a la reina doña Leonor? ¿Qué represalia tomará el rey contra ella que preparó su detención y secuestro en la villa de Toro? —se preguntaba don Fernán.

—También nosotros tomamos partido por la reina doña Blanca y tú hablaste en su favor en las vistas de Tejadillo —dijo Pedro a su padre don Fernán.

—Es cierto. Pero nosotros no participamos en el reparto de los oficios del reino ni en los de la casa del rey cuando fue arrestado en la villa de Toro. El rey sabe muy bien que no tomamos partido por la reina doña Blanca movidos por ningún interés de poder —le respondió don Fernán.

—Lo cierto es que el rey os respeta. Me percaté de ello cuando estuvo por aquí. Diría que también os teme y que por ese motivo no os ha perseguido —se aventuró a decir el padre Eneko.

—¿Y qué pensarán los vizcaínos del rey después de la muerte del infante don Juan en Bilbao? —preguntó el abad de Quejana.

—Los vizcaínos han sabido actuar con sabiduría. Han aclamado al rey como señor de Vizcaya, pero no le han proclamado como su señor. No le han permitido jurar los Fueros, usos y costumbres del señorío. A partir de ahora nada les obliga a los vizcaínos con el rey de Castilla. El señorío de Vizcaya permanece libre de cualquier vinculación con la Corona de Castilla —le explicó don Fernán.

—Y pensar que todo este conflicto ha surgido por los acuerdos que firmaron en Bilbao con el alférez mayor del rey de Castilla —afirmó Pedro.

—Doña Juana y don Tello, los señores de Vizcaya, cometieron un grave error al firmar esos acuerdos sin la aprobación de los vizcaínos —respondió don Fernán.

—Veo que el rey don Pedro se deja llevar por el rencor y la venganza. Cuando estuvo en el monasterio de San Ramón le advertí que la ira de Dios caería sobre él si no obraba con justicia. El rey acabará mal sus días. Le espera un trágico final —sentenció el padre Eneko, el prior del monasterio de Okondo.

Mientras el abad de Quejana, el prior de Okondo y Pedro López de Ayala seguían hablando sobre las consecuencias que podrían

tener para el reino de Castilla las muertes de don Fadrique y del infante don Juan de Aragón, don Fernán Pérez de Ayala se había dirigido a uno de los ventanales de la biblioteca que daba al valle. Allí permaneció largo rato pensando en el vaticinio que había hecho el padre Eneko sobre la suerte que correría el rey don Pedro, y se quedó contemplando el vuelo de los halcones. Zigor, el halconero mayor, estaba practicando las artes de la cetrería con las rapaces más jóvenes en una de las campas de Quejana.

Epílogo

En represalia por la muerte del maestre don Fadrique, su hermano el conde don Enrique entró en Castilla con sus tropas por tierras de Soria y arrasó todo lo que encontró a su paso. También el infante don Fernando de Aragón, en venganza por la muerte de su hermano el infante don Juan, destruyó la huerta de Murcia, provocó todo el daño que pudo en aquellas tierras y regresó al reino de Aragón.

El 24 de agosto de 1358, nació en la villa de Épila del reino de Aragón el infante don Juan de Castilla, el hijo del conde don Enrique y de la condesa doña Juana Manuel.

Al fracasar las negociaciones de paz entre el rey de Castilla y el rey de Aragón en 1359, el rey don Pedro I de Castilla vengó su frustración ordenando envenenar a su tía la reina doña Leonor, que se encontraba presa en Castrojeriz.

Doña Isabel de Lara, que también se encontraba presa en Castrojeriz con su suegra la reina doña Leonor, fue conducida en 1359 al castillo de Jerez de la Frontera, donde murió envenenada en 1361.

A doña Juana de Lara, la señora de Vizcaya, prisionera en Aguilar de Campoo, la llevaron en 1359 al castillo de Almodóvar del Río y desde allí a Sevilla en 1361, donde la mataron días después, envenenándola con hierbas.

La reina doña Blanca de Borbón, de veinticinco años de edad, la mujer del rey don Pedro I de Castilla, que estaba presa en el castillo de Sigüenza, fue conducida en 1359 al castillo de Jerez de la Frontera, donde coincidió con doña Isabel de Lara, y allí la envenenaron también en 1361.

Don Juan Fernández de Henestrosa, el tío de María de Padilla y privado del rey don Pedro I de Castilla, murió en la batalla de Araviana en septiembre de 1359. En venganza por su muerte, el rey ordenó matar a sus hermanos don Juan, de diecinueve años, y a don Pedro, de catorce años, que se encontraban presos en el alcázar de Carmona.

María de Padilla murió en Sevilla en julio de 1361. Siguiendo sus deseos fue enterrada en el monasterio de Santa Clara de Astudillo, que ella mandó construir en Palencia junto al río Pisuerga.

En 1362, el rey don Pedro I de Castilla reunió sus Cortes en Sevilla. Allí anunció que había contraído matrimonio con María de Padilla antes de que se celebrara su boda con doña Blanca de

Borbón en Valladolid. Citó a los testigos de su matrimonio, entre los que se encontraba don Juan Pérez de Orduña, abad de Santander y capellán mayor del rey. Todos los testigos de aquel enlace matrimonial, que se encontraban en las Cortes, dijeron que era verdad y lo juraron sobre los Evangelios.

El conde don Enrique seguía con sus planes para proclamarse rey de Castilla. Su único obstáculo era el infante don Fernando de Aragón, que tenía mejor derecho que él para reinar en Castilla. El conde don Enrique hizo tratos con el rey don Pedro IV de Aragón, y el infante don Fernando de Aragón fue asesinado en Castellón de Burriana el año 1363.

El 22 de marzo de 1366, el conde don Enrique entró en Castilla con su ejército. Sus partidarios le proclamaron rey en la Barquilla, una heredad cerca de Calahorra, camino de Alfaro. Luego se dirigió a Burgos y en el monasterio de las Huelgas se celebró la ceremonia de su coronación como rey de Castilla y de León.

Diego García de Padilla, el hermano de María de Padilla, murió ahogado en un aljibe del castillo de Alcalá de Guadaira en 1369. El rey don Pedro se había enterado de que estaba en tratos con algunos caballeros del bando del rey don Enrique; y, por ese motivo, mandó matarle.

En Montiel, a la edad de treinta y cinco años murió el rey don Pedro I de Castilla a manos de su hermano el rey don Enrique el 22 de marzo de 1369.

El 15 de octubre de 1370, murió envenenado don Tello en la frontera con Portugal, donde le había enviado su hermano el rey don Enrique II de Castilla.

Al morir sin descendencia la última señora de Vizcaya doña Juana de Lara y su hermana doña Isabel, los derechos de la casa de Vizcaya recayeron en la reina doña Juana Manuel, la mujer del rey don Enrique II de Castilla. La reina doña Juana Manuel renunció a sus derechos sobre el señorío de Vizcaya en favor de su hijo el infante don Juan de Castilla.

El sábado, 20 de diciembre de 1371, el infante don Juan de Castilla, de trece años de edad, fue al señorío de Vizcaya, juró los Fueros, usos y costumbres del señorío y los vizcaínos le proclamaron señor de Vizcaya en las campas de Aretxabalaga.

Don Fernán Pérez de Ayala, el señor de Ayala, después de la muerte de su mujer doña Elvira Álvarez de Cevallos el 3 de agosto de 1372, ingresó en la Orden de Santo Domingo. A partir de entonces vivió en el monasterio de los Padres Predicadores de Vitoria. En 1375, fray Fernán Pérez de Ayala fundó el monasterio

de las Dueñas de la Orden de Santo Domingo en el castillo de Quejana de acuerdo con su hijo Pedro López de Ayala. El 15 de octubre de 1385, muere en Vitoria, y sus restos mortales son trasladados a Quejana.

Pedro López de Ayala sirvió a cuatro reyes de Castilla. Siendo copero y camarero mayor del rey don Juan I se opuso y desbarató el proyecto de abdicación del rey en las Cortes de Guadalajara de 1390. El rey se había casado en segundas nupcias con la infanta doña Beatriz, la heredera del reino de Portugal, y creía que si abdicaba como rey de Castilla y de León en favor de su hijo el príncipe don Enrique, podría ser rey de Portugal. El rey don Juan I de Castilla pretendía quedarse con las ciudades de Sevilla, Córdoba, el obispado de Jaén, el reino de Murcia y el señorío de Vizcaya después de su abdicación. Pedro López de Ayala, que había sido embajador del rey ante los reyes de Francia y de Inglaterra entre los años 1380 y 1384, y tenía gran ascendencia ante él, le advirtió que los vizcaínos se apartarían de su obediencia si se convertía en rey de Portugal y renunciaba al reino de Castilla.

Pedro López de Ayala había sido capitán de la flota de Castilla en la guerra con Aragón en 1359. Alguacil mayor de Toledo en 1360. Alférez mayor de la Orden de la Banda durante la batalla de Nájera en 1367, en las filas del rey don Enrique II. Alcalde mayor y merino de Vitoria y de Toledo de 1374 a 1375. Embajador del rey don Enrique III y su canciller mayor en 1398. Murió en 1407, a la edad de setenta y cinco años, en Calahorra. Sus exequias se celebraron en Quejana. Dejó escritas las *Crónicas de los reyes de Castilla*, *Rimado de palacio* y el *Libro de caza de las aves*. Tradujo a Tito Livio, a Guido delle Colonne, a Boecio, a San Gregorio Magno, a San Isidoro y a Boccaccio.

Nota del autor

Mal que les pese a algunos historiadores, herederos de las tesis que utilizó don Juan Antonio Llorente para combatir los Fueros vascos, esta es la verdadera historia de las relaciones que existieron entre el señorío de Vizcaya y el reino de Castilla durante los años que reinó don Pedro I en Castilla.

• • •

Desde el siglo XVIII los historiadores han venido manifestando gran interés por los orígenes de los territorios vascos. Con el transcurso de los años, sus teorías se convirtieron en arma arrojadiza en favor o en contra de quienes defendían o atacaban la independencia del señorío de Vizcaya de los reinos de Castilla, León o Navarra. Es decir, surgió una polémica con enorme carga emocional en la que se comenzó a mezclar la historia con la política, pero con un claro objetivo por ambas partes de preservar o abolir los Fueros vascos. Este, y no otro, fue el fondo y el origen de esta cuestión. Los que mantenían que Vizcaya había sido territorio dependiente de otros, consideraban que los Fueros tenían su origen en concesiones graciosas de los soberanos de quienes habían dependido y, por consiguiente, pensaban que eran alterables y modificables a voluntad del poder de que habían emanado. Mientras que los defensores de la foralidad vizcaína opinaban que los vizcaínos fueron siempre hombres libres, gobernados por su Fuero, usos y costumbres ancestrales, que ellos mismos se dieron.

• • •

Se puede decir que el detonante de este debate comenzó el año 1798 con la publicación de la *Historia civil de la M. N. y M. L. Provincia de Álava* de Landazuri. En ella se manifestaba que las provincias de Álava y de Vizcaya fueron siempre libres de toda sujeción y que gozaron de una total independencia. Ese mismo año don Juan Antonio Llorente publicó las *Noticias históricas de las provincias vascongadas*, un intento de demostrar que esos territorios nunca habían sido independientes. Le contestó don Pedro Novia de Salcedo con su *Defensa histórica legislativa y económica del señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa*, el año de 1829 (publicada en 1851). En esta obra, su autor expuso las tesis sobre la independencia de esos territorios. Don Estanislao de Labayru en su *Historia general del señorío de Bizcaya*, se manifestó en este mismo

sentido en 1895. En el siglo XVI, opinó de igual manera el cordobés don Antonio de Morales en su *Crónica general de España*. En el XVIII, el vallisoletano don Luis Salazar y Castro defendió la independencia secular del señorío de Vizcaya en el *Índice de las glorias de la casa Farnese* y en la *Historia genealógica de la casa de Haro*, publicada doscientos años después por la Real Academia de la Historia. Salazar y Castro dejó escrito que él mantuvo que el señorío de Vizcaya había sido feudo dependiente de las Coronas de Castilla, León o Navarra, pero se retractó públicamente al afirmar, en esa misma obra, que el señorío de Vizcaya fue siempre país libre sin dependencia alguna de otros, como tantas veces se había dicho. En 1776 el santanderino don Rafael Floranes asumió las mismas tesis sobre la independencia de esos territorios en su *Discurso histórico y legal sobre la exención y libertad de las tres nobles provincias vascongadas*. Durante el siglo XIX defendieron estos mismos argumentos autores no vascos como fueron: Pérez Villamil, Vicente de la Fuente, Danvila y Collado y Oliver Hurtado, entre otros.

• • •

Como consecuencia de la defensa que hizo de los Fueros don Pedro Novia de Salcedo, a través de su obra citada, fue nombrado hijo benemérito del señorío de Vizcaya. Y don Juan Antonio Llorente, el canónigo de la catedral de Toledo, que escribió contra los Fueros vascos, secundando la campaña antifuerista de aquellos días por encargo del Gobierno del rey de España don Carlos IV, se ofreció años más tarde al señorío de Vizcaya para que le editara otro trabajo en el que refutaba gran parte de su obra anterior y hacía la defensa histórica y fuerista de las provincias vascongadas.

• • •

Se equivocan quienes comparan el señorío de Vizcaya con los señoríos realengos de Castilla. Don Fernán Pérez de Ayala, el padre del canciller don Pedro López de Ayala, advierte en el proemio del Fuero del señorío de Ayala que él recopiló en 1373, que no existieron en Castilla territorios como los de Vizcaya, Ayala y Oñate.

• • •

Los reyes de Pamplona y de Castilla siempre buscaron la amistad y la colaboración de los señores de Vizcaya. En agradecimiento a las alianzas que hacían entre ellos, los reyes otorgaban a los señores de Vizcaya cargos, honores y estados en sus reinos. Por este motivo, el señor de Vizcaya reunía en su persona, además de la condición de

soberano independiente, la de vasallo del rey como ricohombre de su reino.

• • •

La independencia de Vizcaya, hasta que se incorpora a Castilla en 1379, está demostrada con hechos objetivos muy probados y avalados por muchos historiadores conocedores de la historia del señorío. Si Vizcaya hubiera pertenecido a Castilla, su territorio habría sido incluido en el Becerro de 1352, cosa que no ocurrió. Y, sin embargo, don Juan Núñez de Lara y su hijo don Nuño, los señores de Vizcaya, aparecen en el Becerro como poseedores de señoríos, lugares y behetrías, en su calidad de ricohombres del reino de Castilla.

• • •

Se contradicen quienes afirman que los vascos dependían de otros y al mismo tiempo hablan de las incorporaciones voluntarias de sus territorios al reino de Castilla. ¿Cómo es posible mantener ambos extremos al mismo tiempo? Si Guipúzcoa se incorporó voluntariamente a la Corona de Castilla el año 1200, Álava en 1332, Ayala y las Encartaciones en 1334, obviamente, quiere decir que esos territorios, antes de su incorporación, no formaron parte de Castilla. Además, habría que preguntar a quienes defienden esos extremos por qué los reyes de Castilla comenzaron a titularse señores de Vizcaya a partir de 1379. Lógicamente, porque antes de esa fecha el señorío de Vizcaya no se había vinculado a Castilla.

• • •

A pesar de los muchos intentos que se hicieron por dominar el señorío de Vizcaya, nunca se consiguió someter a los vascos en el transcurso de la historia. Las pretensiones sin ningún éxito de los reyes astures por dominar los territorios vascos más occidentales, fueron comparables a los intentos de los reyes visigodos del reino de Toledo por conquistar aquellos territorios. Lo mismo sucedió con los reyes de Pamplona y los de Castilla en sus intentos de someter el señorío de Vizcaya a su obediencia.

• • •

El señorío de Vizcaya se incorporó a la Corona de Castilla porque el infante don Juan de Castilla fue proclamado por los vizcaínos como su señor en 1371 y coronado rey de Castilla en 1379, coincidiendo en su persona la Corona de Castilla y el señorío de Vizcaya. Así fue como se produjo la incorporación del señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla y no como se viene manifestando erróneamente

y de forma reiterada en ensayos y tratados sobre la historia de España.

• • •

La discrepancia con las tesis que defienden los herederos intelectuales de Llorente reside en el origen de la polémica foral iniciada durante el siglo XVIII: el Fuero de Vizcaya no surge como una concesión o privilegio otorgado graciosamente por ningún rey astur, navarro ni castellano. El Fuero de Vizcaya se lo dieron los vizcaínos a sí mismos, porque siempre fueron hombres libres gobernados por sus usos y costumbres ancestrales.

Notas

1 Percha alta para dejar las aves.

2 Función digestiva de la rapaz en la jerga de la cetrería.

3 Correítas que se fijan a los tarsos del ave de caza.

4 La correa más larga del aparejo del halcón. Mide metro y medio.

5 Túnica larga sin mangas y con pronunciadas aberturas en los costados.

6 Túnica con mangas estrechas y falda de poco vuelo.

7 Manto con escotadura circular para meter la cabeza.

8 Túnica talar con mangas estrechas y un faldón muy amplio.

9 Buenos días.

10 Bienvenido, señor.

11 También a ti [te deseo buenos días].

12 Muñeco que se hacía girar, dándole con una lanza en un escudo que sostenía en una de sus manos. Si no se pasaba por debajo con suficiente velocidad, se recibían los golpes de unas bolas o de unos sacos de arena que pendían de la otra mano del muñeco.

13 Un jubón acolchado.

14 O cota de mallas. Una túnica metálica con un entramado de unas treinta mil anillas de hierro.

15 Un jubón de tejido grueso.

16 Una túnica de colores vivos, muy amplia sin apenas mangas.

17 Buenas noches, señor.

18 Representante del señor de Vizcaya en la villa, ejecutor y brazo armado del alcalde.

19 Juramento de fidelidad que se hace al rey o al señor.

20 Los habitantes de estas tierras elegían señor con la posibilidad de cambiarlo «siete veces al día». Hacían esta elección para que les defendieran a cambio de rentas y de otras prebendas. El rey recibía parte de las rentas que los habitantes de estas tierras pagaban a su señor. (Existían otros tipos de behetrías).

21 Balas de metales fundidos, sin labrar, con puntas y muchas aristas. Las lanzaban envueltas en fuego con unos ingenios que llamaban truenos. Como fulminante, utilizaban salitre, azufre y carbón.

22 Pieza del arnés que cubre la parte superior de la cabeza.

23 Túnica de seda muy ajustada.

24 Una loriga más corta, pero también de mallas.

25 Piezas del arnés destinadas a cubrir las piernas desde la cintura a las rodillas.

26 Piezas del arnés destinadas a cubrir las piernas desde las rodillas a los pies.

27 Vestido talar con mangas y sobrecuello grande.

28 Disco metálico con una regla diametral y otra alidada para medir la distancia entre los astros, la hora y la latitud.

29 Irradiación invisible de energía que rodea a todos los seres vivos. Algunas personas tienen la capacidad de verla, de percibir sus colores y la facultad de interpretar lo que ven.

30 Tipo de monta que utilizaba la caballería ligera. El jinete llevaba los estribos cortos y las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla para ir más veloz.

31 Cortes convocadas por los reyes para tratar asuntos importantes con los estamentos: los representantes de las ciudades y de las villas.

32 Unas embarcaciones pequeñas de remo y vela.

33 La tierra llana o solar del infanzonazgo era el territorio originario del señorío, donde vivían en sus casas solariegas los vizcaínos acogidos al Fuero de Vizcaya.

34 Cercado hecho de estacas clavadas en la tierra.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Juan Antonio de Ybarra e Ybarra, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2014
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): febrero de 2014
ISBN: 978-84-9060-306-2 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.